

CIÓN

CARTAS  
DE  
LONG  
CHESTERFIELD

2

MS. A. 16. 71  
C. 14  
1890  
V. 2  
c. 1

826  
Ch

L.  
CH. 866

Cartas Completas de Lord CHes-  
terfield. Tomo II #2

FECHA

PRESTADO A

ALERE FLAMMAN  
VERITATIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

BIBLIOTECA



BIBLIOTECA



1080078594

*volto sciolto e pendente  
strutto*



**UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Monterrey, Enero 17 de 1892

J. González



CARTAS COMPLETAS

DE

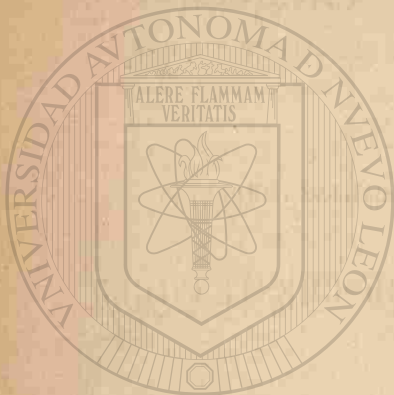
LORD CHESTERFIELD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CARTAS COMPLETAS

DE

LORD CHESTERFIELD

Á SU HIJO FELIPE STANHOPE

VERDADAS DEL INGLÉS

POR DON LUIS MANEIRO

Se han agregado multitud de Cartas del autor, á personas encargadas de vigilar la conducta del joven Stanhope y una serie de otras sobre

EL ARTE DE AGRADECER

Terminar con varias cartas selectas de las obras del autor, y de otros célebres escritores ingleses correspondientes por aquel á su hijo como modelo de discreción, sencillez y elegancia.

QUINTA EDICIÓN

Adeuada con un magnífico retrato, corregida con especial cuidado e ilustrada con mayor número de notas que las precedentes, y gran copia de anotaciones postumas en varios idiomas

La exactitud de las frases castellanas ó hábito social en las conversaciones, la brevedad; por una parte, y la gran variedad en sus asuntos, en las cartas de Lord Chesterfield á su hijo, las principios y mandatos de un caballero. (Hollins.)

Los nombres de Edoardo Gibberlin, conde de Marib, mundo, otras muchas. (Gustavo Nervo Americano.)

Esta carta, siendo una falta importante en su edición, y habiendo sido á conocer la que vale las pocas existencias y la buena edición y la gran utilidad de un estudiante extranjero en la aplicación y contribuyen á formar al hombre útil y al hombre amable. (Morgan, hijo de la imprenta francesa.)

TOMO II

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARÍS

MEXICO

23, RUE VICQNTI, 23

44, CINCO DE MAYO, 44

1890

Propiedad del Editor.

29316



BIBLIOTECA



Tout contrefacteur ou débiteur de contrefaux de cet ouvrage,  
tant en France qu'à l'étranger,  
sera poursuivi suivant la rigueur des lois respectives.



81005

BJ1671  
c44  
1890  
v. 2

## CARTAS

DE

# LORD CHESTERFIELD

Á SU HIJO.

LONDRES, 25 de Junio de 1751.

MI QUERIDO AMIGO,

El aire y tono de un hombre de mundo, las maneras y las gracias, son de una ventaja tan infinita para quien las posee, y tan esencialmente necesarias para ti, que, acercándose el día de nuestra entrevista, tiemblo á la idea de no hallar en ti estas cualidades, y hablándote con franqueza, dudo que estés bien convencido de su importancia. Tu amigo íntimo M. H... tiene mucho mérito, conocimientos profundos y muy buenas cualidades, y sin embargo, jamás figurar á en el mundo. ¿Por qué? Únicamente porque carece de aquellas prendas exteriores y brillantes, que no ha podido adquirir por haber entrado muy tarde en el mundo, y que con su gusto por el estudio y la filosofía, pienso que no juzga dignas de su atención. Podrá quizá distinguirse en la república de las letras; pero valdría mil veces más que representase su papel como hombre de mundo y de estado en la república de las Provincias Unidas, y estoy seguro de que esto nunca sucederá.

Como yo me abro á ti sin la menor reserva cuando pienso que mi franqueza puede serle útil, voy á tocar en pocas palabras un asunto que me concierne, mi entrada en el mundo, que fué casi á la misma edad en que ahora te hallas, de modo que en esto me

T. H.



BIBLIOTECA



*Tout contrefacteur ou débiteur de contrefaux de cet ouvrage,  
tant en France qu'à l'étranger,  
sera poursuivi suivant la rigueur des lois respectives.*



FONDO  
A.E. PÚBLICA DEL ESTADO

BJ1671  
c44  
1890  
v. 2

## CARTAS

DE

# LORD CHESTERFIELD

Á SU HIJO.

LONDRES, 25 de Junio de 1751.

MI QUERIDO AMIGO,

El aire y tono de un hombre de mundo, las maneras y las gracias, son de una ventaja tan infinita para quien las posee, y tan esencialmente necesarias para ti, que, acercándose el día de nuestra entrevista, tiemblo á la idea de no hallar en ti estas cualidades, y hablándote con franqueza, dudo que estés bien convencido de su importancia. Tu amigo íntimo M. H... tiene mucho mérito, conocimientos profundos y muy buenas cualidades, y sin embargo, jamás figurará en el mundo. ¿Por qué? Únicamente porque carece de aquellas prendas exteriores y brillantes, que no ha podido adquirir por haber entrado muy tarde en el mundo, y que con su gusto por el estudio y la filosofía, pienso que no juzga dignas de su atención. Podrá quizá distinguirse en la república de las letras; pero valdría mil veces más que representase su papel como hombre de mundo y de estado en la república de las Provincias Unidas, y estoy seguro de que esto nunca sucederá.

Como yo me abro á ti sin la menor reserva cuando pienso que mi franqueza puede serle útil, voy á tocar en pocas palabras un asunto que me concierne, mi entrada en el mundo, que fué casi á la misma edad en que ahora te hallas, de modo que en esto me

T. H.



llevas la ventaja de dos ó tres años. Deje la universidad de Cambridge á los diez y nueve, armado de pedante hecho y derecho. Cuando quiera brillar, citaba á Horacio; cuando motejar, á Marcial; y cuando darme aires de caballero galante, Ovidio venía á mi socorro. Estaba persuadido de que sólo los antiguos habian tenido sentido común, que sus autores clásicos contenian cuanto es necesario y útil á los hombres, y tenia más gusto en llevar la toga virilis de los romanos, que el traje vulgar y abyecto de los modernos. Con estas bellas nociones, fui primero á La Haya, donde gracias á varias cartas de recomendación, logré ser introducido en las mejores sociedades; pero pronto descubri que me habia engañado completamente en casi todas las ideas de que habia rellenado mi cabeza. Por fortuna, mi deseo de agradar era extremado (mezcla de una buena indole y de una vanidad nada reprehensible), y como que para conseguirlo no poseia más que buena voluntad. Resolví pues adquirir los medios necesarios al efecto; estudiaba atenta y minuciosamente el traje, el aire, las maneras, el tono y el modo de insinuarse de la gente distinguida y de aquellos que conseguían agradar más generalmente, y los imitaba en todo lo que podia. Si oía yo decir que alguno pasaba por dar el tono, estudiaba cuidadosamente su traje, sus movimientos, sus actitudes, y los tomaba por modelo. Cuando oía decir que la conversacion de otro era agradable é interesante, me volvia yo todo ojeas para escucharlo. Me dirigia, aunque con muy poca gracia á las damas más hermosas y elegantes, les confesaba mi embarazo, reia con ellas de mi falta de civilización y me recomendaba yo mismo como un sujeto muy á propósito para ejercer sus talentos. Por este medio, y con aquel deseo de agradar generalmente, conseguí complacer á algunos; y puedo asegurarte que el mediano papel que he hecho en el mundo, lo debo más al ardiente deseo de agradar universalmente, que al saber ó mérito intrínseco que pueda yo haber poseido. Mi pasion por agradar era tan fuerte (y me doy el parabien), que te confieso francamente, deseaba que todas las mujeres que veía se enamorasen de mí, y que todos los hombres con quienes me encontraba me admirasen. Sin esta pasion decidida por mi objeto, nunca habria hecho tantos esfuerzos para alcanzarlo; y protesto que no puedo concebir cómo es dable que un hombre de buen natural y de buen sentido viva sin tal pasion. ¿No nos inclinó el buen natural á agradar á aquellos con quienes conversamos sea cual fuere su rango ó condicion? ¿El buen sentido y un poco de observación no nos hacen ver de

qué infinita importancia es esto siempre? ¡Oh! se me diria: pero uno puede agradar por las buenas cualidades del corazón y los conocimientos intelectuales, sin ese aire, esa destreza y todas esas maneras que son oropel y nada más. Yo lo niego. Un hombre puede ser estimado y respetado, pero lo desafío á que agrade sin aquellos adornos. Además, á tu edad yo no habria podido contentarme únicamente con agradar; deseaba brillar y distinguirme en el mundo, no sólo como galán de finos modales, sino tambien como hombre político y de estado. Esta ambición ó vanidad, llámala como quieras, era una emulación laudable, que no ofendia á ninguno y me excitaba á ejercer mis talentos. Tambien es origen de mil cosas buenas y justas.

El otro dia hablaba yo con uno de tus amigos que te ha visto en Italia y en Paris. Entre las innumerables preguntas que le hice, me ocurrió mencionar tu modo de vestir, porque á decir verdad, era la única cosa en que le creia vez competente. Me dijo que en Paris te vestias regularmente, pero que en Italia era tal la desconfianza sobre este punto, que á menudo te motejaba y aun á veces despodaba tus vestidos. Debo decirte que á tu edad es tan ridiculo que no vistas bien, como lo seria en la mia llevar una pluma blanca y zapatos con tacón de color. El traje es uno de los mil ingredientes del arte de agradar; plase á los ojos, especialmente á los de las mujeres. Si quieres agradar, dirige te los sentidos; deslumbrá los ojos y deleita el oído del genero humano; atrae los corazones, y no temas que la razón sea ó no de tu partido: *suavitate in modo* es el gran secreto. Cuando insensiblemente te sientas prevenido en favor de alguno cuyo mérito y talento no sean sobresalientes, examina qué es lo que ha ocasionado en tu ánimo aquella impresion, y encontrarás que es aquella blandura, aquellas maneras atractivas, aquel aire y aquella compostura que tantas veces te he recomendado; y deduce de aqui esta obvia conclusion, que lo que te agrada en ellos, les gustará en tí; porque todos somos hechos del mismo barro aunque en unos la tierra sea más fina que en otros; pero en general, el medio seguro para juzgar de los demás, es examinarlos y analizarlos uno mismo profundamente. Cuando nos venmos te ayudaré á hacer este análisis, porque es operacion en que cada hombre necesita auxilio contra su amor propio. Á Dios.

GREENWICH, 30 de Junio de 1751.

## MI QUERIDO AMIGO.

Te encargo que entregues la adjunta á nuestro amigo el abate en que lo felicito por su canonja. Realmente me alegro de su promoción y no dudo que en ella engorde tanto como el canónigo de Boileau: actualmente está tan flaco como un apóstol ó un profeta. A propósito, ¿le ha presentado en casa de la duquesa de Aiguillon? Si no lo ha hecho, recuérdaselo, y si lo ha hecho frecuenta la casa y presenta mil cumplidos de mi parte. La duquesa tiene sagacidad y conocimientos sorprendentes para una mujer; su casa es el punto de reunión de los bellos ingenios, cuyo trato es muy placentero para un joven y le procura cierto crédito. Pues que tratamos de bellos ingenios: ¿tiene entrada franca en casa de Lady Sandwich, que, vieja, como era la última vez que la vi, tenía más talento y juicio que cuantas mujeres en mi vida he visto? Si aun no has hecho esta amistad, no dudo que la duquesa de Aiguillon ó Lady Hervey te introducirán gustosamente en su casa; y puedo asegurarte que bien vale la pena, tanto en consideración á ella misma como á las personas de talento é instrucción que la visitan. Siempre hay algo que aprender en tales reuniones, sólo contar la mejora de las maneras. La conversación no versa sobre objetos triviales, sino sobre algún punto de literatura, de crítica y de historia, ó sobre otras cuestiones que se discuten con ingenio y cortesía; porque es preciso confesar que los literatos franceses no son osos como los nuestros, sino caballeros.

Nuestro abate me escribe que habías ido á Compiègne; celebrólo mucho; es necesario que otras cortes te formen para la de tu patria. También me dice que habías cesado de asistir al picadero: nada tengo que objetar, porque tal ocupación te robaba una parte de las mañanas, y si ya has aprendido á sentarle bien á caballo, es todo lo que necesitas, puesto que ya no se usan los torneos ni juegos de cañas. Supongo que has visto la caza en Compiègne. He oído decir que los cazaderos del rey son hermosísimos. La manera de cazar de los franceses, no desdice de un caballero, pero la nuestra sólo es propia de piradores y de ciatros. Las pobres bestias son aquí perseguidas y fatigadas por otras bestias mucho más grandes; y el verdadero cazador de zorras de la Gran Bretaña,

es sin duda una especie particular á este país no conocida en ninguna otra parte del globo (a).

No dudo que el tiempo que antes pasabas en la equitación lo emplearás en el estudio de objetos más útiles que profundos; porque puedo asegurarte que estas son cosas muy diferentes. Desearia que no dedicases al griego arriba de una hora, más bien para no olvidar lo que sabes, que para aumentar el conocimiento de este idioma. Por griego quiero dar á entender los libros útiles, como Demóstenes, Tucídides, etc. y no los poetas que ya conoces bastante. El latín se cuidará por sí solo. Todo el tiempo que te queda para la lectura, te pido que lo emplees en cosas que tengan relación inmediata con tu carrera, como la historia moderna en las lenguas vivas, las memorias, anécdotas, cartas, negociaciones, etc. Recoge también todo lo que halles de auténtico sobre el estado actual de las cortes de Europa, del carácter de los reyes, de los príncipes, de sus mujeres, de sus ministros, como también de sus diferentes miras, conexiones ó intereses; del estado de su hacienda, fuerzas militares, tráfico, manufacturas y comercio. Esta es la instrucción más útil para ti y para todo caballero; pero á más de esto, acuérdate que los libros vivos valen más que los

(a) La siguiente cláusula del testamento del autor demuestra la aversión con que éste miraba las carreras de caballo, que son aún de las principales diversiones de los nobles ingleses. El conde de Chesterfield adoptó á su nieto como próximo heredero á su título de conde, y llega luego á descubrir que este joven posela un genio opuesto al suyo, y poca inclinación á seguir sus consejos. En consecuencia, aunque le legó sus estados, supo ponerlos á cubierto de la dilapidación de semejantes carreras, y de se propio vicio, el juego fuerte, de que tan tarde se arrepentía el mismo. Declara pues en su testamento: « En caso que mi dicho nieto Felipe Stanhope se ocupare de correr á caballo; ó contribuyere á tales carreras; ó mantuviere caudillas de perros; ó pasare una noche y entera en Newmarket seminario infame de iniquidad y de malas maneras, durante la época de las carreras; ó asistiere á tales carreras; » ó perdiero en un solo día en juegos ó apuestas la suma de 500 libras; » es mi voluntad irrevocable que en cualquiera de los casos arriba expresados, mi dicho nieto sufra una multa y pague de mis estados la cantidad de 5.000 libras al Dean y Capítulo de Westminster. » Esta última sentencia, dice Lord Mahon encierra un vivo toque de sátira. El conde halló, ó le pareció hallar aquel día al Capítulo de Westminster exorbitante y agraviado en el arreglo de cuentas referentes á la compra del terreno en que fue edificada la hermosa habitación del testador. El Conde declaró que insertaba en su testamento los nombres del Dean y el Capítulo, porque estaba seguro de que en caso que su heredero incurriese en la pena, no perdonarían medio para aplicarla. Tr.

impresos, y no pierdas tu tiempo en éstos cuando puedas emplearlo con los otros, porque la lectura debe ser ahora tu diversión y de ningún modo tu asunto más serio.

He sabido que la disputa entre la corte y el clero terminó amigablemente; ambas partes han cedido algo; el rey teniendo perder un poco más de su alma y el clero un poco más de sus rentas. Estos señores son muy hábiles para sacar partido de los vicios y debilidades de los laicos. No dudo que habrás leído y que estarás bien informado de todo lo concerniente á esta cuestión importante, que interesa en sumo grado á todo el clero de Europa. Si estás bien convencido de que sus diezmos son de institución divina, y su propiedad la de Dios mismo, á la cual ningún poder sobre la tierra puede tocar, lee á Fra Paulo, de *beneficiis*, libro corto pero muy substancial. El autor recibió por este y otros tratados contra la corte de Roma, una herida con un *stiletto*; y esto dió ocasión para que dijese después, al ver un libro anónimo escrito contra él por orden del papa: *conscia hinc la stile romano*.

Te encargo que antes de regresar á Inglaterra vayas otra vez á Orly por dos ó tres días, á fin de procurarte buena acogida cuando vuelvas. Á Dios.

Caenewick, 8 de Julio de 1731.

MI QUERIDO AMIGO.

El último correo me trajo tu carta de 3 del corriente. Celebro mucho que te halles tan bien con el coronel York, y que te confíe la correspondencia secreta. Creo que la reserva que guarda contigo Lord Albermarle debe atribuirse más bien á su secretaría que á él mismo, porque no tiene asuntos muy secretos que comunicarte. No obstante, ten cuidado de no manifestar el menor disgusto á este respecto. Muestra tu reconocimiento al coronel por sus confianzas, pero maneja te de modo que ni Lord Albermarle ni ninguno de la embajada noten la menor frialdad de tu parte por la reserva con que te tratan. Necesario es á menudo no manifestar todo lo que se siente. Muestrate afable con el coronel, y gana hasta donde puedas su amistad; quizá en lo sucesivo te será muy útil. Al despedirte no sólo le ofrecerás conducir sus cartas ó sus paquetes para mayor seguridad, sino que solicitarás como un favor traer carta para el canceller su padre.

Á propósito de tu venida, confieso que mi impaciencia crece todos los días, y por lo tanto querria que en lugar del 25 del entrante que yo habia fijado para tu salida de París, la adelantases verificándola el viernes 20 del mismo, de modo que puedas estar en Calais el domingo siguiente, y 24 horas después en Dover. Si desembaracas por la mañana, podrás tonar el mismo día una silla de posta hasta Sittingborne; pero si llegas por la tarde, no irás más que hasta Canterbury, en donde hallarás mejor alojamiento que en Dover. No quiero que viajes durante la noche, ni que te fatigues y acalores corriendo treinta y tantas leguas. Vandrás en derecha á Blackheath, donde ya estaré para que nos reunamos. Esta habitación se halla en el camino de Dover á Londres, é iremos á la ciudad luego que hayas descansado uno ó dos días.

Recibí últimamente una carta de Lord Huntingden; la mitad de ella, cuando menos, encierra tu panegírico, que, hecho por tan buena mano, ha sido muy bien recibido. Cultiva esta amistad que te honrará y dará consistencia. Las conexiones en nuestro gobierno parlamentario son de grande utilidad.

No olvides traer á tu mamá algún regalito, no de gran valor, sino tiroleras que atestiguen tu afecto á aquella que siempre te ha amado tan tiernamente. Puedes traer á Lady Chesterfield una cajita de rapé de *Martin*, de cinco luises. No hay para qué pienses en más regalos; entre tú y yo no son necesarios *les petits presents pour entretenir l'amitié*.

Después de escrito lo que precede, he hablado detenidamente sobre ti con Lord Albermarle, y me ha dicho que podía alabarle sinceramente bajo todos aspectos, excepto uno solo, sobre el que, tanto él como otras personas, te habian motejado á veces. Le supliqué que me digese cuál era, y se sonrió manifestándome que era el vestido, en cuyo artículo era suma tu negligencia. Aunque él haya reído, te aseguro que la materia no es para que tú rías, y quizá te sorprenderá oírme decir lo que sobre mi palabra te aseguro es literalmente cierto, que la compostura es ahora un objeto más importante para ti que todo el griego que sabes. Acuérdate que el mundo es en el día tu único negocio, y que debes adoptar sus costumbres y maneras, sean sanas ó disparatadas (a). Descuidando tu traje, insultas á todas las mujeres cuya sociedad

(a) *Made! je plains beaucoup l'insensé qui te suit.  
Mais je plains encore plus l'insensé qui te suit.*  
(SALENTIN).

frecuentes, porque esto supone que no las crees dignas de la atención que les prestan los demás. La compostura es la fibra de su corazón, y jamás les agradecerás si eres descuidado en este punto; y si no agradas á las mujeres, no harás camino entre la mitad de los hombres. El bello sexo pone en boga á los jóvenes y les da importancia. No desdices que un joven tenga cierto grado de coquetería que le haga poner en obra todos los medios de agradar, tanto como podría pretenderlo la primera coqueta de Europa. Viejo como soy, y muy poco preocupado de las mujeres, como Dios lo sabe, estoy muy distante de descuidar mi traje. ¿Por qué? Por conformarme con la costumbre, y mostrar aquella decencia exterior que los hombres se deben entre sí. No uso ciertamente plumas ni tacones de color, cosas que irian muy mal á mi edad; pero cuido de que mis vestidos estén bien hechos, mi peluca bien peinada y empolvada, y muy aseada mi ropa interior y mi persona; y aun doy á mis lacayos cuarenta chelines sobre su salario anual, para que llenen esta condición de limpieza. Tu persona en particular, que no es muy majestuosa por su talla, exige con mayor razón los socorros del arte. Como no puede ser imponente no admite negligencia ni falta de cuidado; es menester que aparezca gallarda, amable y bien puesta. A Dios.

GATSWICH, 15 de Julio de 1751.

MI QUERIDO AMIGO.

Como es esta la última ó penúltima carta que pienso escribirte antes que tenga el placer de abrazarte, es conveniente que te prepares para nuestra entrevista y para el tiempo que debes pasar en mi compañía. Antes que los reyes y príncipes se reúnan, los ministros de una y otra parte arrojan los puntos importantes de precedencia, asientos, derecha é izquierda, etc.; de modo que saben de antemano cómo deben conducirse; y tienen razón de hacerlo así, porque se detestan por lo común, y desconfían siempre uno de otro. Nosotros nos reunimos bajo diferentes términos; no necesitamos de tales preliminares; tú conoce mi ternura y yo tu afecto. Mi ánimo es que tu corta permanencia á mi lado redunde todo lo posible en provecho tuyo, y tú debes cooperar conmigo al mismo fin. No estoy cierto de si al hacer útiles todos tus momentos los haré también agradables. No te administraré

eméticos ni purgativos, porque estoy seguro de que no los necesitas; pero espérate á recibir muchos excitantes, y aun puedo decir que tengo muchos *Nostrum* que no comunicaré á nadie sino á ti. Dejándonos de metáforas trataré de auxiliar tu juventud con toda la experiencia que he adquirido á costa de cincuenta y siete años. En consecuencia, serán necesarias las correcciones frecuentes, las censuras y los consejos; pero te prometo que haré todo esto de un modo civil, amistoso y secreto; no tendrás motivo para estar inquieto en la sociedad ni para disgustarte cuando estemos solos. No espero que á los diez y nueve años tengas el conocimiento de mundo, los modales y la habilidad que pocos poseen á los veinte y nueve; pero trataré de procurarte estas ventajas, y estoy seguro de que te esforzarás para aprenderlas, hasta el grado que tu juventud, mi experiencia y el tiempo que hemos de pasar juntos lo permitan. Tienes sin duda algunas manchas pequeñas; ¿quién no las tiene á tu edad? de las cuales muy pocas gentes te hablarán; también tendrás varias de una naturaleza que sólo á mi pertenece revelarlas, y otras que ojos menos interesados y menos vigilantes que los míos no descubrirán; pero las verás expuestas por aquel cuya ternura por ti le hace más curioso y perspicaz. El menor defecto en las maneras, el lenguaje, el mal gusto en el vestido y el embarazo en el talento, no se escaparán á mi ojo observador, ni pasarán sin una corrección amistosa. Dos amigos los más íntimos del mundo pueden revelarse francamente sus faltas y aun sus crímenes; pero quizá no se comunicarán sus debilidades, sus torpezas y las ilusiones de su amor propio; es menester una intimidad como la que media entre nosotros para usar sin reserva de esta libertad. Por ejemplo: yo tuve un amigo que estimé infinito, y mi estrechez con él fué bastante para arriesgarme á manifestarle sus faltas que eran muy pocas. Así lo hice: lo llevó á bien y se corrigió; pero adolecía de ciertas debilidades de que nunca me atreví á hablarle directamente, y como él estaba lejos de creerse con ellas, no podía entenderme con medias palabras. Tenía un pesucero sumamente largo y descarnado, no obstante lo cual, como las boigas para el pelo estaban de moda, quiso usar una peluca de esta especie y así lo hizo; pero nunca la traía á la espalda, porque á cada movimiento de la cabeza se le venía por delante. Dió también en bailar el minué, porque veía que otros lo hacían; y lo bailaba no sólo pésimamente, sino que su persona era tan desairada, tan descuyntada y tan flaca, que aun cuando hubiese bailado como Marcell, no

habría dejado de exponerse al ridículo. Yo le apunté todo esto con la franqueza que permita nuestra amistad, pero sin suceso. Si yo le hubiese hablado con toda claridad á fin de curarlo radicalmente, habría usurpado la autoridad de padre, y gracias á Dios, yo no lo era. Es tal el modo con que se manejan algunos padres, que rara vez es desdicha carecer de ellos; y considerando la conducta de la mayor parte de los hijos, tampoco suele ser desgracia no tenerlos. Ceso que tú y yo somos la excepción de la regla, porque me parece que si estuviese en nuestra mano no querríamos cambiar de parentesco. Espero que no sólo serás el consuelo sino la alegría de mi vejez; y por mi parte estoy seguro de que seré el amigo y el guía de tu juventud. Conta en mí sin reserva; yo te aconsejaré sin interés particular ni envidia secreta. M. Harle hará lo mismo; pero hay muchas cosas pequeñas que debes conocer y corregir, y que su misma amistad no le permite representarte con la libertad que yo. Además, habiendo vivido mucho más que él en el gran mundo, quizá seré mejor juez en ciertos defectos.

Uno de los principales asuntos de nuestra conversación, será la pureza y elegancia del idioma inglés, puntos sobre que te creo muy atrasado. También hablaremos de la constitución de este país, que me parece conoces menos que la de ningún estado de Europa. Las maneras y el comedimiento serán asimismo materia de nuestra plática, y te comunicaré sin reserva todo lo que yo sepa de aquel arte importante y necesario, el arte de agradar. El vestido que bajo el pie en que están las cosas, exige alguna atención, como lo probaré lógicamente, no faltará en nuestro programa. Mis lecciones pues, serán más variadas y bajo cierto aspecto más útiles que las del profesor Masow; y por esto te digo que espero recompensas mi trabajo; pero como probablemente no te hallas en estado de pagar un dinero contante, y como mi dignidad podría encontrarse comprometida aceptándolo, nos arreglaremos para el pago: no reclamaré de tí más honorarios que atención y práctica.

Te encargo que no olvides despedirte de todos tus amigos y conocidos en París, de modo que deseen y aun se muestren impacientes de verte. Asegúralos que no es enos tu deseo de regresar, y exprésate de modo que lo crean así. En semejantes casos todos dicen poco más ó menos las mismas cosas; la diferencia consiste únicamente en el modo, y esto es lo esencial. Sin embargo, evita todo lo posible encargarte de comisiones á tu

regreso á París; sé por experiencia que son muy incómodas, costosos por lo común, y rara vez se desmpeñan á medida de los gustos. Con todo, habrá algunas de que no podrás sarte por ser de personas que te hayan favorecido y á quienes es menester pagar en la misma moneda; mas hay varios encargos insignificantes é insulsos de que debes libertarte, diciendo que volverás á París por Flandes, siendo tu ánimo visitar las ciudades de los Países Bajos, como en efecto me propongo hacer, quedándote ocho ó diez días en Bruselas. Á Dios, buen viaje, si es que la presente debe ser mi última (a).

(a) M. Stanhope vino á Londres en donde permaneció hasta el 15 de Noviembre. Un escritor francés hablando de la primera entrevista entre padre é hijo dice:

Fue un dolor muy agudo para el padre la llegada del hijo: era pesado, torpe y silencioso; sólo hablaba con gusto de la ciencia, pero de la más acendrada, la más seca de las ciencias, el *corpus juris germanici*, y las modallas; ¡Qué desolacion!

Otro escritor de la misma nación dice con igual motivo: En una hermosa tarde de otoño bajo una larga avenida de ocinos seculares, se ve llegar una sólida silla de posta. Los criados están alerta, las puertas se abren como por encanto ante el posado carruaje, que se detiene al pie de la gradería de escalones. En el primer escalón, contentándose con mucho trabajo para no correr ante el querido viajero, el viejo Lord está en pie y su corazón late en su pecho. ¿Tiene su hijo buen aire? ¿hace valer su corta talla? ¿se halla vestido como conviene á un joven caballero? ¿se expresa con facilidad y elegancia? ¿es acaso el cortesano listo y de buena presencia destinado á hacer su camino cerca del joven príncipe que será más tarde Louis III? Y á él ahí que un débil adolescente, pálido y rubio, con la cabeza entre las espaldas, aire enfermatoso, displicente, reservado, silencioso, distraído, mal vestido, viene á besar respetuosamente la mano que le tiende el Conde. Ninguna gracia, ninguna vida, ninguna inteligencia en aquel enteco estudiante, que murmura en su corbata cumplimientos estudiados. Tiene la cabeza mal peinada; las uñas de luto, los dientes sucios. Su espada, apénico embarazo, le bate las pantorillas, y toca todos los asientos.... ¡Pobre padre!.... ¡Viva ambos luego á la mesa; y qué nuevos desengaños! Felipe no sabe cómo que come; quiebra los huesos de través; trinchanto una ave salpicada á sus vecinos á derecha e izquierda; en fin, como propósito de póstrico comienza una discusión sobre el derecho público del imperio alemán, asunto favorito de sus estudios; ¡Oh padre, tres veces infortunado!

El padre mismo confiesa haber quedado muy poco satisfecho de su hijo en carta dirigida á la marquesa de Monconsel en la que le dice: Os confesaré que nuestro embajador me hizo á primera vista una furiosa impresión, no por las gracias que lo acompañaban, sino por su aire y sus maneras. Todavía no comprendo dónde las ha pescado. Me dediqué desde luego á desenlortarlo, y creo que encontrareis que no he trabajado

LONDRES, 19 de Diciembre de 1731.

MI QUERIDO AMIGO.

Has entrado en la escena de negocios de estado, en que espero figuraras algún día. La práctica hace mucho, pero es necesario acompañarla con el cuidado y la atención. El primer requisito para escribir notas oficiales es la claridad; cada frase debe ser tan clara y precisa que los entendimientos más medianos no puedan equivocarla. Esta necesaria claridad supone un estilo correcto y aun elegante; Las figuras, los anáforas, epigramas, etc., serán tan absurdos y fuera de lugar en estos escritos cuanto oportunos, si se usan juiciosamente, en las cartas familiares sobre asuntos comunes. Los negocios de estado requieren una simplicidad elegante, fruto del cuidado; no de un trabajo penoso; el estilo debe adornarse dignamente, sin afectación como sin negligencia. Lee cada frase después de escrita, y considera si es posible que alguno equivoque su verdadero sentido y corrígela en consecuencia. Nuestros pronombres y nuestros relativos ingleses, producen con frecuencia equivocos y ambigüedades; préstales pues, una prolija atención, colocándolos de modo que cada uno tenga su relación precisa. Los negocios de estado no excluyen, como probablemente lo desearías tú, los términos usuales de cortesía y buena crianza; al contrario, exigen varias fórmulas tales como: *Tengo el honor de comunicar á V. E.; Permítame V. S. que le asegure: Si me es permitido exponer mi opinión, etc.*, porque los ministros enviados á las cortes extranjeras que escriben al secretario de estado de su nación, se dirigen á un superior y quizá á su protector, ó á lo menos á

en vano, aunque convengo que le queda todavía mucho camino que hacer para que llegue á ser lo que deseamos. Se tiene y se presenta mejor, no tiembla tanto en sus pies, y se ha corregido de varias de aquellas maneras graciosas que aprendió en la escuela, y que desde entonces había cultivado bajo el cuidado de los osos que desgraciadamente encontró en sus viajes, etc.

Con fecha 16 de Noviembre escribía el autor á su amigo M. Dayrolles, representante de S. M. Británica en la Haya:

Nuestro amigo tú parte hoy para París, muy mejorado, en mi concepto, *du côté des manières*. Lord Albermale ha prometido emplearlo en la oficina de aquella embajada, como si fuese miembro titular de ella. Pero considerando ciertas cosas que vos y yo conocemos, no estoy seguro de que llego á realizarse aquella promesa.

Tr.

uno que se considera tal. Las cartas oficiales no solo admiten, sino que reclaman ciertas gracias; pero es necesario distribuirlas con habilidad y economía; más como esté es el último grado de perfección de las notas oficiales, no le aconsejo que ensayes tales ornatos, hasta que no te consideres sobre bases sólidas. Evita cuidadosamente los textos griegos y latinos, y no afectes citar á los *virtuosos espartanos, á los cultos atenienses ni á los intrépidos romanos*. Deja todo esto á los frívolos pedantes: nada de floreos, nada de declamación. Vuelvo á repetirlo, hay una simplicidad y una dignidad de estilo absolutamente indispensables en las cartas oficiales bien escritas, y debes prestarles la mayor atención. Procura que tus períodos sean armoniosos sin que parezcan estudiados; que no sean muy largos porque esto acarrea siempre la obscuridad. No mencionaría yo la ortografía, si no viese que incurres en faltas muy á menudo; tal descuido no se perdona á nadie y siempre acarrea ridículo. También desearia que tu escritura fuese hermosa, y no puedo concebir por qué no lo es, puesto que todo hombre puede escribir bien si se dedica á hacerlo. Cerrar tus pliegos con limpieza, sellarlos bien, poner el sobrescrito con claridad, aunque me atrevo á decir que las consideras como cosas que no valen la pena de ser atendidas. En el exterior mismo de un pliego, hay algo que agrada, y por consecuencia merece cuidado.

Dices que empleas muy bien tu tiempo, y tienes razón; pero esto no es más que el A, B, C, la rutina de los negocios, que ante todo es necesario conocer, y que facilita el camino para la verdadera capacidad. Los negocios no requieren conjoncciones cabalísticas, ni talentos sobrenaturales, como se imaginan las gentes que los ven de lejos. El método, la actividad y la discreción elevan á un hombre de buen sentido más que las facultades eminentes á que faltase este punto de apoyo. *Par negotiis nique supra*, es el verdadero carácter de un hombre de quatuorces; pero esto implica firme atención, carencia de distracciones, flexibilidad y contracción de espíritu, de modo que vaya fácilmente de un objeto á otro. Mantente en acecho constante contra la pedantería y la afectación de parecer hombre recargado de negocios, á cuyo ridículo son muy propensos los jóvenes, quienes se sienten envanecidos con la importancia de lo que se les confía; se muestran pensativos, se quejan del peso de los negocios, se expresan con misterio y aparentan saber secretos que en realidad ignoran. Al contrario, no hables nunca de los negocios de estado sino con

quiera debas tratarlos; y aprende á parecer desocupado y libre cuando estes más engolfado y lleno de quehaceres. Á Dios.

LONDRES, 2 de Enero de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

La pereza de alma ó la falta de atención, no son menos enemigos del saber que la ineducación porque ¿qué diferencia hay entre un hombre que no quiere y otro que no puede instruirse? ésta únicamente: que el uno merece censura y el otro lástima. Sin embargo ¿cuántos no son aquellos capaces de recibir instrucción que por efecto de su pereza de alma, ó por falta de curiosidad y emulación, no sólo no se toman el trabajo de instruirse, pero ni aun siquiera examinan las cosas que se les presentan delante? Nuestros jóvenes viajeros se distinguen generalmente entre todos los demás por su aversión á los conocimientos útiles, que es el objeto con que se les envía á los países extranjeros. Sin embargo, en esta edad, la ciencia más útil es la más fácil de adquirir, y la conversación es el mejor libro que la enseña. Una vez pasado el estudio árido de las gramáticas, sólo se trata de mezclar algunos frutos en la conversación. ¿Cuántos de nuestros jóvenes han vivido un año en Roma y otro en París, sin conocer el significado de las palabras, *conclave* y *parlamento*; y esto únicamente por no preguntar á las primeras personas que encuentran en estas ciudades, que podrían á lo menos darles algunas nociones generales sobre falsas materias! No dudo que tú serás más advertido y que aprovecharás todas las ocasiones que se presentan á cada hora para informarte de la política, de la constitución y del gobierno de Francia.

No me propongo que seas un legista francés, pero querría que no ignorases los principios generales de las leyes de ese reino, sobre materias de que se habla diariamente; por ejemplo: la naturaleza de las sucesiones, la herencia de las tierras, los contratos de matrimonio, etc. En Inglaterra la práctica general es que el marido se apodera de todos los bienes de la mujer, y en cambio le concede una pensión vitalicia para alfileres, según se le llama, con una viudedad después de su muerte. En Francia no es lo mismo, particularmente en París, en donde se halla establecida la comunidad de bienes. Todas estas cosas y otras del mismo

género, interesan con provecho la curiosidad de un hombre de negocios y de juicio. Si sólo pudiesen aprenderse por medio de estudios laboriosos, en volúmenes en folio ó en manuscritos comidos de gusanos, no me sorprendería que un joven las ignorase; mas como son asuntos frecuentes en las conversaciones y pueden saberse prestando únicamente cierto grado de atención, no es perdonable ignorarlas. ¿Cuántas veces no he sentido, y con razón, no habet aprendido en mi juventud muchas de estas cosas! ¿Y cuánto trabajo no me ha costado después aprender varias que entonces me habrían sido de lo más fáciles! Evita pues desde ahora este arrepentimiento y este trabajo para lo sucesivo. Haz preguntas, muchas preguntas y no dejes nada por aprender.

Me alegro mucho que hayas visto todas las cariosidades de Versalles; pero te recomiendo que no omitas frecuentar la corte. Te agradezco la tesis de la Sorbona que piensas enviarme, y que con impaciencia deséo recibir; pero te encargo que la leas primero cuidadosamente, que te informes de lo que es la Sorbona, por quien fue fundada y con qué objeto.

Supuesto que tienes tiempo disponible, hazes bien de dedicarte al alemán y al italiano; pero te encargo que te procures el tiempo suficiente para asistir á las sociedades, porque sólo en ellas puedes aprender lo que te será mucho más útil que aquellos idiomas. Á Dios.

LONDRES, 6 de Enero de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Te recomendé en mi última que te informases de la constitución de esa famosa sociedad, *la Sorbonne*; pero como no puedo confiar enteramente en la actividad de tus pesquisas, voy á procurarfe algunos apuntes generales, que quizá te excitarán á agregar otras circunstancias que te hallas mejor que yo en posición de saber. Dicha sociedad fue fundada por Roberto de Sorbón en 1253, para diez y seis estudiantes en teología pobres, y desde entonces ha ido en aumento y llegada á adquirir riquezas, principalmente por la liberalidad y orgullo del cardenal Richelieu, que hizo construir un edificio magnífico para la residencia de treinta y seis doctores, seis profesores y otras tantas escuelas de teología. Esta sociedad ha sido largo tiempo famosa por sus disputas y controversias teológicas, y en su seno se discuten con vehemencia

cuestiones ininteligibles que jamás puede resolver la razón. Las sutilezas de la lógica desafían al sentido común, y los refinamientos místicos desfiguran la belleza y la simplicidad de la religión natural. Una imaginación extravagante forma sistemas, que los espíritus débiles adoptan ciegamente, contra los que protestan en vano el juicio y la razón. Su voz no es bastante alta para ser oída en las escuelas de teología. En estos lugares sagrados no se mira la política con desdén: se agitan y se deciden cuestiones según el grado de respeto, ó más bien de sumisión, que el soberano se digna atestiguar á la iglesia. Si el rey es esclavo de ésta, aunque sea tirano de los laicos, la menor resistencia á su voluntad se declara condenable; pero si no quiere reconocer la superioridad de lo espiritual sobre lo temporal, ó si rehusa únicamente admitir el *imperium in imperio*, que es lo menos que ellos exigen, es cosa meritoria no sólo resistirle sino aun deponerlo. Me inclino á creer que las atrevidas proposiciones de la tesis que mencionas, son en consecuencia de la evaluación que se trata de hacer de los bienes del clero.

Te aconsejo que asistas á dos ó tres de estas disputas públicas para que conozcas la forma y la substancia de los ejercicios escolásticos. Te encargo otra vez que veas todas estas cosas.

Pero hay otra sociedad religiosa, por lo menos así se le llama, cuyos menores actos merecen atención y forman un texto de reflexiones útiles. Fácilmente adyuntarás que quiero hablar de la sociedad de los R. R. PP. Jesuitas, establecida desde 1540 por una bula del papa Paulo III. Los progresos de esta sociedad, y puedo decir sus victorias, han sido más rápidas que las de los romanos, visto que desde dicho siglo gobernó toda la Europa, y que en el siguiente extendió su influencia sobre el mundo entero. Su fundador fué un oficial español de malas costumbres, llamado Ignacio de Loyola, que habiendo recibido en 1321, una herida en una pierna en el sitio de Pamplona, se volvió loco á causa de los sufrimientos de su llaga, de los remordimientos de su conciencia y de la soledad en que se confinó. El recuerdo de sus culpas, una imaginación fogosa y un natural violento, ingredientes comunes del entusiasmo, llevaron á este loco á la *Tierra Santa*. De allí volvió á España, en donde comenzó á aprender el latín y la filosofía á los treinta y tres años; de modo que sus progresos en ambos fueron probablemente muy considerables. Para realizar mejor sus insensatos y funestos deseos, eligió cuatro discípulos, ó más bien cuatro apóstoles, Lainez, Salmerón, Bobadilla y

Rodríguez. En seguida estableció la constitución de su orden, que en 1547 fué llamada la orden de los Jesuitas, de la iglesia de Jesús de Roma que les fué concedida.

Si deben detestarse, como han llegado á serlo, los principios morales de esta sociedad, es justo sin embargo, admirar la sabiduría de sus principios políticos. Se sospecha que esta orden, como cuerpo colectivo, ha cometido los mayores crímenes, y ha sido conviela de varios; pero unas veces ha eludido el castigo, y otras ha triunfado plenamente, como en Francia, bajo el reinado de Enrique IV. Los Jesuitas han dirigido directa ó indirectamente las conciencias y los consejos de todos los príncipes católicos de Europa. Casi puede decirse que gobernaron la China durante el reinado de Cang-hy; y actualmente están en posesión del Paraguay en América, bajo la soberanía de la corona de España, que ellos reconocen ostensiblemente, pero que en realidad no obedecen. Estos PP. como corporación, son detestados de los mismos católicos, sin exceptuar al clero secular y regular; y no obstante, como individuos son amados, respetados y gobiernan por todas partes.

Creo que dos cosas contribuyen ante todo á su triunfo: la primera es la obediencia pasiva, ciega e ilimitada que muestran á su general, que siempre reside en Roma, y á los superiores de sus diferentes establecimientos, que son nombrados por aquél. Todos ellos observan esta obediencia en grado asombroso, y creo que no hay en el mundo otra sociedad, cuya gran mayoría de miembros sacrifique su interés particular al general del cuerpo. La segunda es la educación de la juventud, de la que se han apoderado exclusivamente, por cuyo medio inspiran aquellas primeras impresiones que por lo regular no se borran, y estas impresiones son siempre calculadas para el mayor bien de la sociedad. Yo he conocido muchos católicos educados por Jesuitas, cuya razón y luces les inspiraban aversión á esta orden, pero que sin embargo, permanecían unidas á ella por costumbre ó por preocupación. Los Jesuitas conocen mejor que nadie el arte de agradar, y lo estudian á fondo; saben fingir toda especie de sentimientos con el fin de ganar, no un punto pequeño, sino cosas de suma importancia. En Asia, en África y en América, se hacen medio paganos para hacer á lo menos medio cristianos. En la vida privada, comienzan insinuándose como amigos, llegan á ser favoritos, y terminan por directores. Sus maneras no se parecen á las de otras órdenes regulares; son corteses, amables y atractivos: todos se hallan amestrados previamente con la mira de llenar aquel destino



para que parecen tener una aptitud natural, siendo esta la razón por qué la mayor parte de los Jesuitas sobresalen en algún objeto particular; y aun sabemos que educan algunos miembros para el martirio en caso de necesidad, como el superior de un seminario de Jesuitas de Roma dijo á Lord Bolingbroke: *Ed abbiamo anche martiri per il martirio, se bisogna.*

Infórmate con la mayor minuciosidad de todo lo que concierne á esta institución extraordinaria; ve á sus casas, relaciónate con ellos, óyelos predicar. El más famoso predicador de que yo he oído hablar es el P. Neufville, que creo predica aún en París; y como asiste á las mejores sociedades, te será fácil ganar su amistad. Si quieres conocer la moral de estos PP., lee las *Cartas Provinciales de Pascal en que se halla muy juiciosamente establecida con arreglo á los mismos escritos de la orden.*

En vista de todo, cierto es que una sociedad de la que resulta tan poco bien y de la que se piensa tan mal; que no sólo subsiste, sino que florece, debe hallarse gobernada por una política profunda. Siempre se avanza como prueba de los superiores talentos del cardenal Richelieu, que siendo odiado de toda la nación, y más aun del soberano, supo conservar su poder á despecho de ambos.

Desearía que hicieses lo que ahora siento yo no haber hecho á tu edad. Cada país tiene sus particularidades, de las que puede uno informarse mejor cuando está en él, que leyendo después todos los libros del mundo. Mientras permaneces en los países católicos, infórmate de las formas, ritos y ceremonias de esa iglesia tan ostentosa; mira sus conventos de frailes y monjes, infórmate de sus reglas, y asiste á sus oficios. Haz que se te expliquen los términos de *nonas, matines, etc.*, cosas de que muchas gentes hablan por costumbre, pero sin entender su verdadero significado. Conversa con algunos de esos entusiastas solitarios y estudia sus caracteres. Frecuente algunos rectorios, y mira el aire y las maneras de esas reclusas que forman en cada convento una nación diferente.

Ayer comí con madama F..., su madre y su marido. Éste es un atlético irlandés de muy bella figura, pero torpe y vulgar en su aire y maneras. Cuando sepas que algún inglés debe regresar aquí, te encargo que me envíes con él todos aquellos piquños *folletos, factans, testis, etc.* que hacen ruido y divierten en París. A Dios.

Londres, 23 de Enero de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

¿Has visto la nueva tragedia de *Varon*, y qué piensas de ella? Escríbeme lo, porque estoy decidido á formar mi gusto por el tuyo. He oído decir que las situaciones y los incidentes están bien caracterizados; que la catástrofe es imprevista y sorprendente, pero los versos malos. Supongo que es el asunto de todas las conversaciones de París, en donde tantos hombres como mujeres hacen de jueces y críticos en esta clase de obras. Tales conversaciones perfeccionan el gusto, ejercitan el pensamiento y son seguramente preferibles á nuestras sociedades inglesas, en donde, si se llega á tratar del *Bragg* ó del *Wáist*, se toca el punto más alto de utilidad y entretenimiento. Creo que esto consiste en que las inglesas dan por lo regular el tono á la conversación y no tienen la instrucción ni las buenas maneras que las francesas; á lo que se agrega que son más serias y más taciturnas.

Desearía que se celebrase un tratado entre los teatros francés é inglés, en que ambas partes se hiciesen concesiones considerables. Los ingleses sacrificarían su notoria violación de todas las unidades, sus degüellos y escenas de sangre, sus torturas y cadáveres despedazados que con tanta frecuencia presentan en las tablas. Los franceses deberían comprometerse á introducir más acción y menos declamación; á no intercalar ni confundir tantas cosas á la vez, aun lo inverosímil, por la propensión demasiado escrupulosa á las unidades. Los ingleses deberían reprimir la licencia de sus poetas, y los franceses ensanchar la libertad de los suyos. Los poetas franceses son los mayores esclavos de su país, que es mucho decir; que nuestros son los súbditos más sediciosos de Inglaterra que también as mucho avanzar. Bajo tales reglamentos podríamos asistir al teatro sin que una declamación interminable nos infundiese sueño ó nos expusiese á los susos del barbarismo de la acción (*a*). La unidad de tiempo comprendido en tres ó cua-

Si á la comedia fueras inclinado,

Y dejaras tu casa, estimándola

De tus propios dolores,

Nunca vayas á ver en ella horrores,

Que si aquel hueco espacio

Le desvias del peso de Palacio,

tro días, y la de lugar reduciéndola á una misma calle, ó á una ciudad, me parecen tan naturales como una escena de veinte y cuatro horas en la misma habitación. Creo que también sería conveniente que los franceses fuesen indulgentes respecto á los pensamientos y á las imágenes brillantes; porque aunque confieso que no es natural que un héroe, ó una princesa, digan cosas tan bellas en la violencia de la pena, del amor, de la desesperación etc., sin embargo, esto me parece tan tolerable como oír que se hablan á sí mismos durante media hora, á lo cual se ven obligados para que la pieza prosiga, so pena de acudir á otro absurdo mayor, los coros de los antiguos. La tragedia es de tal naturaleza, que antes de verla debemos prepararnos para la ilusión. Yo gusto llevar esta complacencia un poco más lejos que los franceses.

La tragedia debe pasar un poco las proporciones de la vida, porque de otro modo no nos afectaría. En la naturaleza, las pasiones más violentas son mudas; y en la tragedia tienen que hablar, y hablar con dignidad. De aquí proviene la necesidad de escribirlas en verso y por desgracia en versos franceses rimados, porque su idioma carece de energía. Así es que Catón el estoico muere en París exhalando rimas masculinas y femeninas, mientras que en Londres da el último suspiro con los versos más armoniosos y correctos.

Muy diferente es el caso en la comedia, que debe ser una pintura exacta de la vida común. Cada carácter tiene que mostrar en

Del pleito, de las trampas e inquietudes,

Y á la comedia acudes,

Quizá muerto y rendido,

Á desahogar el ánimo afligido,

No es desahogo ver en la comedia

El insulto, el agravio, la tragedia,

El látigo de Dios amanzalado,

El duelo ejecutado,

La virtud ofendida,

Y á precio de una vida, y otra vida,

Con bárbara violencia,

La traición, la maldad, y la insolencia:

Que litaje de gusto se halla en esto:

Si aun á los mismos brutos es molesto?

Y vuelves á tu casa,

Con la pena de ver lo que allí pasa,

Que por torpe, é injusto,

Aunquerepresentado da disgusto.

(Anacóro.)

Tr.

las tablas no sólo lo que exige la situación que representa, sino el modo mismo con que se hacen y dicen las cosas; razón por la cual no permitiría yo el verso en las comedias, á no ser en boca de quien representase el grado (ni es necesario en la comedia), de suponer que un viejo usurero, ó un Buen Juan, se dejó engañar profiriendo los mejores versos del mundo.

Por lo que hace á las óperas, son esencialmente absurdas y extravagantes para merecer atención. Yo las considero como una escena mágica, abierta para recreo de los ojos y de los oídos, á costa del entendimiento; y miro el canto, los versos y los héroes flarmonicos, como las montañas, los árboles, los pájaros y los animales que cantan y bailan al concierto irresistible de Orfeo (a). Siempre que voy á la ópera, dejo mi buen sentido y mi razón en la puerta con mi media guinea, y no conservo conmigo más que mis ojos y mis oídos (b).

Ya le he hecho mi confesión poética declarándole tantos pecados contra el gusto establecido aquí y en Francia, como podría cometer un hereje al hablar de las religiones de ambos países; pero mi edad me faculta para gustar y pensar por mi mismo, sin inquietarme de lo que los otros piensan, ventaja que la juventud, que tiene tantas otras, no puede atribuirse. Yo me veo á veces obligado á aparentar que me conformo hasta cierto punto con los gustos, las modas y las opiniones establecidas. Un joven puede disentir modestamente, en las sociedades privadas, con la opinión y las

(a)

Il est un lieu que l'on nomme opéra :

Bien n'est naturel en ce pays-là.

Ce qui se dit là de grave et de tendre,

Ne se dit qu'en air, ré, mi, fa, sol, la.

Le plus pesant

Marche en dansant :

Le moins content

Ne parle qu'en chantant.

Un malheureux tout prêt à s'aller pendre,

Souvent cadence et fredonne en pleurant.

(Pínox.)

(b) Más favorable á la ópera que el autor, y que Píxon, Voltaire dijo de ella que era un lugar:

Où les beaux vœux, la danse, la musique,  
L'art de tromper les yeux par les couleurs,  
L'art plus heureux de séduire les coeurs,  
De cent plaisirs font un plaisir unique.

Tr.

preocupaciones públicas; pero no debe atacarla con calor ni establecer su opinión en contra con tono magistral. Haz por oír y conocer todas las opiniones, acógelas con indulgencia, forma las tuyas con frialdad y manifiéstalas con modestia. Á Dios.

LONDRES, 4 de Febrero de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Dentro de un mes espero tener el placer de enviarte, y tú lo tendrás de leer, una obra de Lord Boffingbroke, sobre el uso de la Historia, que se está imprimiendo actualmente. Difícil es determinar si esta obra será más instructiva que agradable, ó viceversa. Muchos recargan su memoria indistintamente con hechos históricos, como otros su estómago con toda especie de alimentos; y ni los primeros digieren lo que leen ni los segundos lo que comen (a). Tú hallarás en diela obra un específico infalible contra este mal epidémico.

En este momento he sido interrumpido desagradablemente con una carta, no tuya como esperaba, sino de uno de tus amigos en París, que me dice estabas con una fiebre que no te permitía salir de tu casa. Me alegro ver que te cuidas y que llevas la prudencia hasta el punto de permanecer encerrado. Un poco más de cordura podría haber prevenido esta indisposición; tu sangre es juvenil y por consecuencia ardiente, y como tienes apetito y digieres bien, debías refrescarla de tiempo en tiempo con purgativos ligeros, ó una dieta de dos ó tres días, que te libertaría de esas fiebres. Lord Bacon, médico excelente en lo físico como en lo moral, asienta este aforismo en su Ensayo sobre la salud: *Nihil magis ad sanitatem tribuit quam crebre et domestice purgationes*. Por doméstico, entiendo aquellos purgantes simples que todo el mundo puede ministrarse como, cocimiento de ciruelas y sen, rubarbo; onza y media de maná disuelto en agua pura con el jugo de medio limón para hacerlo agradable al paladar. Estos remedios

- (a) Qui lit beaucoup, et jamais ne malite,  
Semble à celui qui mange avidement,  
Et de tous mets surcharge tellement  
Son estomac, que rien ne lui profite.

(Pianac.) Tr.

fáciles son precauciones seguras contra los ataques de fiebre á que se hallan sujetas todas las personas de tu edad.

Deseo y exijo que cuando alguna indisposición te impida escribirme en los días señalados, dispongas que tu criado Christian me ponga unos renglones diciéndome la *pura verdad*. No espero de él un estilo epistolar ciceroiano, y me contentaré con la sencillez y verdad suiza. Supongo que aumentas el círculo de tus relaciones en París, y que frecuentas diversas sociedades, medio único de conocer el mundo. Cada centro de sociedad difiere en algo de los otros; y un hombre de negocios debe conocer las diversiones, los intereses, y las cábalas de toda clase de gentes. Es una gran ventaja saber el idioma de los diferentes países por donde se viaja; las diversas sociedades pueden considerarse en cierto modo como países distintos; cada una tiene su idioma, sus costumbres y sus maneras peculiares; conócelas todas y en ninguna tendrás que admirar.

Á Dios, mi querido hijo, cuida tu salud porque sin ella no hay placeres.

LONDRES, 2 de Marzo de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

¿En qué altura te hallas con Ariosto? ¿Has llegado á aquel ingenioso tejido, cierto y fabuloso, serio y jovial, de caballeros errantes, encantadores y todo aquel laberinto de materiales que anuncia al principio de su poema? No me atrevería yo á decir que Homero tuvo una imaginación más fértil, ó que sobresalió más en la descripción que Ariosto. ¿Puede haber cosa más seductora que la pintura que hace de la persona y palacio de Alcina (a)? Toda la obra es digna de tu atención, no solo como poema inge-

- (a) Sola di tutti Alcina era più bella,  
Sì come à Bello il sol più d'ogni stella.

Of persona en tanto ben formata,  
Quanto mai l'ingor san pittori indistri,  
Con bionda chioma lunga ed anodata;  
Oro non è che più risplenda e lustrí.  
Spargesi per la guancia delicata  
Misto color di rose e di ligustrí:  
Di terso avorio era la fronte liala,  
Che lo spazio finia con giusta meta.

nioso, sino cómo origen de todos los cuentos y fábulas de este tiempo, como lo fueron las metamorfosis de Ovidio entre los antiguos; además, cuando hubieres leído esta obra, nada te será difícil en el idioma italiano; comprenderás con mucha facilidad la Jerusalén del Tasso, y el Decamerón de Boccaccio; tres autores que, tratándose de invención, son los únicos que me parecen dignos de leerse en este idioma; aunque los Italianos se encolerizarían si me oyesen hablar así.

Un hombre de mérito debe conocer los autores clásicos de cada

Sotto duo negri e sottilissimi archi  
Soldati negri occhi, anni duo citati soli,  
Pietosi a riguardare, a mover panchi;  
Inloro cari par' ch' Amor scherzi e voli,  
E ch' indi tutta la faretra scovai,  
E che visitamente i cori invai:  
Quindi il viso per mezzo il viso spinge,  
Che non trova l'Invidia ove l' emende.

Sotto quel stu, quasi fra due vallette,  
La bocca sparsa di nullo canbro;  
Quivi due filze son di perle elette,  
Che chiude ed apre un bello e dolce labro;  
Quindi escon le costei parolete  
Da render molle ogni cor rozzo e scabro;  
Quivi si forma quel suave riso  
Ch' apre à sua posta in terra il paradiso.

Bianca neve è il bel collo, e l'petto latte:  
Il collo è tondo, il petto colmo e largo,  
Due pome acerbe, e pur d'avorio fatte  
Vengono e van come onda al primo margo.  
Quando piacevole aura il mar combatte,  
Non potria l'altro parti veder Argo:  
Ben si può giudicar che corrisponda  
A quei ch' appar di fior, quel ch' è r'asconde.

Montran le braccia sua misura giusta;  
E la patetida man spesso si vede  
Linghetta alquanto, e il larghezza angusta  
Dove né nodo appar, né rema eccedea,  
Si vede al fin della persona angusta  
Il breve, asciutto e riondotta piede,  
Ch' angelici sembianti nati in cielo  
Non si pouno celar sotto alcun velo.

Hemos creído procurar placer á los lectores copiando el retrato de cina á que alude el autor. La descripción del palacio de esta heroína algo extensa y puede verse en el canto 6º. del Orlando Furioso.

idioma, como Boileau, Corneille, Racine, Molière etc. en francés; Milton, Dryden, Pope, Swift etc. en inglés, y los tres de que he hecho mención en italiano; ignoro si hay autores de este género en alemán, y realmente tengo poca curiosidad de saberlo. Esta especie de libros adornan el entendimiento, fertilizan la imaginación y suelen ser materia de plática en las mejores sociedades. Como tú conoces suficientemente los idiomas en que se hallan escritos, y tienes por otra parte, muy buena memoria, el poco trabajo que pueda ocasionarte esta lectura, te pondrá en estado de brillar en la sociedad. Citar los autores modernos no es cosa pedante como cuando se trata de los antiguos.

Entre las muchas ventajas que retiras de tu educación, no considero como la menor el saber varias lenguas. En vez de acudir á las traducciones, es una felicidad poder ir uno mismo á la fuente, conversar y negociar bajo un mismo pie con las personas de todos los países, cosa que no sucede al que trata los asuntos en idioma que los otros conocen mejor que él (a). En los negocios de estado, la fuerza y extensión de una palabra suelen ser de mucha importancia; en la conversación, una idea común puede ganar, ó un pensamiento elevado perder mucho, según el grado de exactitud ó de elegancia de una sola palabra. Tú sabes bien cuatro idiomas modernos, y con muy poco trabajo puedes llegar á conocerlos perfectamente. Lee algunos libros que traten de la corrección y delicadeza de estos idiomas; haz preguntas á los que fueren capaces de responderlas. Nada lisonjea más á las gentes que encontrar un extranjero que se toma el trabajo de hablar correctamente la lengua del país; esto es graduable al orgullo nacional y á las preocupaciones locales de que todos tenemos alguna porción.

La Eugenia de Francis, que te envié, ha sido bien recibida por la mayor parte de las personas de gusto: los palcos se vieron llenos hasta la sexta representación; pero el patio y los corredores estaban casi desiertos. Desgraciada sin muerte no bastan para afectar á los espectadores verdaderamente británicos, acostumbrados de tiempo atrás á los puñales, tormentos y copas envenenadas. Hescan, contra las reglas de Iloracio, ver á Madaa asesinar á sus hijos sobre las tablas (b). Los sentimientos eran muy delicados para

(a) El emperador Carlos V decía que el hombre es tantas veces hombre, cuantos idiomas posee: diferentes. Tr.

(b) ..... No tamen intus  
Digna geri, promes in scenam: multaque tolles

hace habitual, y por consiguiente agradable; además, la ventaja y consideración que estiras te indemnizan ampliamente. Lo que decías dias pasados del *Palacio Real* es muy cierto: para un joven de tu edad la situación es desagradable; no puedes esperar que se te considere allí mucho; pero tú puedes considerar á los otros. Observa sus maneras, escudriña sus caracteres é insensiblemente serás niño de lábios. Por todo eso tuve yo que pasar cuando era de tu edad. También comencé sin que se hiciese mucho alto de mí; pero yo me ocupaba de los otros y diariamente aprendía á comportarme mejor; hasta que por grados llegué á merecer que se me considerase; pero tuve gran cuidado de no desperdiciar el tiempo en aquellas compañías que no me prometían placeres vivos ó lecciones provechosas.

La pereza, la indolencia y la molición, son vicios perniciosos é indecorosos en un joven; resérvalos como un recurso para de aquí á cuarenta años cuando menos. Resígnate, por penoso que te parezca á los principios, á frecuentar la compañía más distinguida y más en boga del lugar en que te hallares, sea por su clase ó bien por su gusto y saber. Esto te procurará credenciales para todos los países á donde fueres en lo sucesivo. Da pues de mano á la pereza y á la indolencia; emplea todos los instantes de tu vida en placeres activos ó en empresas provechosas.

Mucho deseo leer la *Rome savée* de Voltaire, que por las faltas que le encuentran esos críticos severos, estoy seguro de que me ha de agradar, porque un todo sacrificar yo con gusto una parte de regularidad por otra de brillo; y en esto último no hay seguramente quien iguale á Voltaire.

Me alegro que hayas ido á Versalles y que comiences con M. de Saint Contest. Esta es la compañía á propósito para aprender las buenas maneras; para colmo de dicha parece que te cupieron un suerta los *lucerna bocados*. Aunque no tomases parte en la conversación del rey con los ministros extranjeros y que probablemente no te divirtieses mucho en ella, ¿piensas que no le hubieses sido provechoso observar la expresión y maneras de estos personajes? Utilísimo es conocer todas estas cosas.

Creo que M. Spencer partirá el mes entrante para alguna ciudad de Francia, pero no será París. Bien necesita un fuerte baño francés, porque en la actualidad es un *británico* completo. Ya sabes lo que quiero decir. Te deseo sinceramente buenas noches.

LONDRES, 16 de Marzo de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

¿Cómo te va con el más necesario y útil de todos los estudios, el del mundo? ¿Crees que haces progresos, y que tu experiencia aumenta todos los dias? Quizá podrías preguntarme cómo es posible que juzgues esto tú mismo. Voy á indicarte un medio seguro de saberlo: examínate, y mira si tus nociones del mundo han cambiado con la experiencia, y si difieren de lo que eran teóricamente hace dos años; este sintoma por sí solo es ya muy favorable. Bien me acuerdo cuán erróneas son las nociones que uno se forma á tu edad; los modelos que hasta entonces han pasado por los ojos son pocos y no los mejores para formarse sobre ellos; se piensa que todas las cosas se pueden conseguir á fuerza de vigor y de resolución, y que la blandura y la complacencia son el resungio de la flaqueza y de la pusilanimidad. Esta falsa noción comunica aspereza á los modales y aleja la delicadeza. Los necios, que jamás pueden desengañarse, conservan esta idea todo el resto de su vida; mas la reflexión con un poco de experiencia, hace que las gentes sensatas abandonen semejante error, y luego que se conocen mejor á sí mismas y á las de su especie, descubren que la simple razón es nueva entre diez veces usada al carro de triunfo del corazón y de las pasiones; de consiguiente, se dirigen por lo regular al conquistador más bien que al prisionero, y tú sabes que es necesario rendir homenaje á los conquistadores del modo más modesto, atractivo é insinuante. ¿Has descubierto cuán infiltas son las pequeñeces que afectan el corazón, y con qué seguridad marchan á su conquista cuando obran colectivamente? Si has hecho esta observación, es una prueba de tus progresos en el conocimiento del corazón humano. Ya examinaba el enacimiento de mundo de algún hombre, del mismo modo que á un estudiante respecto á su inteligencia de Horacio; no haciéndole traducir: *Mænas atavis editæ Regibus*, cosa fácil de hacer, sino viendo si sentía la delicadeza y la *curiosa felicitas* de aquel poeta. Poca experiencia se necesita para conocer los caracteres decididos y que sobresalen en el mundo por sus vivos colores. Estos caracteres son muy pocos y causan desde luego impresión; pero para distinguir los matices casi imperceptibles, y los grados diversos del vicio y de la virtud, de la razón y de la locura, de la fuerza y de la

dignidad de que por lo común se componen los caracteres, se necesita alguna experiencia, haber observado mucho y prestado una atención muy minuciosa. En iguales casos la mayor parte de los hombres hacen las mismas cosas, pero con una diferencia de que depende el resultado. Un hombre que ha estudiado el mundo conoce el tiempo y la ocasión de obrar; ha analizado los caracteres con quienes tiene que hacer, así como el modo de dirigirse á ellos, y sus razonamientos son en consecuencia; mas un hombre que sólo tiene sentido común, que sólo ha razonado por lo que le sugiere su propio discernimiento y que no ha conversado con el mundo, dice y hace las cosas fuera de tiempo y lugar convenientes; corre con precipitación y sin juicio hacia su objeto, y se rompe la cabeza en el camino. En los actos más simples de la vida social, todo hombre de sentido común, conoce los rudimentos y el A. B. C. de la urbanidad; trata de no ofender y aun desea agradar; y si su mérito es real, será recibido y tolerado en la buena compañía. Pero esto no es suficiente, porque aunque se le admita, nunca se apetece su presencia; aunque no ofenda no es amado; se hallará en el mismo caso que una potencia insignificante y neutra rodeada de otras poderosas, que sin ser jamás temida ni su alianza solicitada, será invalida sucesivamente por una de aquellas siempre que les convenga. Tal situación es de lo más deplorable que pueda darse. Al contrario, un hombre que ha observado y experimentado los diversos móviles del corazón humano y los artificios de que es capaz, y que puede trazar los colores y emplear á propósito los diferentes medios de persuadir al entendimiento y de subyugar al corazón, está casi seguro de tener enemigos; pero también contará con amigos; podrá encontrar obstáculos en su camino, pero hallará apoyo para vencerlos; sus talentos podrán excitar los celos de alguno, pero el arte de agradar y de prevenir por sus maneras atractivas, le harán amar del mayor número y ganar crédito y consideración. Muchas cualidades deben reunirse en tal hombre, y para que sea amado y respetado al mismo tiempo, es necesario que posea las pequeñas como las mayores prendas; las últimas no valdrían mucho sin las primeras, y éstas serían débiles sin las segundas. La instrucción se adquiere leyendo buenos libros; mas la ciencia del mundo, que es la más útil, sólo se adquiere leyendo á los hombres y estudiando sus diferentes caracteres. Generalmente se cree que hay muchas palabras sinónimas en todos los idiomas; pero aquellos que las estudian con atención se convencen de que no hay tal cosa, y notan entre

estas palabras alguna pequeña diferencia, alguna distinción que las hace más ó menos significativas ó enérgicas: lo mismo sucede entre nosotros; todos somos igualmente hombres; sin embargo, no hay dos que sean en un todo semejantes, y aquellos que no han estudiado cuidadosamente la naturaleza humana, toman siempre uno por otro; no distinguen las sombras y graduaciones que diversifican los caracteres aparentemente iguales. Las sociedades, las diferentes sociedades, son la única escuela de esta ciencia; y tú debes hallarte por lo menos en la tercera clase de esta escuela, punto de donde se pasa fácil y prontamente á la primera; mas para esto es preciso tener vivacidad y aplicación, y que no sólo te venzas cuando te aconteciere hallarte entre personas serias y esclarecidas, sino que solicites su compañía en vez de contentarte con frecuentar únicamente dos ó tres sociedades en que la indolencia y la dejadez puedan tolerarse.

En el plan que te tracé en mi última (a) para tus próximos viajes, olvidé decirte que si se verifica este año la elección del rey de los romanos, asistas sin falta á este acto; y como en tales ocasiones no se permite que los extranjeros entren en el lugar de la elección, excepto los que pertenecen á alguna embajada, he asegurado ya, á todo evento, un lugar para tí en la comitiva del embajador que nuestro rey debe enviar en calidad de elector, sea á Francfort ó á cualquiera otra ciudad en que se verificare la ceremonia. De este modo no sólo verás el aparato, sino que te impedirás de todas las circunstancias de esta elección, que será verdaderamente contestada por la oposición de algunos electores, y las protestas de varios príncipes del imperio. Pienso que esta elección, si es que llega á haberla, será época memorable en la historia; si no se cruzan las espadas, las plumas por lo menos no estarán ociosas, y se derramará mucha tinta cuando no sangre. Durante la contienda, puedes pillar impunemente y aumentar tu capital de conocimientos sobre el *ius publicum imperii*. Se me ha dicho que la corte de Francia ha nombrado al presidente Ogier, hombre muy hábil, para que vaya inmediatamente á soplar la discordia á Ratisbona. Es preciso confesar que la Francia siempre se ha aprovechado diestramente de la facultad que se le concedió de garantir el tratado de Múnster, lo cual le ha procurado frecuentes pretextos para mezclarse en los negocios del imperio. Cuando la Alsacia fué cedida á Francia por un tratado, tenía

(a) Esta carta no ha parecido.

grandes deseos de poseer esta provincia como feudal del imperio; pero éste conoció muy bien sus verdaderos intereses para caer en el garlito. Toda potencia debe tener gran cuidado de no dar el menor pretexto á otra para intervenir en sus negocios interiores.

LONDRES, 13 de Abril de 1752.

MI QUERIDO AMIGO,

Acabo de recibir tu carta del 9 con las piezas relativas á la actual disputa entre el rey y el parlamento. Te las devolveré por conducto de Lord Huntingdon que irá muy pronto á Paris, y que al mismo tiempo te entregará la pieza que olvidé al cerrar el paquete que te remittí con el embajador de España.

La representación del parlamento está muy bien redactada, *maistre in modo fortiter à re*. Los miembros hacen presente al rey, de un modo muy respetuoso, que en cierto caso, *que ellos creerían criminal suponer*, no le obedecerían. Esto tiende ya á lo que aquí llamamos *principios revolucionarios*. Yo no sé lo que el ungido del Señor y su Vice-regente en la tierra, designado por orden divina, y que sólo tiene que dar cuenta á Dios de sus acciones, pensará ó hará al descubrir estos primeros síntomas de razón y de buen sentido que aparecen en Francia; mas prevengo que antes del fin de este siglo, la profesión de *rey* y de *clérigo* decaerá en más de una mitad.

Duclos en sus *Reflexiones* tiene razón de observar que *hay un germen de razón que comienza á desarrollarse en Francia*, y esto no puede dejar de ser fatal á las pretensiones de reyes y papas. La prudencia puede en muchos casos recomendar una sumisión de circunstancia á unos y otros; pero cuando cese aquella ignorancia, único apoyo de la fe implícita en ambas potencias, el Vice-regente de Dios y el Vicario de Cristo serán únicamente creídos y obedecidos, en tanto que lo que el uno ordena y el otro diga sea conforme con la razón y la verdad.

Haces muy bien de manijarte como si no estuvieses bueno; es el medio más seguro para conservar la salud. No te cargues el estómago de manjares crasos, de masas pesadas, de natas ni de morcillas indigestas; sin que por esto sea necesario que te entregues enteramente á las carnes blancas, que no tengo por más sanas que la vaca, el cuerno y las perdices.

Voltaire me ha enviado de Berlín su *Historia del Siglo de Luis XIV* y la recibí muy á propósito, porque Lord Bolingbroke me ha enseñado cómo debe leerse la historia, y Voltaire me hace ver cómo debe escribirse. Prevengo que esta obra tendrá casi tantos críticos como lectores. Es necesario que Voltaire sea criticado, porque además de atacar todos los hábitos favoritos, pone de manifiesto todas nuestras preocupaciones que son nuestras queridas: la razón es nuestra esposa; por tal la reconocemos pero sin hacer mucho caso de lo que nos dice. Esta obra encierra la historia del entendimiento humano, escrita por un hombre de talento para uso de los que lo tienen. Los espíritus débiles no la apreciarán aun cuando no la entiendan, que es generalmente la regla de su admiración. Los estúpidos no hallarán aquellos detalles minuciosos é inspidos de que están colmadas la mayor parte de las otras historias. Voltaire dice lo que debe decir y nada más: sus reflexiones son cortas y justas, y producen otras en sus lectores. Exento de preocupaciones religiosas, filosóficas, políticas y nacionales, más que cuantos historiadores he conocido, refiere todos los hechos con una verdad tan imparcial como se lo permiten las consideraciones que en todo caso deben guardarse; porque palpablemente se siente que dice mucho menos de lo que diría si fuese libre. Esta historia me ha hecho conocer el siglo de Luis XIV con más exactitud que los innumerables volúmenes que había yo leído sobre el asunto; y me ha sugerido una reflexión que no había hecho antes, y es, que la vanidad y no el saber, condujo á este principio á fomentar é introducir en su reino las artes y las ciencias; porque el fué quien quitó en cierto modo las trabas al espíritu humano en Francia, llevándolo á la más alta perfección. Su siglo igualó en todo, y excedió en muchas cosas (perdonadme pedantes!), al de Augusto. El movimiento grande y rápido fué excitado por el aplauso y las recompensas de un principio vano, liberal y magnífico. Pero lo más sorprendente es, que Luis XIV detuvo las operaciones del entendimiento humano en el punto que quiso, como si hubiese dicho: *irás hasta allí y no pasarás adelante*. Fanático de su religión y celoso de su poder, las ideas libres y racionales no entraron durante su reinado en ninguna cabeza francesa, y los mayores genios que jamás produjeron las edades, no suscitaron la menor duda sobre el derecho divino de los reyes ó la infalibilidad de la iglesia. Los poetas, los oradores y los filósofos, ignoraron sus derechos naturales; besaron sus cadenas y una fe ciega y activa triunfó de la razón

pasiva y silenciosa de estos genios superiores. La Francia ofrece hoy un espectáculo muy diferente: la razón se desenvuelve por sí misma, pero el genio y la imaginación van declinando.

Con Lord Huntingdon te enviaré un ejemplar de esta historia, porque es probable que no pueda venderse ni publicarse en París. Te encargo que la leas más de una vez con atención, sobre todo el segundo volumen, que encierra un compendio muy claro y exacto de las cosas más interesantes de que todo el mundo habla, aunque muy pocos las entienden. En este libro hay dos afectaciones pueriles de que quisiera verlo libre: una es la subversión total de la antigua ortografía francesa; y la otra la supresión de toda letra mayúscula, excepto al principio de cada párrafo. Choca á mis ojos ver: *roma, paris, francia, cézar, henrique IV*, etc., con letras minúsculas, y no puedo concebir razón plausible para separarse del largo uso que ha consagrado lo contrario. Es una afectación indigna de Voltaire.

Recibí hace días una carta de M. Bocage en que me dice: *M. Stanhope se ha engolfado en la política y creo que hará progresos*. Haces bien, puesto que es tu destino; pero acuerdate que para sobresalir en las cosas grandes, es necesario ante todo agradar en las pequeñas. Las maneras atractivas allanan el camino á los talentos superiores. Los modales del difunto duque de Marlborough, y su maravillosa habilidad de insinuación, decidieron al rey de Prusia á dejar sus tropas en el ejército de los aliados, cuando ni las representaciones de éstos, ni la parte que él tenía en la causa común, habían podido conseguirlo. El duque de Marlborough no podía hacer valer ninguna otra razón; pero tenía unos modales á que el rey no pudo resistir. Voltaire, entre mil linas puzeadas de este género, dice del duque de La Feuillade, que era el hombre más brillante y más amable del reino, y aunque varón del ministro, era sin embargo el favorito del pueblo. Varias circunstancias de esta especie hacen á veces odiar á un hombre de gran mérito, si carece de destreza y de maneras para hacerse amar. Considera seriamente tus circunstancias, y que de todos los artes de agradar es el que más necesitas. Un tirano insensato y falto de política decía: *Oterant, modo timent a*; un hombre prudente habría dicho: *Modo audent, nihil timentum*

[a] Que odien con tal que teman.

*est mihi* (a). Juzga por tu experiencia diaria lo eficaz que es el agradable *no sé qué*. ¿No sientes, como todo el mundo, que este don es en los hombres más poderoso que la ciencia, y en las mujeres más atractivo que la hermosura?

Lord y Lady<sup>\*\*\*</sup> no llegan aún, y los espero con impaciencia, porque te han visto hace poco y siempre me imagino que puedo saber algo nuevo de tí de las últimas personas que te han visto. Esto no quiere decir que me fie enteramente en sus informes, y mucho menos de Lord y Lady<sup>\*\*\*</sup> respecto á las cosas que más me interesan. Estos padres han hecho mucho daño á su hijo por haberlo amado á su manera; le han hecho creer que el mundo se ha hecho para él y no él para el mundo; y á menos que no se aleje por largo tiempo de este país y que frecuentee la buena sociedad, exigirá por todas partes lo que hallará con gran dificultad, es decir, la misma atención y la misma complacencia de su papá y su mamá. Por cualquiera lado que tú te consideres, no podrás echarme en cara cosas semejantes; no te he amado como un necio ni como una mujer; en vez de imponerte mi ternura, he empleado todos los medios imaginables para hacerte digno de ella. Gracias á Dios sólo hay un artificio en que aún no satisfices mis deseos completamente, y ya sabes cuál es. Querria que fueses de mi gusto y del de todos en grado igual al amor que te profeso. Á Dios (b).

(a) Si aman nada hay que temer.

(b) Abril 17. El autor á M. Bairoles;

\*\*\* Me alegro mucho saber que la elección del rey de los romanos se encuentra tan adelantada. Os pido me informéis, tan pronto como lo supieris, cuando y donde deba verificarse aquesta ceremonia. Me interesa saberlo, porque he determinado que nuestro amigo quite la presencia, y tal vez esté á hacer el plan de sus movimientos con arreglo á aquella circunstancia. Debe ausentarse de París dentro de seis semanas, y visitar las costas de las márgenes del Rhin, en su camino á Basilea, á donde he escrito que llegará en Septiembre. Pero si la elección fuese antes, deberá llegar allí más pronto, porque tiene que agregarse á la comitiva de uno de los embajadores electorales del rey, por ser este el único modo en que los extranjeros pueden ver la ceremonia. En Marzo próximo irá á presentarte sus respetos á Bruselas durante uno ó dos meses, y es luego que te emplees en esa oficina y que le des á ver aquellos documentos y le comuniquéis aquellas instrucciones verbales que puedan ponerlo al corriente de los negocios importantes que se hallan encomendados á esa misión.

Tr.



LONDRES, 30 de Abril de 1752.

MI QUERIDO AMIGO,

*Tener mundo* es á mi modo de ver una expresión muy exacta y feliz; su significado es muy lato, comprende una multitud de cualidades para saber vivir en la sociedad; al mismo tiempo indica justamente que el que no las posee, no es del mundo, porque sin ellas los mayores talentos son casi inútiles, la cortesía absurda y la libertad chocante. Un docto encerrado en su obscura celda de Oxford ó de Cambridge, discurrirá de un modo admirable sobre la naturaleza del hombre; analizará profundamente la cabeza, el corazón, la voluntad, las pasiones, los sentidos, los sentimientos y todas aquellas subdivisiones metafísicas que nos son tan oscuras; y sin embargo, este docto no conoce nada del hombre, porque no ha vivido con él, ó ignora los diferentes modos, hábitos, preocupaciones y gusto que siempre tienen influjo sobre el alma y la dominan con frecuencia. Ve á los hombres como ve los colores en el prisma de Newton, en que sólo aparecen los principales; pero un tintorero experimentado conocerá los mil matices, las graduaciones, las sombras, y todo lo que puede resultar de su infinita mezcla. Pocos hombres hay de un color siempre claro: la mayor parte son mezclados, sombreados y confusos; un cambio de posición los hace variar, como las telas de seda, vistas bajo diferentes luces. El hombre que *tiene mundo* conoce todo esto por su propia observación y experiencia. El filósofo solitario y lleno de sí mismo establecerá los sistemas teóricos que quiera, pero en la práctica será tan absurdo, tan contrahecho y tan torpe, como un hombre que se pudiese á bailar sin haber visto hacerlo á otros, ni recibido lecciones ningunas, sino que sólo se limitase á estudiar los signos que marcan el baile como el compás en la música. Tú debes pues, observar é imitar el arte y las maneras de aquellos que *tienen mundo*: examina el método que emplean al principio para hacer impresiones en su favor y para conservarlas después. Estas impresiones son debidas por lo regular, á causas pequeñas más que al mérito intrínseco que es menos sutil y no produce un efecto tan instantáneo. Las almas fuertes tienen sin duda mucho ascendiente sobre las débiles, como Galigai, mariscal de Anere, lo observó muy justamente, cuando, para mengua del siglo, fué condenada á muerte por haber gobernado á Maria

de Médicis valiéndose de la magia y de los sortilegios (a). Pero este ascendiente sólo se adquiere por grados y empleando aquellos sortilegios que sólo enseña la experiencia y el conocimiento del mundo; porque en efecto, son pocas las gentes que se dejan intimidar, pero hay muchísimas bastante débiles para dejarse engañar. Repeatedamente he visto yo talentos superiores gobernados por almas mediocres, sin conocer, ni aun sospechar, su dependencia. Esto sólo puede acontecer cuando el menos capaz tiene más experiencia del mundo que aquel á quien gobierna: conoce el flanco mal defendido y dirige su ataque por aquel lado, siguiéndose de aquí que se apodera de la persona, y todo lo demás se rinde á discreción. ¿Quieres ganar la benevolencia de hombres y mujeres como todo hombre debe desear? Es necesario *tener mundo*, y para esto no te han faltado numerosas ocasiones; te has visto en las mejores sociedades de cada país, á una edad en que los otros comienzan á dar apenas sus primeros pasos en el mundo. Posees todos aquellos idiomas que tus compatriotas hablan rara vez y nunca bien; por consiguiente, no debes ser extraño en ninguna parte: este es el único medio de *tener mundo*; pero si no puede decirse que tú lo tienes y si no has arrojado la corteza rústica y no podria aplicarse el *rusticus spectat de Iloracio?*

Este conocimiento del mundo nos enseña en particular dos cosas de infinita consecuencia, bien que la naturaleza no nos incline á ellas, y son: el dominio de nuestro humor y el de nuestra fisonomía. Un hombre que no *tiene mundo*, se enciende en cólera ó se corta de vergüenza á cada incidente desagradable; la una le obliga á obrar y hablar como un loco, y la otra le hace

(a) Buscando este hecho histórico, hemos leído que la famosa Eleonor Galigai fue hija de un carpintero, y debió su fortuna á la casualidad de haber sido su madre nodriza de la reina Maria de Médicis. Cobró tanto ascendiente sobre esta princesa, y era tan amada de ella, que dirigía á su gusto sus deseos, odios y voluntades. Muerto Enrique IV la ambición de esta mujer no conoció límites, y elevó al Mariscal de Anere, su marido, á las mayores dignidades. El odio contra ella creció y fué fomentado por el joven heredero de la corona. Al fin fué aprisionada, y habiéndose encontrado en su gabinete algunos libros hebreos, se creyó que ellos le habían servido para hechizar á la reina. Preguntada sobre esto respondió con la mayor resolución que la había hechizado por los medios que las almas fuertes tienen sobre las débiles. Esta respuesta, que era la más ciosa y filosófica que podía dar, no la salvó, y fué condenada como hechicera y decapitada en París en 1617. Tr.

aparecer como un necio; á la vez que el hombre de mundo se maneja como si no entendiese lo que no puede ó no debe resentir. Si resbala alguna vez se levanta con sangre fría, como un caballo que tropieza, y no agrava su deslíz llenándose de confusión. Se muestra firme, pero sutil, y practica aquella excelente máxima: *suaviter in modo fortiter in re.*

El otro punto de que aún quiero hablarte es el *volto sciolto e pensieri dritti*. Las gentes sin práctica de mundo tienen fisonomías parladoras, y su inexperiencia es tal, que dejan ver lo que ellas mismas conocen que no deben decir. En el curso del mundo y en situaciones desagradables, es necesario que un hombre afecte á menudo un aire desembarazado y tranquilo, y que parezca contento cuando más se aleja de la alegría; es menester que hable con la sonrisa en la boca á aquellos que más bien querría atravesar con su espada. En las cortes no debe uno voltearse ni sacudirse uno mismo como un vestido. Todo esto puede hacerse sin falsedad y sin perfidia; porque no se debe ir más allá de lo que exige la política y los buenos modales; es necesario detenerse aquí, sin seguridades ni protestas de amistad fingida. Las buenas maneras con aquellos que no se aman, no ultrajan la verdad mas ni menos que las expresiones de *humble servitor*, colocadas al pie de un cartel de desafío. Estas son cosas sin consecuencia que sirven para mantener el decoro y la paz en la sociedad, y que ponen á uno sobre la defensiva sin emplear pérfidamente armas envenenadas. La verdad debe ser el principio invariable de todo hombre que tiene religión, honor, juicio y prudencia; pero no está obligado á divulgar todas las verdades que sepa. Los que son falsos pueden ser astutos pero no hábiles. La mentira y la perfidia, son el refugio de los tontos y de los cobardes. A Dios.

*P. D.* Es necesario que te encargue otra vez, que te despidas de todos tus conocimientos de un modo que les inspire sentimiento de tu partida y deseo de que regreses á Paris. No debes dar este paso de una manera fría y puramente civil, sino con aire de interés y de viva sensibilidad. Reconoce las obligaciones de que eres deudor por el bulto de benevolencia con que se te ha visto; asegura que por dondequiera que vayas las recordará con gratitud, y que solicitarás las ocasiones de probar á tus amigos tu *tierno y respetuoso recuerdo*; suplicas que en cualquiera parte á que te conduzca tu estrella, pueden, si te creen útil, emplearte sin reserva. Di todo esto, y mucho más, con tono expresivo y pe-

netrante; porque ya sabes: *si vis me flere* (a). Esto no puede hacerte ningún daño aun cuando no vuelvas á Paris; pero si sucede lo contrario, como es probable, te será infinitamente provechoso. Acuérdate de no omitir una sola casa, aunque no hayas estado en ella más de una vez.

Esta carta atestigua que el accidente que me sobrevino ayer, y cuyos pormenores hallarás en la que te acompaño de M. Grevenhop, no ha tenido funestas consecuencias; escapé de milagro (b).

LONDRES, 11 de Mayo de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Falto á mi palabra escribiendo esta carta; pero poco por el lado favorable, puesto que hago más de lo que había prometido. Resiento placer al escribirte, y quizá te resultará de ello algún beneficio. Uno de estos motivos bastaría para ponerme á escribir. ¿Cómo resistir á los dos unidos?

(a) Verso de Horacio en su arte poético:

*Si vis me flere, dolendum est Primum ipsi tibi.*

(b) Este accidente lo refiere el autor á M. Dairrolles en estos términos: Mayo 15.

Os escribe la presente un sordo estropeado, que lleva quince días de hallarse reducido á su cama, ó su silla. Mi yegulla negra, que sabéis es tan mansa como puede serlo cualquiera de su sexo, tenía necesidad de beber en Hyde-Park. En consecuencia, la arrendé á uno de los pequeños estanques, y con el fin de dejarla beber añadí la brida, que, cuando ella se delinó, cayó sobre su cabeza. Cuando quise retirarla del estanque, uno de sus pies se enredó desgraciadamente en la brida, y al tratar ella de desahucarse su enredo más y entoncez, dando un gran *surdo motion*, resultó con fuerza y me arrojó violentamente á seis pies de distancia. Me levanté inmediatamente sobre mi cuadril, que por inaplicable buena fortuna no se quebró ni dislocó, pero los nervios, músculos, etc. se encuentran tan lastimados y sensibles, que en este momento, y hace ya de ello diez y nueve días, siento algún dolor, y no puedo permanecer en pie sobre la pierna centosa. Este confinamiento, en esta época del año, cuando deseo tanto hallarme en Blackheath, es, como fácilmente concebireis, muy desagradable; y lo que más aumenta mi disgusto es mi sortera que va en aumento. He ensayado mi remedios infalibles, pero todos inútilmente. Espero alguna mejora del tiempo caliente, pero hasta ahora no hemos tenido ninguno. Mas hasta ya de mis propias enfermedades, que como viejo debo esperar y tengo bastante filosofía para soportarlas sin abatimiento....

Tr.

Según te última saldrás de París de hoy en ocho, y en tal concepto calculo que podrás recibir esta carta antes de partir. El coronel Perry llegó aquí hace dos ó tres días, y me envió un libro de tu parte; la *Cassandra* compendiada. Estoy seguro de que nunca se compendiará suficientemente. Si se extrajese la pura esencia de esta obra, quedaría reducida á un pequeño volumen en duodécimo; y pasara que haya gente tan ociosa para escribir ó leer tantas bobberias. Esta ha sido sin embargo, la ocupación de millares de personas en el último siglo, y es aún el entretenimiento secreto de las jóvenes y de las mujeres sentimentales, aunque no quieren confesarlo. Una joven que desfallece de amor encuentra en el capitán de que está prendada todo el valor y todas las gracias del lierno y perfecto *Orontates*; y muchas mujeres de *discreción*, hablan el lenguaje de la delicada *Clelia* al héroe que querrian ver eternamente enredado en sus lazos.

Aunque las maneras y las costumbres de las diferentes cortes de Alemania sean en general las mismas, cada una tiene su etiqueta que la distingue, ó alguna particularidad que la caracteriza, y es menester que atiendas á todas estas formas y que las adoptes inmediatamente. Nada lisonjea más ni proporciona mejor recibimiento á los extranjeros, que esta pronta conformidad. No quiero decir por esto que imites mimicamente la tesura y maneras poco elegantes de las pequeñas cortes de Alemania; no por cierto; ni intención es que te acomodes jovialmente á ciertos hábitos locales, como las ceremonias, las comidas, la conversación, etc. Las personas racionales de París, ó que han residido allí largo tiempo, infunden generalmente sospecha, sobre todo en Alemania, de abrigar cierto desprecio por cualquiera otro lugar. Ten cuidado de no mostrar nada de esto en tu exterior y conducta; antes bien elogia todo lo que merezca alabanza, sin hacer comparaciones con las cosas mejores del mismo género que hubieres visto en París. Por ejemplo: la cocina alemana es sin disputa execrable y la francesa deliciosa; sin embargo, nunca alabes la última en una mesa alemana; como lo que te parezca pasable, diciendo *esto ó aquello está muy bueno*, sin compararlo con cosa mejor. Yo he conocido muchos pensarones ingleses, que cuando se hallaban en París no se conformaban con ninguna costumbre francesa y tan pronto como iban á otro lugar, no hablaban más que de lo que habían hecho, visto ó comido en París. El tono libre de los franceses no puede usarse indistintamente en todas las cortes de Alemania, aunque sí puede guardarse en ellas un aire franco, y

esto en ciertos lugares más que en otros. Supongo que las cortes de Manheim y de Bonn son un poco más civilizadas que las otras; y me imaginó que la de Maguncia, que es eclesiástica, como también la de Treves, no siendo frecuentadas por los extranjeros, conservan todavía muchos usos godos y vándalos. Por consiguiente, es necesario que allí seas más reservado y ceremonioso, y que no hables una sola palabra de francés. En Berlin, al contrario, muéstrate tan afrancesado como puedas. Hamóver, Brunswick, Cassel, etc., guardan un medio, están un poco desperdiciadas, pero no mucho.

Otra cosa que te recomiendo, no sólo en Alemania sino en todos los países del mundo á donde fueres, es que prestes una atención, no sólo real sino visible, á cualquiera que te hable: no hay cosa más brutal, que más choque y que menos se perdona que la falta de atención á quien nos habla; yo he conocido muchos que, cuando se les hablaba, en vez de mirar á las personas y escucharlas, fijaban la vista en el techo ó en cualquiera otra parte de la habitación; se asomaban á la ventana, jugaban con un perro, daban vueltas á su caja de rapé ó se mondaban las narices. Hay algo que como esto descubra más claramente la futilidad y mala crianza de alguna persona? No es declarar abiertamente que el menor objeto merece más tu atención que todo cuanto pueda decirte la persona que te habla (a)? Figúrate cuáles no serán los sentimientos de odio y de resentimiento que tal grosería debe excitar en todo aquel que abriga alguna dosis de amor propio; y en verdad que todavía anda yo en busca de alguno que no le tenga en grado considerable. Te repito y repetiré sin cesar, porque es muy necesario que no lo olvides, que esta especie de vanidad y de amor propio es inseparable de la naturaleza humana, sea cual fuere su clase ó condición: tu lacayo mismo olvidará y perdonará más pronto una paliza, que ser tratado en público con altanería y desprecio. Te encargo pues que

- (a) Presta audiencia al que propone  
Su razón,  
No le atajes que es babilón  
Con que se encone.  
Tu buen juicio siempre abone.  
Al que bien dice.  
Que el que á verdad contradice  
El se reposa.

(CASTILLA.) Tr.

atendias no sólo en realidad, sino ostensiblemente á cualquiera que te habla, y además, que tomes el tono de los otros poniéndote bajo el mismo diapason. Muéstrate serio con el formal, contento con el alegre y superficial con el frívolo. Al adoptar estas diferentes formas, trata de que aparezcan naturales, sin violencia ni afectación. Esta versatilidad es lo verdaderamente ventajosa, y su utilidad sólo puede apreciarse el que conoce bien el mundo y cuenta por lo mismo con los medios de adquirirlo. Estoy muy seguro, ó á la menos espero, que jamás te servirás de aquella expresión favorita que sirve de excusa á los necios: *no puedo hacer tal ó cual cosa*; cuando su ejecución no es física ni moralmente imposible. *Yo no puedo atender largo tiempo á una misma cosa*, dice un necio, y esto significa que en verdad es tan necio que no tiene voluntad para ello. Me acuerdo haber conocido á un sujeto poco diestro que no sabía qué hacer con su espada, y al sentarse á la mesa se la quitaba, diciendo que le era imposible comer teniéndola ceñida, con cuyo motivo no pude contenerme y le dije que realmente podía conservarla en la cintura sin riesgo para él ni para los demás. Es vergonzosa, al paso que absurdo, decir que no se pueden hacer aquellas cosas que se practican diariamente.

Otra cosa contra la que te pido vivas alerta es la pereza, que, quizá más que ningún otro defecto, hace perder á muchas gentes el fruto de sus viajes. Trata de estar siempre en movimiento: levántate temprano; mira y ordena tus cosas y pasa el resto del día examinando á los hombres. Si sólo permaneces una semana en un lugar insignificante, ve todo lo que en el hubiere de notable, infórmate del número de sus habitantes é introdúcele en cuantas casas puedas.

También te recomiendo, aunque probablemente ya te habrá ocurrido, que lèves en tu valdriquera una carta de Alemania, en que estén señalados los caminos de posta, y también algún pequeño itinerario de este país. La primera te ayudará á imprimir en tu memoria las situaciones y las distancias, y el segundo te indicará las cosas que debes ver, y que sin este auxilio quizá se te escaparían.

Preparado de esta manera para todo lo que necesitas en tu viaje, pido á Dios que te lleve con bien; *Felix faustumque fit!*

LONDRES, 27 de Mayo de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Acompaño á la presente la original de un amigo nuestro con mis comentarios sobre el texto; aquel mismo texto comentado por mí tan á menudo, que creo imposible agregar nada nuevo. Sin embargo, no puedo abandonarlo hasta que no me halle enteramente convencido de que sientes toda su utilidad é importancia. Tu panegirista te concede todo lo que dejaría satisfechos á infinitos padres, y me busca ruido porque no me contento con lo esencialmente bueno; pero yo que en nada me he asemejado á los otros padres, tampoco puedo contentarme como ellos de lo esencialmente bueno, porque conozco que esto no es suficiente para que brilles en el mundo, mientras te falten *algunos baños de baños*. Pocos padres se inquietan mucho por sus hijos, ó á lo menos la mayor parte cuidan más de su dinero, y por consiguiente se contentan con daries, al más justo precio, la educación ordinaria, es decir, la escuela hasta los diez y ocho años, la universidad hasta los veinte, y dos años para correr la posta y atravesar las diferentes ciudades de Europa; después de lo cual esperan con impaciencia que sus zotes hijos vuelvan á su casa para casarse, y, como ellos dicen, establecerse. Entre aquellos que realmente aman á sus hijos, hay pocos que lo sepan hacer; por lo regular los echan á perder con sus caricias mientras son jóvenes, y más tarde riñen con ellos por hallarse pervertidos. Otros aman á sus hijos con amor de madre, sin atender más que á la salud, y á la fuerza corporal de aquel sobre que reposan las esperanzas de la familia; celebran el día de su nacimiento y se regocijan, como los súbditos del gran Mogol, á medida que ven aumentar su corpulencia; mientras que otros que sólo piensan en lo esencial, según su expresión, se toman el grato trabajo de sembrar y ver crecer en sus herederos sus debilidades y sus defectos favoritos. Espero y creo que yo he evitado estos errores en la educación que te he dado: ninguna debilidad de mi parte ha retardado sus progresos, ninguna parsimonia la ha desvirtuado y ningún rigor la ha echado á perder. Mi ánimo ha sido cimentarla en conocimientos sólidos y extensos, y con tal fin no he economizado nada; pero conocía que esto no podía bastar, y que era necesario embellecer el edificio, motivo por el cual le arrojé á correr el mundo, y has

sido dueño entero de tí mismo á una edad en que otros se entregan á la crapula en la universidad, ó son mandados á países extranjeros bajo la tutela de algún pedante escocés, áspero y grosero. Este era el único medio de que adquirieses los modales, el aire y las gracias que dan brillo al mérito, sin cuyas prendas las virtudes morales y el saber quedan perdidos en las cortes y en el gran mundo; y aun dudo si estas cualidades sólidas no son más bien un obstáculo, porque su severidad disgusta é inspira temor en aquellos lugares cuando no son suavizadas é introducidas por las gracias. Pero parece que aun te faltan algunos baños de estas gracias y de este bello báñiz. Déjame pues preguntarte sería y finamente, ¿por qué te faltan estos baños cuando puedes procurártelos con tanta facilidad como polvorear más ó menos tu cabellera, ó llevar más ó menos bordados en tu vestido? La única razón que encuentro para esto es, que aun no te hallas convencido de todo su valor. Has oído decir á algunos descarados ingleses: *normale esos palmetros extrajercados; sólo queremos semblantes resueltos y vapores! Tales mujeres hacen lo que quieren con sus aires de primer; charlan como gorrinas, gestulan como monas y se visten á lo bailarina. Un inglés genuino romperá los cascos á tres de ellos.* Pero tu propia observación debe desengañarte de estas preocupaciones, y voy á ponerte un ejemplo, entre ciento que podía presentar, de personas que han brillado y figurado en el mundo sin más mérito que su despejo, sus buenas maneras y sus gracias. Te lo digo en reserva, porque debe quedar entre tú y yo: ¿Cuál piensas que fué la causa de que se nombrase á nuestro amigo Lord A\*\*\* coronel de un regimiento de guardias, gobernador de Virginia, primer ayuda de cámara del rey y embajador en París, empleos que montan á cerca de 47,000 libras esterlinas al año? ¿Fué su nacimiento? No; antes de figurar era únicamente un caballero holandés. ¿Su fortuna? Tampoco, carecía de ella. ¿Su saber, su genio, sus talentos políticos y su aplicación? Tu puedes responder á estas preguntas con la misma facilidad que yo. ¿Cuál fué pues la causa? Muchas gentes se sorprendieron, pero yo no, porque sabía el motivo: éste no fué otro que su aire, su tono, sus maneras y sus gracias; agrado, llegó á ser favorito, y siendo favorito consiguió todo lo que ha sido después. Citame un hombre de mérito real que haya sido elevado á tanta altura sin el socorro de las gracias exteriores.

Conoces al duque de Richelieu, actual mariscal de Francia, cordón azul, gentil hombre de cámara, dos veces embajador, etc.

¿Por qué medios? No por la pureza de sus costumbres (a), ni por su profundo saber, ni por una sagacidad ó penetración extraordinarias. Las mujeres lo formaron y elevaron. La Duquesa de Borgoña vivía loca por él cuando sólo tenía diez, y seis años, y esto lo puso en hoga en el gran mundo. La hija mayor del regente, en el día madama de Módena, le cobró amor después, y estuvo para casarse con él. Estas conexiones prematuras con mujeres de la más alta distinción, dieron á este sujeto aquellas maneras, aquellas gracias y aquel tono que en él has visto, prendas que te aseguro son las únicas que componen su mérito; despojalo de ellas y sólo quedará un ente de lo más insignificante. Hombres y mujeres no pueden resistir á un exterior atractivo; fuerza es que agrade y que haga su camino. Parece que á tí sólo te faltan algunos baños; ¿por Dios! no pierdas tiempo en tomarlos; completa la obra ya que te hallas tan adelantado; no pienses en nada hasta no concluirla. Una aplicación constante alcanza cuanto quiere, y la tuya no puede emplearse mejor que en adquirir unas prendas tan necesarias para dar valor á tu mérito intrínseco. ¿Qué cosa no podrás llegar á ser algún día con tus conocimientos y tus talentos, si los haces brillar con las gracias y las maneras? Sin este requisito te verás como un hombre muy ágil de una pierna y cojo de la otra; no podrás correr; tu pierna mala inutilizará la buena.

El objeto de mi plan general de educación ha sido reunir en tí las cualidades de un *hombre universal*, y con tal fin he agotado todos mis medios; lo único que falta sólo depende de tí. No frustrés unas esperanzas que te están tan fácil colmar. Tu propio bien se mira interesado en darme gusto y es la única recompensa que deseo por todo el cuidado y cariño de quien es Tuyo.

(a) Le maréchal de Richelieu, parcourant un cercle de vingt femmes, part d'un grand éclat de rire. — Qu'avez-vous donc, Monsieur le maréchal, qui vous rend si joyeux? — Ma foi, Mesdames, c'est que ja me rappelle, en vous voyant, que j'ai en le plaisir de vous posséder toutes.

(SALUSTIUS) Te.

UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA DE BIENEFICENCIA  
DE BIBLIOTECAS

LONDRES, 31 de Mayo de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

El mundo es el único libro á que por ahora debes dedicarle, y si lo comprendes bien te será más útil que cuantos hayas leído. Cierra los mejores libros siempre que puedas asistir á las compañías más selectas, y persuádelo de que cambias por lo mejor. Sin embargo, como la vida más agitada por los negocios ó por los placeres, deja diariamente algunos momentos de ocio que un ser racional emplea provechosamente, voy á indicarte el método que debes establecer para sacar partido de unos instantes que son y deben ser muy raras. No pierdas tu tiempo en leer libros fútiles ni triviales, publicados por autores ociosos ó famélicos para divertir á los holgazanes y á los ignorantes. Esta especie de libros pululan y zumban diariamente á tu rededor; espántalos porque son á manera de insectos sin aguijón. *Certum pete finem*; ten algún objeto para estos momentos desocupados; prosíguelo invariablemente hasta conseguirlo y pasa después á otro. Por ejemplo, considerando tu destino, te aconsejo que dediques tales momentos á la lectura de las épocas más interesantes de la historia moderna. Si comienzas por el tratado de Múnster, periodo muy propio para principiar el curso que te recomiendo, no interrumpas este estudio pasando la vista por otros libros que no se refieren á aquel objeto; consulta únicamente las historias más auténticas, las cartas, las memorias y las negociaciones concernientes á aquella importante transacción, y lee y compara todo con la precaución y desconfianza que Lord Bolingbroke te recomienda en términos más persuasivos que los que yo podría emplear.

La época que sigue no menos digna de atención es el tratado de los Pirineos, calculado realmente para establecer las bases de la sucesión de los Borbones á la corona de España. Prosigue este estudio de la misma manera, eligiendo, entre los millares de volúmenes escritos sobre el particular, dos ó tres de los más auténticos, y sobre todo, las notas oficiales que son la mejor autoridad en materias de negociación. Después vienen los tratados de Nimega y de Ryswick, que son en cierto modo adicionales al de Múnster y al de los Pirineos. Existen muchas cartas y piezas originales que han arrojado mucha luz sobre ambas transacciones.

Las personas que sólo miraban las cosas superficialmente se admiraron de las concesiones hechas por el victorioso Luis XIV en el tratado de Ryswick; pero yo pienso que los que conocían el estado del reino de España y la salud del rey Carlos II podían haberlas previsto facilmente. El intervalo entre la conclusión de la paz de Ryswick, y la ruptura de la gran guerra en 1702, aunque corto, es muy interesante. Cada semana, por decirlo así, produjo su acontecimiento: dos tratados de partición; la muerte del rey de España; su testamento inesperado y la aprobación que mereció de Luis XIV infringiendo así el segundo tratado de partición que acababa de firmar y ratificar; Felipe V recibido con los brazos abiertos en España, y reconocido como rey por la mayor parte de aquellas potencias que se coligaron después para destronarlo. Con este motivo no puedo dejar de hacer esta observación: que el carácter y las consideraciones personales tienen corrientemente más influjo en las grandes transacciones, que la prudencia y la sana política. En efecto, Luis XIV satisfizo su orgullo personal dando á la España un rey Borbón á costa de los verdaderos intereses de Francia, la cual habría ganado una fuerza más sólida y permanente adquiriendo Nápoles, Sicilia y Lorena, bajo el pie del segundo tratado de partición; y yo estimo como una fortuna para la Europa que hubieses preferido el testamento. Ciertó es que contaba con poder gobernar á su nielo, pero nunca podía esperar que su posteridad de Francia gobernase á su posteridad de España: sabia muy bien lo débiles que son entre los hombres los vínculos de sangre y mucho más entre los príncipes. Las memorias del conde de Barrach y de la Torre, esperecen mucha luz sobre las transacciones de la corte de España antes de la muerte de su débil rey y las cartas del mariscal de Harcourt, entonces embajador francés en España, de que tengo copias auténticas escritas desde 1698 hasta 1705, han aclarado para mí todo este negocio. Conservo estos documentos para ti, y en ellos verás que la conducta imprudente de la casa de Austria respecto al rey y reino de España y á la favorita madama Berlip, junto con el reconocimiento del tratado de partición que irritó á todos los españoles, fueron las verdaderas y únicas razones del testamento en favor del duque de Anjou. Ni el cardenal Portocarrero, ni ninguno de los grandes de España, fueron corrompidos por Francia, como generalmente se decía y creía en aquel tiempo, y esto confirmó la anécdota de Voltaire concerniente á esto. Entonces se abre una nueva escena y un siglo nuevo. La fortuna cesa de pro-

teger á Luis XIV, hasta que el duque de Marlborough y el príncipe Eugenio reparan en cierto modo los perjuicios que le habían hecho, obligando á los aliados á desechar los artículos de paz que el les ofreció en Gertruydenberg.

Las comunicaciones de los ministros extranjeros á sus cortes y las órdenes de éstas á sus ministros, si son originales, son los mejores registros que puedes leer. Las cartas del cardenal de Ossaí, del presidente Jeannin, de Estrade y de Sir W. Temple, no solo te instruirán, sino que formarán tu estilo, que en las cartas oficiales debe ser simple y natural, mas al mismo tiempo puro, claro y correcto.

Todo lo que he dicho puede reducirse á dos ó tres principios muy simples: 1.º leer poco y conversar mucho; 2.º no leer libros que no te comuniquen alguna instrucción; y 3.º que los que lees tiendan á cierto objeto, se refieran á él, ó sean una consecuencia necesaria del punto principal. Con este método, media hora de lectura diaria te hará adelantar mucho terreno. Pocas gentes saben emplear el tiempo del modo más productivo; pero si á tu edad, al principio de la vida, se colocase cada momento á interés, es increíble el caudal de conocimientos y de placer que proporcionará tal economía. Cuando dirijo la vista atrás, no puedo menos de sentir la inmensa cantidad de tiempo que desperdicié inútilmente sin ventaja ni placer (a). Persuadete con tiempo de esta verdad y emplea todos tus momentos. Los placeres no nos siguen hasta el término de la vida; la existencia más larga es muy corta para la ciencia, y por consiguiente cada momento es precioso.

Me hace fuerza no haber recibido ninguna carta tuya después que saliste de París. Encamino la presente á Strasburgo como mis dos últimas; pero dirigiré mi próxima á Maguncia, á menos que no me envíes de aquí á entonces instrucciones contrarias. Adios.

(a) Come rapida si vede  
Onde in fiume, in aria strale,  
Fugge il tempo, e mi non risio  
Per le vie que già passo.  
E a chi perde il buon momento  
Che gli offese il tempo amico,  
E gastigo il pentimento  
Che fuggendo ei gli lascio.

(METASTASIO.)

Tr.

Loscares, 8 de Junio de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Muy pocos negociadores célebres han sido eminentes por su saber. Los más famosos diplomáticos franceses (y no he conocido nación que pueda alabarse más de la capacidad de los suyos), han sido militares. El duque de Marlborough, tan experto en las negociaciones como en la guerra, ignoraba en sumo grado las letras, pero conocía en extremo á los hombres; á la vez que el literato Grocio mostró, tanto en Suecia como en Francia, que carecía de las habilidades de un ministro. Esto, á mi modo de ver, puede comprenderse fácilmente. Un hombre de profunda erudición ha debido emplear en la lectura la mayor parte de su tiempo; y un negociador hábil ha pasado necesariamente la mayor parte de su vida entre los hombres. Cuando el profundo erudito sale por fuerza de su empolvado gabinete para dirigir los negocios, obra teóricamente; trata á los hombres con arreglo á lo que ha leído y no como los ha conocido por experiencia; sigue los precedentes de Esparta y de Roma, imaginándose falsamente que los casos son semejantes; y habrá circunstancias en que, creyendo necesario usar de vigor y de decisión, echará un círculo alrededor de las personas con quienes trata y les intimará que no salgan de la línea sin darle una respuesta categórica, por haber leído en la historia Romana que un embajador de aquellos tiempos lo hizo así (a). No; cierto grado de saber puede ayudar, pero ningún grado de ciencia hará de un hombre un negociador experimentado; á la vez que el conocimiento del mundo, del carácter, pasiones y hábitos de los hombres ha formado mil, sin un

(a) Un hombre, dice Grocio, que vive solitario en su gabinete, sin ningún estímulo de transmitir sus ideas, sin adversario que le contradiga y sin objeciones que combatir, jamás aprenderá el delicado arte de convencer los ánimos sin ofender el amor propio. No hallándose acostumbrado á aquellas luchas de sociedad que dan á cada uno la medida de sus fuerzas, se inclinará á formarse una idea exagerada de sus talentos y á exponer sus ideas con arte imperioso y ofensivo. Puede decirse de la conversación lo que Allieri de los viajes:

« Vi s'imparrà, piú assai che in su le carte,  
Non dirò se a stimare o pregiar l'uomo,  
Ma a conoscer sè stesso e gli altri in parte. »

Tr.

T. II.

grano de literatura. Es raro que los militares posean mucho conocimiento de los libros; su educación no la daga á ello; pero lo que compensa ampliamente esta falta es el mucho conocimiento que por lo regular tienen del mundo; lo recorren desde muy jóvenes; ven varias naciones y caracteres, y pronto llegan á convenirse de que para ascender, que es su principal mira, necesitan ante todo agradar; y estas causas reunidas los hacen casi siempre corteses y aplos para la sociedad; razón por la que los ves constantemente distinguidos en las cortes y favorecidos por el bello sexo. Desearía que hubieses tenido la edad para haber hecho una ó dos campañas como voluntario, porque esto te habria enseñado la versatilidad, la atención y la viveza que temo mucho te falten, y es falta de las más grandes.

Un ministro extranjero no se ve obligado á despachar grandes negocios diariamente, su habilidad diplomática no se pone á prueba á cada instante; pero no hay día ni hora en que no deba preparar y allanar el camino para sus negocios; unas veces insinuándose con sus maneras, no sólo en las familias, sino en la confianza de las gentes más considerables del lugar, y otras procurando placeres y manejándose de modo que poco á poco dejen de mirarlo como á extranjero. Un ministro hábil puede ser tan útil á su país desempeñando los cumplidos de su casa en un baile ó una cena, como escribiendo en un gabinete los protocolos más complicados. El mariscal de Harcourt embotó el filo de la larga aversión que los españoles tenían á los franceses, mostrándose afable, civil y rumboso. La corte y los grandes le amaban con pasión y frecuentaban su casa, é insensiblemente los condujo á preferir el yugo francés al alemán, cosa que ciertamente no habria sucedido si su competidor diplomático le hubiese igualado en cualidades.

Hablando el otro día sobre este y otros asuntos, siempre con relación á ti, con un sujeto que amas y conoces muy bien, y manifestándole mi ansiedad y deseos de que tus prendas exteriores pudiesen adornar, ó á lo menos igualar tu mérito intrínseco como hombre de juicio y de honor, me interrumpió diciéndome: *Cese Vd. de inquietarse sobre un punto que jamás será cumplido, porque no está en el orden natural. Lo blandirá, la suavidad y las atenciones que Vd. desea ver en su hijo, son contrarias á su carácter, y nunca las adquirirá sean cuales fueren los esfuerzos que Vd. ó él hagan. La naturaleza puede alterarse ó disfranzarse un poco por medio del cuidado, pero no hay arbitrio de ninguna especie para*

*forzarla ó cambiarla enteramente.* Yo negué este principio hasta cierto punto, admitiendo sin embargo, que bajo muchos aspectos nuestra naturaleza no puede cambiarse, pero al mismo tiempo sostuve que bajo otros puede recibir tales mejoras y alteraciones por medio del cuidado, que equivalgan á un verdadero cambio(a); que yo consideraba las prendas exteriores de que hablábamos, como materiales y sujetas absolutamente á la voluntad y á la costumbre; y que por lo tanto me hallaba convencido de que tu buen sentido, debiendo señalarle la importancia de estas prendas, te impulsaría á adquirirlas á todo trance, aun á despecho de la naturaleza, si es que ésta tiene que mezclarse en el asunto. Nuestra disputa, que fué muy larga, terminó, como Voltaire observa que terminan regularmente las disputas en Inglaterra, con una apuesta de cincuenta guineas, que yo mismo debo decidir bajo mi honor, arreglándome á los términos fielmente consignados en esta carta. Si tú piensas que la he de ganar, iremos, si quieres, á medias; pero decláramelo con tiempo. Yo desde ahora digo que diría con el mayor gusto mil guineas por ganar esas cincuenta; en tu mano está asegurármelas. A Dios.

LONDRES, 29 de Junio de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Por el último correo recibí carta de uno de mis parientes en Hannover, M. Stanhope Aspinwall, empleado en la secretaría del duque de Newcastle, y que acaba de ser nombrado ministro del rey cerca del Rey de Argel, empleo que no creo le convidaras á pesar de tus miras diplomáticas. Me dice que una Madama Meyers

(a) Dourgo, legislador de Lacedemonia, tomó dos perrillos de igual raza y los crió de diferente manera, dando de comer al uno carnes delicadas, y enseñando al otro el ejercicio de la caza. Cuando el tiempo fortificó el cuerpo y los hábitos de ambos perros, el legislador los llevó á la plaza pública, y cuando poseer delante de ellos carnes substanciosas, y al mismo tiempo dejó á una liebre. Al momento una de estos perros se puso á devorar la carne de que acostumbraba alimentarse, y el otro á correr tras la liebre, la cual huve en vano, pues el perro la fatiga, la atrapa, y todo el pueblo aplaude tal destreza. Llegan entonces dijo á la asamblea: Estos dos perros son de la misma raza; y sin embargo ved la diferencia que la educación ha puesto entre ellos.

(Diccionario de Educación.)

Te.



tiene muy buenas habitaciones en una casa contigua al palacio del duque, y se ofrece á tomar una para tí. Le he suplicado que la tome en caso que la dueña quiera esperarte hasta fines de Agosto ó principios de Septiembre, en que calculo llegarás á Hannover. Este M. Aspinwal te ayudará y servirá en todo hasta donde alcanzaren sus fuerzas. Ha estado ya dos ó tres veces en Hanover y conoce todas las *revédes* de ese país; además, está muy bien con el duque de Newcastle cerca de quien te encumbrará hasta las nubes. Por otra parte, si deseas servir como meritorio en la secretaría, te asistirá y pondrá al corriente. En una palabra, es hombre muy digno, sensato ó instruido; pero de figura bastante ingrata, y *ami abusé del privilegio que tienen los hombres feos, de modo que no estara demás entre los leones y los leopardos que encontrará en Aiyé!* (a).

Me parece que Berlín es actualmente la corte más civil y brillante de Europa, y al mismo tiempo la más útil para formar á un joven, motivo por el cual deseo que permanezcas allí cuando menos los dos meses del carnaval. Si en Bona se te recibiese tan bien como espero, y si pasas tu tiempo con provecho, te aconsejo que permanezcas en aquella ciudad hasta fin de Agosto, y cuatro días después podrás estar en Hannover. Tu residencia en este último punto será más ó menos larga, según ciertas circunstancias que *conoces* (b). Suponiéndolas tan favorables como deseamos, quédate allí ocho ó diez días antes de la salida del rey para Inglaterra; pero poniendo las cosas en lo peor, no debes dejar inmediatamente esta ciudad por las razones que tampoco ignoras. Es menester evitar la más pequeña apariencia de resentimiento, ó cosa alguna que lo hiciese sospechar; por consiguiente, creo que en el último caso debes permanecer allí un mes, y en el primero el tiempo que más te acomode; pero estoy convencido de que el hado te ha de ser favorable; todo el mundo está comprometido é inclinado á servirse, el ministro inglés, el ministro alemán, las damas principales y la mayor parte de los ministros extranjeros,

(a) En el original no has de ver La hermosura ó gentileza; Su hermosura es la nobleza, Su gentileza el saber.

(EUGENIA.)

(b) De una carta de Lord Chesterfield á uno de sus amigos, parece deducirse que se tenía que naciese algún obstáculo á objeción del nacimiento legítimo de M. Stanhope.

Tt.

de modo que puedo aplicarte: *nulium in vobis nisi prudentia.*

Te encargo que cultives la amistad de M. Hop, ministro holandés, que siempre ha sido mi particular amigo, y que estoy seguro lo será tuyo. Sus maneras no son ciertamente muy seductoras, es brusco pero sincero. Á veces es útil conocer las cosas que se deben evitar, como es oportuno ver á menudo las que se deben seguir (a). Las maneras de mi amigo Hop te indicarán generalmente, por regla de inversión, cuáles deben ser las tuyas. Cierto es que este sujeto, con el mejor corazón del mundo y lleno de buenas cualidades, tiene mil enemigos y apenas un amigo, á causa de la dureza de sus maneras.

Vuelvo á recomendarte que mientras permanecieres en Hannover afectes no hablar más de alemán; deja ver que prefieres esta lengua, lo cual te servirá cerca de *cierta persona* más de lo que puedes imaginarte. Cuando entregues mis cartas á M. Munchausen y á M. Schwiegehd, háblales en alemán. Muestra las mayores atenciones á la hija del primero que es una grande favorita. Á Dios.

LONDRES, 26 de Junio de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Como tu última del 18, datada en Manheim, me inspira temor de que todas, ó á lo menos la mayor parte de las que te he escrito después de tu salida de París, no hayan llegado á tus manos, creo necesario repetirté en ésta lo más esencial de mis anteriores.

Si las cosas toman, como es de esperar, un aspecto favorable en Hannover, *cui sta bene non si movet*, permanecerás allí hasta ocho ó diez días antes que el rey salga para Inglaterra; pero si fuere lo contrario, quédate un mes, á fin que tu partida no cobre

(a) Un abate joven que despuntaba con talentos para el púlpito, pedía consejos á Boileau para perfeccionarse en el arte de la predicación. Boileau le aconsejó que fuese á oír al padre Bourdaloue y al abate Cottin. El joven abate, sorprendido de que un hombre de gusto tan exquisito pudiese lajar un mismo nivel á Cottin y á Bourdaloue, exclamo: pero, Señor, ¿qué quiere Vd. decir con eso, y qué fruto puedo yo retirar oyendo predicar á Cottin? — Es sin embargo necesario que Vd. lo oiga, replicó Boileau: el padre Bourdaloue enseñará á Vd. lo que debe hacer, y el abate Cottin lo que debe evitar.

Tt.

aire de descontento. Cuando te separes de Hannover, sea que residas allí pocos ó varios días ¿á dónde piensas ir? *Ella é pádrone*. Comunícame únicamente tu resolución cuando la hubieres formado. Tu buen ó mal recibimiento en aquella ciudad influirá mucho en lo sucesivo en tu reputación, tus adelantos y tu fortuna en el mundo, y no pueda menos de confesarte que hasta no salir de la duda, vivirá lleno de inquietud. Es tu primera crisis; la reputación que adquieras al principio será casi la misma para todo el resto de tu vida. Ves á ser juzgado y examinado, no como niño, sino como hombre, y desde este momento ya no hay apelación. Tu fama, sea la que fuere, quedará fija; mas para que sea ventajosa tienes que atender ante todo á tres cosas: tu reputación como hombre de honor, de verdad y de principios; tu aptitud y tus conocimientos como diplomático; finalmente, tus maneras, tu aire y tus gracias como cortesano, primeros y únicos escalones para llegar al favor. El mérito en las cortes, sin el favor, hará poco ó nada; mas el favor sin mérito hace mucho, y reunidos ambos lo hacen todo. El favor en las cortes depende de tantos, tan triviales, tan inesperados y tan imprevistos acontecimientos, que un buen cortesano debe estar á la mira de las circunstancias más pequeñas que puedan sobrevenir. No debe padecer distracciones ni decir: *no pensé en élla; ¿quién lo habría imaginado?* Tiene pues, que pensar en todo y prevenir todo. Una camarera ha causado á veces revoluciones en las cortes que han producido otras en los estados. Si me viese yo otra vez en el caso de allanar mi camino para alcanzar el favor de las cortes, no querría dar, por negligencia ó de intento, el menor motivo para que me odiase pero ni rizo. Bien sabes que dos ueraces bien enseñadas, hicieron la fortuna de Luyne bajo el reinado de Luis XIII. Cada paso en las cortes exige tanto cuidado y circunspección, como los que se daban sobre hierros hechos oscuros para probar la inocencia, en los tiempos de ignorancia y superstición, cuando subsistía el juicio de las pruebas de fuego. Dirige tu principal batería en Hannover sobre el duque de Newcastle, ciudadela débil que presenta muchos flancos para abrir grandes brechas; pídele sus órdenes en cuanto hagas; aparece muy austero y antipático á sus ojos, y luego que te halles en estado de hablarle libremente, dile, con aire de interés, que su habilidad y buena suerte en treinta ó cuarenta elecciones en Inglaterra, no te deja la menor duda de que alcanzará la de Francfort, y que miras al Archiduque como su candidato para el imperio. Cuando se hallare en la mesa lleno de alegría con

el vaso en la mano, dile que te acuerda lo que Sir W. Temple dijo del pensionario de Wil, que en aquel tiempo gobernaba la mitad de la Europa: *que asistía á los bailes, asambleas y lugares públicos, como si no tuviese otras cosas que hacer ó en qué pensar*. Si le habla, como lo hará con frecuencia, sobre los negocios extranjeros, dile que en realidad no te atreves á emitir tu opinión sobre tales materias, porque sólo te consideras como una *posdata* del cuerpo diplomático; pero que si Su Señoría gusta hacer de ti un volumen suplementario, aunque sea en duodécimo, harás todo lo posible para que no se avergüence ni arropieta de ello. Es hombre que gusta tener un favorito á quien hablar con franqueza; en el día no conserva una persona bajo este pie; la plaza está vacante y puedes obtenerla si te manejas con destreza. Sólo en una cosa no debes seguir su humor, y es en la bebida; porque como no creo que te hayas nunca embriagado, no sabes el efecto que producirá en ti el vino, ni lo que una dosis más que regular podría hacerte decir ó hacer (a): quizá derribarías en un momento la obra que hasta aquí has levantado con tanto trabajo. Gracias á Dios que tú no amas el juego; pero te encargo que en Hannover manifiestes y profeses un disgusto particular á este pernicioso entretenimiento, hasta el punto de rehusar cualquiera invitación, excepto cuando se te considere necesario para completar el tercio ó cuarto en algún juego carlesado; y aun en este caso ten cuidado de declarar que es por complacencia y no por voluntad. Sin tal precaución, podría creerse, aunque sin razón, que amas el juego á causa de mi antigua pasión; tal sospecha te perjudicaría mucho, principalmente cerca del rey que detesta este vicio. Tengo que dejar la pluma. Dios te bendiga.

(a) *En sus cartas*: Habrá probablemente olvidado la lección y hablado la pura verdad. Metastasio apostrofando al vino dice con mucha gracia:

Chi lo recogio in seno  
Esser no può fallace;  
Fai diventare verace  
Un labbro mentitor.

Y Martínez de la Rosa:

Tú naves el labio  
Del necio y del sabio;  
Tú arrancas del seno  
La miel y el veneno  
Que esconde la envidia  
Que oculta el rencor.

Tc.

LONDRES, 8 de Julio de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

La flexibilidad como cortesano decidirá tu suerte en lo sucesivo, acelerando ó retardando los ascensos en tu carrera. La primera reputación va lejos, y si adquirieras una buena en Hannover, la verás producir frutos en Inglaterra. El oficio de cortesano es como el oficio de zapatero: el que más se aplica más gana; la dificultad consiste en distinguir, (y para ello estoy seguro de que tienes muy buen sentido), las cualidades reales y los defectos que se les asemejan; porque sólo hay una línea entre cada perfección y su defecto vecino. Por ejemplo: debes ser extremadamente bien criado y civil, pero sin las formas molestas y tirantes de la caremonia; respetuoso y condescendiente sin servilismo ni abyección; franco sin indiscreción y reservado sin entremetimiento. Debes conservar la dignidad de tu carácter sin manifestar el menor orgullo por el nacimiento ó el rango; mostrarte jovial sin pasar los límites de la decencia y del respeto, y grave sin afectar la ciencia, porque esto no corresponde á tus años; usar una real reserva sin aire sombrío; y en fin, dar pruebas de firmeza y aun de osadía, pero siempre bajo los mayores visos de modestia.

Con todas estas cualidades que están en la esfera de tu poder, respondo del buen resultado de tu conducta, no sólo en Hannover, sino en todas las cortes de Europa, y no siento que comiences tu aprendizaje en una corte pequeña, por la necesidad que tendrás de mostrarle más circunspecto y vigilante que en otra de primer orden, en donde no se conocen ni mencionan todas las pequeñeces.

Cuando me escribas ó lo hagas á cualquiera otra persona de Inglaterra, ten cuidado de que tus cartas contengan muchas alabanzas de todo cuanto veas ó oigas en Hannover; pero como los correos que parten de allí para este país son muy frecuentes, puedes escribirme á veces sin reserva, metiendo tus cartas en una cajita muy pequeña que puedes enviarme con seguridad á cargo de los mismos correos.

No debo pasar en silencio que en la mesa del duque de Newcastle, donde comerás con frecuencia, se bebe copiosamente. Vive alerta contra estos excesos, tanto por tu salud que no los soportaría, como por las consecuencias de un acaloro de vino que

podría arrastrarte á alguna quetella ó arranque indiscreto, que el rey, hombre muy sobrio, detesta. Por otro lado; no debes mostrarle muy grave ni circunspecto en la bebida con el resto de la compañía, y á este fin emplea el artificio de mezclar agua en el vino y no beber todo lo que contenga tu vaso. Si se te insta para que bebas, no arguyas sobre tu sobriedad; sino di que has estado malo, que te miras sujeto á inflamaciones y que suplicas se te excuse por aquella vez. Un joven debe ser prudente sin afectación de parecerlo (a), y un viejo debe parecerlo, carezca ó no de prudencia.

No necesitas ninguna carta de recomendación para Berlín; con todo, te enviare una para Voltaire. Mientras permaneces en Hannover exprésate con mucha circunspección respecto al territorio y al rey de Prusia que todo el mundo detesta en Hannover, porque todos le temen, desde el rey hasta el ultimo aldeano; sin embargo, uno y otro merecen tu mayor atención. Verás la ciencia y arte de gobierno practicados en aquel país con más perfección que en ningún otro de Europa. Podrás pasar tres meses en Berlín si te es grato, como lo creo, y después nos reuniremos de nuevo.

Te repito que en Hannover, antes que en ninguna otra parte, debes establecer tu reputación; hazle valer cuanto fuere posible, con el brillo, las maneras y las gracias. Esto te interesa muchísimo y prevendrá al rey en tu favor, porque tales pequeñeces le dejan más satisfecho que á ningún hombre ó mujer de cuantos le conocen, y en verdad que no me sorprende. En una palabra, emplea todos tus recursos en supremo grado para complacer, y acuérdate que aquel que más agrada es el que se eleva más pronto y á mayor altura. Ensaya otra vez el placer y la ventaja de agradar, y te flo mi palabra de que no volverás á ver esto con desdicho. Nunca he experimentado tanta ansiedad como la que me ocasiona tu expedición á Hannover, porque conozco lo mucho que va á influir en tu vida. Si me llega la noticia de que has sido bien recibido, y que todo el mundo se complace en tu compañía y ve con gusto tu aire, tus modales y tu porte, así como tu instrucción, será el más

(4)

Il faut avec le monde une vertu traitable.  
A force de sagesse on peut être blâmable;  
La parfaite raison fuit toute extrémité  
Et veut que l'on soit sage avec sobriété.

(MORALE.)

T.

afortunado de los hombres. Juzga por esto ; qué sería de mí si llegase á saber lo contrario! A Dios.

LONDRES, 21 de Julio de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Según mi cálculo esta carta llegará á Hanóver tres ó cuatro dias antes que tú. Como ya has visto varias cortes de Alemania, no podrás menos de haber observado que reina en ellas una etiqueta más escrupulosa por lo que hace á ceremonias, respeto y atenciones, que en las grandes cortes de Francia y de Inglaterra. Por lo tanto, no dudó que atenderás á las circunstancias más minuciosas, y que te manejarás con la debida circunspección; sobre todo mientras permaneces en Hanóver, que, te repito, es tu entrada en el mundo y el momento más decisivo de tu vida. No hay persona más delicada y exacta en puntos de buena crianza que el rey, siendo esto lo primero de que se informa antes de hacerse cargo de cualquiera otra circunstancia en el carácter de los hombres. La menor negligencia ó la más pequeña falta de atención que llegase á su noticia, te haría infinito perjuicio en su alma, así como las cualidades contrarias te harían avanzar mucho terreno.

Si Lord Athermarle te confió, como creo fué el caso, los negocios secretos de su departamento, haz de modo que lo sepa el duque de Newcastle, porque esto podría inducirle á tener contigo la misma confianza, y quizá á emplearte en negocios de consecuencia. Dile que aunque joven, conoces la importancia del siglo en los negocios de estado, y que eres capaz de guardarlo; que te he prohibido estrictamente comunicar, ni aun á mí mismo, ningún asunto secreto que pueda confiarle.

Por lo que hace á los negocios, creo que puedo contar contigo; pero desearía poder decir otro tanto respecto á aquellas partes exteriores que son absolutamente necesarias para aclarar y acortar el camino que conduce á aquellos. Te comunicaré un secreto que me concierne y es, que la buena fortuna que me ha acompañado en el mundo, la debo mucho más á mis maneras que á superioridad de mérito ó de saber: yo deseaba agradar y no desperdicié medio para conseguirlo. Te aseguro, sin pizca de falsa modestia, que lo que te digo es cierto. Tú tienes más conocimientos de los que yo poseía á tu edad; pero yo era mucho más civil y atento. Llama

vanidad si quieres á lo que te voy á decir; quizá no habia otra cosa en el fondo de mi conducta; mas mi grande objeto era que todos los hombres me viesen con agrado y todas las mujeres me amasen. Lo conseguí muchas veces; pero ¿cómo? tomándome infinito trabajo, porque de otro modo no lo habria conseguido. Mi figura no era la que agradaba; fejos de eso, sentia yo lo desprovisto que me hallaba por este lado (a). La tuya, por el contrario, vendrá en tu ayuda si sabes aprovecharla y abandonar para siempre ese aire tétrico, ese aspecto de jormordimiento y esa apariencia fúnebre. El garbo, el adorno y la jovialidad te convendrían y harian muy pasadera tu pequeña figura.

Si tienes tiempo de leer en Hanóver, te encargo que elijas obras relativas á la historia y constitución de ese país, que desearia te fuese tan conocido como á cualquiera hannoveriano instruido. Infórmate del poder de los estados, de la naturaleza y extensión de los tribunales de justicia, de los artículos de tráfico y comercio con Bremen, Hamburgo y Stade, así como de los detalles y productos de las minas de Hartz. Dos ó tres libritos te presentarán en bosquejo todas estas cosas, y la conversacion sobre ellas hará el resto mejor que todos los libros juntos.

Acuérdate de no hablar más que alemán; aparenta verlo como

(a) La figura del autor fué sin duda mejor que la de su hijo, el cual era algo cargado de espaldas. En la Revista de ambos mundos se lee el siguiente bosquejo de la persona del autor tomado de los escritos contemporáneos:

Lord Chesterfield était un des jolis hommes de son pays : Il avait la taille petite et mince, la tournure et la démarche d'une souplesse charmante et d'une élégance achevée, la figure régulière et délicate, sans la longueur du menton qui s'allongait un peu en s'arrondissant. Dans ses deux portraits, gravés d'après Gainsborough et la Rosalba, l'expression dominante est celle de la coquetterie; de la douceur et d'une finesse que l'on croirait faussaire. Però, admirablement fendu, est épanché dans sa languueur, l'arcade sourcilive s'arrondit avec hardiesse; le front, qui semble un peu bas, va se perdre sous la poudre de la perruque à la mode. Quant au costume, ce sont des nuances attendries et calmes qui reposit l'œil; gris-perle sur gris-de-lin, avec broderies d'argent; le gordon bien fort large et en sautoir, es qui ajoute à la taille du jeune seigneur; rien de tranchant ni d'excessif, point d'architecture apparente; de luxe ce qu'il en faut pour attirer le regard sans le blesser. Le titre « d'arbitre de ces élégances » ne lui a été contesté par personne, pas même par Horace Walpole, fils de son ennemi, et qui lui conteste tout. Ses rivaux ont eu soin de releasser ses qualités d'homme à la mode, non pas pour le servir, apparemment. Tr.

tu idioma maternal y preferirlo á cualquiera otro; di que es tu lengua favorita, y trata de hablarla con pureza y elegancia, si es susceptible de ello. Por este medio no sólo conseguirás saberla mejor, sino también agradar y obsequiar á las gentes. A propósito de idiomas: ¿Ejercitaste el italiano durante tu morada en París ó lo has olvidado? ¿Cuales son los libros italianos que has leído? Si has concluido con este idioma, desearia que en primera ocasion aprendieses el español, lo qual puede hacerse en poco tiempo y así no te verás obligado, en el curso de los negocios, á emplear y pagar traductores de ninguno de los idiomas de Europa.

Como me gusta estar preparado para todo evento, quiero suponer lo peor que puede sucederte en Hannover, en cuyo caso convendría que te presentases al duque de Newcastle y le pidieses su consejo ó más bien sus órdenes, para saber qué conducta debes guardar, añadiendo que su parecer será para tí un mandato. Le dirás que aunque en extremo mortificado, tu sentimiento se suaviza al considerar que siendo enteramente desconocido al rey, no puedes considerar su objecion como personal, sino únicamente como efecto de circunstancias que no estaba en tu mano impedir ó remediar; que si Su Señoría opina que una morada más larga en Hannover puede causar desagrado, le suplicas que te lo diga; y que en este asunto te referes enteramente á él, hallándote dispuesto á seguir escrupulosamente sus órdenes. Pero me atrevo á decir que esta precaucion está por demás; sin embargo, bueno es hallarse preparado para todo evento, porque así se evita la precipitacion y la sorpresa, dos situaciones penosas en los negocios, no conociendo yo en ellos nada de más útil ni más necesario que la gran serenidad, la sauge fría y la firmeza, cualidades que te procuraran ventajas incalculables sobre cualquiera persona con quien tuviéres que tratar.

La agudeza de ingenio que tan parcialmente me atribuyes, y que con tanta justicia reconoces en Sir Ch. Williams, puede atraer muchos admiradores; pero críame, procura pocos amigos. Este fuego del alma brilla y deslumbra como el sol de mediodía, pero á imitacion de este astro, quemá á veces y siempre es temido. La luz más suave y menos calorosa de las mañanas y de las tardes es más agradable. El buen sentido, la complacencia, la amenidad de las maneras, las atenciones y las gracias son las únicas cosas que encantan verdaderamente y por largo tiempo. No andes nunca en pos de las agudezas; si se presentan por sí mismas,

enhorabuena; pero aun en este caso déjulas pasar por el crisol de tu juicio y no las uses á expensas de nadie. Pope ha dicho con verdad:

*There are whom heaven has blest with store of wit,  
Yet want as much again to govern it (a).*

El mismo poeta dice también y acaso con mucha exactitud:

*For wit and judgment ever are at strife,  
Though meant each other's aid, like man and wife (b).*

Los cerebros alemanes rara vez se agitan con efervescencias ó salidas de ingenio extraordinarias; y no es prudente usarlas entre ellos; cualquiera que lo intenta *offendet solidó*.

No olvides escribirme muy circunstanciadamente por lo que hace á tu gran negocio en Hannover; nada me inquieta tanto ni excita más mi curiosidad. Á Dios.

LONDRES, 4 de Agosto de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Siento en el alma esos nuevos ataques de asma de que me habla tu carta de Cassel de 28 de Julio. Creo que en parte debes atribuirlos á tu negligencia, porque á pesar de la estacion en que nos hallamos y las fatigas del viaje, es probable que no hayas tomado ningunos refrigerantes después del régimen á que te sometí en Bath. Espero que ya te hallaras mejor y en manos más hábiles, quieró decir, las del doctor Hingo de Hannover, que es muy perito en su profesion, y por esto despo que lo informes muy minuciosamente de tu salud, desde el primer ataque que sentiste en Carniola hasta el último en Marpargh; sigue, no sólo lo que ahora te ordene, sino también el regimen que crea oportuno prescribirte para impedir en lo sucesivo las recaídas, y consúltale sobre los remedios exteriores ó interiores que crea debes emplear. Considera que ahora es prudente guardar dieta y un régimen curativo,

(a) Hay personas favorecidas por el cielo con un caudal de ingenio, pero á quienes sin embargo, falta la parte necesaria para gobernarlo.

(b) El ingenio y el juicio siempre están en lucha, aunque debian ayudarse mutuamente como marido y mujer.

como también someterte por cierto tiempo á algunas privaciones, á fin de libertarte para siempre de una enfermedad tan incómoda y tan dolorosa, cuyo retorno rompería el hilo de tus negocios y de tus placeres; pero aunque todo esto es conforme con el buen sentido y la razón, temo mucho que apenas restablecido, vuelvas á ver la salud con negligencia, y á no observar ningún método para conservarla, sino que siguiendo las huellas de las genies de tu edad, consideres como imposible una recaída. Con todo, si no quieres ser prudente por amor á ti, te ruego que lo seas á mi intención, y que observes exactamente las prescripciones presentes y futuras del doctor Hago.

Hannóver, á donde calculo que ya habrás llegado, es ahora el centro de las negociaciones extranjeras, y existen allí ministros de casi todas las cortes de Europa, de modo que tienes una bella oportunidad para desplegar modestamente en la conversación tus conocimientos sobre las materias que se debaten. El gran punto pienso que es la elección del rey de los romanos; y aunque temo que no se verifique, deseo lo contrario por dos razones: primera, porque creo que esta elección podría impedir una guerra á la muerte del emperador actual, que, aunque joven y robusto puede morir, como vemos sucede á las personas buenas y sanas; la otra es la misma razón que hice que algunas potencias se opongan y que otras se disgusten con las que no se oponen abiertamente; quiero decir, que esta elección podrá hacer hereditaria la dignidad imperial en la casa de Austria, cosa que deseo con todo mi corazón, como también un incremento de su poder en el imperio: hasta que esto no sea así, la Alemania nunca podrá competir con la Francia. En nada manifestó tanto su habilidad el cardenal de Richelieu como cuando se decidió á no ahorrar fatigas ni dinero para disminuir el poder de la casa de Austria. Fernando se habría hecho ciertamente absoluto, y el imperio habría llegado á ser formidable á la Francia, si este piadoso cardenal no hubiese adoptado la causa protestante, y puesto al imperio, por el tratado de Westphalia, bajo el mismo pie en que se hallaba la Francia antes de Luis XI, cuando los príncipes de la sangre que gobernaban las provincias, y los duques de Bretaña, etc., se oponían á menudo á la ley. Nada puede dar al imperio la fuerza y consideración que yo le deseo para conservar el equilibrio de Europa, como el hacerlo hereditario en esta familia.

Yo no sé cómo he caído hoy en la tentación de mortificar mi

cabeza con asuntos políticos, haciendo tantos años que no me ocupo de ellos: tal vez habrá sido porque me puse á escribir al público más consumado de esta edad y de la suya.

Deseo con impaciencia recibir tu primera carta de Hannóver. Á Dios.

A MONSIEUR DE VOLTAIRE, POUR LORS A BERLIN.

LOMBRES, le 27 Août, V. S. 1752.

Monsieur,

Je m'intéresse infiniment á tout ce qui touche M. Stanhope, qui aura l'honneur de vous rendre cette lettre; c'est pourquoi je prends la liberté de vous le présenter. Je ne puis pas lui en donner une preuve plus convaincante. Il a beaucoup vu; il a beaucoup vu: s'il l'a bien digéré, voilà ce que je ne sais pas; il n'a que vingt ans. Il a déjà été á Berlin, il y a quelques années, et c'est pourquoi il y retourne á présent; car á cette heure on revient au Nord par les mêmes raisons pour lesquelles on allait, il n'y a pas longtemps, au Sud.

Permettez, Monsieur, que je vous remercie du plaisir et de l'instruction que m'a donnés votre *Histoire du siècle de Louis XIV.* Je ne l'ai lue encore que quatre fois; c'est que je voudrais l'oublier un peu avant la cinquième; mais je vois que cela m'est impossible: j'attendrai donc l'augmentation que vous nous en avez promise; mais je vous supplie de ne me la pas faire attendre longtemps. Je croyais savoir passablement l'histoire du siècle de Louis XIV, moyennant les milliers d'histoires, de mémoires, d'anecdotes, etc., que j'en avais lus; mais vous m'avez bien montré que je m'étais trompé, et que je n'avais qu'une idée très confuse á bien des égards et très fautive á bien d'autres. Que je vous salue gré sur tout, Monsieur, du jour dans lequel vous avez mis les folies et les fureurs des sectes! Vous employez contre ces fous ou ces imposteurs les armes convenables; en employer d'autres, ce serait les imiter, c'est par le ridicule qu'il faut les attaquer; c'est par le mépris qu'il faut les punir. Á propos de ces fous, je vous envoie ci-jointe une pièce sur leur sujet, par feu le docteur Swift, laquelle, je crois, ne vous déplaira pas. Elle n'a jamais été imprimée: vous en devinez bien la raison; mais elle est authentique. J'ai l'original, écrit de sa propre main. Son

*Jupiter*, au jour du jugement, les traite à peu près comme vous les traitez et comme ils le méritent.

Au reste, Monsieur, je vous dirai franchement que je suis embarrassé sur votre sujet, et que je ne puis me décider sur ce que je souhaiterais de votre part. Quand je lis votre dernière histoire, je voudrais que vous fussiez toujours historien; mais quand je lis votre *Rome saignée* (toute mal imprimée et défigurée qu'elle est), je vous voudrais toujours poète. J'avois pourtant qu'il vous restait encore une histoire à écrire, digne de votre plume, et dont votre plume est seule digne. Vous nous avez donné, il y a longtemps, l'histoire du plus grand furieux (je vous demande pardon si je ne puis pas dire du plus grand héros) de l'Europe. Vous nous avez donné en dernier lieu l'histoire du plus grand roi; donnez-nous à présent l'histoire du plus grand et du plus honnête homme de l'Europe, que je croirais dégrader en l'appelant roi. Vous l'avez toujours devant vos yeux; rien ne vous serait plus facile, sa gloire n'exigeant pas votre invention poétique, mais pouvant se reposer en toute sûreté sur votre vérité historique. Il n'a rien à demander à son historien que son premier devoir comme historien, qui est, *ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat*.

Adieu, Monsieur; je vois bien que je dois vous admirer de plus en plus tous les jours, mais aussi je sais bien que rien ne pourra jamais ajouter à l'estime et à l'attachement avec lesquels je suis actuellement

Votre très humble et très obéissant serviteur,

CHESTERFIELD.

PIEZA CITADA EN LA CARTA ANTERIOR.

*The day of Judgment.*

With a whirl of thought oppress'd,  
I sunk from reverie to rest,  
A horrid vision seiz'd my head;  
I saw the graves give up their dead!  
Jove, arm'd with terrors, burst the skies,  
And thunder roars, and lightning flies!  
Amaz'd, confus'd, its fate unknown,  
The world stands trembling at this throne!

While each pale sinner hung his head,  
Jove, nodding, shook the heavens, and said:  
"Offending race of human kind,  
By nature, reason, *learning*, blind;  
You who through frailty stepp'd aside,  
And you who never fell, — through *pride*;  
You who in different sects were sham'd;  
And come to see each other damn'd;  
(So some folks told you, but they knew  
No more the Jove's designs than you) —  
The world's mad business now is o'er,  
And I resent these pranks no more.  
— I to such blockheads set my wit!  
I damn such fools! — Go, go, you're bit.

TRADUCCIÓN DE LA CARTA ANTERIOR.

*Al señor de Voltaire residente en Berlin.*

LONDRES, 27 de Agosto de 1752.

SEÑOR MIO,

Como prueba segura del infinito interés que me inspira todo lo que concierne al Señor Stanhope, me tomo la libertad de recomendarlo á Vd. por medio de esta carta que él mismo tendrá el honor de poner en sus manos. Ha leído y visto mucho, pero si ha ó no digerido bien, es cosa que no podré decir cuando apenas tiene veinte años. Hace algún tiempo que estubo en esa ciudad, y esto mismo le obliga á visitarla de nuevo, porque en el día las gentes se dirigen al norte por las mismas razones que no ha muchos años tenían para ir al sur.

Permitame Vd. que le agradezca el placer é instrucción que he retirado de la historia de Luis XIV. Sólo la he leído cuatro ocasiones, porque querría olvidarla un poco antes de recorrerla de nuevo; pero veo que esto es imposible, y así aguardaré á que Vd. nos procure la continuación que ha prometido; pero le suplico que no nos haga esperar mucho tiempo. Yo estaba en la inteligencia de que sabía muy regularmente la historia de Luis XIV, mediante una multitud de historias, de memorias, de anécdotas, etc. que había leído; pero Vd. me ha hecho ver lo engañado que estaba, y que sólo tenía una idea muy confusa

T. II.

5.

sobre muchas cosas y muy falsa sobre otras; Qué de alabanzas no merece Vd. particularmente por la luz que ha esparcido sobre las locuras y furoras de las diferentes sectas! Las armas que Vd. emplea contra estos insensatos ó estos impostores, son las únicas eficaces, porque usar otras sería imitarlos; deben ser atacados con el ridículo y castigados con el desprecio. A propósito de estos dementes, acompaño á Vd. una pieza sobre el particular, escrita por el finado doctor Swift que creo no le desagradará. Nunca ha salido á luz, por los motivos que fácilmente adivinará Vd. pero es auténtica. Tengo en mi poder el original escrito de propio puño del autor. Su Júpiter, en el día del juicio, los trata casi como Vd. y como ellos lo merecen.

Más por lo que hace á Vd., debo decirle francamente que me veo muy embarazado sin saber lo que deseo de sus talentos. Cuando leo la citada historia, querría que siempre fuese historiador; pero cuando paso los ojos por la *Rome saurée*, apetecería que no quitase la mano de la poesía; con todo, debo confesar que todavía está por venir una historia digna de tan buena pluma y sólo digna de ella. Hace largo tiempo nos regaló Vd. la historia del mayor furioso (perdone Vd. si no puedo llamarle el mayor héroe) de Europa; hace poco nos regaló Vd. la historia del más grande de los reyes; regálenos Vd. ahora la del más grande y más honrado hombre de Europa, porque yo creería degradante llamarle rey (a). Nada sería á Vd. más fácil, puesto que lo tiene á la vista, y que su gloria no exige invenciones poéticas, sino atenerse confiadamente á la verdad histórica. Este monarca sólo tiene que pedir á Vd. el primer deber de un historiador, que es: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat.*

Á Dios, Señor mío, bien veo que debo admirar á Vd. cada día más, pero también conozco que nada podrá aumentar la estimación y afecto con los cuales me suscribo.

Su más humilde y obediente servidor,

CHESTERFIELD.

(a) Federick el Grande. En 1771, después de muerto el autor de estas cartas, escribía Voltaire lo siguiente á aquel soberano: « Le suffrage de Lord Chesterfield á un très grand poids, non seulement parce qu'il était d'une nation qui ne songe guère à flatter les rois, mais parce que, de tous les Anglais, c'est peut-être celui qui a écrit avec le plus de grâces. Son admiration pour vous ne peut être suspecte. Il ne se doutait pas que ses Lettres seraient lues après sa mort et après celle de son bâtarde.

TRADUCCIÓN DE LA POESÍA DEL DOCTOR SWIFT.

*El día del Juicio.*

Agobiado con un torbellino de pensamientos, paso de la meditación al descanso. Un terrible sueño se apodera de mi espíritu; ¡ Veo salir los muertos de sus sepulcros! Júpiter armado de pavor estalla por el espacio; el rayo truena; los relámpagos brillan; el universo tiembla ante su trono, y los mortales esperan con espanto y consternación su última sentencia. La palidez, el rostro caído descubre á los culpables. Júpiter levanta el brazo, crujen los cielos y dice: « Raza delincuente, hombres perversos ofuscados por la naturaleza, la razón y la ciencia; hombres que se desviaron por fragilidad; hombres que siguieron el camino recto por orgullo, y hombres engañados en mil sectas diferentes, venid á ver condenados á los unos y los otros, conforme os lo dijeron algunas gentes que no conocían mejor que vos los decretos de Júpiter. Ha dado fin el mundo; sus locuras y extravagancias ya no me afectan. Mi juicio reprueba á tales insensatos; condeno á esos locos que han condenado á los demás.... »  
« Id, id, caisteis en la trampa. »

LOSBAÑOS, 19 de Septiembre de 1752.

MI QUÉRIDO AMIGO.

Desde que llegaste á Hannover tu correspondencia ha sido muy irregular y lacónica. Cierto es que el 18 de Agosto hiciste un gran esfuerzo con tu cartapacio en folio y tu postdata del 22, pero después tus renglones han sido contados. En tu carta del 31 no me informas de lo que ante todo deseaba saber, y es el parecer que te encargué pidieses al doctor Hugo sobre tu asma, y lo que te prescribió para prevenir la recaída; ¿Cuál es por otra parte la compañía que frecuentas en Hannover? ¿Quién te ha mostrado aprecio y atenciones, y quién puéstole mala cara?

Dices que vas constantemente á la parada; haces muy bien,

On les traduit en français en Hollande; ainsi Votre Majesté les verra bientôt. Elle lira le seul Anglais qui ait jamais recommandé l'art de plaire comme le premier devoir de la vie.... »



porque aunque no seas del oficio, los negocios militares forman una parte tan esencial de la conversación y de las negociaciones, que es muy conveniente no ignorarlos. Espero que tus observaciones no se limitarán á sólo el espectáculo de las revistas, y el ejercicio de las tropas, sino que al mismo tiempo te informarás de los detalles más esenciales, como su prest y la proporción que guarda cuando las tropas están en cuarteles de invierno ó en campaña; lo que el país les procura cuando se hallan acantonadas y la cantidad de pan de municion que se les da en campaña; el número de hombres y de oficiales; su uniforme, la calidad de los paños y telas; si el soldado es vestido por el coronel como en Inglaterra, ó si el costo se deduce de su misma paga; ó bien si el equipo se hace por medio de comisarios nombrados al efecto por el gobierno como en Francia y en Holanda. Con tales noticias, te hallarás en estado de hablar sobre asuntos militares con personas de esta profesión que, en todos los países de Europa, excepto en Inglaterra, componen una parte considerable de las mejores compañías. Frequentando la parada tienes al mismo tiempo ocasión de adquirir amistad con oficiales de cierto grado, antiguos en el servicio, que por lo general son urbanos y no carecen de las maneras ni del tono de la buena sociedad; por lo regular han visto el mundo y las cortes, y sólo esto puede formar á un caballero, digase lo que se quiera del ingenio y del saber, con los cuales un hombre puede ser muy desagradable en la sociedad. Me atrevo á decir que hay pocos capitanes de infantería, cuya compañía no sea mejor de lo que nunca fué la de Descartes y de Newton. Yo honro y respeto mucho estos genios superiores, pero deseo conversar con gentes de este mundo que paguen en la sociedad su cuota de buenas maneras, de jovialidad y de conocimiento del género humano. En la vida común se tiene más necesidad de la moneda de bajo precio que de oro ó de plata. Yo quiero un hombre que tenga dinero en el bolsillo para las necesidades comunes, como chelines, escudos y coronas que circulan fácilmente; pero un hombre que sólo tiene una barra de oro sobre sí, no se halla provisto para las pequeñas necesidades presentes, y sus riquezas no tienen curso en la ocasión. Ten en un bolsillo todo el oro que quisieres, pero cuida al mismo tiempo de que en el otro no te falte moneda menuda, porque regularmente tendrás más necesidad de un chelín que de una guinea. Es necesario confesar que en esto sobresalen los franceses más que ninguna otra nación del mundo;

tienen cierto manejo para saber vivir, cierta ligereza de conversación y cierta jovialidad y cortesía tan fáciles y naturales, que parece no costarles nada, y esto da á la sociedad todos sus encantos. Me cuesta mucho agregar, pero es ciertísimo, que los ingleses y los holandeses, son de todas las naciones del mundo, los que más se alejan de estas amables cualidades, sin que me atreva yo á exceptuar á los mismos suizos.

Aunque no hayas tenido á bien informarme, he sabido por otro canal que debes ir á Gohr, con el conde de Schulemburg, por ocho ó diez dias únicamente, con objeto de ver las revistas; también sé que has contraído una amistad particular con Lord Essex y que siempre estás unido á él en Hannover. Me sería más grato saber todas estas cosas por tu conducto que por el de otros; estas son precisamente las particularidades que más deseo conocer, porque ningunas otras te tocan más de cerca. Siento mucho la indisposición de la duquesa de Newcastle por ella y por ti, porque este accidente te impide hablar con el duque tanto como deseo; la costumbre podrá en él mucho, como en la mayor parte de los hombres. Yo he conocido muchas gentes patrocinadas y ascendidas por aquellos que no tenían más razón para esta preferencia que un largo habito de estar con ellos. Nunca debemos buscar las causas por medio de profundos raciocinios, sino valiéndonos de un examen muy cuidadoso: no importa lo que ellas deberían ser, el punto capital es dar con lo que son; dedúcelas paso á paso del carácter de la persona. Yo he conocido por esos mundos, como decía Brantome, grandes efectos producidos por causas muy pequeñas para ser sospechadas. Hay cosas que es necesario saber y que no se adivinarian nunca.

Dios sabe dónde te encontrará esta carta. Supongo que no será en Hannover; pero en cualquiera lugar que la recibas, deseo que te halle bueno y contento! Á Dios (a).

(a) Septiembre 20. El autor á M. Dairolles:

..... Felipe ha permanecido algún tiempo en Hannover; besó la mano del rey, que era todo lo que yo esperaba ó deseaba *Visage de bois*, bien lo suponéis, *Et c'était dans les formes*. Pero el duque de Newcastle se ha manifestado con él muy bondadoso y amable; siempre lo ha convidado á comer aun en familia; y aun me ha sugerido á mí una comisión muy ventajosa para él en el extranjero, que espero y creo llegará á verificarse. Entre nos, y es ruego no lo manifestéis á alma viviente, debe su poder, como encargado de negocios en Venecia, á Sir James Gray, el cual será nombrado enviado del rey á Nápoles. Esto es mejor de lo que yo habria

LONDRES, 22 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Al siguiente día de escrita mi última, recibí la tuya del 8, siendo de mi aprobación el corto viaje que intentas hacer á Gohr y también que lo verifiques en compañía del conde de Schulemburg. Desearía que viéses y oyéses todo por ti mismo, porque una larga experiencia me ha enseñado que no es seguro fiarse en lo que dicen otros. La vanidad y el interés son origen de muchas falsas representaciones, y la necesidad de muchas más. Pocas son las gentes que tienen bastante juicio para referir las cosas tales como son, y aquellos que lo tienen nunca dejan, por este ó el otro motivo, de agregar ó de suprimir ciertas circunstancias. El recibimiento que se te ha hecho en Hannover, es á mis ojos un presagio de que serás bien acogido generalmente; porque hablandote la verdad, este lugar era el que me inspiraba mayor desconfianza; mas hay cierta conducta, ciertas maneras, que vencen todas las dificultades de este género; y con tal fin continúas tus viajes de corte en corte. Estas formas son personales, locales y pasajeras; varían y deben su existencia al capricho, al humor y á otros accidentes. El colmo del buen sentido y de la razón no podría nunca adivinarlas; sólo las enseña la experiencia, la observación y la práctica del mundo. Por ejemplo: es una señal de respeto inclinarse delante del rey de Inglaterra, y sería faltar á los usos si se hiciese lo mismo á presencia del rey de Francia; es costumbre hacer una profunda reverencia al emperador; y los monarcas asiáticos exigen una postración de

pedido ó esperado para el muchacho. Quiero iniciarlo en el manejo y rutina de los negocios, sin exponerlo á las malas consecuencias de los desbarros, errores é inadvertencias de la inexperimentada juventud; porque allí tendrá muy poco que hacer, y nada de importancia, y sin embargo; aprenderá las formas, el *trim tra* y el bosquejo de su profesión. Además, comenzará como encargado de negocios á los veinte años, es subir alto de un golpe en la escalera de la diplomacia. Me siento verdaderamente muy reconocido al duque de Newcastle, y así se lo manifestaré en primera oportunidad. Felipe ha ido á Brunswick, y de allí irá á pasar el carnaval á Berlin. Besará vuestras manos en Bruselas en Marzo ó Abril, á menos que el negocio de Venecia no requiera su presencia allí antes de aquel tiempo, ó que lo llame á Frankfort la elección del rey de los romanos.

Tr.

todo el cuerpo. Estas son ceremonias usuales con las cuales debe uno conformarse; pero yo desafío al buen sentido y á la razón para que digan por qué fueron establecidas. Lo mismo sucede en las diversas clases de la sociedad y. g. : la muy absurda aunque universal costumbre de beber á la salud de las gentes: ¿Puede haber en el mundo cosa alguna que tenga menos relación con la salud de otro que el beber un vaso de vino? Ciertos es que el buen sentido jamás dictó esta costumbre; pero el buen sentido me dice al mismo tiempo que debo conformarme con ella. El buen juicio me indica que debo ser civil y hacer esfuerzos para agradar; pero sólo la experiencia y la observación pueden enseñar propiamente los medios apropiados al lugar, al tiempo y á las personas. Este conocimiento es el verdadero objeto de los viajes de un caballero, si viaja como debe hacerlo; y á fuerza de frecuentar la buena compañía de todos los países, llega á ser cosmopolita: ya no es inglés, francés, ó italiano, sino europeo; adopta las mejores maneras de cada lugar; es francés en Paris, italiano en Roma é inglés en Londres.

Confieso que este favorable resultado corona para vez los viajes de mis compatriotas, porque no desean ni cuentan con los medios de ser introducidos en las mejores sociedades de los países que recorren. En primer lugar tienen aquella vergüenza mal entendida que los distingue generalmente; en segundo no hablan las lenguas extranjeras ó bien lo hacen á lo bárbaro. Tú cuentas con todas las ventajas que faltan á ellos, sabes perfectamente los idiomas, y por donde quiera que has viajado has sido siempre introducido en las mejores sociedades; de modo que debes ser un Europeo. Tu lienzo es sólido y fuerte y tu dibujo bueno; pero acuérdate que te falta el bello colorido del Ticiano, y las pinteladas finas y llenas de gracia de Guido. Cada compañía tiene un aire particular, un talento, unas maneras y una fraseología que sólo se adquieren á fuerza de práctica y atendiendo á lo que pasa en cada una de ellas. Cuando comas ó cenas en casa de un hombre distinguido, mira el modo con que desempeña los honores de su mesa según los diferentes convidados, atiende á los cumplimientos de felicitación ó de pésame que un caballero dirige á sus superiores, á sus iguales ó á sus inferiores; observa su aspecto y el tono de su voz: todo esto es útil cuando se quiere agradar. El hombre de calidad tiene cierta dicción que le caracteriza; no se contentará con decir á un novio, como lo harían tus compatriotas: *deseo á Vd. mucho placer*, ó á un hombre que

acaba de perder á su hijo: *siento tan gran desgracia*, pronunciando uno á otro con aire indiferente. Dirá en efecto la misma cosa, pero de un modo más elegante, menos trivial y con tono apropiado á la situación; se dirigirá con ardor, vivacidad y semblante alegre al novio y abrazándolo le dirá: *Si Vd. hace justicia á mi amistad, juzgará del gozo que me procura esta ocasión, mejor de lo que yo podría expresarlo*, etc. Se acercará al otro afligido con paso lento y aspecto grave, y le dirá en voz baja y del modo más circunspecto: *Espero que me hará Vd. la justicia de creer que siento cuanto Vd. siente, y que siempre le acompañaré en sus aflicciones* (a).

Te diré que tu acceso á las gentes era muy frío y uniforme, y

(a) Esta facilidad de adoptar un semblante apropiado á las ocasiones, es satirizada por Castillejo en estos versos que pone en boca de la lisotja:

Quando veo,  
Que con el que lienzo  
Es bien la temporizando,  
Salgo tras él, y callando  
Otorgo con su deseo;  
Y lo apruebo:  
Si él se muere, yo me muero,  
Y parome si se para,  
Mírole siempre á la cara  
Para saber lo que debo  
De haer,  
Lo que le veo querer  
Es la ley por do me guio;  
Si él rie yo me rio,  
Y nuestro mucho placer  
Sin tenello,  
Lo dicho sin entendello,  
Hago que lo siento y creo,  
Y con alegre meno  
Me regocio con ello  
Dulcemente,  
Y así por el consiguiente  
Si le veo triste y mustio,  
Yo me entristezco y angustio  
Como quien recibe y siente  
Gran tormento,  
De su descontentamiento;  
Dice, digo, niega, niego,  
Quiere, quiero, ruega, ruego  
Y en todo con el consiento etc.

Tr.

espero que á esta hora ha mejorado. Debes ser respetuoso, más al mismo tiempo fácil y preventivo con tus superiores, animado con tus iguales, libre y afectuoso con tus inferiores. Hay una especie de *parla*, establecida por la moda, que debes aprender, y que, á pesar de su trivialidad, es muy útil en las compañías variadas y en la mesa, sobre todo en la carrera que sigues, porque sirve para eludir ciertos asuntos serios que podrían ocasionar disputas ó á lo menos resirio, por algún tiempo. En semejantes ocasiones no es malo entender un poco de *cocina*, y hallarse en estado de disertar sobre el condimento de los guisos y la fragancia de los vinos. Tales materias son en verdad muy ínfimas, pero ocurren con frecuencia y por lo mismo debe uno hallarse en estado de hablar sobre ellas con cierto grado de gracia y de inteligencia. Estoy seguro de que tales materias se han de presentar á menudo en tu camino; y así te encargo que las veas con un poco de cuidado. También hay cierto lenguaje de conversacion, cierto estilo de moda, que todo hombre distinguido debe saber sea cual fuere el idioma de que se sirva. Los franceses atienden á esto cuidadosamente y tienen razón; su lenguaje, que es fraseológico, se presta mucho á esta dición.

Podría escribir volúmenes en folio sin agotar este asunto, pero creo que no lo necesitas. Has visto y oído sobre el particular más de lo suficiente para estar convencido de la verdad é importancia de lo que te he inculcado durante tanto tiempo. ¿Cuán felices somos tú y yo, mi querido hijo, de que para colmar mis deseos solo te faltan esas pinceladas del Ticiano y esas gracias de Guido! Pero por otra parte, ¿cuánta rebaja no sufriría esta dicha si no llegases á adquirirlos! Me acuerdo que siendo de tu edad, aunque no recibí, ni aun con mucho, una educación tan buena como la que tú has tenido, y que tampoco había visto tanto mundo como tú, observaba sin embargo, estas pinceladas maestras y estas gracias irresistibles en los demás. Yo mismo sentía la necesidad de adquirirlas; pero una *falsa vergüenza*, fruto de la universidad de Cambridge, ponía trabas á mis esfuerzos, sobre todo, si veía delante de mí algunos de mis compatriotas ó concurría con personas que conociese yo particularmente. Esto era absurdo de mi parte, porque no podía salirme con la mía sin intentarlo. Al fin, á fuerza de frecuentar las mejores sociedades y de imitar á los que veía yo estimados de todo el mundo, llegué á formarme medianamente.

La semana entrante partiré para Bath con motivo á una sor-

dera que me comenzó hace cuatro ó cinco meses, y que se me asegura desaparecerá bañando á chorro mi cabeza. Te aseguro que esta sortera ha ejercitado mi paciencia, obligándome á dejar la sociedad cuando los años no me han dejado más placeres que los que ella procura. Entretanto, leo y escribo supliendo con mis ojos la falta de mis oídos. Á Dios.

Los Ombres, 26 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Como tú ocupas, ó por mejor decir, monopolizas todos mis pensamientos, mi placer aumenta diariamente al ver la perspectiva que se abre delante de ti. En tu educación me he propuesto dos objetos; cada día te veo más cerca de alcanzarlos, y tengo muy poco motivo para no esperar que correspondas á ellos completamente: me refiero á los negocios extranjeros, y á los del parlamento. En consecuencia, he tratado de procurarte ante todo una base sólida de conocimientos, y en seguida una temprana práctica del mundo. En tu patria nadie puede hacer papel sin brillar en el parlamento, y esto sólo se consigue por medio de la elocuencia, á menos que no sea aquel miserable papel que desempeñan los que dan su voto en silencio, y que se contentan *pedibus ire in sententiam*. Los negocios extranjeros, cuando se discuten con destreza y se apoyan en una reputación parlamentaria, conducen á todo lo que hay de más considerable en este país. Tú conoces los idiomas necesarios á este objeto, y posees un fondo suficiente de conocimientos sobre historia y tratados, es decir, que tienes la materia pronta: sólo te falta la manera. Una vez fijos estos objetos, te recomiendo que los tengas incesantemente en el pensamiento, y que dirijas á ellos tus lecturas, tus acciones y tus palabras. La mayor parte de los hombres piensan solamente *ex re nata*, y pocos *ex professo*. Deseo que tú hagas uno y otro, pero comienza por lo último. Me explicaré: establecé ciertos principios y obra y razona con arreglo á ellos; por ejemplo: supongo que te dices á ti mismo: « Quiero figurar en el parlamento y para conseguirlo no sólo es necesario que hable, sino que hable muy bien: si sólo hablo como hombre sensato, no basta; es necesario que hable correctamente, con elegancia y aun con elo-

cuencia. Para alcanzar este objeto debo tomarme el trabajo de adquirir por hábito y sin afectación la pureza, la exactitud y la elocuencia del estilo en la conversación ordinaria; debo buscar las mejores expresiones y desochar las impropias que no tienen bastante fuerza y que son vulgares. Leeré los mejores modelos de la oratoria antiguos y modernos, y los leeré alternativamente. Volveré á estudiar á Demóstenes, y á Cicerón, no para descubrir cuál fué tal y tal costumbre de Atenas y de Roma, ni para atormentar mi espíritu para conocer el valor de los talentos, dramas y sestercios, como los necios eruditos en us, sino con el fin de observar la elección de sus palabras, la armonía de su dición, su método, la distribución de sus discursos, su exordio para atraerse el favor y la atención del auditorio, y sus peroraciones para dar más fuerza á lo que ya han dicho, y hacer una impresión decisiva en las pasiones. No irá mi pedantismo hasta el punto de despreciar á los modernos; estudiaré también á Atterbury, Dryden, Pope y Bolingbroke: leeré cuanto sea conducente á mis fines, y no cesaré de purificar y refinar mi estilo según los mejores modelos, hasta que al fin llegue yo mismo á ser un modelo de elocuencia, cosa que todo hombre puede conseguir por medio de la aplicación. » Si comienzas así y te hallas resuelto á observar constantemente estos principios, cada sociedad á que vayas, ó cada libro que leas, contribuirá á tus progresos mostrándote lo que debes imitar ó lo que debes huir; Tienes por ventura que referir alguna cosa en la sociedad? ¿Tratas de persuadir á algún hombre ó mujer? estos principios fijos en tu espíritu te estimularán á prestar una atención particular á la elección de tus palabras y á la claridad y armonía de tu dición. Basta ya por lo que hace al parlamento y vamos ahora á los negocios extranjeros.

Establece desde luego estos principios que son absolutamente necesarios para conducir una negociación con destreza y provecho, y fórmate con arreglo á ellos. ¿Cuáles son? primero, tener conocimientos claros y seguros en todas las transacciones del mismo género. Ya posees este saber y lo extenderás más todos los días, porque en consecuencia de este principio leerás la historia, las memorias, las anécdotas, etc.; los otros talentos indispensables para las negociaciones son, el arte de agrandar, ganar el corazón y la confianza, no sólo de aquellos con quienes marches de acuerdo, sino aun de aquellos que es necesario contrarrestar; ocultar tus pensamientos y tus miras, y descubrir los

de los otros; ganar la confianza con una franqueza aparente (a), y un aire abierto y sereno, sin dar un paso mas lejos; conciliarte el favor personal del rey, del príncipe, de los ministros ó de la favorita absoluta de la corte á que fueres enviado; dominar tu carácter y tus ademanes, de modo que la cólera no te haga decir, ó tu fisonomía revelar, lo que debe permanecer secreto; familiarizarte y adquirir confianza en las mejores casas del lugar de modo que seas recibido en ellas más bien como amigo que como extranjero. Si tienes estos principios constantemente en la cabeza, todo aquello que hiciéres ó dijéres, tenderá de un modo ó de otro á este objeto, y tu conversación es el camino que te llevará á alcanzarlo. Es necesario que adquieras la costumbre de reprimir los movimientos de la cólera; es necesario que estés alerta contra toda expresión indiscreta; es necesario que sepas dominar tu semblante de modo que no cambie á cada accidente imprevisto, y sobre todo, debes tratar de adquirir aquel grande arte de agradar, sin el cual todo lo demás no producirá ningún efecto. La sociedad no es más que una negociación permanente, y si la consideras bajo este aspecto, encontrarás en ella el secreto de cualquiera otra transacción. Por los mismos medios que adquieres un amigo, que le guardas de un enemigo ó que ganas el afecto de algún corazón, harás un tratado ventajoso, confundirás á los que le contrarrestaren y ganarás el favor de la corte á que fueres enviado. Manejate de este modo en todas las compañías que frecuentares, y tus mismos placeres harán de ti un negociador consumado. Agradará á todos aquellos que son dignos de agradar; guarda tu secreto y trata de descubrir el de los demás; conserva tu sangre fría y procura encender disimuladamente la de los otros; desconfiarte los proyectos de tus rivales con diligencia y destreza, pero al mismo tiempo muéstrales la mayor cortesía y mantente firme sin cólera. Los famosos negociadores Avanz y Servien, no se condujeron de otro modo, en prueba de lo cual quiero hacerte

(a) Cuando la Zorra, del poema de Casti, que ocupaba el ministerio en el reino bruto, manda al Perro de agua á una misión diplomática, después de darle secretas instrucciones le dice:

Es no lo niego, el paso algo escabroso,  
Y delicada la incumbencia y crítica;  
Mas sobre tu destreza yo repose;  
De dos negociadores en política  
Venice, lo sabes bien, quien con más maña  
Y ficta ingenuidad al otro engaña.

Tr.

una observación y es, que los negociadores más eminentes han sido siempre los hombres más corteses y urbanos.

Por el amor de Dios, no pierdas nunca de vista estos puntos importantes; sujeta á ellos todas las cosas y calcula para sus intentos todas las cosas. Lo que hay de particular en esto es, que para practicarlo no se requiere más que aquello mismo que la vanidad, el interés y el placer nos sugeririan independientemente de estos objetos. Si un hombre no debiese manejar nunca los negocios, y que sólo pensase en la vida privada ¿dejaría por eso de alimentar el deseo de agradar y de persuadir? Por consiguiente, en los dos puntos de que hemos tratado, y que tienes que llenar, tu fortuna conspira felizmente con tu vanidad y tus placeres; y aun más, porque yo sostengo que un ministro en el extranjero no puede ser nunca hombre consumado en los negocios, si al mismo tiempo no es hombre de placer. La mitad de su obra queda hecha con la ayuda de sus placeres; consigue, quizá mejor, sus miras, sin crear sospechas, en los bailes, las cenas, las reuniones y las correrías de diversión, por sus tramas con las mujeres y las conexiones que insensiblemente forma con los hombres en aquellas horas de entretenimiento y de abandono.

Estos objetos se hallan actualmente tan cerca de ti, que no debes perder un solo momento para alcanzarlos. Entrarás en el parlamento tan pronto como tuvieres los años requeridos; y aun creo que obtendrás antes un departamento extranjero, jamás concedido hasta ahora á ningún joven de tu edad. Si comienzas bien á los veinte y un años ¿qué cosa no podrás llegar á ser á los cuarenta? Todo cuanto yo podría descartar! A Dios (a).

(a) El autor á M. Dairrolles:

Antes que este paquete llegue á vuestras manos, habréis probablemente recibido otro redondito que me pertenece. Me refiero á M. Stanhope que por una carta suya de 26 de Septiembre, escrita en Hannover, que acabo de recibir, me informa de que hacia sus preparativos para ir á saludaros á Bruselas. La amistad que me profesáis me es muy conocida, y no necesito nuevas pruebas de ella; por lo tanto, insisto muy seriamente, que se actualizere lo que vuestra amistad para conmigo, ó vuestra atención para con el os sugeriria hacer en este caso, que no lo alojéis en vuestra casa. Bien puede ir á comer y cenar en ella tantas veces como queráis, pero cierta y positivamente, no más tiempo. Un joven de veinte años que gusta de las diversiones es un mueble muy incómodo en una familia regular. En fin, en *va mot comme en mille*, y fuera de toda ceremonia, no quiero verlo alojado en vuestra casa. En cuanto á lo demás lo pongo enteramente en vuestras manos. Introducido en las mejores

LONDRES, 29 de Septiembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Nada es más necesario y al mismo tiempo más dificultoso para los jóvenes, lo sé por experiencia, que el saberse conducir con las personas que ellos no aman. Sus pasiones son vivas, sus cabezas ligeras; odian á todos los que se oponen á sus miras por ambición ó por amor; y rival en uno y otro caso es casi sinónimo de enemigo. Si fulano sigue el mismo camino que tú, te mostrarás frío y violento cuando menos, las más veces acerbo y siempre deseoso de darle indirectamente una manotada. Esto es fuera de razón, visto que todo hombre tiene el mismo derecho que cualquiera otro para solicitar un empleo ó la conquista de algún corazón: pero además, es en extremo imprudente, porque las más veces frustra tu intento, y mientras la lucha, que absorbe tu alma, llega un tercero que se lleva la presa. Convento en que la situación es irritante: un hombre no puede dejar de pensar como piensa, de sentir como siente, y es cosa muy cosquillosa y delicada ver los proyectos de uno en la corte ó en solicitud de algún afecto, cruzados por un competidor; pero la prudencia y la habilidad deben contener los efectos aunque no pueden remover la causa. Los dos pretendientes disgustan al corazón que quieren cautivar cuando turban la compañía con su mal humor; á la vez que si uno de ellos tiene bastante imperio sobre sí para mostrarse cortés y risueño, fácil y sin afectación respecto del otro, como si no hubiese entre ellos ninguna especie de rivalidad, la dama lo amará de preferencia, y su rival será diez veces humillado y desalentado: mirará esta conducta como una prueba del triunfo y de la

compañía. Os ruego lo pongáis al corriente del negocio de límites, y el del arancel, que no son de una naturaleza secreta, é informadme franca y verazmente cómo lo encontráis; Son su aire, su destreza y sus maneras mejores de lo que eran la última vez que lo visitáis (\*). Os recomiendo lo reprendáis seriamente si no lo encontrareis adelantado.

(\*) A estas preguntas M. DuRoielles contestó lo siguiente:

Creo que M. Stamburgh ha mejorado bastante en su aire y maneras. Con todo, dello cualquier que cuando sea preciso en el gran mundo que naturalmente debo servirle de instructor, encuentro extraño, que no haya adquirido todavía mayor perfección en aquel arte encantador que ninguno ha llegado á poseer en el grado que vuestra Señoría. Esta falta negativa de mi amigo es precedida de torpeza ó de vergüenza mal entendida, si se manifestó en lo más mínimo embarazado con las señoras que merecieron el marqués pasado en mi casa; pero creo que siente naturalmente una indiferencia por el bello sexo, y no se osama lo bastante para hacerse grato.

seguridad de su rival; dirigirá su mal humor contra la dama, y sus quejas, agrías y virulentas, producirán entre ellos una querrela (a). Lo mismo sucede en los negocios: aquel que mejor sabe dominar su humor y su semblante, tendrá siempre una infinita ventaja sobre el otro. Los franceses llaman *prociété, honnête et galant*, al empeño que uno toma para mostrarse sumamente civil con un hombre que otras almas pequeñas mirarían con aversión ó tratarían quizá brutalmente en igual caso. Quiero ponerte un ejemplo que me toca de cerca, y te encargo que lo tengas presente cuando te hallares, como espero, en igual situación.

En 1744 fui enviado á la Haya, con el objeto de inducir á los holandeses á que tomasen parte en la guerra y estipular el número de tropas, etc., con que debían contribuir. Tu conocido el abate De la Ville se hallaba allí, por parte de Francia, encargado de impedir el rompimiento de la neutralidad de aquellos Estados; y habiéndome yo informado de que clase de sujeto era, supe con gran pesadumbre que tenía que habérmelas con un negociador hábil, muy prudente y muy sagaz. No podíamos visitarnos porque nuestros dos soberanos estaban en guerra; pero la primera vez que lo encontré en lugar neutro, supliqué á uno de mis conocidos que me presentase á él, y le dije que, aunque fuésemos enemigos nacionales, me lisonjaba sin embargo, de que podríamos ser amigos personales, con mil otras agasajos á que correspondió cortesmente. Dos días después, al salir temprano en solicitud de los diputados de Amsterdam, encontré al Abate que me había cogido há delantera, y con tal motivo me dirigí á los diputados, diciéndoles en tono risueño: *Je suis bien fâché, messieurs, de trouver mon ennemi avec vous; je le connais déjà assez pour le craindre: la partie n'est pas égale, mais je me fie à vos propres intérêts contre les talents de mon ennemi, et au moins, si je n'ai pas eu le premier mot, j'aurai le dernier aujourd'hui* (b). Los diputados se rieron; y el Abate,

(a) Gardez-vous de soupçonner qu'un jaloux fait paraître: Tout le fruit qu'on en tire est de se mettre mal; Et d'avancer par là les desseins d'un rival. Ay mérite souvent de l'éclat qui vous blesse Vos soupçons font ouvrir les yeux d'une maîtresse, Et j'en sais tel qui doit le destin le plus doux Aux soins trop inquiets de son rival jaloux. (MOLIERE.)

(b) Señores: siento mucho encontrar entre vosotros á mi enemigo que conozco ya bastante para temerle; la desventaja está por mi parte, pero

lisonjeadó con mi cumplimiento y de la manera con que lo hice, permaneció cerca de un cuarto de hora y salió dejándome continuar mi negocio con los diputados. Dije á éstos bajo el mismo tono, aunque de manera muy seria, que yo había venido simplemente á representarles sus verdaderos intereses, sin el arte que mi enemigo no podía menos de haber empleado para atraerlos á su partido. Conseguí el punto, continué bajo el mismo pie con el Abate, de modo que por esta comunicación en lugares neutros, tuve frecuentes oportunidades para descubrir sus desigu- mos (a).

Acuérdate que solo hay dos maneras de conducirse compati- bles con el honor y habilidad de un caballero: ó una cortesía extremada ó una guerra abierta. Si un hombre te infliere una afrenta grosera y te insulta de propósito, vengate; pero si sólo te daña, la mejor venganza es mostrarle una extremada cortesía (b), aunque al mismo tiempo estorbes sus proyectos y le pagues

confío en vuestros propios intereses contra los talentos de mi enemigo, y si no he obtenido hoy la primera palabra, espero sin embargo, que me concederéis la última.

(a) El conde de Chesterfield fué un diplomático de los más hábiles; las negociaciones que le confió su corte las llevó á cabo con la mayor felicidad. *La Revista de ambos mundos* de París dice con tal motivo: Dans la diplomatie Lord Chesterfield á excellence, et n'est pas sans rapports avec le maître, M. de Talleyrand. Parfaitement grand seigneur comme ce dernier, il ne se pressait jamais, écoutait, attendait, méprisait les passions vives ou tendres... Au bas d'une des lettres de Chesterfield on trouve ce conseil donné á un diplomate, M. Darcelles, son ami intime: « Pas de vivacité » *Tenez! C'est le mot de M. de Talleyrand á ses élèves: Surtout pas de zèle!* Ces deux grands seigneurs, qui méprisent tant les hommes (et les femmes un peu davantage), qui aimaient tant les succès, ont été peut-être, dans les temps modernes, les plus habiles alchimistes de la quintessence diplomatique. En fait de diplomatie Chesterfield n'a pas été dépassé... Le prodigant les petites grâces, la flatterie, la séduc- tion, ce qu'il appelait le *galbanum* etc.

(b)

Si por desdicha, Fabio, ó contingencia,  
Que á pocos perdonó aquesta dolencia,  
Tuvieses enemigo declarado,  
Guardate de él, y ten mucho cuidado  
De alabar sus acciones, aunque veas  
Que otros las abominan por ser feas;  
Pues su mayor castigo  
Será verse alabar de su enemigo,  
Y es opinión de sabios  
Portarse dando gracias por agravios.  
(CUBILLO DE ARAGÓN.)

Tr.

con usura. En esto no hay pérdida ni disimulación. El caso sería diferente si asegurases á este hombre que lo aprecias ó le hicieses ofertas amistosas, conducta que no sólo condeno, sino que detesto. Todos los actos corteses no son, por consentimiento uni- versal, sino una conformidad con la costumbre, para el reposo y el bienestar de la sociedad, cuyos placeres no debon destruirse con los disgustos y celos particulares. Por lo que á mí toca, aunque no querría, por consideración de ninguna especie, ceder punto alguno á un compeltidor, tomaría á pechos mostrarle más cortesia que á ningún otro. Esta conducta no sólo pone infaltable- mente de tu parte á todos los amigos de reír, que forman un partido considerable, sino que además agrada á los que tratas de ganar, hombres ó mujeres, que en tales circunstancias no dejarán de decir, que se ven obligados á confesar que le has manejado muy bien en todo el negocio. El mundo juzga por la apariencia y no por la realidad de las cosas; pocos son capaces de sondear la verdad y más pocos aún los inclinados á hacerlo. Un hombre que siempre trata de contar con la razón en las cosas pequeñas, puede permitirse á veces una poca de sinrazón en las grandes, y las gentes tendrán cierta inclinación, cierto deseo, de exosarlo. Nueve entre diez personas toman la cortesía por buena índole y las atenciones por buenos oficios. En las cortes siempre hay frialdad, aversiones, celos y odio. La cosecha es poca en comparación al número de los trabajadores; pero como estas pasiones brotan á menudo, mueren pronto, á menos que no se perpetúen por la manera con que han sido desahogadas, mas que por el asunto que las hizo nacer. Las variaciones y las vicisitudes de las cortes cambian los amigos en enemigos y los enemigos en amigos; es pues necesario que trates de adquirir el raro y gran talento de odiar con cortesía, y de amar con prudencia; de no tener ninguna querrela irreconciliable; de no mostrar síntomas de cólera inútiles y ridiculos, y de cuidar que ningún amigo pueda serle peligroso en caso de rompimiento, por haberle hecho confianzas indiscretas y aventuradas.

Pocas son las gentes, sobre todo entre los jóvenes, que sepan cómo deben amar ni aborrecer; su amor es una debilidad ilimi- tada, fatal á la persona que aman, y su odio una violencia impetu- nosa y temeraria que siempre les es funesta. Diz y nueve entre veinte padres y todas las madres que te hubiesen amado la mitad de lo que yo, te habrían perdido; á la vez que mi objeto ha sido siempre hacerte sentir el peso de mi autoridad, con el fin

T. II.

6

de que conozcáis algún día el exceso de mi ternura. Ahora espero y creo que mis consejos tendrán espontáneamente sobre tí el mismo peso que por precisión tuvo mi autoridad. Mi juicio tiene justamente treinta y ocho años más que el tuyo, y por consecuencia, creo que pensarás que puede valer más. Por lo que hace á las pasiones suaves, manejalas tú mismo; pero déjame á mí la dirección de las otras. Tu ambición, tu representación y tu fortuna, ostarán, á lo ménos por algún tiempo, más á salvo bajo mis auspicios que á tu discreción. A Dios (a).

(a) Noviembre. El autor á M. Dairalles:

En este momento recibí vuestra carta del 47. Si no sois parcial en lo que me pertenece espero, por vuestra relación, que ese joven ha mejorado en su aire y sus maneras, de lo cual tenía indudablemente gran necesidad. Como ven que pronto esperaréis en Bruselas al duque de Newcastle, quiero ponerlos al corriente del negocio de que os hablé en una de mis anteriores, para que si Su Señoría os dice algo sobre el particular, tratéis, como no lo dudado, de ayudarlos en lo posible.

Quando nuestro amiguillo fué á Hannover, le di una carta para el duque de Newcastle, recomendándole en general, á su favor y protección, y sólo insistí de paso algún destino en el extranjero *en tempus et lieu*. El duque contestó mi carta de la manera más hospitalosa, y me señaló el puesto de Venecia eventualmente y en caso que el secretario de relaciones exteriores, Lord Holderness, no se hallase comprometido. Volví á escribirle sin retardar agradeciéndole aquella señal de su amistad, y manifestándole tan ventajosamente al comenzar una profesión para la cual lo había yo destinado y educado. En este estado se halla el negocio, y no espero saber más hasta el regreso del duque de Newcastle á Inglaterra, en donde me figuro hablará el mismo sobre el particular á Lord Holderness. Si la cosa se logra, me procurará más placer, en mi actual situación, que ninguna otra, porque esto sería labrar de un golpe la fortuna del muchacho. Si no se logra, no dudo, por la muy amistosa manera con que lo obrado el duque de Newcastle, que con el tiempo pensará en algún otro destino para él, aunque ninguno sería ni tan lucido tan bueno como el de Venecia. Por lo tanto, si se os hablare de este destino, haced cuanto podáis para que se lo confiera. *Au reste*, no he hablado una sola palabra de ello á la parte interesada, y os ruego que tampoco lo hagáis, porque á su edad, una cosa de esta especie, simplemente mencionada, es vista como broma, y (el más particularmente la consideraría así, pues ya os alaba de la bondad con que lo tentó el duque de Newcastle en Hannover. Si él no se divierte en Bruselas tanto como era de esperar de la reputación de esa ciudad, tendrá más tiempo para informarse de las muchas cosas que debo saber relativas á Flandes. Os viro tan reconocido de vuestra intención de alojarlo en vuestra casa, como si en efecto lo estuviere en ella; pero seriamente vuelvo á insistir en que no sea vuestro huésped. Quando venga á Londres tampoco lo

LONDRES, 4 de Octubre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Te considero actualmente en esa como en la corte de Augusto, donde, si has abrigado alguna vez el deseo de agradar, debes poner en obra los medios de conseguirlo. Me atrevo á decir que verás en ella lo que Horacio veía en Roma: de qué modo se defienden los imperios con las armas, se embellecen con las artes y se mejoran con las leyes. No sólo hallarás ahí un Horacio, sino también un Augusto. No tengo necesidad de nombrarle á Voltaire, *qui nihil molitur inepte* (a), como el mismo Horacio dijo de otro poeta. He leído últimamente todas las obras que ha publicado, aunque ya las había leído más de una vez. Su *Siglo de Luis XIV* me indujo á recorrer de nuevo sus otras producciones, y habiéndolas examinado con más atención que antes, no puedo menos de confesar que mi admiración ha cambiado en asombro; no hay género de escrito en que Voltaire no sobresalga. Tú eres un clásico tan severo, que dudo me permitas llamar á su *Enriada* un poema épico, porque carece de cierto número de detalles, diálogos, encantadoras y otros absurdos requeridos, según la opinión común, para formar la epopeya. Pero seas ó no de esta opinión, te declaro, aunque quizá con desdén mío, que nunca he leído ningún poema épico con más placer. Ya soy viejo y quizá he perdido mucho de aquel fuego que antes me gustaba. En los

alojaré en mi casa, aunque haya en ella habitaciones extensas; la juventud y la animación nunca se entienden bien, bajo el mismo techo, con los años y la gravedad. No vacéis á pensar por esto que os considero como viejos; Dios mi favor! pero vos mismo convenceréis en que tendis algunos años más y sois más grave que un muchacho que apenas leva á los veintano.

(a) No obstante estos elogios ilimitados, encontramos la siguiente censura que el autor hace de Voltaire en una carta dirigida á M. de Crebillon:

«... Voltaire m'a écrit plusieurs lettres de son *Mohomet*; j'y ai trouvé de très beaux vers et quelques pensées plus brillantes que justes.... Il n'est pas le premier auteur qui une imagination vive ait été au-dessus de la raison et de la justice; mais ce que je ne lui pardonne pas, et ce qui n'est pas pardurable, c'est tous les mouvements qu'il se donne pour la propagation d'une doctrine aussi pernicieuse à la société civile que contraire à la religion générale de tous les pays. T.



otros, aunque acompañado de humo; ahora necesito puro buen sentido, y no puedo perdonar mil versos absurdos por cinco que merezcan ser leídos.

Con tal disposición de alma, juzga si podré leer á Homero de un tirón. Admiro sus bellezas, pero hablándote la verdad, cuando él sueña yo duermo. Confieso que Virgilio es todo buen sentido, y por lo tanto, gusto más de él que de su modelo; pero á veces es lánguido, especialmente en sus cinco últimos libros, durante los cuales me veo obligado á tomar mucho rapé. Por otra parte, soy partidario de Turno contra el piadoso Eneas que, como muchos otros que se titulan piadosos, comete violencias ó injusticias enormes para ejecutar lo que impudicamente llaman voluntad del cielo. ¿ Pero qué dirás cuando te declare francamente que no he tenido valor para leer de principio á fin á nuestro compatriota Milton? Confieso que contiene los pasajes más sublimes, y algunos prodigiosos rayos de luz; pero debes confesar, que este resplandor se ofusca muchas veces en tinieblas visibles (*darkness visible*) usando de su propia expresión. Además, no teniendo el honor de conocer á ninguno de los personajes de su poema, excepto al Hombre y á la Mujer, los caracteres y los discursos de una ó dos docenas de ángeles y de diablos, están tan fuera de mi alcance como de mi gusto. Guarda este secreto, porque si se supiese sería yo apedreado por los pedantes sin gusto y los robustos leibnizos de Inglaterra.

Cuanto haya yo dicho contra estos tres poemas, puede aplicarse con mayor razón á la *Jerusalén* de Tasso; cierto es que su poesía despedida rayos brillantes; pero son únicamente meteoros que destambran y desaparecen para dejar lugar á pensamientos falsos, conceptos pobres y acciones absurdas, como lo atestigua el pez y el papagayo; extravagancias indignas de un poema heroico que habrían convenido mucho mejor á Ariosto que profesa la *coquinería* (a).

(a) Los famosos poemas de que he hablado el autor son así estimados por el mismo Voltaire en estos versos:

Plain de beautés et de défauts  
Le viell Homère á mon estime;  
Il est, comme tous ses héros,  
Babillard outré, mais sublime.

Virgile orne mieux la raison;  
A plus d'art, autant d'harmonie;

Nunca he leído las *Lusitadas* de Camoens sino traducidas en prosa; por consiguiente, puedo decir que no las he leído; pero la *Enriada* no encierra más de buen sentido desde el principio hasta el fin; está adornada de las más justas y brillantes reflexiones, de las descripciones más bellas, de las imágenes y de los sentimientos más nobles y sublimes sin que entre en cuenta la armonía de los versos, en que Voltaire es superior á todos los demás poetas franceses. Si insistes en una excepción en favor de Racine, yo persisto por mi parte en que á lo menos la iguala. ¿ Qué héroe interesó nunca más que Enrique IV, que, según las reglas de la poesía épica, emprende una grande y larga acción y triunfa al fin? ¿ Qué descripción ha excitado nunca más horror que la del deguello del día de San Bartolomé y después la del hambre de París? ¿ Ha sido pintado el amor alguna vez con más verdad y *morbidez* que en el noveno libro? Virgilio mismo no lo hace mejor, á mi modo de ver, en su libro cuarto. En definitiva, con todo tu rigor clásico, si supieses que San Luis es una divinidad, un diablo ó un encantador, y que aparece, no en sueños sino en persona, la *Enriada* será siempre un poema épico según las leyes más estrictas de la epopeya; pero delante de *mi tribunal equitativo*, la *Enriada* tal cual existe es un poema.

Podría extenderme más sobre todos los escritos de Voltaire si no temiese traspasar los límites de una carta, y entrar en los de una disertación. ¿ Qué preciosa es su historia del rey de Suecia? de esa bestia salvaje del norte, porque no puedo llamarlo hombre. Sentiría yo que pasase á la posteridad como héroe, por respeto á aquellos que merecen tal nombre, como Julio César, Tito,

Mais il s'équiva Avec Didon  
Et rate à la fin Lavinie.

De faux brillants, trop de magie  
Mettent le Tasse au cran plus bas,  
Mais que ne tolère-t-on pas  
Pour Arnide et pour Hermine?

Milton, plus sublime qu'eux tous,  
A des beautés moins agréables;  
Il semble chanter pour les fous,  
Pour les anges et pour les diables.

Après Milton, après le Tasse,  
Parler de moi serait trop fort;  
Et j'attendrai que je sois mort,  
Pour apprendre quelle est ma place.

Tr.

Trajano y el actual rey de Prusia, que cultivaron y fomentaron las artes y las ciencias, unieron á su valor personal los tiernos y sociables sentimientos de la humanidad, y tuvieron más placer en civilizar que en destruir á sus semejantes.

M. de Maupeou, con quien espero te relacionaras, posee cualidades que rara vez se ven unidas; es filósofo, matemático y sin embargo civil y amable. Por lo que hace á Algarotti es un tierno yástago de Fontenelle.

Buenas noches, mi amado hijo; voy á acostarme justamente á la hora en que suponas que tá comienzas á vivir en Berlín (a).

En Octubre 30. El autor á M. Dairrolles.

Estoy seguidísimo de que os hallais más afectado que yo mismo por el accidente acontecido entre vos y el marqués de Botta, relativamente á nuestro amigo (\*). Mi grande inquietud proviene de los resultados que posiblemente podáis tener respecto de esa corte-tan formal; si no temeis esto, no hay daño temer. Os condujisteis en todo el negocio con toda la prudencia de un hombre, mucho menos irascible de lo que naturalmente sois, especialmente tratándose de vuestros amigos. Por lo que toca al muchacho, todos los que se encuentran en situación semejante, deben esperar á todos lances desagradables de esta especie, y yo me he aprovechado de este incidente en la carta que le escribo (\*\*), para manifestarle cuán necesario le es contrabalancear esta desventaja con un mérito y unos conocimientos superiores. El me ha pedido que le permita ir otra vez á París, á lo cual le he accedido gustosamente, visto que tiene allí entrada en las mejores compañías, y que Lord Albemarle lo emplea en la correspondencia más secreta. Este incidente aumenta más mis deseos de que se verifique la colocación que para el príncipe el duque de Newcastle, lo cual, unido á su entrada en el parlamento próximo, pondrá un fin á todas estas discusiones.

(\*) Parece que M. Saurin, indicado arriba á Bruselas, y sido presentado al Príncipe Carlos de Lorena, representante del Emperador, fué hecho en consecuencia una violenta oposición por el mismo príncipe, aunque de Botta y de Marquis, dice M. Dairrolles, me alegro de un modo que yo no esperaba, sobre la fragilidad de sus facultades, presentándose á su Altesa Real, á la orden del Emperador, una prueba del nacimiento de M. Saurin, en virtud de la cual se le había invitado á comer en su mesa en una ocasión de las más solennísimas. Yo le contesté que no veía por qué un caballero que había sido bien recibido por los reyes de Sicilia y de Polonia, que había sido presentado por Lord Albemarle al rey de Prusia, y por el duque de Newcastle al rey de Inglaterra, no podía tener del mismo modo el honor de ser presentado al príncipe Carlos de Lorena. (Carta á Lord Chesterfield, Octubre 21 de 1752.) El resultado fué sin embargo, que por una parte el marqués de Botta accedió á guardar secreto sobre la materia y á no hacer ninguna oposición pública; y por otra M. Dairrolles declaró á M. Saurin á más inmediatamente de Bruselas.

(\*\*) Esta carta, como muchas otras, no se ha encontrado.

LONDRES, 11 de Noviembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Es máxima muy antigua y verdadera que los monarcas que gobiernan con más seguridad y absolutismo, son aquellos que reinan en el corazón de sus súbditos. Su popularidad es una custodia mejor que la de sus ejércitos, y la buena voluntad de sus vasallos un rehén de su obediencia más eficaz que sus temores. Esta regla es en proporción, aunque en diferente escala, exactamente aplicable á las personas privadas. El hombre que posee el grande arte de agradar y de ganar el afecto de aquellos que lo tratan, posee una fuerza que ninguna otra cosa puede darle; una fuerza que facilita y protege su elevación, y que en caso de accidente suaviza su caída. Pocas personas de tus años consideran sufficientemente este gran punto de popularidad, y cuando creyeren y adquirieren experiencia, hacen esfuerzos, pero en vano, para recobrar lo que perdieron por su descuido. Tres causas principales son las que se oponen á la adquisición de esta útil fuerza: el orgullo, la falta de atención, y la falsa vergüenza. No quiero ni es posible sospechar que tengas orgullo, porque sería hacer muy poco favor á tu entendimiento. No hay razón para que te consideres superior por naturaleza al saboyardo que aceza tu cuarto ó al lacayo que te limpia los zapatos; pero debes negociarte, y con razón, por la diferencia con que te ha protegido la fortuna. Goza de todas estas ventajas pero sin insultar á aquellos desgraciados que carecen de ellas, ni hacer, sin necesidad, cosa alguna que pueda recordarle su inferior situación. Por mi parte, estudio más mi conducta con los criados y otros que se llaman más inferiores, que con mis iguales, por temor de que su sospecho en mí el bajo intento de hacer sentir la desigualdad que la fortuna me ha dispensado, tal vez sin merecimiento. Los jóvenes no se ocupan bastante de esto, antes bien se imaginan erróneamente que el tono brusco é imperativo es una señal de talento y de valor. La falta de atención se considera siempre, aunque á veces injustamente, como hija del orgullo y del menosprecio, y cuando se juzga así, no se perdona. Los jóvenes son muy comprensibles en este artículo y ofenden en extremo. Dirigen únicamente su atención á sus amistades particulares ó á ciertos objetos brillantes y exaltados por categoría, hermosura ó saber; consi-

deran al resto de sus semejantes como indignos de sus cuidados y no usan con ellos las atenciones más comunes. Francamente te confieso que esta fue una de mis mayores faltas cuando tenía tu edad. Muy atento á complacer al corto círculo en que estaba como encantado, consideraba á todo el resto como gente vulgar é indigna de las atenciones comunes. Hacía yo la corte asiduamente y con bastante destreza á las personas más distinguidas, como ministros, sabios, bellezas, etc.; pero descuidaba á todos los demás, y por consiguiente, los ofendía. Este necio procedimiento me creó mil enemigos en ambos sexos; y aunque los creía muy insignificantes hallaron no obstante medio para hacerme mucho daño cuando tenía más necesidad de recomendaciones (a). Se me tenía por vano y orgulloso cuando en realidad sólo era imprudente. Una cortesía general con las mujeres feas y los hombres medianos á quienes veía con desprecio, me habría procurado tantos amigos cuantos enemigos me atrajo la conducta contraria. Pude haber hecho todo esto sin el menor perjuicio á mis miras particulares sobre las personas que robaban toda mi atención, y aun habría conseguido mis intentos con mayor facilidad. Conviengo en que es tarea algo desagradable la de pagar sin voluntad este tributo de atención á hombres estúpidos ó fastidiosos, ó á mujeres viejas y feas; mas este es el precio más bajo á que se compra la popularidad y el aplauso general (b), objetos dignos de comprarse aun cuando fuesen mucho más caros. Concluyo la materia con el siguiente consejo: procura ganar por medio de tus modales á los hombres ó mujeres que puedas necesitar; balaga á todo el mundo (c) hasta que no logres obtener buenas palabras

(a) Creer que un enemigo débil no puede perjudicar, es creer que una chispa no puede ocasionar un incendio.

(ANISTÓTELES.) Tr.

(b) Con agrado y con sombrero  
Gana el aplauso del vulgo;  
Si bien quisio que esto solo  
Cuesta poco y sale mucho.

(FRAGOSO.)

(c) Con igualdad de semblante  
Estima, agasaja, apocia  
A todos, y nunca á nadie  
Responde con aspereza.

(FRAGOSO.) Tr.

cómo no las voluntades, ó al menos hasta asegurarte una neutralidad.

La vergüenza mal entendida ó el encogimiento no sólo es un obstáculo para formar amistades, sino también un motivo para crearse enemigos. Los jóvenes se avergüenzan de hacer las cosas mismas que ellos estiman rectas, y obran de distinto modo por temor á la risa pasajera de algún currutaco ó de alguna damisela elegante. Yo me he visto en este caso, y deseado muchas veces que Barrabás diese al traste con algún obscuro conocido por venir á hablarme cuando me hallaba con gentes que yo consideraba como de gran tono. Recibía yo sus cumplidos con frialdad y torpeza, y por consiguiente, de un modo ofensivo por temor de una burla momentánea, sin considerar, como debí hacerlo, que las mismas gentes que podían haberse burlado de mí al principio, me habrían después estimado más si me hubiese manejado de otro modo. Un ejemplo explicará mejor lo que quiero decir: supongamos que te pases en las Tullerías con algunos elegantes, y que inesperadamente te encuentres con tu antiguo conocido el jorobadito Grierson ¿Qué harías en este caso? Voy á decirte, declarándote lo que yo mismo haría. Correría hacia él, lo abrazaría, le diría algunas cosas lisonjeras y volvería á reunirme con mis compañeros quienes me preguntarian inmediatamente: ¿De qué especie es ese tito que *Vd.* ha abrazado tan tiernamente? Buena rato hemos tenido con *tan bonito apasajo*, con otras muchas eufuísticas por este estilo. Yo contestaría sin avergonzarme en lo más mínimo, pero con todo placer: *no he de sacar á *Vds.* de la duda; es cierto aniquito mio que tiene su mérito, y que á fuerza de tratarlo hace olvidar su figura. ¿Qué me darán *Vds.* si se los presento?* y entonces con una poca de más formalidad agregaría: *ó más de esto, jamás me hago el desconocido con mis antiguos amistades por su situación ó su figura; sería necesario no tener sentimientos de hombre para obrar de otra manera.* Esto haría cesar la broma y les haría concebir mejor opinión de mí que la que antes tenían (a). Supongamos otro caso y figurémosnos que algunas

(a) Quelques coquins, de ces gens toujours prêts  
À vous railer sur les torts de nature,  
J'en bossu qui n'en pouvait mais,  
Contrôlaient à l'envie la plaisante figure.  
L'un d'eux surtout, se croyant fort plaisant,  
Criait: « Messieurs, c'est Esoppe. — Oui vraiment, »

puñadas de gran tono entran de pronto en una habitación y le encuentran hablando cortésmente con la vieja Marquesa de Ballefonds. La broma en este caso versaría sobre la circunstancia de estar solos. ¡Y bien! ¡Con que por fin, logró Vd. decidir á la bella Marquesa! ¿Quedó ya arreglada la entrevista en la casita de campo? La cena no hay duda, será exquisita. ¡Pero hombres de Dios, cómo no escrupuliza Vd. seducir á una persona tan joven y amable! (a). A esto yo respondería: La entrevista no estaba completamente decidida; Vds. nos interrumpieron; pero con el tiempo, ¿qué sabemos? ¡Hírelas Vds. cuanto quieran de mis amores; solo dire que mi respeto á las jóvenes es tan grande, que se extiende á las viejas por haberlo sido; además, las conexiones entre viejos y jóvenes no son raras. Tal respuesta haría que la chanza tornase en mayor aprecio á tu persona por tu buen sentido y urbanidad. Prosigue constantemente, sin temor ni encogimiento, todo lo que tu razón le diga que es recto y todo lo que veas practicar por gentes de más experiencia que la tuya.

Quizá dirás que aun con todo esto no es posible agradar á todo el mundo; le concedo, pero de aquí no se deduce que uno no deba hacer esfuerzos para agradar á cuantos sea posible; y aun irá más lejos, declarando que no es posible que ningún hombre deje de tener enemigos; mas una larga experiencia me permite sostener esta verdad: que aquel que tiene más amigos y menos enemigos, es el más fuerte, se elevará más alto con menos envidia, y si llega á caer, el golpe será más suave y al mismo tiempo se le mirará con mayor conmiseración. Este objeto es sin duda digno de tu solicitud. Haz esfuerzos para alcanzarlo siguiendo las reglas que le he dado. Agregaré otra observación y un ejemplo para apoyarla y después concluiré como dicen los párrocos.

Son tan extraños é incomprensibles los cambios y las vicisitudes de los negocios humanos, que no hay criatura obscura, baja ó pobre, que no pueda llegar á ser tarde ó temprano, un amigo útil ó un enemigo molesto, al más rico de los hombres. El finado

Repart notre possession, sans détourner la tête,  
« Espere, ainsi que moi, tu parler mainte bête. »

(M. M.) Tr.

(a) El mostrarse ebrio de amor  
Por una vieja, aun en broma,  
Es penitencia mayor  
Que ir descalzo de aquí á Roma.

(BARRÓN DE LOS HERRAZOS.)

duque de Marlborough estudió el arte de agradar porque conocía su importancia, y logró poseerlo y disfrutar de sus ventajas más que cualquiera otro hombre. Ganaba cuantos corazones se proponía, y su ánimo fué ganar el de todo el mundo, porque sabía que todo el mundo es más ó menos digno de ser ganado. Aunque su poder, como general y ministro, le creó muchos enemigos políticos y de partido, no tuvo uno solo que le fuese personal; y los mismos sujetos que trabajaban para echarlo abajo y que quizá deseaban que se le formase un proceso, le amaban al mismo tiempo, á pesar de que su carácter privado tenía la tacha de una sordida avaricia, el más detestable de todos los vicios (a). Puso un particular esmero en servir y agradar á todo el mundo. La gracia y la dulzura de su semblante eran inimitables, suave su modo de hablar, gorbosos y dignos todos sus movimientos, y prolija su atención á las cosas más triviales; no veía con indiferencia nada de lo que podía agradar á la persona más insignificante. Todo esto era arte en él; arte que le fué muy útil y de que supo gozarse ampliamente, porque no há habido hombre que haya tenido más orgullo, ambición y avaricia.

Aunque tienes más experiencia del mundo que la mayor parte de los jóvenes de tu edad, todavía es muy poca; yo deseo inocularle la mía y prevenir de este modo los peligros y los bochuelos de la juventud y de la inexperiencia. Si recibes la materia benignamente y observas con exactitud mis prescripciones, lograrás alcanzar las futuras ventajas del tiempo, y las unirás á las inestimables que corresponden á tus pocos años. A Dios (b).

(a) Un homme vient demander sa fameux duc de Malborough, sa protection pour lui procurer une place qu'il desirait fort. « Milord, dit-il, j'ai mille guinees á votre disposition si je l'obtiens, et je vous donne ma parole de n'en parler á personne. — Donne-m'en deux mille, lui répondit Marlborough, et va le dire á tout le monde. »

(Revisita Británica.) Tr.

(b) Octubre. El autor á M. Dairrolles :

..... El objeto que por ahora llama más particularmente mi atención está cerca de vos, y me alegro mucho de ello, porque de vuestra amistad espero me hagas de él una relación confidencial y verdadera. Tenéis suficiente tiempo para analizarlo, y os ruego me manifestéis lo peor como lo mejor de vuestros descubrimientos. Cuando los tales son increíbles puede muy bien pertenecer á un amigo el contarlos de otro; pero á la edad de nuestro amigo, cuando ningún defecto puede haberse arraigado tan profundamente que no pueda arrancarse, con tal que para ello se tomen todos los cuidados posibles, toca más bien á la

Bath, 16 de Noviembre de 1732.

MI QUÉBDO AMIGO.

La vanidad, ó para darle otro nombre más blando, el deseo de aplausos y de admiración, es quizá el móvil más universal de las acciones humanas: no digo que sea el mejor, y confieso que á veces produce efectos ridículos y criminales: pero es con mayor frecuencia origen de acciones justas y honrosas, que deberían en verdad nacer de principios rectos; más sin embargo, considerando la naturaleza humana, este deseo de aplauso debe ser fomentado y protegido en vista de sus efectos. Cuando falta este deseo nos volvemos indiferentes; caemos en una especie de inercia y de indolencia sin emulación; no ejercitamos nuestras facultades y parecemos tan inferiores á nosotros mismos, como

amistad decirme sus defectos que sus perfecciones. Os prometo bajo mi honor, el secreto más inviolable. Entre los defectos que pueda tener, comienzo uno de que no me queda duda. Es defecto ciertamente negativo, defecto de omisión, pero con todo, es muy grande con respecto al mundo. Es falta aquella destreza seductora, aquellas maneras agradables, aquellas atenciones pequeñas, aquel aire, aquel *abair* y aquellas gracias, todo lo cual contribuye á hacer sobre las gentes las primeras impresiones, que son de tanta utilidad en el curso de la vida. Es una especie de poder mágico, que preocupa á uno á primera vista en favor de aquella persona, le infunde deseos de entrar en relación con ella, y ve con parcialidad todo cuanto dice y hace. Sostendré en todo tiempo que esta magia es más útil en los negocios que en el amor. Este barniz es de lo más necesario, y os recomiendo lo incalificis fuertemente.

No he vuelto á oír hablar del negocio de Venecia, ni creo que sabré nada hasta la llegada del duque de Newcastle, porque á mí me lo escribió con sólo tengo una razón para temer lo contrario. Considero el negocio como instrumento seguro de la fortuna del muchacho, pues lo coloca desde temprano en una situación desde donde con el tiempo puede subir á las más elevadas.

Supongo que el mismo os habrá ya dicho, cuán bondadosamente lo trató en Hannover el duque de Newcastle, porque á mí me lo escribió con transportes de alegría. *Butes un peu valor cela* cuando viereis ó tuvieréis que escribir á su Señoría, pero como si sólo viniese de vos y accidentalmente. Podéis también agregar que yo mismo le estoy muy reconocido por su bondad. Creo que el muchacho no será inútil al ministerio con el tiempo, porque yo le he dado una educación propia para prestar servicios en cualquiera corte; y pienso procurarle medios suficientes para que no sea oneroso á ninguna.

el hombre más vano desea parecer superior, á lo que es en efecto (a).

Como te he alegado por mi confesor y no teimo revelarte mis flaquezas, te diré francamente que he tenido esta vanidad, esta debilidad, si es que lo es, en sumo grado, y lo que es más, confieso mi pecado sin arrepentimiento; al contrario, me doy yo mismo los parabienes, porque si he tenido la dicha de agradar en el mundo la debo á este principio activo y poderoso. Entré en el mundo, no con un deseo ordinario, sino con una sed insaciable y una especie de rabia de popularidad, de aplausos y de admiración. Si esto me hizo cometer locuras por una parte, por la otra fué causa de todo lo bueno que haya yo hecho: este deseo de lograr aplausos me llevó á ser atento y civil con mujeres que no amaba, ó con hombres que despreciaba, aunque no apetecía la amistad de los unos, ni los favores de las otras; me vestía, expresaba y presentaba, lo mejor que podía; y confieso que me enajenaba de regocijo cuando notaba que la sociedad se hallaba contenta de mí; hablaba yo á los hombres de todo lo que creía que podía infundirles una opinión ventajosa de mi ingenio y de mi saber, y á las mujeres de lo que nunca deja de serles grato, la li-souja, el amor y la galantería. A más de esto, te revelaré bajo el secreto de la confesión, que mi vanidad no hizo tomar á menudo penas infinitas para hacerme amar de ciertas mujeres, por cuyos favores no habría yo dado una toma de tabaco. Entre los hombres traté siempre de eclipsar, ó á lo menos de igualar, á quien brillaba más. Este deseo me impulsó á hacer los mayores esfuerzos para satisfacerlo, y si no podía lucir en la primera esfera, lograba distinguirme en la segunda ó la tercera. Por este medio llegué á estar á la moda; y cuando un hombre ha llegado á tal predicamento, todo lo que hace es bueno. Es inexplicable el infinito placer que resenta yo al considerar mi logro y mi popularidad; mujeres y hombres me invitaban á todas las concurrencias, y en ellas daba yo en cierto modo el tono. Con los hombres era yo un

(a) Franklin consideraba esta especie de vanidad desde el mismo punto de vista que el autor. Muchas gentes, dice, ven de mal ojo la vanidad en el prójimo, sea cual fuere la dosis que de ella togaran ellas mismas. Yo la recibo mejor por dondequiera que la encuentro, persuadido de que las más veces produce bien, al pasar y á los que tienen contacto con él; y aun en muchos casos no tendría yo por absurdo que un hombre diese á Dios gracias por haberle dotado de *vanidad* como uno de los consuelos de la vida. Tr.

valela; tomaba toda especie de formas para agradarles; entre las personas alegres yo era la más alegre, entre las graves la más grave, y jamás omitía las menores atenciones que reclama el comedimiento, ó los menores oficios de amistad que podian serle gratos ó aficionáries á mi. En consecuencia, por dondequiera que yo iba, pronto me veia ligado con los hombres más distinguidos y afamados.

Una grande parte del papel que he hecho en el mundo, la debo á aquel principio de vanidad que los filósofos encuentran tan despreciable, y que yo no considero así. Desearia que tuvieses por este lado una dosis igual á la mía, pero temo que tengas muy poca; parece que te hallas retentado de una especie de pereza y de desidia, que te hace ver los aplausos con indiferencia. Esto no conviene á tu edad, y sería cuando más perdonable en un filósofo anciano. Es proverbio vulgar, pero muy cierto « que el mejor pie ha de quedar siempre por delante. » Es necesario agradar, lucir y deslumbrar hasta donde nos fuere dado. Estoy seguro de que en Paris has de haber observado que *chaque se fait valoir autant qu'il est possible*, y La Bruyère observa justamente que *on ne veut dans ce monde que ce qu'on veut valoir*. Tratándose de aplausos, no verás nunca un francés, hombre ó mujer, omiso ó negligente; y si pones cuidado observarás las atenciones sin término, y el comedimiento mutuo que las gentes se manifiestan; no ciertamente por sus propios ojos, sino por sí mismos, por las alabanzas y los aplausos. Dejame pues recomendar este principio de vanidad; practícelo *meo periculo*; te prometo que redundará en tu beneficio. Pon en obra para agrandar todo el arte de la coqueta más refinada; sé activo é infatigable para atraerte la admiración de todo el mundo. Nada, te lo aseguro, te encumbraría más alto en el mundo.

No he recibido ninguna carta tuya después de tu llegada á Paris, aunque tu morada allí ha debido ser bastante larga para haberme escrito dos ó tres renglones. Dentro de diez ó doce días me propongo dejar esta ciudad y regresar á Londres. Los baños me han sentado, pero no hasta el punto que yo necesitaba. Presenta mis respetos á Lord Albermarle.

BATA, 28 de Noviembre de 1762.

MI QUERIDO AMIGO.

Después de mi última he leído las *Cartas de Madama Maintenon*, de cuya autenticidad estoy seguro. Estas cartas me han instruído é interesado, porque me han hecho conocer el carácter de esta mujer hábil y artificiosa, y creo que lo conozco ahora mejor de lo que lo conocia su director el abate Fenelón (después arzobispo de Cambray), cuando le escribió la carta señalada bajo el número 185, que también da á conocer á su autor, el cual, bien que rebosando de amor divino, ambicionaba ser primer ministro y cardenal, con la mira, *sin duda*, de tener oportunidad de hacer mayor bien. Como entonces era director de madama de Maintenon, sus deseos por este lado tenían más probabilidad de realizarse. Esta dama se puso como una santa delante de su director, quien no sólo fué bastante débil para creerla, sino que él por su parte habria querido persuadirle que era un santo; pero ella, me atrevo á decirlo, no creyó nada. Ambos sabian que Luis XIV era un santurrón, delante de quien era necesario aparentar este aire (a). Puede presumirse, y aun en verdad parece claro por la citada carta, que madama de Maintenon habia insinuado diestramente á su director, que tenia algunos escrúpulos de conciencia respecto á su conexi6n con el rey; escrúpulos que humildemente temo no fuesen otros que los de la prudencia, con el objeto de hisonjear á la vez el carácter santurrón del rey y aumentar sus deseos. El píadoso abate, temeroso de que S. M. no le imputase los escrúpulos ó las dificultades que pudiese encontrar en la dama, le escribió la carta en cuestión, en que le ordena que se abstenga de fatigar al rey con avisos y exhortaciones y que manifieste al mismo tiempo la más profunda sumision á su voluntad; mas temiendo que ella no se equivocase sobre la naturaleza de esta sumision, le dice que es la misma que tenia Sara con Abraham, á la cual quizá debió Isaac su venida al mundo. Una

(a) Un famoso soneto del abate Renneville, puesto en boca de Madama de Maintenon, termina de esta manera:

..... Il me parla d'amour, je fis la Madeleine,  
Je lui peignis le Diable au fort de ses desirs:  
Il eut peur de l'enfer, e. sot, et je suis reine.

Tr.

sosacadora no habría escrito una carta tan halagüeña y persuasiva á una inocente jovencita, como la de este director á su *penitente*, la cual, me atrevo á decirlo, no tenía necesidad de estos buenos avisos. Aquellos que trataren de justificar al buen director..... (*alias the pimp*) en este negocio, no deben pretestar que el rey y ella se hallaban entonces casados secretamente, que el abata la sabia y que ésta es la explicación del *enigma*. Tal cosa es de absoluta imposibilidad, porque este matrimonio secreto habría desvanecido todos los escrúpulos entre las partes; y aun no habría sido posible contraerlo bajo otros principios, pues que se le tenía secreto, y por consiguiente no prevenía el escándalo público. Es pues evidente que ella no podía estar casada con el rey cuando escrupulizaba otorgar, y cuando el director le aconsejaba conceder, aquellos favores que Sara dispuso á Abraham con tanta sumisión; y lo que el director tiene á bien llamar el *misterio de Dios*, era sin la menor duda un estado de concubinato. Las cartas son muy dignas de que las leas, porque arrojan luz sobre muchas cosas de estos tiempos.

Acabo de recibir una carta de Sir W. Stanhope de Lyon, en que me dice que le vió en París, que le parece has crecido pero que no sacas el partido posible de tu persona, porque siempre pareces encorvado; en su carta te luce sin embargo mil elogios. El joven conde de Schallenburg, gentil-hombre de cámara, que conociste en Hannover ha venido con el rey y también te elegía.

Dentro de cuatro ó cinco dias regresaré á Londres con el órgano del oído en mejor estado que cuando vine aquí; pero todavía estoy un poco sordo, de modo que no oigo la mitad de lo que se dice. Se necesita con más frecuencia de dinero monedo que de grandes sumas, y para emplear una antigua expresión, *guarda con los ojos*; yo gusto de las sensaciones cotidianas, del ingenio de todos los días y de las diversiones del alma: un hombre que sólo es bueno para los días de fiesta, casi no sirve de nada. A Dios (a).

(a) Diciembre 6. El autor á M. Durollés:

..... Vuestro amigo y servidor está en París, en donde continuará puliéndose y mejorando sus maneras. Estoy haciendo todo lo posible para introducirlo en el próximo parlamento, como representante de alguno de los pueblos vacantes. Esto, como justamente observáis, removerá todas las dificultades; pero temo que todos se hallen comprometidos.

Tr.

LONDRES, día de año nuevo de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Hace más de quince dias que no recibo carta tuya. Supongo sin embargo, que te hallas bueno, pero que las ocupaciones del escritorio de Lord Albermarle te ocupan toda la mañana; y que las tardes las dedicas á ocupaciones más gratas. Sacrificio de buena gana mi satisfacción á tu provecho y tus placeres.

Han llegado aquí últimamente de París dos caballeros que, como he sabido, te conocieron allí particularmente; uno es el conde de Sinsendorf, y el otro M. Clairaut el académico. El primero es bastante guapo, muy civil, con una alma adornada de conocimientos útiles; estas dos cualidades son muy compatibles. Creyéndolo juez competente, lo examiné tocante á ti, y me dijo que hablabas alemán como un alemán; que sabías el derecho público del imperio perfectamente bien: que tenías un gusto seguro y conocimientos muy extensos. Le contesté que ya sabía yo todo eso, pero que deseaba saber si tenías el aire, las maneras, las gracias, y en fin, el talento de un caballero. Su respuesta fué; *si en verdad, parece bien*. Este testimonio, como ves, es frío en comparación á lo que deseo y que tú debes desear. Tu amigo M. Clairaut agregó; *Mais je vous assure qu'il est fort poli*. Yo le respondí; *Je le crois bien, vis-à-vis des Lapons, vos amis; je vous récuse pour juge, jusqu'à ce que vous ayez été delaponné, au moins dix ans, parmi les honnêtes gens*. Estos testimonios en tu favor son tales, que quizá los creerás suficientes, pero á mí no me contentan, porque sólo son frias deposiciones de testigos desinteresados, arrancadas por preguntas forzosas. Cuando se forma el proceso de alguno y el criminal produce testigos en su favor, que sólo declaran que jamás han oído ni saben nada en su contra, lo único que puede deducirse de su testimonio es, que el acusado tiene un carácter neutro, pero poco respetable aunque inocente. Las prendas que yo te deseo y que tú debes tratar de adquirir son los adornos, las gracias, las atenciones etc., y que ellas sean la parte distintiva de tu carácter, de modo que todo el que te conozca las señale sin que se le pregunte su parecer. Deseo que se diga de tí: *ah! qué amable es!; qué maneras, qué arte de agradar!* La naturaleza, londo sen el cielo, te ha concedido amplias facultades, y si no te ha dado aún, espero en Dios que te dará, el deseo de ejercitarlas.

T. H.

7

Ha leído últimamente con gran placer los dos opúsculos ó *Historia de las Cruzadas* y del *Espíritu Humano* de Voltaire, que te recomiendo leas, si es que aún no lo has hecho. Ambos se hallan en el mismo volumen, con una sátira despreciable bajo el título de *Micromegas*, que se atribuye al mismo Voltaire; pero yo no puedo creerlo, por ser muy indigna de su pluma (a); se compone únicamente de pensamientos robados de Swift, pero desfigurados y mutilados de la manera, más miserable. La historia de las Cruzadas expone con claridad y precisión, el proyecto más vergonzoso é inútil, jamás concebido por la bribonería ó ejecutado por la necedad y la insensatez contra la humanidad. Hay una extraña relación, aunque común, entre los locos honrados y los bribones machuchos; y en dondequiera que se halle una masa considerable de los primeros, puede tenerse por seguro que serán dirigidos secretamente por los segundos. Los papas, que en general han sido los hombres más hábiles y más sagaces, estando ya en posesión de la autoridad y de los tesoros de Europa, deseaban adquirir todo el poder y las riquezas del Levante. El tiempo y los espíritus favorecieron su designio, porque entonces reinaba la barbarie y la ignorancia. Pedro el ermitaño, hombre insensato, fué un instrumento muy útil al papado para unas empresas tan extravagantes é injustas. Desearía que tuviesemos buenas historias de todos los estados de Europa, y aun del mundo, escritas bajo el mismo plan que la del *Espíritu Humano* de Voltaire. Confieso que me siento indignado del desprecio que manifiestan la mayor parte de los historiadores por la humanidad en general. Se creería al leerlos, que toda la especie humana no consistía más que de ciento cincuenta individuos, condecorados injustamente con los títulos de emperadores, reyes, papas, generales y ministros.

M. Harle vino ayer á la ciudad y ha comido hoy conmigo. Hablamos de ti, y puedo asegurarte que aunque eclesiástico y sin pertenecer á las sociedades elegantes, creo que las cualidades resplandecientes te son tan necesarias como yo lo pienso. Dijo: *es todo lo que le falta, y considerando su situación y carrera, si no las ha adquirido, podría de la misma manera carecer de todo lo demás.*

(a) La escribió sin embargo Voltaire y se ve incorporada en sus obras completas. Tiene en efecto alguna semejanza con los viajes de Gulliver por Swift. Tr.

Hoy es día de ofrecer y de recibir recíprocamente los votos más obsequiosos y apasionados en la apariencia, sin que por una parte sean sinceros ni por la otra creídos. Salen de la cabeza por costumbre, aunque el corazón los desapruebe (a). Los mejores votos en esta ocasión son los más sencillos; espero que no dudarás de la verdad de los míos, y por el mismo voy á explicarme con la sencillez de un cuáquero: permita el cielo que este año sea verdaderamente nuevo para ti; ojalá puedas sacudir al hombre viejo para revestirte del nuevo; me refiero al hombre exterior y no al interior.

Recibo en este momento tu carta del 26 que contiene una excusa de tu silencio muy penosa para mí. Según los síntomas del mal de que me hablas, creo y espero que es el resultado de tu falta de cuidado. Tienes naturalmente tendencia á engordar, tu apetito es bueno, comes en las mejores mesas y esto debe aumentar la masa de tu sangre. En verdad, te verás muy molesto de estos accidentes, si cuando te halles pleno, irritado ó que sientas dolores de cabeza, no quieres tomar algún purgante ligero, que no te obligue á permanecer encorrido v. g.; masticar ruibarbo al acostarte, ó tomar sen por la mañana en lugar de té. Haces bien de vivir regularmente y de abstenerte de viandas suculentas; desearía, aunque no lo espero, que tomaras un vomitivo ligero. Esos vahidos, esos vértigos de cabeza proceden siempre de un estómago que necesita limpiarse; sin embargo, considerándolo bien, me alegro que los síntomas de tu antigua indisposición no hayan aparecido en ésta, que, estoy convencido, viene de tu negligencia. Á Dios (b).

(a) Des trois cent soixante et cinq jours  
Qui de l'an composent le cours,  
C'est le premier de tous où l'on ment davantage.  
Nul autre ne fait voir tant de duplicité.  
Combien dans ce jour si délé  
Voit-on, par un fatal usage,  
De faux baisers et de faux remits!  
Combien de l'amitié tiennent le faux langage,  
Qui voudraient voir péris ceux qu'ils flattent le plus!  
De la certaintement vient le double visage  
Que la fable donne à Janus.

(SALENTIN.)

Tr.

(b) El autor á M. Dairrolles:

... Tengo gran razón para creer que se conferirá pronto á vuestro amigueto el puesto de Venecia. Estoy convencido de que tanto el duque



LONDRES, 15 de Enero de 1733.

MI QUERIDO AMIGO.

Nunca considero mis horas mejor empleadas que cuando te las consagro. Mucho tiempo há que te dedico la mayor parte de ellas, y ahora las absorbes completamente. El momento es decisivo: la obra se expondrá pronto delante del público; los perfiles y el colorido general no bastan para atraer los ojos y asegurar el aplauso; es necesario que una mano hábil y delicada aplique los últimos toques del pincel. Los jueces verdaderos distinguirán y reconocerán el mérito de la obra, y los ignorantes, sin saber por qué, sentirán sus efectos. En vista de esto he reunido para tu uso esas máximas, ó por mejor decir observaciones, sobre hombres y cosas; porque no tengo en ellas ningún mérito de invención. Yo no invento sistemas: en vez de dar vuelo á mi imaginación, sólo he consultado mi memoria, y mis conclusiones son sacadas de hechos no de fantasmas. La mayor parte de los fabricantes de máximas prefieren la elegancia á la exactitud de un pensamiento, y la forma de la expresión á la verdad; yo me he abstenido de todo lo que no se haya justificado y confirmado por la experiencia. Considerálas seria y desinteresadamente y acude á ellas con frecuencia *pro re nata*, en casos semejantes. Los jóvenes son inclinados á creerse con suficiente capacidad, como los borrachos á juzgarse bastante sobrios, y consideran su vivacidad de espíritu como un guía mejor que la experiencia, que les parece fria. Sólo se engañan á medias, porque aunque la vivacidad sin experiencia sea peligrosa, la experiencia sin vivacidad es lánguida e inútil. La perfección consiste en la unión de ambas; y aunque es raro el hombre que las reúne, tú puedes conseguirlo, si quieres, porque toda mi experiencia se halla á tu disposición, y no exijo que me

de Newcastle como su hermano M. Pelham están sinceramente empeñados en procurárselo, y me inclino á creer que la indiferencia de su Majestad por que vaya á Venecia, es tan grande, que no querrá dejar de obligarme á *si peu de frais*. Si tal cosa se lograra, consideraría yo como hecha la fortuna del muchacho, porque es dar á los veinte años un paso muy grande en la escalera política. Con esto, su asiento en el parlamento y los medios de fortuna que yo le procuraré, suya será la culpa si no hace algún papé en el mundo, y no se atrae la consideración general.

Tr.

des en cambio una chispa de tu vivacidad. Sirvele de una y otra, procurando que se animen y gobiernen reciprocamente. Lo que yo quiero dar á entender aquí por viveza de espíritu, es aquel ardor y aquella confianza de la juventud que le impiden distinguir las dificultades ó los peligros de una empresa, y no lo que el vulgo necio entiende bajo tal nombre, y que consiste en recelar que se le muestra menos respeto del que merece, y en replicar con acritud á la menor ocasión. Yo llamo á esto vivacidad depravada y necia, que debería reservarse para pasto de puerocos. Tal no es la vivacidad de un caballero que ha frecuentado la buena compañía. Las gentes de educación baja y vulgar, cuando se hallan casualmente entre personas bien criadas, se imaginan que son el punto de mira de la atención de todo el mundo: si se habla quedo, están seguras de que es de ellas; si ven reír, que es á costa suya; y si alguno pronuncia una palabra de doble significado que pueda aplicárseles por una interpretación forzada, están convencidas de que se pensó en ellas; é inmediatamente se desazonan y encolerizan. Este error se ridiculiza muy bien en la comedia del *Estratagem*, cuando Scrub dice: «Estoy seguro de que hablan de mí porque se mueren de risa.» Un hombre bien criado rara vez piensa que se le desprecia, y nunca muestra síntomas de que se lo imagina; tampoco cree que no se tienen con él las consideraciones debidas, ó que se le ridiculiza en sociedad, á menos que todo esto no sea de lo más claro, en cuyo caso su honor le obliga á responder como debe; pero la gente fina no se amostaza jamás. Confieso que es muy difícil tener sobre sí bastante dominio para conducirse con moderación, sangre fria y urbanidad, con aquellos que nos tratan con desden ostensible, y que llevan la injuria hasta donde pueden sin consecuencias personales; pero yo sostengo que así debemos conducirnos: es necesario que abracés al hombre que odias cuando no puedas justificarte de molesto á pabos, porque de otro modo confiasas la injuria que no puedes vengar. Un cornudo prudente (y en Paris há muchos) oculta sus cuernos cuando no puede sacarte las tripas con ellos, y no querrá aumentar el tributo de su ofensor embistiéndole solamente sin remediar el mal. Una ignorancia simulada es á menudo una parte muy necesaria del conocimiento del mundo. Por ejemplo: es bueno aparentar muchas veces que se ignoran las cosas que las gentes se prestan á comunicarnos, y cuando preguntan ¿no ha oído Vd. tal cosa? responder *no*, dejando que continen sus discursos, aunque sepas de antemano lo que

quieran decirte. Algunos se complacen en comunicar las cosas porque se imaginan que tienen el talento de narrar bien; otros porque su vanidad se interesa en hacer ver que son sagaces en sus descubrimientos; y muchos también porque tienen gusto en hacer ver que se ha reposado, aunque erróneamente, confianza en ellos: todas estas gentes se verían contrariadas, y por consiguiente disgustadas, si les dijesees sí.

Aparenta siempre que ignoras, á menos que no hables con algún amigo íntimo, todas las cosas escandalosas y calumniosas, aunque las hubieres visto ó oído, porque las partes perjudicadas ven al encubridor con los mismos ojos que al ladrón. Cuando la conversación versare sobre esto, hazte el escéptico, aunque estés persuadido interiormente de la verdad de lo que se refiera, y procura siempre atenuar el mal. Pero esta ignorancia fingida no debe carecer de informes muy seguros sobre las cosas privadas, y este es en verdad el mejor medio de procurártelas, porque es tal la vanidad de la mayor parte de los hombres en manifestar su superioridad sobre otros, aunque no sea sino por un momento y en meras bagatelas, que descubrirán lo que debía tenerse secreto, antes que dar á entender que no se hallan en estado de informarte de lo que ignoras; además, esta aparente ignorancia te hará pasar por hombre poco curioso y por consiguiente sin malicia. Con todo, haz pesquisa de hechos, y trata de hallarte bien informado de todo lo que pasa; pero pesca juiciosamente y no á toda hora ni á menudo, ni tampoco con preguntas directas porque esto despierta la vigilancia de las gentes y las fatiga infaliblemente. De tiempo en tiempo convén en las cosas que deseas saber, y de ello resultará que alguno te informe ociosamente de la verdad: algunas veces di que has oído esto y aquello, y otras da á entender que tus informes van mucho más lejos con el fin de saber á lo menos lo que necesitas; pero evita cuanto puedas las preguntas directas. Todos estos artificios necesarios en el mundo, requieren presencia de alma, frialdad y constante atención. Aquiles, aunque invulnerable, nunca iba á la pelea sino completamente armado. Las cortes serán tus campos de batalla, y debes asistir á ellas armado de pies á cabeza, y aun con un resguardo adicional en el talón (a). El menor descuido, la menor distracción, puede serte fatal. Desearia ardientemente que fueses

(a) Aquiles sólo era vulnerable en un talón.

lo que los pedantes llaman *omnis homo*, y Pope *hombre cabal*, para lo cual tienes todos los elementos; agrega tu voluntad y lo conseguirás. El vulgo suele servirse de este refrán grosero: *Echar á perder un puerco por economizar un cuarto de brea*, y tú no debes dar lugar á que este dicho pueda aplicársete; haz pues provisión de brea; fácilmente puedes lograrlo en comparación de cuanto ya has adquirido.

Acabo de recibir un paquete para Lady Hervey, lacrado con tus armas, pero el sobrescrito no es de tu puño. ¿Ninguna carta tuya? ¿Estaris acaso malo? (a).

#### Máximas de Lord Chesterfield.

Un secreto conveniente es el único misterio de los hombres capaces; el misterio sólo es el secreto de los débiles y de los arteros (b).

(a) Abril 6. El autor á M. DuRoielles:

... Aunque ya ha transpirado, y es generalmente creída, la colocación de nuestro amigo, sin embargo, el negocio no ha llegado todavía á un punto que me inspire entera confianza, bien que lo crea yo muy probable. Te he escrito á París que venga aquí y lo espero la semana entrante. He creído que debe hacerse presente en esta corte y asistir á tres ó cuatro *leves*, los miércoles y los viernes, ahora que la decisión del negocio se halla tan cerca.

(b)

Modo y regla has de guardar

En encubrir tu secreto,

Pues fuera mucho agraviar

El no quererlo compartir.

Á tu amigo si es discreto.

No pienses que te aconsejo

Que lo guardes de tu hermano

Ni tu conocido viejo

Que los tienes cual espejo

En que ver tu obrar insano.

Que si yo te aconsejara

Que lo guardases de tales,

Claro está que no acertara:

Antes de esto se sacara

Poco amor y muchos males.

Que si el hermano es varón

Afectuoso, leal y fiel,

El hombre que no dice nada ó el que lo dice todo, no será jamás el confidente de nadie.

Si un necio sabe un secreto, lo descubre porque es necio; el bribón lo revela porque así conviene á su interés; pero las mujeres y los jóvenes descubren lo que saben sólo por la vanidad de mostrar que se ha reposado en ellos confianza. No descubras nunca tu secreto á personas de esta clase.

No fijar la atención en las ocupaciones del momento, hacer una cosa y pensar en otra, ó bien tratar de hacer dos á la vez, son pruebas infalibles de una alma frívola y pequeña.

Aquel que no puede dominar su genio, su atención ó su semblante, nunca será propio para negocios de ninguna especie.

El más débil puede aprovecharse de las pasiones del más sensato.

El distraído no puede conocer los negocios y por consecuencia no los manejará con acierto.

El que no tiene imperio sobre su semblante, descubre sus pensamientos como si los comunicase.

Desconfía de todos aquellos que sin ninguna razón plausible te aman mucho á poco de haberle conocido.

Vive también alerta contra aquellos que confiesan su fragilidad respecto de todas las virtudes cardinales.

Con amigos y enemigos no dejes que tus confianzas y tus hostilidades pasen ciertos límites; no hagas á los primeros peligrosos, ni irreconciliables á los segundos. ¡Son tantas y tan extrañas las vicisitudes del mundo!

Procura que tu tránsito al juicio de cada uno sea por en medio de su corazón. La verdad de la razón es muy buena, pero larga por lo común y quizá no tan segura.

La palabra ingenio (*esprit*) es muy de moda: obrar con ingenio, hablar con ingenio significa corrientemente obrar con temeridad ó hablar indiscretamente. El hombre capaz muestra su ingenio con palabras corteses y con acciones resueltas; no es ardiente ni tímido.

Cuando un hombre de juicio se halla en aquella situación desagradable viéndose obligado á preguntarse á sí mismo, ¿qué hare?

Hárase gran sin razón  
Si guardas tu corazón  
Y tus pensamientos de él.

(CASTILLA). Tr.

dabe responderse Nada. Cuando su razón no le señalare algún medio menos malo, se detendrá y esperará la luz. Un espíritu pequeño se precipita á todo riesgo en lo primero que piensa, y semejante á un caballo desbocado no teme ningún peligro porque no lo ve. *Il faut savoir s'enlever.*

La paciencia es una cualidad de lo más necesaria en un ministro: muchos hombres querrán más bien que prestes oído á su pretensión, que el que les concedas lo que solicitan. Debe pues aparentarse que se oyen con calma los pedidos insensatos del petulante, y sin fastidio los enfadosos detalles del imbécil. Este es el precio más barato á que puede comprarse un alto empleo.

Es siempre provechoso descubrir un fraude y distinguir una fragilidad; pero por lo común es muy peligroso poner uno ú otro de manifiesto. Un hombre de negocios debe tener siempre los ojos abiertos, pero á menudo debe parecer como si los tuviese cerrados.

En las cortes debes conceder á todo el mundo un grado igual de contemplación y de afabilidad. Los anillos que forman la gran cadena de la corte son innumerables é imperceptibles. Es necesario que escuches con paciencia las melancólicas quejas de un gutilhombre ó de un paje, porque probablemente el uno ó el otro cuenta con el favor de algún pariente de la camarera predilecta, de la dama favorita, de la querida del ministro en privanza, ó quizá del rey mismo, y consiguientemente puede hacerle en secreto é indirectamente mayor mal ó bien que cualquiera otro hombre de calidad.

Un buen protector puede serle suficiente en la corte con tal que no tengas enemigos personales, y para no tenerlos debes sacrificar, como los indios al diablo, muchas de tus pasiones y mucho de tu tiempo, á los innumerables seres dañinos que infestan aquel lugar, y de este modo lograrás prevenir y desviar los perjuicios que podrían hacerle.

Un joven, sea cual fuere su mérito, no puede elevarse por sí solo; es menester que, como la vedra en un encino, se enrosque en un hombre de crédito y poder. Tú debes pertenecer á un ministro por algún tiempo antes que alguno le pertenezca; y una inviolable fidelidad á aquel ministro, aun en su desgracia, le servirá de mérito y te recomendará con el subsiguiente. Los ministros pierferen el amor personal mucho más que el afecto de partido.

Como los reyes son engendrados y nacidos de la misma manera que los otros hombres, debe presumirse que son de la especie

humana; y si tuviesen una educación ordinaria, se asemejarían al resto de los hombres; pero lisonjados desde su cuna, su corazón se corrompe, su cabeza se extravía y parecen pertenecer á una especie distinta. Ningún rey se ha dicho á sí mismo: *Homo sum nihil humani á me alienum puto*. No hay lisonja extremada para ellos; embriagados desde su infancia con este licor, pueden, como los horrachos viejos, beber copas enteras sin sentirlo (a). Prefieren un afecto personal al servicio público y lo recompensan mejor; son bastante vanos y débiles para considerar los miramientos que se les atestiguan como ofrenda voluntaria á su mérito y no como sacrificio á su poder.

Si quieres ser el favorito de tu rey dirígete á sus debilidades, porque si te encaminas á su razón rara vez lo conseguirás.

En las cortes la yergueta mal entendida y la timidez, son tan perjudiciales como la impudencia y la temeridad. Una confianza firme y una fría intrepidez con un exterior modesto, forman el medio necesario y verdadero.

Jamás te adhieras á objetos que te parezcan difíciles de conseguir. Solicitando cosas indiscretas, acostumbrarías á los ministros á refusarte lo que pides, y de este modo les sería fácil negarte después las cosas más justas y racionales. Es una regla general en las cortes, pero también un error, pedir todo lo que se presenta para obtener á lo menos alguna cosa. Certo es que puede ganarse algo, pero este algo es una repulsa ridícula.

Hay en las cortes una jergueta, un parloteo fútil sobre boberías y simplezas que encierra muchas palabras y poco ó ningún significado. Esta charla suple la falta de discursos de los que no saben qué decir, ó de los que no quieren decir lo que saben. Es el lenguaje propio de los besamanos y de las antecámaras y es necesario saberlo.

Todo hombre que vive en la corte debe ser civil y bien criado; y esta capa cubre muchas locuras, del mismo modo que la caridad echa un velo sobre las debilidades. Yo he conocido un hombre de primera clase, en lugar eminente en la corte, cuyo único mérito era ser humildemente orgulloso, y agradablemente necio.

(a) Amusez les rois par des songes,  
Flatterez-les, payez-les d'agréables mensonges,  
Quelque indignation dont leur cœur soit rempli  
Ils gouvernent l'appât, vous serez leur ami.

(LA FONTAINE; Tr.

Difícil es decir si es más loco el que dice siempre la verdad ó el que no la dice nunca. El crédito es tan necesario en los negocios de estado como en los mercantiles. No se puede engañar largo tiempo en los unos ni en los otros.

Las gentes se abrazan en la corte sin conocimiento, se sirven sin amistad y se injurian sin odio. El interés y no el sentimiento es el fruto de aquel terreno.

Un aspecto agradable es muy útil en la corte, los necios lo toman por buen natural y los artificiosos por sinceridad.

Á veces conviene decir la mitad de nuestro secreto para ocultar el resto; pero son muy raras aquellas en que nos tiene cuenta revelar lo completamente. Es necesario muchísimo discernimiento para conocer el punto en que debemos detenernos.

Las ceremonias son necesarias en la corte, porque, á manera de obras avanzadas, defienden las costumbres.

La lisonja, bien que sea como el dinero falso, es la moneda indispensable en la corte, porque la costumbre y el consentimiento unánime le ha dado tal circulación, que ha llegado á considerarse como pago legal.

Si un ministro te niega un pedido racional, si te desprecia ó insulta, disimula, oculta tu resentimiento, si no tienes bastante crédito para vengarte. Un buen humor aparente de tu parte, puede prevenir su enemistad y restablecer las cosas á su primer estado; pero si tienes bastante fuerza para herir, dale á entender modestamente que también podrías tener la voluntad de hacerlo. El temor cuando es real y bien fundado, es quizá en las cortes un medio más seguro que el amor. Son muchos más los que pueden perjudicarte en la corte que los que pueden servirte; desarma á los primeros y gana á los segundos.

La torpeza ó poca habilidad es más perjudicial de lo que generalmente se cree, porque á menudo trae consigo el ridículo y siempre disminuye la consideración.

La urbanidad es un escudo contra las malas maneras de los otros; porque hay en ella cierta dignidad que infunde respeto aun á los más petulantes. La mala crianza invita y autoriza la familiaridad de los más tímidos. Nadie dijo nunca una cosa impertinente al duque de Marlborough; ni civil, aunque sí muchas lisonjeras, á Sir R. Walpole.

Cuando se prohibió la circulación de la moneda escatimada, en tiempo del rey Guillermo, para acuñar otra nueva, se trató de impedir en lo sucesivo esta bribonería, á cuyo efecto se imprimie-

ron en el círculo de las piezas llamadas coronas estas palabras: *Et decus et tutamen*. Esto mismo se puede aplicar muy bien á la urbanidad.

La ciencia puede dar peso, pero sólo las cualidades exteriores dan lustre: son muchas más las personas que ven que las que pesan.

La mayor parte de las artes requieren un largo estudio y mucha aplicación; pero la más útil de todas, la de agradar, sólo exige el deseo de conseguirlo.

Debe presumirse que un hombre de común sentido que no aliente el deseo de agradar, no desea nada, pues que forzosamente debe conocer que sin aquel deseo no conseguirá ningún intento.

Un negociador hábil sabe distinguir los secretos grandes de los pequeños, y será tan callado y pertinaz en los primeros, como franco y abierto en los últimos. Tratará de convertir á sus adversarios públicos en amigos personales mostrándoles buena cara y el mayor comedimiento. Lisonjeará y seducirá al hombre al mismo tiempo que contramarinará al ministro. Jamás se enajenará las voluntades lidiando por puntos inasequibles ó de poca importancia. Sabrá labrarse un mérito cediendo lo que no puede ó no quiere conseguir, y venderá una bagatela en mil veces más de lo que vale.

Un ministro extranjero encargado de grandes negocios, debe necesariamente pagar espías; pero no creer fácilmente sus informes, porque jamás son exactamente verdaderos y muchas veces son muy falsos. Sus mejores espías serán aquellos que no le cuesten nada, y que él haya atraído con destreza á su servicio sin que ellos pisen en lo más remoto que hacen el papel de espiones.

Hay cierta perigouza, que yo llamaria en francés *persivillage d'affaires*, que un ministro extranjera debe conocer y de que puede servirse con mucha ventaja en los grandes convites, en las sociedades mixtas y en todas las ocasiones en que es necesario que hable y no diga nada; frases bien torneadas que parecen encerrar mucho y que en realidad no significan nada. Por medio de esta especie de broma política se previenen ó apartan mil dificultades á que se halla expuesto un ministro extranjero en las conversaciones ordinarias. *Folto sciolto e pensieri stretti* es cosa muy útil en los negocios. Un hombre grave, tenebroso y reservado tiene *fenim in cornu* (a); un aire libre y abierto invita á la confianza, y no infunde sospechas.

(a) En tiempo de los romanos los boyeros ataban en los cuernos de

El disfraz y el disimulo son absolutamente necesarios en un ministro extranjero, y sin embargo, debe detenerse en el punto que uno y otro tocan la perfidia y la falsedad. Difícil es distinguir esta línea divisoria: á veces debe uno parecer contento cuando está agitado y serio cuando está contento.

Un ministro extranjero debe ser exacto economista y proporcionar sus gastos á su sueldo y facultades, porque las deudas le harían caer en desgracia en la corte en que reside, y en la más servil y abyecta dependencia de la corte que lo envía.

El duque de Sully observa con mucha razón en sus memorias, que nada contribuyó más á su elevación, que la prudente economía que habia observado desde su juventud, por medio de la cual ahorró una suma considerable para subvenir á sus necesidades en los casos necesarios.

Es muy difícil fijar un punto cierto á la economía: entre ambos errores más vale caer en la parsimonia, porque este defecto puede corregirse, pero el vicio opuesto jamas.

La reputación de hombre generoso puede comprarse á poco precio, porque depende menos del gasto ordinario que de saber dar oportunamente. Por ejemplo: quien diese á un criado tres pesetas pasaría por avaro, á la vez que el que le diese un duro entero sería considerado como generoso; así que, la diferencia entre estos caracteres opuestos versa sobre una peseta. La reputación de un hombre bajo este respecto, depende principalmente de los dichos de sus criados; una bagatela sobre su salario les arrancará informes favorables.

Ten siempre cuidado de vivir dentro de los límites de tu fortuna, pero dejando siempre un fondo de reserva para las contingencias inesperadas y para la prudente liberalidad.

Es muy raro no encontrar en todo el año una ocasión para emplear ventajosamente una pequeña suma (a).

los toros bravos unos manojillos de leno para que la gente estuviese prevenida; y de aquí se formó el proverbio *fenim habet la coram*, que se aplica á las personas siempre prontas á hacer daño.

Tr.

(a) Al pie de estas máximas originales se hallan escritas del propio puño de M. Stanhope las siguientes palabras: *Excellentes máximas, pero calculadas más bien para los meridianos de Francia y de España que para el de Inglaterra.*

LONDRES, 27 de Mayo de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Me he visto hoy fatigado, acosado y aun atormentado por un hombre de gran mérito, de mucho buen sentido y de profundo saber; uno de mis parientes más cercanos que comió y pasó la tarde conmigo. Esto parece un paradoja, pero es la pura verdad; no tiene ningún conocimiento del mundo, ni maneras, ni urbanidad; lejos de hablar sin estudios, como se dice de las gentes que discurren prontamente, está habla lo mismo con estudios, cosa que en la conversación general es diez veces peor. Este sujeto ha formado en su gabinete, siempre con arreglo á sus libros, ciertos sistemas en todas materias, sobre los cuales arguye con terquedad, y se pasma y encoleriza cuando los otros difieren de opinión. Sus teorías son buenas, pero desgraciadamente todas impracticables. ¿ Por qué? únicamente porque ha leído y no conversado. Conoce los libros, pero es extranjero en medio de los hombres. Afanado con su materia, da á luz con las mayores congojas; titubea, se detiene en la pronunciación y al cabo siempre se expresa sin elegancia; no tiene la menor gracia en sus acciones; así que con todo su mérito y todo su saber, más bien querría yo conversar seis horas con la mujer más colorera y frívola que tuviese algún conocimiento del mundo, que con él (a). Las absurdas ideas de un hombre sistemático que no conoce el mundo, causan la paciencia de todo el que lo conoce. Seria cuento de nunca acabar si uno se pusiese á corregir sus errores; y aun no lo veria de buen ojo, porque todo lo ha considerado con reflexión y está seguro de que marcha por el camino recto (b). La

(a) Hombre hay que aunque trabaje infatigable,  
Viene á morir mendigo y miserable;  
Y hombre hay que con un poco de trabajo  
Á la opulencia llega por atajo;  
Así hay hombre que estudia muchos años  
Y no puede salir de sus engaños;  
Y hombre hay que en pocos años de lectura,  
Alcanza una instrucción vasta y madura.

(LEÓN DE ARROYAL.)

Tr.

(b) Yo sostengo y aun sulgo por garante  
De que si llega á errar el hombre instruido,  
Es mas necio su yerro y su desuido.  
Que el yerro de cualquier tanto ignorante.

(LOBOS.)

Tr.

impropiedad es una de las señales infalibles en esta especie de gentes, que sin tomar en consideración, porque no los conocen, las maneras y los usos, los violan á cada momento, y ofenden á menudo, aunque sin intención. Jamás atienden al carácter general, ni á la posición particular de las personas que se hallan delante, ó á quienes hablan; á la vez que el conocimiento del mundo enseña que las mismas cosas que convienen en una compañía, en ciertos tiempos y lugares, son muy absurdas en otros. En una palabra, el que conoce por experiencia y ha observado los caracteres, los usos y las maneras de los hombres, es tan superior á un sabio que sólo conoce los libros y que forma sistemas por lo que ha leído, como un caballo de buena rienda lo es á un asno. Por consiguiente, tú debes frecuentar y estudiar las sociedades de hombres y mujeres, no sólo en su exterior, que está preparado y en estado de defensa, sino en su carácter interior y doméstico que por consecuencia se halla menos disfrazado. Fórmate idea de las cosas tales como apezcaan á tus ojos y á tu experiencia, y no como has leído que son ó deben ser; porque jamás son totalmente lo que deberían ser. Á tal intento, no te contentes con los conocimientos generales y comunes, sino que por dondequiera que pudieres, forma relaciones domésticas en las mejores casas. Por ejemplo: ve otra vez á Orlé por dos ó tres días, y repite esta visita diferentes ocasiones: ve también á Versailles, extiende los conocimientos que allí has adquirido y procura que te sean ventajosos. Vive en Saint-Cloud como si fuese el lugar de tu residencia; y cuando alguna persona de calidad te invitare á pasar algunos días en su casa de campo, acepta la invitación; esto te dará necesariamente la flexibilidad de alma, y la facilidad de adoptar diversos usos y costumbres, porque todo el mundo desea agradar á las personas con quienes vive, y para agradar es necesario conformarse con los usos de ellas.

Nada obliga más que el conformarse fácil y placenteramente con las costumbres, los hábitos y aun las debilidades particulares de los demás. Sirviéndome de un dicho vulgar, nada hay que caiga mal á un joven, el cual debia ser con fines abonables, lo que Alcibiades con malos designios: un proteo que toma facilmente toda especie de formas y se acomoda á ellas sin ninguna mortificación. El frio, el calor, la abstinencia, la gravedad, la ceremonia, la comodidad, el saber, la bagatela, los negocios y los placeres son accidentales á que debe doblegarse, y que debe dejar ó cambiar ocasionalmente con tanto desembarazo como si se pu-

siese ó quitase el sombrero (a). Todo esto se adquiere únicamente con el uso y conocimiento del mundo, frecuentando la sociedad, analizando los caracteres ó insinuándose en la familiaridad de mil conocimientos diversos. Una ambición laudable y generosa de figurar en el mundo, inspira necesariamente el deseo de agradar, y este deseo indica, hasta cierto punto, los medios de conseguirlo. El arte de agradar no es en efecto más que el arte de ensalzarse y distinguirse; pero sin las gracias, como te tengo dicho mil ocasiones, *egui fatica e vana*. Apenas tienes diez y nueve años, edad en que la mayor parte de tus compatriotas se embriagan en la universidad con vino de Oporto. Tú les sacas la ventaja por lo que hace al saber; y si les tomas igualmente la delantera en el conocimiento y maneras del mundo, estás seguro de eclipsarlos en la corte y en el parlamento, porque generalmente ellos no comienzan á ver el mundo sino á los veinte y un años, á cuya edad habrás visto tú la Europa. Se ponen en camino sin estar limados, y en sus viajes se liman entre sí, porque rara vez pogen el pie en las sociedades extranjeras; solo conocen al mundo inglés, y esto por sus peores lados; por lo regular no saben más lengua que la suya; vuelven á la casa paterna pulidos y refinados (dice Congreve en una de sus comedias), como los marineros holandeses que regresan de la pesca de la ballena (b).

El cuidado que se ha tenido contigo, y, para hacerte justicia, el que tú has tenido de tí mismo, te ha traído á los diez y nueve años al punto de no faltarte otra cosa que adquirir, si no el conocimiento del mundo, las maneras y las prendas exteriores. Pero estas son adquisiciones esenciales en opinión de aquellos que tie-

(a) « Quiconque aime à se répandre, et fréquente plusieurs sociétés, doit être plus flexible qu'Alcibiade, changer de principes comme les assemblees, modifier son esprit, pour ainsi dire, à chaque pas, et mesurer les maximes à la lois. Il faut que cette flexibilité aille jusqu'à quitter son âme en entrant, s'il en a une; qu'il en prenne une autre aux couleurs de la maison, comme un laquais prend un habit de livree; qu'il la pose de même en sortant, et reprenne, s'il veut, la sienne jusqu'à nouvel échange, etc. »

(J. J. ROUSSEAU.)

(b) « Vous venez-vous, sir Tom? — J'arrive de Calais.

— Vous avez parcouru l'Italie et la France?

— Oui. — Quel peuple à vos yeux obtient la préférence?

— Je ne sais. Je n'ai vu partout que des Anglais.

— Vous avez vu du moins Voltaire et l'Arioste?

Non. — Qu'avez-vous donc fait? — Mais, j'ai couru la poste.

(S.....)

nen bastante buen sentido para conocer lo que valen; y si las consigues antes de cumplir veinte años y te presentas en el teatro brillante del mundo, te darán tal ventaja sobre tus contemporáneos que ninguno podrá alcanzarte, sino que se verán realmente *apartados*. Es probable que logre yo colocarte cerca del príncipe heredero, que verisimilmente será un rey joven, y á su lado los mil medios de agradar, la flexibilidad, el *brillo* y las gracias, balancearán y aun eclipsarán todo tu saber sólido y todo tu mérito sin ornato. Unta pues arrobos de aceite sobre tus miembros; muéstrate ágil é insigne en esta carrera, si quieres llegar temprano y antes que nadie á tocar el límite. Trabaja sin descanso, querido mío, en esta grande obra; atiende á los puntos más pequeños, á las gracias más imperceptibles que contribuyen á formar el carácter vistoso de un perfecto caballero, de un gentilhomme y de un cortesano estimado de todo el mundo. Atiende á los perfiles relumbrantes de los sujetos de moda que fueren más amados y estimados, é imita aquella cualidad particular en que se distinguen y por la que son alabados; renne entonces todas estas partes y apropiatelas formando de tí mismo un mosaico. Nadie posee todas las perfecciones, pero cada uno tiene alguna cosa que merece ser imitada. Lo que importa es que elijas bien los modelos, y para esto llévate más bien de tus oídos que de tus ojos. El mejor modelo es siempre el que todo el mundo tiene por tal, aunque estrictamente considerado no merezca aquel título. Es necesario que tomemos la mayor parte de las cosas como son en sí, porque no podemos hacerlas según nuestros deseos, ni muchas veces como deberían ser; y en puntos en que no se interesan los deberes morales, es más prudente seguir á los otros que intentar conducirlos. Á Dios (a).

(a) Mayo 25. El autor á M. Darrolles:

..... Cuando el ministro napolitano que se halla actualmente en París, llegue aquí, Sir James Gray será nombrado enviado del rey en Nápoles, y entonces espero y creo que vuestro amigo será igualmente nombrado para suceder á Sir James en Venecia, cuyo punto es el mejor del mundo para que él comience. La variedad de proyectos de todas naciones que allí verá, espero que le dará más deseo de agradar, que es lo que necesita y lo que yo procuro inculcar. Es un muchacho muy descuidado y negligente para su edad, y no posee aún *l'art de se faire valoir*, que es uno de los más necesarios.....

En otra carta de 22 de Junio decía el autor al mismo sujeto:

..... El negocio de Venecia, que yo considero como casi seguro, espera la llegada del marqués de Albertini que aun se halla en París. Su Majestad

BATH, 3 de Octubre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Tienes en vista tres cortes electorales, Bonn, Munich y Manheim. Te aconsejo que visites de paso dos de ellas, y que fijes por algún tiempo tu tabernáculo en la tercera, sea la que fuere. Por ejemplo: si eliges Manheim, como lo imagino, no permanezcas más que diez ó doce días en Bonn y otros tantos en Munich; de allí irás á fijarte á Manheim y así viceversa. Si prefieres alguna de las otras, elige una para residencia y visita únicamente las dos que excluyas. Cierto es que no puede uno complacerse, ni complacer á los demás, en donde sólo vive ocho ó diez días como ave de tránsito, porque por ambas partes se cree que no vale la pena de adquirir conocimientos, y mucho menos de formar relaciones por tan cortos días; pero tratándose de varios meses queda á un hombre el tiempo suficiente para familiarizarse bastante bien y pronto se le considera como si no fuese extranjero. Esta es la utilidad real de los viajes, porque al formar relaciones penetras la vida interior y puedes sorprendría en paños menores, medio único de conocer las costumbres, las maneras y todas aquellas infinitas particularidades que distinguen á un lugar de otro; pero esta manera de vivir familiarmente en las mejores casas, no es efecto de algunas visitas frías de media hora y de pura forma: no es necesario que atestigües solicitud, deseo é impaciencia de formar conexiones; que te prestes á ello mostrando afabilidad y deseo de agradar; que no andes corto en alabanzas de todo lo que merezca tu aprobación, y también que aprendas á alabar lo que no la merezca si yes que es del gusto del lugar. Bien si que no eres inclinado á alabar, pero es porque no sabes todavía hasta

insiste en que hasta que aquel ministro desembarque en Inglaterra, no debe él nombrar el suyo para Nápoles; y Su Majestad Napolitana piensa que ha ido ya muy lejos enviando su representante hasta Paris, antes que ninguno haya sido nombrado de nuestra parte. Entre nos, creo que tiene razón y que aquí se obra erróneamente, porque la desigualdad no es mucha entre estas coronadas; algunas tienen, es verdad, el derecho de precedencia; pero ninguna tiene, ni aun el Emperador, que en vano la pretenda, una preeminencia sobre las otras. Pero supongo que esto se enmendará de una ó otra manera. Lo deseo con impaciencia porque ya no veo las horas de que el muchacho entre en el manejo de los negocios y establezca una tienda en espera de un gran almacén.

qué punto se mira lisonjeado el amor propio al ver aprobadas nuestras propias opiniones, nuestras preocupaciones y nuestras debilidades, aun en bagatelas; siendo por el contrario mortificado cuando pensamos que nuestras opiniones y aun nuestros gustos, nuestros usos y nuestros hábitos son acusados y condenados. La aprobación produce un efecto enteramente contrario y de ello voy á exponerte un ejemplo muy notable.

El famoso conde de Shaftesbury, siendo canceller en el reinado corrompido de Carlos II, ambicionaba ser favorito, y también ministro del rey; y para agradar á S. M. cuya pasión dominante eran las mujeres, sostenía una querida de que no tenía ninguna necesidad ni le servía de nada. El rey olió la cosa y le preguntó si era positivo. El conde convino en ello agregando que aunque mantenía esta mujer, no le faltaban otras, porque le gustaba la variedad. Algunos días después el rey, en un besamano público, vió al conde á cierta distancia y dijo á los que le rodeaban. « No se creería que aquel débil hombrecillo es el mayor licenciado de Inglaterra; pero nada es más cierto. » Cuando entró el conde todo el mundo se puso á reir y el rey dijo: « se trataba de vos Milord; » De mí, Señor! respondió el canceller con alguna sorpresa. Si, respondió el rey, porque acabo de decir que sois el mayor licenciado de Inglaterra; ¿ no es cierto? » Para un súbdito, Señor, respondió el Lord, puede ser cierto. « Lo mismo sucede en todas las cosas: pensamos que una diferencia de opinión, de conducta, de maneras es á lo menos una censura tácita, y por este motivo debemos adquirir la costumbre de conformarnos fácilmente con todo lo que no es criminal ni deshonesto. Se supone que todo el que se separa de esta costumbre general, se cree y declara más sabio que el resto del mundo, y esto no se soporta, sobre todo en un joven, porque á éste todo se le perdona, y aun se le aplaude si lleva la moda hasta el exceso, pero nunca si quiebra lanzas contra ella. Á Dios (a).

(a) Agosto 16. El autor á M. Dairólles;

..... Os quedareis sorprendido al saber, como lo quedé yo cuando se me dijo, que el negocio de Venecia no tendrá verificativo por la terminante negativa de Su Majestad, á pesar de que el Duque de Newcastle, y Lady Yarmouth, hicieron, como sinceramente lo creo, todo lo que podían hacer, para lograrlo. No existía competidor, la comisión era de poca importancia y ninguno de los interesados dudaba del buen suceso, cuando, hace diez ó doce días, Su Majestad, instado por el Duque de Newcastle para una determinación definitiva, se negó absolutamente. La



BATH, 19 de Octubre de 1733.

MI QUERIDO AMIGO.

Entre los mil ingredientes que componen el arte de agradar, no hay ninguno más atractivo y seductor que aquella flexibilidad y aquella dulzura de fisonomía y de maneras que, sabes bien, son irresistibles, aunque seas, Dios sabe por qué, enemigo jurado de ellas. Las gentes se toman el mayor trabajo para ocultar ó disfrazar sus imperfecciones naturales. Algunos procuran encubrir los defectos de su talla dando á su vestido cierta forma, ó valiéndose de otros artificios. Las pobres mujeres cuyo cutis es naturalmente feo, ven el modo de hacerlo hermoso; hombres y mujeres á quienes la naturaleza ha visto con ojos de madrastra imponiéndoles un semblante desagradable y feroz, hacen á lo menos cuanto está en su arbitrio, aunque por lo regular inútilmente, para sercenoarlo y mitigarlo; afectan un aire dulce y risueño, aunque las más veces hacen, como el diablo de Milton, *gestos horribles sonriendo monstruosamente*, (*they grin horribly a ghastly smile*). Mas tú eres la única criatura que haya yo conocido en toda mi vida que no solamente desdena, sino que absolutamente desecha y desfigura aquel precioso don que la benigna naturaleza te ha concedido. Bien adivi-

única razón en que fundo su excusa fué la del nacimiento del muchacho, cuya razón, según se había dicho antes á Su Majestad, no tuvo ningún peso á sus ojos cuando se trató de Charles Churchill, hijo ilegítimo del general Churchill, y que fué sin embargo enviado como ministro á una de las primeras cortes de Europa, y tuvo el honor de ser colocado cerca de Su Majestad como camarero suyo. Confieso que, considerando mi conducta desde que me retiré de la corte, las dificultades que podía yo haber suscitado, en vez de la facilidad de que he dado pruebas, y considerando la declaración que hice de que como éste era el primero, también sería el último favor que pediría, no esperaba yo se me negare semejante bagatela. Pero ya no hay que pensar en ello, y tengo bastante filosofía para evitar un sentimiento inútil por lo que no puede remediarse. Estoy en expectativa de otra cosa, y con tal fin introduciré á vuestro amigo en el próximo Parlamento, y la casa parlamentaria, más extensa si es posible, que la de la caridad, cubrirá aquella falta involuntaria. Entretanto, pienso hacerlo viajar para que no esté ocioso ni vagne por la ciudad de Londres el próximo invierno. Dentro de tres semanas irá en primer lugar á Holanda por un mes ó más, y de allí á las tres cortes electorales de Bonn, Mannheim y Munich, en las que nunca hay ingleses, porque este es mi grande objeto. Mucho tiempo ha conversado ya con ellos en Francia en donde hormiguean actualmente. Tr.

nas que hablo de la *cara*, porque te ha tocado una muy agradable; pero tú te defiendes, pides perdón y sentirías mucho aceptarla; tomándote por el contrario el mayor trabajo para adoptar la más sinistra, la más desapacible y la más desagradable que se pueda imaginar. Imposible parece esto, pero bien sabes que hablo verdad. Si te imaginas que tal aire es varonil, profundo é importante, como se lo figuran varios de tus compatriotas, te engañas muy mucho, porque lo único que consigues es tomar las trazas de un coracero alemán, en cuyo ejercicio entra el aparecer formidable y herizado. Dirás quizá: ¿qué, he de andar estudiando siempre mi semblante para darle esa dulzura? Respondo, No; hazlo únicamente durante quince días y después no tendrás que pensar más en ello. Con sólo que te tomes, para recobrar aquel semblante que la naturaleza te ha dado, la mitad del trabajo que por fuerza te ha de haber costado desfigurarle, será asunto concluido. Acostumbra tus ojos á cierta dulzura de que sea muy capaces, y tu rostro á aquella sonrisa que le conviene mejor que á ninguna otra figura de cuantas he visto. Da también á tus movimientos cierta flexibilidad que haga desaparecer la tesura que ahora tienen. Querría yo que adquirieses hasta cierto punto el *aire de contento* (bien sabes lo que quiero significar), porque hay en él un *no sé qué*, cierta mezcla de benevolencia, de afecto y de unión que atrae mucho. Por lo regular es sincero, á lo menos así se considera, y por consecuencia es grato. ¿Puedes llamar á esto trabajo? Cuando más será un trabajo de media hora durante una semana. Pero aun suponiéndolo tal, pídotte que me digas por qué te has tomado el trabajo de bailar tan bien como lo haces. El baile no es un deber religioso, moral ni civil; tu objeto, confíeselo, fué agradar, y te concedo la razón. ¿Por qué llevas hermosos vestidos y te rizas el pelo? No es este también un trabajo? Mas cómodo sería permanecer con la cabellera enmarañada y un vestido andrajoso. También haces esto por agradar, y haces muy bien; pero si así es, razona, por el amor de Dios, y obra consecuentemente. Trata de agradar en cosas más esenciales, sin lo cual todo el trabajo que en éstas te has tomado será enteramente perdido. Tu destruye en el baile lucas cuando más seis veces al año; á la vez que tu semblante y tus movimientos se hallan cada día, y todo el día, á vista de todo el mundo. ¿Cuál de estas cosas, apelo á ti mismo, merecete que la atiendas más? La dulzura de la fisonomía y de las gesticulaciones puede únicamente hacer agradable todo lo demás. Estás muy lejos de ser de mal natural;

¿querrás que se te tenga por tal sin merecerlo? pues así lo hará creer tu figura ordinaria á cualquiera que no te conozca. Para completar la dulzura de fisonomía y de maneras que tanto te recomiendo, debías extenderla á tus expresiones y tus ideas; mezclá siempre en ellas algo de afectuoso y tierno; toma el lado más favorable é indulgente de todas las cuestiones. Verdad es que el formidable y sublime John Bull (a), tu compatriota, no se conduce así, y que para mostrar su temeridad y fuerza de espíritu, toma el lado más áspero y lo adorna por lo regular con un gran volo al diablo para parecer aún más formidable.

A pesar de todos mis baños, lavatorios é inyecciones, mi oído no oye una jota más, y sin embargo, he pasado aquí la mitad de la estación. Rara vez entro en sociedad, porque mi estado no es á propósito para ninguna de ellas. Me imagino que tú la frecuentas bastante para ambos, y es seguro que ganarás más que yo con todos mis libros, porque sólo leo para entretenerme y pasar el tiempo que me sobra en abundancia; pero tú tienes dos razones poderosas para asistir á la sociedad, el placer y el provecho. ¿Quiera el cielo concederte mucho de uno y otro! A Dios.

LONDRES, 20 de Noviembre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Nos faltan actualmente dos correos de Holanda, de modo que no tengo que acusar recibo de ninguna tuya. Sin embargo, sabes por una larga experiencia que esto no obsta para que yo te escriba; tus cartas me son muy gratas, pero siempre trato de que las más redunden en tu beneficio y en todo caso pretiro tu ventaja á mi placer.

Si te hallas bien establecido y naturalizado en Manheim, prolonga tu morada en esta ciudad, y no dejes lo cierto por lo dudoso; pero si piensas poder establecerte bajo igual pia ó mejor en Munich, dirígete allí luego que te agradare; y si el resultado no correspondiere con tus esperanzas, siempre podrás volver á Manheim. En una de mis anteriores te dije que debías pasar el carnaval en Berlin, porque me parece que es lugar que te ha de

(a) Nombre que suele aplicarse á todo inglés, como Yankee á todo anglo-americano.

gustar y al mismo tiempo ser te provechoso; sin embargo, obra como te parezca, pero comunicáme tu resolución. Tanto el rey como el país tienen y tendrán tanta parte en los negocios de Europa, que bien merecen que los estudies á fondo.

Si en el lugar que habitas actualmente, ó en los que pudieres hallarte en lo sucesivo, hablas á menudo francés, alemán ó inglés, te recomiendo la mayor atención á la propiedad y elegancia del estilo; emplea las mejores palabras que cada idioma pueda procurarte; evita la cacofonía y cuida de que tus periodos tengan toda la consonancia posible. Estoy seguro de que no es menester repetírte lo que tantas veces has sentido tú mismo, quiero decir, el mucho realce que la elegancia de dicción comunica á los pensamientos, y la facilidad con que hace pasar aun los malos. Casi á esto viene á reducirse toda la magia en la cámara de los comunos, y en realidad en toda reunión pública ó privada. Las palabras, que son el traje de los pensamientos, exigen ciertamente más cuidado que los vestidos, que sólo sirven para adornar la persona, y sin embargo, merecen su parte de atención. Si te aplicas al estilo de una lengua, te acostumbrarás á usarlo en cualquiera otra; y si llegas á hablar francés ó alemán con la mayor elegancia, verás cómo tú mismo inglés participa de iguales progresos. Te lo repito aún, por la milésima vez; no trabajes ahora más que en adquirir las cualidades ornamentales. Muy mal conocen el mundo y gastan muchas palabras en vano, los que nos alaban la simplicidad y la solidez sin ornato. Mucho tiempo há que los hombres dejaron el estado de la naturaleza; las ciudades de oro y de simplicidad nativa no volverán jamás. Si hemos ganado ó perdido no es la cuestión; nos hallamos refinados, y las maneras simples, los vestidos sencillos y el lenguaje llano serian tan inadmisibles en la vida, como las bellotas, las hierbas y el agua de la fuente vedada en la mesa. En este momento entran algunas gentes que interrumpen el curso de mi sermón, y así buenas noches.

BACH, 26 de Noviembre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

—; ¿Qué de fiestas y placeres en Manheim! Si se puede dar crédito á las historias hebdomadarias de M. Rodriguez, el escritor más elegante entre los modernos, no sólo monterías numerosas y

brillantes; óperas en que los actores hacen maravillas; los días de cumple años de SS. RR. Serenísimas celebrados en gran gala; sino que, para coronar la obra, *M. Zuechmaniel* ha llegado felizmente, y se espera á cada instante á *M. Wartenleben*. Supongo que tú eres *pari magna* en todas estas fiestas; aunque como dice Bluff, en el Viejo Celibatario (a), parece que ya no eres de este mundo según el silencio que guarda respecto de ti ese gacetero bribón. Pienso que á lo menos debería haber indicado que te muestras en todas esas diversiones con economía alegre, y que te distingues entre la numerosa y brillante concurrencia por tu aire, tu vestido, tus maneras y alusiones. Si tal fuese el caso, como lo supongo y deseo, podría yo escribirle, si te parece, para que te haga justicia en su próximo suplemento. Fuera de chanza, celebró mucho que andas rojando en ese torbellino de placeres, propio para suavizar, pulir y frotar tus partes ásperas.

Los ministros aquí intimidados con los clamores brutales y absurdos de la plebe, me parece que han dado pruebas de pasividad, anulado en esta sesión la ley que había pasado en la precedente, para que los judíos pudiesen ser naturalizados con arreglo á las subsiguientes disposiciones del parlamento. Los que gritan con todas sus fuerzas contra esta innovación, triunfan; sin duda pedirán algo más, y si no se les otorga, pronto caerá en olvido este bello rasgo de condescendencia. Nada es más cierto en política que aquella reflexión del cardenal de Retz: *el pueblo teme siempre que comee que no es temido*; de consiguiente, su irracionalidad ó insolencia aumenta cuando ve que inspira temor. Los gobiernos rectos y prudentes no dan al pueblo, si es posible, justos motivos de queja; pero por otra parte, se mantienen firmes contra sus ciegos clamores. Además, este ruido contra la ley de los judíos procede de aquel espíritu estrecho que el pueblo bajo alimenta contra la intolerancia en materia de religión, y de su falta de hospitalidad en materia civil, pretensiones á que debe oponerse todo gobierno prudente.

La confusión en Francia aumenta todos los días como sin duda habrás sabido en el lugar que habitas. Últimamente se ha publicado una respuesta del clero, que se me envió de París por el último correo; te la incluiría ahora si no fuese muy voluminosa; quizá la verás en Manheim en casa del ministro de Francia, y es

(a) Comedia de Congreve.

bueno que la leas, porque está escrita con mucho arte y de una manera plausible, aunque fundada en principios falsos. El *jus divinum* del clero, y de consiguiente su supremacía en materias de fe y de doctrina, se sostienen en este escrito, cosa que yo niego absolutamente. Si se concediesen ambos puntos al clero de cualquiera país, sería necesario que lo gobernase despóticamente, porque todo puede referirse directa ó indirectamente á la fe ó á la doctrina; y todo aquel en quien se supone el poder de salvar ó de condenar las almas para toda la eternidad, como el clero pretende, sería mucho más respetado y mejor obedecido que ningún poder civil, cuyas pretensiones no van más allá de este mundo; á la vez que el clero debe considerarse en todo país bajo el mismo pie que los otros súbditos, dependientes del supremo poder legislativo; y ser sostenido por este poder bajo las restricciones y límites que le convienen para mantener la decencia y el decoro en la iglesia, del mismo modo que los comisarios para mantener la paz en los cuarteles (a). Esto ha sido claramente probado con arreglo á los principios mismos del antiguo y nuevo testamento, por Fra Paolo, en su libro de *Beneficis*, que recomiendo mucho á tu atención. Á Dios:

LONDRES, 25 de Diciembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO,

Á la vez recibí ayer dos cartas tuyas una del 7 y otra del 16 datadas en Manheim. En toda tu vida has tenido mejor razón para no escribir, sea á mí ó á cualquiera otro, que tu mal en el dodo. Me figuro que te habrá dolido bastante y me alegro de que ya esté curado; pero sea cual fuere el dolor que causa un dodo

(a) ..... Je ne veux désormais  
 Dans les prêtres des Diaux que des hommes de paix,  
 Des ministres élus, de bonif. de clémence,  
 Fataux de leur devoir et non de leur puissance,  
 Honorés et soumis, par les lois soutenus,  
 Et par ces mêmes lois sagement contenus;  
 Loin des pouspes du monde, enfermés dans leur temple;  
 Donnant aux nations le précepte et l'exemple:  
 D'autant plus révérens qu'ils voudront l'être moins.  
 (VOLTAIRE.)

lastimado, la pereza de cuerpo ó de alma es mal mucho mayor y atrae consecuencias más sensibiles.

Celebro infinito que la corte de Manheim te distinguiere entre tus compatriotas y otros extranjeros, porque es prueba que tu porte y tus modales valian más que los de ellos. Ten por seguro que las personas más bien educadas serán siempre mejor recibidas en todas partes. Los buenos modales son el expediente reconocido en la vida social, lo mismo que la moneda en el comercio: en ambos casos hay un trueque, y nadie se halla más dispuesto á anticipar cortesías á un oso, que dinero á un quebrado. Creo firmemente que las cortes de Alemania te harán mucho bien; su ceremonial y su etiqueta son correctivos y antidotos contra tu negligencia y tu falta de atención. Me figuro que no sería allí bien visto que te tendieses á la larga en un sillón, y que se te tendria por muy grosero si cuando alguno te hablase dirigieses la vista á otra parte. Del mismo modo que los otros prestan atención á tus discursos, esperan que tú oigas los suyos y debes oírlos aunque sean impertinentes. Considera como máxima de inconcusa verdad, que ningún joven puede hacer progresos en una sociedad si el respeto que por ella tiene no es bastante para obligarle á permanecer con cierto grado de represión.

Como mis cartas se extravían tan á menudo, repetiré en ésta lo concerniente á tus futuras correrías. Cuando te sientas cansado de Berlín, ve á Dresde en donde hallarás á Sir Ch. Williams que te recibirá con los brazos abiertos. Hoy ha comido conmigo y partirá para Dresde dentro de mes y medio. Habla de ti con mucha bondad y atestigua sus deseos de volverte á ver. Como está, por lo que hace á los negocios, en todos los secretos importantes, te impondrá de todos ellos, hasta que fijemos el lugar en que tú y yo debamos reunirnos que será probablemente en Spa.

En cualquier lugar que te hallares, infórmate con particular cuidado de los negocios de Francia: cada día cobran más incremento, y en mi opinión seguirán aumentando. El rey está despreciado y no lo extraño; ha conducido las cosas hasta el punto de ser odiado al mismo tiempo, lo qual rara vez se combina en una misma persona. Se sabe que los incapaces ministros están muy desunidos, y que S. M. vacila entre la iglesia y el parlamento, como el asno de la fábula que pereció de hambre entre dos montones de heno. El amor que profesa á su querida es extremado para separarse de ella, y no lo es menos el temor de perder su alma para gozar plenamente de sus amores. Por un lado tiene

celos del parlamento que podría sostener su poder; por otro se halla beatamente rendido á la iglesia que podría destruirlo. El pueblo está pobre y por consiguiente descontento; los que tienen religión están divididos en sus doctrinas que es lo mismo que decir que se odian todos. El clero no perdona nunca, y mucho menos perdonaría al parlamento que por su parte parece poco dispuesto á perdonar á su adversario. El ejército toma, aunque sólo en idea, alguna parte en estas disputas, y día vendrá en que se mezcle de hecho. Aunque los ejércitos sean el apoyo servil del poder absoluto, lo sostienen hoy y lo destruyen mañana, cambiando á menudo las manos en que les place depositario. Este fué el caso de las cohortes protorianas que asesinaban á los monstruos que ellas mismas habian elevado para oprimir á los hombres. Los genízaros en Turquía y los regimientos de guardias en Rusia hacen en el día lo mismo.

La nación francesa discurre libremente, cosa que jamás habia hecho, sobre materias de religión y de gobierno, y comienza á ser *sprejudicata*: los oficiales hacen lo mismo. En una palabra, existen actualmente en Francia, y tomarán cada día mayor cuerpo, todos los síntomas precursoros á los grandes cambios y á las revoluciones. Me alegro que así sea, porque el resto de la Europa estará más tranquilo y tendrá tiempo para reponerse de sus pérdidas. En Inglaterra carece de hombres y de dinero y necesita descanso; la república de las Provincias Unidas lo necesita en mayor grado. Las otras potencias no pueden bailar cuando ni la Francia ni los Estados pueden pagar la música como es costumbre.

El primer sacudimiento que á mi parecer habrá en Europa, será con motivo á la corona de Polonia, á la muerte del rey actual, y por lo tanto despo á S. M. muy buenas pascuas y una larga vida. Basta de política extranjera; pero te encargo que mientras permanezcas en Alemania te informes de todas las discusiones y dificultades que las diferentes guerras han ocasionado entre los electores Bávoro y Palatino. Á Dios. ®

LONDRES, 45 de Enero de 1734.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibo en este momento tu carta de Munich de 26 del pasado. Ahora que te veo felizmente libre de los peligros y de las dificul-

tades de tu viaje de Manheim, me alegro mucho de que los hubieses encontrado.

*Condisce à dibetti  
Memoria di pene.  
No sà che sia bene  
Chi mal non soffre.*

Estos accidentes son ligeros comprobantes de los peligros y dificultades que debes esperar en tu grande y espero, largo viaje en el mundo. El camino presenta trechos sembrados de abundantes flores y perspectivas llanas y encantadoras; pero temo que la mayor parte del terreno sea muy desigual, ocupado de malezas y espinas y cruzado de torrentes. Corta las flores que hallares en tu sendero, mas al mismo tiempo precavéte contra las zarzas que las rodean, ó que ciertamente vendrán después de ellas. Te agradezco el jabali que me has dedicado. Ahora que está muerto, estoy seguro de que se dejará comer, aunque no de que habria yo tenido en combate tan singular, el valor que mostraste haciéndole morder el polvo como los héroes de Homero.

Si algunos accidentes de las aguas ó de los malos caminos no te detienen en Munich, no me imagino que las diversiones lo consigan; creo que más bien las solicitarás en el carnaval de Berlin, y en tal suposición dirijo esta carta á tu banquero en aquella ciudad. Te encargo otra vez que mientras permanezcas en ella tengas cuidado de oír, conocer y observar todo. El príncipe más hábil de Europa es sin duda objeto digno de atención, y sus más pequeñas acciones, como los menores dibujos de los grandes pintores, tienen su valor y muy considerable.

Lee atentamente el código *Frederico*, é infórmate de los buenos efectos que ha producido en la parte de su reino en que se ha adoptado; y de donde ha desterrado las cavilaciones, trampas y caos de las antiguas leyes. Desearia que tuvieses una hora de asueto diariamente para leer algún buen autor italiano, y para conversar en esta lengua con nuestro digno amigo *il signor Angelo Cori*, lo cual servirá para que no la olvides y aun para que te perfecciones.

Vive, permanece y eleváte en medio de todas esas cortes; acostúmbralas de tal modo á tu figura que no te vean como á extranjero. Observa el tono que reina en ellas y aun adopta sus mismas tendencias y locuras, porque las hay allí como en todas las cortes. De todos modos quédate en Berlin hasta que yo no te informe de

la llegada de Sir. Ch. Williams á Dresde, en donde sin duda no querrás presentarte antes que él, y á donde podrás ir en su busca cuando te parezca. Es sujeto que muestra mucha bondad y afecto por ti, y tengo razones para creerlo sincero.

Acaban de publicarse las obras del difunto Lord Bolingbroke, y me he engolfado en estudios filosóficos que hasta ahora me habian ocupado muy poco, convencido de la futilidad de estas investigaciones. He leído su *Ensayo filosófico* sobre la extensión de los conocimientos humanos, en que prueba claramente con la más rica elocuencia, lo que puede y no puede el espíritu humano; que nuestra inteligencia ha sido sabiamente calculada para el lugar que ocupamos en este planeta, y para el auillo que formamos en la cadena universal de las cosas; pero que no somos capaces de aquel grado de ciencia que nuestra curiosidad ambiciosa, y nuestra vanidad nos persuade á veces que hemos alcanzado (a). No te recomiendo que lees esta obra; pero cuando regresares aquí, daré por pasto habitual á tus meditaciones todos aquellos escritos suyos relativos á nuestra historia y á nuestra constitución.

La lectura, que siempre ha entrado en el número de mis placeres, aun en tiempo de mi mayor disipación, es en el día mi único recurso, y temo contentar mucho mi inclinación á costa de mis ojos. Pero qué quieres que haga? Es monester que me ocupe de alguna cosa, porque la ociosidad me es imposible. Mis oídos cada día me son más inútiles, y mis ojos consiguientemente más necesarios; yo no quiero economizarlos como un miserable, y más bien gusto arriesgarme á perderlos que dejar de gozar el placer que me procuran.

Te encargo que me comuniques todas las particularidades de tu recibimiento en Munich y en Berlin. Creo que serás bien acogido en esta última ciudad, porque S. M. Prusiana sabe que en todo tiempo he admirado y respetado sus grandes y variados talentos. A Dios.

Bolle chi sa sperar  
Che del ciel possa un di  
Gli arcani penetrar  
La mente umana.  
Allor che nel futuro  
Piú crede ella veder,  
Allora è che dal ver  
Piú s'allontana. (METASTASIO.) Tr.

LONDRES, 4.º de Febrero de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer recibí tu carta del 12 escrita en Munich, y en vista de ella te dirijo allí la presente, aunque encaminé mis tres últimas á Berlín en donde supongo las encontrarás á tu llegada. Pues que no sólo estás bien establecido, sino enjaulado en Munich, has hecho bien de no moverte. Los lugares no se conocen con sólo verlos, sino conversando familiarmente con las gentes de distinción. No quisiera yo hallarme en lugar de ese prodigio de hermosura que debes conducir en la corrida de trineos, y me inclino á creer que corre gran riesgo de que le quiebres los huesos. Espero que habrás adaptado tu carro al carácter de la bella. Si es de disposición colérica é impetuosa, como suelen serlo las bellezas, la colocarás sin duda en un carro en forma de león, de tigre, dragón ó de cualquiera otro animal furioso y terrible: si es sublime y desdenosa, como es probable, porque sin duda es de alta categoría, me imagino que la introducirás en un cisne magnífico ó un pavo soberbio; pero si es el modelo de la ternura y de la amabilidad, tendrás sin duda cuidado de que las amorosas tortolillas revoloteen alrededor de su cuello. Por sentido que has preparado tus lemas para esta ocasión; pero si no has sido tan caviloso, encontrarás multitud de ellos en los *Entretiens d'Ariste sur les devoirs*, obra del padre Bouhours. No te diré esta vez, como el padre en Ovidio: *Puer, puer, stimulus; et fortius utere loris*.

Si esta carta te encuentra aún en Munich, te encargo que presentes mis cumplidos á M. Burriah, á quien estoy muy reconocido por las atenciones que te ha mostrado: cierto es que yo procuré servirle cuanto estubo en mi mano, pero también lo es que hice servicios á varios otros que ni los han retribuido ni recordado.

Me he visto bastante indisposto estos últimos quince dias con una enfermedad como la que tuviste en Carniola, *arthriticis vaga*; afortunadamente no me ha atacado al pecho; sólo se ha dejado sentir en mi brazo derecho en donde ha establecido su imperio; y del mismo modo que en los gobiernos tiránicos, las partes más remotas resienten su severidad. Cuando partió el último correo no me hallaba capaz de tener la pluma; supliqué á M. Grevenkop, que te escribiese en mi lugar y su carta fué encaminada á Berlín. La viveza del dolor disminuye, pero todavía siento algunas pun-

zadas en la espalda, que temo me atormente aún por largo tiempo. Es menester considerar y seguir el consejo de Horacio *quid valeat humeri, quid fore recusat*.

En algunas de mis últimas dirigidas á Berlín (a), te cumplimento justamente por los grandes y recientes progresos que has hecho en el género epistolar. Las cuatro ó cinco últimas cartas que me has escrito están muy bien redactadas, y la que dirigiste á M. Harte con motivo á la entrada de año es muy preciosa. Le agradó tanto que me la envió de Windsor inmediatamente después deberla leido. Este talento, necesarísimo en el curso de la vida, se adquiere haciendo esfuerzos del mismo modo que todas las habilidades, excepto la poesía que es un don natural.

Mi brazo y el papel me aconsejan que concluya deseándote muy buenas noches.

LONDRES, 12 de Febrero de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Te dirijo la presente á Berlín y sentiría mucho que se extrañase, porque pienso que la leerás con tanto placer como yo al escribirla. Pongo en tu conocimiento que después de algunas dificultades podemos contar por seguro que tendrás un lugar en el próximo parlamento, y esto sin oposición y sin la menor necesidad de que lo solicites en persona. Además, debo decirte que esta fortuna la debemos particularmente á la amistad de M. Eliot, porque te propondrá junto con él, en el distrito de su pueblo menos dudoso. Siendo imposible obrar con más celo y amistad que M. Eliot en todo este negocio, soy de parecer que por el primer correo le escribirás una carta de agradecimientos, pero ardientes y juveniles y no fibros ni afeitados; puedes dirigírmela y se la enviare á Cornualla en donde está actualmente.

Seguro ya de ser senador, me atrevo á decir que no te propones entrar en el número de los *pedarii senatores et pedibus ire in sententiam*. Como la cámara de los comunes es el teatro en que debes figurar y crecer para el mundo, es necesario que te decidas á ser actor y no *persona muta*, que equivale exactamente á despabilador en los otros teatros. Todo el que no brille allí, vivirá

(a) Estas cartas no se han encontrado.

oscuro, despreciado y sin importancia; y no puedes concebir cuán fácil sería á un hombre que sólo contase con la mitad de tu talento y de tu saber, brillar en aquella asamblea si así lo quisiese. La receta para hacer un orador, y un orador aplaudido, es corta y fácil. Toma de sentido común *quantum sufficit*; agrega una poca de aplicación á las reglas y usos de la cámara; expón los pensamientos que te ocurran bajo nueva luz, y mezcla todo esto con una buena dosis de pureza y elegancia de estilo. Persuádete de que la mayor parte de los hombres no analizan ni van hasta el fondo; son incapaces de pasar más allá de la superficie; todos tienen sentidos que es necesario seducir, pero son pocos los que poseen una razón que se deba contentar. La actitud y las gestiones graciosas encantan sus ojos, y la dición elegante arrebatá sus oídos; para ellos un razonamiento sólido sería trabajo perdido. Estoy convencido, no sólo por teoría sino por experiencia, de que, suponiendo un poco de sentido común, lo que se llama un *buen orador*, es lo mismo que un buen zapatero, y que ambos oficios pueden adquirirse con el mismo grado de aplicación. Trata pues, por el amor de Dios, de que este oficio sea por ahora el grande objeto de tus pensamientos y no lo pierdas nunca de vista. Concentra toda tu alma al estilo sea cual fuere la lengua que hables ó escribas; elije las mejores expresiones y piensa en la más feliz colocación de las frases. Todas las veces que dudares de la propiedad ó elegancia de una palabra, consulta tu diccionario ó algún buen autor; ó bien solicita una persona que sepa esta lengua perfectamente. La propiedad y la elegancia de la dición llegarán en poco tiempo á serle tan familiares que no le costará ningún trabajo encontrarlas. Habiendo declarado que este talento es mecánico y de fácil adquisición para todo el que lo solicita con empeño, no hay mucha vanidad en decir que, penetrado desde temprano de la importancia de este objeto, lo atendí desde joven hasta tal punto, que actualmente me costaría más trabajo hablar ó escribir sin elegancia, que el que me tomé para preservarme de un mal lenguaje. El difunto Lord Bolingbroke hablaba todo el día, sin el menor esfuerzo, con la misma elegancia que aparece en sus escritos. ¿Per qué? No por un don particular del cielo, como él mismo me lo dijo muchas veces, sino por la constante atención que prestó á su estilo.

Me acordó que desde que me hallaba en la universidad de Cambridge y leía trozos de elocuencia antigua y moderna, que era mi principal estudio, tenía costumbre de escribir los pasajes

que me hacian más sensación, y los traducía lo mejor y más elegantemente que podía. Si el original era latino ó francés, lo traducía en inglés; si inglés, lo vertía en francés. Por esta práctica de muchos años no sólo formé y perfeccioné mi estilo, sino que imprimí en mi alma y mi memoria los mejores pensamientos de los autores selectos. El trabajo era corto y el provecho muy grande como lo experimenté. En una palabra, conoces actualmente tu objeto; prosíguelo sin tregua; da de mano á cualquiera cosa que no se refiera ó no esté ligada á la acción principal. Tu feliz suceso en el parlamento allanará todas las demás dificultades; no se te negará empleo en tu patria ni en el extranjero con tal de que pases por la puerta de Westminster (a).

Puedo ya decir que estoy enteramente restablecido: sólo me falta el vigor de alma y de cuerpo y cuento con que Spá ó Aix-la-Chapelle contentará mis deseos. Ya no veo las horas de saber el recibimiento que se te hace en Berlín, que me imagino será de lo más benévolo. A Dios.

LONDRES, 13 de Febrero de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Con verdad puedo aplicarte ahora estas palabras *nullum in venum abest, si sit prudentia*. Estás seguro de ser, tan pronto como tu edad lo permita, miembro del parlamento; ántes camino para figurar y hacer fortuna en este país. Cierto es que aquellos que son educados para profesiones particulares y que se distinguen en el ejército, la armada ó la abogacía, pueden encumbrarse por sí mismos hasta cierta altura en fuerza de su mérito; pero también observarás que nunca llegan á tocar la cima sin el auxilio de los talentos parlamentarios. El medio de que te distingas en la cámara, como te dije en mi anterior, es mucho más fácil de lo que creo te imaginas. Un poco de práctica en los usos de la asamblea te hará conocer muy pronto la *ration* del oficio, y una estricta atención á tu estilo hará de tí en poco tiempo un *buen orador*. El vulgo contempla al hombre célebre por su elocuencia, como un fenómeno, como un ser sobrenatural que ha recibido

(a) Edificio en donde se reunia el parlamento.

un don particular del cielo; lo mira con asombro cuando se presenta en los paseos y exclama: ¡aquel es (a)! Estoy seguro de que tú lo mirarás bajo su verdadera luz, y *nulla formidine*. Lo consideras únicamente como un hombre de buen sentido, que agrega á los pensamientos de todo el mundo las gracias de la elocución y la elegancia de estilo. Cesaría entonces el milagro y te convencerías de que con igual estudio y aplicación á los mismos objetos, podrías ciertamente igualar y aun sacar ventaja á este prodigio. Sir W....., que no tiene la cuarta parte de tus talentos ni la milésima de tus conocimientos, se ha elevado gradualmente á los mejores empleos del reino, sólo por la fluidez de su lengua. Ha sido Lord del admirantazgo, Lord de la tesorería, ministro de la guerra y actualmente vicetesorero de Irlanda; y todo esto con una reputación marchita por no decir tiznada. Representa la cosa tal cual es en realidad, de fácil alcance; procura únicamente que tu pecho abrigue una poca de ambición por este objeto y un poco de vigor para alcanzarlo y respondo del suceso. Cuando tenía yo menos edad que tú, resolví en mi alma figurar en el parlamento y distinguirme en él hasta donde pudiese. En consecuencia, jamás perdí de vista este objeto ni descuidé ninguno de los medios que me parecían propios para alcanzarlo. Lo logré hasta cierto grado y, te lo aseguro, sin mucho trabajo y sin talentos superiores. Los jóvenes son naturalmente propensos á apreciar los hombres y las cosas en más de lo que valen, porque carecen de experiencia; pero á medida que los conoces mejor los estimarás menos; verás que la razón, que siempre debía conducir á los hombres, rara vez lo hace, y que sus

(a) Nada perdonaba este padre para hacer de su hijo un perfecto oidor. El mismo había probado cuán dulce es para la vanidad humana que los ojos del público busquen al orador famoso, y esta vanidad era la que trataba de despertar en su hijo. En todos tiempos los hombres superiores se han manifestado muy sensibles á tan grata distinción. Entre los antiguos, ser señalado con el dedo, era por lo regular una especie de homenaje, que sólo la estimación pública podía hacer gozar al que lo recibía. *Pudicæ non est digno monstrari*, dice Percio en su sátira. Demóstenes, señalado con el dedo por una vendedora de legumbres que decía á su vecina: mira, aquel es, no pudo retener ciertas expresiones de vanidad. Este era también el flaco de Horacio el cual dijo á uno de sus protectores que á él le debía el honor de ser señalado con el dedo por los transeúntes:

*Tantum numeris hoc tui est  
Quod monstror digno pratereuntium.*

Tr.

pasiones y sus debilidades usurpan por lo común su asiento y tienen las riendas en su lugar (a); notarás que los más fuertes tienen muchos lados débiles, y que sólo son reputados tales en comparación á la más débil *manada*. Con algunos defectos menos, su fuerza consiste en sacar partido de las innumerables fragilidades del común de los hombres; siendo más dueños de sí mismos, subyugan más fácilmente á los otros; se dirigen á sus flaquezas, á sus sentidos, á sus pasiones, jamás á la razón; por consiguiente, rara vez dejan de triunfar (b). Analiza pues estos grandes caracteres que gobiernan y que aparecen perfectos á los ojos del vulgo, y verás que el gran Bruto fué un bandido en Macedonia, el gran cardenal de Richelieu un postastro celoso, el gran duque de Marlborough un avaro (c). Hasta que no conozcas por experiencia á la especie humana, no sé que haya hombre

(a) Monsieur Turchi dice:

Basta che il cuore prenda interesse in qualche cosa per rendere facilmente e nascano il più giusto intendimento. Vedrete degli uomini che hanno un ammirabile drittura di spirito, un'esattezza di ragione eccellenle, capaci di entrare a piè franco nei segreti della natura e sviluppar con chiarezza ciò che avri di più imbrogliato nelle scienze. Dubitano di ciò che è dubbioso, affermano ciò che è vero, negano ciò che è falso, dimostrano ciò che è sicuro. Ma che? Metteli in una lite, in un affare, in un interesse che vivamente li tocchi e ponga in movimento una forte loro passione; sono altri uomini; la drittura del loro spirito gli abbandona, la ragione si storce a grado dei desideri, e l'opposizione non si misura che colla propria utilità. A sentirli parlare diriste che han perduto il buon senso. E ciò donde nasce? Nasce da questo solo, che il cuore si è impossessato dell'intelletto e lo anima e lo conduce.

(b)

Les hommes de tous temps, jugeant sans connoissance

Par un faux éclat prévenus,

Ont souvent pris pour des vertus

Ce qui n'en est que l'apparence.

Parmi ces illustres mortels,

Quelquefois ceux que l'on encense

Ne sont que de grands criminels

A qui notre seule ignorance

Au lieu de châtimens, décerne des autels.

(L. M.)

(c) Monsieur de Mery dice: Il y a certaines gens de l'élevation desquels on a peine à se rendre raison. Ne croyez pas qu'il leur ait fallu pour cela des efforts de génie, ce sont des hommes fort ordinaires; mais ils ont su ceder au temps et saisir l'occasion aux cheveux:

Cacher tous ses défauts dans une nuit profonde,

Des vertus qu'on n'a pas se parer, se venir,

C'est à quoi se réduit la science du monde,

Le seul moyen de parvenir.



ó cosa que pueda darte de ella una idea más justa que el duque de Larocheffoucauld. Temo que su librito de *Máximas*, que te aconseje recorras un instante todos los días de tu vida, sea un retrato muy fiel de la naturaleza humana. Confieso que parece deprimirla, pero mi experiencia no me ha convencido de que lo haga injustamente (a).

Apliquemos ahora esto á mi primer punto. Estas consideraciones posólo debían excitar todos tus esfuerzos para figurar en el parlamento, sino inspirarte plena confianza de que lo lograrás. Para gobernar á los hombres no debe uno encarecerlos, y para agradar á un auditorio no debe estimarse en más de lo que vale. Cuando yo entré por primera vez en la cámara de los comunes, me figuré esta asamblea como un senado venerable, y senti un temor mezclado de respeto; mas luego que progresaron mis conocimientos, el respeto se desvaneció, y reconocí que entre quinientos sesenta miembros, apenas hay treinta que escuchen la razón, y que todo lo demás es *muñeco*; que estos treinta no exigen más que simple buen sentido en términos selectos, y que los demás sólo reclaman frases fluidas y armoniosas sin ocuparse de la esencia del discurso, con orejas para oír pero con poco buen sentido para juzgar. Estas consideraciones me hicieron hablar la primera vez con poco embarazo, la segunda con más osadía y la tercera con completa seguridad. No volví á inquietarme sobre este punto, y sólo atendí á la elocución y al estilo, presumiendo, sin mucha vanidad, que tenía yo suficiente buen sentido para no decir disparates. Fija fuertemente en tu espíritu estas tres verdades: primera, que te es absolutamente necesario hablar en el parlamento; segunda, que esto no exige más que una poca de atención humana sin ningún don sobrenatural; y tercera, que te asisten poderosas razones para creer que hablarás bien. Este será el principal asunto de nuestra plática cuando nos veamos, y si quieres seguir mi consejo, respondo del resultado.

Pasemos ahora de las cosas grandes á las pequeñas, transición que me parece fácil; porque nada de lo que puede ser útil es pedáneo á mis ojos. Espero que tienes gran cuidado de tu boca y de tus dientes, que los limpias todas las mañanas con una

(a) Un autor competente ha dicho también de La Rochefoucauld :  
Ce philosophe, expert dans l'art de nous connaître,  
Peint l'homme tel qu'il est et non tel qu'il doit être.

esponja, agua caliente y algunas gotas de *argubusado*, sin dejar por eso de lavarte la boca después de cada comida. Insisto en que jamás te sirvas, en lugar de limpiadientes, de ninguna materia sólida que pueda destruir el baraxiz de tu dentadura, y lastimar tus encías. Hablo según el dictado de una desgraciada experiencia. Cuando casi tenía tu edad, descauíle mis dientes y se me dañaron; después el deseo de hacerlos parecer hermosos me indujo á servirme de instrumentos de hierro que me los acabaron de echar á perder, de modo que apenas me quedan ahora seis ó siete. Esta mañana he perdido uno, y de aquí viene mi recomendación.

He recibido el terrible jabali aterrado por tu más terrible brazo. No lo he gustado aún, porque mi humilde régimen no va hasta allá. El difunto rey de Prusia que mataba muchos jabalís, tenía la costumbre de obligar á los judíos á que se los comprasen á precio muy subido, aunque no los comían, de modo que pagaban los gastos de su tren de montería. Su hijo tiene máximas de gobierno mucho más equitativas, como lo prueba el *edicto de Frederico*.

Espero que actualmente te hallas en Berlín tan bien anclado como estabas en Munich, de todos modos es seguro que lo estarás en Dresde. Á Dios.

LONDRES, 26 de Febrero de 1754.

#### MI QUERIDO AMIGO.

He recibido tus dos cartas del 4 de Munich y del 11 de Ratisbona, pero no la de 31 de Enero á que te refieres en la primera. La incertidumbre ó la negligencia de los correos tiene la culpa de los contratiempos que has sufrido entre Munich y Ratisbona; porque si hubieses recibido mis cartas regularmente, habrías sabido, antes de partir de Munich, mi opinión de que permanecieses en esta ciudad, puesto que te complacías en ella. De todos modos hiciste mal de moverte con tiempos tan infernales y por tan malos caminos; porque en ningún caso debías imaginarte que mi empeño de que fueses á Berlín era tal que debías aventurarte á quedar sepultado en la nieve.

Por lo que hace á nuestra entrevista voy á trazarte mi plan para que con arreglo á él formes el tuyo. Me propongo partir de aquí la última semana de Abril, tomar las aguas de Aix-la-Chapelle durante algunos días, pasar de allí á Spá hacia el 15 de

Mayo, en donde permaneceré dos meses á lo sumo, después de lo cual regresaré en derechura á Inglaterra. Como es probable que no haya un mortal en Spá mientras esté yo allí, y que la estación de moda no comienza sino á mediados de Julio, no querria que vinieses á enclaustrarte conmigo y algunos capuchinos en aquel desagradable lugarejo; sino que te aconsejo que permanezcas en donde te hallares mejor hasta la primera semana de Julio, en que te pondrás en camino para unírte á mi en Spá, ó encontrarme en el camino de Lieja á Bruselas. Basta de viajes.

Como has escrito que te envíen de Berlin todas las cartas que te he dirigido, vas á recibir volúmenes enteros. No quiero repetir lo que contiene, excepto la recomendación de que me envíes una carta de agradecimientos cordiales y ardientes; para M. Eliot, que te ha propuesto con las mayores señales de amistad, para su pueblo de Liskeard, en donde serás electo en su compañía sin sombra de oposición ni dificultad.

Ahora que vas á ser hombre de negocios, deseo con todo mi corazón, que principies á ser hombre de método. Nada contribuye tanto á facilitar y despachar los negocios como el orden, y debes observarlo en tus cuentas, en tus lecturas, en la distribución del tiempo; finalmente en todo. No puedes concebir cuánto tiempo ahorraras por este medio, ni el grado de perfección que acompañará á todo lo que emprendas. No fueron los gastos, sino desorden inaudito, el que sustrujo al duque de Marlborough en esas enormes deudas que todavía no se pagan. Los embarazos y la confusión del duque de Newcastle no vienen del número de los negocios, sino del poco método que guarda en ellos. Sir R. Walpole, que se vió diez veces más atareado, nunca parecia estarlo, porque observaba orden en todo. La cabeza de un hombre de negocios que no guarda orden ni método, es propiamente aquella *radius intelligentiae molis quam dixere chaos*.

Como debes estar convencido de tu desarrayo y extremada negligencia, espero que formarás la resolución de no ser así en lo sucesivo. Venecete á ti mismo observando algún método por sólo quinze dias, y me atrevo á asegurar que después no querrás abandonarlo, porque habrás palpado la utilidad y las comodidades que trae consigo. El método es la gran ventaja que los legistas tienen sobre los demás cuando hablan en el parlamento; porque viéndose obligados por necesidad á observar en sus alegaciones en los tribunales de justicia, se habitúan á él y lo

usan en todas ocasiones. Sin lisonja puedo decir que el orden, el método y un espíritu más activo, es todo lo que le falta para hacer con el tiempo gran papel en la carrera pública. Tienes más conocimientos positivos, más talento para conocer los caracteres y mucha más discreción de la que es común en tu edad, y más ciertamente de la que yo tenía entonces. Experiencia no puedes tener todavía, y por lo tanto hasta que no la adquieras debes confiar en la mía. Soy un viajero antiguo y conozco todas las veredas y caminos; no puedo extraviarte por ignorancia, y estás muy seguro de que no lo he de hacer á propósito.

Puedo asegurarte que no llegará la ocasión de que dirijas nada á mi Excelencia etc. El reposo y una vida retirada fueron de mi elección hace algunos años, cuando conservaba todos mis sentidos, con salud y vigor bastante para soportar los negocios públicos, pero ahora que he perdido el oído y que mi constitución declina diariamente, veo esta tranquilidad como mi único refugio. Me conozco á mi mismo, ciencia rara, puedo asegurártelo; sé lo que puedo y lo que no puedo, y por consiguiente lo que debo hacer (a). No debo ni quiero volver á los negocios cuando soy menos á propósito para ellos que al tiempo de dejarlos. Tampoco pienso volver á Irlanda en donde haría necesariamente una figura muy diversa de la que hice otras veces. Mi orgullo se mortificaría demasiado al presentar al público mi sordera y mis achaques. La vista y el oído, estos dos sentidos tan necesarios, no sólo deben ser buenos, sino espertos para los negocios de un gobernador de Irlanda, y estos negocios si los ha de desempeñar por sí mismo, requieren ambos sentidos en su mayor perfección. El duque de Dorset no manejaba por sí mismo sus negocios, sino que los abandonó á sus favoritos, y de aquí resultó la confusión en que sales dejó los negocios de Irlanda; yo, despachaba todo por mi mismo, sin favorito, sin ministro y sin querida; y por eso mi administración fué tan suave y tranquila. Me acuerdo que cuando nombré por secretario mio al difunto M. Liddell, todos se sorprendieron, y algunos de mis amigos me representaron que no era hombre de negocios, sino un joven amable y bien criado. Yo respondí, y con verdad, que por esta razón lo había elegido, resuelto como estaba á despachar todos los negocios por mi mismo, sin

(a) E cosa in questo mondo d'importanza assai conoscere se stesso, e saper misurare le forze del animo e dello stato suo.

siquiera dar lugar á que se sospechase que tenia un ministro (a); porque tal se considera al secretario del gobernador de Irlanda, y las más veces con razón, si reune la circunstancia de ser hombre inteligente. Además, me tengo ahora como *emeritus* en la carrera en que he sido empleado cerca de cuarenta años. Te cedo todo esto, aplícate como yo lo hice durante este tiempo y entonces caerá bien que pasés el resto de tus días en un retiro filosófico, entre tus libros y tus amigos (b). Los ministros y las bellezas notan rara vez el progreso de su decadencia, y confiando mucho en que continúan brillando en su meridiano, cae sobre ellos el desprecio y el ridículo. Yo me he retirado á tiempo *utí concina satur*, ó como Pope dice más propiamente:

*Et ex titling youth shall shove you from the stage* (c).

No aspiro á nada más que á guiar tu ambición y verme revivir en ti; quiero ser tu mentor, y con tus conocimientos y talentos te prometo que irás lejos. Pon de tu parte actividad y atención y yo te indicaré los objetos. Confieso que sólo tengo una cosa, que por lo regular es la que menos se teme en hombres de tu edad, y es la indolencia; si caes en ella, quedarás sepultado para toda tu vida en una obscuridad despreciable; no te permitirá hacer cosas que merezcan ser escritas ó escribir otras que merezcan ser leídas; y sin embargo, todo ser racional debe aspirar á uno ó otro. Yo miro la indolencia como una especie de *suicidio*; porque el hombre es espiritualmente destruido, aunque los apetitos del bruto puedan sobrevivir. Acostúmbrate pues desde temprano á ser activo y diligente; no difieras para mañana lo que puedas hacer hoy; no hagas nunca dos cosas á la vez; prosigue tu objeto sea el que fuere sin tregua, y considera las dificultades, si son superables.

(a) El nuevo virrey dijo á este sujeto: Querido amigo, yo no quiero primer ministro: percibirá Vd., si gusta, el sueldo y los honorarios de su empleo; pero expresamente le prohibo toda otra ocupación oficial. *(Revista Americana)*

(b) On peut jouir en paix, dans l'hiver de la vie,  
De ces fruits qu'au printemps soma notre industrie;  
Courtisans de la gloire, écrivains ou guerriers,  
Le sommeil est permis, mais c'est sur des lauriers.

(VOLTAIRE.)

(c) Antes que la burlona juventud venga á echaros del teatro.

Tr.

como propias para avivar tus esfuerzos y no para mitigarlos. La perseverancia produce efectos sorprendentes.

Desearia que te acostubrases á verter al inglés tres ó cuatro renglones todos los días de cualquier idioma, pero con corrección y elegancia. No te puedes imaginar hasta qué punto perfeccionarías tu estilo dedicando á esta ocupación un cuarto de hora diariamente. Esta carta es tan larga que apenas te dejará este cuarto de hora el día que la recibas; te deseo pues buenas noches.

LONDRES, 8 de Marzo de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Un grande é inesperado acontecimiento acaba de ocurrir en nuestro mundo ministerial. M. Pelham murió el lunes último de una fiebre pútrida, ocasionada por una corrupción general en la masa de la sangre que habia producido úlceras en el pulmón. Lo he sentido como un antiguo amigo, como pariente inmediato y como hombre privado, con quien he vivido muchos años bajo el pie más amistoso y familiar. Se ocupaba mucho del bien público, y era incorruptible en un puesto en que la corrupción es contagiosa. Si no era un ministro ruidoso, emprendedor y aventurado, tenia ideas seguras, y esto vale más á mis ojos. Los ministros brillantes como el sol, quemán muchas veces en su mediodía. En nuestro sistema de gobierno prefiero un ministro de templado resplandor. Todavía no se ha designado quien le sucederá, á lo menos públicamente. Bien te imaginarías que son muchos los aspirantes á este destino, y muy pocos los capaces de desempeñarlo. Se habla de varios, según los despos de las personas interesadas ó las conjeturas de los ignorantes. De quien más se habla es de M. Fox, que se halla fuertemente sostenido por el duque de Cumberland. También se habla mucho de M. Legge y del Dr. Lee, como favorables á la política é intereses del canceller y del duque de Newcastle. Si se eligiese á alguno de estos últimos, creo que no habria grandes alteraciones; pero si prevalece M. Fox, su elevación será, en mi opinión, adversa al duque de Newcastle. Entretanto, las conjeturas en el aire de los políticos voluntarios, y la ridícula importancia que en estas ocasiones se dan los necios con sus miradas graves y su significativo enoigimiento de hombros, divierten á un espectador desinteresado, cual soy yo, gracias á

Dios. Fulano *sabe algo*, pero todavía no está autorizado para decirlo; megano conoce lo cierto de buena tinta; zulano se frota las manos congratulándose por el grado de intimidad que lleva hace tiempo con todos los candidatos, aunque quizá no ha hablado dos veces á ninguno de ellos. Finalmente, en esta especie de crisis, la vanidad é interés y el absurdo, se muestran bajo la perspectiva más ridícula. El que como yo ha estado largo tiempo detrás de los bastidores, gusta más de la representación que los que sólo la ven desde los piteos y los corredores. Yo conozco toda la maquinaria del interior, y puedo reir á mis anchas de la necia admiración y de las extrañas conjeturas del público alucinado. Creo que este accidente no desvirtuará en nada tu elección, que se halla asegurada con la de tu amigo M. Eliot, porque sea cual fuere el ministro nombrado, presumo que tendrá bastante consideración por mí para no cambiar un arreglo de esta especie, que no puede comprometerlo personalmente.

Acabo de saber en este momento, y téngolo por cierto, que M. Fox debe ocupar el puesto como primer comisario del tesoro. Tu amigo M. Yorke, actualmente en la Haya, debe suceder á M. Fox como secretario de la guerra. No siento esta promoción de M. Fox, porque nos hemos llevado muy bien, y siempre lo he encontrado pronto á hacerme pequeños servicios. Es franco y caballeroso en sus modales; creo que será tu amigo, hasta cierto punto, por consideración á mí; si en lo sucesivo puedes lograr su amistad por aprecio á tu persona, tanto mejor. Nada más puedo decirte por ahora. Adios.

LONDRES, 13 de Marzo de 1754.

Mi QUERIDO AMIGO,

Nos hallamos aquí en medio de un segundo invierno; el frío es más riguroso y la nieve más alta que en el primero. Presumo que el tiempo no es más clemente en Alemania, y por lo mismo espero que te hallas quieto y bien caliente en alguna regular ciudad, y que no te aventurarás á un segundo entierro en la nieve después de tu resurrección del primero. Debo creer que tus cartas no han podido atravesar la nieve, porque no he recibido ninguna después de la del 12 de Febrero de Ratisbona. Esta ignorancia me inquieta tanto más, cuanto que temo que tu caída

haya tenido consecuencias sensibles que no previste al principio.

Antes de ayer se levantó una esquina del telón de nuestro teatro político, y presentó una escena no esperada por el público. El duque de Newcastle ha sido declarado comisario del tesoro, M. Fox secretario de estado en su lugar, y M. Legge secretario de hacienda. Los puestos de tesorero de la marina y de ministro de la guerra, vacantes por la promoción de M. Fox y de M. Legge, deben quedar reservados *in petto* hasta la disolución del parlamento, que probablemente se verificará la semana entrante, á fin de evitar los gastos y los embarazos de reelecciones inútiles; pero se cree generalmente que el coronel Yorke sucederá á M. Fox, y M. Grenville á M. Legge. Bien concebirás que este plan era más bien un expediente de circunstancias para asegurar las elecciones del nuevo parlamento y someterlo cuando se reuna á los intereses é inclinaciones del duque de Newcastle, que un plan de administración sólido y permanente. Tal arreglo se anuló ayer. M. Fox, que había aceptado los sellos con disgusto el día anterior, los rehusó ayer con aire menos complaciente. Su objeto era ser primer comisario del tesoro y ministro de hacienda, y por consiguiente, tener alguna influencia en la elección del nuevo parlamento, y después mucha más en su dirección. Esta forzosa consecuencia de sus miras fué precisamente lo que las frustró. El duque de Newcastle se mostró más dispuesto á que se le confiase la secretaría de estado que la elección del nuevo parlamento; y considerada su situación, se maneó discretamente; mas si M. Fox ha ó no obrado con prudencia rehusando los sellos, es punto que no puedo resolver. Si se halla, como lo supongo, animado de cierto espíritu de venganza, y lo creo poco escrupuloso en los medios de satisfacerla, habría podido conseguirlo con más seguridad de secretario de estado y asistiendo constantemente en el gabinete, que quedándose de simple particular á la cabeza de una oposición; pero veo que todas estas cosas se hallan muy lejos para poder examinarlas y discurrir sobre ellas confiadamente. Los verdaderos resortes y el móvil de las medidas políticas, se hallan circunscriptos en un círculo estrecho conocido de pocas gentes, y las razones plausibles que se les atribuyen son rara vez más ciertas. El público juzga adocenadamente, ó por mejor decir, adivina mal, y yo soy ahora del público. Por esta razón te he recomendado el pirronismo en todos los negocios de estado, hasta que no llegues á ser tú mismo una de las ruedas y participes del mo-

vimiento general. Por lo que hace á todos aquellos resortes secretos y pequeños que contribuyen más ó menos al juego de la máquina, ninguno los conoce todos, ni aun aquel que les da el primer impulso. Mas así como en el cuerpo humano hay una multitud de glándulas y de vasos pequeños que funcionan útilmente, y que sin embargo, son desconocidos á los más hábiles anatomistas; del mismo modo los principales directores de aquella máquina conocerán su estructura mejor que los que sólo la ven exteriormente, pero no en todas sus partes. Estas intrigas y estas mudanzas de corte, lejos de hacer incierta tu elección, la fortifican más si es posible; porque el duque de Newcastle (es necesario hacerle esta justicia), ha escrito á M. Eliot en términos muy favorables para tí, recomendándole que cuida todo lo posible de tu elección. Á Dios.



LOSNES, 26 de Marzo de 1754.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer recibí tu carta del 15 escrita en Manheim y veo fuiste recibido allí del modo más afable; espero que sabrás corresponder los cumplidos con el *primor* de un caballero. Como esta es actualmente la estación de las grandes solemnidades en los países católicos, te encargo que asistas constantemente á todas sus devociones y pomposas ceremonias.

Me alegro que hayas escrito á Lord<sup>o</sup>; estoy seguro de que en toda circunstancia habría sido paso conveniente. Difícil te será, cuando nos veamos, convencirme de que tenas buenas razones para no haberlo hecho; porque supongamos, únicamente por argumentar, porque no puedo realmente creerlo, que se haya expresado de tí milisimamente y héchote todo el daño imaginable: ¿qué con eso? ¿Cómo quieres vengarte? ¿Te hallas en el caso de pagarle en la misma moneda? Ciertamente que no; mas él puede muy bien perjudicarte. ¿Querrás mostrar un resentimiento impotente y enfarrufado? Espero que no; abandona esta vanagloria pueril y miserable á las mujeres y á los hombres que se les asemejan, por no seguir más que su capricho y nunca la razón ni la prudencia. Este enojo antiado implica muy poco conocimiento del mundo para un hombre que como tú tanto lo ha visto. Adopta como máxima invariable no mostrar jamás el menor sintoma de resentimiento cuando no puedas satisfacerlo

hasta cierto grado (a): sonrie siempre que no puedas hincar el diente. No sería vida la de las cortes ni la de este mundo, si uno no ocultase las justas causas de resentimiento que se encuentran diariamente en una vida activa y ocupada. Todo el que no es dueño de dominar su humor y *faire bonne mine à mauvais jeu*, debe secuestrarse del mundo y retirarse á una ermita en lo más oculto de un desierto. Si atestiguan un enojo obstinado é inútil, autorizas el resentimiento de los que pueden perjudicarte y á los cuales no puedes corresponder del mismo modo: les procuras un pretexto que quizá desean para romper contigo y hacer que sientas su brazo; á la vez que una conducta opuesta los contendrá á lo menos dentro de los límites de la decencia y pondrá freno á su malicia; además de que, los caprichos, el mal humor y el despecho, son cosas extremadamente bajas y vulgares. *Un caballero no las conoce.*

Veo con el mayor gusto que muy pronto tendrás á Voltaire en Manheim: te encargo que á su llegada le presentes mil cumplidos de mi parte. Admiro sus talentos como poeta épico, dramático y lírico, y como escritor prosaico: creo que con justicia puede aplicarsele *nilil molitur inepte*. Deseo con impaciencia leer su edición correcta de *los Anales del Imperio*. Supongo que el *Compendio cronológico de la Historia universal* que he leído, es una parte imperfecta de los Anales publicada sin su consentimiento; sin embargo, defectuosa como es, aclara el caos de la historia de siete siglos atrás en mayor grado que ninguna otra obra de este género. Tienes razón de decir que á mí no gusta el estilo ligero y florido, como lo hacen todos aquellos que tienen algún gusto y talento. Confieso que el estilo debía ser más ó menos florido según el asunto; pero al mismo tiempo sostengo que no hay asunto que no pueda adornarse propiamente con cierta elegancia y belleza de dición: ¿Puede haber cosa más adornada que las obras

(a)

Saggio guerriero antico  
Ma non feroce in fretta;  
Esaminò il nemico,  
Il suo vantaggio aspetta:  
E gli impeti dell'ira  
Cauto frenando va.  
Move la destra e il piede,  
Finge, s'avvanza, e cede,  
Fin che il momento arriva  
Che vincitor lo fa.

(METASTASIO.)

filosóficas de Cicerón, y también las de Platón? Si se han conservado y llegado hasta nosotros después de tantos siglos, es únicamente por su elocuencia; porque su filosofía es pobre y sus razonamientos miserables; mas la elocuencia agrada siempre como agrado en la antigüedad. Aplícate á adquirirla y mirala como objeto de tus pensamientos y de tu atención. Acostúmbrate á hablar con elegancia, y este acertado paso facilitará tus discursos en el parlamento. Elige algún asunto político; extiéndelo según tus ideas; considera lo que puede decirse en pro y contra, y escribe estos razonamientos en el inglés más correcto y elegante que puedas; v. g. : el aumento de la fuerza permanente, la creación de ciertos empleos etc. En cuanto á lo primero, considera por una parte los peligros á que se expone un país libre conservando sobre las armas una numerosa fuerza permanente, y por la otra la necesidad de rechazar la fuerza con la fuerza. Examina si un ejército no es, considerando ciertas circunstancias, un mal necesario para evitar mayores peligros. En cuanto á la segunda cuestión, hazte cargo de la servil e inexcusable complacencia que los hombres muestran por la corte, con gran detrimento de su país, cuando aquella les brinda con empleos; y por otra, examina si estos empleos pueden considerarse como adecuados para producir este efecto en personas íntegras y acudaladas, que son las que se interesan en la tranquilidad de su patria más que en la consecución de empleos precarios é inciertas. Preponde estas cuestiones; resuélvelas con todos los argumentos que el alma puede sugerirte por ambas partes, y redáctalas en estilo elegante; esto te preparará para los debates de la cámara y te procurará una elocuencia habitual. No daría yo un cuarto por aquella elocuencia de días de fiesta que se muestra una ó dos veces en el curso de una sesión en tono declamador; la elocuencia que yo gusto es de todos los días, habitual, fácil, que no sólo aclara los negocios, sino que los presenta de un modo agradable aun para aquellos mismos que no puedes convencer y que no desean ser convencidos. Puedes adquirir y familiarizarte con esta elocuencia con tan poco trabajo como el que te costaría bñlar un minué; lo bailas maquinalmente y no obstante muy bien sin pensar en ello.

Cuando nos veamos en Spá, en Julio próximo, tendremos muchas conversaciones serias que procuraré te sean útiles por la experiencia que tengo del mundo, y espero que atenderás á mis consejos más que á tus nociones juveniles sobre hombres y cosas.

Con el tiempo descubrirás que la mayor parte son erróneas, y si persistes largo tiempo en ellas notarás muy tarde tu error; pero si quieres ser conducido por un guía seguro que ciertamente no te extraviará, reírás dos cosas que rara vez se dan la mano, la vivacidad y fuego de la juventud, y la discreción y la experiencia de la vejez. A Dios (a).

Londres, 5 de Abril de 1734.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta de 20 de Marzo con la inclusa para M. Eliot que está muy de mi gusto; se la envío con M. Harte, que partirá mañana para Cornualla.

Voó con gusto que te ejercitas en las traducciones; para mi cualquier autor es bueno con tal que te procure la ocasión de escribir correcta y elegantemente. La *Fida de Sixto V.* es el mejor de los innumerables libros de Gregorio Leti, que los italianos llaman con razón *Leti eoa libri*. Para mí sería mejor que tradujeses algunos trozos de elocuencia antiguos y modernos, que te procurarán una afluencia de ideas y una forma de expresión más oratorias. Sueles emplear en tus cartas algunas palabras que, aunque correctas y muy inglesas, han perdido su elegancia y aparecen hoy afectadas, y en cierto modo bíblicas. Cada lengua tiene sus particularidades establecidas por el uso y, buenas ó malas, debe uno conformarse con ellas. Podría citar más de un ejemplo absurdo en varias lenguas, pero como se miran autorizados por el *jus et norma loquendi*, debe uno seguirlos. Sucede con los idiomas lo que con las maneras, que hallándose estable-

En Abril 2. El autor á M. Desrolles.

... El parlamento se disolverá el sábado próximo, y el bando para las nuevas elecciones se publicará el martes siguiente, desde cuya fecha hasta cuarenta días después, podéis estar seguro de que la mayor parte de los habitantes de este reino estarán constantemente ebrios. Mi muchacho será elegido sin la menor oposición al trabajo por el pueblo de Liscaur, en Cornualla; pero como fácilmente lo sapondréis, no *gratis*. No importa; era absolutamente necesario que entrase en el parlamento. Actualmente se halla en Manheim, y debe venir á Spá, y á nuestro regreso á Inglaterra, os besará las manos en Bruselas. Me honjeo de que se distinguirá en la Cámara de los comunes, en donde las maneras, las atenciones y las gracias, no son ciertamente los requisitos más necesarios.

Tt.

cidas por gentes de distinción, es necesario imitarlas. La singularidad sólo es perdonable en la vejez y en el retiro. Yo puedo actualmente usar de cuanta singularidad me plazca, pero no sucede lo mismo contigo. Cuando nos veamos discutiremos estos y otros puntos, con tal de que me favorezcas con tu atención y confianza, porque sin esto es inútil aconsejar ni á ti ni á nadie.

Espero tu resolución: ¿en dónde te propones pasar el tiempo hasta fin de Junio, época en que debemos vernos en Spá? Yo elegiría La Haya, como te dije otra vez; sin embargo, no tengo objeción que hacer respecto de Dresde ó de cualquiera otro lugar que prefieras. Si fuere Holanda, pasará por Treves, Coblenza y Busseldorf: otro que aun no has visitado estas tres ciudades. En Manheim puedes obtener cartas de recomendación para las cortes de Treves y de Colonia que no has visto, y yo desearía que las conocieses todas: *oia hæc menassa yarabit*. Es útil ver lo que otros han visto, y muy perdonable el orgullo de conocer lo que los otros ignoran. En el primer caso eres igual y en el segundo superior á los otros. Como tu morada en el continente no debe prolongarse, te encargo que veas, en el corto tiempo que te resta, cuantas cosas y hombres puedas. Es inenarrable la ventaja que retiramos de haber visto más cosas, más hombres y más países que otras gentes: retiramos crédito, nos vemos consultados, nos atraemos la consideración de la sociedad; y no nos mostramos extraños á ninguna de las materias sobre que versa la conversación; conocemos todos los lugares, costumbres, cortes y familias de que pueda tratarse y llegamos á ser, como lo observa justamente M. de Maupeituis, *de todos los países, como los sabios son de todos los tiempos*. Felizmente tú tienes estas dos ventajas: sólo te falta el talento de hacerlas valer, sin lo cual sería lo mismo que no poseerlas. Recuerda aquella máxima de la Bruyère: *on ne vaut dans le monde que ce qu'on veut valoir*. El conocimiento del mundo te enseñará hasta qué punto conviene que dejes ver lo que vales: por una parte no debes mostrarte indiferente á este respecto, y por otra no debes mostrar una superioridad ofensiva: pero en todo caso es mejor hacerse valer más que menos. A Dios.

Bara, 27 de Noviembre 1754.

MI QUERIDO AMIGO,

Te felicito con todo mi corazón por haber perdido tu donceller política (*political maidenhead*) sobre lo cual he recibido noticias satisfactorias de diferentes partes. Se me dice que te detuviste algún tiempo en tu carrera, pero que cobraste aliento y la terminaste bien. Este accidente no me sorprende ni inquieta, porque recuerdo la terrible emoción que yo sentí en igual caso. Requiriéndose una dosis de impudencia poco común para no mostrarse embarazado en esta ocasión, no sabría yo decir si después de todo no me alegro de que te detuvieses. Es menester que trates de reanimarte y de acostumbrarte poco á poco al sonido de tu voz, y al acto, por insignificante que parezca, de levantarlo y de tomar asiento. Nada contribuirá á esto más que el tomar parte en las comisiones de por la noche ó en los estatutos particulares de por la mañana, promoviendo cuestiones cortas, ó proponiendo la audición de testigos; esta corta tarea te fortalecerá en extremo. Se me dice que este accidente te ha mortificado mucho, pero sin razón; debes considerarlo como un arrimo de espuela y no como un barboquejo. Persevera y no dudes de que al fin todo irá bien. No quiero decir por esto que perores todos los días y sobre todas materias; tampoco te aconsejaría que hablastes sobre asuntos públicos durante algún tiempo, uno ó dos meses: mi intento es que nunca pierdas de vista este grande objeto; prosíguelo con atención, pero prosíguelo siempre. *Pelotez en attendant partie*. Bien sabes, porque te lo he dicho siempre, que hablar en público sólo es una treta, y aquellos que más se aplican están seguros de hacerlo mejor. Dos antiguos miembros de la cámara, muy buenos jueces, me han cumplimentado esta ocasión, asegurándome que indudablemente *todo irá bien*, aunque notaron, por la natural confusión en que te hallabas, que no habías dicho todo, ni quizá aquello mismo que fué tu ánimo decir. En resúmen cuentas, has comenzado bien y esto debe servirte de estímulo para continuar. Por lo tanto observa asidua y cuidadosamente todo lo que pasa en la cámara; porque sólo la práctica y la experiencia pueden formarte para los debates.

Aunque he jugado poco aquí, he ganado, pero no tanto, ni aun con mucho, todo lo que has oído decir. Juego regularmente

á prima noche desde las siete hasta las diez, una corona en cada partida de *whist*, únicamente para provecho de mis ojos ó impedir que lean ó escriban tres horas á la luz del candel (a). Á Dios.

BATH, 14 de Diciembre de 1756.

MI QUERIDO AMIGO.

¿Qué puedo decirte de nuevo de este lugar, donde cada día se asemeja al anterior, aunque no los paso tan agradablemente como Antonio, según él mismo escribía? Las nonadas de hoy son las mismas de ayer y serán también las de mañana, sucediéndose con tanta regularidad como las horas del día. Dirás que esto es tedioso, lo confieso; pero ¿qué he de hacer? Separado de la sociedad por mi sordera y abatido por mi mala salud, ¿dónde podría estar mejor? Me preguntarás quizá, ¿dónde podría estar peor? sólo en prisión ó en galeras y es verdad. Felizmente toco la época que he fijado para mi regreso á Londres, adonde no me invita la política ni los placeres; una y otros me son enteramente extraños. Lo único que deseo es entrar en mi casa, que, como dice el proverbio vulgar, *is home, be it never so homely*.

Parece que la combinación política está lejos de arreglarse. M. Fox que pasó por aquí para ir á casa de su hermano, con quien se proponía pasar un mes, se vió inesperadamente detenido por un expreso que recibió de sus amigos para que al momento volviere á Londres y regresó dos días há muy de madrugada. Tuve con él una larga conversación en que se mostró más ó menos franco y muy comunicativo; pero confieso que todavía estoy en tinieblas. En estas materias, como en muchas otras, saber las cosas á medias, que es mi caso, más bien induce en error que á adivinar lo cierto, y nuestra vanidad contribuye á la seducción. Nuestras conjeturas pasan á nuestros ojos por verdades; querríamos saber lo que no sabemos, y á menudo lo que no podemos saber; tan mortificante así es para nuestro orgullo la sola sospecha de ignorancia.

Á Dios. Voy al baile para impedir que mis ojos lean ó que mi espíritu piense.

(a) Como M. Stanhope volvió á Inglaterra, y veía á su padre diariamente, hay una interrupción de dos años en su correspondencia.

BATH, 12 de Enero de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

He esperado con impaciencia que tu desocupación ó tus inclinaciones te permitiesen honrarme con una carta; al cabo he recibido una esta mañana, casi dos semanas después de tu partida de aquí. Dirás que no tentas noticias que comunicarme; bien puede ser, pero sin noticias siempre se tiene alguna cosa que decir á aquellos con quienes uno gusta mantener correspondencia.

Tu observación es muy justa: la Augustísima casa de Austria habría sin duda envenenado días há al rey de Prusia, si estos tiempos fuesen como los de hace uno ó dos siglos; pero ahora que *terras Astrea relinquit*, reyes y príncipes mueren de muerte natural; la guerra en este siglo corrompido se hace con pusilanimidad; se da cuartel, se toman ciudades, los pueblos son perdonados, y aun apenas puede una mujer alimentar la esperanza de ser violentada en un asalto. Por el contrario, era tal la humanidad de los envidiables tiempos antiguos, que los prisioneros morían á millares á sangre fría, y los vencedores no tenían conmiseración por hombre, mujer ni niño. La historia recuerda acciones heroicas de este género en la toma de Magdeburgo.

He diferido mi viaje por una semana, pero no más; nota que cobro un poco de fuerza y de carne, y esto me ha decidido á prolongar por algunos días mi residencia aquí.

Si no hubieres leído los *Ensayos de Hume*, léelos; son cuatro volúmenes pequeños. Yo acabo justamente de leerlos y me han gustado bastante. Sus ideas son imparciales, profundas, nuevas por lo regular y á mi parecer justas. Á Dios.

BLACKHEATH, 17 de Septiembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Lord Holderness ha tenido la bondad de comunicarme las notas oficiales que hasta hoy te has enviado de fechas 15, 19 y 23 de Agosto; y también un extracto de la que él te dirigió el 9 del corriente. Mucho me han gustado todas estas notas, pero lo más



lisonjero es, que el rey mismo las ha visto con placer. No há tres dias que hablando de ti dijo á M. Munchausen : *Comienza bien, y me gustan tus cartas; con tal que, como la mayor parte de mis ministros ingleses en las cortes extranjeras, no le entre después la pereza.* Esto encierra una alabanza lisonjera, y al mismo tiempo una prevención. Lo que Lord Holderness le recomendó por orden del rey, implica también cierto grado de aprobación; porque *una tinta más negra, y una letra más grande* dan á conocer que S. M., cuya vista se ha debilitado, tiene intención de leer todas tus notas. Por lo tanto, te encargo que no dejes de emplear la tinta más negra que pudieres conseguir, y cuida de que tu secretario: cuya letra es hermosa, escriba en caracteres más grandes.

Si hubiese yo solicitado para ti un empleo ventajoso, no habria podido desearte nada mejor; el resto dependerá enteramente de tu manejo; y debo decir que ya comienzo á alimentar mejores esperanzas que antes, porque sé por experiencia que mientras más se trabaja más amor se cobra al trabajo. Todos somos más ó menos animales de costumbre. Tengo bien presente que cuando me hallaba empleado, escribía todos los dias cuatro á cinco horas con más gusto que veinte ó treinta minutos actualmente; y es esto tan cierto, que cuando un hombre ha dedicado la mitad del día á los negocios, el resto le es más agradable. Cuando estaba yo en La Haya nunca gustaba más de la sociedad, ni me hallaba yo mismo más sociable, que en las cenas los dias de correo.

Considero actualmente á Hamburgo como el *refugio de los alemanes*. Si entre los refugiados hay algunos de Hannover, te encargo que les muestres una atención particular. ¿Cómo encuentran tu casa? ¿Es cómoda? ¿Has empleado ya tus *cazuelas*? Las cenas cortas y delgadas son menos costosas, y al mismo tiempo corresponderán mejor al intento que las comidas abundantes para numerosa compañía.

No dudó que habrás escrito al duque de Newcastle, y también á los ministros tus colegas en el departamento del norte. Por el amor de Dios, procura ser diligente, activo é infatigable en los negocios. Solo necesitas trabajo é industria para llegar á ser algún día lo que quisieres en la carrera que has comenzado.

Por aquí no se piensa ni habla más que de Brest, punto adonde todo el mundo cree que debe dirigirse nuestra grande expedición. Es un objeto de la mayor importancia. Supongo que se trata de caer de *sopetón*, ó de otro modo nada se logrará. Si el aconteci-

miento es feliz, la Francia se verá obligada á mezclar un poco de agua en su vino. Por lo que hace á mi opinión particular, confieso que mis deseos de que triunfemos son mayores que las esperanzas que de ello tengo. Si esta expedición se malogra, *magis tamen excidit ausis*, y esto valdrá más que la conducta lánguida de nuestras últimas operaciones.

Para hablarte de una persona respecto de la cual me muestro de lo más indiferente, y que no es otra que yo mismo, vegetal aún, como lo hacia cuando nos separamos; pero creo que comienzo á sentir los efectos del otoño de este año, del mismo modo que los del otoño de mi vida. Sentí una incomodidad interior que llevaré conmigo á Bath por unas tres semanas; allí espero dejarla como lo hice el año pasado. El mejor cordial que podria yo tomar sería saber de cuando en cuando que eres industrioso y diligente, porque en este caso oiria yo hablar de tus habilidades. Recuerda tu lema : *nullum in venum abest si sit prudentia*. Nada es más cierto. Á Dios.

HAMBURGO, 23 de Septiembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Hasta antes de ayer no llegó á mis manos tu carta del 3 datada en el cuartel general de Salsingen, y, por decirlo de paso, no he recibido más de esta y otra después de tu llegada á Hamburgo. Sea cual fuere la causa que te ha llevado al campamento, apruebo el resultado, porque queria que vieses cuanto podia ser útil. Este es el conocimiento verdaderamente provechoso, porque nos instruye y mejora en la juventud, y nos divierte así como á los otros en la vejez : *Optimæ hæc meminisse juvabit*. Descarta que apuntases en un libro, pero sé que no te gusta, todo lo que veas ó oigas digno de notarse; no quiero decir un *album* germánico, emborrado con nombres ó sentencias latinas, sino un libro tal que de aquí á treinta años darías una buena suma por haberlo escrito (4).

(4)

El escribir lo que importa  
Es útil y necesario,  
Porque si lo has menester  
Lo tienes más á la mano.

Dime si S. A. R. te acogió benignamente, porque tengo más dudas. Me parece que la neutralidad que ha ofrecido al mariscal de Richelieu, impedirá esa sangrienta batalla que esperas; mas ¿qué dirá con tal motivo el rey de Prusia? Era el único aliado que teníamos, y es probable que á esta hora no contemos con ningún otro en el mundo. Si el rey de Prusia puede llegar á tiempo para atacar á M. de Soubise y al ejército del Imperio, antes que se les reanun otras tropas, pienso que los derrotará. ¿Pero qué significará esta victoria? Tendría después que hacer frente á trescientos mil hombres. Fuerza es que sucumba; pero podrá decir con verdad: *Si Pergana dextra defendi possent*. La última refriega entre los prusianos y los rusos, no ha hecho más que disminuir la especie humana sin dar á ningún partido la victoria; y la prueba es que cada uno se la atribuye. Á fe mía que nuestra especie pagará muy caro las querellas y la ambición de algunos, que no son, ni aun con mucho, la porción más recomendable. Si el mayor número fuese más prudente, estos cuantos serían más tranquilos y quizá más justos y mejores de lo que son.

Veo que Hamburgo hormigüea en *Garia, Grafins, Furts y Durchlauchtis*. Celébralo mucho, porque necesariamente te has de ver en medio de ellos; y lo que más me agrada es que debes usar un poco de ceremonia, cosa que á ti no te gusta; sin embargo, es útil.

Te encargué en mi última, y te lo repito ahora, que me hagas una resúea de tu vida privada y doméstica. ¿En dónde pasas por lo regular la prima noche? ¿Tienes ahí lo que en Paris llaman *des maisons* á donde se va sin ceremonia y donde se cena cuando uno quiere? ¿Has sido introducido en algunas sociedades? ¿Cuentas entre los ministros tus colegas algunos de buen sentido y quienes son? ¿Qué especie de óperas se representan ahí? Supongo que la tenura no es su parte sobresaliente, porque *mien lieber schatz* y las otras delicadezas de la lengua teutónica, formarían un concierto extraño con la música tierna. Dime cómo pasas el día entero. Espero que consagras cuatro horas por lo menos en escribir, y las otras no podrás emplearlas mejor que en

Si las cosas importantes  
A la memoria confías,  
Cuando quieras encontrarlas  
Tal vez estarán perdidas.

(D. E.)

Tr.

placere *liberales*. En una palabra, hazme una relación completa de tu vida como particular y no como diplomático. Me gusta ver de trapillo más bien que de gala á las personas que me interesan, porque así las conozco mejor. Te encargo el método y el orden en todo. ¿Lo observas en tus cuentas? Si no las llevas exactamente, siempre serás un mendigo, aunque tuvieses el sueldo de un embajador extraordinario; y si como ministro no tienes horas fijas y regulares para tal ó cual ramo de tus negocios, siempre te verás abrumado de quehaceres y lleno de tráfigo, como el duque de N.... haciendo las cosas á medias y nada como es debido ni á tiempo. Supongo que te miras festejado por *todo el cuerpo diplomático de Hamburgo*, excepto M. Champeaux con quien sin embargo, espero vives bajo el pie de cortesanía en lugares neutros. Ya te he dicho cuánto por ahora tenis que decirte. Te deseo buena caza y buenas noches.

BLACKHEATH, 30 de Septiembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Tengo tan pocas cosas que hacer, que me admiro cómo puedo hallar tiempo para escribirte tan á menudo. No te pases de esta aparente paradoja porque es una verdad incontestable. Mientras más desocupado se halla uno, menos tiempo tiene para hacer lo poco que se propone; hoxezamos, difecimos, no tenemos tiempo de hacer tal cosa descansadamente, y de este modo rara vez llega el momento de ejecutarla; á la vez que los hombres muy ocupados, tienen, como se dice vulgarmente, que amortizar los negocios, y siempre encuentran tiempo para todo. Espero que á esta hora tu propia experiencia te ha de haber convencido de esta verdad.

Recibí tu última del 8. Ahora si que está en gran riesgo el grande hombre; siempre lo será aunque muy desgraciado. Tiene todas las cualidades de alma para sobreponerse á todos sus infortunios; y si es finalmente vencido, como puede suceder, en su marcha á Brandeburgo, encontrará en sí mismo consuelo, y en el mundo la reputación de filósofo, legislador, protector y profesor de las artes y de las ciencias. Sólo perderá la fama de conquistador, título odioso, que se funda únicamente en la destrucción del género humano. Si pudiese servirle de satisfacción,

podría yo decirle que hoy es el hombre más popular en este reino. Toda la nación está mirada con esa neutralidad que apresurará y consumará su ruina. Te diré al oído que la indignación del rey al leer los artículos no fué menor; y esto ha afectado más su salud que todo lo acontecido anteriormente. En verdad, me parece que esto es consentir voluntariamente en todo lo que podía resultar del acontecimiento más desfavorable. Comenzamos ahora á creer que nuestra grande expedición secreta tiene por objeto la Martinica y Santo Domingo; si es cierto y salimos bien en la empresa, recobraremos, y los franceses perderán, uno de los ramos más protegidos de su comercio, el azúcar. Se me ha dicho, y lo creo en efecto, que negociamos actualmente con los corsos. No quiero llamarlos rebeldes, sino defensores de sus derechos naturales. El proyecto es recibirlos con la forma de gobierno que ellos estiman á propósito establecer bajo nuestra protección, con tal que pongan en nuestro poder el puerto de Ajacio, que puede ser muy bueno y bastante fuerte para compensar la pérdida de Mahón; este plan me parece bueno. Aunque los corsos sean crueles y perversos, su propio interés y su peligro les obligarán á adherirse á nosotros; es un lazo seguro con brillos pero no con necios.

Habiéndote dicho todo lo que sé, á he oído, de los negocios públicos, hablemos de lo que te concierne más particularmente. Recíbeme en tu gabinete al lado del fuego, y escríbeme en lo suegivo como si conversases ahí familiarmente conmigo. ¿Has dispuesto todos los *particellos*? ¿Has formado lo que las gentes llaman *relaciones*, es decir, ciertos conocimientos que por accidente ó elección frecuentés más que otros?

M.\*\*\* debe casarse dentro de un mes con M.\*\*\* de lo cual me alegro. Como nunca será hombre de mundo sino que llevará una vida muy retirada, parece que ella ha sido hecha á propósito para él, porque es naturalmente silenciosa é inclinada á la vida doméstica; se diría que sus tias la educaron en la nieve y no en terreno cálido, como lo son en el día la mayor parte de nuestras jóvenes. Si de aquí á tres semanas le escribes una carta felicitándolo con tal motivo, su madre y *tutti quanti* la leerán con mucho agrado. Buenas noches, y Dios te bendiga.

Blackheath, 7 de Octubre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Con alguna pena robo este momento de ocio á mi extremada indolencia, para informarte del sorprendente y lamentable estado en que se hallan nuestros negocios, sobre los cuales los papeles públicos te darán nociones imperfectas, y tu correspondencia particular te hará relaciones parciales. Nuestra invencible armada, que costó cuando menos medio millón, dió la vela como sabes, hace tres semanas. Su destino era un secreto inviolable, las conjeturas numerosas y grandes las esperanzas. Brest va quizá á ser tomado, ó cuando no, la Martinica y Santo Domingo. ¡Ahora bien! la importante isla de Aix cayó en nuestras manos sin la menor resistencia, con seiscientos prisioneros y unos cuantos cañones. De allí navegamos hacia Rochefort que parecía ser nuestro principal objeto, y por consiguiente debíamos suponer que había á bordo buenos pilotos que conociesen los bajos y los puntos de desembarco: pero no, porque el general M... preguntó al almirante si podía desembarcarse con sus tropas cerca de Rochefort, á lo que contestó que la cosa era muy fácil; mas el general quiso saber si podría después volverse á embarcar, y el almirante le dijo que esta operación, semejante á todas las navales, dependía del viento. En este caso, dijo el general, tomáremos otra vez el camino de Inglaterra. Se reunió inmediatamente un consejo de guerra, en que se resolvió unánimemente que la prudencia exigía regresar, y en efecto están en camino. Como la nación había concebido las mayores esperanzas, este malogrado plan ha llenado de indignación á todo el mundo. Dudo que el fermento de los espíritus haya sido nunca mayor. Las desgracias son de toda especie é infinitas; pero generalmente se cree que la cola de la neutralidad de Hannover, como la de un cometa, se ha extendido hasta Rochefort; y lo que da cuerpo á esta sospecha es, que un navío de guerra francés cruzó nuestra escuadra apostada cerca de Rochefort. Se renueva toda la historia de Hadlock: las representaciones de Michel se combinan con otras circunstancias; y todo esto forma una masa de descontento, de cólera y aun de furor, que excede á todo cuanto se ha visto en este país. Estos son los hechos, deduce ahora lo que te parezca. Yo me pierdo en conjeturas y sorpresas sin saber en qué fijarme.

La experiencia me ha enseñado que diversas cosas que parecen extremadamente probables no son verdaderas, y otras que se presentan como muy improbables, se encuentran ser lo contrario, de modo que terminarás como Joseph á cada artículo de su historia: *De esto cada uno creerá lo que quisiere.* ¡Qué año tan vergoñoso en los anales de este reino! ¡Ojalá y su genio, si vuelve alguna vez, despedase estas hojas amuchadas con nuestra ignominia!

Nuestros negocios domésticos, por lo que yo sé, se hallan casi en el mismo estado que cuando te escribí mi última: pero habrá algún movimiento al acercarse la sesión, cuando el duque vuelva. El populacho de Londres espera su llegada con impaciencia; pero no para regar el camino de flores. Á Dios.



LONDRES, 17 de Octubre de 1737.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu carta de 30 del pasado fué en verdad excelente, y yo creería la mitad de lo que dices cuando asegurás que correspondiste al Langrave sus cortesías. No me es posible ir más allá de esta mitad sabiendo que no eres pródigo de palabras, sobre todo en aquella especie de elocuencia llamada *abulatoria*.

Escucha ¡Oh Israel, y maravillate! El domingo por la mañana renunció el duque su comisión de capitán general y el mando de su regimiento de guardias. Me preguntarás por qué y no puedo decirte lo; pero te expondré las causas que se señalan, aunque quizá ninguna es la cierta. Se dice que el rey le reconvinó por haberse excedido en sus facultades en la convención de Hannover, cargo que S. A. negó formalmente y dió su dimisión. Este acontecimiento ha producido mil conjeturas en el público; pero no quiero cansarte ni cansarme yo con ellas, porque ni esta hoja ni una mano de papel bastaría para referirte las.

Los adictos á S. A. echan toda la culpa á los ministros hannoverianos, sobre todo, á nuestro amigo Munchausen; pero no sé qué grado de crédito pueda prestarse á esto. Lo que hay de cierto es, que toda la trama de este negocio fué urdida por los ministros de Hannover y por M. de Steinberg en Viena, sin que los ministros ingleses supiesen nada antes de que se pudiese en planta. Este negocio combinado (porque las gentes se mueren por combinar), con el sorprendente regreso de nuestra gran armada,

no sólo *reinfectá*, sino *intentatá*, forma tal baturrillo de reflexiones, conjeturas y sospechas, que se cansa uno de oirlas. Nuestros Tacitos y Maquiavelos van á lo profundo, sospechan lo peor, y quizá, como sucede á menudo, pasan el límite. Por mi parte confieso francamente que estoy desorientado, y que no sólo carezco de *postulata* para fundar mi opinión, pero ni aún para establecer algunas conjeturas. Creo pues que este es el lenguaje que debes emplear con todos aquellos que te hablaren sobre el asunto, como no dejarás de suceder. Alega, como fielmente puedes hacerlo, tu propia ignorancia sobre materias tan delicadas á tal distancia, y sin saber pormenores de que no puede suponérsese instruido. Por lo que hace á la dimisión del duque, pienso que deberías decir que quizá manifestó mucha vivacidad en este caso; pero que considerando bien el negocio, no dudas que todo se arregle de nuevo, como lo creo en verdad. En estas ocasiones delicadas es necesario emplear cierta *sofisma* ministerial, porque las gestiones silenciosas á que tú te inclinarias no serían suficientes; es necesario decir algo que bien analizado venga á reducirse á nada; v. g.: *Ciertamente que se pierde uno en tal laberinto; pero ¿qué quiere Vd. que yo diga?* — *Mucho hay en favor y mucho en contra; — un enviado de mi categoría, por más que se empine, no puede ver el fondo del saco; — esperemos.* — Estas formulas expletivas, estos eufios son muy útiles, y entre diez personas hay nueve que piensan que significan algo. Por lo que hace al Langrave, creo que harías bien de decirle con aire de confianza, que sabes de buena tinta que la principal objeción de S. M. al imponerse de la convención fué, que no se consideraron suficientemente los intereses de S. A. ni los de sus tropas. Asegura resultantemente al ministro prusiano, que sabes de ciencia cierta, que el objeto principal de la atención de S. M. Británica y de su ministerio, no sólo es llenar los actuales compromisos con su soberano, sino contraer otros aun más fuertes para sostenerlo; esto es cierto, á lo menos hasta ahora.

Has hecho bien de invitar á comer al conde Bothmar. Ya ves cuán bien informado estoy de lo que haces, aunque no por tu conducto. Á Dios.

BATA, 26 de Octubre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Llegué aquí salvo pero no muy sano el domingo pasado. Por consiguiente, sólo he tomado las aguas tres días, y sin embargo ya me encuentro mejor. La noche anterior á mi salida de Londres fui á casa del duque de Newcastle, en donde las cartas llegadas por la mañana se hallaban sobre la mesa, y Su Señoría me mostró la tuya con elogio, asegurándome que no había agrado menos á S. M. Á estas dos aprobaciones agregó yo la mía, que sin novedad puede quizá ser tan buena como las otras dos. En esta carta aventuras muy á propósito tus pequeñas reflexiones, y excusas muy bien tus conjeturas. Continúa con perseverancia y llegarás á ser lo que ya desesperaba ver en tí, alguien. Estoy persuadido de que, si confías la verdad, te sientes más satisfecho de tí mismo que cuando no hacías nada.

La aplicación á los negocios, cuando se mira acompañada del buen resultado y de la aprobación, lisonja y anima al espíritu que la ociosidad y la inacción estancan y patrillean. Descarta que todo hombre racional se preguntase todas las noches antes de acostarse: ¿Cómo he pasado el día? ¿He hecho algo provechoso para mí ó para los otros? ¿He empleado mi tiempo ó lo he desperdiciado? ¿He vivido ó he dormitado en la indolencia y la pereza? Un ser pensador debe estar contento y consernado según pueda responder á estas preguntas (a).

No se habla en Londres, aquí y en todo el reino, más que de nuestra grande, costosa y sin embargo, inútil expedición. Yo he conversado con un oficial que asistió á ella, hombre de seso y observador, y me dijo que si hubiésemos atacado á Rochefort al siguiente día de la toma de Aix, el triunfo habría sido infalible; pero que habiéndonos entretenido, ¡ Dios sabe por qué! en la isla ocho ó diez días, la empresa no era ya practicable, porque en este

(a) Quand l'honneur du sommeil vient fermer le paupière  
Sur le jour qui n'est plus par un regard sévère;  
Sur le bien, sur le mal, interroge ton cœur;  
Sois toi-même ton juge et ton accusateur.  
Le repentir du mal te rendra l'innocence,  
Le souvenir du bien sera ta récompense.

(Pitágoras, trad. de Cuvierussière.)

intervalo, los franceses habían reunido todas las tropas de los alrededores en número considerable.

¿Visitas á Soltikow ministro de Rusia? He sabido que su casa es el gran teatro de los placeres en Hamburgo. Á pesar de lo bárbaros que son actualmente sus compatriotas, más de lo que antes eran, han atesiguado muy poco respeto por las nociones todavía más bárbaras del derecho divino, hereditario ó inviolable. Las cohortes pretorianas, ó en otras palabras, las guardias, han sido probablemente seducidas en favor del príncipe imperial; pero á pesar de eso, creo que oiremos hablar de *John Archangel*, á menos que no se evite el suceso con una poción calmante de cicuta ó de verbanora; porque no me parece que han llegado aún á los venenos civilizados y de buen tono, como *l'acqua tofana* (a), conlles con plomo, etc. Buenas noches.

BATA, 4 de Noviembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Los hijos de la Bretaña, á semejanza de los de Noé, deben cubrir cuanto sea posible la vergüenza de su padre, porque ya es tarde para reparar su honor. Realmente podría creerse que nuestros ministros y nuestros generales se hallaban tan ebrios como el patriarca. Sin embargo, en tu situación no debes obrar como Cham; extiende, por el contrario, tu capa sobre nuestra vergüenza hasta donde te fuere dable. M... pide á gritos que se le forme causa; y en esto, pero en esto solamente, está de acuerdo con el público. Habrá sin duda un proceso, pero todavía no se sabe de qué especie; unos opinan por una sumaria en el parlamento, otros por un consejo de guerra; pero ni lo uno ni lo otro descubrirá el verdadero secreto, porque secreto lo hay sin que quepa la menor duda. Ningún viviente puede concebir por qué permaneció nuestro ejército seis días en la isla de Aix, mientras que los franceses aprovechaban el tiempo rumiendo, como era natural; las tropas de los alrededores de Rochefort y hacían impracticable todo proyecto de ataque. Al siguiente día de la toma de Aix, tu amigo el coronel Wolfe ofreció públicamente aventu-

(a) Veneno lento, semejante al agua pura, inventado por una mujer de Nápoles llamada Tofana.

Tr.

rar el ataque con solos quinientos hombres y tres buques. Hay en todas estas complicadísimas máquinas de política tantas ruedas sobre ruedas, que siempre es dificultoso, y á veces imposible, adivinar cuál es la que dirige el todo. M. Pitt está persuadido de que la principal rueda, ó si quieres el *radio de su rueda*, viene de Stade.

La sesión del parlamento será ciertamente muy numerosa, aunque no fuese sino por curiosidad; pero me atrevó á decir que la mayoría por el partido de la corte será grande. Por inclinados que se hallen á la posición los partidarios del duque, no podrán retirar su apoyo al soberano; sus empleos, que no desean perder, les harán tratables; porque estos caballeros, aunque todos hombres de honor, son de la opinión de *Sosias*: que el verdadero *Anfitrión es aquel en donde se come*. Parece que la puerta no sólo está cerrada sino bien atrancada contra el regreso del duque, por el nombramiento de Sir Ligonier, general en jefe de todas las tropas de S. M. Británica, y tengo fundados motivos para creer que esta brecha es irreparable.

Á menudo he deseado, pero en vano, el favor de ser introducido en tu gabinete de Hamburgo, y que me informes de la vida que llevas. Espero y creo que empleas toda la mañana en los negocios; pero dime en qué te ocupas el resto del día, que supongo es y debe ser empleado en diversiones y placeres. ¿En qué casas vives como amigo? ¿Á quiénes recibes bajo el mismo pie? en fin, no me niegues tu puerta.

Yo me hallo aquí como de costumbre, viendo pocas gentes, oyendo menos, tomando regularmente las aguas y sitiando algún alivio. Leo mucho y alterno á mi fantasía esta sociedad con los muertos. Por la mañana, mientras mi cabeza está libre y mi atención más vigorosa, converso con graves *in folio*; después de comer tomo los tu cuarto menos severos, y por la noche elijo la compañía variada y el entretenido chachareo de los *in octavo*. Saco *partido de todo cuanto puedo*; esta es mi filosofía, y calmo cuanto es dable los males desviando mi atención de otros objetos. Á Dios.

BATH, 20 de Noviembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Si te escribo actualmente es por el placer que disfruto al hacerlo, complaciéndome en la creencia de que recibes con gusto mis cartas; sin esto, muy poco tendría hoy que comunicarte, porque para ti no es noticia la última victoria del rey de Prusia, sobre cuyo suceso te hallas mejor informado que yo. Este triunfo ha causado infinita alegría á la multitud, que sin reparar en lo avanzado de la estación y de la guerra, no ve que las consecuencias no pueden ser grandes. Seis ó siete mil hombres menos de los que había hace un mes en el mundo, es á mis ojos el único resultado de esta victoria. Sin embargo, me alegro en obsequio del rey de Prusia á quien deseo más gloria como hombre que como rey. Es indudablemente un hombre tan grande, que si hubiese vivido hace diez y siete siglos y nos hubiese sido transmitida su vida en algún idioma que no entendiésemos muy bien, quiero decir, griego ó latín, habríamos hablado de él, como lo hacemos de los Alejandro, de los Césares y de otros personajes sobre los cuales creemos nociones muy imperfectas.

Yo sigo con mis males á pesar de que tomo estas aguas regularmente. Mi permanencia aquí se prolongará seis semanas por lo menos. El sosiego que disfruto en Bath no podría esperararlo en Londres, y mientras las cosas permanezcan en tan miserable situación, no deseo ser consultado ni mucho menos que se hablo de mí. Á Dios.

BATH, 26 de Noviembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí por el último correo tu corta relación de la victoria del rey de Prusia, que contra la costumbre parece haber sido más completa de lo que se habla creído al principio; pero creo que á nada conducirá mientras dure esa formidable alianza formada contra él por tres de las más grandes potencias de Europa. Si se pudiese desbaratar de algún modo, algo se conseguiría, porque de lo contrario todo es inútil. ¿Por qué no trataríamos nosotros de separar á los rusos, así como el rey de Prusia hará probablemente

cuanto pueda para separar á los franceses? Á lo menos, en nuestras presentes desgracias, *omnia tentanda*. Este pensamiento me ocurrió esta mañana, y te lo comunico no como expediente muy realizable, sino posible, que vale la pena de ensayarlo. El año de subsidios pagados nominalmente á los rusos por la corte de Viena, y en realidad por la Francia, ha casi expirado. La primera probablemente no puede y la última no quiere renovarlos. La corte de Petersburgo es miserable, prodiga, voraz y nada escrupulosa en los medios de adquirir. ¿Por qué no pondríamos el pie allí para ofrecer más? Si esto se lograra, contaríamos inmediatamente con un ejército formidable que cambiaría el aspecto de los negocios de esta parte del mundo; y si nuestras ofertas son cuantiosas, no creo que la buena fe de aquella corte se detenga en el camino. Estoy seguro de que el rey y el parlamento darían una suma considerable de muy buena voluntad con tal objeto. Además, yo no veo por qué no tratarías tú de mezclarte en este gran proyecto.

Conoces sin duda á Soltikow, ministro de Rusia, ¿por qué no lo sondas, cómo si viniese de ti, sobre este asunto? Puedes preguntarle: «¿Se propone la corte de San-Petersburgo recibir de Francia el año entrante una suma de dinero en cambio de servicios que destruirían las libertades de Europa, y pondrían la monarquía universal en manos de aquella ya grande y siempre ambiciosa potencia? Yo sé que los rusos se creen, ó á lo menos se llaman, aliados de la emperatriz reina, ¿pero no es claro que ella primero y después ellos serán chasquedados por la Francia? El gobierno de Rusia favorece actualmente los negocios de Francia y de Suecia, y esto por una miserable suma muy inferior á la que, estoy seguro, podría obtener añadiéndose á una causa más justa y más conforme á sus intereses. Aunque de ninguna manera estoy autorizado, me es tan conocido el modo de pensar de mi corte, que me arriesgo á proponer á la de Rusia, bajo mi responsabilidad y sin el más ligero temor de que se me desdiga, condiciones mucho mejor que las que se le ofrecen actualmente. Si ese ministro presta oído á esto y á todo lo demás que podrías decirle, y si te pregunta: *¿Puedo escribir á mi corte sobre el particular?* Responde: *Si, si no hay que temer. La responsabilidad caerá sobre mí.* Si esto sucediese, como lo deseo con toda mi alma, escribiré una exacta relación de ello á este ministerio, diciéndole que creíste este paso de tal importancia, que no vacilaste en darlo; pero que has hecho la propuesta por ti mismo sin comprometer en nada al gobierno. Si ves que Soltikow te

escucha, insinúa que en el estado actual de los negocios, y sobre todo por lo que hace al electorado de Hannover, estás seguro de que S. M. mostrará un reconocimiento *sin limites* á todos los que pudieren contribuir á la resurrección de tan antigua y larga amistad. Quizá me dirás que M. Keith tiene sin duda instrucciones sobre este asunto; pero respondo que tú puedes, si quieres, entablar el negocio mejor que él; á lo que se agrega que sea cual fuere el resultado te será muy ventajoso mostrar á este gobierno que tienes una cabeza capaz de concepciones y apta para los negocios.

Hace tres días llegó aquí una conocida tuya; me ha parecido ser una oficiosa yegua baya de buena estampa, cabos negros y crin melada. Fácilmente adivinarás quién es. Vino con mamá y sin el caro sposo. Á Dios. Mi cabeza no me permite continuar.

BATH, 31 de Noviembre de 1757.

MI QUERIDO AMIGO.

Acabo de recibir tu carta del 18 con los papeles incluidos. No puedo menos de observarte que nunca acusas el recibo de las mías.

Fácilmente concibo que el espíritu de partido entre los ministros tus colegas en Hamburgo, suba hasta el punto que dices, porque sin dificultad ergo todas las aberraciones de que es capaz el espíritu humano; pero al mismo tiempo debo observar que tal espíritu es propio de sujetos mediocres, y de ministros subalternos, que se lisonjean de poder suplir á fuerza de celo, su falta de mérito y de importancia. Las diferencias políticas de las cortes no deberían influir nunca en la conducta personal de sus ministros con los de otras naciones.

Por lo que hace á tu pregunta racional y prudente, de si estaba yo autorizado por alguno de nuestros ministros para sugerirte la idea concerniente á Rusia, respondo que no; pero como yo había propuesto, tiempo há, que se ensayase cuanto fuese posible con Rusia, y que se despachase á M. Keith á aquella corte, deseaba que por medio de mis avisos le hubieses tomado la delantera, y adquirieses por lo menos el mérito de haber entablado este negocio con Soltikow. Todo lo que ahora tienes que hacer con este ministro cuando lo encontrases en lugares neutros ó lo visitares (porque

mientras Rusia tenga un ministro en Londres, y otro Inglaterra en Petersburgo, te es permitido ir á su casa), es decirle franca y desembarazadamente: *Tengo esperanzas de que pronto seremos amigos públicos en el mismo grado que lo somos personales.* Probablemente te preguntará cómo y por qué, y le responderás que según sabes M. Keith ha ido á su corte con instrucciones que piensas serán bien recibidas. Hazle creer que la Rusia no puede conservar la Livonia sin cambiar su actual sistema, y que no es posible suponer que los suecos, después de haber recobrado la Pomerania, dejen que la Rusia posea tranquilamente la Livonia. Si es muy afrancesado como dices, responderá á esto de un modo vago; pero como el mejor argumento está por tu parte, puedes recordarle la antigua alianza entre Francia y Suecia, enemigas inveteradas de Rusia. Varias otras razones te ocurrirán necesariamente en caso de entrar en conversacion de esta especie, y es muy oportuno en la diplomacia saber sembrar hábilmente celos entre los enemigos, manifestando aparente preferencia á alguno de ellos.

Te aconsejo que vivas con M. Hecht ministro de Prusia bajo el pie de confianza y de union que la prudencia permita. Digo esto por lo que hace al mismo rey de Prusia, de quien desearia fueses conocido y estimado porque podria serle útil. Las dificultades que rodean actualmente á este soberano son muy grandes; pero si el valor, la habilidad y la constancia pueden superarlas, saldrá triunfante de todos sus enemigos. Su última victoria es ciertamente la más completa de que se ha oído hablar en estos últimos tiempos; deseo con vehemencia que el príncipe de Brunswick alcance otra semejante sobre el ejército de M. Richelieu, que tome prisionero á mi antiguo conocido el mariscal, y que nos lo envíe aquí para perfumarnos (a) y pulirnos.

Te deseo un estilo llano y castizo, muchos años nuevos y felices, bien empleados en el cultivo de tu espíritu y la mejora de tus ma-

(a) El Duque de Richelieu usaba con profusion toda clase de perlas. Voltaire dirigió á los siguientes versos á una Duquesa que debia cantar con aquel personaje:

Un dindon tout à l'ail, un seigneur tout à l'ambre,  
A souper vous sont destinés:  
On doit, quand Richelieu parait dans une chambre,  
Bien défendre son cœur et bien boucher son nez.

Tr.

neras, para que seas útil y grato á ti mismo, á tu país y á tus amigos. El hermano de tu secretario te entregará, casi al mismo tiempo que recibas ésta, una prueba del sincero amor que te profeso.

LONDRES, 8 de Febrero de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Por un mismo correo recibí tus cartas de 13 y 17 del pasado, y ayer otra del 27 con el incluso manifiesto de San Petersburgo. S. M. I. de todas las Rusias se complace en exponer todas las razones, excepto la cierta, que le obligan á enviar sus tropas contra el rey de Prusia. La verdadera, en mi concepto, es que acaba de recibir una suma considerable de Francia, ó de la emperatriz reina; ó de ambos á la vez, para tal intento. *Point d'argent, point de Russe*, ha llegado á ser la máxima del día. Sea cual fuere el motivo de esta marcha, los resultados serán malos, porque me parece que estas tropas van á restablecer á los franceses en Hannover y la Baja Sajonia, y después irán á unirse al ejército austriaco. Me preguntas si desespero aún: no tanto como después de la refriega de Colen. Las batallas de Rosbach y de Lissa han sido como un cordial que me ha reanimado por un momento; mas aunque no desespero absolutamente, confieso que todavía tengo mucha desconfianza. Pronto enviaremos una escuadra al Báltico para ocupar á los suecos, y creo que esto paralizará sus operaciones en Pomerania, de modo que mis temores son pocos por este lado; confieso que la Rusia no se borra de mi memoria.

En el parlamento todo marcha fácilmente. El rey de Prusia ha unido todos los partidos en su favor, y los tories han declarado que abrirán á M. Pitt en esta sesion un crédito ilimitado. No ha habido una sola division en los puntos principales, y creo que durará esta buena armonía. Se hacen preparativos para nuestra expedición á América donde ciertamente somos muy fuertes para desollar vivos á los franceses del Canadá si sabemos manejarlos con habilidad y vigor; pero soy muy modesto para dudar que así sea.

Cuando me hablases de tus cosas particulares, y de ti, como te tengo pedido hace tiempo, no tienes necesidad de ninguna excusa. El yo es tan conveniente y bien recibido con nuestros amigos, como impertinente y fuera de lugar con los extranjeros. Mi deseo



es verte de trapillo al lado del fuego, en tus placeres, en fin, en tu vida privada; esto es lo que todavía no he podido conseguir. Cuando condesciendas con ello, como lo has prometido, apégate á la verdad, porque no me hallo tan desprovisto de noticias de Hamburgo como quizá podrías imaginarte.

Por lo que á mi hacer, me siento malo y cansado de estarlo, y lo peor es que á mi edad hay pocas esperanzas de que sea de otra manera. Á menudo suspiro por el término de esta miserable vida y mi deseo es racional; mas el principio juro de nuestra conservación, sabiamente injerto en la humanidad, opone sus razones á este deseo, y me obliga á ir largando nuestro hilo todo lo posible sea cual fuere nuestro estado de uso y de avería, y á solicitar, á despecho del sentido común, aquel oro químico que nos empuja en la vejez (a).

Sean cuales fueren tus placeres y tus diversiones en Hamburgo, me atrevo á decir que gustas de ellos más que en ninguna otra época de tu vida, porque tienes bastant esnegocios que exciten tu apetito. Pasar ocupado la mitad del día es prepararse para los placeres de la otra mitad; espero que te sucederá lo que á un boticario de Twickenham que fortuita é inesperadamente se vió dueño de una fortuna considerable. Al momento juzgó decente abandonar su profesión; usó de generosidad dando su establecimiento y sus drogas á su dependiente mayor; compró coche y se propuso vivir á lo caballero; pero este hombre, acostumbrado á los negocios, notó en menos de un mes que vivir á lo caballero era morir de enfado; resató la botica y las medicinas, volvió á sus ocupaciones y vivió muy feliz desde el momento que tuvo algo que hacer. Á Dios.

LONDRES, 24 de Febrero de 1738.

#### MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta de 2 del corriente con lo incluso en ella que te devuelvo para que no haya vacío en tus papeles.

(a) Esopo dijo y La Fontaine tradujo:

Le trépas vient tout guérir;  
Mais ne bougeons d'où nous sommes;  
Plutôt souffrir que mourir,  
C'est la devise des hommes.

Tr.

Ya sabía yo la muerte de Burish y tenía dados algunos pasos por este lado; pero pronto abandoné el negocio por noventa y nueve buenas razones. La primera es que ninguno debe reemplazarle, y que si hubiese vivido habría sido removido de Munich; pero otra razón que debe serle más lisonjera es, que la presencia en Hamburgo se estima muy necesaria. Bien visto no lo siento, porque esa ciudad es ahora el gran depósito de las negociaciones, y cuando dejare de serlo irás á alguna de las cortes vecinas. Fijo mis esperanzas en Berlín que creo te convendrá más que vegetar en Munich, donde nunca tendemos más negocios que algunas cuestiones de subsidio. Continúa y ejercítate en donde te hallas, y pronto se presentará cosa mejor. La inacción de nuestro ejército en Hannover se prolonga ciertamente demasiado.

Prometiste hablarme un poco de ti, pero aún no lo has cumplido. ¿Visitas al Langrave, frecuentas á los grandes de la tierra? ¿Cuáles son tus amistades de por la tarde? Todo esto y mucho más del mismo género es lo que reclamo en tu próxima.

La cámara de los comunes sigue muy unánime. Esta semana hubo allí un buscapió popular, es decir, una propuesta para los parlamentos anuales. La discusión fué muy fría y terminó por una oposición de 190 contra 70 votos. Buenas noches. Trabaja con tesón para que puedas divertirte bien.

LONDRES, 4 de Marzo de 1738.

#### MI QUERIDO AMIGO.

Tu carta de 17 del pasado me habría sorprendido mucho más, si cuatro horas antes de recibirla no hubiese visto á Sir C... hablando del modo más extraordinario afirmaba que el rey de Prusia se apoderaría de Viena el mes de Mayo; decía que tú le habías enamorado de su hija. Tu carta me explica todo. Al siguiente día Lord y Lady E... me citaron una multitud de ejemplos de su delirio, con los cuales no quiero cansarte. Lo que más ha contribuido á su frenesí, si no ha sido la única causa, es una fuerte dosis de cantáridas que tomó en Hamburgo. Durante la navegación se le aplicaron cuatro sangrías, y otras tantas después de su llegada aquí; pero á pesar de eso la inflamación continúa en grado alarmante. Actualmente se halla en casa de sus hermanos que no lo dejan salir. Parece que han escrito á esa

dama John, para ver si pueden impedir que venga á Inglaterra. Cuando ella lo sepa no se pondrá menos furiosa ni menos terrible, y acaso más si se decide á venir. Sólo una *aventurera* podía aceptar una obligación de 10.000 rublos de un hombre que sólo había visto tres días antes, celebrar un contrato de matrimonio cuando sabia que era casado, y por último, comprometerse á seguirlo á Inglaterra. Me figuro que no es esta la primera zorra que desuelta.

Me duele mucho la cabeza y sólo tengo alientos para desearte buenas noches.

LONDRES, 25 de Abril de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Me hallo contigo en atraso de dos cartas, y creo que es la primera vez que me suceda en el largo curso de nuestra correspondencia; pero además de que mi cabeza ha estado últimamente muy descompuesta, escribir no es ya para mí una cosa tan fácil como en otro tiempo. Encuentro por experiencia que el alma y el cuerpo se hallan más que casados, porque están muy íntimamente unidos, y cuando el uno sufre el otro simpatiza. *Non sum qualis eram*; ni mi memoria ni mi espíritu son ahora lo que fueron antes. En gran parte yo tengo la culpa y no puedo acusar á la naturaleza, porque he abusado de ella y mis padecimientos son justos.

No me gusta que haya vuelto á retentarte esa opresión de pecho; quizá viene del rigor del frío y no de los pulmones. Toma algunos refrigerantes y vive bajo la observancia de una dieta racional.

Por aquí hemos tenido un segundo invierno más riguroso que el primero; á lo menos tal parece después del prematuro estío que tuvimos durante quince días en el mes de Marzo, y que no hizo brotar todo sino para destruirlo; yo he experimentado esto en Blackheath, en donde las apariencias más felices me habían hecho esperar frutos muy hermosos; pero los hielos y la nieve de este mes han picado los botones. No tendré un solo durazno ni albaricoque.

BLACKHEATH, 48 de Mayo de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Tengo á la vista tu carta del 9 y lamento contigo el estado de soledad y de inacción en que te hallas ahora en Hamburgo. Has descendido de la dignidad é importancia de un ministro consumado, y no eres, por decirlo así, más que un hombre ordinario. Tal ha sucedido á la mayor parte de los hombres grandes que no han tenido siempre las mismas ocasiones de ejercitar sus talentos. Los más grandes tienen que someterse á los caprichos de la fortuna, aunque pueden, mejor que los otros, aprovechar de los momentos favorables. ¿Quién habría creído hace dos años que tú habrías sido el atlas del polo del norte? Pero el buen genio del norte lo había ordenado así, y ahora que has restablecido los negocios de esta parte del globo, vuelves al *otium cum dignitate*. Mas hablando seriamente, ahora que no puedes tener mucha faena en tu destino, voy á decirte lo que podrías hacer para emplear el tiempo útil y agradablemente. Debes escribir memorias compendiosas de aquellos acontecimientos en que has tomado parte después de tu llegada á Hamburgo. Ignoro si querrás tomarte este trabajo; pero sé que si así lo haces, *olim hæc meminisse juvabit*.

Preparamos en la isla de Wight una grande expedición que dará pronto la vela; se compone de 45.000 hombres de tropas selectas y 80 cañones de grueso calibre, sin contar los morteros y todo lo que es necesario en abundancia para un combate ó para un sitio. Lord Anson ha solicitado el mando de la flota, prueba de que se trata de algo importante. Las conjeturas sobre su destino son infinitas, y los más ignorantes son, como de costumbre, los que aventuran las más osadas. Si yo formo algunas, las guardo para mí, teniendo que el resultado las contradiga; pero en realidad no hago ninguna. Bien podía yo haber sido informado pero no he querido.

La política doméstica sigue como antes. El duque de Newcastle y M. Pitt marchan como marido y mujer, es decir, rara vez de acuerdo y querrelando á menudo, pero sin separarse nunca por su interés mutuo.

Me he fijado para pasar el verano en Blackheath, en donde el frío y nieve que nos vienen fuera de estación, y después los vientos ardientes del este, han destruido todos mis frutos y casi los

árboles. Yo vejeo un poco mejor que ellos, rastreo á pie y á caballo, leo mucho, escribo un poco, y soy muy de veras tuyo afectísimo.

BLACKHEATH, 30 de Mayo de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

No he recibido carta tuya, de modo que la presente va á encontrarte sin provocacion de tu parte. A proposito de cartas, existe una de alta mano, nada menos que de S. A. R. la princesa de Gassel, que te hace mucho honor, porque trae tu panegirico á su hermana la princesa Amelia, que con tal motivo me ha cumplimentado. Esto no le ha hecho perjuicio corca del rey que se expresó benévolamente de ti. Supongo que habrás manifestado á S. A. R. aquellas atenciones que pido á Dios legas con todo el mundo en debida proporcion. Ya ves los efectos en este caso; tales atenciones se pagan siempre con usura. Esto viene en apoyo de lo que te dije dias pasados, que si no hay inconveniente, pidas permiso para ir á pasar una semana á Cassel para manifestar tu reconocimiento por todos estos favores.

No puedo explicarme la conducta de los rusos. Es necesario que haya alguna treta que se quiere acollar con esas marchas tan poco expeditivas; ó el rey de Prusia les ha dado una sopa, ó necesitan un cordial por parte de Francia ó de Austria. La conducta del rey de Prusia se explica siempre por los acontecimientos, y dentro de pocos dias oiremos sin duda hablar de algún gran golpe por ese lado. No me acuerdo haber visto en el curso de mi vida un periodo como éste tan lleno de grandes acontecimientos. Antes de dos meses se decidirá seguramente la suerida de la casa de Austria; en no menos tiempo es probable que recibamos la noticia de la toma del Cabo Bretón y de la marcha de nuestro ejército sobre Quebec. Dentro de pocos dias sabremos el resultado bueno ó malo de nuestra grande expedición, que dió ya la vela; y dentro de poco oiremos hablar de las operaciones del principe de Brunswick, de quien tambien aguardo buenas cosas. Si todo se logra, como con fundamento puede creerse, llegará nuestro turno de dictar una paz racional á la Francia, que paga actualmente 70 por 100 de seguros en su comercio, y 7 por 400 de todo el dinero que impone para el servicio del año.

El conde de Bothmar tiene las viruelas y de mala especie.

Kniphausen se divierte aquí mucho; y visita á todo el mundo, Lady\*\*\* ha dado á luz un varón con gran contento de la noble familia.

Iba á preguntarte de qué modo pasas tu tiempo en Hamburgo después que dicha ciudad ha dejado de ser el centro de las negociaciones y de los extranjeros; pero me abstengo visto que la pregunta quedaria sin respuesta.

Sir W. Stanhope me ha dicho que habías prometido enviarme de Hamburgo un poco de vino del Rhin, pero que no lo has hecho. Si lo encontrases superlativamente bueno, y no de otro modo, te encargo que le envíes una cuba y que lo escribas. Yo tomaré una parte; pero si no lo encuentras de lo más exquisito en Hamburgo ó en Bremen, no envíes ningún otro. A Dios.

BLACKHEATH, 13 de Junio de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Se descubrió el secreto: San Malo es el objeto de la empresa. Nuestras tropas comenzaron á desembarcar en Cancale el 5, sin ninguna oposicion. No sabemos nada más, pero esperamos noticias á cada instante. Según el plan que he visto, es plaza bastante fuerte y temo que haya muchas charreteras de que disponer antes de tomarla. Existen actualmente en el puerto mas de treinta corsarios, unos diez y seis franceses y el resto tomados de los nuestros.

Hablemos ahora de Africa, en donde hemos conseguido grandes ventajas. Los franceses se han visto forzados á abandonar todos sus fuertes y establecimientos en la costa en que se cosecha la goma y en el rio Senegal. Mucho tiempo há que se hallaban en posesion de estos puntos y hacian gravísimos perjuicios á nuestro comercio en Africa, que proporcionalmente es el más lucrativo que tenemos. El botín que hemos hecho, tanto de polvo de oro como de goma, es muy considerable al paso que útil por el empleo indispensable de la goma en nuestras telas pintadas.

Dirijámos ahora la vista á América: los menos temerarios esperan que á fines de este mes ó á principios del entrante, recibiremos los pormenores de la toma del Cabo Bretón y de todos los fuertes de nombres estrambóticos de Norte-América.

Tiempo há que el capitán Clive puso los negocios de Inglaterra

en Asia bajo un aspecto muy lisonjero, de modo que en tres partes del mundo se presentan nuestros intereses bajo apariencias muy favorables. Abandono la Europa al cuidado del rey de Prusia y espero que dará de ella buena cuenta.

BLACKHEATH, 30 de Junio de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

La presente sigue muy de cerca á mi última, porque en este corto intervalo he recibido la tuya del 15. Has hecho muy bien de no comprar el vino del Rhin al precio exorbitante que mencionas sin órdenes más positivas. Tanto mi hermano como yo encontramos que el dinero vale más que el vino por añejo y bueno que sea. Nos contentaremos con nuestro humilde Rhin á tres chelines la botella. Sin embargo, quiero *matar el gusano* y cambiar doce ducados por doce botellas de ese vino de 1665 por vía de cordial, si es que por tan poca cosa puedes obtener un *senatus consultum*; no me urge recibirlo, de modo que puedes enviarlo cuando te fuere cómodo, bien empaquetado *se entiende*.

Creo que obtendrás el permiso para ir á Cassel, en cuyo evento dirás que quien da el consejo da el peso, y que habiéndote yo aconsejado esta correría, es racional que también pague el gasto; soy de tu misma opinión, y por lo tanto si verificas el viaje te remitiré las cien libras que según tu cálculo podrás necesitar. Hallarás que la casa de Cassel es la habitación de la alegría, porque llanau se ve, ó se verá muy pronto, libre de sus huéspedes los franceses.

Todos los competentes dicen que la victoria del príncipe de Brunswick es obra digna de Turena, de Condé ó de los ilustres carniceros de la especie humana. Los franceses se condujeron mejor que en Rósbach, sobre todos los *carabineros reales* á quienes no se les pudo meter el diente. Deseo que el sitio de Olmutz salga bien, y que dé por resultado una victoria; esto, con buenas noticias de América de que creo no podemos dudar, debe procurarnos una honrosa paz á fines de año.

BLACKHEATH, 18 de Julio de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta del 4; mi última te habrá impuesto de que llegó á mis manos la tuya en que se trataba de ese vino del Rhin, respecto al cual te envié mis instrucciones. *Si vinum mosellanum est omni tempore sanum*, como lo asegura el capítulo de Treves, ¿qué será pues ese *vinum rhenanum* con su superior fuerza y edad? No podrá menos de ser la panacea universal.

Tienes actualmente un ejército dinamarqués en tu vecindad que se dice es muy bueno. Pienso que irás á verlo, y si así es te aconsejo que lo verifiques cuando el mismo rey de Dinamarca pase la revista, para *tomar lengua de este potentado*. Es bueno conocer á los gobernadores de la tierra; porque sugieren reflexiones morales, y el respeto que se tiene naturalmente por los vicereyes de Dios en este bajo mundo, aumenta mucho cuando se les conoce de cerca.

Tu conocida Lady<sup>\*\*\*</sup> partió para el campo con su Lord, con el fin de negociar fria y cómodamente su proyectada separación. Milady quiere que Milord despida á la<sup>\*\*\*</sup> porque considera esta utéiga como muy ruinosa; y Milord quiere que á su vez Milady cierre la puerta á Lord<sup>\*\*\*</sup>. Milady responde que esto no es racional, visto que este sujeto no causa ningún gasto á la familia, y que más bien es lo contrario. Milord confiesa que este argumento tiene algún peso, pero alega sus propios sentimientos. Milady replica que es ridículo hablar de sentimientos después de tantos años de matrimonio. El desenlace de este gran negocio es un secreto del tiempo. *Nam fuit ante Helenam*. A Dios.

BLACKHEATH, 29 de Agosto de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

La última carta de tu secretario me trajo la buena noticia de que tu flebre había desaparecido, cosa que quiero creer; pero una posdata de sólo dos renglones de tu mano habría sido más eficaz para convencerme de tu convalecencia. Una flebre intermitente, en los intervalos que deja el parasismo, te habría sin duda per-

mitido escribir algunos renglones para decirme simplemente cómo te hallas; y hasta que no reciba una carta de tu mano, aunque sea muy corta, dudaré de la verdad exacta de cualquiera otro informe.

No te envío ningunas noticias, porque no sé nada. El cabo Bretón, Cherburgo, etc. es ya historia antigua. Esperamos algo nuevo del admirante Howe; pero ¿de qué lugar? esto es lo que no sabemos. Se esperan también buenas noticias de Alemania; pero yo lo dudo mucho aunque las deseo. El rey de Prusia marcha contra los rusos y creo que, si lo esperan de pie firme, los derrotará. Pero ¿qué sucederá después? ¿Cómo se manejará con esos tres ó cuatrocientos mil hombres que obran actualmente contra él? Hará todo lo que un hombre pueda hacer, pero al fin, *manaster es que succumba*.

No dejes de considerarte más malo de lo que realmente te hallas á fin de que tu restablecimiento sea completo; cuidate y guarda dieta más tiempo del que fuere necesario para evitar el peligro de la recaída. Dios te bendiga.

BLANCHMATH, 5 de Septiembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí con sumo gusto tu carta de 22 del pasado, porque como en las dos de tu secretario no habia un solo renglón de tu mano, temí que estuvieses peor de lo que él me decía, y mi sospecha se acercó tanto á la verdad, que tu fiebre fué más maligna de lo que regularmente son las intermitentes, que rara vez tienen en cama al paciente, ó cuando más pasa en ella los dias de paroxismo. Gracias á Dios que ya estás recuperado y aunque débil, no frates de restablecer muy pronto tus fuerzas; deja esto á la naturaleza, que á tu edad, restituye el vigor y la salud luego que conviene. Guarda dieta durante algún tiempo; modérate, y no tomes lo que los curanderos llaman cosas fortificantes.

Tu modo de regalar es noble y deja ver la grandeza de alma de un esforzado caballero. Disminuyes el valor del presente para impedir las represalias. Es imposible que un vino que ha puesto en movimiento á tantos síndicos, que sólo puede obtenerse por medio de un *senatus consultum*, y que es la *panacea* del norte, pueda venderse á un ducado la botella. Me atrevo á decir que el

*sylphium* de los romanos, que se guardaba en los almacenes públicos y sólo se distribuía por orden del magistrado, costaba más; creo pues que tu obsequio es mucho más valioso de lo que dices.

En este momento me interrumpe el recibo de tu carta del 23. Me alegro mucho de que te halles en estado de emprender el viaje á Bremen: el movimiento, el aire, un país nuevo, todo producirá en tí un efecto saludable con tal de que te manejes con discreción.

Tu libranza de cincuenta libras esterlinas será ciertamente aceptada y pagada; pero como en conciencia creo que es muy poco para ver á un Langrave vivo, sobre todo en Bremen, que como toda la nación sabe es lugar muy caro, doblaré con tu permiso la cantidad.

El rey de Prusia ha alcanzado la victoria que en cierto modo predijiste; y como tomó la *caja militar*, presumo que los caballeros rusos se hallan fuera de combate; pero *sin dinero no hay suizo*, no es menos verdadero para el glorioso cuerpo helvético que *sin dinero no hay ruso* para los salvajes de ambas Rusias, sin exceptuar á la misma autócrata. Creo que Servelloni se halla próximo á entrar en la lista de los batidos por S. M. prusiana, esto es, si lo espera. El príncipe de Soubise figurará también en la lista del príncipe Fernando bajo el mismo rubro. Si ambos son batidos, lo que no es inverosímil, podemos esperar este invierno una paz tolerable. Bien visto el rey de Prusia no puede sostenerse un año más; debe pues entrar en negociaciones y sacar partido de estos dos acontecimientos favorables.

Creo que he escrito mucho con la cabeza llena de validos. A Dios.

BLANCHMATH, 8 de Septiembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

La presente siendo sólo una ratificación de mi última, contendrá pocos renglones, porque por un lado no soy bastante sabio, ni por otro bastante estúpido, para hacer un comentario mayor que mi texto. Te dije en mi anterior que con tu permiso, que tomo por concedido, agregaría cincuenta libras esterlinas á las cincuenta que libráste á mi cargo. Temiendo un error y que caentes con el envío inmediato de esta suma adicional, te pre-

vengo que mi intención fué que la librasen contra mi cuando fuese de tu gusto, lo cual creo te convendrá mejor.

Deja que los pedantes, cuyo negocio es creer mentiras, ó á los poetas cuya ocupación es inventarlas, comparen si pueden al rey de Prusia, con algún héroe de la historia antigua ó moderna. Este soberano perjudica á la historia, porque hace que prestemos algún crédito á los romances. El *Jubá* de Calprenede no parecerá en lo venidero tan absurdo.

Me he visto muy malo todo este estío, pero ahora estoy un poco mejor; sin embargo, siento que el espíritu y el cuerpo *bajan*; la decadencia del primero sería la última cosa de que alguno querría hablarme ó convenir conmigo, pero yo conozco que es verdad. A Dios.

BLACKHEATH, 22 de Septiembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

No he recibido ninguna carta tuya después de tu salida de Hamburgo. Supongo que te hallas enteramente restablecido; pero no habría sido superfluo que me lo hubieses dicho. Yo estoy muy lejos de restablecerme; al contrario, cada día me siento peor, y como mi debilidad va en aumento, dejaré este lugar el lunes próximo, y partiré para Bath algunos dias después. No me tomaría yo todo este trabajo meramente por prolongar el penoso fin de una vida de que no espero placer, y que para los otros no es de utilidad; pero la cura, ó á lo menos el alivio de los males físicos que hacen la vida tan pesada, merece ciertamente algún cuidado.

Muy mezquinamente salimos de nuestra expedición de San Malo, que será la última en esta estación, y á mi parecer la última para siempre, á menos de no atacar con tal número de fuerzas de mar y tierra, que tengamos la certidumbre moral de tomar alguna plaza de primer orden, como Brest, Rochefort ó Tolón.

M. Munchausen se embarcó ayer, según dijo el mismo, para el ejército del príncipe Fernando; pero como generalmente se cree que sus talentos militares no han de ser muy útiles á este príncipe, se presume que su comisión es de otra especie, algún tratado de neutralidad, ó cualquiera otra cosa. Yo considero á la Rusia como fuera de combate por algún tiempo. La Francia se halla ciertamente cansada de la guerra, bajo un rey sin ambición y un

ministerio sin capacidad, si realmente tiene un ministerio; y si la emperatriz reina no cuenta con la ayuda de estas dos potencias, no puede hacer cosa mejor que permanecer tranquila. Si cualquiera otro se hallase en la situación del rey de Prusia, no titubearía yo en considerarlo como perdido; pero es un hombre tan prodigioso, que sólo temo su ruina. A esta hora su suerte debe haberse decidido.

Supongo que la corte de Cassel en Bremen no es muy brillante. El dinero debe andar escaso; con todo, me atrevó á decir que la mesa siempre ha de ser buena, porque el Langrave gusta de los buenos bocados; y como á ti se te considera como de casa, puedes reparar las pérdidas de tu fiebre: pero no repares la gordura. A Dios.

BLACKHEATH, 26 de Septiembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Siento mucho que te haya vuelto á retentar la fiebre, pero habiéndote la verdad lo mereces en parte, por no haber llevado contigo la quina y la receta del doctor Middleton. Bien me presumo que te considerarías restablecido antes de tiempo, y por eso te lo advertí. Pero lo pasado pasado, como decía Chertres de sus pecados antes de morir; veamos en lo de adelante. Muy prudente es tu regreso á Hamburgo para tomar la quina y ponerte en manos de un buen médico; no vuelvas á moverte otra vez antes de estar perfectamente restablecido. A pesar de las peticiones y órdenes de todas las princesas de Europa, quiero que durante un mes por lo menos, tomes la quina, por más largo tiempo del prescrito por el doctor Middleton. Presumo que has abandonado tus mineras en materia de gusto, porque la salud merece más atención que el paladar. Cuando te hallares bien restablecido, consiento en que vuelvas á Bremen; y en realidad no puedes dispensarte de ello, tanto por el honor de tu promesa como por el distinguido recibimiento que te ha hecho la familia de Cassel.

Pasemos ahora á otro punto de tu carta, Lord Holderness se ha mostrado muy civil contigo, enviándote de su propio puño unas ofertas tan ociosas de sus servicios. Fácil es conocer que te procurará el permiso de venir por algunos dias á Inglaterra; de modo que la cuestión queda reducida á saber si deseas ó no venir *ahora*. En esta estación no podrás tomar aquí las aguas minerales;

además, estas aguas no te convienen, porque excepto las de Seltz, todas son irritantes. Pero lo que te sería más dañoso que benéficas todas las medicinas del mundo, serían los vapores pestilenciales de la cámara de los comunes en los días de discusiones prolongadas y tumultuosas, que probablemente habrá en esta sesión; y si te hallas aquí, se exigirá que asistas á ellas regularmente. Yo comparo la capilla de San Estevan en aquellos días, á la *grotta del Cano*.

Sea cual fuere ahora la suerte de la guerra, se entablarán ciertamente negociaciones durante todo el invierno, y fácilmente concebirás que las del norte no han de ser las menos importantes. Si permaneces en Hamburgo, tomarás probablemente parte en ellas, y esto podrá servirte de mérito. Considerando las cosas detenidamente, te aconsejaría que escribieses una carta muy atenta á Lord Holderness, diciéndole que aunque no puedes lisonjearle de ser útil á S. M. en ninguna parte, el estado incierto del norte puede traer acontecimientos inesperados que podrían ponerte en situación de hacer algunos cortos servicios, y que sentirías mucho no hallarte en el camino de los accidentes; pero que le agradecerás muchísimo que le procure el permiso de S. M. para pasar aquí algunos días en la primavera, cuando probablemente los negocios hayan sido decididos de un modo ó de otro.

Cuando todo tiende á facilitar un arreglo, y que la Alemania, pobre de hombres y de dinero, respira más bien paz que guerra, pienso solicitar para ti el puesto que ocupaba Burrish que es uno de los más agradables de que puede disponer S. M. y de ningún modo desaspero de conseguirlo. Habiéndote dado mi parecer sobre este asunto, y consistiendo la diferencia únicamente de tres ó cuatro meses; si tu opinión es contraria enhorabuena: la mía sólo consulta tu salud y tu provecho. Sin embargo, obra como te parezca, y ¡ojalá puedas en esto como en cualquier otra cosa elegir lo mejor! Dios te guarde.

BATH, 18 de Octubre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Por un mismo correo recibí tus cartas de 29 del pasado y 3 del corriente. La segunda me informa de que ya estás enteramente restablecido, como lo prueba tu resolución de ir á Bremen á los

tres ó cuatro días; porque es seguro que no querrás emprender el viaje por segunda vez, y en esta estación, si no te sintieses bien recuperado; sin embargo, lleva por lo que pudiere suceder una buena provision de quina.

Creo que tu atención á S. A. R. podrá serte aquí muy útil; y en verdad que las atenciones con toda clase de gentes son siempre pagadas de un modo ó de otro, aunque las obligaciones verdaderas no lo sean. Por ejemplo: Lord Titchfield, que fué contigo á Hamburgo, ha escrito al duque y á la duquesa de Portland, que le habías mostrado mil atenciones, lo cual les procuró tanto placer como á él mismo. Si te descuidas y sigues manejándote así, adquirirás la ruinosa reputación de hombre bien criado, y tu compatriota John Bull te desmentirá.

He recibido y gustado tu regalo: es vino muy bueno, pero más á propósito para confortar el vientre que para deleitar el paladar. Lo reservo como medicina para mis pequeñas descomposiciones de estómago, en cuyos casos lo creo más sano que el cordial más fuerte.

Hace quince días que me hallo aquí, y aunque me siento un poco mejor que á mi llegada, falta mucho para poder decir que estoy bueno. El aturdimiento de mi cabeza es mayor de lo que conviene á un hombre de mi edad, y mi estómago no ha podido recobrar la facultad de retener. Andar mucho y escribir largo no es ya dado á tu etc.

BATH, 28 de Octubre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu carta ha disminuido mis temores, porque veo que te has restablecido cuanto es posible en tan poco tiempo. De ti depende ahora mantenerlo en tal estado, siguiendo escrupulosamente los preceptos del Dr. Middleton, que parece ser hombre racional é instruido. El jabón y el acero son ciertamente remedios excelentes para ti; pero como son alterantes, debes usarlos durante seis meses por lo menos, y después tomar las aguas minerales. Estoy persuadido de que tu indisposición de Carniola fué esta misma, que aquellos médicos ignorantes llamaron en su jerga *wchritis vaga* y la atacaron como tal. Pero ahora que se ha descubierto la verdadera causa de tu mal, me lisonjeo de que con el tiempo y la paciencia de tu parte llegarás á sanar radicalmente; pero te

¶. II.

12

lo repito, es necesario que bagas un uso prolongado de las medicinas alterantes que llevo mencionadas.

Parece que la suerte de las armas ha cambiado en contra nuestra. Oberg ha sido derrotado completamente. El rey de Prusia fue sorprendido, de lo cual yo mismo me sorprendo, y sus enemigos obtuvieron la ventaja. Estoy inquieto por el principe Fernando, pareciéndome que el destacamento de las fuerzas del mariscal de Contades ha de unirse inmediatamente al grande ejército que será entonces infinitamente superior en número.

Las aguas me han sentado tan poco que pienso partir de aqui antes que concluya la semana. Llevaré pues mi cuerpo caduco á Londres, lugar más propio para vivir ó para morir. En ninguna parte puedo esperar una salud verdadera. Con un poco de cuidado y de prudencia tú puedes esperarla en todas partes. Quiera el cielo que así sea. A Dios.

LONDRES, 21 de Noviembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Has hecho bien de pensar en el histón del principe Fernando, idea que confieso no me había ocurrido. Me alegro de que previas tan de antemano las cosas. Esta comisión sería muy bonita y quiero *accinger me* para procurárla. La única competencia que temo es la del general York, dado caso que el principe Fernando pase algún tiempo con su hermano en La Haya, como es muy verisimil, puesto que no puede ir á Brunswick, á causa de la simulada querrela con su hermana mayor.

Tomo que no esté lejos el desenlace de la guerra, y que el rey de Prusia diga *fiat* y estoy seguro de que personalmente puede decir *plaudite*. Grandes debates se esperan en el parlamento relativamente á la guerra en el continente. Unos piensan que M. Pitt se inclinará mucho á continuarla, y otros que no; pero dentro de poco tiempo, como los diuturnos observan con mucho juicio y verdad, sabremos á qué atenernos sobre el particular.

El rey se ha visto muy malo; pero su indisposición terminó con un ataque de gota que todavía le impide salir. Generalmente se creta que moriría por una buena razón, y es que el loón más viejo de la Torre, que era casi de la edad de S. M. murió hace quince días. Puedo asegurarte que esta extravagancia fué creída por mu-

chas gentes superiores al pueblo. Tan absurdo así es el espíritu humano!

Cuida tu salud tanto como puedas, porque ser ó no ser es á mi parecer una cuestión mucho menos importante que estar ó no estar buenos y sanos.

LONDRES, 15 de Diciembre de 1758.

MI QUERIDO AMIGO.

Mucho tiempo há que no recibo noticias tuyas; pero presumo que la causa de este silencio es tu buena y no tu mala salud. Me figuro que has estado ó que estás todavía en Bremen, ocupado enteramente con tus amigos de Hesse.

El principe Fernando obtendrá ciertamente la jarretera, y pienso haber asegurado para ti el honor de atársela. Cuando digo *asegurado*, entiendo esta palabra bajo el sentido que siempre debería dársele en las cortes, es decir, sin seguridad. Tengo una promesa, pero no es solvente ni admite fianza. En todo caso no digas esto á nadie, porque siempre es algo ridiculo que se vean frustradas nuestras esperanzas, aunque sin razón, cuando las concebimos fundadamente; no obstante, vale más usar de prudencia y no ser muy ligeros en comunicar lo que tenemos ó deseamos. Esta comisión de armar á un caballero, y á un caballero de tal distinción, te será tan grata como honrosa, y es necesario que la desempeñes con primor. En tiempo de la antigua caballería habia mucho puntillo en la elección de los que conferirían este honor; y si no me engano Francisco I sólo quiso ser armado por el caballero Bayard, que era *esforzado y sin tacha*. Sin duda que en los anales de la casa de Brunswick se mencionará que el principe Fernando recibió la jarretera de tus manos.

Los gastos para el año de 1759 han sido estimados y yo he visto el cálculo. ¿A cuánto crees que montan? A nada menos que doce millones y trescientas mil libras esterlinas, suma casi increíble, aprobada en su totalidad y casi ofrecida. La unanimidad con que la cámara de los comunes ha volado tal suma y tales fuerzas de mar y tierra, no es menos asombrosa. El ascendiente de M. Pitt es el que ha obrado este prodigio; cosa maravillosa á nuestros ojos!

Nada queda que hacer este año al rey de Prusia y será necesario que el proximo vuelva á comenzar en donde ha quedado. Desearia que emplease este invierno en concluir una paz separada



con el elector de Sajonia, en cuyo caso podría obrar con más vigor contra la Francia y la reina de Hungría.

A Dios. Mi cabeza no me permite escribir más.

LONDRES, día de año nuevo de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Moltó feliz, y he concluido sobre este asunto; basta con una verdad á principio de año, época en que más se miente.

Tengo á la vista tu carta de 21 del pasado, grata para mí porque es un *boletín de salud*; sin embargo, no te fies mucho; obedece y honra al médico para que tus días sean largos sobre la tierra.

Después de mi última no he oído decir nada del listón, pero pienso que muy pronto se determinará lo que ha de ser. Considerando bien la materia, no estoy seguro de que, según las formas, pueda conferir esta insignia uno que no es caballero.

Las noticias particulares de Hamburgo son que el ministro de S. M. se halla perdidamente enumerado de "... Si esto es verdad, Dios lo envíe antes que á ella un feliz desembarazo. Por aquí no hay nada nuevo. La desgracia del cardenal de Bermis es tan repentina y tan inexplicable como lo fué su elevación. He leído sus poemas impresos en París. A Dios.

LONDRES, 2 de Febrero de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Soy actualmente lo que rara vez he sido, deudor de dos cartas tuyas; la culpa no es más que de mi cabeza, que como muchas otras ha andado estos días extraviada; en tal estado la escritura me es muy penosa y por consiguiente no puedo divertir á mis lectores.

No he vuelto á oír hablar de la *jarretera* del príncipe Fernando; cierto es que se le concederá, pero no se sabe cuándo. Los demás postulantes desean ser armados al mismo tiempo, pero no es posible porque no hay bastantes listones para todos.

Si los rusos obran á tiempo, á Dios de nuestras esperanzas y de nuestros ejércitos en Alemania; necesario es que tres piedras de

molino como Rusia, Francia y Austria aplasten al rey de Prusia y lo reduzcan á la categoría de Margrave de Brandeburgo. Pero siempre tengo alguna esperanza de cambio bajo un gobierno de mujeres (*gynarchy*), en donde el capricho prevalece por lo común, la razón rara vez, y sólo por equivocaciones felices. Excepción sin embargo, á la incomparable hermosura de Hamburgo, á ese prodigio de belleza, á ese dechado de buen sentido que ha subyugado tu alma é inflamado tu corazón.

Jamás ha habido sesión más tranquila que la presente: M. Pitt sólo tiene que declarar que quiere tal cosa, y al momento se hace *nemine contradicente*, excepto sin embargo M. Vyner. A Dios.

LONDRES, 27 de Febrero de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Me acusas muy injustamente en tu última del 7 de hallarme muy atrasado en mi correspondencia. Pienso al contrario que si se liquidasen bien nuestras cuentas epistolares, te sacaría yo una ventaja considerable. No sé cómo puedan extravariarse algunas de mis cartas, á menos que tus despachos, á que siempre las he unido, no hayan corrido la misma suerte. Además, yo podría tener legítima excusa para no escribirte tan á menudo como antes; porque no ha habido invierno en que nuestro parlamento haya procurado menos materia para una carta.

Veo que tienes mucha confianza en el curso que tomarán este año los negocios del rey de Prusia. Convento en que su ejército es cual tu pinta; ¿pero qué será frente al de los franceses, imperiales, suecos y rusos que subirán á más del doble? Si la desigualdad fuese menor pensarías como tú que el rey de Prusia, hallándose *ipse agmen*, es capaz de resistirles. En la guerra, los números son generalmente nuestros presagios, y confieso que este año no nos son muy favorables en Alemania. A Dios.

LONDRES, 16 de Marzo de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Tengo á la vista tu carta de 20 del pasado. No puedo creer que el rey de Dinamarca tome parte en la guerra actual porque no

podría hacerlo sin mucho peligro. La Francia lo ha pagado muy bien su neutralidad, y creo que está seguro sea cual fuere el aspecto que tomaron los negocios. Sus subditos hacen al mismo tiempo un comercio ventajoso y seguro, de suerte que esta consideración no debe retardar tu venida aquí cuando hubieres obtenido el permiso necesario.

No logramos nuestro objeto en la Martinica; deseo que seamos más afortunados en la Guadalupe, en donde ya han desembarcado nuestras tropas. Será necesario vencer muchas dificultades antes que podamos hacernos dueños de toda la isla. Te diré, antes que se me olvide, que en tu carta usas muy á propósito varias palabras españolas. Si ya me viese en tu lugar, y hubiese en Hamburgo algún español inteligente, aprendería esta lengua. No sólo es conveniente, sino necesario, que el hombre público las entienda todas. Yo aprendí el español cuando tenía más edad que tú, convenciéndome por experiencia que vale más fiarse uno de sí mismo en cuanto es posible que de cualquiera otro. Los intérpretes, del mismo modo que los relatores, son muchas veces infieles y muchas más incorrectos ó sujetos á cometer errores y á deses- perar á las gentes. En una palabra, debes adoptar como máxima saber cuanto puedas por tí mismo, y no reposar jamás ciega confianza en informes ajenos; esta regla me ha sido de grande utilidad en el curso de mi vida.

Yo me siento un poco mejor de lo que estaba, pero no lo debo á mis médicos sino á una burra y á una vaca que me procuran un sustento abundante y sano. La burra es mi nodriza por la mañana, y la vaca por la tarde. Acabo de comprar una cabra que tiene que ramonear algunos días y servirme de nodriza en Blackheath.

Te deseo cordialmente buenas noches.

LONDRES, 30 de Marzo de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

No me gustan esos frecuentes aunque cortos ataques de tu enfermedad; temo anuncian falta de conocimiento en el médico ó de cuidado en el paciente. El rubarbo, el jabón y las aguas minerales, son casi siempre específicos para las obstrucciones de hígado; pero para esto se requiere un régimen muy estricto y

prolongado. Todos los ácidos te sentarian pero no te gustan; y todo lo que es dulce, aunque contrario á tu temperamento, es lo único que buscas. También hay otra cosa que estoy persuadido te es perjudicial y temo que seas muy inclinado á ella. Cuando yo estaba en Holanda tuve una fiebre lenta que duró largo tiempo. Consulté con Boerhaave y supongo que me prescribió lo más conveniente puesto que sané; pero al pie de su método agregó en forma de posdata: *Venus varius colatur*, cuyo consejo observé é hizo quizá más eficaces las medicinas.

Temo que nuestras esperanzas mutuas de vernos en esta primavera salgan fallidas, como lo verás por una carta de Lord Holderness que pienso recibirás al mismo tiempo que la presente; pero como no te expondrá todo, yo te diré reservadamente lo que ha pasado. Es necesario confesar que ha obrado respecto de ambos del modo más servicial y amistoso. Cuando el rey se impuso de tu solicitud para venir á tomar las aguas de Tunbridge, dijo: « Si necesita tomar aguas minerales, las de Pyrmont son mejores que las de Tunbridge, y puede tenerlas muy frescas en Ham- » burgo. Mejor habria sido que hubiese solicitado venir el otoño » último y pasado aquí el invierno; porque si viene ahora no » tendré quien me informe de lo que pasa en aquel lugar, que va » á ser el teatro de acontecimientos importantes. » Lord Holderness, dándose cuenta que tu solicitud no habia sido bien recibida, respondió que estaba cierto que cuando tú supieses que S. M. se oponía en lo más mínimo á tu venida, no pensarías más en ello; y confesó que el mismo te habia sugerido la idea el año pasado, creyendo que tu presencia no sería este año muy necesaria en Hamburgo. En la carta que te escribe te dirá únicamente que teniendo motivo para creer que tu solicitud agradaría poco al rey, no ha querido tocar el asunto por tu propio interés. Es necesario que le respondas simplemente bajo este pie, dándole las gracias por esta prueba de amistad, porque realmente ha obrado como amigo.

M. Harte te enviará la semana entrante su *Gustavo Adolfo* en dos volúmenes en 4.<sup>o</sup>; es obra que contiene particularidades nuevas sobre este héroe verdadero, porque el autor ha tenido á su disposición multitud de papeles auténticos. Será en todo caso una historia curiosa y de mérito real, aunque, sea dicho entre nos, querría que el estilo fuese más correcto y elegante. Verás que ha sido dedicada á una persona conocida tuya que se ha visto obligada á suprimir muchos elogios superabundantes; y en con-

ciencia quedan todavía los suficientes para satisfacer á un hombre racional. Á Dios.

Loxians, 16 de Abril de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Siento decirte que el *Gustavo Adolfo* de Harte no gusta y por consecuencia no se vende. No hay duda de que es obra instructiva y rica, en cuanto al fondo, pero también debe confesarse que el estilo es execrable; de donde lo tomo es lo que no puedo concebir, porque es estilo malo, de un género nuevo y enteramente particular, lleno de latinismos, galicismos, germanismos y todos los *ismos*, excepto anglicismos: es pomposo en algunos lugares, y bajo y trivial en otros. Seguramente antes que termine el mundo habrá personas, y tú en particular, que lleguen á descubrir que la forma en todas las cosas es por lo menos tan importante como el fondo, y que éste no podrá agradar sin mucha parte de la elegancia de la otra. Lo mismo sucede en todas las cosas de la vida: en los escritos, en la conversación, en los negocios, es absolutamente necesario el socorro de las gracias; cualquiera que vanamente piense pasarse de ellas, conocerá su error cuando sea muy tarde para cortarlas, porque no se rinden á viejos desconocidos. Acaba de salir á luz una historia del reinado de María, reina de Escocia, escrita por un tal Robertson, escocés. No temo compararla, por la claridad, la pureza y la nobleza de estilo, á los mejores historiadores, sin exceptuar á Dávila, Guicciardini y quizá Tito Livio. Ha tenido la aceptación más completa; se publicó una segunda edición y ha sido ya agotada. Supongo que podrás comprarla ó cuando no pedirla prestada en Hamburgo; pero si así no fuere te la enviaré. Á Dios.

Loxians, 27 de Abril de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí por el último correo tus dos cartas de 10 y 13 de este mes y comenzaré mi respuesta observándote que un hombre prudente, sin ser estoico, considera en todas las desgracias que le sobrevienen, el lado bueno y el malo, porque todas las cosas

tienen dos caras. Yo he seguido estrictamente esta regla hace muchos años, y encontrado por experiencia que se puede sacar algún bien de la mayor parte de los males, considerándolos bajo todas sus fases, en vez de apeгarse, como lo hace la mayor parte de los hombres, al lado más triste del objeto. Gracias á Dios el contratiempo de que te quejas tan patéticamente, no es una de aquellas calamidades que no admiten consuelo. Analízalo y mira á lo que se reduce. Alimentabas la grata esperanza de venir aquí el mes entrante y ver á los que se habrían alegrado mucho de abrazarte; esto no puede ser por causas muy naturales, y es necesario que pases este verano en Hamburgo y el invierno próximo en Inglaterra, en vez de pasar este verano en Inglaterra y el invierno próximo en Hamburgo. Considera bien las cosas: ¿No te es este cambio más ventajoso? ¿No es el invierno, tanto respecto de tu salud como de tus placeres, preferible al verano en esta zona fría del norte? ¿No te ofrecerá la Inglaterra más placeres en invierno que una capital desierta en verano? Siguese pues, que sales ganando en esta desgracia.

No te imagines ver en todo lo que llevo dicho más que los consuelos de un viejo filósofo, casi insensible al placer y á la pena de un joven que siente vivamente uno y otro. No: es la filosofía razonada que el uso y la experiencia del mundo me han enseñado, y que he practicado hace más de treinta años. Siempre he sacado el mejor partido de lo bueno, y jamás el peor de lo malo, á fuerza de almorzarlo (a); y esto me ha hecho pasar por todas las variadas escenas de la vida, en que he sido actor, con más placer y menos pena que la generalidad de los hombres. Dirás quizá que no puedes cambiar tu naturaleza, y que si una persona nace con una constitución melancólica, impresionable é inclinada á ver las cosas bajo el aspecto más desfavorable, no puede cambiar. Admito esto hasta cierto punto. Aunque no nos sea dado cambiar enteramente nuestra naturaleza, podemos sin embargo

(a)

Sempre è maggior del vero,  
L'idea d'una ventura,  
Aferdulo pensiero  
Dipinta dal timor.  
Chi stollo il mal figura  
Affretta il proprio affanno,  
Ed assicura un danno  
Quando è dubbioso ancor.

(MIZANTROPO.) Tr.

corregirla en gran parte con la reflexión y la filosofía: un poco de filosofía es una sociedad muy necesaria en el mundo, porque la suma de males es mayor que la de los bienes, aun respecto de los seres más afortunados.

Todavía no soy tan viejo ni tan tenaz para hacer el sordo al objeto de tu última; y para hacerte ver que lo comprendo, puedes librar á mi cargo por doscientas libras que espero serán más que suficientes para suplir tus necesidades.

Buenas noches, *æquam memento rebus in arduis servare mentem*: no te dejes arrebatar ni deprimir por los accidentes de la vida.



BLACKHEATH, 16 de Mayo de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

La carta del 4 de tu secretario, que recibí ayer, ha disminuido pero no disipado enteramente mis temores. Dice que tu fiebre continúa aunque más tenue. ¿Es fiebre continua ó intermitente? Si lo primero, no es extraño que te halles débil y que te duela la cabeza, y si lo segundo, ¿por qué no has tomado la quina á pasto y en cantidad considerable? Esto habría prevenido los ataques. Espero que el primer correo me restituirá la tranquilidad. Es probable que no hayas sido muy prudente ni regular en tu régimen, porque de otro modo no habrías experimentado esos nuevos acometimientos de una fiebre que el facultativo llama *tympe*, como si para esto tuvieses privilegio exclusivo. Todavía no has tenido bastantes enfermedades para conocer lo que vale la salud, y para seguir ciegamente las prescripciones del médico en cuanto á los remedios, y las reglas de tu buen sentido en cuanto al régimen. Yo sé por experiencia que la cantidad es á veces peor que la naturaleza de los alimentos, y más bien querría yo comer media libra de tocino en una comida, que dos libras de lo que haya de más sano.

Va para una semana que me lleje aquí muy á mi satisfacción; mi lugar es éste, lo sé, cosa que no es dado á todo el mundo. Secuestrado de la sociedad por mi sordera y por otros males físicos, y siendo cuando más una visión de lo que fui, me paseo silencioso y solitario como conviene á un fantasma, con sólo esta diferencia, que yo me paseo de día, y los otros espectros, como sabes, sólo aparecen de noche. Sin embargo, me siento mejor que

hace un año, gracias á mi régimen casi exclusivamente lacticio, lo cual me permite variar mis diversiones solitarias, leer, escarabajar, cosas que no podía yo hacer el año pasado. Así es como paso lo que puede quedarme de una vida activa y agitada (y no estoy seguro de si he perdido en el cambio), que ha sucedido á otra tan tranquila y serena, que aun puede propiamente llamarse vida.

BLACKHEATH, 15 de Junio de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu carta del 5, que recibí ayer, me procura el mayor gusto por estar escrita enteramente de tu mano, aunque contiene grandes y quizá muy justas quejas sobre el triste estado de tu salud. Haces bien de mudar de aire y espero que este cambio te será provechoso. Te aconsejo pues, que pasado el 20 de Agosto escribas á Lord Holderness, suplicándole que solicite de S. M. el permiso para venir á Inglaterra por dos ó tres meses con el fin de restablecer tu salud. Dos ó tres meses es un transcurso de tiempo indefinido que podrás después alargar conforme te pareciere; yo tendré cuidado de esto. Entretanto toma tus medidas con economía.

Antes de ayer llegó un correo de la Guadalupe que nos trajo la nueva de que somos dueños de toda la isla. No dudo que dentro de dos meses recibiremos buenas noticias de Crown Point, de Quebec etc. Temo que nuestros negocios en Alemania corran una suerte muy diversa, porque no alimento esperanzas tocante al rey de Prusia y al príncipe Fernando. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 23 de Junio de 1759.

MI QUERIDO AMIGO.

Los dos últimos correos no me han traido carta tuya ni de tu secretario, silencio que considero como favorable; sin embargo, si creíste que yo podría presagiar mal, debiste haberme escrito. Por aquí hemos tenido unos quince días de hermoso tiempo, cosa rara en este clima, en donde no estamos acostumbrados á disfrutar de un cielo sereno durante tanto tiempo. Espero que tú no

habrás sido menos afortunado en Hamburgo, ó á lo menos en la villa en que te hallas; pero te encargo que tengas cuidado de que no sea tu villa *viciosa*, cuyo nombre se aplica por lo regular, y con mucha razón, á esta especie de lugares; bien que, por decirlo de paso, el nombre original fué villa *viciosa* de donde los bufones formaron *viciosa*.

Sin duda que ya piensas en los preparativos de tu venida aquí en otoño; creo que puedes despedir todas tus gentes excepto al secretario, al despensero, que tendrá cuidado de tu vajilla y de tu vino etc., uno ó dos criados cuando más, y tu recamarero y un lacayo que vendrán contigo; pero no des á nadie motivo para pensar que tienes ánimo de no volver á Hamburgo. Si se te hicieron algunas preguntas sobre el particular, responderás, como Lockhart, que eres el *servidor de los acontecimientos*; tu sueldo de ministro no te perjudicará aquí hasta que logres mejor destino. Creo que en esta estación sería mejor que vinieses por mar y no por tierra; pero sobre esto tú serás mejor juez en medio de las circunstancias que te rodean.

Dios te bendiga y restituya la salud.

MI QUERIDO AMIGO.

Me alegro de que el negocio de tu elección haya sido arreglado definitivamente; y hablándote la verdad, no siento que M.<sup>tes</sup> se viese obligado á hacer de mala gana lo que antes habría podido ejecutar de un modo noble y amistoso: sin embargo, finge que ignoras lo que ha pasado y vive con él como antes. En el mundo es á veces necesario aparentar que se ignora lo que se sabe, y haber olvidado lo que se tiene presente.

He leído ya la comedia de Colmán, y me gusta bastante: está bien conducida y los caracteres se sostienen. Confieso que esperaba yo más ingenio en el diálogo, pero como tengo al autor por un clásico escrupuloso, creo que no se atrevió á dar á luz la mitad del ingenio que habría podido mostrar, porque Terencio no emplea un solo grano, y obrar de otro modo habría sido crimen de lesa antigüedad. Dios te bendiga.

BATH, 24 de Noviembre de 1761.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibo en este momento tu carta del 19. Si he sentido algún cambio después de los seis días que hace tomo estas aguas, creo que es favorable; pero cuento que dentro de seis días más, sabré ciertamente si simpatizan conmigo. Si me son propicias aprovecharé sin abusar de sus favores. Todas las cosas tienen sus límites, *quos ultra citare nequit consistere rectum*, y yo trataré de tocar este punto.

Tengo buenas razones para creer que la España nos declarará la guerra, es decir, que pronto asistirá á cara descubierta á la Francia en caso que la guerra continúe. Este acontecimiento será un gran triunfo para M. Pitt, porque justificará su plan de dar el primer golpe antes que la España se declare. *Quien da primero da dos veces*.

Hay aquí mucha sociedad de aquella que comunmente se llama *bueno compañía*, es decir, gentes de gran calidad. Yo las incomodo muy poco excepto en los baños á donde voy por mi salud, porque, ¿qué es la compañía para un sordo, ó un sordo para la compañía?

Lady Brown, á quien he visto y que, por decirlo de paso, tiene la gota en el ojo, se informó de ti con mucha ternura. Nada más ocurre, tuyo hasta morir.

BATH, 6 de Diciembre de 1761.

MI QUERIDO AMIGO.

He estado algún tiempo adendado contigo, y sabes que esto no acontece muy á menudo; pero realmente ha sido por falta de espacio con que pagarte. El estado presente de mi imaginación no me permite acuñar moneda; y tú tendrías tan poco placer en leer como yo en escribir las *conghoneries* de este lugar, en las que tomo muy poca parte. No sé si me hallaré en estado de seguir tu consejo, porque ahora no he ganado ni perdido un solo chélin. Jugaré únicamente esta semana, y si la suerte me favoreciere aprovecharé los buenos momentos, pero si el azar es malo, mi

pérdida no será considerable en siete días porque espero verte en la ciudad de mañana en ocho.

He recibido una carta muy triste de Harle; está en casa de su hermana en Berkshire, malo de fúrica con veinte otras enfermedades. Presumo que el verdadero autor de sus males es el que hace ciento y treinta años destruyó casi solo la casa de Austria, ese *Gustavo Adolfo*, que no ha correspondido á sus esperanzas de lucro ni de reputación; y de esto él tiene la culpa por no haberlo escrito en lengua vulgar; porque en cuanto á los hechos, sostengo que es una de las mejores historias que existen.

Hasta la vista, y Dios te bendiga.



BATA, 17 de Noviembre de 1762.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí tu carta esta mañana y te despidió la pelota *à la votea*. El discurso del rey es muy prudente, y como supongo que la respuesta no hará más que repetir como de costumbre los mismos términos, el Lord Maire podrá llamarla muy bien inocente. Extendiéndose S. M. sobre nuestras conquistas, espero que cuando oportunamente se dé cuenta al parlamento con los preliminares de la paz, que supongo será después de las ratificaciones respectivas de las partes contratantes, hará explosión alguna ventaja que no se espera en nuestro tratado con Francia, la isla de Santa Lucía á lo menos.

Veo en las gacetas un artículo de nuestro tratado con España que no me gusta, y es que tendremos libertad de cortar palo en la bahía de Campeche, pero *pagando*. ¿Quién no ve que esta cláusula es una especie de prohibición por el precio que los españoles podrán exigir? Nosotros teníamos el derecho incontestable, confirmado por los tratados anteriores, de cortar palo de Campeche *gratis*. Si es cierta esta nueva estipulación, es un privilegio semejante á la espera que se concede á un criminal bajo condición de que será ahorcado.

Tomo actualments tan poca cantidad de estas aguas, que no pueden hacerme daño ni provecho; pero como sólo me baño dos veces á la semana, esta operación, benéfica á mi baldado esqueleto, me retendrá aquí más tiempo del que me habías concedido.

Harle se propone publicar una nueva edición de su *Gustavo*

*Adolfo* in 8°. Me dice que la ha corregido: yo habría podido responderle que habría debido traducirla al inglés porque de otro modo su venta no será mayor que la primera.

¡Dios te tenga bajo su santa guarda!

Tuyo etc.

BATA, 13 de Diciembre de 1762.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta en que me haces una relación muy clara de los debates en la cámara de los comunes. Es imposible que una criatura humana pueda hablar bien durante tres horas y media; y aun dudo si Belial, que según Milton era el orador de los ángeles reprobados, habló consecutivamente tan largo tiempo.

Necesario es que Ch. Townshend urda alguna trama, visto que hablo en favor de los preliminares, porque es hombre que se halla muy lejos de tener una opinión. Lord Egremont debe estar malo ó soñar en algún otro puesto; quizá el de Lord Granville que se dice está muy malo. Cuando muera desaparecerá con él la cabeza más capaz de Inglaterra, *teulo por cierto*.

Si no sobreviniere algún accidente iré á comer de hoy en ocho á esa ciudad; he dicho que se me dispongan unas *habichuelas*, y serás muy bien recibido á cosa de las cuatro. ¡*Entretanto Dios te tenga bajo su santa guarda!*

BRACBATA, 13 de Junio de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Por el último correo recibí tu carta del 4 de la Haya, á donde llegaste muy á tiempo para participar de la fiesta de nuestro embajador, que según he sabido, te mostró las mayores atenciones. Tienes razón de detenerte dos ó tres días en Hanau, y de hacer la corte á la dama del lugar.

Tu *Exzellenzia* figura ya en las gacetas. Deja que te den el tratamiento siempre que quieran, pero por Dios no permitas que tus criados lo hagan.

Nada nuevo ha ocurrido después de tu partida; te deseo pues muy buenas noches y pido á Dios que te bendiga. Tuyo etc.

BLACKHEATH, 13 de Junio de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibi ayer tu carta de Ratisbona, á donde gracias á Dios llegaste bueno y sano. Veo que ya no te entendías en contestaciones sobre el ceremonial y la *sigueta*. No cedas ningún punto esencial que pueda desdijir al carácter público de que te hallas revestido; pero al mismo tiempo te aconsejaré que distingas cuidadosamente lo que puede ó no afectarlo realmente, y que desprecies algunas *minuciosidades* germánicas, como un paso más bajo ó más alto en la escalera, una reverencia de más ó de menos, ú otras bagatelas de esta especie.

Escríbete con frecuencia á tu madre aunque sólo sean tres palabras para probarle que vives, porque cuando carece de noticias tuyas cree firmemente que te has muerto.

Muy mala tengo hoy la cabeza y así á Dios.

BLACKHEATH, 1.º de Agosto de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Espero que á esta hora te hallas perfectamente establecido en Ratisbona, y que á lo menos has fijado los puntos importantes del ceremonial, de modo que sabes precisamente á quien debes tratar de excelencia y de quien puedes exigir igual tratamiento. Estas formalidades son sin duda bastante ridículas en sí mismas; sin embargo, son necesarias en las simples relaciones del mundo, y algunas veces en los negocios: las unas y los otros sufrirían si se pusiesen enteramente de lado.

Acaba de acometerme una nueva enfermedad que hace largo tiempo sospechaba yo *in actu primo*, como dicen los pedantes, pero que todavía no había sentido *in actu secundo* hasta la semana última. Hablo del mal de piedra. Gracias á Dios la que he echado es pequeña, pero en *toda forma*, y antes de que viesse la luz sentí un dolor en los riñones que consideré al principio como restos

de reumatismo, pero muy pronto salí de mi error haciendo agua más negra que el café, con un sedimento considerable de arenilla. Actualmente me siento muy desembarazado, sin síntomas de esta terrible mal. ¡Dios te preserve de él y de la sordera! Las otras enfermedades son herencia común y casi inevitable de la naturaleza humana, pero á lo menos son susceptibles de algún alivio. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 22 de Agosto 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Sabrás por este correo, y por varios conductos, que Lord Egremont murió hace dos días de un ataque de apoplejía, cuyo accidente no debía sorprender, vistas las disposiciones de su contextura. Me preguntarás quién será secretario en su lugar, y te diré que no lo sé.

Tanto por las gacetas como por tu carta veo que todavía se presentan dificultades sobre tu ceremonial en Ratisbona. Si el orgullo y la locura las hace insuperables y continúan paralizando los verdaderos negocios, hay un medio que probablemente las allanará, y que muchas veces he visto adoptar, aunque nuestras gentes de por aquí lo ignoran: este medio no es otro que tomar el título de *ministro* únicamente, por lo que hace al carácter ostensible, y guardar en el bolsillo el de enviado extraordinario para presentarlo cuando convenga, sobre todo si eres enviado á la corte de algún elector vecino; ó bien que en cualesquiera transacción en que tu título de enviado extraordinario pueda crear grandes dificultades, obtengas un documento en que se declare que la suspensión temporal de aquel carácter no perjudicará en lo más mínimo á tus derechos ni á tus pretensiones. Por lo demás diviértete lo mejor que puedas; pero come y bebe lo menos posible.

Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 1.º de Septiembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

¡Grandes noticias! El sábado último mandó llamar el rey á M. Pitt, y la conferencia duró una hora; el lunes siguiente tuvimos T. II.

ron otra entrevista que duró más largo tiempo, y ayer otra que se prolongó más que las dos primeras. Tendrás ya por seguro que el tratado se concluyó y ratificó, pues nada de eso; la última conferencia desvaneció todas las esperanzas, y M. Pitt y Lord Temple partieron ayer tarde para sus tierras. Si quieres saber cuál es la causa que ha desbaratado todo esto, es necesario que te dirijas á los noticieros y á los concurrentes de los cafés que saben lo sucedido á punto fijo; pero yo que no sé nada más sino que no sé nada, confieso modesta y humildemente que no puedo comunicarte una sola jota. Probablemente unos de los partidos exige demasiado y el otro no quiere conceder bastante. Sin embargo me parece que no han tomado en mucha consideración la dignidad del rey, dejándolo único plenipotenciario de un tratado que en todo caso no se hallaban determinados á concluir. Este tratado habría debido comenzarse por algún agente inferior, y S. M. solo habría debido aparecer para desecharlo ó para ratificarlo. Jamás se presentó Luis XIV delante de una ciudad sin estar seguro de tomarla.

He hecho el mejor servicio que puede hacerse á la mayor parte de los casados, fijando los términos de separación entre mi hermano y su mujer. Dentro de unos quince días se publicará el tratado de paz definitivo; porque la única paz sólida y duradera entre un marido y su mujer es, sin la menor duda, una separación.

¡ Dios te bendiga!

BLACKHEATH, 30 de Septiembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Tus despachos te habrán informado de que los departamentos no se han distribuido como deseabas, porque Lord Halifax, como más antiguo, tuvo en su mano la elección y se decidió por el del sur á causa de las colonias. De este modo se halla por ahora constituido el ministerio entretanto puede formarse otro mejor; pero á mi parecer este arreglo tal cual es, no puede hacer frente al parlamento.

Creo que la inacción presente te procura mucho tiempo para enfadarte, pero también te deja bastante sosiego para cosas mejores, quiero decir, lecturas buenas y útiles, ó lo que todavía es mejor, para conversar contigo mismo una parte del día. Lord

Shaftesbury recomienda la conversación consigo mismo; yo querría recomendarla á todos los hombres y retirarian las mayores ventajas. Pocas gentes hay que tengan bastante tiempo para esta conversación, y muchas menos que gusten de ella; además no son raros los que se entregan á las más frívolas disipaciones con la mira de evitarla. Pero si se quisiese consagrar á esta muda conversación media hora todas las noches, y recapitular dentro de nosotros mismos lo que hemos hecho, bueno ó malo, en el curso del día, mejoraría nuestra condición y aumentaría nuestra prudencia. Mi sordera me da más tiempo del que se necesita para esta plática, y he sacado de ella grande utilidad.

Mi hermano y Lady Stanhope llegaron por fin á separarse. Yo fui el negociador entre ellos, y me vi en tal aprieto, que más bien querría negociar el punto más difícil del *jus publicum sacri romani imperii*, con toda la dieta de Ratisbona, que contestar materia alguna con las mujeres (a). Si mi hermano hubiese tenido algunas de las conversaciones consigo mismo que tanto te recomiendo, creo que con sesenta años, una constitución exhausta y el agregado de su sordera, no se habría casado con una joven que apenas tenía veinte años, en el colmo de la salud, y por consiguiente de los deseos. ¿ Pero quién es el que escarmenta en cabeza ajena? Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 17 de Octubre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

El último correo me trajo tu carta de 2 del corriente, y por el anterior recibí la de 25 del pasado. Bien supuse que se te llamaria para la apertura de la sesión, porque nunca he visto un llamamiento más estricto y menos permisos concedidos. Lo siento mucho por las razones que me das; sin embargo, has

(a) Si un matrimonio pide.  
No metas paces;  
Deja al que armó pendencia  
Que la desarme;  
Que en tales riñas  
Con lo que al uno amansas  
Al otro irritas.

(Frases Literarias.)

Tt.



obrado con prudencia haciendo de buena voluntad lo que no habrías podido evitar; tal debe ser tu regla en todo para el resto de tus días. Evita las cosas desagradables hasta el punto que lo permitiere tu habilidad; pero cuando fueren inevitables, sométele á ellas con todas las apariencias de la buena voluntad. Aunque este viaje no te conviene bajo muchos aspectos, con todo, mirándolo bien ganarás por lo que hace á los tomines; porque cuenta por seguro que se te detendrá aquí hasta el último día de la sesión. Supongo que habrás vendido tus caballos y despedido algunas de tus gentes. Aunque el ministerio ve venir con mucho temor el primer día de la sesión, creo que el peligro será mayor en el curso de las deliberaciones.

Sin duda que al pasar por París irás á visitar á Lord Hertford, y le suplicarás que te presente al rey. Dale expresiones más manifestándole mis agradecimientos por el oficioso recado que dejó en mi casa en la ciudad; dile que si lo hubiese recibido aquí á tiempo, habría ido expresamente á la ciudad para pagarte personalmente mis respetos. Si hubiese en París algunos libritos nuevos, te encargo que me los traigas.

Hasta la vista.

BATA, 24 de Noviembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Llegué aquí, como lo provees en tu última, el domingo pasado, después del más desagradable viaje que he hecho en toda mi vida: nevó y heló toda la mañana; por la tarde vino el deshielo y la lluvia, y pusieron los caminos tan resbalosos, que dilaté seis horas en venir en posta de Dexizez, que no dista de aquí arriba de diez y ocho millas; de modo que poniendo á parte el honor de viajar en posta, habria hecho lo mismo viniendo á pie.

Todavía no estoy restablecido de mi último ataque; me siento débil, y extenuado. Llevo únicamente tres días de tomar las aguas, y sin un milagro aun no puedo esperar mucho alivio, pero de ningún modo cuento yo con los milagros. Si estas aguas produjesen en mí el efecto que las de la fuente de *Juvenec* (a).

(a) *Juvenec* es el nombre de una ninfa joven que según la fábula fué transformada por Júpiter en fuente, á cuya agua dió este día la virtud de rejuvenecer á los que se bañasen en ella. Tr.

seria ciertamente un milagro pero como decía el difunto papa Lambertini: *frá noi, gli miracoli sono passati già un pezzo*. Dios te bendiga.

BATA, 18 de Diciembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí esta mañana tu carta en que me reconvienes por no haberte escrito esta semana. No lo hice porque no tenía nada que comunicarte. Mi vida es tan uniforme que cada día es semejante al anterior. Veo á muy pocas gentes, y en el sentido literal de la palabra no oigo nada.

Harle debe publicar dentro de poco una grande obra poética de la que me ha enseñado algunos trozos. Su título es *Emblemas*; pero yo le he persuadido que lo cambie por dos razones: primera, porque no son emblemas, sino fábulas; segunda, porque aunque fueren emblemas, Quarles ha desacreditado y envilecido este título de tal modo, que es imposible usarlo después de él. Adoptará pues el de *Fábulas*, aunque á mí parecer más valdría llamarles *Cuentos Morales*. Si me preguntas lo que pienso de lo que he visto, debo decir: *Sunt plura bona, quedam mediocritas et quoddam....* (a).

Tu opinión sobre los cambios que deben sobrevenir, no carece de fundamento, y nada quita de mi cabeza que la mina de que hemos hablado reventará antes de que concluya la sesión.

He recobrado un poco de fuerza pero no toda la que desearia. Buenas noches.

(c) Epigrama de Marcial:

*Sunt bona, sunt quedam mediocritas sunt mala plura,  
Quae legis his: aliter non fit, Avite, liber.*

Don José Salas lo tradujo de esta manera:

Algo lecrás bueno aquí,  
Algo meñano y ya escucho,  
Avite, que hay malo mucho  
Pero el libro se hace así.

Tr.

BATH, 24 de Diciembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Mucho me ha sorprendido que me hagas tantas instancias para que influya cerca del párroco Rosenhagen, cuando sabes la resolución que tomé hace algunos años, y que he cumplido escrupulosamente, de no mezclarme de modo alguno en contestaciones de partido. Que estos partidos disputen cuanto quieran, yo no me meteré en separarlos ni en unirlos á sus querellas; los conozco muy bien á todos. Pero dices que lord Sandwich te ha mostrado mil atenciones; me alegro mucho de ello, pero no puede imputarle mi obstinación, sino mi locura ó mi filosofía, llámala como quieras. Puedes asegurarle que has hecho cuanto ha estado en tu mano para obedecer sus órdenes.

Siento mucho que tu salud haya vuelto á descomponerse; espero que sólo será una fluxión; pero si fuere cosa más seria, te encargo que veas al Dr. Maty, con quien te fué tan bien en tu última enfermedad, cuando los médicos de la facultad te trataron tan mal.

BATH, 31 de Diciembre de 1763.

MI QUERIDO AMIGO.

Grevenkop me escribió cuatro latras por el último correo, diciéndome que tenías la gota, pero lo dudo mucho, es decir, que sea verdaderamente gota. La última indisposición que pasaste aquí la declararon gota los hábiles, y al fin se vió claramente que sólo era reumatismo. Ten cuidado de que no vuelva á cometerse el mismo error, y que al tomar medicinas calientes y fuertes para la gota, no irriten el reumatismo, dado caso que éste sea tu mal.

M. Wilkes ha imitado á los grandes hombres de la antigüedad sacrificándose á un destierro; este era el único medio de derrotar á sus adversarios y á sus acreedores; y aunque sus amigos, si los tiene, dicen que volverá muy pronto, yo respondo por él que este *pronto* tardará muchísimo.

Me he visto muy indispueto estos cuatro días con un fuerte catarro que no sé cómo cogí, el cual me ha obligado á suspender

las aguas; pero ya estoy mucho mejor, y me propongo continuárlas esta semana y abrazarte en la ciudad del lunes ó martes en ocho. Dios te guarde.

BLACKHEATH, 20 de Julio de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Acabo de recibir tu carta del día 3 escrita en Praga; pero nunca llegaron á mis manos las de Ratisbona de que me hablas. Veo que tus movimientos son tan rápidos que no sé á dónde dirigirte la puntería. Supongo que si á esta hora no te hallas establecido, has llegado por lo menos á Dresde, y terminado tus audiencias y ceremonias.

No tengo que comunicarte ningún acontecimiento político; el verano no es la estación de los grandes sucesos, que por lo regular estallan en invierno. Muchas cosas se esperan á la entrada del parlamento, pero ya sabes que este lenguaje es siempre el de los temores y de las esperanzas; sin embargo, creo que habrá una especie de soldadura entre ambos partidos.

Tu último secretario ha venido á verme tres ó cuatro veces; solicita un empleo civil ó militar sea el que fuere; en una palabra, le falta pan y ha tocado la puerta de varios ministros sin conseguir nada. Descarta con todo mi corazón poder asistirlo, pero le he dicho sinceramente que no me es posible, y le he aconsejado que trate de abrirse camino hasta Lord Bute.

Yo sigo precisamente lo mismo que me dejaste, es decir, un ser nulo. La vejez se apodera de mí insensiblemente, y solo veo aumentar mi debilidad y mi decrepitud; pero no sufro, y así estoy contento.

Tu correspondencia puede ser ahora muy regular y espero carta tuya cada quince días. Por mi parte seré exacto; pero escribe á tu madre con más frecuencia aunque sólo sean cuatro renglones. Á Dios.

BLACKHEATH, 27 de Julio de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí hace dos días tu carta del 11 de Dresde, á cuya ciudad me alegro que llegases bueno. Excesivamente cara es ahí la vida

animal, y no concibo cómo pueda subsistir la gente pobre después de haber sido pillada durante tanto tiempo por sus soberanos y no soberanos.

En cuanto á procurarte el título y sueldo de plenipotenciario me sería tan fácil conseguirlo del Gran Turco como de este ministerio, y en verdad, creo que no está en su mano contentar tus deseos.

Respecto á tus intereses privados, si puedo comparar las cosas pequeñas con las grandes, creo haber encontrado un expediente mejor que el que propones. Mañana enviare de una vez á tu banquero M. Larpant quinientas libras esterlinas para tus gastos, y esto me parece que vale más que hacerlo envíos cada trimestre. Para mediados del estío próximo puedes contar con toda seguridad de que el mismo sujeto tendrá igual suma á tu disposición.

La manía de matrimonio es aquí general, de modo que el invierno próximo habrá probablemente una buena cosecha de cornudos que sólo son ahora *cocus en herbe*. Lord G<sup>o</sup> M<sup>o</sup> B<sup>o</sup> y M. D<sup>o</sup> han elegido mujeres hermosas que no tienen un cuarto. Necesario es que Lord<sup>o</sup> trabaje algo para entrar en la cofradía. Buenas noches.

BLACKHEATH, 3 de Septiembre de 1764:

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí tu carta de 13 del pasado, por la que veo que te faltaba muy poco para tu instalación definitiva, y que no tenías necesidad de hacer gastos en grandes convites, visto que los otros no los hacen.

Francia y España nos insultan de concertado, y lo llevamos muy en paciencia. En mi opinión este es el tiempo de hablarles con auterza. Estoy persuadido de que Francia no nos buscará la cara hasta que no tenga una marina igual á la nuestra, lo cual no podría ser antes de tres ó cuatro años; y realmente pienso que entonces oiremos hablar de cualquiera otra cosa. Este es pues el momento de elevar la voz, y seremos temidos si mostramos que no tememos.

M. Harte me envió una obra para tí y para mí sobre agricultura, y te sorprenderá, como confieso que yo lo he sido, porque no sólo está escrita en buen inglés, sino con elegancia, y aun ha espar-

cido algunas gracias en el asunto, de modo que su prosa se acerca mucho á las *Georgicas* de Virgilio. Le he escrito felicitándole por esta feliz metamorfosis. En primera ocasión te remitiré tu ejemplar y aunque no seas *Agricola* lo tendrás con placer.

Presenta mis cumplidos y los de Lady Chesterfield al conde y condesa Flemming. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 14 de Septiembre de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí ayer tu carta de 30 del pasado, por la que veo que no habías recibido aún la que te encaminé al siguiente día de recibida tu precedente. No pierdes mucho, porque como te dije en mi última, esta estación no procura materia para cartas. La mies será probablemente abundante en el invierno; pero de qué grano? no lo sé, ni lo presumo ni me inquieta. Tengo por seguro que Lord Bute *sobrenadará* entonces; pero si ha de ser con ayuda de vejiga ó de corcho, sólo Dios lo sabe.

Me preguntas qué es lo que pienso de la muerte del pobre Iwan y de la que la ordenó (a). Te acordarás muy bien que siempre dije que ella lo mataría ó se casaría con él, ó que quizá haría uno y otro. Eligió la alternativa más segura y ha completado su carácter de *mujer fuerte* abandonando todo escrúpulo. Si Maquidavolo viviese, la habría sin duda elegido por su heroína, como César Borgia fué su héroe. Todas las mujeres son maquiavélicas, porque jamás son buenas ó malas á medias. Sus pasiones son muy fuertes y su razón muy débil para obrar en algo con moderación.

Parece que ya te hallas bien establecido en Dresde; cuatro lacayos sedentarios y un volante forman un *tren muy guapo*. Los que fueren alemanes te tratarán de *seine excellent*, y los franceses, si tienes algunos, de *monsieur*.

Mi salud varía como de costumbre, pero nunca toma el buen camino.

Dios te bendiga.

(a) Ca alina II.

BLACKHEATH, 4 de Octubre de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Tengo á la vista tu carta de 16 del pasado, y entregué la inclusa á Grevenkop quien se obligó á desempeñar tu encargo del modo más barato. Dice la verdad relativamente á los diamantes de la condesa de Cosel, que ninguno comprará aquí sin verlos, puesto que son muchas las minucias que contribuyen á aumentar ó disminuir el valor de esta piedra preciosa.

El queso de Cheshire y la cerveza de Burton son cosas de que yo me encargo, y te las enviaré lo más pronto posible. Te daré esta ocasión un consejo cuya utilidad me ha enseñado la experiencia, y es que en todos los encargos de hombres y mujeres no uses de galantería. Presenta las cuentas y haz que se te pague hasta el último maravedí. Si quieres hacer algún obsequio, procura que sea independientemente de tu comisión, porque de otro modo llegarías á ser el *encomendero banal* de todas las mujeres de Sajonia.

A propósito, ¿quién es esa condesa de Cosel? ¿Es hija ó nieta de la famosa madama de Cosel que vivía en tiempo del rey Augusto? ¿Es joven ó vieja, fea ó hermosa?

No me admiro de que el mundo se sorprenda de nuestra paciencia y sumisión relativamente á Francia y España. Esta última acaba en efecto de dar su consentimiento para que corremos palo de Campeche, según lo tratado, y ha enviado órdenes á su Gobernador para que nos lo permita; pero al mismo tiempo observarás que no se habla una palabra de indemnizarnos de las pérdidas que hemos sufrido últimamente. La Francia tampoco se muestra más blanda, porque sólo pagará la mitad del dinero, después de haber liquidado sus cuentas sobre el sustento de sus prisioneros.

He visto *Les contes de Guillaume Vadé*, y estoy de ellos tan poco contento, que apenas puedo imaginarme que sean de Voltaire. Pienso más bien que sus trozos que cayeron bajo su mesa y que algunos escritores subalternos redujeron bajo su nombre.

La semana entrante iré á Londres á establecer mis cuarteles de invierno. Por aquí hace un tiempo muy húmedo y frío, lo cual no conviene de ninguna manera á una constitución usada como la mía.

El mes de Noviembre iré á Bath con la mira de abastecerme para el invierno, y también para variar la escena. Buenas noches.

LONDRES, 19 de Octubre de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer por la mañana vino M.<sup>o</sup>, de parte de Milord Halifax, para preguntarme si creía yo que quisieses ceder tu lugar en el parlamento mediante una buena remuneración, es decir, dinero. Mi respuesta fue que realmente ignoraba tu parecer, pero que en general sabía que te hallabas muy dispuesto á complacerlos en cuanto dependiese de ti; que me constaba que tu elección había costado dos mil libras esterlinas; que todavía no va corrido la mitad del tiempo, y que en cuanto á mí aprobaba la proposición con tal de que se te diese un justo equivalente. Supongo que por este correo se te enviará alguna carta sobre el particular, y así es necesario que consideres lo que te convenga hacer. Yo te aconsejo que les des mucho *galbanum* en la primera parte de tu carta; el *galbanum* no cuesta nada; y en seguida diles que te hallas dispuesto á hacer lo que gusten, pero que esperas una indemnización equitativa, en consideración á las dos mil libras que costó tu elección en el parlamento, y que te tomas la libertad de recordarles que en la última sesión se te hizo venir de Batisbona, lo cual te obligó á gastar tres ó cuatrocientas libras, y que por lo tanto, piensas que mil libras no es suma desproporcionada; pero que en todo caso harás lo que fuere de su agrado. Bien visto, creo que esta proposición te es ventajosa, porque probablemente no asistirás á las sesiones en este parlamento, y además, te evitará quizá otro viaje de Dresde, en caso que el ministerio tema algunas dificultades en la sesión subsecuente. En todo lo que tengamos que hacer debemos mostrar buena voluntad. *Dixi*. Dios te bendiga.

BATH, 40 de Noviembre de 1764.

MI QUERIDO AMIGO.

Muy inquieto me tiene lo que me dices de tu salud en tu última carta. Me imagino que en una ciudad como Dresde debe haber á

lo menos un buen médico; espero que lo habrás consultado, y querría que lo informases de todos los diferentes ataques de esta especie que has tenido desde el primero y más peligroso en *Lau- bach*, hasta el que sufriste en Dresde. Dile también que en tu última enfermedad en Inglaterra, los médicos se engañaron y trataron de curarte como si padecieses gota, hasta que M. Maty le tomó á su cargo como reumático y le curó. Creo que nunca has tenido gota sino reumatismo, y por experiencia sé que es tan doloroso como la primera, y que debe curarse de un modo enteramente diverso, es decir, con medicinas refrigerantes y régimen, en vez de esas cordiales inflamatorios que los médicos recetan siempre que suponen que es gota, para alejarla, como ellos dicen, del estómago.

Hace justamente una semana que me hallo en este lugar; pero he tomado tan poco las aguas, que no puedo hablar de ellas bien ni mal. Hay aquí infinidad de gentes pero muy pocas de mi conocimiento. Parece que Hart se ha fijado aquí para toda la vida: cierto es que su salud es mala, pero no tanto como él lo cree ó querría persuadirlo.

Dios te bendiga, mi querido amigo, y te envíe mejor salud.

LONDRES, 26 de Febrero de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu última me ha causado tanto placer como tu primera me había llenado de inquietud; y como Larpent confiesa su descuido, todas mis sospechas se desvanecen, sospechas que cualquiera otro en mi lugar habría concebido.

Todo lo que puedo decir del negocio entre tú, como del *corpo diplomatique*, y los ministros de Sajonia, es que *voilà bien du bruit pour une omelette au lard*. Pronto se arreglará una desavenencia en que debes mostrar toda la moderación que puedas, cediendo hasta el punto que tus instrucciones te lo permitan, sobre todo respecto del conde de Flemming. Creo que el rey de Prusia tiene intención de insultarlo personalmente como á su antiguo enemigo, ó bien de suscitar querrela á Sajonia que no se atreve á fiarse á él; pero algunos del cuerpo diplomático de aquí me aseguran que sólo es un pretexto para retirar á su enviado y poner en su lugar, cuando todo esté arreglado, un modesto encargado

de negocios *menos costoso*, como lo ha hecho ya en París y Londres. Á Dios.

LONDRES, 22 de Abril de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Antes de ayer recibí tu carta del 3, por la que veo que el negocio importante sobre el ceremonial quedó al fin arreglado como yo lo había previsto. Las potencias que desean suscitar querellas, protestan por lo regular semejantes minucias; pero pronto cesan cuando no tienen interés ni inclinación para un rompimiento. El conde de Flemming, aunque vivaz, es hombre prudente, y estaba yo seguro de que no quería romper con las cortes de Inglaterra y de Hannover por tal bagatela, sobre todo, durante una minoría.

Tratas de informarte del negocio de M. de Guerchy; voy á explicarte con la cortésidad posible este raro acontecimiento, pero sin decirte mi propia opinión por el correo ordinario. Sabes lo que ocurrió al principio entre M. de Guerchy y M. d'Eon. Nuestros ministros y M. de Guerchy, faltos de experiencia en los negocios, se metieron al principio en embarazos inextricables. Hace tres ó cuatro meses que M. de Vergy publicó en un folleto varias cartas que había escrito al duque de Choiseul, en que asegura positivamente que M. de Guerchy le había invitado á venir á Inglaterra para asesinar á d'Eon. Las palabras, según puedo recordar, eran que *se le deseaba en Inglaterra, no para servirse de su pluma, sino de su espada*.

Yo veo y oigo estas tempestades sentado en la playa, *suave mari magno* etc. Disfruto de mi sosiego y de mi seguridad con tan buena salud como razonablemente podía esperar de mi edad y de mi constitución; sin embargo, siento por grados mi decadencia, aunque casi insensiblemente, y pienso que no caeré sino que resbalaré suavemente hasta la base de la montaña de la vida. No sé nada ni me inquieta nada de la época, porque estoy muy cansado de vivir. Á Dios.

BLACKHEATH, 2 de Julio de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Acabo de recibir tu carta de 22 del pasado. Había diferido contestar tu primera, porque cada día ó cada hora esperaba poder informarte de algún cambio ministerial, pero en vano. Después de mil conferencias, todo queda en el mismo estado de que te hablé en mi última.

Parece que todavía no conoces el carácter de la reina; es una buena mujer, buena esposa, madre, hermana y reina que para nada se mezcla en los negocios de estado. El rey la ama como á esposa, pero ciertamente creo que todavía no le ha hablado una palabra de política. Ya te lo dicho cuanto sé sobre este asunto; y creo que es lo mismo que cualquiera otro puede saber sin hallarse en el secreto. Fácilmente te imaginarás que las conjeturas y las relaciones son infinitas; y si como se dice, sólo hay una verdadera, es claro que un millón de ellas son falsas porque todas son diferentes.

Has perdido un criado hombre de bien con la muerte del pobre Luis; te aconsejo que tomes en su lugar un joven Sajón que presente buenos testimonios de su conducta, en vez de enviar á buscar uno á Francia de cuya honradez no podrás informarte bien á tal distancia.

Cuando se dijere algo nuevo te informaré más detalladamente. A Dios.

BLACKHEATH, 17 de Agosto de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Me debes actualmente dos cartas, y temo que la gota te haya obligado á contraer esta deuda. Cuando no te hallares capaz de escribir, que tu secretario me ponga dos renglones para informarme de cómo te hallas.

Por la gaceta oficial habrás visto los cambios que ha habido en esta corte; pero me parece que al mismo tiempo has de haber notado que habrá otros antes que el ministerio se consolide; sólo Dios sabe cuándo sucederá esto. Si yo me llevase de mis conjeturas, diría que dentro de poco M. Pitt y sus asociados gober-

narán al ministerio actual, que sólo es una mezcla heterogénea de vejez y juventud que no puede hacer nada.

Siento el principio del otoño que es ya muy frío. Las hojas comienzan á secarse, caerán pronto, y parecen indicar que es menester que yo las siga. Lo haré sin repugnancia, porque estoy extremadamente cansado de este mundo frívolo. Dios te bendiga en éste y en el otro.

BLACKHEATH, 25 de Agosto de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

No hace más de cuatro días que recibí tu carta de 2 del corriente. Me figuro que te hallabas bueno porque te muestras muy animado. Tu juicio sobre el nacimiento ó la regeneración del ministerio es muy exacto; me atrevo á decir que es muy cierto que los que lo componen no tienen aun el verdadero sello de la cábala; á lo menos no se halla entre las manos de los secretarios de Estado, quienes sólo tienen el del rey; y me parece que ni aun el Lord del sello privado lo posee.

Se supone que Lord T<sup>o</sup> es el autor del folleto que mencionas; pero á mí me parece que es escrito superior á sus fuerzas; quizá su hermano C—T, que está lejos de hallarse contento con el actual arreglo, le habrá ayudado en secreto.

Te encargo que me digas en tu próxima lo que piensas del príncipe Enrique de Prusia, y si es de tu gusto. Dios te bendiga.

MI QUERIDO AMIGO.

El ventajoso retrato que haces del príncipe Enrique, y que creo es exacto, eclipsa en gran parte el del rey de Prusia, y quizá esta es la causa de que ambos se lleven tan mal; pero el rey de Prusia, con todos sus talentos, debía tener presente aquella muy conocida y verdadera máxima, *qui invidet minor*. M. de la Rochefoucault dice que la envidia es la más baja de todas las pasiones, visto que se confiesan muchos crímenes pero nadie confiesa la envidia. Gracias á Dios, nunca he sido yo susceptible de esta vergonzosa y despreciable pasión, sino respecto á la dicha de un

rival afortunado con una hermosa mujer que yo amase; pero ahora que ha cesado la causa, los efectos ya no existen.

¿Qué te diré, ó más bien qué podré decirte de nuestro mundo político? Los antiguos ministros acusan á los nuevos de no haber hecho nada, y los nuevos acusan á sus adversarios de haber hecho peor que nada. Los escritores de ambos partidos se atacan recíprocamente y á veces con fino y agudeza.

Todo esto á mis ojos no es más que preparar leña para el fuego que debe arder en la capilla de San Estevan. Cómo terminará esto es cosa que no puedo conjeturar; si M. Pitt no viene á socorrer á los actuales ministros, les costará mucho trabajo defender el terreno. C\*\*\* será de su bando; ¿y con quién otro cuentan? con nadie sino C\*\* que sólo tiene buen sentido para sin los talentos necesarios ni la experiencia, *ave cetera virus Martenque accendere cantu*. En toda mi vida me acuerdo haber visto los negocios en estado más problemático; muy embarazado podría verse un hombre para elegir.

Tu huésped Miss C\*\*, es otro problema que no puedo resolver: no tenía más necesidad que tú de tomar las aguas de Carlsbad, ¿Será acaso para hacer ver al duque de K\*\* que no puede vivir sin ella? Es experimento peligroso, que quizá podría convencerlo de que puede vivir solo. No dudo que hay en esto algún manejo oculto que no veo, ni tengo interés en descubrir. Tú has hecho muy bien de mostrárselo civil, lo cual nunca hace daño. Yo iré á tomar mis aguas, es decir, las de Bath, dentro de tres ó cuatro semanas, más bien para bañarme que para beberlas. Los baños calientes provocan siempre mi transpiración, y ésta suaviza mis miembros endurecidos con los reumatismos. Con todo, me siento actualmente tan bueno y mejor de lo que con razón podía esperar *anno septuagesimo primo*. Ojalá y tú llegues hasta allá y aun más lejos. Dios te bendiga.

LONDRES, 25 de Octubre de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí tu carta del 10 *sonica*, porque parto para Bath mañana por la mañana. Si los baños no me procuran mejoría, el cambio de escena me divertirá á lo menos por algún tiempo; á mi edad y con mis achaques es monester *no perder ripio*. Un poco de variedad es tan necesaria al alma como las medicinas al cuerpo.

Por lo que hace á política tenemos aquí un eclipse total, que supongo durará hasta la reunión del parlamento, y esto no se verificará antes del 15 de Enero próximo, porque la asamblea de 17 de Diciembre es sólo con el objeto de regularizar algunos órdenes para nuevas elecciones (*veris*). Los ministros antiguos amenazan á los actuales, pero éstos no parecen temer á los primeros; tienen para ello una buena razón, y es que pueden disponer del *pan y del pescado*.

Aunque no creo que el nuevo ministerio viva largo tiempo, no puedo adivinar quiénes le sucederán, tal es la carencia de sujetos *palpables*. El duque de — protesta que caudará de que Lord — sea atacado personalmente en ambas cámaras; pero yo no veo cómo pueda hacerlo sin que él mismo no se exponga al riesgo.

Te compadezco en medio de esa inundación de compatriotas que te acosan: *muy bien se yo de qué pie cojean*. Esto por otra parte es costoso; pero como yo considero el gasto como el mal menor, voy á ensayar si un presente de año nuevo lo remedia.

Hallándome en vísperas de partir, sólo agregaré que Dios te bendiga.

BATH, 28 de Noviembre de 1765.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibo en este momento tu carta del 40. Hace cerca de un mes que me hallo aquí bañándome y bebiendo las aguas por dolores casi como los tuyos, en las piernas, las caderas y los brazos; si es gota ó reumatismo, sólo Dios lo sabe; yo creo que son ambas cosas que combaten sin que ni una ni otra triunfe, y que me han reducido absolutamente á la miserable situación del enigma del Estingo: á andar en tres pies, con ayuda de mi bastón para poder pasear ó por mejor decir cojear. Desearía yo que fuese gota declarada; á lo menos es enfermedad de caballeros, á la vez que el reumatismo es mal de cocheros ó de otras gentes que se ven obligadas á exponerse diariamente á las inclemencias del tiempo.

Creo que harías muy bien de solicitar licencia, y me atrevo á decir que la obtendrías fácilmente; para ir á tomar algunos baños á Suavia, esto es, suponiendo que hayas consultado con algún hábil facultativo de Dresde ó de Lipsia, sobre la naturaleza de tu enfermedad y sobre la de los baños; pero *suos quisque patiuntur mores*. Mal contrato hemos hecho por lo que hace á esta villa,

bien lo sabe Dios; y la paciencia es el único medio de no empeorarlo. M. Pitt permanece aquí en cama, con una gota muy cierta y no política como se ha sospechado frecuentemente.

El pobre Harte está muy malo y condenado á los baños calientes de Bristol. Es mejor poeta que filósofo, porque toda su enfermedad y melancolía proceden de la mala acogida de su *Gustavo Adolfo*; se ha vuelto extremadamente devoto, de lo cual me alegro, porque siempre es un consuelo para los afligidos.

No puedo poner en manos de M. Larpent mi regalo de año nuevo hasta que no regrese yo á la ciudad, lo cual se verificará antes de Navidad. Entretanto Dios te bendiga.

MI QUERIDO AMIGO.

LONDRES, 27 de Diciembre de 1765.

El lunes último regresé de Bath un poco mejor de lo que estaba antes de ir allí; los dolores reumáticos en mis piernas, y talones siguen atormentándome, y casi no puedo esperar verme libre de ellos.

Sin duda que habrás recibido la resena oficial de lo que ha hecho, ó por mejor decir, de lo que no ha hecho el parlamento el día de su apertura. El mismo asunto será el gran objeto de la próxima reunión; me refiero al negocio de nuestras colonias en América, sobre la imposición del papel sellado, que aquellos colonos refusan pagar absolutamente. El gobierno se inclina á manifestar alguna indulgencia á estos hijos insolentes para con su madre patria; la oposición es de parecer que se empleen medidas rigurosas, según las llama, pero yo las considero como violentas; quiere nada menos que las *dragonnades* (a) y que las tropas que allí tenemos exijan el impuesto. Yo digo que nunca he visto corregido á fuerza de azotes á ningún niño obstinado, y que no querría que la madre patria se condujese como una madrastra. Nuestro comercio en América produce un año con otros dos millones, y el impuesto del papel sellado sólo figura en esta suma por 100.000 libras, que no deseo ver entrar en las arcas del

(a) Nombre que quedó á la persecución que se hizo en Francia en tiempo de Luis XIV á los protestantes para la cual se emplearon los dragones. Tr.

estado, con la certidumbre, ó sólo con el riesgo, de hacer perder un millón anual al tesoro público.

No hablo de la *jarretera* que se confirió ayer, porque las gacetas te informarán sobre el particular; pero debo observar que la cinta concedida al príncipe Brunswick es una señal de la mayor distinción para esta familia. Crey que es la primera, excepto nuestra familia real, que haya obtenido dos cintas azules al mismo tiempo. Es necesario confesar que esta casa las merece.

No se oye hablar en la ciudad de otra cosa que de separaciones conyugales: Guillermo Finch, el ex vicecamarero mayor, Lord Warwick y tu amigo Lord Bollingbroke. No me sorprenden estas separaciones, sino de que tantos maridos y mujeres vivan todavía juntos; cierto parece que en este país no se comprende bien el matrimonio.

He enviado hoy á M. Larpent doscientas libras esterlinas como obsequio de año nuevo; supongo que te lo avisará por este correo.

Pasa las fiestas de Navidad tan alegremente como puedas, porque visto el poco tiempo que nos queda, nada es más funesto que la negra melancolía. Por lo que hace al año nuevo, Dios te conceda muchos y muy felices. Á Dios.

Londres, 11 de Febrero de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí hace dos días tu carta de 25 del pasado, y ocho días antes la precedente de que me hablas; este retardo prueba que los caminos están casi intransitables en esta estación. Apenas me acuerdo haber visto un invierno más crudo; aquí ha ocasionado muchas enfermedades; mi pobre esqueleto ha sufrido tanto, que me vi obligado hace tres semanas á sangrarme dos veces en cuatro días. Lo conveniente de esta operación apareció después, por la mucha mala sangre que me sacaron y el alivio considerable que sentí en la cabeza y los miembros.

Quizá esperas de mí una relación circunstanciada del estado actual de las cosas políticas. Si así es, veras frustradas tus esperanzas, porque ninguno en el mundo, y yo menos que nadie, sabe nada sobre el particular; cada día, y aun cada hora, se cambia de resolución. En general se piensa, y yo soy de igual parecer, que el ministerio actual está para morir; pero sólo Dios



sabe si tendremos pronto otro por diferente estilo. Sin embargo, es seguro que la elección de los ministros fué muy contestada en la cámara de los comunes, y que sólo tuvieron una mayoría de once votos, número muy corto para poder manejar convenientemente el timón del estado. Al día siguiente fueron vencidos por una mayoría de tres votos en la cámara de Lores, en donde se trató de llevar á cabo el acto del papel sellado en las colonias *et. et. armá.* No sé qué conclusión sacarás de estas premisas; y yo protesto que no saca ninguna, y solo contemplo con asombro la confusión en que se hallan los negocios; no he visto nada semejante después de cincuenta años de experiencia. Este acto, revólvese á no, lo cual parece aún muy problemático, es pernicioso; ha infundido tanto terror en los americanos, que nuestro comercio con ellos no será por mucho tiempo lo que antes. Hay en nuestras manufacturas una multitud de artesanos que morirán de hambre por falta del trabajo que les procuraba nuestro comercio con América, y el hambre es siempre madre de los tumultos y de las sediciones.

Pues que has escapado de la gota en medio de un frío tan rigoroso, es de suponer que te verás libre de ella, á lo menos hasta el invierno próximo. Á Dios.

Lord\*\* que se separó de su mujer, sostiene ahora con mucho lujo á una..... Este es el medio de completar su ruina.

LONDRES, 17 de Marzo de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Me consideras como deudor tuyo injustamente. Nunca recibí tus cartas sin contestarlas por el primero, ó cuando más por el siguiente correo. Me figuro que las mías se helaron ó ahogaron en el camino, porque los prodigios de heladas, nieves ó inundaciones han sido tan frecuentes este invierno que casi han perdido su nombre.

Me dices que ibas á los baños de Baden, y poniéndome esto en perplejidad, recomiendo la presente al cuidado de M. Larpent para que te la encamine. Supongo que *Baden* es en alemán el nombre general de todos los baños, y que éstos se distinguen por algún epíteto, como *Wishbaden*, *Carlsbaden*, etc. Me figuro que no serán baños fríos, de los que tengo muy mala opinión en todos

los casos de artritis ó de reumatismo, y el tuyo es un compuesto de estas dos enfermedades, bien que la última es la que domina.

Quizí te sorprenderá que no te diga yo nada de los negocios públicos, sobre los que será tan secreto como la dócil *Kate* de *Holspar*, que no quera decir lo que no sabia. Lo más particular es que nadie parece saber más que yo. Las gentes anhelan, admiran, conjeturan y refinan; se habla diariamente de cambios ministeriales, pero de qué género, sólo Dios lo sabe.

Difícilmente creerás que tuve á comer en mi casa á tu antiguo conocido el príncipe de Brunswick. Me alegro que haya pasado esta ceremonia que no podía yo evitar, porque S. A. me había abrumado con mil cumplimientos y atenciones.

Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 18 de Junio de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu carta de 30 del pasado llegó ayer á mis manos, y la esperaba con impaciencia, porque hacía seis semanas que no tenía letra tuya; tu madre tampoco sabía lo que era de ti, y ya comenzaba á estar segura de que te habías muerto. Debías escribirle una vez á la semana, ó á lo menos cada quince días; porque las mujeres no se hacen cargo de los negocios y diversiones de los hombres; á la vez que yo puedo por experiencia tener presente uno y otro; sin embargo, desearía que me escribieses regularmente una vez cada quince días.

La semana pasada puse en manos de M. Larpent quinientas libras para tí, correspondientes á mi oferta de verano; supongo que ya te habrá escrito sobre el particular. Debes confesar que soy muy exacto.

Mi salud es tan buena como podía esperarlo de mi edad y de mi arruinado esqueleto; hablo de medio cuerpo para arriba, porque para abajo es muy diferente; mis piernas conservan aún la tesura y debilidad de mi largo reumatismo, y no puedo andar durante media hora consecutiva. Como se acerca el otoño y aun el invierno, debes cuidar de abrigarte mucho, sobre todo, las piernas y los brazos.

Lady Chesterfield te envía muchas memorias; está contentísima con la eficacia de su parche. Á Dios.

BLACKHEATH, 11 de Julio de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Eres un mortal afortunado dividiendo así tu tiempo entre los grandes y las bellas; no dudo que harás á éstas los honores de tu país. Según te explicas, parece que el emperador es bastante bueno para un emperador. Como su categoría es mayor que la de los otros monarcas de Europa, era de suponer que habría recibido una educación proporcionalmente peor. Por la relación que me haces veo que aprendió el arte homicida, único en que los príncipes se hallan siempre instruidos, por la buena razón, de que su grandeza y su gloria sólo dependen del número de sus semejantes que su ambición puede exterminar. Si un soberano se mostrase casualmente moderado, justo y clemente, ¿ qué figura tan despreciable no haría en el catálogo de los príncipes! Siempre he manifestado yo gran respeto por el rey *zouete*. Después de esta entrevista en Torgau, los dos monarcas quedarán menos ó más desavenidos; pero yo me inclino á creer que será lo último. Felipe de Comines observa que el *abocamiento de los reyes* no produjo nunca nada bueno.

Vamos á nuestros negocios: hay mucha bulla en esta corte y pronto veremos un cambio de personas. Me preguntarás quizá quién saldrá y quién entrará, y te responderé que no lo sé. Me figuro que M. Pitt será puesto á la cabeza del nuevo arreglo sea el que fuere. Si así es, presumo que *habrá mezclado un poco de agua en su vino* por lo que hace á lord But. Cuando esto se sepa, como indispensablemente tiene que suceder, podrá despedirse de su popularidad. Un ministro como ministro, está muy expuesto á atraerse la animadversión pública, y como favorito mucho más. Si se verifica algún acontecimiento de este género, me figuro que será la semana entrante, y en este caso te escribiré.

Voy á seguir tu consejo y á disfrutar el invierno próximo de tan buena salud como yo quiera, bien que estoy seguro de que los dolores reumáticos me han de atormentar mientras tuviera vida; si el momento de perderla está cerca ó lejos es para mí cosa muy indiferente. En cualquiera caso, Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 13 de Agosto de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Al fin se levantó el telón antes de ayer, y dejó ver á los nuevos actores en compañía de algunos de los antiguos. No te los nombro porque la gaceta de mañana lo hará con los mismos detalles que yo podría enviarte. M. Pitt que estaba autorizado para hacer lo que le pareciese, hizo todos los nombramientos; pero ¿ cuál piensas que fué el encargo que él mismo se confirió? Secretario del sello privado y, lo que más te admirará como admira á todo el mundo, conde de Chatham. Lo más gracioso es que al subir la escalera se cayó y lastimó de tal modo, que no volverá á poder sostenerse en pie. Nadie sabe qué pensar de tal medida, aunque no sea esta la primera vez que los grandes talentos caen en el lazo de las pequeñas intrigas. Sea lo que fuere, este hombre no es ya M. Pitt bajo ningún aspecto, sino únicamente el conde de Chatham.

¿ Está todavía contigo la bella ó á lo menos la gruesa Miss D<sup>na</sup>? Menester es confesar que conoces muy bien el manejo de las cortes, porque de otro modo, ¿ cómo había de ser tan bien recibida en Dresde y conservar al mismo tiempo sus relaciones en *Leicester-Field*?

No hay memoria de hombre que recuerde haber visto un verano más húmedo que el presente. Desde Marzo no hemos tenido un solo día sin lluvia. Espero que esto no afectará tu salud como lo hacen los fríos rigorosos, porque con estas inundaciones el tiempo no ha sido crudo. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 12 de Septiembre de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibo en este momento tu carta de 27 del pasado. Esperaba que tu corrección á las aguas de Baden hubiese disminuido un tanto tu dolorosa indisposición. Si no me engaño llevaste contigo los polvos del Dr. Monsey. ¿ Los has tomado y te han aliviado algo? á mí me sentaron mucho. Yo, que me tengo por experimentado en la medicina, te prescribo un régimen refrigerante.

No me asombra mucho que tú lo estés á vista de la conducta

de Lord G<sup>o</sup>. Si no se dejó engañar por Lord B<sup>o</sup> aceptando la dignidad de par, el caso es enteramente inexplicable. Juzgo que los instrumentos que ha elegido para ocupar los primeros puestos nunca podrán llenarlos convenientemente. Fué mucha crueldad la de hacer pasar sobre la cabeza del viejo Ligonier á un muchacho, como Lord G<sup>o</sup>; si yo me hubiese hallado en lugar de éste, habría rehusado la comisión durante la vida de aquel honrado é intrépido general. Todo esto ha sido para forzar al duque de R<sup>o</sup> á que diese su dimisión, y crear á Lord B<sup>o</sup> gobernador de Irlanda, empleo que me atrevo á profetizar no es para él. Muchas instancias se hicieron á Ligonier para que renunciase su regimiento de guardias, pero de ningún modo quiso hacerlo, y declaró que el rey podía separarlo de su empleo, pero que él no lo abandonaría por sí mismo.

Carezo de noticias políticas que comunicarte; los sucesos están ahora madurando para la reunión del parlamento. Escribe inmediatamente después de recibida la presente para informarme cómo te hallas.

Dios te bendiga y conceda antes que nada la salud, porque es el mayor de los beneficios.

BRACEGATE, 30 de Septiembre de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Con sumo gusto recibí ayer tu carta de 18 de este mes, porque me hace saber que tu último ataque pasó felizmente. A fin de impedir una recaída, apuro mucho tu plan de ir al mediodía de Francia, y te recomiendo que prefieras para residencia á Pезenas, Tolosa ó Burdeos; pero no te dejes persuadir eligiendo á Aix en Provenza, porque sé por experiencia que es á la vez el lugar más frío y más caliente del mundo, á causa de los ardores del sol y del aire vivo de los Alpes. Te recomiendo igualmente para tu mal de pecho, que tomes dos veces al día la leche de burra ó más bien de yegua; y esto durante seis meses por lo menos.

He escrito, según me encargas, al Secretario de Estado M. Conway, y me parece que no habrá ninguna dificultad para que se te conceda el permiso que solicitas.

Nada ha ocurrido de nuevo en el mundo político después de mi última, y así Dios te bendiga.

LONDON, 29 de Octubre de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

El último correo me trajo tu carta del 17. Me alegro saber que tu pecho se halla mucho mejor. En el mediodía de Francia hallarás abundante leche de burra y de yegua; cuando yo estuve allí se tomaba mucho. Guy Patin no recomienda á un enfermo más médico que un caballo, ni más boticario que una burra. Por lo que hace á los dolores y á la debilidad de tus miembros, te ofrezco otro tanto; desde mi último reumatismo no me he visto libre de padecer. Hago de mis piernas, cuanto uso puedo, y tú deberías hacer lo mismo, porque con el reposo empeoran. Ahora no puedo ponerlas en ejercicio continuado á causa de la debilidad de mis años; pero deseando varias veces trato de andar á lo menos dos horas diarias, en el jardín ó dentro de casa, según lo permite el tiempo. Mañana partiré para Bath con esperanza de un medio restablecimiento, porque ni la caldera de Medea podría procurármelo completo. Las picas maestras de mi miserable buque están muy usadas para soportar reparos que pudiesen utilizarlas de nuevo. Veré allí al pobre Harte que me dicen se halla en el estado más miserable, entre ciertos males reales y otros imaginarios.

No te hablo de acontecimientos políticos por muchas razones, siendo una de ellas que no sé ninguno. Se esperan grandes sucesos para la sesión que comienza el 11 del entrante; pero ¿de qué especie? nadie lo sabe de positivo: por consecuencia, cada uno conjetura á su manera. Lord Chatham que había ido á Bath con la mira de rehacerse para la campaña de invierno, llegará mañana á esta ciudad; hasta ahora no tiene más que una pobre comitiva de ayudantes, y no sé de dónde podrá tomar otra mejor.

Ch. Townshend y él están ya en malos términos. En una palabra, *no veo pizca* y así Dios te bendiga. ®

BATH, 15 de Noviembre de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

En este momento recibo tu carta del 5 escrita en Basilea. Me alegro mucho de que estés tan aliviado del pecho, aunque quizá

será á costa de tus piernas. Si el dolor es gotoso ó reumático, más vale que se halle en las piernas que en cualquiera otra parte del cuerpo. He consultado sobre esto con Monsey, el gran médico del lugar. Dice que á tanta distancia no se atreve á prescribir nada; que tu enfermedad puede provenir de causas diferentes, que es necesario que un facultativo la estudie de cerca; en definitiva, que no sabe de lo que se trata. Voy á decirte el caso en que yo me hallé en 1732 y que no difiere mucho del tuyo. Me había visto aquel año peligrosamente enfermo de una fiebre en Holanda, y cuando logré restablecerme un poco, el humor febril atacó mis piernas, y las hinchó de tal modo, sobre todo hacia la caída del sol, que mis dolores eran muchos, y mi figura muy chocante á los demás. Regresé á Inglaterra con las piernas en este estado, y consulté con Mead, Broxholme y Arbuthnot, pero ninguno de ellos me procuró el menor alivio; al contrario, aumentaron la hinchazón aplicándome cataplasmas, y emolientes. Permaneci en esta situación cerca de seis meses, hasta que cansado de todos nuestros médicos resolví consultar con Palmer, el cirujano más célebre del hospital de Santo Tomás, y al instante me dijo que los médicos habían seguido un método detestable, visto que la hinchazón de mis piernas provenía de la relajación y debilidad de los vasos cutáneos, y que en vez de emolientes necesitaba yo tónicos. En consecuencia, me ordenó que todas las mañanas meiese mis piernas hasta las rodillas en salmuera, tan caliente como pudiese yo soportarla: la salmuera debe haber contenido antes carne salada. Seguí sus órdenes, y, después de haber lavado mis piernas durante unas tres semanas, desapareció completamente el mal, y desde entonces mis piernas no han vuelto á hincharse. Después de esto es menester que te advierta que no te apliques este remedio atontadamente y sin tomar la precaución de consultar con el mejor facultativo del lugar; porque si tu hinchazón proviene de humor gotoso ó reumático, podría ser muy peligroso emplear un remedio tan astrigente, y quizá tan repercusivo como la salmuera. Así pues, te pido, y no sin consultar con un buen médico que inspeccione las partes.

El pobre Harte se halla en un estado lamentable; yo voy con frecuencia á verlo por compasión. En ataque de parálisis le ha privado del uso de la pierna derecha, y afectado al mismo tiempo su lengua y quizá un poco su cabeza. Tales son los tributos intermediarios que nos vemos obligados á pagar de un modo ú otro á nuestra miserable naturaleza, hasta que no le paguemos

el último y más grande de todos. ¡Ojalá lo pagues tú muy tarde, y con tan pocos tributos intermediarios como fuere posible! Así *jubeo te bene valere*.

BATH, 9 de Diciembre de 1766.

MI QUERIDO AMIGO.

Antes de ayer recibí tu carta de 26 del pasado; me alegro infinito de que comiences á experimentar los buenos efectos de ese clima á que debo yo la vida, pues los hábiles y los ignorantes me habían condenado á muerte de común acuerdo en 1741. En aquel tiempo permanecí tres ó cuatro días en Nimes, donde creo que hay más restos de antigüedades que en ninguna otra ciudad de Europa, excepto Italia. Lo que muy impropriadamente llaman allí la *maison carrée*, es á mi parecer el más bello trozo de arquitectura que en mi vida he visto; el anfiteatro es un edificio muy tosco y sombrío, y si se hallase en Inglaterra todo el mundo lo tomaría por obra de Vanbrugh.

Esta ciudad es ahora lo que era cuando la viste; encierra una multitud de ociosos y de desconocidos. Yo frecuento muy rara vez los lugares públicos, de modo que pasó el tiempo con la mayor uniformidad: tomo el aire todas las mañanas en mi silla de manos, y leo todas las tardes.

Quizá esperas que te comunique yo algunas noticias políticas, pero puedo decirte que no las recibirás de ningún lado, porque no hay mortal que comprenda el estado actual de los negocios. Ocho ó nueve personajes de alguna importancia han renunciado sus empleos; y con tal motivo Lord G<sup>o</sup> ha hecho ofrecimientos al duque de B<sup>o</sup> y á sus adictos, pero no pudieron entenderse; y su señoría partió muy enojado para Woburn, de modo que la negociación se frustró completamente. Las gentes muestran alguna impaciencia por saber en quién recaerá la elección de Lord G<sup>o</sup> porque necesariamente ha de elegir alguno, y aun el mismo dice que no puede ser sólo *contra mundum*. Es indudable que nunca se han visto los negocios en tal estado ni en este ni en otro país. Cuando se forme el nuevo ministerio, será el sexto en seis años.

El pobre Harte se halla aquí en el estado más deplorable del mundo. Los que como yo le desean el bien posible anhelan por su muerte. Buenas noches.

LONDRES, 13 de Febrero de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Llevo tanto tiempo de no recibir carta tuya, que estoy de lo más alarmado sobre tu salud, temiendo que el mediodía de Francia no haya sido tan benéfico para ti como lo fué para mí en 1741 cuando me arrancó de las garras de la muerte. Luego que recibas la presente informame de cómo y en dónde te hallas.

Por aquí no ocurre nada nuevo que comunicarte. Todo parece suspenso en la corte y en el parlamento, hasta que Lord Chatham no regrese de Bath, retenido allí en cama durante todo este mes de un fuerte ataque de gota; el poder aparente sólo se encuentra ahora en sus manos.

En los negocios de poca importancia que se han discutido hasta hoy en la cámara de los comunes, Ch. Townshend ha tomado hasta tal punto ciertos aires ministeriales, que no creo merezcan la aprobación de Lord Chatham. Sin embargo, como éste ha creído conveniente dejar la cámara de los comunes, necesita allí de todos los recursos, de aquel y de su destreza en el manejo de los negocios.

No te envío la rosa de los casamientos, nacimientos y muertes, porque me imagino que ves todo esto en los periódicos ingleses que tengo entendido recibes. Tu antiguo conocido Lord Essex debe casarse esta semana con Enriqueta Bladen, que tiene 20.000 libras esterlinas en *tocca-jeja*, y que espera otro tanto á la muerte de su padre. Nuestro pariente Lord Strathmore se casará dentro de quince días con miss Bowes, que es quizá la mayor heredera de Europa. En fin, el frenesí matrimonial está ahora en todo su furor, y ha llegado á ser epidémico. Los hombres se casan por el dinero y las mujeres hacen lo mismo por otro principio que creo adivinarás. Dios te bendiga y envíe la salud.

MI QUERIDO AMIGO.

Á la vez recibí ayer tus dos cartas escritas en Montpellier, una de 29 de Diciembre último y otra de 12 de Febrero; pero no

puedo concebir qué se han hecho las mías, porque te aseguro que he contestado todas las tuyas por el correo inmediato. Hace unos diez días que tomé la pluma con la mayor inquietud por tu largo silencio. Temía que tus males hubiesen aumentado, pero tu carta del 12 de Febrero ha disipado mis inquietudes. El mismo clima que ha sido ya tan benéfico para tu salud, te restituirá probablemente las fuerzas dentro de poco tiempo, aunque no debes alimentar esperanzas de llegar á ser lo que eras antes de tus males recientes.

Me veo en el caso de repetirte como en mi última, que no tengo ninguna noticia que comunicarte. Lord Chatham llegó por fin ayer, abrumado con la gota é incapaz de servirse de sus manos ni de sus pies. Durante su ausencia Ch. Townshend se ha expresado de él en términos que en lo sucesivo es menester que vivan bajo mejor ó peor inteligencia de lo que han vivido hasta aquí.

El viernes pasado, M. Dowdeswell y M. Granville propusieron que se disminuyese un chelin por libra el impuesto sobre bienes raíces, á lo cual se opuso la corte pero sin suceso, porque salió derrotada por diez y ocho votos. La oposición exalta mucho esta victoria, aunque á mi parecer sin razón, porque es evidente que todos los propietarios fueron ganados por este chelin por libra.

El duque de Buccleugh se casará muy pronto con Miss Betty Montague. Ayer tuvimos el casamiento de Lord Essex y de Enriqueta Bladen, y la semana pasada el de lord Strathmore con Miss Bowes. Las dos parejas se dirigieron directamente de la iglesia al campo para la consumación, temiendo, sin mayor razón, fastidiarse mutuamente si hubiesen permanecido en la ciudad. Y con esto *dixi*: Dios te bendiga.

Haces bien de ir á la reunión de los Estados de Languedoc, aunque sólo sean sombra de los antiguos Estados cuando había alguna libertad en Francia.

LONDRES, 6 de Abril de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer recibí tu carta de Nimes, por la que veo que muchas de las nuestras se han extraviado. Es probable que la presente corra la misma suerte; sin embargo, si llega á manos de M. Sarrazin,

presumo que sabrá encararte y dirigirte la puntería, porque veo que andas de aquí para allí y que Dresde es tu polo. Celebro mucho que tu correría meridional te haya generalmente restablecido, porque en cuanto á tus piernas y muslos no debes esperar que recobren su fuerza y actividad primitivas. Yo sé que mis miembros, además de la debilidad natural á la vejez, nunca han podido restablecerse completamente del rudo ataque reumático que experimenté hace cinco ó seis años. Ahora no puedo andar más que una media hora consecutiva, y eso cojin cojeando.

No me halló en estado de poder hosquearte el cuadro de nuestros negocios políticos; nunca los he visto en situación semejante. Lord Chatham lleva dos meses de hallarse tan malo, que no le ha sido posible prestar la mano ni el oído á los negocios (algunos dicen que lo que ha tenido es humor); y por lo que hace á sus *sous-ministres*, no se atrevon á hacer nada sin órdenes suyas, de modo que todo está suspenso. A mí me parece que las cosas no pueden permanecer mucho tiempo de esta manera; y si Lord Chatham dejase su empleo ó el mundo, alternativa que no es improbable, conjeturo que lo que se llama partido de Rockingham, se verta en posición muy favorable para llegar al ministerio. Pero esto no es más que conjetura, porque carezco de *data* y *postulata* para razonar con algún acierto sobre el particular.

Cuando hubieres regresado á Dresde, como lo espero el mes entrante, nuestra correspondencia será más regular. A Dios.

Londres, 3 de Mayo de 1767.

MI QUERIDO AMIGO,

Presumo por tu última escrita en Basilea el 25 del pasado, que la presente te hallará en Dresde, y en consecuencia te la dirijo allí. Cuando me hubieres escrito una palabra de tu llegada á dicha ciudad, te contestaré con algo más que la simple respuesta. Si lo quejas del tiempo que ha hecho al norte de Basanzón, ¿qué dirías del que hemos tenido por aquí durante dos meses sin interrupción? Frecuente nieve, y un viento del norte constante y muy frío. Te escribo la presente cerca de un buen fuego, y nieva en este momento con la mayor abundancia. Todas mis esperanzas de fruto quedan desvanecidas en Blackheath, y lo que es

peor, muchos de mis árboles han corrido la misma suerte.

No puedo dejar de pensar que el rey de Polonia, la emperatriz de Rusia y el rey de Prusia, se entienden como *ladrónes en feria*, aunque el primero no se atreve á sacar la cara á causa de la estupidéz, de la ignorancia y del fanatismo de los polacos. Concibo gran opinión de la fuerza argumentativa de Rusia en favor de los disidentes; puesto que tiene tantas tropas para apoyarla. Les deseo realmente un éxito feliz, porque querria que toda intolerancia fuese á su vez intolerable. Muy pronto veremos con más claridad lo que hay en este negocio, porque no pienso que la autócrata de todas las Rusias se deje nunca jugar las barbas por los Sármatas.

¿Qué piensas de ese acontecimiento tan extraordinario de España?; Habrias jamás imaginádote que esos godos ignorantes se hubiesen atrevido á desterrar á los Jesuitas? Necesario es que haya habido razones muy graves y muy importantes para una resolución tan extraordinaria; pero no pretendo adivinar cuáles sean; quizá nunca las sabré, aunque en todos los cafés de aquí se conocen perfectamente.

Nuestras cosas políticas se hallan en la misma situación. Lord Chatham continúa malo; sólo sale una hora diaria para tomar el aire en su coche; sé de buena tinta que el rey le ha enviado recado para tranquilizarle respecto á su enfermedad, y asegurarle que se halla resuelto á sostenerle á despecho de todo y de todos.

El pobre Harte está muy malo; habla con frecuencia de ti y con mucho afecto. A Dios.

Londres, 1.º de Junio de 1767.

MI QUERIDO AMIGO,

Ayer recibí tu carta de 20 del pasado escrita en Dresde; me alegro infinito de que llegases sano y salvo á aquella ciudad. Este año ha sido por todas partes un *annus mirabilis*; por el mal tiempo que aun continúa por aquí. Todo el mundo tiene fuego en su casa y lleva vestidos de invierno como en Navidad. La ciudad está llena de enfermos y las muertes repentinas han sido muy frecuentes.

No sé qué decirte de los negocios públicos; todo permanece *in statu quo*; nada se hace. Muchos cambios hay en embrión, y

creo que verán la luz muy pronto, quizá la semana entrante; pero quienes deban ser los instituidos y los destituidos es cosa que yo no sé, aunque todos dicen que se hallan bien informados. Me inclino á creer que será un ministerio mosaico compuesto de piezas ajustadas.

El viernes pasado envié tu subsidio á M. Larpent que supongo te habrá avisado. Creo que lo recibirás en circunstancias muy oportunas, visto el retardo con que se pagan los sueldos de los empleados dentro y fuera del reino. Aquí se habla de pagar estos atrasos para Navidad. Los criados del rey, de segundo orden, casi mueren de hambre.

Me figuré que habrás sabido en Dresde que el conde de Brühl es ya hombre casado ó en visperas de serlo con Miss Egremont, que tiene, junto con sus honorarios de azafata, 2,500 libras esterlinas, además de 10,000 en dinero que le dejó Lord Egremont. Esto haría mucho ruido en *escuelas de Alemania*. Me alegro mucho de ello porque es hombre muy amable. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 2 de Julio de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Aunque no he recibido nada de ti después de mi última, y que tampoco tenga noticias políticas que comunicarte, tomo la pluma para informarte de ciertas novedades que ocurren en Greenwich, y que creo te serán tan gratas como á mi. Sébete pues que tu Miss<sup>ca</sup> se casó felizmente hace tres días con M<sup>ca</sup>, caballero irlandés y miembro de aquel parlamento, con 2,000 libras esterlinas de renta. Le ha asignado una viudedad de 600 libras, y 1,500 en caso de no tener hijos. Casualmente la vió un día en la sociedad y quedó muerto á vista de sus encantos; pero como sucede con frecuencia que los muertos se pasean, fué á verla al día siguiente y le ofreció su fortuna y su persona, y ella aceptó prudentemente ambas cosas tomando la primera antes que la segunda que tiene sesenta años.

Los negocios ministeriales se hallan aún en la misma ridicula é incierta situación que cuando te escribí la última vez. Lord Chatham no quiere hacer ni escuchar nada; vive en Hampstead y monta á caballo todos los días. Sé dice que la gota ha caído en sus nervios.

El pobre Harte se halla en la condición más deplorable; ha perdido todo un lado de su cuerpo, y en gran parte el uso de la palabra, no obstante lo cual, se propone publicar sus *divinas poetas*, como él los llama. Lo siento mucho á causa de éstos porque no ha tenido tiempo de corregirlos antes del ataque, ni talento para hacerlo después. Dios te bendiga.

BLACKHEATH, 9 de Julio de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Recibí tu carta de 22 del pasado con las propuestas de los refugiados franceses con motivo á la suscripción para construir un templo. Las he comunicado á las pocas personas que veo, pero sin ningún éxito, porque me han dicho, y con razón, que mientras tantas gentes pobres perezcan aquí de hambre á causa de la carestía de los víveres, no podían pensar en enviar su dinero á país extranjero para un edificio que tenían por inútil. En realidad, no he visto miseria semejante á la que reina aquí y que afecta el corazón y el bolsillo de los que tienen uno y otro. Por lo que á mi toca, nunca he sido amigo de construcciones, porque me ha parecido que sólo es pagar tributo á los albañiles, los carpinteros y al empresario.

Lord Chatham ha tenido un nuevo ataque y está peor que nunca; no ve á nadie ni nadie lo ve. Se dice que un médico ignorante le contuvo la gota y la esparció en sus miembros. Un ministro y un amante no pueden tener enfermedad peor, porque enerva el espíritu del primero y el cuerpo del segundo. Hay aquí un interregno, y ya es tiempo muy sobrado de que veamos salir algún orden de cosas de esta caos.

Dices que hay muchas enfermedades en Dresde; estoy seguro de que el número de ellas no es menor en Londres, en donde reina actualmente un mal epidémico, bautizado con el bonito nombre de *influenza*; es una calentura benigna de que nadie muere, y que desaparece por lo común después de una corta diarrea. Creo que yo he escapado de este mal por haber permanecido aquí. Dios te libre de todas las enfermedades y te bendiga.

LONDRES, 30 de Octubre de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Acabo de llegar de Blackheath, que he dejado hasta el verano próximo, si vivo hasta entonces, y apenas me hallo en estado de tomar la pluma que es cuanto puedo decir. Me siento extremadamente débil y casi he perdido el uso de mis piernas; espero que recobrarán un poco de fuerza y de carne de que tienen ahora mucha necesidad. La semana entrante iré á Bath con esperanzas de lograr cuando más un restablecimiento á medias.

No te envío ningunas noticias políticas porque no hay aquí ni política ni ministros. Lord Chatham vive tranquilo en Pynsent y sus subalternos no hacen nada, de modo que todo duerme. Las promociones y empleos que se confieren, vienen evidentemente de Lord\*\*\* que afecta ser invisible, y que, como una chocha-perdiz, piensa que si su cabeza está escondida no se le ve absolutamente.

El general Pulteney murió por fin la semana pasada dejando más de 1.300.000 libras esterlinas. Dispuso en favor de un primo hermano, de todos sus bienes territoriales, que producen 28.000 libras esterlinas de renta, inclusive los bienes de Bradford que su hermano tenía... de aquella antigua familia. Ha dejado 200.000 libras en valores públicos á Lord Darlington, que era su pariente más cercano, y 20.000 libras por lo menos en diferentes legados. Si las riquezas solas hiciesen á los hombres afortunados, los dos últimos propietarios de estos inmensos bienes habrían debido serlo. Dios te bendiga y te envíe la salud que vale más que todos los tesoros del mundo.

LONDRES, 3 de Noviembre de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Tu última carta me trae tristes noticias de tu salud. Para los dolores de cabeza de que te quejas, voy á correr el riesgo de prescribirte un remedio que á mi me hizo mucho bien cuando me vi atormentado de iguales dolores, y es que masques diez granos de ruibarbo todas las noches antes de acostarte, ó lo que creo

mejor que tomes inmediatamente antes de comer dos píldoras de ruibarbo de cinco granos cada una, que mezclándose con los alimentos, conservan el cuerpo libre. Yo he hecho esto hasta el día, y los efectos han sido buenos. Como parece que temas la aproximación de un invierno germánico, te aconsejo que escribas al general Conway pidiéndole una licencia durante los tres meses más rigurosos del invierno, gracia que de antemano puedo asegurar que no se te negará. Si eliges un clima peor que ése, podrás venir á Londres; pero si prefieres otro más caliente, podrás ir á Niza donde Sir W. Stanhope ha ido á pasar el invierno, y estoy seguro de que se alegrará mucho de tu compañía.

Yo iré á Bath el sábado próximo. *Utinam ne frustra!* Dios te bendiga.

BATH, 19 de Diciembre de 1767.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer recibí tu carta de 29 del pasado; me alegró infinito de que tus alivios sean tales que creas poder soportar el invierno en Dresda. En tal caso te encargo que cuides de conservarte muy ahorrado.

Por lo que hace á mi salud, es en general tan buena como podía esperarlo de mi edad. Mi apetito no es malo, digiero y duermó bien, pero conozco que nunca he de recobrar el uso de mis piernas que se hallan ahora tan débiles como cuando llegué aquí.

Me haces algunas preguntas relativamente á Lord Chatham; pero ni yo y creo que nadie, excepto el mismo, puede responderlas. Sin embargo, te diré todo lo que sé, ó todo lo que imagino, tocante á este sujeto. Hacer un año se hallaba aquí; mostraba actividad y parecía gozar de buena salud, aunque á veces sufría ataques de gota. Nos visitamos cuatro ó cinco ocasiones respectivamente; pero de ocho meses á esta parte ha sido del todo invisible á sus más íntimos amigos los *consejeros*; no quería recibir cartas ni abrir un solo despacho. Se me ha dicho que su médico M\*\*\* contuvo ignorantemente la gota de que padecía, y la esparció en todo su cuerpo, particularmente en los nervios, de modo que mientras estuvo aquí mostró muy mal humor y no quiso ver ni oír á nadie. Yo le envié mis cumplidos y solicité su permiso para verle, pero me respondió en dos palabras que se hallaba muy



malo para recibir á nadie. Varias veces lo encontré tomando el aire en su silla de manos con buen semblante. Partió de aquí para Londres el martes pasado; pero ¿ con qué intento? ¿ es para volver á tomar ó para renunciar su administración? Sépalo Dios, porque hay en esto mil conjeturas. En una de nuestras conversaciones, hace justamente un año, le supliqué que te asegurase un lugar en el nuevo parlamento: me prometió que así lo haría, y estoy convencido de que su promesa fué sincera; agregó que el negocio quedaba á su cargo, y me pidió que no me inquietase más, pero después no he vuelto á oír hablar de ello; esto me estimuló á pensar en algún lugar que se vendiese; habló con un cahalán de pueblitos ofreciéndole 2.500 libras esterlinas por una elección bien asegurada en el parlamento, pero se rió de mis ofertas diciendo que en este momento nada era más difícil de conseguir que un pueblo; que las personas que habían hecho fortuna en las Indias los habían comprado en 3.000 libras por lo menos, varios en 4.000, y otros ó tres, que él conocía, en 5.000. Confieso que esto me puso de muy mal humor y aumentó mi impaciencia de saber si Lord Chatham había tomado algunas medidas sobre el particular, lo cual sabré á mi regreso á la ciudad, á donde me propongo ir dentro de quince días, y luego que supiere algo te lo escribiré. Pero para decirte todo lo que pienso, el caos en que están los negocios me inspira fuertes persunciones de que Lord Chatham se hulla fuera de combate como ministro; pero te encargo que no le digas. Á Dios.

LONDRES, 12 de Marzo de 1768.

MI QUERIDO AMIGO.

Al siguiente día de recibida tu carta de 21 del pasado, escribí, según tu deseo, á Lord Weymouth, y te envío inclusa su contestación; después no ha vuelto á resolver; pero estoy seguro, como tú también debes estarlo, que este silencio es anuncio de que S. M. accede á tu solicitud. La complicación de las enfermedades me tiene muy inquieto, tanto más cuanto que estoy convencido de que los médicos de Montpellier se han engañado en un punto esencial del mismo modo que los médicos de aquí, excepto el Dr. Maty. En mi opinión no tienes gota, sino mucha tendencia al escorbuto y al reumatismo, enfermedades que deben curarse

de muy distinta manera que la gota. Como yo me considero cuando menos un buen charlatán, querría prescribirte un régimen lacteio con semillas tales como arroz, salvía, cebada, mijo, etc., durante los tres meses de esto por lo menos, sin gustar jamás el vino. Si el clima significa algo, cosa que yo pongo en duda, me parece que te hallas en el más bello clima del mundo, siempre claro, sin que sea muy caliente ni muy frío; las gentes son las más alegres del mundo: mézclate con ellas, participa de su alegría y no eches á perder tus ojos leyendo en casa; el enfado es el mal inglés, y diariamente palpo que es de lo más pernicioso. Mi sordera me priva del único placer real que puedo disfrutar después de tantos años de vida, la sociedad; de modo que leo todos los días hasta que mis ojos se fatigan, para no ahorcarme de desesperación.

No serás miembro de este parlamento, por lo menos al principio. Me fié mucho en la promesa que me hizo en Bath hace un año Lord Chatham. Envió á casa del duque de Grafton para saber si le había hablado ó manifestádole su intención sobre el particular, pero el duque aseguró que no había hecho ni uno ni otro; que todos los lugares estaban destinados, pero que si en lo venidero vacaba alguno se prestaría gustoso á que lo ocupases. Siento mucho este accidente, porque pienso de muy distinta manera que tú sobre pertenecer al parlamento, visto que en este país nadie puede ser considerado sin ser miembro de aquella asamblea, y aunque no todos puedan hablar como Lord Mansfield, ó Lord Chatham, si se pueda hacer en segunda categoría un papel muy regular. *Locus est et pluribus umbra*. No pretendo enviarte muchas noticias sobre el estado actual de este país, porque no me halló bien informado. Dios te bendiga.

LONDRES, 13 de Marzo de 1768. (R)

MI QUERIDO AMIGO.

La presente es un suplemento á mi última. Lord Weymouth envió muy cortésmente esta mañana á M. Wood, su primer oficial, para decirme que el rey había concedido de muy buena voluntad el permiso para que los ausentes de ese puesto durante un año con el fin de recobrar tu salud; pero agregó, que como la corte de Viena está en vía de acomodo con la de Sajonia, (inci-

dente que nuestra corte trata de estorbar según parece), sería necesario tener en Dresde un encargado de negocios interino, con un descuento de cuarenta chelines diarios de tu sueldo hasta que tú vuelvas, si á mí me parecía bien. Yo le dije que consentía en ambas propuestas, bajo condición de que á tu regreso se te concediese el título y paga de plenipotenciario, y que yo supliría el descuento de los cuarenta chelines. Quedó muy empeñado en hacerlo así, y agregó que sabía que la propuesta sería admitida. Creo pues haber hecho una buena contrata para ti é indiferente para mí, porque el dinero nunca ha sido mi pasión dominante. En consecuencia, puedes contar con la completa suma de tu descuento, conforme y cuando te parezca, además de tu anual refresco que pagaré á M. Larpent cuando lo desees. Entretanto, *Cura ut valeas*.

M. Wood me dijo reservadamente que la persona en quien se pensaba para encargado de negocios durante tu ausencia, es M. Keith, hijo de aquel que fué ministro en Rusia.

LONDRES, 12 de Abril de 1768.

MI QUERIDO AMIGO.

Ayer recibí tu carta de 11. del corriente, en que no haces mención de tu salud; te encargo que cuides de esto en lo sucesivo.

Creo que has adivinado el verdadero motivo de la misión de M. Keith; según lo que he oído decir, este sujeto se inclinaría más bien á ir á Turin en clase de encargado de negocios. Olvide decirte en mi última que sabía positivamente que Keith desampararía el puesto luego que regresases á Dresde. Estoy persuadido de que la palabra que me dieron será cumplida, visto que no hay razón en el mundo que pueda hacerla olvidar. Dentro de quince días enviaré tu pensión á M. Larpent, y pagaré cada trimestre los cuarenta chelines diarios, si fuere necesario, porque á mí parecer no se enviará á ningún encargado de negocios. Convento en que *sin dinero no hay alemán*, como se decía en otro tiempo con mayor razón de los suizos; pero como nosotros no queremos, ni quizá podríamos procurar subsidios, la corte de Viena puede dar otras cosas buenas que no le cuestan nada, como obispados, arzobispados, y corromper á los ministros y favoritos con los empleos.

Las elecciones han llegado este año á un grado de frenesí desconocido anteriormente. La de la ciudad de Northampton ha costado á los contendientes 30,000 (a) libras esterlinas cuando menos á cada uno, y M<sup>tes</sup> ha vendido su pueblo en 9,000 libras. Luego que Wilkes vió frustrada su elección en esta capital, se presentó como candidato en el condado de Middlesex, y la condujo á buen trote como diría un jinete (*jockey*). Con tal motivo hubo allí mucho populacho y gran tumulto; la mayor parte de las vidrieras de la ciudad fueron rotas porque no se iluminaron en festejo de *Wilkes y la Libertad*, que se creen inseparables. Este hombre histórico comparecerá el 20 de este mes para oír su sentencia ante el supremo tribunal de justicia, y se esperan grandes desórdenes que es probable se verifiquen. A Dios.

BATH, 30 de Octubre de 1768.

MI QUERIDO AMIGO.

Las dos últimas cartas que has escrito á Grevenkop y á mí, me han alarmado extremadamente; pero me consuelo un poco con la esperanza de que, como todos los que sufren, te crées peor de lo que te hallas. Nunca viene una hidropesía tan repentinamente, y me fisonjeo de que lo que tienes no es más que el humor gotoso ó reumático que te ha atormentado tan largo tiempo, y que ha producido esa hinchazón en las piernas. Hace más de cuarenta años que después de una fiebre violenta, mis piernas se hincharon tanto como las tuyas. Al principio creí que era hidropesía, pero los medicos me aseguraron que sólo era efecto de la fiebre, y que pronto me vería sano como se verificó.

Te encargo que recomiendes á tu secretario, sea quien fuere, que escriba regularmente cada semana á Grevenkop ó á mí porque es lo mismo, dándonos razón de tu salud.

Te he enviado en cuatro cartas sucesivas la cantidad de tabaco de la duquesa de Somerset que podía contener una carta. ¿ Lo has recibido todo ó sólo una parte? ¿ Te ha procurado algún alivio? Aunque en tu actual estado lo sea casi imposible ir á la sociedad, espero que tendrás algunos conocidos que vayan á verte: si no se creyó conveniente que el primer hombre estuviese

(a) Ciento cincuenta mil pesos.

solo, menos debe estarlo un enfermo, porque piensa mucho en sus males y se los exagera. Algunas personas instruidas del clero disfutarían mucho placer en tu compañía, porque me atrevo á creer que te hallas en estado de pagar su instrucción en la misma moneda.

El pobre Harte, que aun está aquí, se mira en el estado más deplorable; ha perdido enteramente el uso del lado izquierdo y apenas puede darse á entender. Se informa de ti con mucho afecto, y pareció muy afligido cuando le enseñé tu carta.

Mi salud continúa bajo el mismo pie en que se hallaba cuando vine aquí el año pasado; no me siento bueno ni malo, sino un medio entre uno y otro. Casi he perdido el uso de mis piernas, porque aunque puedo arrastrarme durante un cuarto de hora de un lugar á otro, no puedo subir ni bajar las escaleras sin ayuda de un lacayo.

Dios te bendiga y te restituya cuanto antes la salud.

*Aquí terminan las cartas dirigidas á Felipe Stanhope, que murió el 16 de Noviembre siguiente. El padre que nunca tuvo misterios para con su hijo, usó entonces que éste llevaba diez años de casado secretamente, y que dejaba á la viuda con dos hijos.*

A LA SEÑORA STANHOPE, RESIDENTE EN PARÍS.

LONDRES, 13 de Diciembre de 1768.

SEÑORA.

Una inflamación de ojos, muy molesta y dolorosa, me obliga á valermé de mano ajena para contestar la carta de Vd., escrita en Aviñón el 27 del pasado.

Me sorprende en extremo que Madama du Bouchet no hubiese hecho ninguna objeción respecto á la manera con que quiso ser sepultado el difunto marido de Vd.; voluntad con la cual Vd. se conformó por razones muy en el orden. Todo lo que yo deseo en punto á sepultura es, que no me entierren vivo, pero cómo y dónde, es á mi parecer materia de lo más indiferente para todo ser racional (p).

(p) Del testamento del autor hemos tomado las palabras siguientes :

No molestaré á Vd. con ninguna comisión durante su morada en París. Le deseo en unión de esos niños un feliz viaje hasta aquí, para tener el gusto de verlos y asegurar á Vd. que soy etc.

Á la misma en Londres.

SEÑORA.

La última vez que tuve el gusto de ver á Vd. me hallaba tan entretenido con los niños, que olvidé lo que más les importaba. ¿ En qué época querría Vd. que entrasen en la escuela? Cuando supiere yo lo que piensa sobre el particular, enviaré á casa de M. Perny, á fin de que disponga todo lo necesario para recibirlos. Al mismo tiempo pido á Vd. que los habilite de vestidos, ropa blanca, etc., todo de la mejor calidad, pero simple, y que me envíe la cuenta para pagarla, porque mi intención es que los dos niños no estén á Vd. en lo sucesivo un solo chelín.

Soy, etc.

Jueves por la mañana.

SEÑORA.

Como es necesario fijar un día para que los niños entren en la escuela, ¿ qué le parece á Vd. el 8 del mes entrante? Es probable que para entonces el tiempo sea más caliente y lizo, y podrá Vd. equiparlos de pies á cabeza.

Dicho día enviaré á Vd. mi coche para que la conduzca con ellos y su equipaje á Loughborough-House. Debo recomendar á Vd. que al separarse allí de ellos suprima cuanto fuere posible las lágrimas maternales, que no sólo afligirán más á estos pobres niños, sino que les inspirarían terror por su nueva morada.

Soy, etc.

« Humildemente recomiendo mi alma á la misericordia de aquel ser  
« Eterno, Supremo, e Inteligente, que me la dió, y al mismo tiempo  
« depreco ardientemente su soberana justicia. Saciado con las pompas  
« locuras de esta vida, de las cuales me tocó una parte considerable, no  
« quiero que se obstenten ningunos póstumas en mi funeral, y por lo  
« tanto deseo ser sepultado en el cementerio más cercano al sitio en que  
« yo muera, y limito todo el gasto á cien libras. » Tr.

solo, menos debe estarlo un enfermo, porque piensa mucho en sus males y se los exagera. Algunas personas instruidas del clero disfrazarían mucho placer en tu compañía, porque me atrevo á creer que te hallas en estado de pagar su instrucción en la misma moneda.

El pobre Harte, que aun está aquí, se mira en el estado más deplorable; ha perdido enteramente el uso del lado izquierdo y apenas puede darse á entender. Se informa de ti con mucho afecto, y pareció muy afligido cuando le enseñé tu carta.

Mi salud continúa bajo el mismo pie en que se hallaba cuando vine aquí el año pasado; no me siento bueno ni malo, sino un medio entre uno y otro. Casi he perdido el uso de mis piernas, porque aunque puedo arrastrarme durante un cuarto de hora de un lugar á otro, no puedo subir ni bajar las escaleras sin ayuda de un lacayo.

Dios te bendiga y te restituya cuanto antes la salud.

*Aquí terminan las cartas dirigidas á Felipe Stanhope, que murió el 16 de Noviembre siguiente. El padre que nunca tuvo misterios para con su hijo, usó entonces que éste llevaba diez años de casado secretamente, y que dejaba á la viuda con dos hijos.*

A LA SEÑORA STANHOPE, RESIDENTE EN PARÍS.

LONDRES, 13 de Diciembre de 1768.

SEÑORA.

Una inflamación de ojos, muy molesta y dolorosa, me obliga á valerme de mano ajena para contestar la carta de Vd., escrita en Aviñón el 27 del pasado.

Me sorprende en extremo que Madama du Bouchet no hubiese hecho ninguna objeción respecto á la manera con que quiso ser sepultado el difunto marido de Vd.; voluntad con la cual Vd. se conformó por razones muy en el orden. Todo lo que yo deseo en punto á sepultura es, que no me entierren vivo, pero cómo y dónde, es á mi parecer materia de lo más indiferente para todo ser racional (p).

(p) Del testamento del autor hemos tomado las palabras siguientes :

No molestaré á Vd. con ninguna comisión durante su morada en París. Le deseo en unión de esos niños un feliz viaje hasta aquí, para tener el gusto de verlos y asegurar á Vd. que soy etc.

Á la misma en Londres.

SEÑORA.

La última vez que tuve el gusto de ver á Vd. me hallaba tan entretenido con los niños, que olvidé lo que más les importaba. ¿ En qué época querría Vd. que entrasen en la escuela? Cuando supiere yo lo que piensa sobre el particular, enviaré á casa de M. Perny, á fin de que disponga todo lo necesario para recibirlos. Al mismo tiempo pido á Vd. que los habilite de vestidos, ropa blanca, etc., todo de la mejor calidad, pero simple, y que me envíe la cuenta para pagarla, porque mi intención es que los dos niños no estén á Vd. en lo sucesivo un solo chelín.

Soy, etc.

Jueves por la mañana.

SEÑORA.

Como es necesario fijar un día para que los niños entren en la escuela, ¿ qué le parece á Vd. el 8 del mes entrante? Es probable que para entonces el tiempo sea más caliente y lizo, y podrá Vd. equiparlos de pies á cabeza.

Dicho día enviaré á Vd. mi coche para que la conduzca con ellos y su equipaje á Loughborough-House. Debo recomendar á Vd. que al separarse allí de ellos suprima cuanto fuere posible las lágrimas maternales, que no sólo afligirían más á estos pobres niños, sino que les inspirarían terror por su nueva morada.

Soy, etc.

« Humildemente recomiendo mi alma á la misericordia de aquel ser  
« Eterno, Supremo, e Inteligente, que me la dió, y al mismo tiempo  
« depreco ardientemente su soberana justicia. Saciado con las pompas  
« locuras de esta vida, de las cuales me tocó una parte considerable, no  
« quiero que se obstenten ningunos póstumas en mi funeral, y por lo  
« tanto deseo ser sepultado en el cementerio más cercano al sitio en que  
« yo muera, y limito todo el gasto á cien libras. » Tr.

BATH, 11 de Octubre de 1769.

SEÑORA.

Nadie es más obediente que yo á las órdenes que se me comunican; pero es necesario que sean, así como las personas que las dan, enteramente de mi gusto: Esto es hablar de Vd. y de sus órdenes, y en consecuencia le participo que llegué aquí el domingo pasado, al día siguiente de mi salida de Londres, menos fatigado de lo que esperaba. Mi existencia en este lugar se reduce á arrastrarme por estos alrededores en tres pies, tratando siempre de guardar el equilibrio con el soporro de los criados que me sostienen en este paseo á gatas. Se acerca la última parte del enigma del Estingé, y pronto dará fin en cuatro pies como comencé.

Cuando viere Vd. á M. Pery ó á su esposa, sírvase informarles de este melancólico síntoma de mi vejez, y decirles que la última vez que fui á ver á los niños, llevaba en el bolsillo el trimestre correspondiente á Septiembre, y que estando allí lo olvidé; pero asegúreles de mi parte que no tengo la menor intención de defraudarles, y que para Natividad les pagará fielmente dos tercios á la vez.

Pienso que los niños no tienen novedad, y siendo así, es seguro que Vd. tampoco la tiene.

Soy, etc.

BATH, 28 de Octubre de 1769.

SEÑORA.

El benévolo desasosiego que Vd. muestra por mi salud y mi vida, va mucho más lejos de lo que una y otra pueden valer; sin la primera la segunda es una carga, y en verdad que ya estoy muy cansado de soportarla. Creo que los baños y bebida de estas aguas han procurado algún bien á mis miembros baldados y entorpecidos, porque creo que ahora podría yo muy bien sacar la ventaja á un caracol, ó quizá á una tortuga.

Espero que los niños van perfectamente. Creo que Felipe se ha visto en algunas dificultades, pero triunfará de ellas gloriosamente á fuerza de valor y resolución.

Soy, etc.

BATH, 5 de Noviembre de 1769.

SEÑORA.

Mi memoria recuerda muy bien el párrafo que Vd. cita de una de mis cartas á Madama du Bouchet, y no encuentro razón alguna para retractar aquella opinión *en general*, que diez y nueve entre veinte viudas han autorizado. Yo no tenía entonces el placer de conocer á Vd.; apenas la había visto dos ó tres veces, y carecía de razones para pensar que se diferenciaría de las otras viudas hasta el punto de condenarse á un celibato eterno por amor á los niños. Pero si me es permitido servirme de un proverbio vulgar, *una golondrina no hace verano*. Cinco justos fueron antes necesarios para salvar una ciudad y no pudieron encontrarse; así, hasta que yo no encuentre otras cuatro viudas no mento justas que Vd., conservaré mis antiguas nociones sobre la viudedad en general.

Puedo asegurar á Vd. que soy muy sobrio y precavido en mis bebidas, y que al mismo tiempo observo un régimen tan refrigerante, que no noto el menor síntoma de calor ni mucho menos de inflamación. Además, debo observar que estas aguas nunca han producido en mi naturaleza aquel achaque, porque lo he tenido cuatro veces en medio del verano.

Carlos será buen estudiante, no lo dudo; pero aunque no pueda decirse lo mismo de Felipe, es seguro que éste llegará á ser algo bueno; aunque no puedo adivinar qué. Yo no soy de la opinión generalmente recibida en este país, que el hombre vive únicamente de griego y latín. No se hace fortuna conociendo muchas palabras de dos lenguas muertas que ninguna alma viviente sabe con perfección, y que son de muy poca utilidad en el curso de la vida. Á mi parecer los conocimientos útiles son los idiomas modernos, la historia y la geografía; y venga también un poco de latín para conformarse con la costumbre y divertirse uno en su gabinete.

Esta larga carta va sin duda á fastidiar á Vd.; y yo probaría citando á Horacio (porque soy un oradillo), que su valor es nulo, porque aquel poeta dice que los bebedores de agua no pueden escribir nada que valga, y así soy etc.

BATH, 9 de Octubre de 1770.

SEÑORA,

Doy á Vd. mil gracias por el interés que muestra por mi salud y mi vida. Por lo que hace á ésta me es tan indiferente como á cualquiera, pero respecto de la otra, confieso que la cuido y que me interesa mucho, de modo que mientras tenga que arrastrarme por este planeta, haré por gozar á lo menos de la salud de un insecto. No puedo decir todavía si estas aguas me procuran la humilde dosis de salud á que todavía aspiró. Aun no las he ensayado suficientemente, visto que sólo una semana llevo de beberlas. La única diferencia que noto es, que duermo mejor que antes.

Pido á Vd. y á M. Fitzhugh que no se molesten mucho para procurarme las plantas. Como no producen fruto antes de tres años, más valdría á mi edad plantar encinos con la esperanza de aprovechar la madera. Sin embargo, alguien, Dios sabe quién, los comerá como alguien cortará y venderá los encinos que planté hace cuarenta y cinco años.

Espero que los niños van bien; mis respetos á ambos. Soy, etc.

BATH, 14 de Octubre de 1770.

SEÑORA.

La estafeta ha servido á Vd. más de lo que yo me proponía, porque lo aseguro, bajo mi palabra, que á vuelta de correo contesté su anterior. De todos modos, el incidente fué para Vd. un ganaperde (*got a loss*), como suele decirse en Irlanda.

Mis amigos exigen que les envíe de tiempo en tiempo boletines de mi salud, y esto precisamente cuando la peste hace los mayores estragos en ciertos países de Europa. Todo lo que puedo decir en respuesta á sus benévola informes es, que no tengo la enfermedad llamada propiamente peste, pero sí tengo todas las pestes de un esqueleto caduco y arruinado. Estas aguas me han hecho el poco bien que esperaba de ellas, pero no el que deseo, porque quería que fuesen las aguas de *Jouvence*.

Recibí el otro día una carta de nuestros dos muchachillos. La

de Carlos estaba perfectamente escrita y la de Felipe es muy preciosa; ambos van bien, y dicen que no les falta nada. ¿Qué hombre querrá ó podrá decir otro tanto? Soy, etc.

BATH, 27 de Octubre de 1771.

SEÑORA.

A la verdad, Vd. se interesa en mi salud más que yo mismo, porque no merece su atención ni la mía. Según las órdenes de Vd., previne á mi camarero que le informase de mi feliz llegada aquí, á lo cual no puedo agregar nada, por no hallarme peor ni mejor de lo que estaba entonces. Me alegro mucho que nuestros niños estén buenos; pido á Vd. que les entregue la inclosa.

No me sorprende la conversión de M<sup>ra</sup> porque á los diez y siete años era el ídolo de las viejas por su aire grave, su devoción y su estupidez. Soy, etc.

Á CARLOS Y A FELIPE STANHOPE.

BATH, 27 de Octubre de 1771.

Recibí hace pocos días las dos cartas mejor escritas que en mi vida he visto, una firmada Carlos Stanhope y otra Felipe Stanhope. Esto no me sorprende de ti, Carlos, porque te tomas el trabajo y amas mucho el estudio; pero tú, Felipe, ¿cómo es que escribes tan bien que casi podría decirse de ambos: *et cantare pares et respondere parati*? Carlos te explicará este latín.

He oído decir, Felipe, que has adquirido en la escuela un sobrenombre por tu intilidad con M. *Strangerways*, y que te llaman el caballerito *Strangerways*, porque no hay duda de que eres muchacho muy extraordinario, ¿no es verdad?

Decídmelo ambos lo que deseáis de aquí, y os lo llevaré á mi regreso á la ciudad. Entretanto Dios os bendiga.

CHESTERFIELD.

BATH, 9 de Octubre de 1770.

SEÑORA,

Doy á Vd. mil gracias por el interés que muestra por mi salud y mi vida. Por lo que hace á ésta me es tan indiferente como á cualquiera, pero respecto de la otra, confieso que la cuido y que me interesa mucho, de modo que mientras tenga que arrastrarme por este planeta, haré por gozar á lo menos de la salud de un insecto. No puedo decir todavía si estas aguas me procuran la humilde dosis de salud á que todavía aspiró. Aun no las he ensayado suficientemente, visto que sólo una semana llevo de beberlas. La única diferencia que noto es, que duermo mejor que antes.

Pido á Vd. y á M. Fitzhugh que no se molesten mucho para procurarme las plantas. Como no producen fruto antes de tres años, más valdría á mi edad plantar encinos con la esperanza de aprovechar la madera. Sin embargo, alguien, Dios sabe quién, los comerá como alguien cortará y venderá los encinos que planté hace cuarenta y cinco años.

Espero que los niños van bien; mis respetos á ambos. Soy, etc.

BATH, 14 de Octubre de 1770.

SEÑORA.

La estafeta ha servido á Vd. más de lo que yo me proponía, porque lo aseguro, bajo mi palabra, que á vuelta de correo contesté su anterior. De todos modos, el incidente fué para Vd. un ganapiéde (*got a loss*), como suele decirse en Irlanda.

Mis amigos exigen que les envíe de tiempo en tiempo boletines de mi salud, y esto precisamente cuando la peste hace los mayores estragos en ciertos países de Europa. Todo lo que puedo decir en respuesta á sus benévola informes es, que no tengo la enfermedad llamada propiamente peste, pero sí tengo todas las pestes de un esqueleto caduco y arruinado. Estas aguas me han hecho el poco bien que esperaba de ellas, pero no el que deseo, porque querria que fuesen las aguas de *Jouvence*.

Recibí el otro día una carta de nuestros dos muchachillos. La

de Carlos estaba perfectamente escrita y la de Felipe es muy preciosa; ambos van bien, y dicen que no les falta nada. ¿Qué hombre querrá ó podrá decir otro tanto? Soy, etc.

BATH, 27 de Octubre de 1771.

SEÑORA.

A la verdad, Vd. se interesa en mi salud más que yo mismo, porque no merece su atención ni la mía. Según las órdenes de Vd., previne á mi camarero que le informase de mi feliz llegada aquí, á lo cual no puedo agregar nada, por no hallarme peor ni mejor de lo que estaba entonces. Me alegro mucho que nuestros niños estén buenos; pido á Vd. que les entregue la inclosa.

No me sorprende la conversión de M<sup>ra</sup> porque á los diez y siete años era el ídolo de las viejas por su aire grave, su devoción y su estupidez. Soy, etc.

Á CARLOS Y A FELIPE STANHOPE.

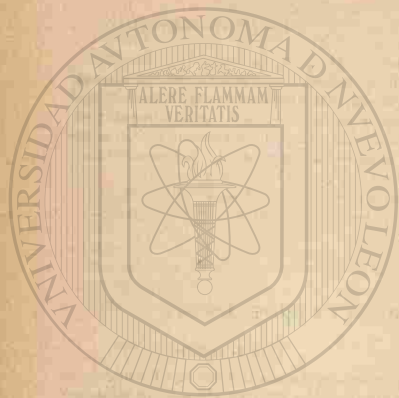
BATH, 27 de Octubre de 1771.

Recibí hace pocos días las dos cartas mejor escritas que en mi vida he visto, una firmada Carlos Stanhope y otra Felipe Stanhope. Esto no me sorprende de ti, Carlos, porque te tomas el trabajo y amas mucho el estudio; pero tú, Felipe, ¿cómo es que escribes tan bien que casi podría decirse de ambos: *et cantare pares et respondere parati*? Carlos te explicará este latín.

He oído decir, Felipe, que has adquirido en la escuela un sobrenombre por tu intilidad con M. *Strangerways*, y que te llaman el caballerito *Strangerways*, porque no hay duda de que eres muchacho muy extraordinario, ¿no es verdad?

Decíame ambos lo que deseáis de aquí, y os lo llevaré á mi regreso á la ciudad. Entretanto Dios os bendiga.

CHESTERFIELD.



## CARTAS

DE

# LORD CHESTERFIELD

Á SU AHUJADO, SOBRE EL ARTE DE AGRADAR.

*El autor dirigió las siguientes cartas á su ahijado Stanhope, pariente lejano suyo, que llegó á ser heredero de su título y fortuna. No hay en ellas fecha de mes ni de año, pero como en la tercera carta se dice que el ahijado acababa de cumplir diez años, y nació en 1755, deban haber sido escritas entre 1765 y 1766.*

BATH.

MI QUERIDO AHUJADO.

Nuestra correspondencia ha sido hasta ahora muy vaga é irregular. Mis cartas han tenido entre sí poca ó ninguna relación, porque he procurado adaptarlas á tus pocos años y tu gusto por la variedad. Te he considerado como niño y chancado en consecuencia contigo; y aunque todavía no te miro como hombre, quiero considerarte como capaz de alguna reflexión seria. Ahora eres un hombre á medias, y antes que se duplique la edad que tienes, serás un hombre completo: por lo tanto *Paulo majora cogitamus*.<sup>®</sup>

Ya conoces tus deberes religiosos y morales, que son ciertamente de lo más simples y llanos: los primeros consisten en temer y amar á tu Creador y observar las leyes que él mismo ha escrito en el corazón de cada hombre, y que tu conciencia siempre te recordará, con sólo que te prestes á escucharla francamente; los segundos, quiero decir los deberes morales, se hallan



contenidos en estas pocas palabras: *Obra con el prójimo como desearías que éste obrase contigo.* Por lo que hace á tus conocimientos clásicos, otros más capaces que yo te instruirán en ellos. Nada queda pues, en que yo pueda serte útil, excepto el comunicar á tu juventud é inexperiencia, lo que una larga observación y conocimiento del mundo me ponen en estado de poder darte.

Te escribiré pues, en lo de adelante una serie de cartas que desee leas dos veces y las conserves, sobre el *deber*, la *utilidad*, y los *medios* de agradar, es decir, de ser lo que los franceses llaman *aimable*, arte que debemos confesar poseen ellos casi exclusivamente, por haberlo estudiado mucho, y lo practican con mayor perfección. Por eso emplearé con frecuencia en estas cartas algunas de sus expresiones, porque ellas corresponden á mis ideas mejor de las que encuentro en mi propio idioma.

Ten esto presente y fíjalo bien en tu alma: que el que no es *aimable* es un ser verdaderamente *nulo* con respecto al trato general de la vida: su literatura es pedantería, y aun sus virtudes carecen de lustre. Quizá mi asunto me obligará á veces á decir cosas superiores á tu tierna inteligencia; pero á medida que ésta se ensanche y fortifique las entenderás; y entonces *hæc olim meminisse juvabit*.

Creo que no esperarás elegancia, ni aun esmero, en cartas de esta especie, que sólo escribo para tu uso. Te comunico mis ideas tales como me ocurren. ¡Ojalá te sean útiles!

*P. D.* Si estuvieses aquí, tu cabecita se trastornaría, porque hay tanta variedad de lo que te gusta, que reflexionarías menos si es posible, que la mayor parte de los que pierden su tiempo en callejear sin hacer nada.

#### MI QUERIDO AHIZADO.

El deseo de que se nos agrade es universal; el deseo de agradar á los otros debería serlo igualmente, y entra en aquel grande y fundamental principio de moralidad de obrar con los otros del mismo modo que desearíamos que ellos obrasen á nuestro respecto. Hay ciertamente otros deberes morales de una naturaleza mucho más elevada, pero ninguno más amable, y yo no vacilo en colocarlo á la cabeza de lo que Cicerón llama *leniores virtutes*.

El corazón sensible y benévolo cumple este deber con gusto, y de un modo agradable á los otros; pero los grandes, los ricos, los poderosos, conceden á menudo sus favores á sus inferiores, del mismo modo que conceden sus sobras á los perros, sin obligar á perros ni á hombres. No debe pues maravillarse que los favores, beneficios, y aun caridades, concedidas tan sin gracia, sean tan débil y fríamente reconocidos. La gratitud es un peso sobre nuestra imperfecta naturaleza y nos sentimos muy inclinados á desembarazarnos de él, ó á lo menos á aligerarlo todo lo posible.

La *manera* pues, de conferir favores ó beneficios es, por lo que hace á agradar, casi tan importante como la materia misma. Ten por eso cuidado de no quitar el valor á las obligaciones que tal vez puedas hallarte en estado de conceder á los otros, por un aire de protección insolente, ó por una manera fría y desagradable, que las ahogue en su nacimiento. La humanidad inclina, la religión requiere, y los deberes morales nos obligan, hasta donde nos fuere posible, á aliviar las desgracias y socorrer las miserias de nuestros semejantes; pero no hasta esto, porque una alma verdaderamente sentida, tierna y benévola, nos inclinará á contribuir en lo posible, á sus comodidades, sus diversiones y sus placeres, hasta el grado que podamos hacerlo inocentemente. Distribuyamos pues, no sólo beneficios, sino sembramos flores para nuestros compañeros de viaje, en los escabrosos senderos de este mundo miserable!

Hay algunos, y aun demasiados, particularmente en este país, que, sin la menor tintura visible de mal natural ni maldad, aparecen totalmente indiferentes, y no manifiestan el menor deseo de agradar, así como por otra parte nunca abrigan el menor deseo de ofender. Si esto procede de una disposición desidia, negligente y omisa, de una naturaleza tétrica y melancólica, de mala salud, embotamiento de espíritu, ó de un orgullo secreto y descontento, nacido de la persuasión de su decantada libertad é independencia; es difícil determinar, considerando los varios móviles del corazón humano, y los pasmosos errores de la cabeza humana; pero sea cual fuere la causa, aquella neutralidad, que es el efecto de ella, hace á estas gentes, como siempre lo hace la neutralidad, despreciables y meros huecos en la sociedad. Seguramente desearían ellas despertar de su indiferencia, si se pusiesen á considerar seriamente la infinita *utilidad de agradar*, como la consideraré yo en mi próxima.

BATH.

MI QUERIDO AMIGO.

Como la utilidad de agradar es una proposición evidente por sí misma, en vez de extenderme sobre ella, sólo la tocaré de paso. La persona que manifiesta un deseo constante de agradar, coloca su tal vez corto capital de mérito á grande interés. ¿Qué provecho pues tan considerable no debe necesariamente producir un gran caudal de mérito? Un usurero prudente colocaría gustosísimo su última peseta á tal interés, sobre base tan segura.

El hombre que es amable se hará casi tantos amigos cuantas personas trataré; hablo en la común acepción de la palabra, y no amigos sentimentales, como Píndaro y Orestes, Niso y Eurialo etc.; pero hará que las gentes en general le deseen bien, y se inclinen á servirle en cualquiera cosa que no sea inconsistente con su propio interés.

La urbanidad es el artículo esencial en el arte de agradar, y la dicta el buen natural y el buen sentido; pero la buena crianza es la decoración, el lustre de la urbanidad, y sólo se adquiere por medio de una minuciosa atención á la buena compañía y por el frecuente hábito de ella. Un orador puede ser intencionalmente tan civil como el cortesano más atento, pero su manera por lo común degrada y envilece su materia; á la vez que, en la buena crianza, la manera siempre adorna y dignifica la materia, hasta tal grado que yo he visto hacer pasar como corriente la moneda de bajo curso. En este caso podemos verdaderamente decir, *materia superat opus*.

La urbanidad se mira á menudo acompañada de una ceremonia que la buena crianza corrige, pero sin abolirla enteramente. Cierta grado de ceremonia es una obra avanzada de las maneras así como de la religión, que detiene al osado y petulante á distancia conveniente, y es una sujeción muy pequeña para la parte del mundo sensata y bien criada. Encontramos en el cuento de un cubo (a) que Pedro era muy pomposo y ceremonioso, y Jacobo por el contrario simple y llano; pero Martín se conducía de un modo muy propio para corregir los extremos de los otros dos. Para transitar por este justo medio se requiere buen natural

(a) Tale of a Tub. Obra del Doctor Swift.

y buen sentido. En mi próxima tomaré en consideración los medios de agradar.

P. D. Siento mucho no poder enviarte este año carne de venado preparada, porque no se ha hecho en casa: la estación ha sido muy desfavorable. Este año celebrarás sin ella el día de tu santo, y lo celebrarás mejor reflexionando que has cumplido diez años, y que no tienes tiempo que perder en fútiles y pueriles disipaciones. Ahora ó nunca debes aplicarte.

BATH.

MI QUERIDO AMIGO.

Los medios de agradar varían según el tiempo, el lugar y las personas; pero la regla general es la trillada: procura agradar, ó infaliblemente agradarás hasta cierto grado. Manifiesta constantemente un deseo de agradar y empujarás en tu favor el amor propio de las gentes, abogado muy poderoso. Esto, como en verdad todas las otras cosas, depende de la atención, ó más propiamente de las *atenciones*. Atiende pues minuciosamente á las circunstancias de tiempo, lugar y personas, ó de lo contrario podrás ofender en donde intentas agradar, porque las gentes, en lo que les toca, no muestran indulgencia por los descuidos y los errores.

La *distracción* en la sociedad es imperdonable, porque implica que se le desprecia, y es tan ridícula como ofensiva. Poca diferencia hay entre un muerto y un distraído; la diferencia que hay es enteramente en favor del primero, porque todo el mundo ve que su insensibilidad es involuntaria. Muchas gentes, de lo más irracionales, afectan distracción, pensando que ella implica pensamientos profundos y superior sabiduría; pero se equivocan de medio á medio, porque todo el mundo conoce que si la distracción es natural, es una grande debilidad de alma, y si afectada una solemnidad torpe. Un hombre juicioso, en vez de no hacer uso de los sentidos que tiene, desterrará varios multiplicados, con el fin de ver y escuchar á la vez todo lo que se hace ó se dice en presencia suya.

Só pues atento á la cosa más insignificante que aconteciere en donde te hallares; y lleva contigo, según la expresión vulgar, tus ojos y tus orejas. Es una disculpa muy necia y común la de

decir: «No recuerdo en verdad tal cosa; ó pensaba yo entonces en otra.» La respuesta adecuada á tan ingeniosas excusas y que no admite réplica, es: «Por qué no recordáis la cosa? presente estabais cuando se hizo ó se dijo. ¡Oh! podrías tal vez decirme, pensaba yo entonces en cosa muy diversa; pero si es así, ¿por qué no estabas en diverso lugar más propio para esta otra cosa importante en que dices ocupabas tu pensamiento? Quizá me responderás que la compañía era tan necia que no merecía tu atención. Estoy seguro de que ésta es la respuesta de un necio; porque un hombre juicioso sabe que no hay compañía tan nula de la que no se pueda sacar alguna utilidad por medio de la atención.

Debes pues tener, y con sólo que quieras la obtendrás, una atención versátil de modo que puedas aplicarla instantáneamente á diferentes personas y objetos según se presentaren. Recuerda que sin esta atención jamás serás propio para vivir entre la buena compañía, ni á la verdad en compañía de ninguna especie;

la mejor cosa que puedes hacer es volverte *cartujo*. Cuando te presentares, ó fueres por primera vez presentado en sociedad, procura que la primera impresión que hagas en ella te sea tan ventajosa como posible. Puedes hacer esto al principio valiéndote de lo que algunos sólidos pedantes llaman bagatelas y son *aire, vestido y talento*. En este caso debes invocar la asistencia de las Gracias. Aun el tanto artículo del vestido no es bagatela en estas ocasiones.

Nunca seas el primero ni el último en las modas. Vístete tan finamente como las personas de tu rango y más bien superior que inferior á ellas; y una vez que te hallares vestido para todo el día, no des muestra de conocer que llevas encima ningunos vestidos, sino deja que todos tus movimientos sean tan fáciles como si sólo te hallases cubierto con tu bata de levantar. Un pisaverde se aprecia á sí mismo por sus vestidos, pero un hombre sensato no debe descuidarlos, por lo menos en su juventud. El mayor pisaverde que yo he conocido era al mismo tiempo el más desaseado, porque una afectada singularidad en el vestido, sea de la especie que fuere, es lo que constituye á un pisaverde, y todo el mundo preferirá á un pisaverde muy engalanado á otro desaseado. Que tu talento, á tu primera entrada en la sociedad, sea modesto, pero sin la menor vergüenza ni cortedad; seguro, sin impudencia, y desembarazado, como si te hallases en tu propio cuarto. Es difícil acertar en este punto y merece por lo tanto

grande atención; nada sino un uso constante en el mundo y en las mejores compañías, puede procurar esta ventaja.

Un joven sin conocimiento del mundo, cuando asiste por primera vez á una sociedad lucida, en donde casi todos son superiores suyos, se mira por lo regular anonadado con su vergüenza mal entendida, ó si cobra espíritu y se descubre hasta lo que él considera como modesta seguridad, se precipita en la impudencia y en el despropósito, y por consecuencia ofende en vez de agradar. Procura tener, tanto como estuviere en tu arbitrio, aquel *air de douceur* que nunca deja de hacer favorables impresiones, con tal que no le acompañe una sonrisa insípida ó una descocada jovialidad.

BATEL.

## MI QUERIDO AMADO.

Evita cuidadosamente cierta propensión á disputar y contrvertir que muchas gentes tienen, y aun algunas se jactan de ello en la sociedad. Cuando tu opinión no se conformare con la de los otros, manténla sólo con modestia, calma y blandura; pero nunca te muestres cólerico, turbulento ni clamoroso; y si vieres que tu antagonista comienza á encenderse, pon fin á la disputa con alguna chanza cortés; porque, lenio por seguro, si dos amigos, los mejores del mundo, disputan con calor, sobre la cosa más insignificante, se sienten resfriados por algún tiempo. Las disputas sobre cualquiera asunto son una especie de ensayo del entendimiento, y finalizan en la mortificación de uno á otro de los contrincantes. Por otra parte, estoy lejos de aconsejarte que des tu aprobación á todo lo que oyes decir en la sociedad; tal aprobación sería vil y en algunos casos criminal; pero debes condescender con indulgencia y corregir con dulzura.

Es imposible que un hombre sensato no desprecie á los chocarreros, ni que otro de honor no aborrezca á los bribones; pero debes prevenírtelo sobre tí mismo para no manifestar tu desprecio ni aborrecimiento en toda su extensión. Su número es muy considerable para lidiar con ellos, y su mayoría los hace formidables aunque no respetables. Por lo común andan juntos por el mutuo uso que hacen unos de otros. Manifiéstales una cortésia reservada, y considéralos como si no existiesen para tí. No adoptes el papel de chocarrero como suelen hacer los que intentan

ser agudos, ni provoques á los bribones sin necesidad; pero procura mezclarte con ambos lo menos posible, recordando siempre que todo el que contrae amistad con un chocarrero á con un bribón, tiene algo malo que hacer ó que ocultar. Un joven, especialmente á su entrada en el mundo, es juzgado generalmente según la compañía que frecuenta, juicio que me parece muy racional; y aunque á los principios no seas tal vez capaz de abrirle camino en la buena sociedad, siempre está en tu mano evitar la mala. Podrías acaso pedirme que te distinga la buena y la mala compañía; y paso á hacerlo en cuanto me fuere posible, porque es de la mayor importancia conocer la diferencia.

La buena compañía consiste en cierto número de gentes de cierta esfera, no quiero decir nacimiento, cuya mayoría es considerada como juiciosa y de carácter decente; en fin, de personas que generalmente son consideradas como merecedoras del título de buena compañía. Es posible, y aun probable, que uno ó dos chocarreros se escurran, ó uno ó dos bribones se entrometan en tal compañía; los primeros con esperanza de adquirir la reputación de un poco de buen sentido, y los segundos la de una poca de honradez. Pero *ubi plura nitent*, como Horacio, no debes ofenderte *paucis masculis*.

La mala compañía es, toda la que generalmente no es considerada como buena compañía; pero hay varias gradaciones en ésta como en la otra; y te será imposible, en el curso común de la vida, no caer algunas veces entre mala compañía; pero procura salir de ella tan pronto y tan bien como puedas. Hay algunas compañías tan infamadas y escandalosas, que haber estado entre ellas dos veces injuriaría tu carácter, tanto respecto de tu virtud y honor, como de tus talentos: tal es la compañía de quimistas, tahurés, estafadores y bajos prostituidos en el vino á las mujeres. Por otra parte, mientras fueres joven no declames ni prediques contra ellos como un capuchino. Tu misión no es la de reparar afrentas ni reformar las maneras. Cuida que las tuyas sean puras, y abandona á los otros, al desprecio ó indignación que merecen.

Hay una tercera clase de compañía, que sin ser escandalosa, es vil y degradante: me refiero á la llamada *baja* compañía, que muchos jóvenes de buena educación, á su entrada en el mundo suelen amar por cierto grado de mal entendida vergüenza y desidia de que no le es fácil deshacerse. Si te sumerges en semejante compañía por sólo un año, jamás saldrás de ella, sino que

permanecerás tan obscuro ó insignificante como los que la componen. La vanidad es también otro aliciente para frecuentar la baja compañía; porque un hombre de calidad está seguro de ser el primer hombre en ella, y de ser admirado y adulado, aunque tal vez sea el más necio de la concurrencia. No vayas á pensar que yo te señalo como mala compañía la de gentes de obscuro nacimiento, porque el nacimiento es nada para mí, y espero que tampoco para tí; lo que quiero significar por baja compañía es la gente oscura, insignificante, desconocida, nunca vista entre la parte urbana del mundo, ni distinguida por ningún talento ni mérito particular, sino el de pasar quizá las noches sentados alrededor de una mesa con las botellas delante, porque la bebida es generalmente la ocupación insípida é indecente de tal compañía.

Hay otra especie de compañía que en lo general deseo evites, aunque alguna vez, pero muy rara, no te hará daño que te halles en ella; quiero decir la compañía de bufones graciosos, chanceros, mimos, y camaradas alegres que todos son por lo común los más insípidos socios del mundo, con una fuerte dosis de espíritus animales. Si fueres por sólo mera curiosidad á tal compañía, no muestres un semblante filosófico, severo ni despreciativo de su innoble alegría, sino limitate á tomar en ella una parte inferior; no contragras familiaridad con ninguno de los actores, porque podría procurarles pretensiones sobre tí que no podrías satisfacer ni rechazar con decencia. No llares á ninguno de ellos por sus nombres de bautismo, ni sus abreviados, como Pepe, Pancho, Paquito, etc.; usa más bien una urbanidad más ceremoniosa con ellos que con tus iguales, porque nada contribuya más á tener á distancia conveniente á los enfadosos que una poca de ceremonia.

MI QUERIDO ABBIADO.

Es mucho más fácil definir la mala compañía que la buena; lo que es malo choca inmediatamente á todo el mundo; la locura, la bribonería y el libertinaje, nunca serán tomados por ingenio, honor y decencia. La mala compañía tiene (a)"; pero en la buena hay varias gradaciones de lo bueno á lo mejor; lo mera-

(a) Nota en una esquina la carta original, faltan algunas palabras.

mente bueno es más bien libre de objeciones que merecedor de alabanza. Tú debes aspirar á lo mejor; pero ¿cuál es lo mejor? Entiendo que son aquellas compañías de hombres ó mujeres, ó una mezcla de unos y otras, en donde prevalece la buena crianza, la urbanidad y la decencia, aunque tal vez no domine la virtud.

Las mujeres de moda y reputación, no quiero decir enteramente irreprochables, son un ingrediente necesario en la composición de la buena compañía; la atención que ellas requieren, y que les es pagada por todos los hombres bien criados, mantiene la cortesía y comunica un hábito de urbanidad; á la vez que los hombres, cuando viven juntos sin la blandura y la suavidad de la compañía de las mujeres, se vuelven desagradados, negligentes y loscos entre sí. En sociedad toda mujer es superior á cualquiera hombre y debe ser tratada con respeto, aun más, con lisonja, y tú no debes tener temor de exagerar tus alabanzas. Tal lisonja no es baja de parte nuestra, ni perniciosa á ellas, porque nunca puedo darte una opinión mayor de su belleza y de su juicio que la que antes tenían; tu dosis pues debe ser fuerte, seguro de que será tragada con avidéz.

Las mujeres imprimen el carácter de civil ó llano de todos los jóvenes á su primera entrada en el mundo. Cobéchalas con minuciosas atenciones, urbanidad y alabanzas. Con frecuencia he visto que su proclamación da valor y curso á moneda de muy baja ley, y por consecuencia agregará lustre al oro más puro. Las mujeres, aunque llamadas sensibles bajo otro aspecto, tienen todas ellas más ó menos debilidades, fantasías, caprichos, gustos y humores, especialmente vanidad; estudia atentamente sus flacos y satisfácelas hasta donde puedas, y aun más, lisonjécalas y sacrifica por ellas tus pequeños caprichos. Los jóvenes son muy propensos á manifestar disgusto, por no decir aversión y desprecio, por mujeres viejas y feas, lo cual es tan impolítico como irracional, porque hay una respetuosa urbanidad debida á todo el sexo. Además, las feas y las viejas, teniendo poco que hacer ellas mismas, se muestran celosas de ser despreciadas y nunca lo perdonan; y yo podría suponer muchos casos en que tú desearías contar con su amistad, ó á lo menos con su neutralidad. Debe pues servirte de regla el no manifestar jamás aquel desprecio que muchas veces sentirás y con razón, por alguna criatura humana, porque nunca te será perdonado. Una injuria se perdona más fácilmente que un insulto.

BATH.

MI QUERIDO AMIGO.

Si no tienes suficiente dominio sobre ti mismo para subyugar tus humores, como espero lo tendrás, y como estoy seguro puede tenerlo toda criatura racional, nunca vayas á la sociedad mientras te hallares atacado de mal humor. En vez de ser distraído por la sociedad en aquellos momentos, le causarás desagrado y se separará de ti con sentimientos menos amistosos que antes. Así pues, siempre que te hallares mal humorado ó dispuesto á la contradicción ó aspereza, será inútil que busques alivio en la sociedad: permanece en tu casa y deja que tu mal humor fermente y se disipe por sí mismo. La alegría y el buen humor son las cualidades más amables en la sociedad; porque aunque no impliquen necesariamente benevolencia y buena crianza, las aparentan por lo menos muy bien; y esto es todo lo que es requerido en las sociedades mixtas.

Yo he conocido en verdad varias gentes descontentadizas y de genio áspero que se mostraban muy alegres y benignas en la sociedad, pero nunca conocí á nadie mal humorado en la sociedad que no fuese al mismo tiempo fundamentalmente malévolo. Cuando no hay malevolencia en el corazón, hay siempre alegría y desembarazo en el semblante y las maneras. La alegría y buen humor de que hablo está lejos de ser aquel ruidoso regocijo y aquellas altas carcajadas, que son el distintivo característico del vulgo y de los malcriados, cuya alegría es una especie de estruendo. Observa y verás que el vulgo por lo regular carcajea, pero nunca sonríe; á la vez que las gentes bien educadas siempre sonríen y muy rara vez carcajean. Una cosa aguda jamás promueve esos altos ímpetus de risa: agrada al alma y nunca descompone ni turba las facciones del semblante. Un absurdo patente, un despropósito, un accidente fatal, y todas aquellas cosas llamadas generalmente cómicas, excitan las carcajadas bremendas, pero las gentes bien educadas solo las ven con una sonrisa de corta duración.

Se suele dar el nombre de rabia pasajera á la cólera repentina, y es rabia en efecto, pero los parasismos de ella son tan frecuentes en las personas coléricas, que más bien podía llamarse rabia perpetua. Si tu disposición fuere desgraciadamente de esta

clase, lo que Dios no quiera, estudia constantemente los medios de subyugarla, ó por lo menos de contenerla. Cuando sintieres que tu cólera se enciende, resuélvete á no hablar ni responder á la persona que la excita; espera hasta que no sientas que ha calmado, y habla entonces deliberadamente. Yo he conocido muchas gentes que por la precipitación de sus razones se han hecho ellas mismas mucho daño. Te daré una receta frívola, que tal vez calificarás de ridícula, para contener los arrebatos de tu cólera, pero yo mismo creo haber experimentado sus útiles efectos. Haz todas las cosas como si las ejecutasas al compás moderado de la música; habla, piensa y muévete con arreglo á aquella medida igualmente libre de una lentitud torpe y de una precipitación desordenada. Este expediente te procurará además, algunos instantes de reflexión, y las gracias acompañarán á lo que digas ó hagas, porque las gracias nunca se precipitan ni se adormecen. Observa los ojos esplendentes de un colérico, su rostro inflamado, sus piernas trémulas, y su lengua vacilante y tartamuda de rabia, y luego pregúntate á tí mismo con calma, si por nada de este mundo querrias ser aquella humana bestia feroz. Tales criaturas son odiadas y temidas en todas las compañías que frecuentan, porque no es del gusto de las gentes el verse expuestas á la necesidad de dar de bofetones á tales brutos ó de ser abofeteadas por ellos. Debes pues por el contrario esforzarte para conservar la sangre fría y entereza en todas ocasiones: las ventajas de tal serenidad son innumerables, y sería fastidioso relatarlas. Puede ser adquirida por medio del cuidado y de la reflexión; y si no se adquiere, la razón que distingue al hombre del bruto, nos seria dada casi inútilmente; como una prueba de esto, nunca he visto yo, ni he oído tampoco hablar de un cuácaro que se manifestase colérico. Hay ciertamente en aquella secta un decoro, una decencia y una amable simplicidad, que no aparecen en ninguna otra.

Habiendo mencionado en esta carta las gracias, no puedo terminar sin recomendarte ardentemente que les hagas, según el consejo de los antiguos más juiciosos, fervorosos sacrificios diariamente. Cuando otras cosas propias adornan todas las cosas y seducen todos los corazones. Pero ¿pueden adquirirse? Si, hasta cierto grado, por medio del cuidado, de la observación y de un culto asiduo. La naturaleza, convego en ello, debe ante todo haberte hecho capaz de adoptarlas, y después la observación y la imitación te las procurarán como propias.

Hay las gracias del espíritu así como las del cuerpo: las primeras comunican una manera seducidora á los pensamientos y las expresiones; y las segundas á los movimientos, á las posturas y á la destreza. Quizá ningún hombre las ha poseído todas, y el que las poseyese sería afortunadísimo; pero si tú observas atentamente aquellos modales graciosos y seductores que más te agradan en otras gentes, fácilmente puedes adoptar lo que agrada á los otros en tí; trata de obtener la *mayoría* de las gracias en tu favor; asegúrate de su voto decisivo y no pierdas medio para que te declaren *amable*. Hay ciertas gentes que Moliere, en una de sus comedias, llama, con cierta afectación pero con mucha justicia, *antipodas de las gracias*. Si estas desgraciadas gentes son formadas torpes y desapacibles por la invencible naturaleza, merecen antes compasión que censura y ridiculo. Pero la naturaleza deshereda á muy pocas gentes hasta tal grado.

Bxtr.

## MI QUERIDO ABUADO.

Si Dios te da ingenio agudo, ventaja que no sé si te deseo, á menos que no te de al mismo tiempo por lo menos una porción igual de juicio para gobernarlo, llévalo como tu espada envainada, y no la vibres con terror de toda la compañía. Si tu ingenio es verdadero fluirá espontáneamente sin necesidad de que aspire á ello; porque en tal caso la regla del evangelio es trastrocada: *solicítalo y no lo encontrarás*. El ingenio es una cualidad brillante que todo el mundo admira: muchos lo solicitan; todos lo temen y pocos lo aman, excepto en sí mismos. Es necesario que un hombre tenga mucha agudeza de ingenio para soportarlo en otro. Cuando el ingenio es inclinado á la sátira, ocasiona un desasosiego maligno. El ingenio ciertamente puede ejercitarse en la sátira; pero la sátira no constituye al ingenio como muchos lo imaginan. Un hombre de ingenio debe encontrar mil oportunidades mejores de manifestarlo.

Abstente por lo mismo, con el mayor cuidado, de toda sátira, que, aunque no caiga sobre ninguna persona particular de la compañía, y momentáneamente, por la malignidad del corazón humano, agrade á todos, sin embargo, bien considerado, causa temor también á todos. Cada uno piensa que puede llegarle su

vez, y te odiará por lo que se le figure que puedes decir de él, más de lo que te agradecerá que guardes silencio. El temor y el odio son parientes muy cercanos. Mientras más ingenio tengas más buefelo y urbano debes manifestarte, á fin de disponer á las gentes á perdonar tu superioridad, punto muy difícil. Aprende á encogerse y acortarte hasta el tamaño de la compañía en que te ballares. Adopta el tono que reinar en ella sea cual fuere, y si puedes procura distinguirlo. Una conversación libre, así como un gobierno libre, no soportan pacientemente un dictador.

La reputación de hombre de ingenio es seductora, y todo el que la merezca puede disfrutarla, aunque á veces no deja de tener sus inconvenientes. El alcalde más estúpido pretende obtenerla, lanza su dicho, y piensa ó por lo menos espera que es ingenio; pero la denominación es siempre formidable y muy á menudo ridicula. Estos *ingenios titulares* tienen por lo común menos ingenio que petulancia y presunción: son cuando más los bufones de su manzana, en cuya estrecha esfera son á la vez temidos y admirados.

Quizá podrías preguntarme, y con justicia, como, considerando las ilusiones de la vanidad y del amor propio, de que ningún viviente se halla enteramente libre, cómo puedes conocer si tienes ó no ingenio. La mejor respuesta que puedo darte es que no te fies en el voto de tu propio juicio porque éste le engañaría, ni en tus orejas, que siempre recibirán con agrado la lisonja si eres digno de ella; sino que te fies únicamente de tus ojos y oídos en los semblantes de la buena compañía la aprobación ó la aversión á lo que dijeres. Observa también cuidadosamente si eres solicitado por la buena compañía, y en cierto modo impedido en medio de ella. Pero aun todo esto no confirmará absolutamente tu ingenio; y así, no vayas, bajo tal incentivo, á lucir tu ingenio ante las gentes, ni á usar agudezas, epigramas ni respuestas picares.

Aparenta tener menos, antes que más ingenio del que realmente poseas. Un hombre prudente vive por lo menos dentro de los límites de su ingenio, como dentro de los de su renta. Conténtate con el buen sentido y la razón, con los que á la larga estás seguro de agradar á todos los que no tengan uno ni otro. Si al buen sentido y la razón puedes agregar el ingenio, venga enhorabuena, pero jamás lo llores. Ten esta verdad siempre impresa en tu alma, para que seas admirado por tu ingenio en caso de que lo tengas; pero nada sino el buen sentido y las buenas cua-

lidades pueden hacer que seas amado; ambas cosas son substanciales y debes usarlas diariamente. El ingenio es para los días de *gula*, en que las gentes se visten para lucir y ser admiradas.

P. D. Recibí tu última carta que está muy bien escrita. La semana entrante te veré y te llevaré algunas cosas bonitas de este lugar, porque se me ha dicho que eres muy buen muchacho y has aprendido muy bien tus lecciones.

BATH.

## MI QUERIDO AMIGO.

Hay una especie de ingenio menor, que se usa mucho y del que se abusa mucho más; quiero decir, las chanzas burlonas. Es una arma muy peligrosa y dañina cuando es manejada por manos torpes ó inexpertas; y es mucho mejor dejarla sosegada que jugar con ella; sin embargo, casi todo el mundo la emplea, á pesar de ver diariamente las querellas y los odios que ocasiona. Ciertamente la burla implica cierta supuesta superioridad en el burlón sobre el burlado; y ningún hombre ama ni aun la simple sospecha de que se le ridiculice, aunque le divierta que otras gentes sean ridiculizadas.

Una burla inocente principia á veces inofensivamente, pero rara vez termina sin ofensa; porque esto depende del burlado, que, si no puede defenderse, se manifestará brutal, y si puede defenderse, el burlón, burlado él mismo, llegará probablemente á manifestarse brutal. La burla es una especie de ensayo de ingenio en que ningún hombre soporta que aparezca claramente su inferioridad.

El carácter de un bufón es más generalmente temido y más cordialmente odiado que ningún otro. La injusticia de un bribón es perdonada más pronto en el mundo que los insultos de un hombre agudo; el primero solamente perjudica nuestros intereses y nuestra libertad, pero el segundo daña y mortifica aquel secreto orgullo de que ningún corazón se halla libre. Convento en que hay cierta especie de burla que no sólo puede ser inofensiva, sino aun lisonjera, como cuando por una ironía urbano, acusas á las gentes de aquellas imperfecciones de que notoriamente se hallan exentas, y consecuentemente insinuas que poseen las virtudes contrarias. Sin riesgo puedes llamar á un Aristides bribón y fea

á una mujer muy hermosa. Cuida sin embargo, que ni el carácter del hombre ni la belleza de la mujer, sea dudoso en lo más mínimo. Pero esta especie de chanza requiere una mano muy firme y ligera para administrarla; porque si es un poco fuerte podrá causar ofensa y si es más débil de lo necesario podrá creerse que es mofa, cosa de lo más odiosa.

Hay otra especie de ingenio que más bien llamaré regocijo y bufonería, y es el *remedo*. El más diestro imitador es siempre el ser más repugnante del mundo, y un mono le es infinitamente superior. Su profesión es remedar y ridiculizar aquellos defectos y deformidades de que ningún hombre es responsable en lo más mínimo; el imitador se hace por el momento tan repugnante y desagradable como las personas que remeda. Pero no quiero hablar más de tales criaturas que sólo divierten á la canalla más baja del género humano.

Hay otra raza de animales humanos llamados graciosos, cuya profesión es hacer reír inmoderadamente á la compañía, y que siempre lo logran con tal que la compañía se componga de necios y locos; pero que se llevan igualmente chasco al encontrar que no alteran un solo músculo en el semblante de un hombre de juicio. Este carácter es de lo más despreciable, y siempre despreciado aun por los que son bastante tontos para ser divertidos por ellos.

Tú debes contentarte con un buen sentido sólido y con las buenas maneras, y usa también de tu ingenio en ocasiones propias é inofensivas. El buen sentido te procurará la estimación, y las buenas maneras, el amor de las gentes; y el ingenio dará lustre á ambas cualidades. En todas las compañías en que pudieres hallarte, en todos los placeres que te procurares, aunque no enteramente inocentes, ten cuidado de preservar una grande dignidad personal; no quiero de ninguna manera significar un orgullo de nacimiento ni de rango, lo cual sería absurdo; sino una dignidad de carácter. Procura que tu carácter moral de honradez y honor sea imaculado y aun libre de sospecha. Yo he conocido gentes que eran nobles aun en sus vicios, primero por no alabarse de ellos; segundo por no practicarlos de un modo liberal é indecente. Si eran inclinados á las mujeres, nunca se degradaban ni enseñaban en compañía de infames prostitutas; si amaban la bebida, nunca practicaban aquel vicio brutal en compañías brutales, sino con aquellos, cuyo buen humor parecía excusarlo hasta cierto grado, aunque nada puede justificarlo.

Cuando vieres á un hombre ebrio, como le acontecerá muy á menudo, estúdalo con atención, y preguntato á ti mismo juiciosamente, si querrias por nada de este mundo, ser aquella bestia, aquella degradación de la razón humana. Los lacedemonios muy sensatamente embriagaban á sus esclavos, para desalentar á sus hijos de caer en aquel estado, y el resultado fué bueno, porque nadie ha oído hablar de la embriaguez de algún lacedemonio.

BATA.

## MI QUERIDO AMIGO.

Si hay algún objeto que propia y lícitamente merezca ser satirizado, me parece que es el presumido, como usurpador del derecho común del género humano. Pero aquí son necesarias algunas precauciones. Un poco de ingenio y mucha vanidad constituyen á un presumido, porque un verdadero presumido debe tener ingenio. El más consumado presumido que yo he conocido era de lo más agudo, pero su agudeza iba acompañada de tal presunción, que lo constituía muy gigante para toda clase de sociedad, en donde siempre usurpaba el primer asiento y atropellaba al buen sentido.

La sátira parece ser el azote más propio para estos culpables; pero para usarla se necesita mucha precaución y experiencia, porque te pueda salir el hueyo hueco, como suelta decirse, y entonces las risadas caerán sobre ti. La mejor conducta con estas gentes es dejarlas enteramente solas y largarles suficiente cuerda.

Por otra parte, hay muchos, y quizá más, que sufren por su timidez y mal entendida vergüenza, y que por esta causa se abaten infinitamente bajo su nivel. La timidez es tomada generalmente por estupidez, aunque por lo común no lo es, sino que procede de falta de educación en la buena compañía. M. Addison era el hombre más tímido y torpe que yo he conocido; y no hay que maravillarse, porque había permanecido enteramente encerrado en las celdas de la universidad de Oxford hasta la edad de veinticinco años. La Bruyere dice con muchísima razón: *on ne voit dans ce monde que ce que l'on veut valoir*; porque el mundo, bajo este respecto, manifiesta grande indulgencia, y estima á las gentes casi al mismo precio á que se estiman ellas mismas, con tal que no sea exorbitante.



Desearia yo que tuvieses una firmeza fria é intrépida, con gran modestia aparente, nunca desconcertado ni nunca atrevido. Las gentes torpes y tímidas que no se hallan acostumbradas al trato de la buena compañía son ridículamente vergonzosas ó neciamente impudentes. Yo he conocido algunos hombres, impudentes de vergüenza, que trataban de manifestar una firmeza racional, y que se desataban hasta observar una conducta que ellos creían fácil y desembarazada. Un hombre vergonzoso y tímido es aniquilado en la buena compañía, principalmente en la de sus superiores, no sabe lo que dice ni lo que hace, y permanece en una agitación ridícula, tanto de cuerpo como de alma. Evita tú ambos extremos y procura revestirte de frialdad y de firmeza: habla al rey con tanta tranquilidad, aunque con más respeto, que á tus iguales. Este es el distintivo característico de un caballero y de un hombre de mundo.

El medio de adquirir estos necesarísimos modales, es, como ya lo llevo dicho, acompañarle, sea cual fuere la dificultad que encontrases al principio, con tus superiores y con mujeres elegantes, en vez de refugiarte, como lo hacen muchos jóvenes, en la baja y mala compañía, con el fin de evitar la sujeción de la buena crianza. Es, lo confieso, cosa muy difícil, por no decir imposible, para un joven á su entrada en el mundo, y sin el hábito y maneras usadas en él, no desconcertarse ni manifestarse embarazado cuando se presenta por primera vez entre la gente más lucida. Observa que todos la ligan los ojos, y si por casualidad rien, está seguro que él es el objeto de su risa. Esta torpeza no merece censura, porque las más veces procede de causas laudables: de una modesta desconfianza de sí mismo, y de la persuasión de no conocer todavía los modales y los usos de la buena compañía. Pero que perseverar con una modestia noble y encontrará que todas las gentes benévolas y bien criadas le ayudarán al principio en vez de reírse á costa suya; y entonces, un poco de uso en la sociedad y una atenta observación le procurará pronto el conocimiento del mundo.

Es muy propio de la baja y mala compañía, que por lo común se compone de chorarreros y de truhanes, reírse y desconcertar y, como ellos dicen, pegar chasco, á un joven naturalmente modesto. Quizá tú me dirás que para conducirse como yo te reconociendo, se necesita tener una buena parte de vanidad: convengo en ello; pero el gran punto es: *No quid nimis*; porque yo temo que sea muy cierta la máxima de Monsieur de la Rochefoucault:

*la vertu n'irait pas loin si la vanité ne lui tenait compagnie.* Un hombre que pierde la esperanza de agradar no agradará nunca; un hombre que está seguro de que agradará siempre es un presumido; pero el hombre que espera agradar y se vale para ello de los medios necesarios, agradará infaliblemente.

#### MI QUERIDO AMIGO.

El hablar de sí mismo es práctica muy favorita de la mayor parte de las gentes, y espero que tú no la adoptarás jamás, sino que por el contrario la evitarás cuidadosamente. Nada es más desagradable y enfadoso á la compañía que escuchar á un hombre que se alaba ó se condena, porque ambas cosas proceden del mismo motivo, la vanidad. Yo no permitiría á ningún hombre hablar de sí mismo sino ante un tribunal para justificarse ó para declarar como testigo. ¿Debe un hombre hablar en alabanza suya? No; el héroe de su propia relación siempre embaraza y disgusta á la compañía, que no sabe qué hacer, ni qué decir, ni qué aspecto presentar. ¿Debe hablar de sí mismo? No; la vanidad es el origen tanto de su condenación como de su panegírico.

Yo he conocido muchas gentes que se manifestaban avergonzadas de sí mismas, y con una modesta contrición se confesaban criminales de casi todas las virtudes cardinales: su naturaleza tiene tales flacos que no pueden dejar de comoverse con las desgracias y miserias de sus semejantes, miserias que ellas sienten, si no más, á lo menos tanto que las suyas propias. Su generosidad, bien lo saben ellas, es imprudencia; porque no pueden menos de llevarla muy lejos, por la debil, la irresistible beneficencia de su naturaleza. Quizá son también muy celosas de su honor y muy irascibles cuando ellas lo consideran mancillado, por esto procede de su desgraciada indole calorosa que las hace muy sensibles sobre aquel punto; y así se producen respecto de todas las demás virtudes. Esta superchería es un miserable ejemplo de la vanidad humana, y produce un efecto contrario á su intento.

No hables pues nunca de ti mismo, á causa de ti mismo ni contra ti mismo, sino deja que tu carácter hable por tí. Todo lo que éste dijere será creído; pero todo lo que de él dijeres no lo será, y sólo te hará odioso y ridículo. Vive siempre en continua

alerta contra los varios lazos y efectos de la vanidad y del amor propio; es imposible extinguirlos todos; sin excepción existen en el seno de cada hombre; y en el estado actual de la naturaleza es muy justo que así sea. Pero trata de contenerlos dentro de los límites debidos, lo cual es muy factible. En este caso la disimulación es meritoria, y la aparente modestia del héroe ó el patriota adorna sus otras virtudes.

La vanidad es de lo más odiosa y repugnante á cada uno, porque cada uno, sin excepción tiene vanidad; y dos vanidades nunca pueden amarse mutuamente, como no se aman dos traficantes ó dos artesanos que hacen el mismo comercio. Si tú deseas agradar á hombres y mujeres dirígete á sus pasiones y debilidades. Gana sus corazones y deja después que su razón les hable cuanto quiera en tu contra.



MI QUERIDO AMIGO.

Bien sé que eres generoso y benévolo por naturaleza; pero aunque éste sea el punto principal, no es del todo suficiente, porque se necesita que aparezcas tal. No quiero decir ostentosamente, sino que no te avergüences, como muchos jóvenes, de confesar los laudables sentimientos de bondad y humanidad que realmente sientieres. Yo he conocido varios jóvenes que deseosos de ser tenidos por animosos, afectaban una dureza y una insensibilidad de que ciertamente no se hallaban poseídos; el tono de la conversación de estos jóvenes es decidido y amenazante; se inclinan á dar palizas, á romper costillas, á echar á las gentes á rodar por las escaleras etc. y ratifican todas estas bellas declaraciones con votos al diablo y otras palabras groseras y repugnantes, todo esto con el fin de que se les considere como enérgicos y animosos. ¡Puesno error! que necesariamente los reduce á este dilema: si realmente piensan lo que dicen son unos brutos; si no lo piensan, son unos chocarreros. Este es sin embargo el carácter distintivo de multitud de jóvenes. Trata tú de evitar cuidadosamente este contagio, y contentáte con permanecer fijo y resuelto con calma y suavidad, cuando te hallares enteramente convencido de que tienes razón; porque esta es la verdadera energía y el verdadero valor. Lo que comunmente es llamado en el mundo hombre ó mujer de energía, son los dos animales más

peligrosos y detestables que lo habitan. Son testarudos, capciosos, suspicaces, ofenden sin razón y se defienden sin ella. El hombre enérgico, bajo este sentido, acude á su espada, y la mujer enérgica á su lengua; y es muy difícil decidir cuál de estas dos armas es más peligrosa. Es también muy común en muchas compañías adoptar materias de escándalo y difamación; algunos satisfacen su malicia y otros piensan la ocasión buena para lucir su ingenio; pero yo espero que tú no adoptarás nunca este tono. Por el contrario, toma siempre el lado más favorable de la cuestión; y sin ofender ni contradecir insulsaemente, aparenta dudar, y representa la incertidumbre de los rumores, á los cuales siempre está pronta á mezclarse la malicia privada. Esta conducta moderada y sincera agrada á todos los falsos concurrentes, porque una especie de suave contradicción á sus desfavorables insinuaciones, les hará esperar que á su vez encontrarán en tí un abogado.

Hay otra clase de ofensa practicada en la sociedad, y es dejar ir indirectas ó insinuaciones aplicables únicamente á una ó dos personas de la compañía, y sentidas solo por ellas, que, por consecuencia, se miran tanto más embarazadas y coléricas, cuanto que desean no dar muestras de que ellas mismas se aplican tales ideas. Vive alerta sobre tí mismo, á fin de no decir nada que la compañía ó cualquiera miembro de ella, pueda con razón ó probabilidad llevar á mal; y recuerda el adagio de no mentar la sogá en la casa del ahorcado. El buen natural encanta universalmente aun á los que no lo tienen, y es imposible ser amable sin la realidad y las apariencias de la benevolencia.

MI QUERIDO AMIGO.

Más de una vez te he recomendado, en el curso de nuestra correspondencia, la atención; punto á que ocurriré con frecuencia porque es tan invaluable como importante. Atiende cuidadosamente en primer lugar, á la naturaleza humana en general, que es de lo más parecida en todas las criaturas humanas, y sólo varía en los modos, los hábitos, la educación y el ejemplo. Analízala, y si puedo emplear la expresión, anatomízala; estudia la tuya propia y esto te conducirá á conocer la de otras gentes. Observa con el mayor cuidado las palabras, las miradas, los gestos

de toda compañía en que te hallares, y retén sus pequeñas singularidades, humores, gustos, aficiones y antipatías; lo cual te pondrá en el caso de poder satisfacerlas ó evitarlas según te lo dictare ocasionalmente tu propio juicio.

Atiende y mira á todo el que te hablare, y nunca aparezcas distraído ni pensativo, como si no escuchases lo que se te dice; porque nada ofende y provoca más. Cierito es que obrando así te verás muchas veces obligado á oír cosas que no merecen la atención de nadie; pero este es un sacrificio debido á las buenas maneras en la sociedad. También debes prestar una atención minuciosa á las ocasiones, á los lugares y á los caracteres; un dicho agudo en una compañía no lo es en otra, y puede por el contrario causar ofensa. No uses bromas con los que observares están serios y pensativos en aquellos momentos; y por otra parte, no prediques ni moralices en una concurrencia jovial y alegre. Muchas gentes vienen á la sociedad llenas de lo que intentan decir en ella, sin la menor consideración á los demás, y cargadas así hasta la boca, están decididas á disparar el tiro á toda costa. Yo conocí un hombre que tenía que referir una historia que él creía muy interesante, referente á una escopeta, y la refirió muy bien. Hizo cuanto pudo para que la conversación versase sobre escopetas; y no pudiéndolo conseguir, se levantó de pronto diciendo que le parecía haber oído un tiro de fusil; pero cuando los concurrentes le aseguraron que no habían oído tal cosa, contestó que quizá se había equivocado; sin embargo dijo, pues que hablamos de escopetas referiré una historia, y la refirió en efecto ante toda la compañía indignada.

Desempeña hasta donde la inocencia y el honor lo permitieren, todos los papeles con todos los hombres y ganarás muchísimos amigos. Usa también de agasajos, y di y haz lo que de antemano te pareciera que los será más grato, sin que lo esperen ni lo sospechen. Seria cuento de nunca acabar especificarte las innumerables oportunidades que tiene un hombre para agradecer; tu propio buen sentido te las suguirá, y tu buen natural y aun tu interés te inducirá á practicarlas. Debe atenderse muy particularmente á los tiempos y las ocasiones; por ejemplo, en las comidas habla á menudo, pero nunca largo á la vez, porque el frívolo bullicio de los criados y con mayor frecuencia la conversación aun más frívola de los comensales, que versa por lo regular sobre el condimento de los guisos y la fragancia de los vinos, no da lugar á historias ni razonamientos largos. Las comidas son y han siempre sido

consideradas como los instantes de la relajación del alma y consagradas al entretenimiento jovial y á las delicias de la sociedad. Conformate con esta costumbre y contribuye con tu escote de buen humor; pero cuida de que el mal ejemplo no te induzca á los frecuentes excesos de la glotonería y de la intemperancia; la primera inevitablemente produce la pesadex y la última la rabia.

Observa el *á propósito* de todas las cosas que digas ó hagas. En conversación con personas muy superiores á ti, á pesar del desembarazo y familiaridad que puedas y debas usar con ellas, preserva aquel respeto que las es debido. Conversa con tus iguales con desembarazada familiaridad, y al mismo tiempo, con gran cortesía y decencia. La mucha familiaridad, según el dicho muy antiguo, engendra desprecio, y á veces querellas. No conozco yo nada más difícil que fijar en el trato general, los límites de la familiaridad: muy poca indica una formalidad insociable; y mucha, destruye la comunicación social y amistosa. La mejor regla que puedo darte para manejar la familiaridad es no mostrarte con nadie más familiar de lo que te convenga, ni de lo que desearias que él se mostrase contigo. Por otra parte, evita aquella desagradable y fría reserva que es generalmente la capa de la astucia y la protección de la estupidez. La máxima italiana me parece muy juiciosa *il volto sciolto, e pensieri stretti*; es decir, deja que tu semblante sea franco y abierto, y conserva secretos tus reales sentimientos. Á tus inferiores debes manifestar una cordial benevolencia en tus palabras y acciones, en vez de una cortesía muy refinada, que podría dar lugar á que creyesen que te burlas de ellos. Por ejemplo, tu urbanidad con un labrador diferirá de la que usares con un hombre de mundo; recibirás á aquel de una manera cordial y ordinaria, para disminuir el embrazo de su natural vergüenza. Aun en compañía de los necios debes ejercitar tu atención, porque aunque son necios, pueden tal vez decir ó repetir alguna cosa que te importe conocer y de la que podrás acaso retirar provecho. Nunca despliegues toda tu ciencia ante los necios, porque no la entenderían y podrían tal vez sospechar que te burlas de ellos; háblales en el sentido más llano y comprensible, pero seriamente, porque sus chanzas y las bromas no son para necios. En una palabra, con la atención y la urbanidad puedes estar seguro de agradar; sin ellas ofenderás seguramente.

## MI QUERIDO AMIGADO.

BATH.

Evita cuidadosamente toda afectación de alma y cuerpo. Es observación tan verdadera como repetida, que ningún hombre es ridículo por manifestarse tal cual es, sino por afectar lo que no es. Ningún hombre es torpe por naturaleza, sino por afectar que es diestro. Yo he conocido varios hombres de clara razón, que pasaban por necios por afectar un grado de talento que Dios les había negado. Un arador no es ciertamente torpe en el ejercicio de su profesión, pero sería de lo más ridículo si ensayase el aire y las gracias de un hombre elegante. Tú aprendiste á bailar, pero no por amor al baile, sino para que tu aire y movimientos volviesen á lo que naturalmente habrían sido si hubiesen logrado ocasiones más felices de ejercitarse y no se hubiesen achado á perder con los malos ejemplos y torpes imitaciones de otros muchachos.

La naturaleza puede ser cultivada y mejorada, tanto respecto del cuerpo como del alma; pero nunca se destruye por medio del arte, y todos los esfuerzos para destruirla son absurdos y procuran abundante materia de ridículo. Tu cuerpo y alma deben hallarse en perfecto desahogo para ser agradables; mas la afectación es un freno particular bajo el cual ningún hombre puede ser garboso en su talante ni agradable en su conversación. ¡Crees que tus movimientos serían fáciles y graciosos, si te pusieses los vestidos de otro hombre más delgado ó más corpulento que tú? Ciertamente que no; pues lo mismo es respecto del alma si afectas un carácter distinto del tuyo, que la naturaleza nunca intentó darte. Pero no te equivoques pensando que de esto se sigue que debes manifestar públicamente todo tu carácter por ser el que te concedió la naturaleza. No; muchas cosas deben suprimirse y muchas ocultarse en los mejores caracteres: No fuerces nunca á la naturaleza; pero de ninguna manera es necesario manifestar todo tu carácter.

La discreción, guía seguro en la vida, debe prestarte su ayuda; la discreción, compañera necesaria de la razón y útil *garde-sou* (a) si puedo usar este término, del ingenio y la imaginación. La

(a) Prétit ó antepecho.

discreción señala el *à proposito*, el *decorum*, el *ne quid nimis*, y llevará á un hombre de medianos talentos más lejos de lo que lo llevarían las más brillantes cualidades sin aquella. Es palabra que equivale á juicio, aunque no son enteramente sinónimas. El juicio no es indispensable en todas ocasiones, pero la discreción siempre lo es. Nunca afectes ni asumas ningún carácter particular, porque nunca te irá bien, por el contrario, te hará objeto de ridículo; deja que tu conducta, tus virtudes, tu moralidad y tus maneras señalen tu carácter. La discreción te enseñará á atender muy particularmente á lo que los franceses llaman *vœux*; palabra que no puede expresarse exactamente en nuestro idioma. *Moral* es mucho y *maneras* muy poco. *Decencia* es lo que más se le acerca, pero no encierra todo el significado. La expresión de Cicerón *decorum* es propiamente la cosa; y yo no sé por qué razón no se adoptaría y naturalizaría en el idioma inglés. Yo nunca he tenido escrúpulo de emplearla en aquel sentido.

Á propósito de palabras, estudia tu propio idioma con mayor cuidado que el común de las gentes; acostúmbrate á hablado con propiedad y elegancia, porque nada es más desagradable que oír hablar á un caballero los barbarismos, los solecismos y los vulgarismos de los porteros. Evita por otra parte un purismo formal y afectado, especialmente el que las mujeres consideran como sembrado de palabras duras, cuando otras llanas y expresivas pueden emplearse muy fácilmente. Los franceses se dedican mucho á *bien narrer*, pero son propensos á *narrer trop*, y con una elegancia muy afectada.

Los tópicos más comunes de la conversación son la religión, la política y las noticias. Todas las gentes creen que entienden las dos primeras, aunque para nada las han estudiado, y son inclinadas á hablar sobre ambas ignorante y dogmáticamente, y por consecuencia con ardor. Pero la religión de ninguna manera es asunto propio de conversación en las compañías mixtas; debe tratarse solamente entre unas cuantas personas doctas para su mutua instrucción. Es asunto muy digno y respetable para tratarlo familiarmente. Por lo tanto, nunca te engolfes en este asunto, sino solamente lo necesario para expresar una tolerancia universal de todos los errores que pudiere contener la religión de que se tratare, si son abrazados sinceramente; porque cada hombre tiene tanto derecho para pensar como piensa, como tú tienes para pensar como lo haces; y ciertamente que no puede impedirlo.

En cuanto á la política es asunto de que todos se tienen aun mejor informados; y como cada uno considera sus intereses privados más ó menos ligados con ella, ninguno vacila en declarar decididamente su parecer, aun las mujeres, cuya copiosa elocuencia es más digna de admiración que la exactitud de su lógica. Imposible será que evites mezclarte en estas conversaciones, porque casi nadie puede conseguirlo; pero ten cuidado de hacerlo con frialdad y con mucho buen humor; y cuando vieres que la compañía comienza á enardecerse y á gritar por el bien de la patria, permánece silencioso, á menos que no te interpongas por medio de alguna broma agradable que restituya el buen humor de la sociedad. No puedo menos de observarte que nada es más útil, tanto para quitarse de encima algún negocio embrollado y desagradable, como para desviarlo, que una chanza grotesca y placentera. Pero esta chanza no debe tocar los límites de las *chanzas pesadas*; debe ser ligera sin frivolidad, cuerda sin resabios de sentenciosa, y en fin, tener el *yo no sé qué*, que todo el mundo siente aunque ninguno puede explicar.

Durante algún tiempo tengo que suspender la continuación de estas cartas; pero como la materia es inagotable seguirá escribiéndolas de vez en cuando. Entretanto, vive persuadido de que un hombre que no agrada generalmente, es un ser nulo ó insignificante, y que los esfuerzos constantes para agradar llegarán á conseguirlo infaliblemente, ó á lo menos hasta cierto grado.

## CARTA

DE

## LORD CHESTERFIELD

A SU AHUJADO Y HEREDERO

PARA QUE LA RECIBIESE DESPUÉS DE SU MUERTE.

## MI QUERIDO AHUJADO,

Por mi testamento recibirás pruebas solidas de mi estimación y afecto. Este escrito no contiene preceptos ni declaraciones de mi última voluntad, sino mis ruegos más ardientes por tu solo bien, ruegos que por tu gratitud á mis pasados desvelos, por tu buen corazón y por tu sensatez, me persuado: observarás puntualmente como si alguna ley te obligase á hacerlo. No son los dictados de un viejo áspero y regañón que pretendo dar buenos avisos cuando ya no puede dar malos ejemplos, sino los consejos de un amigo, y aun debiera decir padre, tierno é indulgente, y el resultado de la larga experiencia de quien ha trocado continuamente por los senderos de la vida, consejos calculados con el solo fin de asistir y guiar tu inexperta juventud.

Probablemente heredarás muy pronto mi título y mis posesiones, y á una edad en que serás menos propio para conducirlas con discreción que cuando sólo tenias diez años. Bien sé que esta es una verdad muy desagradable para un joven vivo y alegre, y que apenas le darás crédito; pero es, sin embargo una verdad, y una verdad que sinceramente deseo, aunque racionalmente no lo puedo esperar, vivas firmemente convencido de ella. En aquel critico período de la vida, las pasiones peligrosas son turbulentas y vehementes, y sofocan toda reflexión; los alientos

En cuanto á la política es asunto de que todos se tienen aun mejor informados; y como cada uno considera sus intereses privados más ó menos ligados con ella, ninguno vacila en declarar decididamente su parecer, aun las mujeres, cuya copiosa elocuencia es más digna de admiración que la exactitud de su lógica. Imposible será que evites mezclarte en estas conversaciones, porque casi nadie puede conseguirlo; pero ten cuidado de hacerlo con frialdad y con mucho buen humor; y cuando vieres que la compañía comienza á enardecerse y á gritar por el bien de la patria, permánece silencioso, á menos que no te interpongas por medio de alguna broma agradable que restituya el buen humor de la sociedad. No puedo menos de observarte que nada es más útil, tanto para quitarse de encima algún negocio embrollado y desagradable, como para desviarlo, que una chanza grotesca y placentera. Pero esta chanza no debe tocar los límites de las *chanzas pesadas*; debe ser ligera sin frivolidad, cuerda sin resabios de sentenciosa, y en fin, tener el *yo no sé qué*, que todo el mundo siente aunque ninguno puede explicar.

Durante algún tiempo tengo que suspender la continuación de estas cartas; pero como la materia es inagotable seguirá escribiéndolas de vez en cuando. Entretanto, vive persuadido de que un hombre que no agrada generalmente, es un ser nulo ó insignificante, y que los esfuerzos constantes para agradar llegarán á conseguirlo infaliblemente, ó á lo menos hasta cierto grado.

## CARTA

DE

## LORD CHESTERFIELD

A SU AHUJADO Y HEREDERO

PARA QUE LA RECIBIESE DESPUÉS DE SU MUERTE.

## MI QUERIDO AHUJADO,

Por mi testamento recibirás pruebas solidas de mi estimación y afecto. Este escrito no contiene preceptos ni declaraciones de mi última voluntad, sino mis ruegos más ardientes por tu solo bien, ruegos que por tu gratitud á mis pasados desvelos, por tu buen corazón y por tu sensatez, me persuado: observarás puntualmente como si alguna ley te obligase á hacerlo. No son los dictados de un viejo áspero y regañón que pretendo dar buenos avisos cuando ya no puede dar malos ejemplos, sino los consejos de un amigo, y aun debiera decir padre, tierno é indulgente, y el resultado de la larga experiencia de quien ha trocado continuamente por los senderos de la vida, consejos calculados con el solo fin de asistir y guiar tu inexperta juventud.

Probablemente heredarás muy pronto mi título y mis posesiones, y á una edad en que serás menos propio para conducirlas con discreción que cuando sólo tenias diez años. Bien sé que esta es una verdad muy desagradable para un joven vivo y alegre, y que apenas le darás crédito; pero es, sin embargo una verdad, y una verdad que sinceramente deseo, aunque racionalmente no lo puedo esperar, vivas firmemente convencido de ella. En aquel critico período de la vida, las pasiones peligrosas son turbulentas y vehementes, y sofocan toda reflexión; los alientos

son fuertes y los ejemplos generalmente malos. Es un estado de continua embriaguez durante seis ó siete años por lo menos, y seguido frecuentemente de fatales y permanentes consecuencias, tanto para el cuerpo como para el alma. Considérate pues como ebrio, y así como los ebrios cuando bambonean se agarran de la primera cosa que se les presenta para sostenerse, apóyate al querido ahijado, en las barandillas de mi experiencia. Espero que ellas impedirán que caigas, aunque á veces no podrán impedir que bambonees un poco.

Sabiendo que te hallas enteramente instruido de tus deberes religiosos y morales, no te diré nada de ellos. Espero que los observarás escrupulosamente, porque si así no lo haces no serás feliz en este mundo ni en el otro.

Quiero suponerte de veintitún años de edad, y acabado de llegar de tus viajes, mucho más lleno de fuego que de instrucción. Las primeras impresiones que hicieres sobre tus compatriotas á tu primera aparición en el gran teatro del mundo, son de influyente consecuencia y grandemente decisivas sobre tu futura reputación. Serás primeramente examinado por el gran jurado de Middlesex, y si su sentencia te fuere contraria, no debes esperar una decisión muy favorable de los otros jueces que te juzgarán de nuevo en el parlamento.

No adoptes un tren ostentoso ni relumbrante, ni afectes otro muy sencillo; deja que tu tren sea el de un joven sensato, y no el fastoso de un joven heredero irreflexivo; una profusión y un aparato frívolos te rebajarán en la opinión de la parte más cuerda y racional del género humano. Nunca uses vestidos excesivamente ricos; procura que sean tan finos como lo requiera tu edad y tu rango, y no te distingas por ninguna magnificencia extraordinaria ni ninguna singularidad en la ropa. No procures brillar por alguna frívola circunstancia, pero brilla en el conjunto, por la unión de las grandes y buenas cualidades, acompañadas de las prendas amables, de las maneras, el garbo y la destreza.

Á tu primera aparición en la ciudad adquiere cuantos conocimientos te acordare, y mientras más numerosos mejor, pero durante algún tiempo no contraigas ninguna amistad. Detente un poco y observa el carácter de los jóvenes con quienes necesariamente debes tener más ó menos trato; pero no te relaciones intimamente sino con aquellos cuyo carácter moral fuere inmaculado; porque no hay dicho más verdadero que el de *dime con quién andas y te diré quién eres*; y es también igualmente cierto

que cuando un hombre de juicio contrae amistad con un bribón ó con un chocarrero, tiene algo malo que hacer ó que ocultar. La buena reputación de un hombre no puede menos de sufrir alguna mancha por el frecuente trato con otro de mala fama.

No te dejes seducir de la palabra *energía*. Un hombre *enérgico*, en la común aceptación de la palabra, es, en resumidas cuentas, una criatura dotada de fogosos espíritus animales con poco entendimiento; colérica, testaruda, capciosa, celosa de su honor mal entendido, sospechosa de pretendidas ofensas, y lo que es peor, pronta á pelear en defensa de sus desatinos. Evita esta clase de compañía, y contentate con una firmeza fría y una firme resolución. Te diré de paso que una mujer *enérgica* es, *mutatis mutandis*, el duplicado de este hombre *enérgico*: una regañona audaz y vocinglera.

Poco te diré contra el juego porque mi ejemplo te grita altamente NO JUEGUES. El juego es más bien una rabia que una pasión; te acometerá en todos tus placeres racionales, y quizá con alguna mancha en tu carácter, si te aconteciere ganar; porque todo el que juega fuerte necesariamente pierde su dinero ó su reputación. Yo he perdido grandes sumas en el juego, y siento haberlas perdido; pero ahora sentiría mucho más haberlas ganado. Tal como he sido sólo puedo ser acusado de locura, y me confieso culpable. Pero como en el curso común de la vida te verás á veces obligado á jugar en juegos de sociedad, observa estrictamente esta regla: nunca te sientes á jugar con hombres solamente, sino procura que una ó dos mujeres sean participes en aquella diversión, y de este modo la pérdida ó la ganancia no será considerable.

No te apresures á casarte; miralo bien antes, porque el negocio es importante. Dos son los móviles del matrimonio, amor ó dinero. Si te casas por amor, tendrás ciertamente algunos días muy dichosos, y probablemente muchísimos desasosegados; y si por dinero, no tendrás días dichosos y probablemente no desasosegados; en este último caso procura que la mujer sea á lo menos de una condición que te permita vivir con ella de una manera decente y amistosa, porque de otra manera es un robo; en ambos casos procura que su carácter sea inmaculado, y libre de toda sospecha, y su rango no muy inferior al tuyo.

Indudablemente serás, luego que regresares á Inglaterra, miembro de una de las cámaras del parlamento; allí es donde debes hacer esfuerzos para distinguirté como orador. La empresa no es

muy ardua si tienes sentido común, como creo lo tienes, y aun bastante juicio. Los *Pedarii Senatores*, sólo conocidos por sus pies y no por sus cabezas, han sido siempre objetos del desprecio general. Si en tu primera, segunda ó tercera peroracion no fueres feliz, ó te detuvieres en tu discurso por el temor ó inquietud que todo hombre modesto siente en semejantes ocasiones, no te desanimes; persevera, y al fin lo lograrás. Para el hombre dotado de ciertos dones y conocimientos, el perorar es una treta, que con el uso puede ciertamente adquirirse. Debo sin embargo, agregar esta precaución; que nunca escribas de antemano tus discursos; si lo haces podrás ser tal vez un buen declamador, pero nunca un buen controversista. Prepara y digiere bien tu materia en tu pensamiento, y *verba non inivita sequantur*. Pero si propiamente puedes introducir en tu discurso uno ó dos períodos declamatorios que despidan brillo y que los oyentes puedan retener en su memoria, como los trozos favocillos de alguna ópera, el efecto será bueno. El finado Lord Bolingbroke se había acostumbrado tanto á la elocuencia florida, aun en su conversacion ordinaria, cosa que todo el mundo puede conseguir con un poco de cuidado, que sus discursos realmente improvisados parecian estudiados. Lord Mansfield era en mi opinion el que más se le acercaba en elocuencia natural, pero M. Pitt llevaba consigo, sin premeditacion, la fuerza del trueno y el brillo del relámpago. La mejor materia del mundo, mal dispuesta y relatada sin gracia, no agradará nunca. La convicción y la conversión son fuera del caso en ambas cámaras, pero el que más agrade se les acercará más. En la oratoria como en todas las otras cosas, debes pagar homenaje á las gracias. Procura ser muy modesto en tu exordio, y tan nervioso como puedas en tu peroracion.

Apenas puedo decidirme á encargarte que evites la bebida, porque estoy persuadido que escribiré á un ser racional, á un caballero, y no á un marrano. Con todo, para que insensiblemente no seas arrastrado á la bestial costumbre de beber, ó de sólo tomar traguitos, te aconsejo que no seas miembro de ningún club, sea el que fuere. El objeto de todos los clubs es beber ó jugar pero generalmente ambas cosas. Un miembro de un club en que se bebe, no está ebrio siempre; quizá lo está rara vez, pero ciertamente nunca está cuerdo del todo, y al día siguiente se mira indispuerto con la intemperancia de la noche anterior. Un miembro de un club en que se juega, ha de ser un tramposo si no quiere ser pronto un mendigo.

Tú querrás y deberás tener algún empleo en la corte. Es la mejor escuela para adquirir buenos modales, y digna lo que quisieren las gentes ignorantes, no reinan en ella más vicios que en las aldeas; la naturaleza humana es por todas partes la misma; los modos difieren únicamente. En una aldea son groseros, y en una corte urbanos; como los diferentes vestidos en ambos lugares, bayeta en el uno y terciopelo en el otro.

No seas cortesano servil ni patriota bullicioso; la costumbre, que gobierna el mundo en vez de la razón, autoriza cierta latitud en materias políticas no siempre consistente con la más estricta moralidad, pero en todo caso recuerda *servare modum, finemque tueri*.

Muéstrate no sólo sensible y celoso de tu carácter moral sino también de tu carácter político. En tus contiendas políticas necesariamente debes crearte algunos enemigos, pero procura que sólo sean enemigos transitorios y no personales. Observa tus principios políticos con firmeza, pero sin censura personal ni acrimonia y maneja te con los que no piensan como tu, con toda la urbanidad y buen humor de un caballero, porque en el frecuente revoltillo de átomos políticos, los hostiles y los amistosos cambian de lugar á menudo.

En los negocios procura ser tan hábil y sagaz como pudieres, pero nunca emplees el artificio; el artificio es el santuario de la incapacidad. Todo el mundo puede ser artificioso usando la doblez, la simulacion y en fin la mentira; pero tal carácter es despreciado y detestado universalmente, y con mucha razón. Ningún hombre verdaderamente grande ha sido artificioso. Conserva la dignidad de tu carácter por medio de tu virtud y de tu veracidad. De ninguna manera te hallas obligado á manifestar todo lo que sabes ó piensas, pero si te hallas obligado por todos los lazos sagrados de la moral y de la prudencia, á no decir jamás una cosa contraria á lo que conoces ó piensas ser verdadero. Sé dueño de tu semblante, y no dejes que lo lea cada necio que pasa. Una de las reglas fundamentales de la política italiana, y casi la única recta, es, *volto scialto e pensieri stretti*, semblante abierto, y pensamientos ocultos.

Nunca te muestres orgulloso de tu rango ó nacimiento, pero sé tan orgulloso como puedas de tu reputacion y de tu carácter. Nada es tan contrario á la verdadera dignidad como la primera clase de orgullo. Cierlo es que tú eres de una familia noble, pero si es ó no muy antigua no lo sé, ni me interesa saberlo ni á ti



debe tampoco interesarte, y me atrevo á decir que hay veinte necios en la cámara de los Lores que pretenderán una descendencia más antigua y más noble que la tuya. Esta especie de orgullo majestuoso, sirve de burla á las gentes sensatas; á la vez que la dignidad de carácter es respetada de todo el mundo. Si por desgracia tuya tuvieses vicios, puedes, hasta cierto grado, dignificarte, observando estrictamente el decoro; y de este modo perderán á lo menos algo de su natural vileza.

Evita cuidadosamente cualquiera singularidad que se preste al ridículo, porque á pesar de Lord Shaftesbury, aunque no se funde en la verdad, se te pegará por algún tiempo, y si te lo aplica una mano diestra se te pegará tal vez para siempre. Sé más discreto y más cuerdo que tus contemporáneos, pero aparenta tomar el mundo tal cual es, y los hombres tales cuales son, porque tú eres muy joven para ser un  *censor morum*  lo cual te haría objeto de ridículo. Obra en sentido opuesto á muchos párrocos: practica las virtudes, pero no las prediques mientras fueres joven.

Si ocupares algún puesto distinguido en la corte, cuida sobre todo de conservar tus manos limpias y puras del infame vicio de la corrupción, vicio tan infame, que degrada aun á los otros vicios que puedan acompañarlo. No aceptes presentes ni donativos de ninguna especie; deja que tu carácter bajo este respecto sea transparente sin la menor mácula, porque así como la avaricia es el vicio más vil y degradante en la vida privada, del mismo modo lo es la corrupción en la vida pública. Yo llamo corrupción el tomar cuatro ó seis dineros más, que el justo y señalado salario de un empleo, bajo pretexto de ninguna clase. Usa el poder y crédito que pudieses disentar en la corte en servicio del mérito antes que en el del parentesco, y no procures pensiones ni rentas para tí ni para tu familia, porque yo llamo á esto también, lo que realmente es, una contaminación escandalosa.

Nunca adquieras deudas porque esto no es justo ni prudente; por el contrario vive de tal modo dentro de los límites de tu renta anual, que te quede una suma suficiente para beneficios generosos y caritativos. Da con nobleza al mérito indigente, y no niegues tu caridad aun á los que no tienen más mérito que su miseria. Voltaire expresa mi pensamiento mucho mejor que yo:

*Répandez vos bienfaits avec magnificence,  
Même aux motifs vertueux ne les refusez pas.*

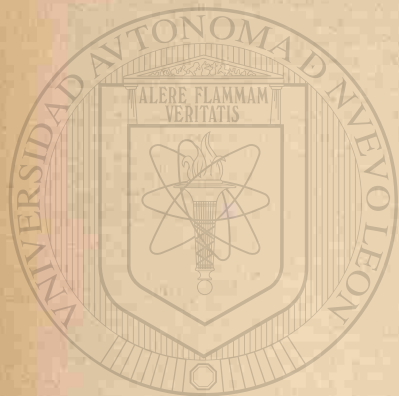
*Ne vous informez pas de leur reconnaissance.  
Il est grand, il est beau, de faire des ingrats.*

Tales desembolsos te harán más honor y te procurarán más placer que la fútil profusión de un lujo á la moda.

Recibirás este escrito de manos del Doctor Dodd cuando regresares de tus viajes, probablemente cuando yo llevaré algún tiempo de estar en la eternidad. Léelo con reflexión y deliberación, como el tierno y postrer testimonio del cariño que te profeso. No contiene los severos y desfallecientes dictados de un pariente anciano, sino los amistosos y sinceros avisos de un allegado, que recuerda haber sido joven él mismo, y conoce la indulgencia debida á la juventud y la inexperiencia. Sí, fui joven, y aun lo fui demasiado. Disipaciones vanas é innumerables indiscreciones, de que ahora cordialmente me arrepiento y avergüenzo, caracterizaron mi juventud. Pero si mis consejos pueden hacerte más juicioso y mejor de lo que yo fui á tu edad, será, así lo espero, una ligera expiación de mis errores.

Dios te bendiga.

CHESTERFIELD.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE

## TROZOS SELECTOS

DE

### LORD CHESTERFIELD

Y DE OTROS CÉLEBRES AUTORES INGLESES

RECOMENDADOS POR AQUEL A SU HIJO

COMO MODELOS DE INVENCION, CLARIDAD Y ELEGANCIA.

VESTIDOS DE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Los romanos acostumbraban decir, *ex pede Herculem*, ó Hércules puede ser conocido por su pie, dando á entender que generalmente puede uno juzgar del todo por la parte. Confieso que yo soy muy propenso á formar juicio de esta manera, y puedo decir, sin pretensiones á rara sagacidad, que muy rara vez me he engañado. Es imposible que deje uno de formarse una opinión de las gentes á primera vista, por su talento y su vestido; y la ropa me ha dado á conocer á menudo, con la mayor certidumbre, si el que la llevaba tenía ó no buen sentido. Los griegos (pues quiero ostentar mi literatura) decían que los vestidos descubren al hombre; y es cierto que entre las cosas insignificantes ninguna hay por la cual las gentes descubran con más certidumbre su propio temple de alma que por los vestidos. En materias de importancia las gentes proceden con mayor precaución, disfrazan la naturaleza y ocultan sus debilidades por medio del arte ó de la imitación; pero en el vestido dan mayor

desabogo á su imaginación; y al declararlo como cosa inmateral, aunque al mismo tiempo no lo crean así, se prometen cuando menos, impunida en sus mayores singularidades y disparatados excesos. Consideraré, pues, en este papel el vestido por ciertas reglas de sentido común, que estrictamente recomiendo para que sean observadas.

Como el vestido es más inmediatamente la incumbencia, por no decir el placer, por no decir el cuidado, por no decir todo el estudio de las damas, ellas serán primero el objeto de mis observaciones; y humildemente les ruego que me concedan su indulgencia, si las reglas que paso á establecer fueren algo contrarias á las que ellas practican. Hay un vestido propio para cada rango, edad y figura, y las personas que no observan esta propiedad, son criminales de traición contra el sentido común. Para prevenir aquel crimen, me viene la idea de colocar en varios puntos de la ciudad cierto número de muñecas vestidas, según conviene á cada rango, edad y figura, lo cual reduciría la materia al mayor grado de precisión posible.

El vestido, para que sea propio, debe ser adaptado á la persona, así como en la escritura el estilo debe corresponder al asunto. Estoy lejos de oponerme á la magnificencia del traje en damas cuyo rango y fortuna lo justifican y permiten; y creo, por el contrario, que es un objeto de lujo útil, y que procura medios de vivir al pobre y al industrioso á costa del rico y del presumido. Tanto desaprobaba yo ver en una mujer de calidad vestidos bajos, como en una ranchera trajes sublimes; y notifico aquí á las profusas mujeres de industriosos mercaderes y de honrados labradores, que todo lo que ellas consiguen vistiendo con superioridad á su clase, es la envidia y odio de sus inferiores y de sus iguales, y el desprecio y ridiculo de sus superiores.

Á las damas de primer rango y hermosura recomiendo la noble simplicidad del traje: su propia persona se sostiene por sí sola, sin necesidad de auxilios prestados ni de ornatos exteriores. La hermosa naturaleza puede ser desfigurada, pero no mejorada por el arte. Yo considero á una mujer hermosa como la obra más perfecta de la naturaleza: su vestido debe ser épico, modesto, noble y enteramente libre de colorines y oropel. Proscribo, pues, todo *conetti* y exuberancia de imaginación, que solamente sirven para disminuir el precio de tan noble persona; y debo hacer justicia á las más hermosas mujeres que yo conozco,

confesando que se visten sin el menor asomo de aquellas extravagancias. El buen sentido de Delia aparece aún en su vestido, que ni lo estudia, ni lo descuida, y observando una decente y modesta conformidad con la moda, evita á la vez la triunfante ostentación de una hermosura sobrecargada de adornos, y la insolente negligencia de la que no duda de su belleza.

En cuanto á las hermosuras menos perfectas, es decir, aquellas que sólo son graciosas, y cuyos encantos nacen más bien de cierto aire, ó cierto *no sé qué* en su composición; que de la dignidad de su figura ó simetría de sus facciones, les permito mayores licencias en sus adornos, porque no siendo su forma de la especie más sublime, pueden ser favorecidas con la elegancia del estilo y la variedad de las imágenes. Por lo tanto, pueden abandonarse á todos los vuelos y fantasías del soneto, del madrigal y demás composiciones menores. Flavia puede servir de modelo de esta especie; sus adornos son su diversión, no su cuidado; brilla con toda la pompa y variadas formas del vestido: la gentileza de su figura autoriza todo el desgarro de la imaginación, y si debe á los adornos un lustre que quizá no tendría sin su socorro, les paga, comunicándoles gracias que tal vez no retirarían de otra persona.

Hay una tercera clase de mujeres que con una perfecta neutralidad de cara no son bonitas ni feas, y lo único que las hace recomendables, es cierta figurilla gentil, viva y picante. Á éstas no puedo concederles un estilo más alto que el del epigrama, que debe ser justo, adecuado y sin adorno, derivando toda su fuerza del aguijón, sin necesidad de que se explique en qué consiste la agudeza.

Habiendo recorrido el importante artículo del vestido, con relación á tres clases de mujeres, á quienes sólo concedo permiso para adornarse, es decir, las hermosas, las graciosas y las pasables, debo agregar que este privilegio es limitado por el sentido común, á cierto número de años, pasados los cuales la mujer no entra en ninguna de las tres clases. Por lo tanto, requiero que al llegar á los treinta años moderen el lustre de su vestido, y al tocar los cuarenta lo apaguen completamente. Y para más obligarlas al cumplimiento de este precepto, les aseguro de la manera más solemne, que con sus vistosos trajes podrán hacerse más ridículas, pero no más interesantes. Una vez llegadas á la latitud de cuarenta, los vicios propicios han calmado; deben, pues, entrar en el primer puerto, y poner de lado la jarcia y el velame.

Llego ahora á un melancólico asunto, sobre el cual temo que mi libre aviso sea mal recibido; pero como en ello se interesa altamente el sentido común, procederé sin pensar en las consecuencias: me refiero á las feas, que componen, siento mucho decirlo, una muy numerosa parte del sexo femenino. Por el mismo amor que les tengo, debo tratarlas con algún rigor, para evitarles, no sólo el ridículo, sino la indignación del público. Sus vestidos no deben elevarse sobre la llana y humilde prosa, y cualquiera esfuerzo para ir más lejos, produce la crítica y la risa burlana. Una mujer fea debe evitar con el mayor cuidado todo adorno que atraiga sobre ella ojos que no pueden quedar contentos, porque si se esfuerza en suplir con colchoncillos y trapos los defectos de su persona, su insolente atentado ofende al prójimo; y cuando una Gorgona riza su cabellera y forma sus culabras de pelo para circular á la ciudad, no tendrá razón de quejarse, si pierde la cabeza y otras cosas por mano de algún vengativo Perseo. Las mujeres feas (de las cuales puede decirse con propiedad, que forman un tercer sexo); deben renunciar toda pretensión personal, y dirigir sus pensamientos por otro camino deben conducirse como caballeros bien criados y bondadosos divertirse en el campo, en la caza, beber alegres vasos de vino, etc., y si pueden figurar como representantes, no me opongo á su entrada en el parlamento. Se me preguntaría quizá, cómo puede una mujer conocer qué es fea, y tomar sus medidas en consecuencia, y respondo: que para no equivocarse, no debe llevarse de sus ojos sino de sus orejas; y si ellas no han escuchado obsequios muy ardientes, pretensiones, galanteos, etc., pueden estar seguras de que su fealdad, y no la severidad de su aspecto, es la que las ha privado de aquella música.

Hay otra especie de mujeres, cuyos diarios insultos al buen sentido, reclaman la más severa corrección, y que pueden ser llamadas pecadoras viejas. Estas son las hermosas sexagenarias, que si fueron ó no fueron hermosas el siglo pasado, deben á lo menos en el presente limitarse al grave y decente vestido que corresponde á sus años. Estas culpables son muy numerosas; testigos de ello son los teatros y lugares públicos en donde manifiestan todos los recursos del arte y del vestido para hacerse completamente ridiculas. Muchas veces he observado yo abuelas y bisabuelas adornadas, como ellas se figuran, con todos los colores del arco iris, á la vez que en realidad aparecían á los ojos de los espectadores, como gusanos destruidos en medio de sus pro-

pios hilos de seda; y aun he visto algunas ostentar sus marchitos pechos arrugados y secos como sus contratos matrimoniales, y que ninguna mano, sino la mano del tiempo, había tocado durante los últimos cuarenta años. Lo más que puedo permitirles, es el extremado aseó, para que no ofendan más sentido que el de la vista; pero en cuanto al vestido, debe ser confiando á la elegia y al *tristibus*.

Lo que se ha dicho respecto del bello sexo, se aplica al sexo masculino con mayores restricciones, pues tales irregularidades son menos perdonables en hombres que en mujeres. Una racional condescendencia con la moda, no hace desmerecer al mejor entendimiento, y una afectada singularidad si lo haría: un exceso más allá de lo que la edad, el rango y el carácter justifican, es una de las peores señales que pueden colgar del cuerpo de un hombre. Yo miro con indulgencia al joven finamente enuadernado y con cortes dorados, y si su instrucción correspondiese con aquellos adornos, mi gusto y aprobación serian ilimitados.

#### PRETENDIDOS HOMBRES DE HONOR.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Muchos atacan las leyes fundamentales de la virtud y de la moral, bajo pretexto de ser inciertas, y para probarlo alegan la diversidad de sus formas en distintos países, y aun en diferentes edades en un mismo país. La moral, dicen ellos, es local, y por consiguiente imaginaria, visto que lo que se practica en un clima como virtud, se condena en otro como vicio; y según ellos la voz de la naturaleza habla tantos idiomas diferentes, cuantas son las naciones esparcidas en el universo.

Los peligros y funestas consecuencias de tal doctrina son muy obvios; pero su falsedad no lo es menos ciertamente; y la opinión más caritativa que uno puede formar de los que la profesan y propágan, es, que confunden la moda y la costumbre con la naturaleza y la razón. Las invariables reglas de la justicia y la moral son las primeras y universales emanaciones de la razón humana, libre de error y de corrupción; y de la misma manera podríamos decir que la enfermedad es el natural estado del cuerpo, como que la injusticia y la inmoralidad forman la natu-

ral situación del alma. Adquirimos las enfermedades del cuerpo por la irregularidad de nuestros apetitos, y las del alma por la suelta que damos á nuestras impetuosas pasiones; pero en ambos casos, la razón, si se consulta, habla un lenguaje diferente.

Admito que las modas y las costumbres establecidas en muchos países, no se hallan fundadas en la razón, y que al contrario muchas veces se opongan á ella; mas en este caso las gentes racionales de estos países las condenan y aborrecen. Las personas de rango y distinción son propiamente llamadas en todos los países gentes de moda, porque en efecto son las que la establecen. En vez de sujetarse ellas á las leyes, consultan sus apetitos y pasiones, y forman de por sí leyes que les convengan; leyes que, aunque no fundadas en la justicia, ni decretadas por la autoridad, prevalecen por lo común con verdadero insulto á la justicia y á la autoridad. Tal es la moda.

Bajo esta luz he considerado frecuentemente la palabra *honor*, según la acepción que la da la moda; acepción muy contraria al honor indicado por la justicia y el sentido común.

El carácter de un hombre de honor, según lo entiende la gente de calidad, es cosa tan singular, que mereció la examinemos; y aunque es más fácil observar aquel carácter que describirlo, me esforzaré en dar á mis lectores una idea de él, ilustrándolo con algunas piezas originales caídas en mis manos oportunamente.

Un hombre de honor es uno que perentoriamente afirma que tiene honor, y que está pronto á levantar la tapa de los sesos á quien se atreva á ponerlo en duda, aunque se funde en pruebas irrefragables. Este hombre es infinitamente superior á todas las restricciones que las leyes del cielo y de la tierra establecen para las almas vulgares, y no conoce más lazos que los del honor, cuya palabra sólo él explica y comenta. Se adhiere estrictamente á un partido político, aunque para nada observe sus principios. Sus gastos deben ser mayores que su renta, no para las necesidades, sino para las superfluidades de la vida, con el fin de que sus deudas puedan hacerle honor, á unquie en su porte asuma ciertos aires altaneros é insolentes, debe suponerse que son el resultado de su íntimo honor. Si es colérico; terco además, y posee una buena dosis de valor animal, adquiere la gloriosa reputación de hombre de honor delicado y sin mancilla; y si todas estas prendas se hallan debidamente condimentadas con los vicios llamados elegantes, el hombre de honor es completo, á pesar de cuanto

puedan decir en contra su mujer, sus hijos, sus criados y los artesanos que lo habilitan.

Tontolínex es considerado como hombre de honor consumado, tal como no se ha visto en esta ni en ninguna edad. Los hombres se muestran orgullosos de su amistad y las mujeres de su protección; el partido á que pertenece, se gloria de contarle como una de sus más fuertes columnas, y su honor se cita como la mejor sanción de los principios políticos que sostiene. Pero ciertas cartas originales que paso á presentar á mis lectores, darán á conocer el brillante carácter de Tontolínex con más claridad que cualquiera otra descripción.

Este sujeto había llevado una vida disipada y gastado en ella una considerable fortuna, principalmente en el juego; y siendo muy delicado en puntos de honor, escribió á su agente la carta que sigue, después de haber corrido mala suerte en una reunión de jugadores.

« Amigo: Anoche tuve una condenada estrella en el juego, y necesito mil pesos antes que concluya la semana: pido á Vd. me los solicite bajo cualquiera condición, porque prefiero ver mis fincas sobrecargadas de hipotecas, que sufrir la menor mancha en mi honor. Por lo que hace á esos ruines artesanos, que no cesan de gritar, romérdelos Vd. cuáles son mis privilegios, y díliera pagarles tanto como fuere posible: quizá lograremos que algunos se arruinen antes que consigan formalizar un proceso. — De Vd. afectísimo. — Tontolínex. — Al Sr. Pelabobos, agente, callejón de los Aparatos N. 5. »

Pero temiendo que los esfuerzos del Sr. Pelabobos no produjesen el deseado efecto, Tontolínex guiado siempre del mismo principio de honor, resolvió adquirir á todo trance la suma que necesitaba, escribiendo la siguiente carta al primer ministro de estado:

« Muy Sr. mío: Ayer me habló en nombre de Vd. D. José Buizo, á fin de asegurar mi voto en el asunto que debe discutirse y tranzarse esta semana en el parlamento; pero como se trata de materia enteramente contraria á mi opinión, no pude darle una contestación explícita, y preferí tomarme algún tiempo para considerarla. Hoy tengo la honra de informar á Vd. que estoy pronto á apoyar este negocio; mas el mismo tiempo debo manifestarle mis esperanzas de que me enviará inmediatamente los dos mil pesos que se me ofrecieron ayer, de los cuales tengo ahora urgente necesidad. Estoy muy persuadido de lo bien que Vd. me

conoce para poner dificultad en el adelanto de este pago, y de que no será Vd. la primera persona que quiera poner en duda el honor, Señor, de este su fiel y humilde servidor. — *Tontolínex.* »

Encuentro otra carta de la misma fecha, escrita á una belleza que parece ser la mujer de su mas íntimo amigo :

« Mi siempre adorada\*\*\* Acabo de recibir la tuya, y siento mucho los temores que te ha inspirado últimamente la conducta de tu marido, aunque yo no crey como tú, que sospeche nuestra inteligencia. Ambos fuimos adanados juntos desde niños, y hemos vivido después en la más estrecha amistad ; así es que primero sospecharía que piensas asesinarlo, que el que le ofendo por el lado que sabes. No se te oculta que á la confianza y seguridad que tiene de mí, soy deudor de toda la felicidad que gozo en tus brazos. Sin embargo, vivo persuadida de que en todo caso te hallas en manos de un hombre de honor, que jamás sufrirá que se te maltrate, y si mi amigo viniere contigo á las demasías puedes estar segura de que le torceré el pescuezo, y con sus mismos cuernos le sacaré las tripas. — *Tu siempre apasionado.* »

La cuarta y última carta es á un amigo que tenía las mismas nociones del honor: á lo menos así lo haría creer el contenido de ella.

« Querido Balitre : — Te ruego veagas inmediatamente para servirme en un negocio de honor. Has de estar en que anoche se me salió una condenada mentira en una tertulia; y un maldito bribón, con la mayor formalidad del mundo, dió á entender que yo era un embustero, con cuyo motivo me acerqué á su oído y le dije que lo esperaba hoy en el bosque de San Jorge, y que viniese acompañado de uno de sus amigos, si es que tiene algún amigo en el mundo. El tal zoquete es indigno de mi resentimiento; pero tú conoces mi delicadeza en puntos en que el honor se halla interesado — Tuyo — *Tontolínex.* »

Estas cartas auténticas demuestran que el Sr. Tontolínex, animado de los más nobles sentimientos de honor, paga todas sus deudas, excepto las justas; cumple escrupulosamente su palabra en la corruptora venta de su conciencia á un ministro; está pronto á proteger, á costa de la vida de su amigo, á la mujer de éste, á la cual logró corromper por las oportunidades que la confianza y amistad del marido le procuraron; y castiga la verdad con muerte cuando íntima justamente que él carece de ella.

Esta persona de refinado honor, satisfecha de su propio mérito y virtud, es el más imperdonable censor de los vicios y de las

debilidades ajenas; y llama bribones, zoquetes, ruines, etc., á todos los que en la corta esfera de sus facultados aspiran á un grado menor de inmoralidad. Un elector campesino que silenciosamente vende su voto por poco dinero, es para nuestro hombre de honor un bribonazo digno de ser colgado. Los artesanos y los mercaderes son para él un hato de embusteros y ladrones, que debían vivir bajo leyes más severas que les impudiesen estar á las personas de primera condición; y los criados son unos brutos, que deben ser maltratados, y no pagarles su salario, á fin de contener su insolencia.

Es imposible imaginarse lo pernicioso que es á la sociedad un ser de esta especie; es admirado y por consiguiente imitado; y no sólo corrompe el círculo de sus amistades, sino que esparrca el contagio al infinito, como los círculos en el agua producen otros, aunque gradualmente menos marcados en proporción que se alejan de la causa que produjo los primeros.

Á tal conducta y tales ejemplos en las gentes de más viso, debe ser imputada en mucha parte la corrupción del pueblo. Y si los ejemplos de las gentes de primer orden tienen tal fuerza, que á veces dignifican el vicio y la inmoralidad, á despecho de todas las leyes divinas y humanas, ¡cuán popular no podrían hacer la virtud, si la ejercitasen, y cuánto no deben censurarse ellas mismas, en sus frios momentos, al considerar que sus fatales ejemplos han descarriado, corrompido y pueden quizá llegar á esclavizar toda una nación!

#### APECTACIONES DE LOS HOMBRES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

La Rochefoucault observa justamente que las gentes nunca son ridiculas por sus verdaderos, sino por sus afectados caracteres. No pueden ellas impedir lo que son; pero sí pueden abandonar el intento de aparecer lo que no son. Una joroba de ninguna manera es ridícula, á menos que no la cubra un lujoso vestido; ni un entendimiento limitado, á menos que no se arrogue el lustre y los atavíos de otro esclarecido. La benevolencia se halla dispuesta á ocultar y compadecer los inevitables defectos de cuerpo y alma; pero no está obligada á tratar con la misma indulgencia, los defectos adquiridos. Los que tratan de aparecer

en el mundo con talentos que no poseen, son tan criminales, en el curso común de la sociedad, como los que comerciando ponen en circulación moneda falsa teniendo por tal, y toca tanto al ridículo censurar á los primeros como á las leyes castigar á los segundos.

No es mi ánimo considerar aquí la afectación de las virtudes morales, afectación que podría llamarse más propiamente hipocresía, vicio que justamente excita nuestra indignación y aborrecimiento, como un engaño criminal; me limito ahora únicamente á la afectación de aquellas prendas menores, que aun sin ellas podría un hombre ser muy estimable, y sólo se hace ridículo porque pretenda poseerlas. Estas gentes son muy dignas, y puede decirse, las únicas dignas de ridículo, porque son superiores á los locos que les son inferiores, é inferiores á los discretos que les son superiores. Estos sujetos son los fatuos, descritos por un sabio, como creados por sí mismos, y de los cuales dice que *Dios jamás crió uno que valga un tomin*. Además, como son rebeldes y traidores al Scañido Común (a) de quien son súbditos por haber nacido en sus dominios, debo con justicia tratarlos con el mayor rigor.

Ni puedo ser yo de la opinión general que estos fatuos comienzan primero por engañarse á sí mismos, y realmente se consideran tales como pretenden ser considerados. Por el contrario, estoy persuadido de que cada hombre se conoce mejor á sí mismo, y es su más severo censor, y aun estoy convencido de que muchos han vivido y muerto con flacos y debilidades, jamás descubiertos sino por ellos mismos. Cierto es que guardaron sobre ellos un secreto inviolable, lo cual hacía creer á los otros que no los tenían. ¿Por qué discernimos las faltas de nuestros amigos más pronto y con más claridad que las de las otras gentes, sino porque nos interesamos más en ellos? Pues por la misma razón conocemos las nuestras aun más pronto; y probablemente en este solo caso somos más bondadosos con nuestros amigos que con nosotros mismos; y yo dudo si un hombre no amaría menos á un amigo sin tacha, y si el mismo no se amaría más, por ser perfecto. Si esta suposición es verdadera, y yo por tal la tengo, los presumidos en cuestión son más criminales y más ridículos, pues viven practicando constantemente la mentira, y alimentando

(a) Nombre del periódico en que se publicó este escrito.

las absurdas y sanguinas esperanzas de pasar sin ser descubiertos.

Fatuo, el presumido más consumado de éstos y de cualquiera otros tiempos, tiene bastante discernimiento para haberse distinguido en cualquiera cosa á que se hubiese dedicado; pero quiere sobresalir en todo. Quiere ser á la vez agudo, amante, literato y hombre de estado; y sin embargo, persuadido de lo imposible de su empresa, divide sus conocimientos, y se contenta con ver admirados en diversos lugares los varios ramos de sus perfecciones.

De aquí nace que habla de política á las mujeres, trata de ser agudo con los ministros de estado, despliega su erudición ante los pisaverdes, y se jacta de sus triunfos amorosos entre los habitantes del campo. Su precaución es una prueba de su crimen, y manifiesta que él mismo no se engaña, y que sólo espera engañar á los otros. Las habilidades de Fatuo le han arruinado, y conducido á una bancarrota de juicio y de sentido común; como muchos han sido arruinados por extensas propiedades cuya conservación requería gastos que ellos no podían soportar.

Pocos son los presumidos que podrían rivalizar con Fatuo; pero hay multitud de otros que son presumidos *quoad hoc*, y que han elegido ciertas perfecciones de que han resuelto ser poseedores á despecho de la resistente naturaleza. Sus tentativas más comunes son referentes al ingenio y al bello sexo, por ser las perfecciones más brillantes entre la gente lucida.

De esta especie es Protervo, que aunque tiene un talento bastante claro, suele pasar por loco, porque quiere brillar como agudo de ingenio. Todo su afán es por distinguirse; admira y anda en pos del esplendor del ingenio, que, como un fuego fatuo, le lleva fuera de camino y le hace cometer mil absurdos. Es petulante y chistoso con torpeza; usa palabras de doble significado; trastoca los conceptos, y relata en una sociedad los dichos que oyó en otra; pero persuadido de su propia insuficiencia, toma precauciones para brillar únicamente en donde espera deslumbrar, y prudentemente huye de los ojos más fuertes. Muchas veces ha visto yo confundida de repente su afectada prontitud, y permanecer en silencio á presencia de alguna persona de mérito reconocido.

Pesado es de una comprensión lenta y laboriosa, tiene buena memoria, y si se aplicase podría ganar dinero en sus negocios; pero á fuerza quiere ser elegante y afortunado con las mujeres. Adornando su tosca figura, la expone al ridículo; hace declara-

ciones de amor con todas las formas de una solemne proclamación, y consume en banquetes y chocarrerías, el tiempo que podía emplear útilmente en su escritorio. Pesado no puede ignorar su mala fortuna; la siente, pero procura engañar al mundo insinuando en una reunión sus triunfos en otra, y dando á entender al oído de algunos concurrentes que hay intimidad entre él y alguna belleza presente. Pero varias veces lo ha visto yo escurrirse al presentarse el verdadero favorito, y manifestar en su semblante la conciencia de su carácter afectado. Sepa pues Pesado, y todos los que se le asemejan, que esta vanidad, además de lo absurdo de ella, las hace cometer un atentado de lo más inmoral; y que esta difamación práctica de una mujer, merece con más razón un proceso jurídico, que las injurias personales pronunciadas en el calor de una controversia.

Gárrulo alimenta esperanzas de ser tenido por orador, aunque carece de materia y de palabras; el improbable trabajo con que roba á otros autores, prueba claramente que él mismo conoce su propia pobreza. Pasa la noche hojeando libros, y al día siguiente da al público sus mercancías robadas como suyas propias, pero de manera tan torpe, que siempre son restituidas á sus verdaderos propietarios.

Bolo, lastrado con todo el plomo de un alemán, quiere distinguirse en la poesía, sin tener oído ni invención: recita lo que él llama sus versos á sus conocimientos femeninos y á sus amigos de colegio; pero nunca los menciona á ninguna celebridad poética.

Perplejo insiste en ser hombre de negocios, y aunque bien formado para portador de cartas, quiere ser escritor de ellas; pero conociendo que sus trabajos no pueden ser útiles ni necesarios, trata de ser tolerado, conformándose implícitamente con los hombres y los tiempos.

En fin, hay tantas especies de afectaciones, como cualidades recomendables en la vida. Sería cuento de nunca acabar el presentar ejemplo de cada vanidad y presunción particular por medio de las cuales los hombres, ó se hacen ridículos, ó á lo menos deprimen las otras cualidades que realmente poseen. La observación de cada uno le procurará bastantes ejemplos de esta especie; ahora trataré de indicar los medios de evitar estos errores; en verdad, son tan obvios, que parecería inútil si uno no experimentase diariamente lo contrario.

Es muy cierto que no hay hombre adecuado para todas las

cosas; pero también lo es que apenas hay un hombre que no sea propio para alguna cosa, á la cual lo inclina la naturaleza. Yo considero que el sentido común viene á ser para el alma lo que la conciencia para el corazón, el monitor constante y fiel de lo que es tuerto ó derecho; y estoy convenido de que ningún hombre comete un crimen ó una necesidad, sin manifestas y sensibles representaciones del uno y de la otra. Cada hombre encuentra en sí mismo, sea por efecto de la naturaleza ó de la educación, porque esto apenas puede distinguirse, una inclinación peculiar á tal ó cual ocupación; luchar contra ella, es el inútil é interminable trabajo de Sísifo. Que siga y cultive aquella vocación, y progresará en ella; á la vez que si la abandona no se distinguirá en nada y se hará ridículo. Los hombres en general no son tan indulgentes ni benévolos para salvar una ciudad por sólo el amor de cinco justos; pero se sienten muy inclinados á condenar á muchos justos por el amor de pocos criminales. Un hombre fácilmente echa á pique muchas virtudes con el peso de una locura; pero apenas será capaz de proteger muchas locuras con la fuerza de una virtud. Los comediantes que aprenden sus papeles de memoria, y deben simular durante tres ó cuatro horas, consideran, al elegir aquellos papeles, la propensión natural de su genio. ¿Cómo puede concebir un hombre esperanzas de representar bien, durante toda su vida, un papel mal apropiado á su carácter? Yo admiro á nuestros industriosos vecinos los alemanes, por muchas cosas; pero principalmente por su constante adherencia á la voz de la naturaleza: siempre transitan por el camino que aquella les ha trazado, y nunca emprenden cosas opuestas á su genio.

Concluyo amonestando á todos los presumidos que si abandonan sus afectaciones, el *Sentido Común* será su amigo; pero de lo contrario, irá mas lejos, señalando al público, de cuando en cuando, algunos de los culpables más osados.

#### APECTACIONES DE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

Habiendo censurado libremente las afectaciones y locuras de mi propio sexo, me lisonjeo que las señoras me concederán su



indulgencia, mientras considero, con la misma imparcialidad, las vanidades y defectos á que su sexo se halla también sujeto, y, si me atrevo á decirlo, aun más que el nuestro; porque su esfera de acción es más limitada y circunscrita. La esfera del hombre es universal, y comprende todas las cosas, desde el cultivo de la tierra hasta el gobierno de ella. Los hombres sólo adquieran el carácter de presumidos, por aparentar talentos que no les concedió la naturaleza; pero el caso es muy diferente entre las mujeres, porque hay muchos dolos que no son propios de su sexo, y por consiguiente puede haber dos especies de mujeres presumidas; las que afectan lo que les es propio, y las que salen de sus caracteres naturales, aunque en cosas peculiares á su sexo.

Sentiría yo mucho ofender, cuando sólo intento aconsejar y corregir. Espero sin embargo, que el bello sexo me perdonará, dando al nuestro la preferencia de los consejos. Reflexionen pues, que cada sexo tiene sus señales características, y que si las mujeres infaman justamente á un hombre llamándolo *maricón* cuando se entromete en ciertas ocupaciones mujerieles, ¿no podremos nosotros con igual justicia, llamarlas á ellas *marimachos* cuando adoptan caracteres propios del sexo masculino? La delicadeza de su complexión y la fuerza de la nuestra, la belleza de su forma y la torpeza masculina, indican suficientemente las respectivas vocaciones. ¿No fué Hércules ridículo y despreciable con su *ruca*? La misma Ontale no lo habría sido menos si se hubiese pnesto á pasar una revista militar, ó á presidir un consejo de estado. Las mujeres no han sido formadas para cargos importantes, sino para complacer y aliviar á los hombres: su ternura es una recompensa muy propia por todos los trabajos que sufrimos en obsequio de ellas.

Agripina, nacida con talento y disposiciones que cuando menos podrían haberla constituido para llevar las cuentas de un usurero, pretende hallarse adornada de todas las prendas que jamás poseyó hombre ni mujer ninguna, sin tener la ciencia de ninguna de ellas. Quiere aparecer erudita, y sin conocer las materias á fondo, sabe lo preciso para hablar disparates sobre ellas. Tiene altas pretensiones de poseer el arte de agradar; pero yerra tanto en los medios, que su lisonja es muy grosera para ser tragada por la persona más poseída de amor propio. Sus mentiras son tan palpables, que si por un momento logra engañar, y así disgusta en vez de ganar los corazones. Embustes bajos, artifi-

cios superficiales, perfidias y faltas de fe, constituyen su erróneo sistema de conducta. Trata de aparecer generosa á costa de bagatelas, á la vez que su rapacidad, indiscreta y descuidada, descubre su natural é insucriable codicia. Equivocando de esta manera las perfecciones que ella desearia poseer, y aun los medios de adquirirlas, se hace la más ridícula en vez de la más perfecta de su sexo.

Eudógia, la mujer más frívola del mundo, condena á su propio sexo tratándolo de frívolo y vano: desprecia la agradable ligereza y la alegría de las reuniones de ambos sexos; la seriedad es lo que le conviene, y quiere ser seria; intima enfáticamente que la razón y el buen sentido son para ella cosas muy apreciables. Jamás se mezcla Eudógia en la conversacion general, sino que separa á un hombre, que ella juzga digno de susensata conversacion, y quedo, ó á media voz, le habla al oído de sus sólidas bagatelas; insiste particularmente sobre las circunstancias más insignificantes y tontas de la principal tontera, que ella procura demostrar con inclinaciones adecuadas del cuerpo y de la cabeza y con los movimientos más expresivos del abanico, confesando modestamente de vez en cuando, á modo de paréntesis, que acaso podrá parecer presuntuoso que una mujer hable de todas aquellas materias. Entretanto su infortunado oyente sofoca mil bozozos; conviene en general en todo lo que ella dice, con la esperanza de acertar en la conversacion, y cuidadosamente espía la primera oportunidad favorable que pueda presentarle algún movimiento de los concurrentes, para escaparse de aquel sensato y sólido entendimiento. Abandonada de este modo, pero no desanimada, toma por turno á todas las personas de la sociedad, y con cada una tiene un cuchicheo de igual naturaleza. Si Eudógia pudiese contentarse con sus talentos naturales, jugar á los naipes, servir los refrescos, hacer visitas, hablar mucho á su perrito, y moderadamente á la sociedad, no sería ridícula, y comparecería bastante bien entre el mundo cortes.

Sidaria tuvo bastante belleza para habérselo perdonado, mientras fue joven, su falta de sentido común; pero desprecio los fortuitos y precarios triunfos de la hermosura, y sólo quería hacer conquistas por medio de los encantos de su alma. Una unión de corazones, una delicadeza de sentimientos, una adoracion mental, una especie de tierno quietismo, fueron las cosas que ella solicitó sin encontrarlas nunca. De esta manera luchó la naturaleza con el sentimiento, hasta que Sidaria llegó á los coa-

renta y cinco años; pero entonces sacó todo el provecho, porque hizo muy ventajosas propuestas de matrimonio á un joven irlandés abanderado, de veintún años. Fué pues igualmente ridícula en su mocedad y en su vejez.

Canidia, marchitada por la edad y cascada por las enfermedades, bambolea con el peso de sus mal colocados adornos, y cambia sus vestidos según las últimas modas llegadas de Paris, en vez de conformarse, como debía, con las adoptadas á su edad. Su alma, tan débil como su cuerpo, se halla nutrida de necesidades: habla de política y de metafísica, destroza los términos técnicos de una y otra, y si hay algún buen sentido en lo que dice infaliblemente se embrolla. Aumentando enredos á la política y obscuridad á los misterios, se hace igualmente ridícula en este mundo y en el otro.

No entraré ahora en el examen de las afectaciones pequeñas, muchas de las cuales son perdonables, y muchas graciosas, si las que las ejercen lo son también; sino que limitaré mi censura á las afectaciones de caracteres mal adoptados, porque de ninguna manera querría yo privar al bello sexo de sus vapores, miedos, antipatías y aficiones. Los variados pánicos de ladrones, arañas, fantasmas y rayos, son admisibles á la juventud y la belleza, con tal de que no les sobrevivan. Lo que yo les recomiendo es que no adopten caracteres ajenos, y que se persuadan que aun sus propias imperfecciones les caerán mejor que las afectadas perfecciones de otros.

¿No podría alguna dama animosa, injustamente ofendida con estas reflexiones, preguntarme, qué parte dejó á su sexo? Le dejo todo lo que no ha sido peculiarmente asignado al nuestro. Le dejo un imperio poderoso, el del Amor. Allí domina con poder legal y absoluto, mientras la belleza soporta su trono; las damas tienen todos los talentos requeridos para aquel suyo imperio, y el más capaz de nuestro sexo no puede competir con ellas en el profundo conocimiento y manejo de aquellos *arcanos*. Pero entonces, las que hayan sido depuestas por los años ó por algunos incidentes ó las que nunca fueron calificadas por la naturaleza para reinar, deben contentarse con el cuidado silencioso y la economía de sus familias, y con el diligente desempeño de sus deberes domésticos.

Yo considero el fabuloso nacimiento de Minerva, diosa de la guerra, de la sabiduría, de las artes y de las ciencias, como una alegoría de los antiguos, calculada para manifestar que las mu-

jes de nacimiento natural y común no deben aspirar á tales perfecciones. Minerva salió armada de la cabeza de Júpiter, sin la cooperación de su consorte Juno; y sólo por esta circunstancia le fueron concedidos aquellos dones.

Confieso haber leído que algunas mujeres, tales como Semiramis, Thalestris y otras, hicieron ruido en el mundo por haberse distinguido en acciones heroicas y varoniles; pero considerando la grande antigüedad de aquellas historias, y lo muy mezcladas que se hallan de fábulas, se mira uno autorizado á dudar ó los hechos ó el sexo. Además de esto, el ingeniosísimo y erudito Wolfgang de Sajonia, ha probado hasta la demostración, en su tratado *De Hermaphroditis*, que todas las famosas heroínas de la antigüedad fueron del género epiceno, aunque por respeto y consideración á la modesta y bella parte de mis lectores, no me atrevo á citar los diferentes hechos y racionales en que apoya esta aserción. En cuanto á las heroínas de moderna fecha, tenemos también sospechas de que pertenecieron al mencionado género. El mayor monarca que, hasta estos últimos tiempos, ha ocupado el trono de Inglaterra, es la reina Elizabeth; de cuyo sexo tenemos abundantes razones para dudar, visto que la historia nos presenta multitud de ejemplos de la virilidad de aquella princesa, sin dejarnos un solo sintoma ó indicio de haber sido mujer; y esto parece tan fundado, que nunca creyó ella conveniente casarse con un hombre. La gran Cristina, reina de Suecia, fué considerada por todo el mundo como superior á su sexo, y predominaba tanto lo masculino en su composición, que al último se conformó con los vestidos de hombre, y terminó sus días en Italia. Por lo tanto, requiero que las mujeres que insistan en traspasar los límites señalados á su sexo, se declaren previamente y en toda forma hermaphroditas, y que sean registradas como tales en sus respectivas parroquias; mientras esto no sea, no permitiré que aumenten enredos á la política; que confundan la metafísica, ni que oscurezcan los misterios.

¿Cuán amable podía ser una mujer, qué consuelo y placer para sus conocidos, sus amigos, sus parientes, su amante ó su marido, si permaneciese estrictamente dentro de los límites de su carácter! El carácter natural adorna las virtudes femeninas con femenina dulzura. Las mujeres, cuando se miran libres de afectación, tienen una alma naturalmente alegre, un corazón tierno y benigno, que justamente nos las hacen más queridas, tanto porque animan nuestros goces, como porque disminuyen nuestras

penas; pero; qué diferentes y chocantes aparecen cuando la rabia de la ambición, ó el orgullo de la ciencia, agita aquellos pechos en que sólo debía habitar el amor, la amistad y los cuidados tiernos! Flavia debe ser su modelo, que aunque podría sostener con lucimiento cualquiera calidad, no afecta ninguna; jamás se deja seducir por la imaginación ni la vanidad, sino sólo se guía por la razón; todo cuanto dice ó hace, es el resultado patente de su buen natural y feliz entendimiento: aunque conoce todo lo que las mujeres deben conocer, y aun más de lo que les es obligatorio, oculta su superioridad con tanto cuidado, como otras en presumir cualidades que no tienen. Flavia se conforma con el tono de la sociedad en que se encuentra; pero de un modo que manifiesta un deseo de no brillar en primer lugar. ¿Están los concurrentes alegres? Ella lo está. ¿Se manifiestan graves? Ella permanece seria. ¿Dicen disparates? Ella guarda silencio. Aunque piense y hable como podría hacerlo un hombre, afemina, por decirlo así, todo lo que dice, y comunica todas las gracias de su sexo á toda la fuerza del nuestro. Se muestra urbana sin las incómodas ceremonias ni las formas frívolas de las que sólo afectan ser como ella. Como su urbanidad procede á la vez de su buen natural y de su buen sentido, la primera lo inclina á agradar, y el segundo le indica el medio mejor y más fácil de lograrlo. La belleza en las mujeres, como el ingenio en los hombres, son en lo general fatales á sus propietarios, á menos que ambas cualidades no sean dirigidas por un juicio que rara vez las acompaña en gran grado. La belleza de Flavia parece que sólo es la habitación más propia y decente de tal alma; conoce el valor de su hermosura, y lejos de pensar que ella le da derecho para ser impertinente y coqueta, redobra su atención á fin de evitar aquellos errores que la siguen habitualmente. De esta manera reúne Flavia, no sólo las ventajas de cuerpo y alma, sino que reconcilia las contradicciones de las otras, porque es amada y estimada al paso que envidiada por todas.

### DIRECCIÓN GENERAL DE COSTUMBRE DE PINTARSE LAS MUJERES.

(Versión del inglés de Chesterfield.)

El interés y cariño con que veo al bello sexo me hacen observar su conducta con una especie de vigilancia paternal. Sinceramente

deseo aprobar, pero al mismo tiempo estoy resuelto por su propio bien, á prevenir y reprender, siempre que lo considerare necesario. No permitiré, en cuanto dependiere de mí, que los errores de su alma degraden el hermoso edificio que ella habita, ni consentiré por otra parte, quieta y silenciosamente, que la afectación y abuso de su persona, refleje ridiculo y desprecio sobre su entendimiento.

La belleza natural y sin arte es la más seductora de las bellezas. Los poetas han celebrado las azucenas y las rosas, los claveles y jazmines que brillan en las mejillas y gargantas de las hermosas, y los pintores se han esmerado, aunque en vano, para imitarlas; la bella naturaleza se ha burlado de todo su arte. Pero ahora se me ha informado, por personas fidedignas y sagaces, y en verdad que yo también he observado muchos ejemplos de ello, que gran número de estos originales inestimables, por una extraña inversión de cosas, desmienten á los poetas y copian servilmente á los pintores, degradándose y disfrazándose en peores copias de malas copias de sí mismas; y aun se susurra en la ciudad que un excelente artista, se negó últimamente á retratar á cierta dama, alegando que nunca copia las obras de otro, sino las del Altísimo.

Me ha costado infinito trabajo informarme yo mismo de la propagación del crimen nefando de pintarse, y siento decir que lo he encontrado de lo más epidémico. La generalidad de las mujeres de moda, emplean la cascarrilla ó estuco de Paris, que viene á ser lo mismo que un polvo de yeso superfino, sumamente vidrioso, que no requiere renovarse diariamente, y con algunos reparos accidentales, dura tanto como los bucles ó rizos de su cabello, y soporta bastante bien un estrogon. Sobre este blanqueo se aplican el carmin, en el cual hay mercurio, cuyo continuado uso, alija el tejido de la epidermis, para no volver jamás á consolidarse. En cuanto al eminente y divino polvo de perla, con el exquisito barniz para fijarlo, no es nada común, y se halla reservado para las elegantes, no sólo de primer rango, sino de fortuna colosal, siendo tan costoso, que pocas bolsas pueden procurárselo. Quizá el mismo número de perlas enteras, sería más aceptable á algunos amantes, que en polvo de la cara de la dama.

Paso ahora á desengañar á las bellas de un error, que aunque muy grosero, lo acogen ellas con anhelo. Se lisonjean de que este artificio no se puede descubrir ó distinguir del color natural; pero les ruego me permitan asegurarles, que por bien preparado

que sea el color, y por más experimentada que sea la mano que lo aplique, lo distingue inmediatamente el ojo á distancia considerable, y la nariz á más corto trecho; y yo of quejarse el otro día en un café, al capitán Oseulato, de que cuando este color se calienta sobre el rostro tiene un sabor nauseabundo; de modo que, ofensivo á la vista, al olfato y al gusto, es probable que no incite mucho á otro de los sentidos.

Hablando últimamente de este asunto con un amigo, me dijo que en su opinión, una mujer que se pinta, da al público una fianza de su castidad, fortificándose con una muralla que ningún hombre deseará batiir ni escalar; pero confieso que no conviene con él en cuanto al motivo, pero sí en cuanto á las consecuencias, porque estoy convencido de que las pintadas pierden su tiempo, su dinero y su trabajo. He observado que muchos de los sagaces propietarios que alquilan alojamientos, blanquean y pintan las fachadas de sus casas para seducir los ojos y atraerse inquilinos. Hablando la verdad, no puedo menos de sospechar que este es el real motivo de las mujeres que se pintan; pero ¡ay! sus reparos exteriores no tentarán á ningún hombre á investigar su interior. Los casos son muy diferentes: en el primero los reparos adornan y preservan, y en el segundo disgustan y destruyen.

Con el fin, pues, de contener eficazmente esta enormidad, y conservar en cuanto me es dado las encarnaciones naturales de mis amadas compatriotas, les notifiqué que si dentro de un mes, contado desde esta fecha, tiempo que concedo para el consumo de las provisiones ya compradas, recibiere yo de mis numerosos espías, testimonios auténticos de esta adulteración de las obras más bellas de la naturaleza, estoy resuelto á publicar en letras mayúsculas los nombres y apellidos de las delinquentes. Tal vez esta medida parecerá muy osada á primera vista, y que se harán contra mí acusaciones de escándalo y difamación; pero yo procedo bajo seguro, porque antes de decidirme á hacerlo, quise informarme de las circunstancias peores que podrían resultarme, y consulté con un eminente jurisperito, antiguo amigo mío, cuya opinión paso fielmente á relatar.

Quando le hubé expuesto el caso, con toda la claridad que fue posible, se frotó la barba durante un rato, se mondó las narices y tosó tres veces para darme el mejor parecer. Publicando los nombres y apellidos en el *Mundo*, me dijo, concebo humildemente que evita Vd. todas las pesadas consecuencias de las insinuaciones oblicuas. Pero si no me equivoco, lo que quiere Vd. saber es,

si podrá verse sujeto á cualquier otro proceso ó procesos, que por no ser prolijo, no quiero ahora enumerar. Por lo que de pronto me ocurre, sin consultar mis libros, entiendo que ningún proceso puede intentarse á Vd.; por el contrario, me parece y aun afirmo bajo mi responsabilidad, que puede Vd. proceder sin ningún temor contra estas criminales, nombre que me atrevo á darles, ya sea acusándolas en forma ante los tribunales, ó ya denunciándolas al público, puesto que el crimen es de una naturaleza pública y atroz. No sólo hay en él la *suppressio veri*, que es altamente penal, sino también el *crimen falsi*. Yo preferiría fundar la acusación en la ley de falsificaciones, porque sostengo que es una falsificación. Bien sabe Vd. que el hecho será examinado por el jurado, que en su mitad se compondrá sin duda de albañiles revocadores, de modo que la falsificación será des cubierta incontestablemente.

Luego que concluyó mi amigo, le supliqué excusase le hubiese yo interrumpido en medio de sus multiplicadas atenciones, añadiendo que estaba enteramente satisfecho y convencido. Quando le di la mano para despedirme, meti en la saya media onza que tomé por costumbre, pero pronto me la devolvió en consideración sin duda, á nuestra antigua amistad.

Creo que esto será suficiente para que las que se sientan culpables, consideren seriamente el peligro que corren; aunque tal vez por mi natural lenidad, no procederé contra ellas con todo el rigor de la ley. Me contentaré, pues, con publicar todos sus nombres y apellidos como llevo dicho; pero puede ser que otros no tengan la misma indulgencia, y la ley reina para todos.

Concluíre este papel con una ó dos palabras de consejo serio á todos mis lectores de ambos sexos. Sigamos á la naturaleza, guía fiel y veraz, y guardémonos contra las lisonjeras ilusiones del arte. La naturaleza puede ser socorrida, y por decirlo así mejorada; pero nunca forzada ni cambiada. Todas las tentativas directas para contrariarla son seguidas de ridiculez y muchas de crimen. La mujer á quien la naturaleza no ha hecho hermosa, en vano procura serlo por medio del arte, así como el hombre á quien la naturaleza ha negado ingenio se hace ridículo afectándolo: ámbos destruyen su propio intento y se ballan en el caso del valcudinario, que crea ó aumenta sus males con los remedios, y muere de su desordenado deseo de vivir.

La carta siguiente apareció en un subsecuente número del *Mundo*:

SEÑOR REDACTOR.

He leído con gran seriedad y atención lo que dice Vd. en uno de sus últimos ensayos, contra la costumbre de pintarse; y ha hecho en mi alma tal impresión, que en el instante mismo arrojaría yo los claveles y jasmínes que he comprado, y me contentaría con la cutis con que plugo á la naturaleza cubrir mi cara, si no fuese por una consideración de la mayor importancia, y es, que dentro de pocos días debo casarme con un caballero de bienes de fortuna muy superiores á todas las esperanzas que podría yo haber alimentado en mi natural palidez, y que conozco ha sido atraído principalmente por la frescura y colores de mi rostro; pero puede Vd. contar con que no volveré á pintarme un mes después de mi casamiento. Ruego á Vd. Señor Redactor, no sea severo conmigo aplicándome la ley con que amenaza á las culpables endurecidas. No puedo creer sea Vd. tan cruel que quiera privar á una novia de la felicidad de la luna de miel. Quizá pasada esta época, será cosa indiferente á mi marido que sea yo morena á rubia, pero aunque no sea así, un cambio de cutis no es materia de divorcio, por las leyes antiguas ni por las modernas.

Soy de Vd., etc. — *Carmen Pintoja.*

## VIAJE CÓMICO DE UNA FAMILIA INGLESA Á PARÍS.

(Carta que bajo las iniciales R. D. dirigió Lord Chesterfield al Redactor del Mundo de Londres.)

SEÑOR REDACTOR.

Considero á Vd. como un suplemento á la ley de la tierra, y entiendo que la autoridad de Vd. comienza en donde termina el poder de la ley. Esta fué hecha para impedir el progreso de los crímenes con el castigo de ellos, y el periódico de Vd. parece calculado para contener las locuras exponiéndolas al ridículo. ¡Ojalá sea Vd. en el último más afortunado de lo que es la ley en lo primero!

Bajo este principio paso á imponer á Vd. de mi asunto. Aunque pueda parecer ridículo á muchos lectores del *Mundo*, aseguro á Vd., señor redactor, que el caso es para mí muy serio, á pesar

del maligno consuelo que pueda yo sentir, viendo que mi mal ha llegado á ser común.

Soy hombre de mediana fortuna; vivo la mayor parte del año en la ciudad, y el resto en alguna de mis propiedades rurales. Me casé con arreglo á mis circunstancias. Mi mujer no carecía de fortuna, belleza, ni entendimiento. Discreción y buen humor de su parte, y bondad y suaves maneras de la mía, contribuyeron á que viviésemos agradablemente durante diez y ocho años. Un hijo y una hija han sido nuestra única prole, y los educamos según la costumbre. Mi hija aprendió algo de francés y de baile, y mi hijo pasó nueve años en el colegio para aprender las palabras de los idiomas muertos hace siglos, y todavía no resucitados á medias. Cuando lo saqué del colegio resolví enviarlo fuera del país. Mi mujer aprobó la idea, pero agregó una propuesta en que mostré mucha solicitud. Querido, me dijo, creo que tienes razón de enviar á Jorge fuera del país, porque á mí me gusta la educación extranjera, aunque me priva de ver al muchacho por largo tiempo; pero ya que su ausencia debe durar tanto, ¿por qué no aprovecharíamos la oportunidad de acompañarlo solamente hasta París? El camino equivale á nada; un poco más lejos que nuestra casa de campo en el Norte; de este modo economizaremos dinero, porque todo es más barato en Francia. El viaje formará á la muchacha, que ya tiene edad para ello; un par de meses con un buen maestro de francés y otro de baile, la perfeccionarán en ambas cosas, y le darán el aire y las maneras que la favorecerán en estos tiempos tan escasos de maridos, especialmente para jóvenes de poca fortuna. Varias amigas mías, que últimamente han ido á dar una vuelta á París, creen que seguramente aprovecharemos esta ocasión de ir allí. Además, querido, como ni tú ni yo hemos salido nunca del país, esta pequeña excursión nos divertirá y nos mejorará, porque es la cosa más fácil del mundo introducirse en las mejores sociedades de París.

Apenas había mi mujer terminado su discurso que fácilmente conocí era estudiado, cuando mi hija empleó su corta elocuencia para apoyar la propuesta de su madre. Sí, querido papacito, me dijo, vamos con Jorge á París, será la cosa más linda del mundo: veremos todas las modas nuevas y aprenderé á bailar con Marcelo; en fin, después del viaje seré enteramente otra criatura. Ya Vd. ha visto cuánto mejoró mi prima Lola con su viaje á París el año pasado; apenas la conocía yo cuando regresó. Sí, papá, vamos.

Esta propuesta me pareció desde luego disparatada y llena de

inconvenientes, aunque no tanto como había creído antes. Sin embargo, conociendo que la contradicción abierta, aunque sostenida con los mejores argumentos, no era el medio más adecuado para convencer á una mujer controvertista, aparenté indecisión, y me contenté con decir que á primera vista no veía yo las ventajas que ella me había enumerado y sí muchos inconvenientes; que yo no había observado muchos hombres de mi edad muy mejorados con sus viajes; pero si había visto últimamente muchas mujeres de la de ella, hacerse ridículas con los suyos; y que en cuanto á mi hija, como no poseía grande fortuna, no veía yo necesidad de que fuese de gran tono. Pues por esa misma razón, papá, dijo mi hija, debo ser de gran tono. La elegancia equivale muchas veces á tener fortuna, y yo he conocido varias mujeres, cuyo garbo, vestido y otras prendas les han valido de dote. No, ya se ve, dijo mi mujer, la muchacha tiene razón; y si con su figura adquirir un poco de desembarazo en sus maneras, no sé por qué no podría esperar razonablemente casarse tan bien como la señorita Corrécalles, ó las dos señoritas Donaires, que ninguna de ellas tenía rico dote. Por todo esto conocí que el ataque era concertado, y que ambas se hallaban fuertemente infectadas de la epidemia de emigrar, que últimamente ha reinado en Inglaterra, y lleva todos los años á París, multitud de familias; á caer allí en ridículo como inglesas, y á su regreso aquí como francesas; de manera que se me ha asegurado que los franceses llaman á los emigrantes de ingleses que en cierto modo recorren la Francia, una segunda invasión de godós y de vándalos.

Procuré en lo que pude, evitar la locura que me amagaba, con retardos y persuasiones suaves, pero en vano; los ataques cayeron sobre mi diariamente, reforzados á veces con lágrimas. Por fin, cedí, llevado de mi buen natural, á las importunaciones de una mujer y una hija queridas; sin que haga yo mención del deseo de conservar la paz doméstica, que es, con más frecuencia de lo que confesamos, el verdadero motivo de muchas cosas, que hacemos ó omitimos.

Una vez arrancado mi consentimiento, comencé la urgencia de la marcha. El viaje no necesitaba preparativos: todo debíamos encontrarlo en Francia. Mi hija que hablaba algo de francés, y el ayo de mi hijo que era suizo; debían ser nuestros intérpretes en el camino; y cuando llegásemos á París uno ó dos criados franceses allanarían todas las cosas.

Pero como si la Providencia hubiese querido castigar nuestra

locura, el camino fué una serie de calamidades. Apenas nos habíamos alejado una legua de Dover, cuando se declaró una violenta tempestad, en la que por poco perecemos. Nada podía igualar nuestros temores sino nuestro mareo, que quizá los disminuyó. Por último, logramos desembarcar en Calais, en donde la aduana inexorable nos despojó de la mitad de lo que llevábamos. Paso en silencio las contrariedades de nuestro viaje de Calais á París. En esta ciudad encontramos el alojamiento que nos había preparado nuestro banquero. Aquí comienza la grande escena. Mi mujer y mi hija que se habían desalentado bastante con nuestros trabajos, recobraron todo su espíritu, y se mostraban de lo más impacientes para consultar con los artesanos, cuando por fortuna, nuestro banquero y su mujer, informados de nuestra llegada, vinieron á visitarnos. El bondadoso banquero me traía quinientas libras esterlinas, asegurándome que bastaban para nuestra primera instalación, como él la llamó, al mismo tiempo que su mujer indicaba á la mía el medio más corto de gastar tres veces más. Yo le contesté que esperaba que aquella cantidad bastaría para todo nuestro viaje; pero él me contestó firmemente. No, señor, ni seis veces otro tanto, si es que Vd. se propone, como no lo dudo, comparecer aquí *honnêtement*. Esto, lo confieso, me asustó mucho, y dije á mi mujer: ¿has oído? Si, me contestó; pero ahora que nos hallamos aquí no hay remedio; á bien que sólo es por una vez, en ocasión extraordinaria, y uno no querría aparecer entre extranjeros como un estropajo. Ninguna respuesta di á este sólido raciocinio; pero resolví en mí alma acortar nuestra morada y disminuir nuestras locuras todo lo posible. Mi banquero, después de haberse encargado el mismo de procurarme un coche y un lacayo, nos invitó á comer el día siguiente en su casa, asegurándonos que no encontraríamos en ella mala compañía. Debía conducirnos con mi hijo á ver los monumentos públicos antes de comer; y su mujer venir á buscar á la mía y á mi hija para llevarlas á los almacenes de más fama para que se equipasen *honnêtement*. La siguiente mañana me divertí bastante viendo varias cosas, mientras que mi mujer y mi hija se divertieron mejor preparándose para ser vistas, hasta que nos reunimos en casa de nuestro banquero, que, como ejemplo de la brillante compañía que nos había anunciado, nos presentó al doctor Faceto y al capitán retirado Tragaldabas, irlandeses; á los Sres. Drognero y Conspirante, escoceses fugitivos, y á un joven también escocés, llamada Cortejo, que estudiaba obs-

tetricia en el *Hotel-Dieu*. Cierta es que lamentó que el Sr. Beberón y el Sr. Copallena, con sus familias, que había invitado á comer con nosotros, se hubiesen visto desgraciadamente comprometidos á ir á gustar el aguardiente de Neully. A pesar de lo indiferente que suena esta compañía, y de que habríamos sentido tenerla en Inglaterra, aseguro á Vd., Señor Redactor, que fué la mejor que tuvimos mientras permanecimos en París.

Omitiré muchas circunstancias que me inquietaron, aunque podrían dar que reír á los lectores del *Mundo*, con el fin de llegar á las más substanciales.

A los tres días los diversos artesanos encargados de disfrazar á mi mujer y á mi hija, trajeron las respectivas partes de esta transformación. Toda la mañana y parte de la tarde se empleó en esta maniobra, de modo que la comida se sirvió muy tarde. Cuando mi mujer y mi hija vinieron por fin al comedor, en donde había yo esperádolas dos horas por lo ménos, me hizo tal impresión su cambio, que no pude ocultar ni expresar mi asombro. Ahora, querido, me dijo mi mujer, podemos presentarlos un poco como cristianos; y como cómicos de la legua, le contesté, porque así he visto en las ferias á la respetable Sisigambis y al amado Parisatis. Eso no puede ser serio. — Cuenta con que es muy serio, replicó mi mujer, y te ruego me digas qué ves en ello de ridículo. No hay tales Sisigambis ni Parisatis; Isabel sólo tiene diez y seis años, y bien sabes que la tuve á los veinticuatro. Como vi que el nombre de Sisigambis, que lleva consigo la idea de los años, ofendía á mi mujer, dejé de lado el paralelo, y dirigiéndome á ambas, les dije que notaba de que en París había un pintor que usaba colores más vivos que Rigault, aunque estaba lejos de retratar como éste, porque apenas podía yo adivinar que fuesen ellas retratos de sí mismas. A esto contestaron ambas á la vez que el carmín no era pintura; que ningún color en el mundo era fardo, sino el blanco, del cual protestaron que no tenían ninguno. Pero ¿qué le parece á Vd. mi *pompon*, papá? dijo mi hija; ¿no es verdad que es muy precioso? me gusta más que el de mamá. Puede ser así hija mía, le contesté, porque ignoro cuál parte de tu trapería es el *pompon*. Esto, papá, contestó la muchacha llevando su mano á la cabeza y mostrándome en medio de su cabellera una complicación de retacitos de terciopelo, plumas, listones y florecitas de canutillo, colocado todo oblicuamente. Pero; ¿qué has hecho con tu cabello, criatura! le dije, ¿es azul? ¿Es también pintado por la misma mano eminente

que encarnó tus mejillas? De veras, papá, contestó la muchacha, no ha habido ninguna pintura; lo que da á mi cabello este tinte azulado es el polvo que siempre produce el mismo efecto en los cabellos oscuros como los míos, y lo que da la tez divinamente. ¡Polvo gris! niña, le dije con sorpresa. Yo sabía que los cabellos canos eran venerables, pero ignoraba hasta este momento que fuesen elegantes. Mucho que sí, en ciertos cutis, respondió mi mujer; yo no lo uso porque no me va. Tienes razón, le contesté, de no jugar con instrumentos cortantes: déjasele á la muchacha. Esto, que quizá dije con precipitación y parecía ser la segunda parte de la Sisigambis, no fué tomado bondadosamente. Mi mujer guardó silencio en la mesa, y yo la creía, pero me engañé, avergonzada. Mi hija, loca con sus vestidos y sus diez y seis años, habló como una cotorra, hasta que llegó el deseado momento de la ópera, que nos separó y me dejó tiempo para reflexionar en las extravagancias que había yo visto, y las mayores que tenía y oración de temer.

Desde este periodo hasta el momento de regresar á Inglaterra, cada día produjo alguna nueva y vistosa locura, y algunos gastos disparatados. ¡Ojalá y éstos hubiesen cesado como comenzaron, con nuestro viaje! pero desgraciadamente los hemos importado. Ya no me entiendo, ni soy entendido en mi familia; no oigo hablar más que de gran tono. Un lacayo francés, que se me dice es muy bueno y propio para todo, vino con nosotros para rizar el pelo á mi mujer, preparar un buen postre, y en caso necesario anunciar las visitas; una joven francesa, desaliñada pero graciosa, ha sido dedicada al servicio de mi hija. Nuestra vianda y toda nuestra comida ha sido tan disfrazada con las preparaciones de un cocinero francés, como mi mujer y mi hija con su carmín y sus trapos. Paso en silencio su inglés afectado y su francés estropeado, que mezaladamente forman hoy su lenguaje. Mis criados, franceses é ingleses, se disputan y vienen á las manos por falta de palabras con que injuriarse y dar viento á su cólera. Mi mujer, traducida al francés, se ha hecho ridícula, y me atrevo á decir que la versión de mi hija no dará á muchos dignos jóvenes ingleses deseo de leerla. Mis gastos, y por consecuencia mis deudas, aumentan; y soy más desgraciado por estas locuras, que muchas gentes por sus crímenes.

Ruego á Vd., Señor Redactor, tenga la bondad de publicar esta carta, que espero servirá de faro para desviar á muchas familias particulares, de las costas de Francia.

Soy de Vd., Señor Redactor, atento y humilde servidor. — R. D.

DEL POCO BENEFICIO QUE SACA LA JUVENTUD  
DE SUS VIAJES.

(Del mismo.)

SEÑOR REDACTOR DEL Mundo :

Hace algunos días molesté á Vd. con una relación de los apuros en que me habian metido mi mujer y mi hija, con la manía de afrancesarse, que les atacó en nuestro desgraciado viaje á Paris. Descarta yo poder asegurar á Vd. ahora el completo restablecimiento de ambas; pero todo lo que puedo decir es, que la violencia de los síntomas parece disminuir, á medida que se enviejecen los vestidos que compraron en aquella ciudad.

Mi desgracia actual proviene de una causa enteramente opuesta, y me affige mucho más. Los caprichos, afectaciones y antojos de las mujeres, pueden ser ridículos y desagradables, especialmente para los que se ven obligados á ser testigos y mártires de ellos; pero no son males comparables con la obstinación, la extravagancia y el vil proceder de un hijo único, cuyo caso es el mío.

Dije á Vd. que en la educación de mi hijo me habia yo conformado con la costumbre de mandarlo fuera de su país, y que lo llevé á Paris, de donde, después de una permanencia de seis meses, debia continuar sus viajes, y dar la vuelta acostumbrada por Italia y Alemania. Creí yo muy necesario que un joven conociese los idiomas, maneras, caracteres y constituciones de otros países, cuya falta he experimentado y lamentado yo mismo. Con el fin de que pudiese frecuentar la buena sociedad, le procuré mas medios de los que podia yo disponer convenientemente, y lo confié al cuidado de un tutor suizo, caballero instruido, discreto, bondadoso y de modales muy finos; pero por lo que paso á referir, verá Vd., Señor Redactor, hasta qué punto han sido burladas mis esperanzas.

Durante su permanencia en Paris sólo frecuentó la peor clase de ingleses que allí existen, con los cuales se vió comprometido en dos ó tres enredos, de los que salió sin fatales consecuencias, por el crédito y bondad del embajador inglés. Tomó á sus expensas una mozoela irlandesa, y la paseó en coche alquilado por toda la ciudad, con grande honra suya, de su familia y de su país. No

aprendió una palabra de francés, ni habló jamás á ningún francés ni francesa, excepto algunos epitetos vulgares é injuriosos que les aplicó en inglés muy claro. Su tutor me informó con la mayor honradez de su conducta, que en vano procuró reformar, y me aconsejó que lo hiciese partir para Italia, lo cual ordené inmediatamente. Su manejo allí aparecerá en su verdadera luz por la última carta suya y la de su tutor, de las cuales remito á Vd. una copia fiel :

Roma, 3 de Mayo.

« Mi estimado padre : Durante las seis semanas que permanecí en Florencia, y la que pasé en Génova, no tuve tiempo para escribir á Vd., por hallarme muy ocupado en ver cosas, de las cuales la más notable es la torre de Pisa; es la cosa más rara que he visto en mi vida; se sostiene toda de lado; asombra cómo no se viene abajo. He encontrado multitud de compatriotas, y hemos vivido juntos muy amigablemente. Llegué aquí hace un mes, y diré á Vd. de qué manera paso la vida. Hay aquí muchos ingleses jóvenes de lo más agradables: somos nueve ó diez, tan elegantes y vivos como los mejores de Inglaterra. Almorzamos juntos todos los días, y después, ó vamos á ver las cosas interesantes, ó paseamos en coche por los suburbios de Roma; pero los caballos son malísimos, y los coches van muy despacio. Nos reunimos antes de comer en el café inglés, en donde hay un billar muy bueno y muy buena sociedad. De allí vamos á comer juntos por turno á casa de uno de nosotros. Nos hemos procurado un vino excelente, y después de haber comido volvemos al café, de allí á cenar y luego á la cama. No creo que estos romanos se parezcan en lo más mínimo á los antiguos romanos; son un hato de zorros flacos y hambrientos, y ciertamente que nosotros solos podríamos dar una paliza á cuarenta de ellos. Nunca buscamos su compañía porque no vale la pena; además ninguno de nosotros habla italiano, y ninguno de estos señores habla inglés, lo cual prueba qué especie de gentes son ellos. El otro día vimos al Papa en una procesión, pero decidimos sostener el honor de la vieja Inglaterra, y no le hicimos reverencia ninguna, ni nos quitamos los sombreros. Los comestibles y los líquidos son aquí malísimos, y para hablar la verdad, no he gustado un buen bocado desde que salí de Inglaterra. El domingo de la semana pasada nos vino apetito de comer un buen pudding, pero no fue fácil encontrar los materiales necesarios, y tuvimos que acudir á un lacayo inglés para



que nos lo hiciese. Ruego á Vd. disponga mi regreso á casa, porque yo no veo que mejore uno una pisea viendo todas estas caras y ciudades extranjeras. Pero si no quisiera Vd. dejarme regresar, le pido, por el amor de Dios, que separe de mi lado al impertinente *mountain* que me acompaña, el cual cuesta á Vd. mucho dinero, y á mi no me sirve de nada. Todos los ingleses se rien aquí de él; es de lo más presuntuoso, y se cree hombre de mucha importancia. Siempre me está moliendo para que vaya yo á las sociedades extranjeras, con el fin de que aprenda yo los idiomas extranjeros y me acostumbre á las maneras extranjeras, como si no debiese yo vivir y morir en la vieja Inglaterra, y como si las buenas sociedades inglesas no fuesen para mí mucho más útiles que todas las extranjeras. Ruego, pues, á Vd. que me haga el favor que le pido, y siempre seré su más obediente hijo, etc. »

La siguiente carta del tutor de mi hijo, llena de juicio y honradez, llegó á mis manos al mismo tiempo que la anterior :

SEÑOR.

« En conciencia me creo obligado á informar á Vd., que el dinero que tuvo la bondad de señalarme para que cuidase de su hijo, es enteramente perdido. Una triste experiencia me ha dado á conocer que de ninguna manera puedo serle útil. He ensayado todos los medios posibles para que corresponda, por lo menos en cierto grado, á las buenas intenciones que decidieron á Vd. á enviarme fuera de su país, pero todo en vano. Cuando le hablo sobre este particular, se rie ó me insulta. Á veces me llama *gasacho*, otras *mountain*, *lagout*, diciéndome que me considero yo mismo hombre de finos modales. Diariamente le observo que la intención de Vd., enviándole fuera de su país, fué que aprendiese los idiomas, las maneras y los caracteres de diferentes países, y que agregase á la educación clásica que Vd. le dió, el conocimiento del mundo y las maneras suaves y desembarazadas de un caballero, que sólo pueden adquirirse frecuentando las mejores sociedades extranjeras. Á esto sólo contesta con una sonrisa despreciativa, diciendo : *Eso es, para ser como Vd.* Quizá habría yo tolerado un poco los vicios comunes á la juventud, si á lo menos hubiesen sido practicados con cierto grado de decencia ó de refinamiento; pero no debo ocultar á Vd. que los de este joven son de los más bajos y degradantes, y confesados de una manera indecente. Nunca he podido decidirlo á que entregue las cartas de

recomendación que Vd. le procuró; dice que no desea tener tal compañía. Le aconsejé que tomase un maestro de italiano, pero lo rehusó redondamente, diciendo que tendría sobrado tiempo para aprender el italiano cuando volviese á Inglaterra; pero ha tomado un maestro de flauta, en cuyas lecciones emplea tres horas diarias. Gastamos mucho dinero, sin que á Vd. ni á nosotros nos resulte ningún honor, bien que el hijo de Vd., como la generalidad de sus compatriotas, se aprecia á sí mismo por los gastos que hace, y considera á los extranjeros que no puedan hacer los mismos desembolsos, como una pandilla de perdioseros y bribones; esto dice de ellos, pero no á ellos, porque lo tratarían como á un verdadero bribón.

Si me fuese permitido dar á Vd. un consejo, sería que ordenase nuestro regreso á Inglaterra inmediatamente. Aseguro á Vd. que los modales y costumbres de este joven, peligrarán mucho menos bajo la inspección de Vd., que bajo la mía en países extranjeros. Imposible le será tener peor compañía de ingleses en Inglaterra, que la que aquí tenemos; pero sea cual fuere la determinación de Vd. sobre este joven, le ruego encarecidamente que me releve del encargo de cuidarlo. Tengo el honor, etc. »

He cumplido los deseos de mi hijo, en vista del consejo de su tutor, ordenándole que regrese á mi casa sin retardo. ¿ Pero qué haré con él en Inglaterra, en donde es probable encuentre ejemplos que fortifiquen su conducta vil y sus maneras despreciables? Mi situación es singularmente desgraciada : afligido por un lado con el gran tono francés y las otras locuras de mi mujer y de mi hija, y por otro con la obstinación, los vicios y maneras despreciables de mi hijo.

Quizá mi desgracia sugerirá á Vd., Señor Redactor, algunas ideas sobre el método de una buena educación general, que expuestas en el periódico que dirige con tanto acierto, puedan ser útiles al público. Con sólo esta mira se ha atrevido á molestar á Vd. por segunda vez su atento servidor, etc.

## BORRACHOS DE CALIDAD.

(De Lord Chesterfield.)

Un antiguo amigo mío, condiscípulo de colegio, vino á visitarme el otro día; y me encontró leyendo el Convite de Platón. Dejó mi libro para recibirlo, pero sí, después de los cumplimientos de costumbre, lo tomó diciendo: ¿Me permitirá Vd. ver cuál es el objeto de su estudio? Nada menos que el divino Platón, le contesté yo; aquel filósofo amable.... Con quien, interrumpió mi amigo, Cicerón declara que más bien querría errar, que acertar con cualquier otro. — Mi admiración por él, repliqué yo, no va hasta tal grado de entusiasmo; pero sin embargo, cuando lo comprendo, porque confieso que no en todas partes lo logro, lo prefiero á todos los filósofos antiguos. Su Convite especialmente, me interesa y entretiene, porque veo allí las maneras y los caracteres de los hombres más eminentes de los tiempos más urbanos de la más urbana ciudad de la Grecia. Y con todo el respeto debido á los modernos, dudo mucho si la relación de un convite moderno, aunque escrito por la mano más capaz, sería leído con tanto placer y aprovechamiento. — Yo no sé qué decir, replicó mi amigo, porque aunque respeto á los antiguos tanto como Vd. y veo á los modernos como pigmeos comparados con aquellos gigantes, con todo, si en alguna cosa nos acercamos á ellos, es en la elegancia y delicadeza de nuestros banquetes sociales.

Me sorprendió tanto más esta duda de mi amigo, cuanto que sabía yo que ímpetivamente suscribía y mantenía con superstición todos los artículos de la fe clásica. Le pregunté por lo mismo, si hablaba con seriedad. Me contestó que sí, y que en su opinión Platón había profundizado con mucha detención y sagacidad el tonto negocio del amor; y que con sólo que yo quisiese ser presentado al club de que él era miembro, creía que yo, concebiría la misma duda, ó aun me decidiría en favor de los modernos. Di las gracias á mi amigo por su bondadosa oferta, pero agregué que en cualquiera sociedad de que él fuese miembro, yo podría ser un convidado muy triste. Que por otra parte, mi vida retirada y doméstica era incompatible con las obligaciones de un club, porque mi taciturnidad natural entre extranjeros, estaría fuera de lugar en medio de toda fiesta, alborozo, y ale-

gría. Vd. no me entiende, respondió mi amigo, cada miembro de nuestro club tiene el privilegio de traer consigo á un amigo, sin que por eso éste se halle obligado á ser uno de sus miembros y por lo que hace al silencio habitual de Vd., tenemos algunos miembros taciturnos que por decirlo de paso, no son los peores. Las gentes silenciosas nunca turban la sociedad; por el contrario, siendo buenos oyentes, animan á los buenos habladores. — Pero tengo otra dificultad, contesté yo, irremediable en mi concepto, y es que sólo bebo agua. Mi amigo que es muy aficionado á la botella contestó: Tanto peor para Vd., pagará por el licor que no beba; nosotros no forzamos á nadie; cada uno bebe la corta cantidad que le parece. Lo que presumo, interrumpí yo, es tanto como puede. Tal es el caso, dijo él; cierto es que algunas veces nuestras juntas se prolongan pasablemente; pero yo por mi parte, siempre estivo retirarme antes de las once, porque fío á Vd. mi palabra, la permanencia hasta muy tarde, y no la bebida, es lo que destruye la salud. Como yo conocía que mi amigo se ofendería si no aceptaba yo su invitación, le dije que por esta vez iría yo con él al club, pero le supliqué me diese previamente una idea del carácter de los miembros, para que pudiese yo conducirme propiamente en su compañía. La precaución de Vd. es muy prudente, contestó mi amigo, y dará á Vd. tales informes que cuando se encuentre en medio de ellos no parecerá extranjero. Debe Vd. saber que nuestro club se compone por lo menos de cuarenta miembros cuando está completo. De estos varios se hallan actualmente en el campo; además, han ocurrido varias vacantes que no se llenarán antes del próximo invierno. Las parálisis y las apoplejías han sido últimamente, yo no sé por qué, muy comunes entre nosotros, y se han llevado á muchos. No hace una semana que el pobre Pancho Brindafuerte, cuyo repentinamente bajo la mesa, cuando lo creamos únicamente un poco alumbraado; pero fué conducido á su casa y no volvió á hablar palabra. Los que probablemente encontraremos hoy son, en primer lugar, el marqués Tronera de muy buen sentido, caballero en toda la extensión de la palabra y pasa por hombre de calidad bastante instruido. En su mocedad llevó una vida algo agitada, y minó su salud desvelándose hasta muy tarde y bebiendo vinos acres y claros. Se puede decir que es todavía lo que se llama nervioso; lo cual le hace parecer abatido y reservado al principio; pero se muestra muy afable y alegre luego que ha contentado su estómago con una botella de buena clarete...

Don Pánfilo Meón de la Bebeduría, es un digno minero, de regulares proporciones, que frecuentó mucho la sociedad, y habiendo hecho conocimiento con personas de primera categoría, gastó cuantiosas sumas en convites y francachelas, pero ahora ya marcha de retirada. Es el compañero más franco y festivo del mundo, y aunque de pocas palabras, puedo asegurar á Vd. que no le falta juicio. Recibió buena educación en un colegio y no ignora la literatura clásica. El pobre hombre tiene que vivir la mitad del año encerrado con su gata, y tiene además un escorbuto inveterado que yo no me explico, porque vive con la mayor regularidad; no come más de carne, y eso con mucha moderación; no bebe vinos claros, y nunca permanece tarde porque á las once concluye su dosis completa.

Veremos allí al Coronel Rábido, antiguo oficial de infantería, muy experimentado, aunque sólo es coronel graduado. Entre nos diré á Vd. que se le ha tratado con la mayor injusticia, y que hoy está bajo las órdenes de varios que eran unos moecosos cuando él entró en el ejército. Ha servido en Irlanda y Gibraltar y habría asistido á todas las batallas de la última guerra, si su regimiento hubiese recibido orden de marchar. De gusto oírla hablar de la guerra. Es el hombre mejor intencionado del mundo, aunque algo celoso de su honor y propenso á encolerizarse; pero le pasa pronto la cólera y luego lo siente. Temo que se halle un poco hidrópico, lo cual proviene en mi concepto de que toma vinos de Champaña y de Borgoña, mal hábito que contrajo en el extranjero.

Don Cándido Flexible es de buena familia, de muy bonita fortuna, visita la mejor sociedad y es uno de los hombres mejor educados, su genio es tan bondadoso, que no parece tener voluntad propia: beberá poco ó mucho según se le pida, no importa qué licor. Ha estado muy en boga entre las damas. Es nuestro novelero, porque teniendo entrada en casa de algunos Ministros, conoce muy bien lo que pasa en el Gobierno; temo que no lo conservemos por largo tiempo porque la tesis de que adolece está muy avanzada, aunque los facultativos opinan que sólo es una debilidad nerviosa.

Juan Ebricta tiene el corazón en la mano; es compañero excelente, aunque rara vez habla. Nunca abandona el campo, y siempre espera que se vayan todos los del club para retirarse. Es muy erudito y escribe buenos versos latinos. Sospecho que las fuerzas le van faltando, porque una parálisis le acometió hace

poco, y torció su boca de tal manera que ahora se ve obligado á tomar su licor diagonalmente. Con todo, su ánimo no se abate y nunca hace traición á su vaso.

El Doctor Carbunclo es un clérigo sincero y alegre, amigo del gobierno y muy caballeroso. En vez de servir de freno á nuestro club es el que le da vida. Sus luces son muy extensas, y creo que puede recitar de memoria á todo Horacio; por lo menos, sé que siempre lo lleva en el bolsillo. Su cara roja, su nariz inflamada, y sus piernas inchadas, hace que los que no lo conocen lo tengan por muy bebedor; pero con justicia debo decir, que nunca le he visto aturrido con licor en toda mi vida. Cierto es que es muy corpulento, y puede contener mucho, lo cual hace que el Coronel Rábido le llame con bastante gracia, *un vaso de elección*.

El último y más indigno, dijo mi amigo, soy yo, y si Vd. gusta daremos un paseo en la alameda vecina hasta la hora de comer. Consentí en ello y marchamos juntos; pero el lector no llevará á mal que por unos instantes deje á mi amigo solo en su paseo, mientras le doy una idea de su carácter. Ambos estudiamos en el mismo colegio; era hermano menor de una buena familia, fué educado para ordenarse, y estaba para obtener una capellanía en el colegio, cuando murió su hermano mayor; heredó una grande fortuna y resolvió pasar una vida cómoda, es decir, sin hacer nada. Habiendo vivido largo tiempo en el colegio, contraí todos los hábitos y preocupaciones, la desidia, la saciedad, el orgullo y la pedantería del claustro, defectos que pasado cierto tiempo permanecen para siempre. Considera el conocimiento crítico de las palabras griegas y latinas como el mayor esfuerzo del entendimiento humano, y un vaso de buen vino en la buena compañía como el más alto punto de la felicidad humana. En consecuencia, emplea las mañanas en leer los clásicos, muchos de los cuales sabe casi de memoria, y las tardes y noches en beber su buen vino, que, con la costumbre de gustarlo ha llegado á tomar dos y muchas veces tres botellas por día. No debo pasar en silencio que mi amigo se halla atormentado con la piedra, cuya desgracia atribuye á haber bebido una vez agua durante un mes, por habérselo recelado un facultativo muy hábil, y de ninguna manera por el azumbre diario de clarete que por lo menos ha tomado los últimos treinta años. Pero volvamos á mi amigo. Me equivocaré mucho, me dijo, cuando nos paseábamos en la alameda, si no me agradece Vd. que le haya yo procurado la diversión de hoy, porque la reunión se compone de excelentes

sujetos. No lo dudo, dije yo, y por eso siento mucho más que este club, de tan insignes caballeros, según la relación que me ha hecho Vd. pueda llamarse sin impropiedad, un hospital de incurables, visto que no hay uno solo que no padezca de alguna enfermedad crónica y mortal.

Bien conozco, respondió mi amigo, que lo que Vd. quiere insinuar es que sus males proceden del licor; permítame Vd. le asegure que el vino, especialmente el clarete cuando es bueno y puro, no hace daño á nadie. No contesté una palabra á este aforismo de mi amigo, por no empeñarme en una larga discusión, y porque nos acercábamos justamente al club en donde supuse que semejante aserción sería considerada como principio fundamental.

Mi amigo me presentó á la sociedad del modo que le pareció más obsequioso, pero que confieso me desconcertó un poco. Señores, permítame Vds., dijo, presentarles á mi antiguo amigo, el ingenioso autor del *Mundo*. La palabra autor llamó inmediatamente la atención de toda la sociedad y alzaron todos los ojos sobre mí, porque las gentes que no son capaces de escribir ellas mismas, tienen gran curiosidad de ver á un autor vivo. Todos los caballeros me recibieron con los cumplimientos y gesticulaciones propias de una buena acogida, y yo por mi parte susurré respetuosamente alguna de aquellas noyadas que ocupan el lugar de algo que uno querría decir y que para el caso valen quizá lo mismo.

Como el día era muy caluroso los caballeros se refrescaban antes de comer con lo que llamaban una fresca cantimplora, de la cual tomaban para beber sucesivamente á mi salud. Cuando llegó mi vez creí que no podría sin ser grosero negarme á beber á la salud de los caballeros, lo cual hice en general; pero cuán sorprendido quedé cuando al primer trago descubrí que esta fresca bebida se componía de aguardiente refinado algo rebajado con jugo de limón y agua! La comida que se había pedido más de una vez con impaciencia, se sirvió al fin por haber amenazado el Coronel al dueño de la casa y á los criados con setenta mil diablos si la dilataban dos minutos más. Nos sentamos sin peregrina y apenas lo habíamos hecho, cuando cada cual, excepto yo, brindó á la salud de cada cual, y esto produjo una especie de ruido tumultuoso. Observé con sorpresa, que la cantidad de vino común era puesta en vasos de enorme tamaño y peso; pero mi sorpresa cesó cuando vi las manos trémulas que los tomaban y para las cuales supongo, habían sido expresamente hechos como

lastros. Pero aun esta precaución no garantizó la nariz del Doctor Carbunclo de un severo choque, al querer llevarlo á la boca. El Coronel, que observó este accidente dijo graciosamente: Vamos, Doctor, creo que es Vd. mal ingeniero: mientras apunte Vd. á su boca le fio mi palabra de que jamás pegará en el blanco. Una batería flotante para dar en el blanco debe dirigir la puntería de arriba abajo. Si Vd. intenta dar en su boca dirija la puntería á la frente ó á la Barba. El buen Doctor agradeció con mucha complacencia esta idea del Coronel. Don Pánfilo Meón de la Bebeduría casi se sonrió, Juan Ebrieta rió de buena gana y toda la compañía aplaudió más ó menos este elegante trozo de sátira. Pero ¡ay! las cosas tomaron pronto un giro menos agradable, porque una enorme anca de vaca, que se presentó después de la sopa, no pareció suficientemente manida ni salada á Don Pánfilo que la había ordenado, y al mismo tiempo el Marqués Trounera encontró malo el clarete, afirmando que no era el mismo que habían bebido el día anterior; *no tiene suavidad, coge la lengua*, agregando que sospechaba se hallaba mezclada con carlón, ó algún otro vino obscuro. Esto interesaba á todos, y excitó la atención general. Cada uno probó el vino y le encontró un defecto diferente. Se mandó venir inmediatamente al dueño de la casa y fué examinado y tratado como criminal; Don Pánfilo le echó en cara la frescura de la vaca, mientras que al mismo tiempo caían todos sobre él por la mala calidad de los vinos, diciéndole que era una indignidad tratar así á tan buenos parroquianos; y en fin, amenazándolo de que se iría el club á otra fonda. El criminal echó la culpa de la vaca al cocinero, prometiéndole despedirlo, y atestiguó ante cielos y tierra que el vino era el mismo que habían gustado el día anterior, jurando que era verdadero Cháteau-Margaux, Cháteau diablo, dijo el coronel echando chispas por los ojos. Juan Ebrieta, que se creyó obligado á hablar esta vez, dijo, que no estaba seguro de que hubiera mezcla en el vino; pero que en verdad se resbalaba bien por la garganta. Pues si eso es todo, interrumpió el Doctor, bebámoslo entonces; y si no, pues que no podemos tener el verdadero *Falegrum*, contentémonos por hoy con el *clic Sabina*. ¿Que les parece á Vds. caballeros, el buen Oporto que estoy convenido es el más sano y estomacal de todos los vinos? Mi amigo, que entrañablemente gusta el Oporto más que ningún otro vino, apoyó muy contento la opinión del Doctor, y habló muy favorablemente de los vinos licorosos en general siendo puros.

En el acto se pidió Oporto, y observé que mi amigo y el Doctor se apegaron á él toda la noche. No pude menos de preguntar al Doctor si en realidad prefería el Oporto á otros vinos más ligeros, y me respondió: Sabe Vd. que la costumbre es una segunda naturaleza, y el Oporto para mí es, en cierto modo, la leche de mi madre porque es con lo que mi Alma Mãter nutre á toda su progeña. Acepté silenciosamente este informe del Doctor por estar convencido de su verdad, y atendí á las juiciosas censuras de los otros concurrentes sobre el clarete, aunque al mismo tiempo continuaban tomándolo. Manifesté mi sorpresa á Don Juan Ebríeta, que gravemente me respondió de un modo compasivo: *¿pero qué podemos hacer? No beberlo, repliqué yo, pues que no es bueno. ¿Pero qué quiere Vd. que hagamos y cómo hemos de pasar la noche?* repitió el Barón. Uno no puede irse á su casa á las ocho de la noche. Eso depende, dije yo, de la costumbre. — Hasta cierto grado puede ser así, dijo el Doctor; pero Señor Redactor, puesto que Vd. no bebe más de agua, permítame que le pregunte cómo hace para mantener su espíritu. — Yo Señor Doctor, como nunca lo abato con licóres fuertes, no tengo necesidad de mantenerlo. Aquí fuimos interrumpidos, porque el Coronel levantó la voz, indignado contra el Borgoña y el Champaña, jurando que el primero era viscoso, y el otro se hallaba en estado de fermentación, no sin alguna sospecha de estar adulterado con sidra y azúcar candi, no obstante lo cual, bebió un vaso lleno; pero continuó diciendo, creo que todos hemos acabado de comer, ¿no sería mejor mandar retirar las manjares y dejar el vino sobre la mesa? Toda la sociedad aprobó esto, y mientras se verificaba, pregunté al Coronel con seriedad aparente, si alguna parte de las manjares debía servirse de nuevo con los vinos y los licóres; esto lo sorprendió, diciéndome: *¿Pues qué, aun tenía hambre?* contestéle que no, pero le pregunté á mi vez si él tenía sed; no, me respondió; pues entonces, le repliqué, ¿por qué no se ha de comer sin hambre, como se bebe sin sed? Mi amigo quedó tan corrido con mi reflexión, que no me habló una palabra, y sólo me miró con ojos asombrados.

Se retiró entonces el mantel, y fueron puestas sobre la mesa las botellas, los vasos y las servilletas. Ebríeta, que era el perpetuo promovedor de los brindis, tomó una botella que fue circulando para brindar á la salud del rey. Cuando la botella llegó á mi lugar Ebríeta me dijo que aunque era yo bebedor de agua, esperaba que no rehusaría tomar vino por la mencionada salud. Co-

mencé rogándole me excusase, y le dije que nunca había yo á la salud de Su Majestad, aunque ninguno de sus soldados se la deseaba más cordialmente que yo; que nunca me había parecido que hubiere la menor relación entre el vino que yo tomara y la salud del rey; y que hasta que llegasen á convencerme de que arruinando mi salud se reformaría la de Su Majestad, estaba resuelto á conservar el uso de mis facultades y de mis miembros para emplear unos y otros en su servicio siempre que él los necesitare. Ya había previsto las consecuencias de negarme á beber, y aunque mi amigo había salido garante de mis principios, fácilmente descubrí un aire de sospecha en los semblantes de todos, y aun llegué á escuchar que el Coronel dijo en voz baja al Marqués: *Este autor es un zorro original.*

Mi amigo se avergonzó de mí; sin embargo, para sostenerme en cuanto pudo, me dijo en alta voz: esta es una de las singularidades que ha contraído Vd. por vivir solo. Desde este instante, la compañía me abandonó á mi singularidad, y no volvió á ocuparse de mí para nada. Yo permanecí apoyado sobre la mesa, aguardando, aunque en verdad sin esperarla, una poca de aquella alegría de convite, aquella urbanidad y aquel buen humor elegante de que mi amigo me había prometido tan larga parte. En vez de esto la conversación fue tomando el carácter de narrativa y se adormeció á medida que se vaciaban las botellas. El Marqués relató sus primeras hazas amorosas y báquicas, el Coronel se quejó, aunque con dignidad, de trabajos é injusticias; Sir George insinuó algunos descubrimientos importantes que había hecho aquel día en palacio, pero cautamente evitó nombrar personas; el Doctor y mi amigo hablaron sobre materias de colegio, y citaron latin; y el presidente se dedicó enteramente á sus negocios, evitando conversar, pero sí ordenando, como: *Vd. tiene la botella; á Vd. toca señalar el brindis; ese brindis ya se hizo; que traigan más clarete etc.* En lo más caliente de esta agradable convite, que no había llegado á su zenit, me ocurrió hacia las nueve, y volví á mi casa, en donde se agolparon á mi imaginación mil reflexiones sobre lo que acababa de ver.

## ESPIRITU DE PARTIDO.

(De Lord Chesterfield.)

Nada hay en el mundo más terrible que el espíritu de división que separa á un pueblo en dos cuerpos más opuestos que si formasen dos naciones diferentes. Las consecuencias de semejante discordia son de lo más ruinosas; no sólo respecto de las ventajas que puede retirar el enemigo común, sino de los males que produce en el corazón de casi todos los hombres, porque trastroca las ideas de virtud, y destruye aun el sentido común. Cuando reina en toda su fuerza el espíritu de partido produce las guerras civiles y el derramamiento de sangre; y cuando se contiene en límites más estrechos, no escrupuliza emplear las mentiras, los embustes, las calumnias y las injusticias. En una palabra, llena á una nación de hiel y de rencor, y ahoga las semillas de bondad, de compasión, y de humanidad.

Observaré con vivo dolor, que hay hombres de bien agriados y animados contra sus adversarios por principios de partido, de una manera que me parece incompatible con las luces de la razón, ó los preceptos del evangelio. Nada es más especioso que el celo por la causa del público, ni más propio para nutrir en el corazón de las personas virtuosas ciertas pasiones que nunca habrían excitado su interés particular.

Si este espíritu de partido produce en las costumbres un efecto tan malo, influye con igual malignidad en el entendimiento. Con frecuencia vemos que un miserable preso es exaltado hasta las nubes por los que profesan los principios del que lo escribe, y que otro excelente escrito, es deprimido por los del partido opuesto. Todo hombre animado de este espíritu, es casi incapaz de discernir los defectos ó las bellezas reales. Un sujeto de mérito, que profesa principios diferentes á los nuestros, se asemeja á un objeto que se examina por medio del agua, ó de un cristal y aunque parece encorbado ó roto, se halla sin embargo entero y recto. De aquí viene que casi á todas las personas distinguidas por sus empleos ó talentos se les atribuyen caracteres tan opuestos como la luz y las tinieblas. Un artículo lleno de injurias personales y de sarcasmos insidiosos, pasa por una sátira perfecta, y se califica de elocvente y bien redactado; bien que no sea más que un bodrio de ideas confusas admitidas en cierto partido.

Hay una especie de sofisma usado por ambas partes, y que se reduce á tomar como verdad incontestable, todo lo escandaloso que puede haberse referido de alguna persona, y á fabricar sobre esto especulaciones muy mal fundadas. Calumnias que jamás se han probado, ó que han sido frecuentemente refutadas, son los topicos ordinarios de estos infames embarradores de papel, sobre los cuales discurren como axiomas admitidos por todo el mundo, aunque sepan en el fondo de su alma que son falsos, ó por lo menos dudosos. Con esta práctica indigna la gloria cesará de empeñar á los hombres en el cumplimiento de sus deberes.

Todos los gobiernos tienen ciertos períodos en que prevalece este espíritu de inhumanidad, y los hombres que viven en tales tiempos deben considerarse como muy desgraciados de haber nacido en una época llena de tempestades y de tumultos. Los espíritus ambiciosos, turbulentos y astutos, y los que medran con la continuación de los abusos, son los que causan estas facciones, y los que bajo el pretexto del bien público arrastran á su partido gran número de personas bien intencionadas. ¿Cuántas gentes honradas no se ven, que alimentan pensamientos poco caritativos por un celo mal entendido en favor del estado? ¿Qué crueldades y qué tropelías no ejercen contra los del partido opuesto á quienes honrarian con su amistad, si en vez de considerarlos bajo la idea que se les da de ellos, los conociesen tales como son en sí? De este modo los hombres más íntegros adoptan errores criminales, y vergonzosas preocupaciones, volviéndose perversos por el más noble de todos los principios, quiero decir el amor patrio. No puedo menos de mencionar aquí el proverbio español que dice que si no hubiese locos ni bribones todo el mundo estaría de acuerdo. Desearia yo con toda mi alma, que todos los hombres honrados formasen una estrecha liga, para sostenerse contra los esfuerzos de los que deben considerar como enemigos capitales, sea cual fuere el partido á que quieran unirse. Si hubiese tal cuerpo de buenas tropas neutras, jamás se vería á los hombres malvados ocupar puestos de importancia, porque los tales son útiles á un partido, ni despreciados á los más ilustres porque desdesean emplear las prácticas indignas que podrían agrandar á su facción. Entonces se distinguiría á cualquier sarnoso que se introdujese en el ganado y aunque pareciese terrible y robusto, sería atosado hasta derribarlo. Por otro lado, se pondría á cubierto de todo insulto á la inocencia oprimida, y se defendería la virtud, la cual se vería libre del desprecio, del ridículo, de la

envidia y de la difamación. En una palabra, no trataríamos á nuestros compatriotas de puros ó de conservadores; el hombre de mérito sería nuestro amigo, y el pérfido nuestro enemigo. A continuación pongo el formulario que desearia yo suscribiesen todos los hombres honrados, explicando sus intenciones de la manera más simple y clara.

Los infrascriptos declaramos solemnemente que creemos en conciencia que dos y dos hacen cuatro, y que consideramos como enemigo nuestro á todo el que tratare de persuadirnos lo contrario. Nos hallamos igualmente resueltos á sostener, á costa de todo lo que más estimamos en el mundo, que seis son menos que siete en todo tiempo y en todo lugar; y que dentro de tres años no serán más de lo que son hoy. Declaramos además, que nos encontramos firmemente decididos á llamar negro toda nuestra vida lo que es negro y blanco lo que es blanco; que nos opondremos en todo tiempo con peligro de nuestra vida y fortuna á todos los que llamaron negro lo que es blanco, ó blanco lo que es negro.

Si hubiese tal asociación de personas honradas, que sin consideración á los empleos tratasen de extirpar á esos furiosos celadores, dispuestos á sacrificar la mitad de su patria á la venganza y los intereses de la otra, como también á todos esos infames hipócritas que sólo buscan su provecho bajo pretexto del bien público; y á todos los que llevan una vida desarreglada y abominable, sea que se adhieran á uno ú otro partido, y cuyo sólo mérito consista en una ciega sumisión á las órdenes de sus directores; si esto pudiese hacerse, repito que pronto se vería extinguido el espíritu de partido que puede exponer á una nación al desprecio de las demás.

Este espíritu de división afecta tanto más á las almas bien nacidas, cuanto que no sólo destruye la virtud y el sentido común, y hace á los ciudadanos crueles unos contra otros, sino porque perpetúa las animosidades y transmite á la posteridad las mismas pasiones.

### DISECCIÓN DE LA CABEZA DE UN PETIMETRE Y DEL CORAZÓN DE UNA COQUETA.

(Versión del inglés de Addison.)

Concurri últimamente á una reunión de naturalistas, y uno de ellos relató las curiosas observaciones que habia hecho recientemente en la anatomía del cuerpo humano. Otro comunicó algunos asombrosos descubrimientos hechos con lentes de prodigiosa magnitud. Esto dió margen á multitud de observaciones curiosas, que procuraron materia para discurrir el resto del día.

Las diferentes opiniones que se manifestaron enriquecieron mi imaginación de nuevas ideas, que, mezclándose con las que antes tenia, ocuparon mi pensamiento toda la noche, y al cabo formaron un sueño de lo más extravagante.

Figúrense que habia sido yo invitado á la disección de la cabeza de un petimetre y el corazón de una coqueta, puestos en una mesa delante de nosotros. Un cirujano abrió la primera con la mayor delicadeza, y de pronto nos pareció como si no fuese cabeza de hombre; pero luego que la consideramos con nuestros lentes hicimos un raro descubrimiento, y fué, que lo que tomábamos por cerebro, no era en realidad sino un brodio de materiales extraños, confundidos en aquella forma y textura, y coloradas con maravilloso arte en las varias cavidades del cráneo. Y así como Homero nos dice que la sangre de los dioses no es real sangre, del mismo modo hallamos nosotros que el cerebro de un petimetre, no es verdadero cerebro, sino algo que se le asemeja.

La glándula pineal, que muchos de los físicos modernos consideran como el asiento del alma, despedía un olor muy fuerte á esencia de bergamota y agua de naranjas, y estaba rodeada de una especie de substancia gelosa, cortada en mil pequeñas facetas ó espejos, imperceptibles al ojo desnudo; de manera que el alma, si alma existió allí, debió hallarse siempre ocupada en contemplar sus propias bellezas.

Observamos un espacioso antro ó cavidad en el *sinciput*, que estaba lleno de lazos, encajes y bordados; todo lo cual formaba una delicadísima obra de randa y aguja, cuyas partes eran igualmente imperceptibles al ojo desnudo. Otro de los antros estaba apretado de billetes amorosos, cartas de citas, contradanzas prometidas y otras bagatelas semejantes. En otra cavidad

envidia y de la difamación. En una palabra, no trataríamos á nuestros compatriotas de puros ó de conservadores; el hombre de mérito sería nuestro amigo, y el pérfido nuestro enemigo. A continuación pongo el formulario que desearia yo suscribiesen todos los hombres honrados, explicando sus intenciones de la manera más simple y clara.

Los infrascriptos declaramos solemnemente que creemos en conciencia que dos y dos hacen cuatro, y que consideramos como enemigo nuestro á todo el que tratare de persuadirnos lo contrario. Nos hallamos igualmente resueltos á sostener, á costa de todo lo que más estimamos en el mundo, que seis son menos que siete en todo tiempo y en todo lugar; y que dentro de tres años no serán más de lo que son hoy. Declaramos además, que nos encontramos firmemente decididos á llamar negro toda nuestra vida lo que es negro y blanco lo que es blanco; que nos opondremos en todo tiempo con peligro de nuestra vida y fortuna á todos los que llamaron negro lo que es blanco, ó blanco lo que es negro.

Si hubiese tal asociación de personas honradas, que sin consideración á los empleos tratasen de extirpar á esos furiosos celadores, dispuestos á sacrificar la mitad de su patria á la venganza y los intereses de la otra, como también á todos esos infames hipócritas que sólo buscan su provecho bajo pretexto del bien público; y á todos los que llevan una vida desarreglada y abominable, sea que se adhieran á uno ú otro partido, y cuyo sólo mérito consista en una ciega sumisión á las órdenes de sus directores; si esto pudiese hacerse, repito que pronto se vería extinguido el espíritu de partido que puede exponer á una nación al desprecio de las demás.

Este espíritu de división afecta tanto más á las almas bien nacidas, cuanto que no sólo destruye la virtud y el sentido común, y hace á los ciudadanos crueles unos contra otros, sino porque perpetúa las animosidades y transmite á la posteridad las mismas pasiones.

### DISECCIÓN DE LA CABEZA DE UN PETIMETRE Y DEL CORAZÓN DE UNA COQUETA.

(Versión del inglés de Addison.)

Concurri últimamente á una reunión de naturalistas, y uno de ellos relató las curiosas observaciones que habia hecho recientemente en la anatomía del cuerpo humano. Otro comunicó algunos asombrosos descubrimientos hechos con lentes de prodigiosa magnitud. Esto dió margen á multitud de observaciones curiosas, que procuraron materia para discurrir el resto del día.

Las diferentes opiniones que se manifestaron enriquecieron mi imaginación de nuevas ideas, que, mezclándose con las que antes tenia, ocuparon mi pensamiento toda la noche, y al cabo formaron un sueño de lo más extravagante.

Figúrense que habia sido yo invitado á la disección de la cabeza de un petimetre y el corazón de una coqueta, puestos en una mesa delante de nosotros. Un cirujano abrió la primera con la mayor delicadeza, y de pronto nos pareció como si no fuese cabeza de hombre; pero luego que la consideramos con nuestros lentes hicimos un raro descubrimiento, y fué, que lo que tomábamos por cerebro, no era en realidad sino un brodio de materiales extraños, confundidos en aquella forma y textura, y coloradas con maravilloso arte en las varias cavidades del cráneo. Y así como Homero nos dice que la sangre de los dioses no es real sangre, del mismo modo hallamos nosotros que el cerebro de un petimetre, no es verdadero cerebro, sino algo que se le asemeja.

La glándula pineal, que muchos de los físicos modernos consideran como el asiento del alma, despedía un olor muy fuerte á esencia de bergamota y agua de naranjas, y estaba rodeada de una especie de substancia cartosa, cortada en mil pequeñas faces ó espejos, imperceptibles al ojo desnudo; de manera que el alma, si alma existió allí, debió hallarse siempre ocupada en contemplar sus propias bellezas.

Observamos un espacioso antro ó cavidad en el *sinciput*, que estaba lleno de lizas, encajes y bordados; todo lo cual formaba una delicadísima obra de randa y aguja, cuyas partes eran igualmente imperceptibles al ojo desnudo. Otro de los antros estaba apretado de billetes amorosos, cartas de citas, contradanzas prometidas y otras bagatelas semejantes. En otra cavidad



hallamos una especie de polvo, que hizo estornudar á los circunstantes, y por su fragancia conocimos que era fino rapé de la Habana (a). Los demás huesos estaban llenos de cosas de la misma especie, y sería fastidioso presentar al lector un exacto inventario de ellas.

Habia una profunda cavidad en ambos lados de la cabeza, y no debo guardar silencio sobre su contenido. La del lado derecho estaba atestada de ficiones, fisonjas, embustes, votos, protestas, promesas y seguridades; y la del izquierdo, de juramentos y de imprecaciones. De cada cavidad salía un tubo, que iba á dar al nacimiento de la lengua, y ambos pasaban adelante, formando un solo conducto, hasta la extremidad de ella. Descubrimos diversos caminos ó canales, que corrían de la oreja al cerebro, y tuvimos particular cuidado de examinar sus verdaderas corrientes. Una de ellas se dirigía á un paquete de sonetos y pequeños instrumentos de música; otras finalizaban en varias vejigas llenas de viento ó de espuma. Pero el canal mayor entraba en una gran cavidad del cráneo, y de allí partía otro conducto para la lengua. Esta gran cavidad estaba llena de una substancia fofo y esponjosa, que los anatómicos franceses llaman *galimatias*, los españoles *jerga* y los ingleses *nonsense*.

La cutis de la cabeza era en extremo correosa y densa, y nos sorprendió muchísimo no descubrir en ella ningún vaso sanguíneo á pesar de habernos servido de los mejores lentes, y de esto concluimos que las mejillas, en su estado vital, debieron hallarse privadas de la facultad de sonrojarse.

El hueso criboso se hallaba completamente henchido de tabaco, y en algunos lugares dañado con aquella substancia. Nos llamó particularmente la atención aquel pequeño músculo que cuesta tanto trabajo encontrar en las disecciones, y que sirve para levantar la nariz, cuando el propietario de ella quiere manifestar el desprecio que experimenta á vista de una cosa que no entiende. Es inútil advertir á los eruditos lectores, que este músculo es el mismo que produce el movimiento, mencionado tantas veces por los poetas latinos, cuando hablan de un hombre que encoge la nariz, remedando al rinoceronte (b).

No vimos nada de notable en el ojo, excepto que los músculos

(a) En los tiempos del autor era moda entre los petimóstrs tomar rapé.  
(b) Véase á Horacio, libro 1, sátira vi, y á Marcial, libro 1, epig. ix.

amatorios, ó sean, páseanos, la palabra, músculos *guñantes*, estaban muy gastados, con el uso de ver al soslayo, á la vez que los músculos *elevantes*, que sirven para dirigir los ojos al ciclo, no parecía que hubiesen sido puestos nunca en movimiento.

Solo he hablado en esta disección de los descubrimientos nuevos que se hicieron, sin examinar ninguna de las partes que se encuentran en las cabezas comunes. Respecto del cráneo, del rostro, y aun de toda la figura externa, no notamos nada que se diferenciase de los otros hombres. Se nos dijo que el propietario de esta cabeza había pasado por hombre de treinta y cinco años, que durante todo este tiempo había comido y bebido como los demás, que había hablado muy alto, vestidose muy bien, reído con mucha frecuencia, y en ciertas ocasiones desempeñado pasablemente su papel en los saraos y las tertulias. Al oír esto, uno de la asamblea dijo, que un círculo de damas lo había considerado como erudito. Murió en la flor de su edad, de un garrotazo de un rico comerciante, por haber observado que se mostraba algo más que civil con su mujer.

Después de haber examinado muy detalladamente esta cabeza y todas sus divisiones, volvimos á poner el cerebro en su lugar, y la dejamos separada sobre un pedazo de paño escarlata, para que sufriese las preparaciones necesarias, y colocarla después en un gabinete de disecciones anatómicas. Además, el cirujano nos dijo que la preparación no sería tan difícil como la de las otras cabezas, visto que la mayor parte de los vasos y tubos que atraviesan el cerebro, estaban ya bastante impregnados de una substancia mercurial, que él consideraba como azogue.

Se puso en seguida el cirujano á diseccionar el corazón de la coqueta; pero antes nos previno que nada en su arte era más dificultoso que abrir corazones de esta especie, y exponer bien todas sus partes á los ojos de los espectadores; á causa de la infinidad de laberintos, pliegues y repliegues que en él se encuentran, y que no existen en el corazón de ningún otro animal.

Después de haberlo abierto con su acostumbrada delicadeza, nos pidió que observásemos el pericardio ó cubierta exterior del corazón, lo cual hicimos atentamente; y con ayuda de nuestros lentes, vimos millones de cicatrias pequeñas que parecían haber sido hechas por las puntas de multitud de dardos y de flechas, lanzadas contra esta membrana; pero no pudimos descubrir el más pequeño orificio, por medio del cual hubiesen pasado estos tiros hasta el corazón.

Todos los que tienen alguna tintura de anatomía, saben que el pericardio ó bolsa del corazón, contiene un licor rojizo y claro, que se cree ser el producto de las exhalaciones que se evaporan del corazón, y que se condensan en esta substancia acuosa. Cuando fué examinado este humor, se halló que contenía todas las cualidades del espíritu de vino, usado en los termómetros que señalan los diferentes cambios del tiempo.

No debo olvidar una experiencia que uno de los concurrentes nos dijo haber hecho con este licor, que encontró en grande abundancia en el corazón de una coqueta que había diseado. Asegurónos que lo había vaciado en un tubo pequeño, como el de un termómetro, y que en vez de señalar las variaciones de la atmósfera, designaba las cualidades de las personas que se hallaban en la pieza en donde estaba suspendido. Agregó que este licor se elevaba á la cercanía de una pluma, de una mantilla, de un par de guantes, y que bajaba luego que aparecía en el cuarto una cabeza mal peinada, un par de zapatos gruesos ó un vestido á la antigua, y aun aseguró que cuando él reía cerca de este licor, subía sensiblemente, ó bajaba con prontitud luego que recobraba su aire serio. Finalmente, trató de persuadirnos que por medio de este instrumento podía conocer si en la pieza había un hombre de buen sentido ó un fatuo.

Después de bien examinado el pericardio y considerado el licor que en él se hallaba, vinimos al mismo corazón. La superficie exterior era tan lisa y resbalosa, y la punta tan fría, que cuando quisimos agarrarlo se escapó de nuestras manos como un pedazo de nieve. Las fibras se hallaban más intrincadas que las de los otros corazones, y el de esta coqueta parecía formar un verdadero *nudo gordiano*, de modo que sólo pudo tener en vida palpitaciones y movimientos muy irregulares. Cuando examinamos todos los vasos que salían de este corazón y los que penetraban en él, no pudimos descubrir ninguna comunicación con la lengua, lo cual nos pareció cosa muy extraordinaria. Al mismo tiempo se nos hizo observar que varios de aquellos pequeños nervios que contribuyen á las sensaciones del amor, el odio y otras pasiones, no bajaban del cerebro, sino de los músculos situados alrededor de los ojos.

Tomé yo este corazón en la mano para estimar su peso, y me pareció tan ligero, que desde luego supuse que habría en él mucho sitio hueco. En efecto, el interior estaba lleno de cavidades y celdillas que entraban unas dentro de otras, asemejándose á las mil

divisiones que los historiadores dan á la glorieta de *Rosamonda*. Varios de estos pequeños huecos estaban llenos de bagatelas que me sería imposible detallar. Se nos dijo que la propietaria de este corazón, recibía las solicitudes de todos los que la enamoraban, y que no sólo daba á todos esperanzas, sino que insinuaba á cada uno en particular que él era el preferido; y por esta razón esperábamos ver los retratos de infinidad de personas en la multitud de recessos y pliegues de este corazón; pero nos sorprendimos de no hallar la menor señal de imagen, hasta llegar al centro, en donde vimos, con ayuda de nuestros microscopios, un hombrecillo, vestido de una manera extraordinaria. Mientras más lo examinaba yo, más me parecía haberlo visto antes, pero no podía recordar cuándo ni dónde, hasta que uno de la compañía, que lo examinó más de cerca, nos hizo ver claramente, por la forma de sus facciones y varias señales de su rostro, que el idolito colocado en el centro de este corazón, era el polímetro cuyo cerebro acabábamos de diseccionar.

El cirujano terminó su operación, y nosotros nun no podíamos determinar la naturaleza de un corazón tan diferente del de las otras mujeres, y por eso determinamos hacer algún experimento que nos descubriese su substancia. Lo pusimos, pues, sobre carbones hechos ascuas, y en vez de consumirse, vimos que permanecía intacto; y de esto concluimos que poseía las cualidades de la salamandra, y que habría podido vivir en medio del fuego y de las llamas sin quemarse.

Cuando admirábamos tan extraño fenómeno, formados en círculo, dejó escapar este corazón un profundo suspiro, ó más bien estallido, y repentinamente se disolvió en humo. Este imaginario estallido, que me pareció más fuerte que el de un cañonazo, produjo en mi cerebro un sacudimiento tan fuerte, que desperté y no pude dormir más.

DISTRIBUCIÓN DE RECOMPENSAS POR LA DIOSA  
DE LA JUSTICIA.

ALEGORÍA.

*(Versión del inglés de Addison.)*

Paseándome en uno de los jardines públicos de esta capital, (a) fijé la atención en varios hombres de edad, que no han podido alcanzar reputación en el mundo, ni bienes de fortuna considerables; y por otra parte, no pude menos de murmurar de la repentina elevación de personas de menos edad que la mía, y de la desigualdad de riquezas, honores y otras conveniencias de la vida. Hallábame absorto en este pensamiento, cuando sobrevino la noche, y sumergió mi alma en una contemplación mucho más agradable. El cielo, lleno de esplendor, presentaba un hemisferio estrellado, extremadamente grato al que se complace en el estudio de la naturaleza. La noche era fría, la atmósfera transparente; se distinguían las constelaciones con la mayor claridad, y las estrellas despedían todo su brillo. No pude mirar escena tan asombrosa, adornada, y por decirlo así, iluminada, sin entregarme á propias meditaciones, sobre el Autor de tan luminosos y sorprendentes objetos. En ocasiones como éstas, la filosofía sugiere motivos á la religión, y la religión aumenta el placer de la filosofía.

Luego que mi alma recobró su serenidad, me retiré á mi casa con la satisfacción de haber pasado algunas horas en pensamientos propios de un ser racional, y prometiéndome que el sueño me sería grato. Apenas me quedé dormido, cuando tuve una vision, pues no sé cómo llamarla, que parecía prolongar mi meditación de por la tarde, pero con circunstancias tan solemnes y serias, que no puedo dejar de referirlas, aunque debo confesar que el desvarío de la imaginación me presentó, como por lo regular sucede en los sueños, algunas cosas extravagantes.

Figuréme que veía yo la misma atmósfera azulada, sembrada de los luminosos globos que había yo contemplado poco antes. Consideraba yo atentamente aquel signo celeste conocido bajo el nombre de *Líbra*, cuando de pronto adquirió una claridad extraor-

(a) Londres.

dinaria, como si el sol hubiese salido á medianoche. Por el aumento de su tamaño y resplandor, conocí que se acercaba á la tierra, y al fin pude discernir en medio de él, una cosa como aureola, y á poco percibí distintamente la figura de una mujer. Al principio me imaginé que este objeto podría ser el ángel ó inteligencia que guiaba la constelación sobre la cual bajaba; pero examinándolo más de cerca, vi á su redor todos los emblemas con que suele pintarse á la diosa de la justicia. Su aspecto era sumamente respetable y majestuoso, pero de exquisita belleza para los ojos fuertes que podían fijar en ella la vista; su sonrisa ensenaba de raptó, y su ceño causaba terror y desesperación. Tenía en la mano un espejo dotado de las mismas cualidades del que los pintores ponen en manos de la verdad.

Este espejo derramaba una luz que sobresalta entre todos los resplandores que rodeaban á la diosa, como un relámpago en la mitad del día. Al vibrarlo en su mano diestra, iluminaba los cielos, el aire ó la tierra. Cuando la diosa había bajado lo suficiente para ser vista y escuchada de los mortales, quiso, á fin de hacer más soportable el claror de su pomposa presencia, arrojar alguna oscuridad y nubes en redor suyo, lo cual templó la luz, y ésta tomó mil hermosas sombras y colores, de modo que el brillo, que poco antes deslumbraba con la mayor fuerza, se multiplicó en infinita variedad de aureolas más apacibles.

Entretanto, el mundo se alarmaba, y sus habitantes se reunían en un extenso llano, de modo que todas las razas parecían estar delante de mis ojos. Escuchóse una voz de las nubes, declarando que el intento de esta visita, era restituir á cada uno lo suyo, poniéndolo en posesión de lo que le pertenecía. El temor y la esperanza, el pesar y la alegría, que se dejaron ver en aquella inmensa multitud después de esta solemne declaración, no pueden expresarse. Publicóse entonces el primer edicto, que mandaba, «que todos los títulos y pretensiones á riquezas, bienes raíces, ó á parte de ellos, se posesiesen desde luego en posesión de sus legítimos propietarios». Dada esta orden, los habitantes de la tierra elevaron los diferentes documentos de sus posesiones, ya de papel, ya de pergamino, sellados con lacre, ó de cualquiera otra materia. La diosa vibró el espejo de la verdad, para que por medio de su luz, examinase la multitud aquellos testimonios. Los rayos de este espejo tenían la virtud particular de prender fuego á todo lo que era fraude y falsedad. El incendio de papeles, la fundición de sellos, el crujido de los pergaminos, formaban

una singular escena. Á veces el fuego devoraba dos ó tres líneas sin pasar adelante; y no pude menos de observar, que las llamas destruían principalmente las interlineas y los codicilos. Al vibrar hacia abajo el espejo, la luz entraba en los rincones y parajes más recónditos y obscuras del universo, y por este medio se descubrieron muchos escritos, memorias y testamentos que habían sido ocultos ó sepultados por el tiempo, la casualidad ó la malicia. Esto ocasionó una asombrosa revolución en el pueblo. Al mismo tiempo, los despojos de estorsión, fraude, robo, con todos los frutos del cohecho, del soborno y de la corrupción, fueron amontonados en una prodigiosa pirámide que casi tocaba las nubes, y fué llamada *Montaña de la restitución*, al pie de la cual se llamaron á las personas perjudicadas para recibir lo que les pertenecía. Se veían llegar allí sujetos andrajosos, y cambiar vestidos con personas llenas de encajes y de bordados. Varios que estaban en *pelata* (*plene*) ó muy cerca de estarlo, se vieron de pronto dueños de una moderada fortuna; muchos que habían vivido sobrecargados de riquezas y de haciendas, quedaron reducidos á gastar únicamente lo necesario. Lo que más me interesó, fué ver cierta calle que disfrutaba en Europa del mayor crédito, declararse de cabo á cabo en quiebra.

La segunda orden fué para que todas las familias se formasen en grupos separados, y apenas se hubo esto ejecutado, cuando salió un edicto para que todos los hijos quedasen á cargo de sus verdaderos padres. Esto puso en movimiento á una considerable parte de la asamblea, pues al púso que el espejo derramaba su luz sobre las personas, inspiraba á cada cual un instinto irresistible, que le daba á conocer á sus reales aunque ilegítimos padres. Fué espectáculo muy melancólico, ver á padres de numerosa familia quedarse sin hijos; á solteros espantados de verse con una carga de ellos; á los presuntos herederos de grandes bienes, pedir la bendición y besar la mano á su cochero, y á célebres bellezas rendir obediencia paternal á su *camarero*. Muchos que habían hecho voto de vivir célibes, se vieron rodeados de numerosa descendencia. Este cambio de parentesco habrjá causado lamentos mucho mayores, si no hubiese sido porque la calamidad pareció muy común, y porque generalmente aquellos que perdieron sus hijos, tuvieron la satisfacción de verlos en manos de sus más íntimos y apasionados amigos. Apenas habían sido puestos los hombres en posesión de sus bienes y de su progenie, cuando salió el tercer edicto, ordenando que todos los empleos de

dignidad y honor, fuesen conferidos á las personas de mayor mérito y habilidad. Los sujetos de buena figura, los fuertes y los ricos, fueron los primeros que avanzaron; mas no siendo capaces de soportar el resplandor del espejo que les batía las caras, se retiraron inmediatamente entre la muchedumbre; pero como la diosa examinaba á todos con el espejo, del mismo modo que el águila ensaya á sus aguiluchos por medio del sol, era curioso ver que desviaban el rostro del espejo todos aquellos que no se habían distinguido por su virtud, talento ó idoneidad. Esta selecta asamblea se formó en el centro de una prodigiosa multitud que se había agolpado para observarla, del mismo modo que se amontonan los ociosos para ver el manejo de arma de algún regimiento. Aquella asamblea estaba dividida en tres cuerpos: el primero comprendía á los sujetos virtuosos; el segundo, á los literatos; y el tercero, á los hombres de negocios. Era imposible fijar la vista en el primer cuerpo, sin una secreta veneración; los sujetos que lo formaban, tenían un aspecto tan dulcificado con humanidad, elevado con contemplación, animado con firmeza, y ennoblecido con los más gratos modales, como suelen serlo todas estas cosas cuando proceden de secretos hábitos de virtud. No pude menos de notar que muchos de estos rostros eran desconocidos, no sólo á la multitud, sino aun á varios de su mismo cuerpo.

En la segunda columna, que consistía de sabios y literatos, hubo tantas disputas con motivo á la formación de ellos en filas ordenadas, que sólo pudieron entrar en orden por un mandato positivo de la diosa, la cual dispuso que los genios supremos y de mayor potencia fuesen colocados á la cabeza de la columna. Detrás de estos vinieron los que habían mejorado sus almas contemplando los escritos y pensamientos ajenos. A retaguardia quedaron los hombres cuya fantasía era mayor que su buen juicio, y su lectura mayor que su entendimiento. Todos los autores vivos de algún mérito, fueron colocados en una de estas clases; pero no pude menos de sorprenderme al ver la mala acogida que se dió á un numeroso cuerpo de críticos, comentaristas y gramáticos, los cuales de por sí habían formado un gran cuerpo, y con bastante arrogancia exigían el primer lugar en la columna de la ciencia; mas la diosa en vez de escuchar su pretensión, convirtió sus vestidos en libreas, y les ordenó que en lo sucesivo se contentasen con no ser más de lacayos de los sabios. La tercera columna era de hombres de negocios, y consistía de

capacidades militares y civiles. Los militares, separándose del resto, se colocaron á la cabeza, lo cual no gustó á los demás, pero éstos no se atrevieron á disputarles el puesto. Hice varias observaciones tocantes á este último grupo, pero me asistían motivos particulares que no me permitían darlas á luz. El público se sorprendió, hallando muchísimas caras nuevas en los puestos más eminentes, y yo alegréme mucho de ver que todos mis amigos, ó conservaron sus actuales cargos, ó fueron elevados á otros más eminentes.

Luego que la diosa hubo distribuido justicia al sexo masculino, desapareció éste de la escena, y de pronto cubrióse el llano de infinitud de mujeres. Tan encantadora multitud llenó mi alma de indecible placer, y como la luz celestial del espejo les daba en el rostro, muchas parecían más bien ángeles que habían bajado acompañando á la diosa, que seres humanales sujetos al juicio de aquella. El susurro de las lenguas y la confusión de voces fueron tan grandes en esta nueva asamblea, que la diosa se vió obligada á imponer silencio repetidas veces, antes de lograr que atendesen á sus edictos. Todas conocían muy bien que el negocio más importante para ellas iba á establecerse; es decir, la *primacia*. Esto suscitó infinitas disputas y alboroto en todo el sexo. Cada una produjo sus títulos ó hizo valer sus pretensiones: nacimiento, hermosura, talento ó riqueza, fueron las palabras que de un extremo á otro aturdirieron mis oídos. Algunas exaltaron el merito de sus maridos, otras su propio poder en gobernarlos. Estas elogiaron su immaculada virginidad, aquellas su numerosa descendencia. Varias se jactaron de ser las madres, y otras las hijas de personas ilustres. No hubo perfección ni prendas de ninguna especie que no se mencionasen, ó que no fuesen puestas en obra.

El canto, el baile, las miradas cariñosas, la sonrisa, el juego del abanico, éstas y todas las demás artes irresistibles que practican las mujeres para cautivar el corazón de los hombres, encontraron allí ocasión de lucir. La diosa, para terminar la disputa, ordenó « que cada una tomase lugar según su más ó menos grado de hermosura ». Esta orden procuró la mayor satisfacción á toda la asamblea, y cada dama se enderezó, levantó la cabeza y apareció con todas sus gracias. Las que se consideraban garbosas en sus movimientos, hallaron ocasión para dar algunos paseos ó fingir algunos tropezones, á fin de que sus personas fuesen vistas desde el punto de vista más ventajoso. Las que po-

sean gargantas y cuellos hermosos, mostraron una irresistible curiosidad de ver las partes más distantes de la asamblea, y se empujaron sobre las cabezas de la multitud. Varias llevaron su mano á la frente, procurándose sombra, como para ayudar sus ojos, y ver mejor á la diosa, pero en realidad para mostrar sus pulidas manos y brazos. Todas las damas resintieron un regocijo aún mayor, cuando escucharon que para decidir esta gran controversia, cada una pudiese ser su propio juez, y tomar lugar según la opinión que formase de sí misma, al consultar con el tocador ó espejo de la verdad.

La diosa dejó caer entonces el espejo de la verdad en forma de una cadena, que se extendía á medida que bajaba y acercaba á los ojos de los circunstantes. Este espejo tenía la particular virtud de destruir todas las falsas apariencias, y de retratar á las personas tales cuales eran. La diosa comunicó tan diversos movimientos al espejo, y lo colocó bajo tan distintas luces, que cada persona tuvo oportunidad de verse y examinarse.

Es imposible describir la rabia, el placer, el asombro que apreciaron en cada figura al mirarse en el espejo. Muchas damas se sobrecogieron de su propia forma, y habrían roto el espejo si hubiesen podido alcanzarlo. Otras vieron marchitas sus facciones, y su propia admiración cambió en fastidio y aborrecimiento. La dama que pensaba ser grata á todos los ojos cuando se mostraba colérica, y que era celebrada como mujer enérgica, se espantó de su propia imagen, y creyó que veía en el espejo á una furia. La codiciosa é interesada mancha vió á una arpa, y la sutil coqueta á una esfinge. Mi corazón sufrió mucho al ver tanta destrucción de bellos rostros; mas al mismo tiempo tuve el gusto de ver aumentada la belleza de varias conocidas mías que siempre he considerado como obras perfectas de la naturaleza. Observé que algunas pocas, bastante humildes, no se sorprendieron de sus propias perfecciones, y que muchas que habían vivido en el retiro y severidad de una vestal, brillaron con todas las gracias y atractivos de una sirena.

La asamblea se dividió en tres cuerpos, solteras, casadas y viudas; las casadas en medio, las solteras á la derecha, y las viudas á la izquierda, aunque costó mucho trabajo impedir que estas dos últimas secciones no invadiesen el centro. La diosa expidió varios edictos cuyo tenor he olvidado, y sólo dos quedaron en mi memoria, tanto por lo extraordinario de ellos, como por haberse ejecutado con la mayor severidad. El intento de la diosa

fué hacer un ejemplar en los dos extremos del mundo femenino; es decir: de aquellas mujeres que se muestran muy severas respecto de la conducta de las demás, y de las que descuidan la suya propia. La primera sentencia que la diosa pronunció fué: « que toda mujer aficionada á la censura y la detracción, perdiese el uso de la palabra, y castigo muy suficiente para las culpables, y que desarráigaba completamente el crimen. Con este edicto, que se ejecutó sin retardo, el yocoo de la asamblea disminuyó considerablemente. Fué en efecto, espectáculo muy melancólico, ver convertidas en mudas á tantas que habían gozado la reputación de rígida virtud. Una dama que estaba á mi lado y vió mi consternación, me dijo que se asombraba de que yo tomase tanto interés por semejante hato de.... Por el movimiento de su cabeza deduje que iba á pintarme los caracteres de sus compañeras; pero su repentino silencio me dió á conocer que acababa de perder el uso de la lengua. Esta calamidad hizo principalmente estrago entre aquellas mujeres conocidas bajo el nombre de gazmoñas y devotas. La segunda sentencia pronunciada contra la parte relajada del sexo, fué: *que inmediatamente apareciesen con los resultados de sus frigididades, todas las que las habían tenido.*

Esto presentó un espectáculo muy jocoso; y las incontinencias que reveló fueron tantas, que las damas que habían perdido el uso de la lengua, sintieron más que nunca no poder hablar, bien que al mismo tiempo, pues los cuidados rara vez vienen solos, muchas de las mudas se vieron atacadas de esta nueva calamidad.

Esta visión duró hasta mi usual hora de despertar y no fué para mí poca sorpresa el verme enteramente solo, después de haber pasado la noche en medio de tan prodigiosa multitud.

#### CONVENIENTE EMPLEO DEL TIEMPO.

(Versión del inglés de Addison.)

Comparando á solas la industria del hombre con la de los demás seres, hice la reflexión de que á pesar de ser en nosotros un deber el vivir en continua ocupación, los animales pequeños, llevados puramente del instinto, nos sacan sin embargo mucha ventaja en el particular, y somos tanto menos excusables cuanto

que tenemos mayor variedad de cosas en que ocuparnos. La razón nos abre un campo ilimitado de negocios, que los otros animales no son capaces de desempeñar. Las bestias de presa, y aun creo todas las otras especies, en su natural estado de existencia, dividen su tiempo entre la labor y el descanso; siempre trabajan ó duermen. En una palabra, todo el tiempo que no duermen, lo emplean en busca de sustento ó en consumirlo. Sólo entre los hombres, con gran desdoro de nuestra naturaleza, se oyen repetidas quejas de que « el día es largo y pesado; que no saben qué hacerse, ni cómo pasar el tiempo », y otros semejantes murmullos vergonzosos que se oyen en boca de los que se denominan « seres racionales ». ¡ Cuan censurables no son tales expresiones en boca de criaturas que tienen las ocupaciones del alma como las del cuerpo para emplear el tiempo convenientemente; criaturas que, además de los quehaceres de su empleo ó profesión, pueden dedicarse á los deberes de la religión, de la meditación, de la lectura de libros buenos y útiles y en plática con sus semejantes! Criaturas que pueden ejercitarse en una ilimitada prosecución de conocimientos y virtudes, y llegar á ser cada hora más discretos, más sabios y mejores de lo que eran antes!

Después de haber ocupado largo rato mi pensamiento con reflexiones de esta naturaleza, tomé, según mi costumbre, un libro para entretenerme y preparar mi alma al sueño. El autor que esta vez me cupo en suerte fué Luciano, cuyo « Diálogo de los Muertos » me entretuvo durante una hora, y esto produjo probablemente en mí el siguiente sueño.

Figuréme que era yo conducido á la entrada de las regiones infernales, en donde vi á Radamanto, uno de los jueces de los muertos, sentado en su tribunal. A su izquierda estaba el portero del infierno, y á su derecha el del Eliseo. Supo que el juez ocupaba aquel día su asiento para juzgar á multitud de mujeres que habían llegado y esperaban se les señalase el lugar de su mansión. Me sorprendió oírle hacer á cada una la misma pregunta; es decir: qué era lo que había hecho durante su vida. Habiendo dirigido esta pregunta á toda la asamblea, unas á otras se fijaron la vista sin saber qué responder. Señora, dijo á la primera, Vd. ha vivido en la tierra más de cincuenta años; ¿ qué es lo que Vd. ha hecho allí durante todo este tiempo? « ¿ Qué es lo que he hecho! dijo ella, realmente no lo sé: pido que se me conceda algún tiempo para refrescar mi memoria. » Después de media hora, dijo, que se había ocupado en rizar el cabello;

y Radamanto ordenó al portero de la izquierda que se hiciese cargo de ella. « Y Vd., madama, dijo el juez, que fija la vista con aire tan dulce y cariñoso, y que creo ha venido á este lugar á los veintinueve años, que es lo que ha hecho durante todo este tiempo? » « Yo, contestó, tuve mil cosas entre manos, habiendo pasado los doce primeros años de mi vida en vestir á una muñeca de goztes, y los restantes, en leer comedias y novelas. » « Muy bien, dijo Radamanto; ha empleado Vd. su tiempo lindamente. Fuera con ella! » La que siguió fué una sencilla ranchera. « Y bien, señora Tomasa, dijo el mismo, ¿ que es lo que Vd. ha hecho? » « Voy á dar á Vd. gusto, señor. Yo no llegué á vivir cuarenta años completos; pero con todo, regalé á mi marido siete hijas; le amasé nueve mil quesos, y dejé con él á mi hija mayor para que cuide la casa durante mi ausencia, y sin vanidad puedo decir, que es una excelente ama de gobierno. » Radamanto se rió de la simplicidad de la buena mujer, y mandó al portero del Eliseo que la tomase á su cargo. « Y Vd., bella dama, dijo el juez, que es lo que ha hecho durante estos treinta y cinco años? » « Yo, señor, no he hecho ningún daño; puedo asegurárselo á Vd. » « Muy bien, ¿ pero qué es lo que Vd. ha hecho? » La dama se llenó de confusión á esta pregunta, y no sabiendo qué contestar, los dos porteros avanzaron á un mismo tiempo y la tomaron uno de la mano izquierda y otro de la derecha, con pretensión de llevarla uno al Infierno y otro al Eliseo; pero Radamanto, observando en su aspecto y conducta una ingenua modestia, dijo á ambos que la soltase, y mandó ponerla de lado para volver á examinarla cuando estuviese más desocupado. Una mujer de un mirar agrio y orgulloso se presentó ante el juez, y éste le preguntó qué era lo que había hecho. « Yo, contestó, he vivido ciertamente sesenta años en un mundo muy malvado, y me dieron muchas cóleras dos hijos petulantes. Pasé la mayor parte de mis últimos años en condenar las locuras de los tiempos; día por día censuraba yo la necia conducta de mis conocidos y de las gentes que trataba, con el fin de impedir que cayesen en semejantes errores é impropiedades. » « Muy bien, dijo Radamanto; ¿ pero tuvo Vd. el mismo ojo vigilante sobre sus propias acciones? » « Á la verdad, señor, contestó, estaba yo tan ocupada en publicar las fallas del prójimo, que me faltaba tiempo para considerar las mías. » « Madama, dijo Radamanto, sírvase Vd. avanzar hacia la izquierda, y dejar lugar á esa venerable matrona que está detrás. Señora anciana, dijo el

juez, me parece que es Vd. ochentona. Ya ha oído Vd. la pregunta; ¿ qué es lo que ha hecho Vd. en el mundo durante tan largo tiempo? » « Ah, señor, contestó, hice lo que no debí haber hecho; pero siempre fué mi ánimo cambiar de vida, y si no hubiese yo sido arrebatada prematuramente,.... » « Señora, dijo el juez, tenga Vd. la bondad de seguir á la dama que acaba de partir; » y viendo á otra de la misma edad, le hizo la reiterada pregunta, á la que contestó: « He sido mujer de un hombre que me fué tan querido en mis postreros años como en mi juventud. He sido madre muy afortunada con mis hijos, á los que educué con el mayor esmero, enseñándoles todo lo bueno. Mi hijo mayor es adorado de los pobres y amado de todos los que lo conocen. Viví dentro de mi propia familia, y le he dejado más riquezas de las que encontré. » Radamanto, que conocía el mérito de aquella señora, se sonrió al escucharla; de modo, que el portero del Eliseo, que sabía su deber, le alargó la mano. Apenas la hubo tocado, cuando las arrugas de la anciana desaparecieron, sus ojos brillaron, sus mejillas se inflaron tomando el color de rosa, y toda ella apareció en completo verdor y hermosura. Una joven, al ver que el portero del Eliseo poseía en tal grado el arte de embellecer, suspiraba por verse en sus manos, y abriéndose camino con algún trabajo por entre la multitud, fué la primera que se presentó al juez, quien habiéndole preguntado qué había hecho durante los veinticinco años que había pasado en el mundo, respondió: « Luego que llegué á mis años de discreción, hice cuanto pude por parecer amable y tener muchos admiradores. Con la mira de conseguirlo, pasé mi tiempo embotellando especias, inventando jabones, moliendo cascarrilla, mezclando colores, poniéndome lunares postizos, consultando mi espejo, adornándome con arreglo al color de mi cutis, descubriendo mi seno cuanto más podía, apretándome el corpiño, ajustándome el calzado,.... Radamanto no quiso oírlo más, é hizo señal al portero negro para que cargase con ella. Apenas éste la había tocado, cuando sus colores se desvanecieron, su rostro se llenó de arrugas, y toda su persona tomó la figura más desagradable.

« Estando en esto, fui sorprendido por un vecco distante, de multitud de mujeres, riendo y bailando. Entróme el mayor deseo de conocer el recibimiento que se les haría, y también mucho temor de que Radamanto hiciese cesar pronto su alegría; pero el ruido, que hicieron al acercarse fue tan grande, que desperté.

Estuve algún rato considerando en la rareza de este sueño, y no pude menos de preguntarme á mi mismo : ¿ Qué es lo que hago en el mundo? y mi respuesta fué : Escribir papeles de esta naturaleza. Concluiré el presente, recomendando á mis compatriotas que se dirijan á sí mismos igual pregunta: Si cada uno lleva con frecuencia la mano á su corazón y considera lo que hace en aquel instante, sentirá impulsos para no proseguir en aquellos ociosos, ó lo que es peor, viciosos momentos de vida; su alma, en los instantes mismos de entregarse á una serie de pensamientos indiferentes ó permitidos, se verá elevada; y si tal toque de pecho lo verifique en momentos de ocupaciones útiles y laudables, se sentirá más gustoso y animado; en una palabra, aligerará mucho aquella culpa que los mejores hombres reconocen con razón en sus diarias confesiones, y que consiste en *no haber hecho aquí las cosas que debieron hacer, y ejecutado otras que no debieron poner en obra.*

#### MÉRITO COMPARATIVO DE AMBOS SEXOS.

(Versión del inglés de Addison.)

Entre las reglas de Longino, ninguna me admira más que la que aconseja á un autor, deseoso de alcanzar lo sublime y de transcurrir su nombre á la posteridad, que considere, si tiempo de componer, lo que Homero ó Platón, ó alguna otra celebridad literaria, podría haber dicho ó pensado en la misma ocasión. Con frecuencia he observado yo esta regla, tanto respecto de los mejores autores antiguos, como de los modernos; pero el público, y no yo, podrá juzgar si lo he hecho con alguna ventaja. Con todo, me aventuro á decir, con M. Dryden, cuando declara haber seguido el estilo de Shakespeare, que tratando de imitar tan grandes autores, he sacado siempre algún privaccho. Por este medio he renovado también varias maneras antiguas de escribir que, aunque muy instructivas y entretenidas, habían sido puestas de lado y olvidadas hace muchos años. Mencionaré ahora únicamente aquellas alegorías en que las virtudes, los vicios y las pasiones humanas, aparecían como reales actores.

Para que una alegoría sea agradable é instructiva, la fábula debe ser ante todo, perfecta, y verse llena, si es posible, de cam-

bios y sucesos sorprendentes. En segundo lugar, debe cimentarse en asuntos morales, y prestarse á reflexiones nuevas que aumenten su valor.

Queriendo imitar una vez el estilo de Spencer, compuse una fábula de personas y caracteres imaginarios, fundándola en la trillada disputa sobre mérito comparativo y las excelencias entre los dos sexos, cada uno de los cuales ha tenido sus abogados entre los hombres de letras. Pues que no tengo tiempo para concluir esta obra, presentaré al lector la fábula desnuda, reservando las decoraciones del verso y la poesía para otra oportunidad.

Compitiendo una vez los dos sexos por la superioridad, llegaron á declararse una guerra conducida principalmente por los auxiliares de ambos. Los Varones se hallaban formados á la izquierda de una llanura, y las Hembras á la derecha, dejando en medio un espacio considerable para la lucha de sus respectivos auxiliares. En las dos extremidades de aquel espacio, estaban acampados varios cuerpos de fuerzas neutrales, que esperaban el éxito de la batalla para declararse según les pareciese mejor.

El principal cuerpo de los Varones auxiliares lo mandaba la Fortaleza, y el de las Hembras la Hermosura. La Fortaleza comenzó la contienda; pero pronto desculrió, á costa suya, que en las miradas de la Hermosura había una especie de sortilegio que anonadaba sus fuerzas; y en efecto, la Hermosura, con su sonrisa y sus miradas, la debilitó de tal modo, que la desarmó completamente, y habría pedido cuartel si no hubiese sido por la Sabiduría que vino en socorro suyo. La Sabiduría mandaba el ala derecha de los Varones, y habría alcanzado la victoria, á no habersele opuesto la Astucia, que mandaba el ala izquierda de las Hembras auxiliares. La Astucia era jefe de ingenieros en el bello ejército; pero esta vez recibió orden de contrarrestar los ataques de la Sabiduría. Era cosa muy entretenida ver las maniobras de ambas antagonistas; la conducta de la una, y las estratagemas de la otra. Nunca se había visto una contienda más igual; de modo que los espectadores daban á veces la victoria á la Sabiduría, y otras á la Astucia, bien que la ventaja más declarada la obtuvo la última.

Entretanto, el conflicto era terrible á la izquierda del ejército, en donde la batalla comenzó á decidirse en favor de los Varones. Esta ala era mandada por un oficial experto y maduro, llamado Paciencia, y el ala de las Hembras, por un general conocido hájo el nombre de Escarnio. Éste, aunque peleaba á manera de los



partos, sacó la ventaja al principio; pero cansado con las largas persecuciones y repetidos ataques del enemigo, que había sido rechazado cien veces y otras tantas vuelto á la carga, pensaba ya en rendirse; pero repentinamente comenzó á moverse un cuerpo de fuerzas neutrales, mandadas por un general corpulento y feo llamado Lujuria, que no daba cuartel á amigos ni enemigos. Un cuerpo de fuerzas femeninas marchó á oponérsele, mandado por un general que tenía el aspecto de un serafín y el nombre de Modestia. Este bello héroe se veía asistido de otro jefe más fuerte y varonil, llamado por los hombres Honor, y por los dioses Orgullo. Hizo este último una obstinada defensa, y rechazó al enemigo más de una vez; pero al fin se rindió á discreción.

El formidable monstruo después de haber deshecho escuadras enteras del ejército femenino, atacó á los varones, entre los que hizo destrozos aun mayores. El general que le hizo resistencia, llamado Razón, trajo contra aquel enemigo todas sus fuerzas, y tuvo indecisa la batalla por algún tiempo; pero al fin abandonó el campo.

Después de gran carnicería por ambos lados, los dos ejércitos convinieron en reunirse contra el enemigo común, y para llevarlo á efecto eligieron una banda selecta, poco numerosa, que de común acuerdo fué puesta bajo las órdenes de la Virtud, y en pocos momentos rechazó fuera del campo al horrible monstruo.

Cuando éste huía derrotado, otro general neutro, cuyo nombre era Amor, se puso en movimiento y se colocó entre los dos ejércitos. Este general mandaba un cuerpo de diez mil niños alados, que arrojaron sus flechas indistintamente entre los dos bandos. Las heridas que producían con sus dardos, en vez de ser envenenadas, eran gratas, y su efecto tan extraño que infundían un espíritu de amistad y reconciliación entre los dos sexos. Ambos ejércitos se sintieron entonces inclinados á amarse mutuamente, y arrojaron sus armas con lágrimas de alegría, como si desearan olvidar todas las animosidades y darse mutuos abrazos.

El último general de las fuerzas neutrales que apareció en el campo, fué Himeneo, que venía á retaguardia del Amor, y favoreciendo las buenas inclinaciones que éste había inspirado, reunió las manos de ambos ejércitos. El Amor le acompañaba generalmente, y recomendaba á los dos sexos, par por par, á sus buenos oficios.

Pero así como vemos no pocos individuos que suelen revestir el uniforme de generales, sin las virtudes ni conocimientos que

reclama el arto militar, la Ambición y la Avaricia, tomaron luego las insignias y vestido del Amor, y por este medio engañaron á Himeneo, conduciendo á presencia suya varios pares que él nunca habría unido, si no hubiesen sido conducidos por los dos impostores.

#### IMPROPIEDAD DEL ORGULLO.

(Versión del inglés de Addison.)

No hay pasión que se escurra más imperceptiblemente en el corazón, ni que se oculte bajo más disfraces, que el orgullo. Por lo que á mí toca, pienso que si me hallo libre de algún vicio ó pasión, es del orgullo; aunque quién sabe si este juicio que formo de mí mismo, no procedo, en cierto modo, de este principio corrompido.

Siempre he visto con placer mezclado de asombro, aquella sentencia de la Sagrada Escritura: « El orgullo no fué hecho para el hombre. » No hay ciertamente situación ninguna en la naturaleza humana, bajo su condición presente, que no baste para extinguir en nuestros corazones, todas las semillas secretas del orgullo; antes por el contrario, á deprimir nuestra alma y reduciría al humilde estado que los escolásticos llaman anonadamiento de uno mismo. El orgullo no fué hecho para el hombre, porque el hombre es:

- 1.º Un pecador.
- 2.º Un ignorante.
- 3.º Un miserable ser.

Nada hay en su entendimiento, en su voluntad, ó en su presenta condición, que pueda inducir á ninguna criatura racional á dar entrada en su pecho al orgullo y á la vanidad.

Estas tres razones, por las cuales el hombre no debería ser orgulloso, son precisamente las que sirven de cimiento á su orgullo. Si no fuera pecador, no se vería sujeto á una pasión que nace de la depravación de su naturaleza; si no fuera ignorante, vería que no posee nada de que pueda envanecerse, ni manifestarse orgulloso, y si no fuera toda la raza humana miserable, no tendría á la vista aquellos miserables objetos de comparación, que son la causa de su orgullo, y hacen que un hombre se considere hecho de más fina pasta que los demás.

Un hombre juicioso debe contentarse con que su gloria se difiera hasta que él sea verdaderamente glorificado : cuando se disipe la obscuridad de su entendimiento ; cuando su voluntad sea santificada, y su dicha segura ; ó en otras palabras, cuando no sea pecador, ignorante, ni miserable.

Nada hace aparecer más ridícula á la naturaleza humana, á los ojos de los seres dotados de facultades superiores, que el orgullo, porque conocen de tal modo la vanidad de aquellas imaginarias ventajas que hinchan el corazón del hombre, tales como riquezas, condecoraciones, títulos, etc. que debe causar asombro que no se diviertan en su interior, al ver á un mortal inflado y enorguecido de sí mismo, por alguna de aquellas circunstancias casuales.

Para poner este pensamiento en su verdadera luz, imaginémosnos, lector, un montecillo de tierra, habitado por seres racionales muy pequeños, á manera de hormigas, y cada hormiga dotada de pasiones humanas. ¿ Como no reiríamos si escuchásemos á una que nos contase las genealogías, las distinciones y los títulos usados entre ellas? ¡ Observa, querido lector, cómo se divide todo el enjambre, y abre paso á la hormiga que atraviesa por en medio de la multitud ! Debes pues, saber, que es una hormiga de caidad, y que la sangre que circula por sus venas, es mejor que la de todas las hormigas que habitan el montecillo. ¿ No ves cuán sensible se manifiesta de semejantes distinciones ; con qué lentitud camina, y cómo toda la plebe del hormiguero se viene á cierta distancia del gran personaje ? Mira allí otra hormiga sobre una pequeña eminencia, desde donde contempla una numerosa hilera de trabajadores ; es el insecto más rico de esa parte del montecillo ; su propiedad territorial tiene media vara de largo, y media pulgada de ancho ; mantiene cien sirvientes y posee, por lo menos, quince granos de trigo en sus trojes ; se ocupa ahora de reprimir y castigar á la hormiga que está en presencia suya, y que por todo lo que podemos descubrir, es tan buena hormiga como ella misma.

¡ Pero allí viene un insecto de gran figura ! ¿ No ves una pajita blanca que lleva en la boca ? Has de saber que por nada de este mundo cambiaría él esta pajita ; ¡ oh ! si supieras todo lo que le ha costado adquirirla ! ¡ Observa cómo huyen en derredor suyo las hormigas de toda clase y condición ! Si se le desprendiese la pajita de la boca, verías cómo el numeroso círculo le volvía las espaldas, para seguir al que la tomase, y aun verías al depuesto mismo venir tras de su sucesor.

Ahora, si tienes deseo de ver las hembras del montecillo, fija los ojos sobre aquella hormiga que escucha al insecto que está á su derecha, y finge que desvía la vista de él. El insecto le dice que es una diosa ; que sus ojos brillan más que el sol, y que ella es árbitra de su vida ó de su muerte. Ella lo cree y adopta mil aircillos de vanidad. Observa la presunción de la hormiga que está á mano izquierda ; cargada de años, apenas puede arrastrarse ; mas ha de saber, que hace mucho aprecio de sí misma á causa de su nacimiento, y si prestas atención, verás cómo menosprecia á todos los que se le acercan. La presumida que está á su lado es una coqueta vivaracha, que ha cansado la desesperación de muchos insectos ; mira qué turba de amantes corre tras ella.

Terminaremos aquí esta escena imaginaria ; pero ante todo, para dar más fuerza al paralelo, supongamos que la muerte aparece sobre el montecillo, en figura de un gorrón, que se traga sin distinción, las hormigas de calidad y sus lisonjeros ; la hormiga millonaria y sus trabajadores ; el oficial de la pajita blanca y sus secuaces, con todas las diosas y bellezas del montecillo.

¿ No podríamos imaginarnos que los seres de naturaleza y dotes superiores, miran los ejemplos de orgullo y de vanidad, entre nuestra especie, desde el mismo punto de vista que los que habitan bajo la tierra ; ó valiéndome del lenguaje de un ingenioso poeta francés, de aquellos insectos que habitan el montón de tierra, que la vanidad humana ha dividido en climas ó regiones ?

#### LOS TRES CAMINOS DE LA VIDA.

(Versión del inglés de Addison.)

En vez de considerar circunstanciadamente tal ó cual pasión ó carácter en una sola serie de hombres, mis pensamientos se emplearon anoche en contemplar en general la vida humana ; y parecióme en verdad, que todos los hombres se ven precipitados por los mismos deseos, y empeñados en las mismas solicitudes, según las diferentes condiciones de la vida. La juventud se dedica á la sensualidad, la edad media á la ambición, y la vejez á la avaricia. Estos son los tres móviles tanto de los hombres buenos como de los malos, aunque debe reconocerse que cambian de nombre y refinan su naturaleza según el temperamento de la

persona que dirigen y animan; y así suele darse á la sensualidad el nombre de amor virtuoso, á la ambición el de verdadero honor, y á la avaricia el de cuidado previsivo de la posteridad. Este plan de ideas me divertí infinito hasta el momento de ir á la cama, y después se reprodujo en una grata visión, que paso á detallar de una manera ya seria, ya ridícula, según se presentaron los objetos á mi vista.

Soné que me encontraba en un bosque de tan prodigiosa extensión, y sembrado de tanta variedad de caminos y veredas, que todos los hombres se perdían descarrilándose en él. Después de haber ido y venido durante algún tiempo, llegué á un inmenso llano, ocupado por multitud de personas de ambos sexos. Descubrí tres anchos y dilatados caminos, que conducían á tres diferentes partes del bosque. Repentinamente la muchedumbre se dividió en tres cuerpos, según sus diversas edades, y cada cuerpo marchó hacia el respectivo camino que tenía delante. Como mi intento era conocer el término de estos caminos, y el sitio á que conducían, me uní á la asamblea que estaba en la flor y fuerza de la edad, y se denominaba *la banda de amantes*. Encontré, con gran sorpresa, que varios viejos, entre los que yo iba, se habían colado en esta agradable compañía; así como había antes observado que varios jóvenes se habían agregado á *la banda de los acariatos*, y marchaban por el sendero de la avaricia, bien que unos y otros hacen un papel muy ridículo, y prestaban mucho que reír, tanto á las personas con quienes se habían unido, como á las otras dos reuniones de que se separaban. El sendero que recorrimos por bosques espesos, tapices de flores, en donde se oía la melodía de las aves y el lejano susurro de riachuelos y cataratas, era tan grato, que encantó nuestros sentidos y embriagó nuestras almas de placer. No hablamos andado mucho, cuando cada hombre tomó por su cuenta una niña, á la cual ofreció sus tiernos votos y se declaró su amante. Percibimos que este delicioso tránsito se estrechaba á medida que lo recorríamos, hasta que terminó en multitud de sotos intrincados, enredados, y laberintos tan diversificados de rosas, zarzas, helechos de espigas, camas de flores, senderos escarpados y grutas agradables, que no es fácil decir si era mayor la perplejidad ó el placer que resentía el viajero. Aquí fué donde los amantes comenzaron á mostrar más fogosidad en la consecución de sus intentos. Algunas de sus queridas, que sólo por cubrir las formas y la decencia parecían resistir, los condujeron á sitios menos espesos y

sombrios, en donde, después de haber dado algunas vueltas y hecho varias demostraciones, les daban ellas la mano y consentían en ser conducidas por sus pretendientes. Otras huían de éstos, á lugares yermos, en donde las sendas eran tan confusas y crecidas, que muchos de ellos abandonaron su intento ó dieron fin á su vida. Era cosa divertida ver á veces á un hombre perseguir á una mujer, la cual seguía á otro, cuya vista estaba fija sobre un cuarto objeto que atendía á su propio juego en otro paraje del bosque. No pude menos de notar dos cosas que me parecieron muy singulares: primera, que varias personas que permanecían en el fin de las avenidas, y fijaban sobre las niñas miradas indiferentes, las atrapaban de pronto; á la vez que los que las perseguían con el mayor ardor, empleando artificios y rodeos, eran enteramente desgraciados; segunda, que algunos viejos que eran al principio vistos con aversión y desprecio, atrapaban en sus brazos á varias mujeres, quitándolas á los sujetos que ellas amaban y admiraban, y esto consistía en que aquellos hombres machuchos conocían muy bien los sitios secretos y los laberintos del lugar, y entrampaban en ellos á las mujeres. Había allí una foresta particular, llamada *el laberinto de las coquetas*, en donde muchas eran incitadas á la caza, pero muy pocos volvían con gaza po. Era cosa muy graciosa ver á tal ó cual celebrada hermosura que, por sonreír á éste, por dirigir una dulce mirada al otro, por hacer señas á un tercero, y por adaptar sus encantos y sus gracias á las diversas locuras de sus admiradores, atraía dentro del laberinto á una bandada de amantes que se perdían en las revueltas, sin hallar vereda por donde salir. Sin embargo, me fué muy satisfactorio ver que varias de estas hermosas, que habían engañado á sus amantes y dejados en los enredos del laberinto, se vieron ellas mismas, cuando salieron fuera de él, obligadas á rendirse al primer solicitante que se les presentó. Ya había yo recorrido todos los difíciles y oscuros parajes que parecían poner término á nuestro paseo, cuando vi hacia la izquierda, que el mismo gran camino seguía adelante estrechándose hasta llevar al pasajero á dos hermosos templos. Detéme aquí algún tiempo y vi que muchos de la multitud, que habían sido dispersos en el bosque, venían de dos en dos, y marchaban en pares hacia dos templos que estaban delante de nosotros. La estructura del de la derecha, estaba, como supe luego, consagrada á la vida virtuosa, y no podía ser visitado sino por las parejas que recibían un anillo, ó cualquiera otra prenda, de una persona que es-

taba como de guardia en la puerta del templo. Esta persona tenía una guirnalda de rosas y de mirto en la cabeza, y una especie de manto imperial, blanco como la nieve, sin la menor mancha ni adorno, excepto el broche con que podía sujetarlo al pecho, broche figurado por dos tórtolas columbinas, y que se abotonaba engancharando los dos picos de las aves, engastados en rubíes. Este sujeto se llamaba Himeneo, y estaba sentado en la entrada del templo en una deliciosa enramada de árboles revestidos de madre seta, jazmines, amaranto, emblemas del matrimonio. Como yo estaba solo y sin compañera, no se me permitió visitar el templo, y por la misma razón ignoro los misterios que allí se celebraban. Tuve, sin embargo, la curiosidad de observar la salida de las parejas. Había dos grandes puertas en la parte trasera del edificio por las cuales salía la multitud. En una de estas puertas se hallaban dos mujeres extremadamente hermosas, aunque de talento diferente: la una tenía un aire muy compuesto y cuidadoso y la otra una especie de dulce sonrisa en su aspecto. La primera se llamaba Discreción y la segunda Complacencia. Todos los que salían por esta puerta y se ponían bajo la dirección de estas dos hermanas, eran inmediatamente conducidos por ellas, á jardines floridos, verjeles y prados, en donde abundaban las delicias, y se encontraban todas las comodidades que pueden entrar en la composición de lo que se llama felicidad. Por la segunda puerta salían todas las parejas mal casadas, las cuales se hallaban atadas entre sí con cadenas y grillos, y por ambas partes se hacían esfuerzos para romperlos, sin que pudiesen conseguirlo. Varias de estas parejas no se conocían antes de haberse encontrado casualmente en el camino, ó antes de hallarse bien informadas de los malos pasos del bosque. Esta puerta estaba á cargo de tres hermanas, que se unían con aquellos miserables, y ocasionaban muchas de sus miserias. La más joven era conocida bajo el nombre de *Ligereza*, que con la inocencia de una virgen tenía el vestido y los modales de una meretriz. El nombre de la segunda, era *Disputa*, y llevaba en su brazo derecho un manguito de piel de puerco espín, y en el izquierdo un perrote de falda que ladraba y mordía á todo el que pasaba junto á ella.

La hermana mayor, que parecía tener un aire más imperioso y altanero, se veía siempre acompañada de un *Cupido* moreno, que por lo regular marchaba delante de ella con una pequeña clava, de figura semejante á los cuernos de un venado. Su vestido era

amarillo y su rostro pálido. Sus ojos eran perspicaces; pero de mirar extraño, y afectados de aquella particular enfermedad, que hace que las personas que la padecen vean los objetos dobles. Después de informarme, supe que su nombre era *Celo*.

Habiendo terminado mis observaciones sobre este templo y sus votarios, me acerqué al de la izquierda, que era llamado *el templo de la sensualidad*. El frontispicio se elevaba sobre columnas corintias, con todos los ornatos libres que acompañan á aquel orden; á la vez que el del otro templo, se componía del casto y modesto orden jónico. Sus costados estaban adornados con varias figuras grotescas, cabras, gorriones, dioses paganos, sátiros, endriagos y monstruos, mitad hombres y mitad bestias: las puertas no tenían guardián y estaban abiertas para todo el que quería entrar. Luego que pasé al interior, noté que las ventanas eran casi ciegas, y que sólo daban entrada á una especie de crepúsculo que servía para distinguir un prodigioso número de rincones y alcobas, en que se hallaba dividido todo el templo. Quedé aturrido con un ruido confuso de vociferaciones y alegría. Por un lado oía yo cantar y bailar: por otro disputas y el choque de las espadas. En una palabra, me sentí tan disgustado de verme allí, que determiné ausentarme; pero encontré que no se podía salir por la puerta por donde había yo entrado, porque se hallaba atrancada para todos los que estaban dentro, con candados de hierro y cerrojos de diamante. No había modo de salir de este templo, siguiendo los senderos de placer que conducían á él. Todos los que celebraban las ceremonias del lugar, iban á dar á un postigo de hierro guardado por un gigante llamado *Remordimiento*, que tenía un látigo de escorpiones en su mano, y los arrojaba en la única salida de aquel templo. Este pasaje era tan escabroso, tan desigual, y tan encombrado de zarzas y espinas, que fué un triste espectáculo ver las penas y dificultades que sufrían las parejas que habían celebrado las ceremonias del lugar. Los hombres, aunque en el verdor de su juventud, aparecían débiles y como consumidos por la edad; las mujeres se torcían las manos y arrancaban los cabellos, y muchas perdieron sus narices ó otras partes de su cuerpo, antes de poder salir de los embrollados senderos en que se habían extrañado.

Atravesé con la mayor dificultad el bosque, hasta llegar al centro en donde se presentaban los tres grandes caminos. Uníme á los hombres de media edad que seguían el estandarte de la *Amoración*. El gran camino era recto é iba á dar al templo de la *Vir-*

*tud*. El sendero se hallaba plantado, por ambos lados, de laureles, y se veían aquí y allí trofeos de mármol, columnas esculpidas, estatuas de legisladores, héroes, hombres de estado, filósofos y poetas. Marchaban por este camino las personas que se esmeraban en hacer eminentes servicios á la humanidad, ó en promover el bien de su patria. Por cada lado había varias sendas, también rectas, que cruzaban el camino paralelamente. La mayor parte de estas sendas se hallaban cubiertas, y las recorrían hombres de virtud retirada, que se proponían un mismo intento como término de su peregrinación, y elegían marchar bajo la sombra y obscuridad. Los edificios se elevaban al fin del gran camino, y estaban dispuestos de tal modo, que los transeúntes no podían ver el templo del Honor por hallarse detrás del templo de la Virtud. En la puerta de este último encontramos á la diosa adorada en él, y nos condujo al del Honor, el cual se hallaba unido al otro edificio por medio de un bellissimo arco triunfal. La deidad del lugar nos recibió y condujo en cuerpo delante de una figura colocada en el altar mayor y era el emblema de la Eternidad. Estaba sentada sobre un globo en medio de un zodiaco con un sol en una mano y una luna en la otra. Tenía la cabeza tapada con un velo y los pies cubiertos. Nuestros corazones parecían arder en medio de la esfera de luz que por todos lados arrojaba esta imagen.

Habiendo visto lo relativo á esta banda de aventureros, me dirigí á otra fábrica que se divisaba desde el templo del Honor, construida bajo la misma forma que éste; pero al acercarme encontré que las piedras estaban sobrepuestas, sin que las uniese ninguna mezcla ó mortero, y que el cimiento era tan débil, que la fábrica se movía á todo viento que soplabá. Su nombre era templo de la Vanidad. La diosa del lugar estaba en medio de multitud de cirios que ardían y noche, y la hacían aparecer con más distinción y claridad que si hubiese estado expuesta á la luz del día. Todo su arte consistía en mostrarse más bella y majestuosa de lo que era en realidad, por cuya razón se pintaba el rostro y llevaba un racimo de joyas falsas en el pecho. Este sitio estaba lleno de hipócritas, pedantes, irreligiosos y charlatanes políticos, acompañados de la gentuza que tiene el privilegio de convertirlos en hombres grandes. La concurrencia femenil inundaba el templo y obstruía todas las avenidas, siendo su número mayor que el de las arenas del mar. Cuando regresé tuvo especial cuidado de observar el camino que conduce á este templo, porque

había yo visto en él varios sujetos que habían comenzado su camino con los virtuosos, y viajado algún tiempo en su compañía, pero encontré que varios senderos salían fuera del gran camino, y se extendían en giros tan tortuosos, que muchos de los que los recorrían retrocedían volviendo el rostro al templo de la Virtud. Estos senderos tenían sus ornatos particulares. Entre muchos llamó mi atención una estatua colocada en la boca de uno de los caminos tortuosos, y por la inscripción supe que era Maquiavelo, que tendiendo el brazo señalaba el camino á Mercurio.

Vine otra vez en el centro del bosque con designio de observar cuidadosamente lo que pasaba en la región de la Avaricia, y lo que acontecía á las personas de aquella asamblea compuesta de personas de mi edad. Este cuerpo de viajeros no había andado mucho por el tercer camino, antes de ser conducido insensiblemente á un lóbrego valle, por el cual viajaba varios días con trabajo é inquietud, sin los refrigerios necesarios de comida y sueño. El único alivio con que topaba, era un río que atravesaba el valle sobre un fondo de arena dorada. Bebían á menudo de esta corriente, la cual poseía la virtud particular de refrescarlos por algún tiempo, inflamando más bien que apagando su sed. Por ambos lados del río se extendía una hilera de montañas de oro precioso; y en donde las lluvias habían lavado la tierra y formado zanjas, se veían venas de oro y rocas argentadas. Se nos dijo que la deidad de estos parajes había prohibido á sus adoradores cavar las entrañas de estos montes, ó cambiar los tesoros que encerraban por ninguna comodidad, bajo pena de morir de hambre. En el fondo del valle estaba el templo de la Avaricia, construido en forma de fortificación, y rodeado de perros tricéfalos, colocados allí para alejar á los indigentes. Al acercarnos comenzaron todos á ladrar, y nos habrían aterrado si no hubiese sido por una anciana llamada *Hayata*, que se ofreció á conducirnos. Llevaba bajo su vestido un ramo de oro, que apenas levantó en la mano cuando todos los perros callaron, y las puertas se abrieron para recibirnos. Se nos hizo pasar por muchos portigos de hierro antes de entrar en el templo. En el altar mayor se hallaba sentado el dios de la Avaricia, con una barba muy sucia, y un aspecto descarnado y miserable, rodeado de montones de barras de oro y pirámides de dinero, pero desnudo y tirándole de frío. Á su derecha se hallaba un ente llamado *Rapina*, y á su izquierda una favorita particular llamada *Parasimonia*. El primero era su recandador, y la segunda su cajero.

Habia varias mesas por ambos lados del templo, con sus respectivos amanuenses. La primera se hallaba á cargo de la *Corrupción*. Viendo á un agente muy ocupado que hablaba en voz baja á todos los que por allí pasaban, fijé en él los ojos atentamente, y noté que hablaba mucho con una persona que tenía una pluma en la mano, con una tabla de multiplicación y un almanaque delante, siendo ésta, según supe después, toda la ciencia á que quiso dedicarse. El agente se acercaba á su oído, y al mismo tiempo traía dinero en su mano, para que el otro pudiese darle un papel ó pergamino firmado y sellado en forma. El nombre de este diestro y afortunado agente era *Soborno*. En la próxima mesa estaba la oficina de la *Extorsión*, en donde se hallaba una persona con peluca de abate, que se ocupaba en contar crecidas sumas. Entregaba á varios sujetos unas bolsitas pequeñas; y ellos, después de dar algunas cortas vueltas, le traían en recompensa blegas llenas de la misma especie de moneda. Vi al mismo tiempo una persona llamada *Fraude*, sentada detrás del mostrador con balanzas falsas, pesas escatimadas y medidas cercenadas, y por el hábil manejo de aquellos instrumentos, había reunido montones de riquezas. Sería muy largo nombrar los diversos oficinistas, ó describir los votarios de este templo. Había muchos ancianos palpitantes y sin aliento, repassando sus cabezas sobre talegos de dinero, y aun vi á muchos de ellos moribundos, cuyas mismas penas y convulsiones no les permitían *reposar* la cabeza en sus talegos, pero alargaban su mano tímida sin querer desasirse de ellos.

Repentinamente toda la asamblea se estremeció, y averiguando el motivo, supe que el gran sótano en que nos hallábamos era frecuentado por un espectro que muchas veces aparecía de día, llenando á todos de terror. En medio del espanto general apareció la fantasma; como inmediatamente que era la *Pobreza*. No sabré decir si mi conocimiento con esta fantasma y la costumbre de verla, fué causa que me pareciese menos horrorosa que el aborrecible dios del templo. Los miserables votarios del lugar, fueron de muy distinta opinión. Cada uno se creyó amenazado por la fantasma, y llenos de miedo comenzaron á cerrar sus cofres y atar sus talegos.

Debo declarar que yo comparo la pasión de estos desgraciados, á las inexplicables antipatías con que nacen algunas personas, ó más bien, á una especie de frenesí parecido al que llena á un hombre de terrores y de agonías á vista de una cosa tan útil ó

inofensiva como lo es el agua. Todos los concurrentes se sorprendieron cuando en vez de rendir homenaje al dios que adoraban, vieron que me dirigía yo á la fantasma.

¡Oh pobreza! le dije, te suplico que no te me aparezcas nunca; pero si no me lo quieres conceder, te ruego, que á lo menos, no te me presentes bajo el terrible aspecto en que ahora apareces á mis ojos. No permitas que tus amagos ó amenazas me lleven á cometer ninguna injusticia, ninguna ingratitude. No gieras que desvíe yo mis oídos de los gritos de la necesidad. No dejes que por temor á ti, abandone yo á mis amigos, mis principios ni mi honor. Si *Riqueza* viene á visitarme con sus compañeras *Vanidad* y *Avaricia*, apresúrate, ¡oh Pobreza! á mi rescate; pero trae contigo á *Libertad* é *Inocencia*, siempre alegres y agradables.

#### ESFUERZOS DE LOS HOMBRES, PARA LIBERTARSE DE SUS AFLICTIONS.

(Versión del inglés de Addison.)

Uno de los pensamientos más célebres de Sócrates es, que si todas las calamidades del género humano fuesen puestas en un montón público, y en seguida distribuidas igualmente entre todos los mortales, aquellos que se consideran como más desdichados, preferirían la porción de males que tenían antes, á la que les cupiese en suerte. Horacio ha llevado más lejos esta observación diciendo que los trabajos ó desgracias que nos afligen, serían más soportables que los de cualquier otra persona, si pudiese verificarse el cambio.

Sentado en mi poltrona, meditando sobre estas dos observaciones, quedéme dormido. A poco me figuré que Júpiter proclamaba un edicto, ordenando que todos los hombres viniesen á descargar sus penas y cuidados, y que formasen con ellos un gran montón en un inmenso llano destinado al efecto. Coloquéme en el centro, y vi con el mayor placer que todos mis semejantes marchaban uno tras otro y arrojaban su carga, formando de este modo una montaña que parecía elevarse hasta las nubes.

Sobresalía cierta dama muy expedita y de extraordinaria actividad. En su mano llevaba un espejo de aumento; su vestido

bordado de espectros y fantasmas, presentaba, flotando á merced del viento, mil formas quiméricas. En sus miradas había algo de demencia; su nombre era *Imaginación*. Ella misma conducía á cada uno al lugar señalado, después de haberle ayudado urbanamente á hacer su paquete, y cargarlo en sus espaldas. El corazón me dolía viendo gemir á tanto prójimo bajo el peso de sus miserias, y sus infinitas calamidades.

No obstante, algunas personas me procuraron bastante entretenimiento. Vi una que llevaba con todo cuidado un paquete oculto, bajo una capa vieja bordada, y cuando lo arrojó noté que era la *Pobreza*. Otro sujeto, después de muchos suspiros y lamentos, arrojó un paquete que contenía á su mujer.

Vi allí multitud de amantes con paquetes muy extraordinarios, compuestos de llamas y de dardos; pero lo que me pareció más extravagante fué, que, aunque suspiraban como si sus corazones se quebrasen al peso de sus sufrimientos, no podían resolverse, cuando llegaban al montón, á tirar sus paquetes; y después de algunos débiles esfuerzos, meneaban la cabeza, y regresaban tan cargados como habían venido. Había multitud de viejas que arrojaban sus arrugas, y muchas jóvenes que se despojaban de su cutis adobado. Había también en el montón multitud de narices rojas, de labios gruesos, de dientes podridos; y me sorprendió ciertamente ver que las imperfecciones corporales formaban la mayor parte de la montaña. No sabía yo qué pensar de un hombre que á lo lejos me pareció cargado de un fardo enorme que sobresalía en sus espaldas; pero cuando se acercó vi que era una joroba natural, que con el mayor gusto arrojó en aquella colección de miserias humanas. Había igualmente enfermedades de todas clases, aunque no pude menos de observar que la mayor parte eran imaginarias. Examiné atentamente un paquetito que contenía una complicación de todos los males, y que muchas personas llevaban en la mano, dándole el nombre de *Fasidio* (spleen). Pero lo que me sorprendió más que todo, fué ver que mis semejantes no arrojaban en el montón de las calamidades ningún vicio, ninguna locura, ni defecto del alma ó del corazón. Pasóme esto tanto más, cuanto que me había yo figurado que todos se aprovecharían de esta ocasión para desembarazarse de sus pasiones, preocupaciones y fragilidades.

Observé muy atentamente, á un joven estragado que creía yo había venido á libertarse de sus crímenes; pero examinando su paquete no encontré más que su memoria, la cual le embarazaba.

Este jóven fué seguido por otro indigno bribón, que en vez de arrojar su ignorancia se deshizo de su modestia.

Cuando todos hubieron hecho su descarga, Júpiter publicó otro edicto, dando á cada uno libertad para cambiar su paquete y regresar á su casa con el bulto que le fuese entregado en trueque. La *Imaginación* se puso entonces en movimiento, y con asombrosa actividad comenzó á distribuir á cada uno un paquete de los amontonados. Indescribible es la prisa y confusión que reinó entonces. Comunicaré al lector algunas de mis observaciones: Un viejo, venerable por sus canas, que se había desecho de un cólico, y necesitaba un heredero, tomó en suerte un hijo desobediente, arrojado por su padre colérico en el monte de las calamidades. En menos de un cuarto de hora, este irrespetuoso joven agarró al buen viejo por la barba, y poco faltó para que le hubiese roto la cabeza. El padre venía tras ellos, rabiando de los dolores del cólico que había cogido, y al verlo el buen viejo le rogó que tomase á su hijo y le devolviese su enfermedad; pero no les era dado anular la elección que habían hecho. Un presidiario que había arrojado sus cadenas, tomó en cambio un paquete de gota, y los formidables gestos y contorsiones que hacía, indicaban que no le había ido muy bien en el cambio. Hubo mil trueques risibles, tales como enfermedad por pobreza, hambre por falta de apetito ó inquietud por dolor.

Las mujeres se hallaban muy ocupadas en el cambio de sus defectos: esta daba una mecha de cabellos canos, por un carbunco; aquella un pecho como una tabla, por dos enormes odres; la de más allá trocaba una cara fea, por una reputación perdida; pero no hubo ni una sola, que no encontrase el defecto nuevo mucho más desagradable que el primero. La misma observación hice respecto de todas las miserias que nos afligen y que veía yo cambiar; pero no pude decidir si esto consistía en que nuestros males son en cierto modo proporcionados á nuestros estados y fuerzas, ó si era porque la costumbre nos los hace más soportables.

No pude menos de compadecer al pobre jorobado que se retiró derecho y bien formado, con una piedra en la vejiga; igualmente me inspiró lástima el sujeto que tomó la joroba en cambio, y que avergonzado de su nuevo paquete, no se atrevía á mirar á unas damas que antes lo habían admirado. En una palabra, todo el montón de las calamidades humanas fué distribuido á entrambos sexos, y era espectáculo muy triste ver que todos corrían muy

presurosos y agobiados bajo el peso de su nuevo paquete. Por todo el llano resonaban las quejas, los lamentos y los suspiros, hasta que Júpiter, movido de compasión, permitió que todos pudiesen deshacerse otra vez de sus paquetes y tomar los antiguos, cuya providencia fué celebrada con vivas y aclamaciones; y la Fantasma, que habia infundido á los mortales tantos engaños é ilusiones, recibió orden de retirarse. Una diosa de aire grave y serio, pero alegre, fué enviada en su lugar. Esta diosa levantaba de cuando en cuando los ojos al cielo, y los clavaba en Júpiter: su nombre era *Paciencia*. Observé con asombro, que luego que se acercó esta matrona al monte de las calamidades, los paquetes disminuyeron considerablemente de tamaño, y el volumen de la montaña no era ni la tercera parte de lo que habia sido. En seguida la diosa restituyó á cada cual su primer paquete, enseñándole de qué manera debía llevarlo para disminuir su peso, ó para hacerlo más soportable. Retiráronse todos muy contentos de que la elección de los males no dependiese de la voluntad de cada uno, y que la distribución de ellos se la reservase la Providencia (a).

Además de la moral que puede obtenerse de esta visión, yo mismo he aprendido de ella á no murmurar de mis desgracias ni envidiar las dichas ajenas, visto que es imposible juzgar sanamente de los padecimientos del prójimo. Por la misma razón he resuelto no despreciar jamás las quejas de mis semejantes; antes bien procuraré mostrarles sentimientos de humanidad y compasión.

(a) Metastasio encierra en estos bonitos versos la substancia de este escrito.

Se á ciascun l' interno affanno  
 Si legge in fronte scritto,  
 Quanti mal, che invita fanno,  
 Ci farebbero pietá!  
 Si vedria che i lor nemici  
 Hanno in seno; e si riduce  
 Nel parere á noi felici  
 Ogni lor felicità.

Tr.

### VISIÓN DEL CONVITE DE LA INMORTALIDAD.

(Versión del inglés de Addison.)

Hay dos especies de inmortalidad: la que el alma goza realmente después de esta vida, y la existencia imaginaria, por la cual los hombres viven en su fama y reputación. Las acciones más grandes y meritorias han procedido de la esperanza de gozar una ú otra; mas mi designio es tratar únicamente de aquellos que se han propuesto la última, como principal recompensa de sus obras, y por esta razón excluyo de las mesas de la inmortalidad, á todos los grandes fundadores y sectarios de religiones, y este mismo motivo me inspira el mayor interés en distribuir exacta justicia á las personas de que voy á hablar, puesto que, si la fama fué únicamente el solo fin de sus empresas y estudios, debe uno manifestar el mayor escrúpulo en concederles la parte que de ella les toca. Esta consideración me obligó á llamar en socorro mío á todos los literatos, á muchos de los cuales debo agradecer los catálogos de personajes célebres que me han remitido. Ayer ocupé toda la tarde en compararlos entre sí, y este hizo en mi alma tan profunda impresión, que vi turbado mi sueño al principio de la noche, y al fin, quedándome completamente dormido, tuve la visión agradable que paso á describir.

Suñe que era yo conducido á un dilatadísimo llano, cubierto de inafinidad de gentes que nadie podía contar, y en el centro se elevaba hasta las nubes un monte soberbio, cuyos costados y senderos eran en extremo escarpados, y de forma tan particular, que sólo los seres de figura humana podían subirlo. Repentinamente se escuchó, como viniendo de la cima, un sonido semejante al de una trompeta; pero tan suave y armonioso, que arrojada de éxtasis el corazón de todos los que le oyeron, y procuró tan altas y deliciosas sensaciones, que parecían animar y elevar sobre sí misma á la naturaleza humana. Me causó mucha admiración encontrar que muy pocos, entre aquella inmensa muchedumbre, tuviesen el oído bastante delicado para gustar de tan deliciosa música; pero mi asombro cesó cuando vi muchas personas á quienes robaban la atención tres sirenas vestidas como diosas, y distinguidas con los nombres de *Perseu*, *Ignominia* y *Placer*. Es-



laban sentadas sobre tres rocas, en medio de hermosos prados, alamedas y riachuelos, situados en la falda del monte. Mientras la común y baja multitud de diferentes naciones, categorías y edades, escuchaba estas engañosas deidades, otros más vigilantes, cuidadosos y osados, se separaban del resto, y marchaban en grandes cuerpos hacia el monte de donde hababan a la boca del camino, que mientras más se escuchaba más dulce parecía.

Repentinamente me pareció que las personas de este cuerpo selecto apresuraron el paso con resolución de trepar hasta la cima, mostrándose obedientes á la música celestial. Cada uno tomó consigo lo que creyó podía auxiliárle en su camino. Unos llevaban espadas desahudadas, otros tenían bajo el brazo rollos de papel, otros llevaban compases, aquellos cuadrantes, telescopios, pinceles etc. Algunos tenían laureles en la cabeza, y otros botas hasta la rodilla: en una palabra, me pareció ver casi todos los instrumentos de las artes y de las ciencias. Mi diablo, ó mi espíritu benigno, que estaba á mi derecha durante esta visión, al observar que me animaba el mayor deseo de seguir á tan gloriosa compañía, me dijo que aprobaba el generoso ardor de que parecía yo enajenado; pero al mismo tiempo me recomendó que me cubriese el rostro con una máscara mientras durase la subida, cuyo consejo seguí, sin averiguar los motivos. El cuerpo se dividió en diferentes grupos que comenzaron á subir el precipicio por diversos senderos. Varios tomaron veredas pequeñas que terminaban antes de llegar á la cúspide del monte, y observé que muchos artesanos, cuyo número disminuía considerablemente, seguían estas veredas.

Detrás de nosotros dejamos un cuerpo considerable de aventureros, que pensando haber descubierto veredas que conducían hasta la cúspide, las hallaron al fin tan dificultosas, que después de haber adelantado algún camino quedaron perdidos en mil laberintos y revueltas; y aunque mostraban en sus mociones la mayor actividad, hacían poco progreso en la subida. Estos, según me informó mi guía, eran hombres de entendimiento sutil y políticos embrolladores, que querían suplir la falta de verdadera sabiduría con el artificio y la astucia. Entre los que habían adelantado bastante en su camino, había algunos que por haber dado un paso falso, volvieron atrás, perdiendo en un momento más terreno del que habían avanzado en muchas horas, ó que podían ser capaces de adelantar de nuevo. Nosotros habíamos ya subido muy alto, y observamos que todas las veredas esparcidas

por los costados de la montaña comenzaban á unirse en dos grandes caminos, en los cuales entraba la multitud de viajeros en dos grandes cuerpos. A poca distancia de la entrada de cada camino había una horrible fantasma que se opuso á que entrásemos. Una de ellas tenía en su mano derecha un manajo de dardos que mostraba á las personas que llegaban á la boca del camino, y varios de los grupos retrocedían á semejante vista y gritaban espantados de la *Muerte*. La fantasma que guardaba el otro camino era la *Envidia*, y no estaba como la primera, armada de flechas mortales; pero con sus espantosos subidos, burlas, baldones y terrible risa, aparecía aún más espantosa que la *Muerte* misma, hasta tal punto que muchos de los que nos habíamos acompañado se desanimaron, y mostraron avergonzados de haber subido tan alto. Por lo que hace á mi, confieso que el corazón me tronaba á vista de las dos horrorosas figuras; pero repentinamente llegó otra vez á nuestros oídos el llamado de la trompeta y nos inspiró nuevo ánimo y resolución, y á medida que esta resolución crecía, parecía disminuir el terror. Varios de los viajeros que tenían sus espadas desahudadas, avanzaron con gran intrepidez, por el camino que guardaba la *Muerte*; á la vez que otros, en cuyas miradas se descubría cierto juicio, marcharon adelante con aire serio por el camino guardado por la *Envidia*. Pasado el lugar en donde estaban ambas fantasmas, el camino era más llano y uniforme, y tan delicioso, que los viajeros lo transitaban con sumo placer, y á poco llegaban á tocar la cúspide, en donde se comenzaba á respirar una especie de éter delicioso, descubriéndose verdes campos alrededor, y una clase de luz purpurina que hacía ver á los viajeros con satisfacción sus pasados trabajos, y difundía una alegría secreta en toda la asamblea, alegría patente en sus miradas y facciones. En medio de estos afortunados campos se elevaba un palacio de gloriosa construcción. Tenía cuatro puertas batientes que daban frente á los cuatro costados del mundo, y en el espiral ó cimborio aparecía en un trono la diosa del monte, la cual se mostraba risueña con sus volaríos y tocaba la trompeta de oro que los había llamado y convidado á su palacio. Todos habíamos formado diversos grupos, y multitud de historiadores se hallaban colocados en cada puerta, siendo éstos los que introducían á los viajeros.

De pronto la trompeta, que hasta entonces había sólo tocado llamada, comenzó á entonar canciones de triunfo y alegría. Conmovióse toda la fábrica, y las puertas se abrieron de par en par.

El primer viajero que entró fué un héroe, hermoso y florido, y por los murmullos que oí detrás de mí, supe que era Alejandro el Grande. La persona que inmediatamente se puso delante de él, era muy notable por su manto bordado y reluciente; pero no conociendo bien la distribución del palacio, condujo á Alejandro á un sitio destinado para recibir á los héroes fabulosos. Este falso guía se llamaba Quinto Garcio; pero Arriano y Plutarco, que conocían mejor el edificio, le condujeron al gran salón y le colocaron en la cabecera de la primera mesa. Mi diablo, para que viese yo toda la ceremonia, me condujo á un rincón de la pieza desde donde se percibía cuanto pasaba, sin que yo mismo fuese visto. Entró en seguida una doncella encantadora, llevando de la mano á un venerable anciano ciego. Llevaba bajo su brazo izquierdo un laúd, y en su cabeza una guirnalda. Alejandro, que conocía perfectamente á Homero, se levantó á su entrada, y colocóle á mano derecha. La virgen, que parecía ser una de las nueve hermanas que servían á la diosa de la Fama, se sonrió con gracia imitable cuando aquellos se encontraron, y se retiró.

Julio César adelantaba entretanto, y aunque varios de los historiadores se le ofrecieron para introducirle, él los dejó en la puerta y no quiso tener más introducción que él mismo.

El que le seguía era hombre de aspecto modesto pero festivo, acompañado de personas de mayor figura y más suntuosamente vestidas que las que aparecían en el convite. Platón se hallaba á su derecha y Xenofonte á su izquierda. Saludó á Homero y tomó asiento á su lado. Se esperaba que Platón se hubiese colocado al lado de su maestro Sócrates; pero repentinamente se escuchó un gran rumor de los disputantes que se hallaban á la puerta y que aparecieron con Aristóteles á la cabeza. Aquel filósofo con aspereza pero gran fuerza de razón, convenció á toda la mesa de que el quinto lugar le pertenecía, y tomó en consecuencia.

Apenas se había sentado cuando la misma virgen que había guiado á Homero, traía á otro que vaciló al entrar, y que habría pedido excusas, si su modestia no hubiese sido superada por la invitación que le hicieron todos de que tomase asiento en la mesa. Su guía, y la conducta de este viajero me hicieron fácilmente conocer que era Virgilio. Cicerón apareció después y tomó asiento. Antes de entrar preguntó en la puerta por un tal Luceyo para que le introdujese; pero no hallándose allí, se contentó con la compañía de muchos otros escritores, que, todos excepto Salus-

no, se manifestaron extremadamente contentos de tal empleo.

Aguardamos algún tiempo en espera de la próxima persona digna, la cual entró al fin con gran copia de historiadores, cuyos nombres no pude retener, porque los más eran Cartaginenses. El héroe que conducían era Aníbal, que parecía hallarse algo disgustado, y no pudo menos de quejarse de las injurias que le habían hecho al entrar los historiadores romanos, que querían, dijo él, llevarme al subterráneo del edificio; y quizá lo habrían conseguido, si no hubiese sido por la imparcialidad de este caballero (señalando á Polibio) que fué la única persona, excepto mis compatriotas, que se mostró dispuesta á conducirme.

Tomó asiento el Cartaginense, y después entró Pompeyo con gran dignidad, precedido de varios historiadores, á cuya cabeza marchaba el poeta Lucano, quien mirando á Homero y Virgilio en la mesa, iba á sentarse cuando el último le dijo al oído, que cualquiera que fuese su mérito para ser del convite, había confiscado su derecho, por haber venido entre los historiadores. Mucho exasperó á Lucano esta repulsa, y tartamudeó algunas expresiones que no se entendieron; pero luego dijo; que pues no podía tomar asiento, conduciría á otro que tenía más mérito que toda la asamblea reunida, é inmediatamente fué á la puerta y condujo á Catón de Utica. Este grande hombre se acercó á la compañía con un aire que manifestaba despreciar el honor de ser de su número. Observando que el asiento frente al de César estaba desocupado, tomó posesión de él, y pronunció dos ó tres sentencias cortas sobre la naturaleza de la precedencia, que, según su opinión, no consistía en el lugar sino en el mérito intrínseco; á lo cual agregó, que el hombre virtuoso, sea cual fuere el asiento que ocupe, será considerado como principal. Sócrates, cuya sabiduría siempre iba acompañada de grandes rasgos de sátira, no pudo dejar de reír de un hombre virtuoso que no se tomaba el menor trabajo para hacerse grato. Cicerón aprovechó de la ocasión para pronunciar un largo y vehemente discurso en elogio de Catón. César le contestó con aparente moderación. Como yo me hallaba distante, no pude menos de notar que cualquiera polémica que se suscitaba en la mesa, una palabra ó un gesto de Homero, decidía la controversia.

Después de una corta pausa apareció Augusto, dirigiendo la vista con semblante afable y sereno, á los escritores de su siglo, que disputaban entre sí quién le manifestaría mayor respeto y gratitud. Virgilio se levantó de la mesa para recibirle; y aunque

era huésped grato á todos, pareció serlo mucho más á los literatos que á las notabilidades militares.

La presencia del personaje subsiguiente dejó asombrada á toda la asamblea. Sus movimientos eran lentos y solenes, y su conducta silenciosa. Llevaba un ropaje bordado de jeroglíficos, y cuando hubo llegado en medio del salón, se descubrió y dejó ver una pierna de oro, á vista de la cual Sócrates declaró que no gustaba tener compañía con quien no era de carne y sangre, y propuso que Diógenes fuese conducido al sitio destinado á los héroes fabulosos y notabilidades de dudosa existencia. Al caminar para aquel lugar Diógenes les dijo que no sabían apreciar al sujeto que ellos despedían; que él se había convertido en Pitágoras, el primero de los filósofos, y que antes había sido un hombre muy valiente en el sitio de Troya. Eso puede ser cierto, respondió Sócrates; pero olvidáis que también fuisteis un grandísimo meretricio en vuestro tiempo. Esta exclusión abrió lugar á Arquímedes que venía con un plano de matemáticas y varias figuras en la mano, entre las que observé un cono y un cilindro.

Viendo la mesa llena supliqué á mi guía que, por variar un poco, me condujese al salón de las notabilidades fabulosas, en cuyo techo había pinturas de Gorgonas, Quimeras y Centauros, con muchas otras figuras emblemáticas, para cuyo examen me faltaban conocimientos y tiempo. La primera mesa estaba casi llena; y en la cabecera Hércules descansando el brazo sobre su clava; á su derecha estaban Aquiles y Ulises, y entre ellos Eneas; á su izquierda Hector, Teseo y Jason y al fin se veía á Orfeo, Esopo, Falaris y Museo.

Mientras me hallaba transportado con el honor que se me hacía, me despertó el toque de diana del cuartel situado frente á mi casa, y sentí infinito verme privado repentinamente de un espectáculo que me había procurado sumo placer.

#### DESCUBRIMIENTO DEL MICROSCOPIO.

(Sueño de Addison, publicado en el Charivador de Londres.)

Con gran satisfacción me he dedicado últimamente á los curiosos descubrimientos del microscopio. Se disfruta infinito placer al observar el mundo de maravillas que la naturaleza ha puesto

fuera del alcance de la vista, como si deseara ocultarlas de nosotros. La filosofía, después de haber examinado todos los objetos visibles, necesitaba otros nuevos que contemplar, y la invención del microscopio le abrió un almacén inextinguible de prodigios, más extraños y asombrosos que los que pasaron á las generaciones pasadas. Ayer me entretenía yo en contemplaciones de esta especie, observando los millares de animalillos que nadan en los pequeños mares de jugo del cuerpo humano. Mientras mi alma se encontraba absorta en la contemplación de tan gratas maravillas, no pude menos de dirigir los ojos sobre mí mismo, como en un acto de devoción, y de recordar, con sumo placer, el pensamiento de un grande hombre, pagano, que llama á su descripción del cuerpo humano: « Un Himno al Ser Supremo. » El examen de aquel día produjo en mi imaginación un sueño agradable, si tal puedo llamarle, porque aun dudo si mis ideas se me presentaron dormido ó despierto. Sea como fuere, me figuré que mi genio tutelar se encontraba á la cabecera de mi cama y me hablaba de esta manera: « Si te pasman las producciones de la naturaleza que puedes descubrir con los ojos artificiales, obra de los hombres; cuán grande sería tu sorpresa si tuvieses la facultad de modelar tus ojos según te agradase y adaptarlos al tamaño de los objetos infinitamente diminutos para que los distingues, aun cuando te sirvas de los mejores microscopios! Nosotros, espíritus incorpóreos, podemos aguzar nuestra vista hasta el grado que nos place, y las obras más pequeñas de la creación nos aparecen visibles y distintas. Esto nos comunica ideas que tú no puedes concebir en tu condición presente. La más pequeña partícula de materia puede procurarnos á nosotros suficiente empleo para mucho tiempo. Aun más, podemos dividirla, subdividirla, y descubrir nuevas maravillas de la Providencia; contemplar la diferente textura de sus partes y encontrar nuevos lechos de vegetación, minerales, mezclas de metales y varias especies de animales ocultos, como si se perdiesen en tan infinito fondo de materia. Observo que te sorprende este discurso; pero como tu razón te dice que hay infinitas partes en la más pequeña porción de materia, del mismo modo debes convencerte de que hay secretos y tanto lugar para descubrimientos en una partícula del tamaño de la punta de un alfiler, como en el globo de toda la tierra. El microscopio muestra á los ojos de los hombres multitud de criaturas vivientes en una cucharada de vinagre; pero nosotros, que podemos distinguir sus diferentes tamaños, vemos entre ellos lu-

llenas enormes que llenan de terror á los enjambres de animales que las rodean, y viven como en un océano profundo.

No pude menos de reír, cuando el Genio llegó á esta parte de su relación, y le dije que no dudaba que el pudiese referir la historia de algunos gigantes invisibles, con sus correspondientes enanos, en caso que hubiese algunos pequeños seres humanos de esta especie. Pudele estar seguro, me respondió, que nosotros vemos en multitud de animalillos, naturalezas, instintos y modos de vivir diferentes, que corresponden á los que tú observas en criaturas de mayores dimensiones. Nosotros descubrimos en una hoja de árbol, una variedad de especies que los microscopios representan únicamente como turbas y enjambres. Lo que aparece á tu ojo como vello ó pelillo en la superficie de una hoja, nosotros encontramos que son florestas y bosques, habitados por animales feroces, tan terribles en sus pequeñas guardias, como los leones y los tigres en los desiertos de la Libia. Mucho me divertí este discurso del Genio, y le dije que una historia natural de seres y objetos imperceptibles no podría menos de causar asombroso placer. Tales averiguaciones, me contestó, son muy propias de criaturas racionales, y yo te aseguro que entre nosotros hay curiosos que se divierten en tales exámenes, porque como podemos formar nuestras manos y todos nuestros sentidos, según el grado de delicadeza y fuerza que nos agrada, podemos hacer toda clase de experiencias, sea cual fuere el tamaño de la materia. Yo le presencié la diseción de una cresa, y visto el esqueleto de una mosca, se me han mostrado innumerables árboles arrancados de una bellota. Los microscopios sólo podrán presentarte en una bellota un encino en miniatura; pero si, como nosotros, pudieses apropiarte tus órganos, arrancarías de una bellota un encino, el cual contiene otro árbol, y podrías continuar así, de árbol en árbol, hasta el grado que quisieses llevar tus investigaciones. Es casi imposible, agregó el Genio, hablar de cosas tan remotas de la vida común, y de las nociones ordinarias que los hombres reciben de sus embotados y groseros órganos, sin aparecer extravagante y ridículo. Tú has visto con frecuencia abrir á un perro para observar la circulación de la sangre, ó hacer alguna averiguación útil; y sin embargo, provocaría yo tu risa si te dijese que un círculo de filósofos, mayores que los de la sociedad de que eres miembro, presenciaron la apertura de uno de los animalillos que encontramos en la piel azul de una ciruela: este animalillo fué stado y traído vivo á su

presencia, y observaron las palpitations del corazón, la circulación de la sangre, las operaciones de los músculos, y las agitaciones de sus diferentes miembros, con gran cuidado y provecho. Confieso, dije yo al Genio, que desearia acompañaros, con el mayor gusto en todos vuestros descubrimientos; pero son en verdad, muy diminutos para el conjunto del género humano, cuyas almas se commueven más con la descripción de todo lo grande y voluminoso. Así es que descubren mejor la sabiduría del Omnipotente, no en la formación de esos animalillos diminutos, aunque ciertamente no menos asombrosos que los otros, sino en la de las ballenas, elefantes, caballos y cocodrilos. Tu observación, me dijo el Genio, es muy justa, y por mi parte debo confesar que, aunque miro con mucho placer las lunetas de la Providencia en los objetos pequeños, lo disfruto mayor cuando considero las obras de la creación en su inmensidad. Por esta razón me lleno de regocijo cuando fortifico mi vista hasta penetrar los espacios más remotos, y examinar los cuerpos celestiales que se hallan fuera del alcance de los ojos humanos, aun con el socorro de los mejores telescopios. Lo que tú ves como blanquiceo en la vía láctea, aparece á mis ojos como un dilatadísimo espacio de cielos, con sus estrellas y constelaciones. Mientras tú admiras la bóveda del cielo en una noche estrellada, yo me embeleso en la contemplación de una variedad de mundos y soles, colocados uno sobre otro, elevándose á una distancia tan inmensa, que ningún ojo mortal puede alcanzar el fin de ellos.

La última parte de este discurso me estranjó de asombro. Abrí medio dormido las cortinas de mi cama, para ver si había alguna persona cerca de mí; pero no vi á nadie y permanecí dudoso de si mi genio tutelar ó mi sueño era el que me había abandonado.

#### DIFICULTAD DE ALCANZAR LA VIRTUD DE LA POESÍA. ®

(Sueño de Addison, publicado en el Espectador de Londres.)

Señor « Espectador »: Retirándome la otra noche más tarde que de costumbre, con pocas ganas de dormir, tomé á Virgilio para entretenerme hasta que me viniese el sueño. En semejante caso preffero á este autor, porque á mi parecer, escribe de manera tan divina, tan armoniosa y tan igual, que calma el espíritu

y lo dispone á una melancolía agradable, situación que yo prefiero á cualquiera otra para terminar el día. Let los bellos rasgos de las Geórgicas, en que el poeta se declara adicto á las musas, y tan encantado de la poesía que desearia con ardor transportarse á los bosques sombríos y lugares apacibles del monte *Hemus*. Cerré el libro para ir á la cama, y lo que había yo leído hizo tan fuerte impresión en mi alma que me pareció ver cumplido en mi persona el deseo de Virgilio, por medio del siguiente sueño:

Transportado repentinamente á las llanuras de la Beocia, distinguí el monte Parnaso á la extremidad del horizonte. Me pareció tan vasto y empinado, que en vano habría yo buscado un sendero que me condujese directamente á la cima, si no hubiese visto á cierta distancia una floresta que me determinó á marchar hacia ella, aunque en el llano en que estaba situada no hubiese cosa notable que atrajese mi atención. Cuando llegué, la encontré dividida en infinidad de pasos y de calles, que se ensanchaban en diversos lugares, formaban bellos círculos y grandes óvalos, rodeados de tojos y de cipreses, entre los que se veían nichos y grutas cubiertas de yedra. No se oía más ruido que el de un suave céfiro que movía un poco las hojas de los árboles, y todo parecía sepultado en el silencio más profundo. Me encantó la hermosura de esta soledad pareciéndome que en mi vida había yo disfrutado tanto el placer de verme solo, ocupado de mis propios pensamientos. En tan dichosa situación, me paseaba de uno y otro lado sin elección ni designio, hasta que en el límite de una calle de árboles, vi tres mujeres sentadas en un banco de césped, á cuyo pie corría un riachuelo con suave murmullo. Las adoré como divinidades tutelares del bosque, y me detuve para examinarlas con espacio. La de en medio era la Soledad, tenía los brazos cruzados, y más bien parecía pensativa y recogida en sí misma, que descontenta y agitada. La diosa del Silencio, con un dedo en la boca estaba á su derecha; y la Contemplación, con los ojos dirigidos al cielo, á su izquierda. Delante de ésta aparecía un globo celeste, sobre el cual se veían varios teoremas de matemáticas. Anticipóse esta diosa á hablarme con la mayor afabilidad. «No temas, me dijo, sé cual es tu intención sin que despliegues los labios: tú desearias ser te condujese á la montaña de las musas. Este es el único camino que conduce á ella, y nadie con más frecuencia que yo, sirve de guía á los que hacen el viaje.» Después de hablarme de este modo, se levantó de su asiento y me abandonó á su dirección; pero á medida que atravesábamos el bosque, no

pude menos de preguntarle quiénes eran los que podían entrar en tan agradable retiro. Seguramente, le dije, nadie sino la Virtud y sus señoras pueden entrar aquí; todo el bosque parece destinado á recibir y hacer dichosos á los que han seguido toda su vida los dictados de la conciencia y las órdenes de los dioses. «Tienes razón, me respondió ella, y persuádate que este lugar sólo fué destinado al principio para las personas honradas. Bajo el reinado de Saturno no se admitían ningunas otras, sólo tenían derecho de entrar los santos sacerdotes; también los que habían librado á su país de la opresión y de la tiranía, venían aquí á descansar de sus trabajos, y los filósofos que el estudio y amor de la sabiduría habían hecho capaces de una conversación enteramente divina. Pero si este lugar era antes seguro, en el día es muy peligroso, porque el vicio ha aprendido de tal modo á remedar la virtud, que entra con frecuencia bajo este disfraz. Mira allí frente de tí á la Venganza, que se mueve con pasos graves y lentos, cubierta con los vestidos del honor. Vuelve los ojos hacia la izquierda y verás á la Ambición que permanece en pie sola. Si le preguntas cómo se llama, te dirá que es la Emulación ó la Gloria. Pero entre todas estas indignas criaturas, la que con más frecuencia se introduce aquí, es la Incontinencia que ocupa hoy el lugar de un dios á quien este bosque se hallaba antes enteramente consagrado. El Amor virtuoso, seguido de Himeneo y de todas las Gracias que lo acompañan, reinó en este afortunado recinto; multitud de Virtudes le servían de comitiva, y ningún pensamiento deshonesto tenía la osadía de pretender que se le admitiese. ¡Oh! ¿Cuánto ha cambiado el aspecto de este lugar, y cuán pocas veces se ve renovada su belleza con el corto número de los que desprecian las riquezas sordidas, y que se creen dignos de acompañar á un dios tan encantador!»

Apenas terminó la diosa su discurso, cuando llegamos al fin del bosque, en donde comenzaba una llanura que se extendía hasta el pie de la montaña. Me apegué aquí lo que más pude á mi conductora, porque varias fantasmas me hacían instancias para que las tomase de guías, ofreciéndose á conducirme por un camino más corto. La Vanidad, que había seducido muchas personas que vi rodar por uno y otro lado de la montaña, me importuno más que las otras. Me desvié con indignación de esta tropa despreciable, y advertí á la diosa que me escoltaba, que tenía yo alguna esperanza de subir una parte del camino; pero

que tenía mucho me faltase fuerza para trepar hasta el llano de la cima. Instruido de su propia boca de que era imposible sostenerse por los costados, y que si no adelantaba yo rectamente hacia la altura, caería yo sin remedio hasta abajo, sin poder volver á comenzar el camino, resolví no perdonar medio ni fatiga para vencer todos los obstáculos. Tan grande así era mi deseo de disfrutar el placer que me prometía yo al fin de mi empresa.

Había dos veredas que conducían á la cima de la montaña, una de las cuales se hallaba guardada por el Genio que preside en el momento de nuestra venida al mundo. Tenía por consigna examinar las diversas pretensiones de los que solicitaban pasar por aquel camino, y solo admitía á los que Melpómene había visto con ojos favorables en el momento de nacer. El otro camino estaba guardado por la Diligencia, á la cual se dirigían muchos de los que el Genio no se había dignado recibir; pero era tan lenta en concederles su permiso, y encontraban ellos en seguida el camino tan penoso y embarazado, que después de haber caminado algún tiempo, preferían más bien volver sobre sus pasos que continuar su marcha, siendo muy pocos los que permanecían firmes hasta el fin. Además de estos dos senderos, que cada uno conducía directamente á la cima, había otro formado de ambos, que se unían á corta distancia de la entrada. Este gran camino conducía al trono de Apolo á los pocos que habían tenido la dicha de descubrirlo. No sé si yo habría tenido cara para presentarme á una ú otra puerta, si no hubiese visto á un hombre con aire de aldeano, seguido de multitud de jóvenes de ambos sexos, solicitando que se permitiese entrar á todos sin excepción. Tenía en la mano muchos papeles, y enseñaba varios, que aseguraba provenían de parte tan idónea, que no dudaba fuesen recibidos por Apolo como excelentes pasaportes, entre los que me pareció ver algunos de mi propio puño. Toda la banda fue admitida, y su presencia comunicó nuevo brillo y nuevos placeres á aquella dichosa morada. El honrado aldeano no tenía ningún empeño de entrar, siendo únicamente una especie de guardabosque que se empleaba en conducir á los pasajeros que por su mérito personal ó por las noticias que les procuraba, tenían medios de lucir felizmente este penoso viaje.

Después de examinarlo atentamente, confesaré á Vd., Señor Espectador, que á su aire servicial y modesto, lo tomé por Vd. mismo. Apenas entramos, cuando se nos roció tres veces con agua de la fuente Agarispé, que tenía la virtud de garantírnos de toda

especie de males; excepto de las saetas de la envidia, que nos persiguió hasta el término de nuestro camino. Cuando llegamos á la cima de la montaña, distinguimos desde luego dos figuras que atraieron toda mi atención. La una era una niña en la flor de la juventud y de la belleza, con alas en los pies y las espaldas, y que podía transportarse en un instante hasta los climas más remotos. Esta niña cambiaba sin cesar de ropa, aparecía á veces con los vestidos más sencillos y naturales, y otras se mostraba con los más impropios y ridículos. La otra figura era un hombre de edad madura y aspecto grave, que corregía los caprichos de la primera, mostrándose en un espejo, y que arrojaba sin descanso sus adornos afectados y sus vestidos extravagantes abajo de la montaña, de donde los recogían con cuidado los habitantes de la llanura, los cuales se consideraban muy honrados adornándose con ellos. Esta niña era la Imaginación, hija de la Libertad, la más bella de las niñas de las montañas. Su consejero era el Juicio, que debe su nacimiento al Tiempo, único que este reconoce por hijo legítimo. Entre dichas figuras había un joven llamado Ingenio, hijo suyo, el cual estaba sentado en un trono compuesto de las obras de los autores más celebres. Aunque los griegos y los romanos compusiesen el mayor número, no pude menos de sentir una alegría secreta al ver que nuestros compatriotas dominaban sobre todos los otros.

Dueño ya de examinar á mi gusto esta agradable morada, y lleno de nuevo vigor, me pareció que veía yo todos los objetos de manera mas íntima y satisfactoria; que respiraba un aire más puro; que me encontraba bajo un cielo siempre sereno, y que el sol iluminaba sin ninguna interrupción. Las dos cimas de la montaña se elevaban de uno y otro lado y formaban en el medio un valle risueño, morada de las musas y de los que habían producido obras dignas de la inmortalidad. Se veía á Apolo sentado en un trono de oro, cubierto con un laurel secular, que extendía sus ramos y su sombra encima de su cabeza. Su careax y su arco estaban á sus pies, tenía su carpa en la mano, mientras que las musas colocadas en derredor suyo, celebraban con himnos su victoria sobre la serpiente Pílon, y cantaban á veces los amores de Leucotea y de Dafne. Después de ellas, Homero, Virgilio y Milton, tenían sus lugares. En seguida había multitud de autores, entre los que me sorprendió ver algunos japoneses, que á pesar de sus vestidos groseros habían penetrado allí. Vi á Píndaro pasearse solo, sin que nadie se atreviese á acercársele, hasta que Cowley

se unió á él; pero cansado de seguir sus huellas y casi sin aliento, lo dejó para seguir á Horacio y Anacreón con los cuales me pareció conversar muy agradablemente. Un poco más lejos vi otro grupo de autores; adelantéme hacia ellos, y reconocí á Sócrates que dictaba á Jenofonte y á la sombra de Platón, pero el poeta Museo era el que tenía el auditorio más numeroso. Yo me hallaba muy lejos para oír lo que se decía y reconocer el rostro de los oyentes, pero me pareció que Virgilio escuchaba lleno de admiración.

En fin, justamente en el borde de la cima, vi á uno de nuestros poetas contemporáneos, que despachaba cartas abajo de la montaña, para instruir á los habitantes de lo que pasaba en el Parnaso; pero note que las escribía á escondidas, sin el consentimiento de las Musas y sin que Apolo las viese. Elevado á tanta altura y rodeado de un cielo purísimo y sereno, pude distinguir claramente las inquietudes y las penas infinitas que los hombres se daban en lo bajo, por abrirse camino en medio de los laberintos de la vida. Me pareció ver el sendero de la virtud frente de cada uno de ellos, pero el interés ó algún espíritu maligno, venía á desviarlos á cada momento; Si por un lado me complacía yo en mi propia dicha, por otro sentía la mayor compasión al ver los embarazos de los hombres y su debilidad para librarse de ellos. Este contraste, tan opuesto á la calma que yo disfrutaba, me hizo despertar sobresalido, no dejándome más esperanza sino que mi sueño pueda redundar en beneficio del público.

#### ELOCUCIÓN FEMENIL.

#### DIFERENTES CLASES DE ORADORAS.

(Ensayo de Addison, publicado en el Espectador de Londres.)

Algunos autores antiguos nos dicen que Sócrates fué instruido en la elocuencia por una mujer que, si mal no me acuerdo, se llamaba Aspasia. Muchas veces he considerado yo este arte como muy propio para el bello sexo; y me parece que las universidades no harían mal de admitirlo á sus cátedras de retórica.

Se ha dicho en elogio de algunos hombres, que podían hablar horas enteras sobre cualquiera asunto; pero debe confesarse, en honor del bello sexo, que hay muchas mujeres que pueden hablar horas enteras sobre nada. Yo mismo conozco una que de

pronto se ha difundido en disertaciones sobre la orla de unas enaguas, y empleado todas las figuras de la retórica para regañar á una criada que había roto una taza de porcelana.

Si fuese permitido á las mujeres perorar ante los tribunales de justicia, estoy persuadido de que llevarían la elocuencia del foro á un grado no visto hasta ahora. De esto na quedará duda ninguna á los que hubieren presenciado los debates tan comunes entre las verduleras de la plaza.

La primera especie de arengadoras que señalaré, son las que se ocupan de excitar las pasiones, y quizá la mujer de Sócrates era más hábil á este respecto, que la maestra que le enseñó la elocuencia.

La segunda clase son las inclinadas á la censura, llamadas por lo común murmuradoras. La fértil imaginación de esta especie de mujeres, es asombrosa. ¡Con qué caudal de voces y vivacidad de expresión, no amplifican ellas los menores defectos en la conducta del prójimo! ¡Con qué variedad de circunstancias malignas y frases enérgicas no repiten más de veinte veces la misma aventura! Algunas tienen tanta ponzoña, que si se mordiesen la lengua se envenenarían. Yo conocí una llamada D. Acrimonia, que de un matrimonio desgraciado hizo el asunto de sus conversaciones durante un mes. Criticaba á la novia en un lugar, se burlaba de ella en otro, la compadecía en un tercero, la admiraba en un cuarto, se encolerizaba contra ella en un quinto; en una palabra, por poco no hace reventar los caballos de su coche para anunciar todo lo que le ocurría sobre el particular.

Por último, después de haber agotado el asunto, fué á visitar los nuevos esposos; alabó á la novia por la acertada elección que había hecho; le habló de las reflexiones irracionales y maliciosas que se hacían de ella, y le pidió que la favoreciese con su amistad en lo sucesivo. Así, pues, la censura y la aprobación de estas mujeres, sólo les sirven para llenar los huecos de la conversación.

La tercera clase de mujeres expertas en la oratoria, pueden ser comprendidas bajo el nombre de charlatadoras. La señorita Pamplina posee esta clase de elocuencia; describe á las mil maravillas el ceremonial de un bautismo; discurre hasta perderse de vista sobre un peinado; sabe todo lo que pasa en las casas vecinas, hasta lo platos que diariamente se sirven en la mesa; en una palabra, entretiene toda la tarde á las personas que la visitan, con los rasgos de ingenio de su recién nacido, que apenas puede tartamudear.

Las coquetas pueden formar la cuarta clase de oradoras. De esta especie es la señorita Señuelo, que para no carecer de materia de que hablar, le gusta una cosa y dos minutos después la odia; parlotea con su perrito ó su loro; está desasosegada en tiempo bueno ó malo, sin encontrar lugar cómodo en su casa; finge hablarse enfadada con todos los hombres que conoce, á los cuales es deudora de pretendidos favores; suspira sin ningún motivo de tristeza, y ríe sin la menor causa de alegría. La coqueta es, sobre todo, diestra en aquella parte de la oratoria llamada acción; y en verdad que no parece abrir la boca sino para tener ocasión de cambiar de postura, variar de aspecto, dirigir una ojeada ó jugar con su abanico.

En cuanto á las rameadoras, noticieras, amigas de la política y de referir cuentos, con otras de esta especie, hay muchos hombres que se les parecen, y por esta razón las paso en silencio.

Con frecuencia he tratado de averiguar de dónde proviene que las mujeres saquen tanta ventaja á los hombres en el flojo de hablar, y no lo he podido conseguir. Á veces me he imaginado que no tienen la misma facultad de los hombres, de retener ó suprimir sus pensamientos, y que se ven forzadas á recitar todo lo que pasa por su imaginación. Si esto fuese cierto, los cartujos podrían deducir una prueba fuerte, en favor de su doctrina, de que el alma siempre piensa; pero como hay muchos que opinan que el bello sexo no es enemigo de la disimulación, y que no ignora el arte de fingir, he abandonado esta idea, y dedicóme con empeño en busca de otras razones. Con tal mira he peido á un amigo mío, buen anatomista, que disecue, cuando tuviere ocasión, la lengua de una mujer, y examine si no se halla embebida de ciertos jugos que le comuniquen tan asombrosa volubilidad; ó si las fibras no son de una textura más sutil y fina que las de los hombres; ó si no habría en ella algunos músculos particulares que la constituyan capaz de vibraciones repentinas; ó en fin, si no hay una adfuerza continua de espíritus animales que pasan de la cabeza y del corazón á este instrumentito de la charria, por conductos tan ocultos que no hayan podido encontrarse hasta ahora. No debo omitir la razón que da Hudibras, para probar de dónde viene que las mujeres que sólo se ocupan de bagatelas, hablan con mayor afluencia, y es, que la lengua es como un caballo ligero que corre más enando menos peso lleva encima.

Sea cual fuere la más probable de estas razones, yo encuentro muy natural el pensamiento de un irlandés, que después de ha-

ber hablado algunas horas con una de estas taravillas, le dijo que su lengua debía estar muy contenta cuando sus ojos dormían, porque no tenía un momento de reposo mientras velaban.

Ovidio nos dice también, que la lengua de una mujer hermosa, después de haber sido arrancada de cuajo y arrojada al suelo, murmuraba todavía algunas palabras (a). Si esta lengua hablaba sin boca, ¿qué no sería cuando se hallaba acompañada de todos los otros órganos de la palabra? Debo sin embargo, confesar, que me encanta de tal manera la armonía de este instrumentito, que no quisiera yo desanimarlo. Todo lo que pretendo en esta disertación es, desterrar algunos tonos desapacibles, y particularmente ciertas disonancias que provienen de la cólera, la murmuración, el chachareo y la coquelería. En una palabra, desearia yo que se hallase templado bajo el tono de la benevolencia, la verdad, la discreción y la franqueza.

*En el número siguiente del Espectador apareció la siguiente corta anónima, pero se sabe fue escrita por el literato Budge, colaborador de la redacción.*

SEÑOR ESPECTADOR.

Aunque hace muchos años que practico la abogacía, y he oído perorar muchos juriconsultos famosos, y otros oradores en ambas universidades, convengo sin embargo con Vd. en que las mujeres se hallan mejor calificadas que los hombres para distinguirse en la oratoria, y creo que esto debe atribuirse á causas naturales. Vd. ha mencionado únicamente la volubilidad de sus lenguas; pero ¿qué nos dice Vd. de la fácil lisonja de sus hermosos rostros, y de la persuasión que un discurso, aunque insípido, lleva consigo, cuando es pronunciado por labios bellos, á los que sería crueldad negar alguna cosa? Además, las mujeres poseen algunos resortes retóricos de que carecen los hombres, tales como lágrimas, desmayos, parasismos etc., que yo he visto empleados en tiempo oportuno con buen éxito. Ha de estar Vd. Señor Espectador, en que yo soy un hombre simple y amante de mi dinero; tengo sin embargo, una mujer tan elocuente á este respecto, que me arranca todas las sumas que quiero. Todos los cuartos de mi casa se hallan amueblados y adornados con los trofeos

(a) Metamorfosis, vi. 536.



de su elocuencia: ricas alacenas, rimeros de china, abanicos del Japón y jarros costosísimos. Si Vd. viese la sala de recibir de mi casa, creería hallarse en un almacén de la India; y como mi mujer tiene una arilla, me veo obligado á doble contribución por todos los objetos que quiebra. Además, mi esposa padece desmayos periódicos, hucia el tiempo de alguna nueva ópera ó algun gran baile, y suele verse bñada en lágrimas después de haber visto alguna mujer con vestidos más costosos que los suyos (a).

(a) Este pasaje traa á la memoria del traductor el siguiente cuento de Castillejo:

Una dueña disque honrada  
Mujer de pompa y arreo,  
Adolece de deseo  
De una saya verdugada  
Muy lozana.

Y á su parecer galana,  
Que yendo á la iglesia vio,  
Ba que luego le tomó  
Infinísimas gana:

Y tornada  
Á casa muy congojada,  
En sentándose á comer,  
Comenzóse á entristecer  
Y mostrar muy fatigada:

No comía;  
Mas suspiraba y gemía,  
Y como que enferma estaba,  
La causa disimulaba  
De la pasión que tenía.

El marido,  
Congomado, y afligido  
De tan subitogacidente,  
Cuando ella estaba doliente  
Él estaba dolorido;

El cuidado,  
Com gran tenor y cuidado  
Que fuere el daño mayor,  
Mandó llamar un doctor,  
Médico muy señalado

Y conocido:  
El cual muy presto venido,  
Á la mujer se llegó,  
Y los pulsos le tocó  
Muy atento y sin ruido  
Y así yendo,

Lo que solicito, Señor Espectador, es que se empeñe Vd. con su amigo, que le ha prometido diseear la lengua de una mujer, para que al mismo tiempo nos dé la anatomía de un ojo femenino, y explique los canales y compuertas que lo alimentan con tan pronto socorros de fluido; y manifieste, si es posible, por qué medios podría detenerse la corriente á precio razonable; y pues hay un aliciente tan patético y seductor en un bello semblante

Después de esto procediendo  
Por sus preguntas sabidas,  
Las causas bien entendidas  
Luego fué reconociendo

La dolencia:  
Y por hacer experiencia  
De lo que así conoció,  
Al marido se volvió  
Con alegre continencia.

Y muy quedo  
Le dijo: no tengáis miedo,  
Que de este mal nunca yo  
Vuestra mujer, ó no habrá  
Mercaderes en Toledo:

Su pasión  
Procede del corazón,  
Y á mi parecer sería  
Menester darle alegría,  
Y alguna recreación  
Y consuelo.

Compradle sin más recelo,  
Si la quisierais ver sana,  
Seis varas de fina grana  
Y aun cuatro de terciopelo  
Carmesi;

Y póngaselas allí  
Porque se alegre de varias,  
Algunas onzas de perlas;  
Lo demás dejado á mi.

En un punto  
Ya estaba allí todo junto,  
Sin momento de tardanza  
Y él con sólo esta esperanza  
Estando casi difunto

Revivió,  
Y ella luego que lo vió  
Se le alegraron sus ojos,  
Y cesando los enojos,  
Doblado sana quedó.

bañado en lágrimas, sería muy digno de su profesión recetar alguna cosa para que estas elocuentes perlas no se derramen por fruslerías, ni sean empleadas como siervas de caprichos mujeriegos, sino reservadas para ocasiones serias, como generosa compasión, verdadera penitencia, ó fundada pesadumbre.

« Soy de Vd. etc. »

### QUEJAS DE LOS HOMBRES. — JÚPITER Y LOS DESTINOS.

(Sueño de Addison, vertido del inglés.)

Entre los muchos corresponsales que leen mi periódico, y me escriben refiriéndome sus circunstancias y pidiéndome consejo, ningunos son más importunos que los quejosos. Uno de éstos data su carta de las orillas de no arroyo murmurante y solitario, en donde acostumbra meditar en la divina Clarisa, y busca acualmente un salto, como el de Leucade, que se halla resuelto á dar, á menos que yo no lo consuele por la pérdida de aquella mujer perjura y encantadora. Por otro lado, la pobre Lavinia me urge tanto para que la conforte, y se mira reducida á tal desesperación, que me dice escribió su carta con la pluma en una mano, y su aladero en la otra, pronta á ahorcarse. Un caballero de una antigua familia que vive en el campo, casi ha perdido el juicio, con motivo de un lebrele, que después de haber sido compañero suyo durante diez años, se ha vuelto rabioso. Otro que yo creo serio, se queja del modo más patético, de la pérdida de su mujer; y otro, en términos aún más dolorosos, de la pérdida de una bolsa de dinero que le robaron en la calle, y que, según dice, no le causaría ninguna pena, si la hubiese dado á los pobres. En fin, no hay calamidad en la vida humana, que no haya producido una carta.

Asombra ciertamente la facilidad con que los hombres se procuran aflicciones por cada cosa. Tierras y casas, carneros y boves, producen infelicidad ó contento en el corazón de criaturas racionales. Aun más, yo he visto un abanico, una pañoleta, una palatina, haber sido causa de una dicha ó una desgracia completa. Un perrito faldero ha desgarrado muchos corazones. Flavia, que ha sepultado cinco hijos y dos maridos, nunca ha podido consolarse de la pérdida de su loro. ¡Cuántas veces una divina criatura no ha experimentado convulsiones por un desprecio en un baile,

ó en una concurrencia! Sempronio ha permanecido encerrada en un cuarto desde el último baile de máscaras, y está en más peligro de perder la vida por no haber conseguido entrar en la moji-ganga, que Clarinda por el violento resfriado que cogió en ella. Ni son estas queridas criaturas las únicas que sufren con semejantes enfermedades imaginarias. Mas de un autor se ha afligido por la censura de alguno, considerado antes por él como idiota; y muchos héroes han caído en profunda melancolía porque la última plebe no los había aclamado en la calle. Meno cifra toda su felicidad en un caballo corredor; Parco en una carretela dorada; Hario en una cadena de oro, y Florio en una mata de azucenas. Sería cuento de nunca acabar, referir la multitud de miserias que afligen al género humano; pero como no debe medirse una miseria por la naturaleza del mal sino por el temperamento del paciente, presentaré á mis lectores, real ó imaginariamente desgraciados, una alegoría del gran padre y príncipe de los poetas.

Sentado, después de comer, en mi poltrona, tomé un libro de Homero, y leí el famoso discurso de Aquiles á Priamo, en que le dice que Júpiter tiene á su lado dos grandes toneles, uno lleno de bienes y otro de males, y de los cuales forma él una composición para cada hombre que viene al mundo. Me agradó tanto este pasaje, que cuando en mi siesta habitual me quedé dormido, tuve el siguiente sueño:

Cuando Júpiter tomó en sus manos las riendas del gobierno del mundo, las diversas partes de la naturaleza, con las deidades que las presidian, le pagaron homenaje. Una le presentó una montaña de vientos; otra un almacén de granizo; otra un manojó de rayos. El Océano un tridente; la Tierra sus frutos y el Sol sus estaciones. Entre las diversas deidades que vinieron á complimentarlo, los Destinos llegaron con dos grandes toneles, y los colocaron á diestra y siniestra de su trono. Uno estaba lleno de bienes y otro de males de la vida humana. Júpiter, al principio de su reinado, viendo al mundo más inocente que en esta edad de hierro, derramó abundantemente en él los bienes del tonel colocado á su diestra; pero como los hombres degeneraron y se hicieron indignos de sus bendiciones, vació sobre ellos el tonel colocado á su izquierda y llenó el mundo de penas y de pobreza, guerras y enfermedades, celos y falsedad, placeres envenenados y muertes prematuras.

Júpiter al fin se irritó tanto con la depravación de la naturaleza humana, y las repetidas provocaciones que recibía de todas las partes de la tierra, que habiendo resuelto destruir toda la especie,

excepto Deucalión y Pirra, ordenó á los destino que recogiesen los bienes derramados entre los hombres, y los guardasen hasta que el mundo se viese habitado por una raza más digna y meritoria.

Las tres hermanas bajaron inmediatamente á la tierra, en solicitud de los bienes desparramados en ella; pero encontraron su comisión más difícil de lo que habían creído. Los primeros lugares en que las pareció poder lograr su intento fueron las ciudades, palacios y cortes; pero en vez de encontrar lo que solicitaban, no hallaron más que envidia, aflicción y desasosiego con los demás ingredientes del tonel de la izquierda; pero con sorpresa descubrieron el contento, la tranquilidad y la salud, con las demás bendiciones de la vida, en las cabañas, retiros y soledades.

Otra circunstancia no menos inesperada que la primera, y que puso á los Destinos en gran perplejidad, fué que observaron que varios bienes habían degenerado en males, y varios males mejorado en bienes. Encontraron al poder tan inquieto por conservarlo, que no era una bendición sino una desgracia para los que lo ejercían. La juventud estaba plagada de enfermedades peores que las de la vejez. La riqueza se hallaba unida á tan sórdida avaricia, que la convertía en una especie de pobreza, de lo más triste y penoso. Por el contrario, encontraron á menudo penas llenas de gloria por medio de la grandeza de alma; pobreza perdida en el contento; deformidad embellecida por la virtud. En una palabra, los bienes eran muchas veces como frutos plantados en terreno ingrato, que por grados van perdiendo su gusto hasta llegar á ser insipidos y malsanos; y los malos como frutos agrios, cultivados en buena tierra, y enriquecidos con inoculaciones ó injertos adecuados, hasta que se llenan de jugos generosos, dulces y agradables.

Otra circunstancia que sorprendió no menos á las hermanas, fué el haber descubierto bienes y males en los toncles de Júpiter, que no habían existido, y que sin embargo, procuraban á los hombres placeres y sinsabores. Estos frutos, de una cosecha espuria, no sembrada por la Deidad, crecían espontáneamente en las imaginaciones y disposiciones de las criaturas humanas, como por ejemplo, vestidos, empleos, títulos, cruces, decoraciones, arruajes, trances, cordada de genio, vergüenza mal entendida, con todos los demás caprichos vanos que germinan en las almas débiles, imperfectas é irresolutas.

Las tres hermanas encontrándose en tan gran perplejidad,

conocieron que les era imposible ejecutar su comisión, y resolvieron echar los bienes y los males reunidos en un gran tonel, y presentarlos á los pies de Júpiter. Así lo hicieron, y la hermana mayor, queriendo hacer una apología de la conducta que habían observado dijo al padre de los dioses:

¡Oh Júpiter! hemos reunido juntamente los bienes y los males, los placeres y las penas de la vida humana y así te los presentamos. Te pedimos que en lo sucesivo, los distribuyas tú mismo según lo estimare conveniente tu alta sabiduría; porque nosotros reconocemos que, excepto tú, no hay quien pueda distinguir lo que puede ocasionar pena ó alegría en los corazones humanos.

#### ASTUCIAS DE JUNO PARA RECOBRAR EL AMOR DE JÚPITER.

*(Escrita de Adhón, publicada en el Charliador de Londres.)*

La lectura es para el alma lo que el ejercicio para el cuerpo. Así como la salud se conserva y fortifica con el uno, la virtud, que es la salud del alma, se mantiene viva y asegura con la otra. Pero del mismo modo que el ejercicio es fastidioso y molesto cuando sólo lo hacemos para preservar la salud, la lectura fatiga cuando sólo nos dedicamos á ella para confirmarnos en la virtud. Por esta razón la virtud que retiramos de una fábula ó una alegoría, es como la salud que ganamos por medio de la caza, en que agradablemente nos vemos arrastrados en persecución de una presa y no sentimos las fatigas del ejercicio.

Después de este prefacio, expondré una hermosísima fábula alegórica del gran poeta Homero, cuyas obras es difícil dejar de la mano cuando se ha comenzado á leerlas. La destino particularmente á mis bellas correspondientes que me escriben quejándose de haber perdido el amor de sus maridos y me piden consejo para recobrarlo.

Juno, dice Homero, viendo á Júpiter, su marido, sentado en la cima del monte Ida, y conociendo la aversión que había concebido por ella, comenzó á estudiar el medio de recobrar su amor y de hacerse agradable á sus ojos. Con esta idea se retiró á su cuarto y se bañó en ambrosia, lo cual comunicó á su persona toda su belleza, y difundió un olor tan divino, que refrescó toda la naturaleza y dulcificó el cielo y la tierra. Juno dejó flotar sus inmor-

tales trenzas del modo más gracioso, y cuidó muy particularmente de ponerse todos los adornos que el poeta describe minuciosamente, y que la diosa eligió como más adecuados á realizar su persona. En seguida hizo una visita á Venus, diosa que preside al amor, y le pidió como un favor especial, que le prestara por poco tiempo aquellos encantos con que ella había subyugado los corazones de los dioses y de los hombres, porque, le dijo Juno, quiero emplearlos para reconciliar á las dos deidades que tuvieron cuidado de mi infancia y cuya desavenencia es ahora tan grande que duermen en lecho separado. Venus se sintió honrada de la oportunidad de poder ser útil á diosa tan eminente y por eso le regaló el cestus que ella acostumbraba llevar en su cintura, aconsejándole que lo ocultase en su seno hasta que hubiera conseguido lo que deseaba. Este cestus era una bella cintura abigarrada, en la que, como dice Homero, se veían bordados todos los atractivos del bello sexo. Las cuatro principales figuras del bordado eran, amor, deseo, ternura y conversión, todo acompañado de aquella dulzura y complacencia, que, dice el poeta, insensiblemente roba los corazones de los hombres más juiciosos.

Juno después de hechos estos preparativos necesarios, vino como por accidente á presencia de Júpiter que se dice se sintió tan inflamado con la belleza de su mujer como cuando al principio la robó y estrechó en sus brazos sin el consentimiento de sus padres. Juno, para encubrir sus verdaderos pensamientos, le dijo lo mismo que á Venus, que iba á hacer una visita á Oceano y á Tetis. Júpiter la decidió á permanecer en su compañía diciéndole que ella aparecía á sus ojos más amable que ningún mortal, ninguna diosa y aun más de la que ella misma le había aparecido antes. El poeta representa en seguida á Júpiter tan enamorado, que sin aguardar á encontrarse con Juno en la casa construída por Vulcano según el plano dado por la misma Juno, arrojó sobre las cabezas de ambos cuando se hallaban sentados en la cima del monte Ida, una nube de oro, al mismo tiempo que la tierra que pisaba se cubrió de jacintos, azafrañes y otras plantas odoríferas que formaban un leño para su reposo.

Esta compendiada versión de uno de los pasajes más bellos de Homero, puede procurar abundante instrucción á la mujer que desee preservar ó recuperar el amor de su marido. El cuidado de la persona y del vestido con las delicadezas bordadas en el cestus, se miran tan claramente recomendados en esta fábula, y son tan absolutamente indispensables en una mujer que desea

agradar, que no necesitan ulterior explicación. De la misma manera la discreción de ocultar las desavenencias matrimoniales del conocimiento de los otros, se manifiesta en la fingida visita á Tetis y en la conversión de Juno con Venus; el manejo casto y prudente y los encantos de una mujer se ven intimados en el mismo intento de Juno de presentarse ante su marido y de conservar oculta en su seno la cintura maravillosa. Dejo esta fábula á la consideración de aquellas buenas mujeres caseras que nunca se hallan bien vestidas sino cuando salen fuera de su casa, y creen necesario aparecer más agradables á los otros hombres que á sus maridos; como también á las prudentes esposas que, para evitar las apariencias de un amor apasionado, tratan á sus maridos con indiferencia, aversión, silencio ó lenguaje acerbo.

#### MARIDOS CELOSOS.

(Ensayo de Addison, publicado en el Espectador de Londres.)

Entre las muchas cartas que he recibido estos días, he examinado las de varias mujeres que se quejan del celo mal fundado de sus maridos, y me piden consejos sobre el particular. Lo haré con sumo gusto, pero previamente describiré la pasión de los celos y el espíritu de los celosos. Celos es aquel dolor que siente un hombre cuando teme no ser amado de la persona amada por el cordialmente. Ahora bien, como nuestras pasiones é inclinaciones interiores no pueden hacerse visibles, es imposible que un celoso se cure enteramente de sus sospechas; siempre conservará en su alma la duda y la incertidumbre, sin poder recibir ninguna satisfacción del lado ventajoso; es decir, que sus indagaciones tocan el punto culminante de buena fortuna, cuando no le descubren nada. Su placer nace de no haber descubierto lo que buscaba, y pasa la vida solicitando un secreto que lo haría infeliz si llegase á descubrirlo.

En los celos hay amor ardiente (a), este amor forma uno de los

(a) Los celos, dice la poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz:

Son prueba de que hay amor  
El signo más manifiesto,  
Como la humedad del agua  
Y como el humo del fuego.

principales ingredientes en esta pasión, porque el mismo afecto que estimula los deseos de un celoso, y le hace ver en su imaginación una belleza tan grande en la parte amada, le hace creer que enciende la misma pasión en los otros, y que aparece amable á todos los que la miran; y como el celo nace de un amor extraordinario, sólo se contenta con amor igual al suyo. Ni las seguridades más ardientes de afecto, ni las más tiernas expresiones de cariño, son capaces de calmar á un celoso cuando no se halla persuadido de que son sinieras y la satisfacción reciproca. El celoso desea ser una especie de deidad respecto de su querida, el objeto único de sus obras, miradas, palabras y pensamientos, y siempre pronto á enojarse si ella admira cualquiera cosa que no sea él mismo.

El espíritu celoso es de influencia tan maligna, que corrompe todo lo que ve á su (a), y se sustenta con su propio veneno. Un recibimiento frío le coloca en la tortura, y lo atribuye al odio ó á la indiferencia; un recibimiento ardiente le infunde sospechas, y le parece efecto de la disimulación y del artificio. Si la persona que ama está alegre, es porque piensa en otro; si triste, se imagina que sólo él causa su tristeza. No hay palabra ni ademán, por insignificante que sea, que no alimente sus sospechas, y que no contribuya á extender sus falaces descubrimientos; de modo que si consideramos los efectos de esta manía, se creará que viene más bien de un odio inveterado que de un amor excesivo, porque ciertamente no hay inquietud que iguale á la de una mujer sospechada de infidelidad, sino la inquietud de un marido celoso (b).

(a) El círculo mira  
Cuadrado el celoso,  
Lo cierto dudoso,  
Lo falso vérez.

(b) El contraste de pasiones que agitan al celoso, y los tormentos que le ocasionan, son bonitamente descritos por Metastasio en estos preciosos versos de su drama de Catón:

Che sia la gelosia,  
Un golpe in mezzo al petto,  
E vor, ma questo è poco;  
E il più crudel tormento  
D'un cor, che s'innamora,  
È questo è poco ancora;  
Lo nel mio cor lo sento,  
E non lo so spigar.  
Se non portasse amore

Pero la mayor desgracia de esta pasión es que tiende naturalmente á enajenar el afecto que con tanta solicitud quiere monopolizar para sí solo el celoso, porque por un lado coarta fuertemente las palabras y las acciones de la persona sospechada, y por otro manifiesta que no tiene buena opinión de ella, y ambos motivos engendran aversión.

Ni es este el peor efecto de los celos, porque muchas veces producen consecuencias fatales haciendo que la persona celosa sea sospechada del mismo crimen. Es muy natural que los que son maltratados y acusados de falsedad, encuentren un amigo íntimo que escuche sus quejas, tome parte en sus sufrimientos y trate de suavizar sus resentimientos secretos. Por otra parte, los celos suelen inspirar á la mujer un designio que quizá no habria concebido jamás, y esta funesta idea ocupa tanto su imaginación, que llega á familiarizarse con ella, enciende sus deseos y pierde toda la vergüenza y horror que le habia existido al principio. No debe pues causar maravilla que una mujer ostigada por un hombre con injustas sospechas, y que por lo tanto, nada tiene que perder en el afecto de su marido, se resuelva á darle razón para ellas y á disfrutar el placer del crimen, puesto que debe sufrir la ignominia. Tales fueron probablemente las consideraciones que animaron al hombre sabio en sus consejos á los maridos: « No seas celoso de la mujer que acoges en tu seno y no le des una mala lección que redunde en tu perjuicio (c). »

Comunmente se observa que no hay duelos más agudos y sentidos que los de los maridos celosos que pierden sus mujeres. Entonces es cuando su amor se revela en toda su fuerza, y disipa todas las sospechas que habian contribuido á sofocarlo y aun á extinguirlo. No piensan ni hablan más que de las buenas cualidades de la divina persona que han perdido, se vituperan á sí mismos por el mal trato que le dieron, á la vez que atentan y destierran de su memoria todos los defectillos que los causaron antes tanta inquietud.

Por lo que se ha dicho, puede verse que la pasión de los celos ocha profundas raíces en los hombres de una compleción amorosa, y entre éstos podemos distinguir tres clases.

Affanno sì tiranno,  
Qual è quel rozzo core,  
Che non vorrebbe amar?

(c) Eclesiástico, cap. ix. 1.

Los primeros son los que se reconocen ellos mismos tocados de alguna flaqueza, sea de debilidad, de vejez, de fealdad, de ignorancia, etc. Estos hombres se hallan tan penetrados de lo repugnantes que son estos defectos, que no se atreven á hisonjarse de ser realmente amados, y desconfían hasta tal punto de su propio mérito, que todas las caricias que se les hacen los desconciertan y les parecen destinadas á ridiculizar sus personas. Al considerar sus semblantes en un espejo, les entra la sospecha, y la vista de una sola arruga enciende su celo. Luego que ven á un hombre bien parecido se alarman, todo semblante joven ó alegre hace recaer su pensamiento celoso sobre sus mujeres.

La segunda clase de hombres sujetos á esta pasión, son de un temperamento astuto, cauteloso y desconfiado. Se censura con razón á los historiadores políticos el no dejar nada al capricho y la casualidad, y á atribuir cada acción á algún plan ó medida bien concertada; á derivar los acontecimientos de ciertas causas, y á establecer una exacta correspondencia entre los progresos del ejército y las ordenes del gabinete. Lo mismo sucede en el amor á los hombres que tienen una alma muy sutil y que todo lo quieren refinar. Explican el motivo de una ojeada, y encuentran un designio en una sonrisa; dan un nuevo sentido y nuevas significaciones á las palabras y á los actos, y se atormentan y espantan con sus propios fantasmas. Siempre disfrazados ellos mismos, toman por hipocresía en los otros lo que sólo tiene la apariencia de ella. En una palabra, no creo que haya personas en el mundo que descubran menos la verdad de las cosas, que estos grandes refinadores que se felicitan de su penetración, y se consideran como muy advertidos.

Si tales hombres se imaginan que conocen á las mujeres por reflexión, los disolutos y los viciosos creen que las conocen por experiencia, y éstos forman la tercera clase de celosos. Han visto tantos pobres maridos engañados por sus mujeres, y tan bien desorientados en los laberintos de una intriga amorosa, que siempre temen alguna trama secreta en los pasos de sus mujeres. Si un marido vicioso encuentra que la conducta de su mujer tiene alguna semejanza lejana con la de otro que no vale gran cosa, nunca deja de atribuirle los mismos principios y las mismas intenciones. Por este motivo la observa de cerca, le sigue los pasos, y conoce muy bien la caza para que se le escape el gazapo. Acusado por otra parte á tratar mujeres perdidas, no debe causar asombro, que considere como tal á todo el sexo y lo

acuse de impostura. Pero si á pesar de toda su experiencia puede vencer sus preocupaciones y tener buena opinión de algunas mujeres, sus descos criminales no pueden menos de infundirle sospechas de otro lado, y hacerlo creer que todos los hombres tienen las mismas inclinaciones que él mismo.

Sea por causa de estos ó de otros motivos predominantes, los historiadores modernos de América, y nuestra experiencia en Europa, nos dicen que los celos no son un vicio del Norte, y que reinan con más furia en las naciones más cercanas á la influencia del sol. Es desgracia para una mujer, el haber nacido entre los trópicos, por ser aquella la región ardiente de los celos, los cuales se resfrían poco á poco á medida que se avanza al norte, y casi se apagan bajo el círculo polar.

Después de hecha esta terrible descripción de los celos, y de las personas poseídas de ellos, es justo manifestar los medios más propios para calmar y tranquilizar á los espíritus celosos. Los otros defectos de un marido no se hallan en cierto modo bajo la jurisdicción de su mujer, y ni uno debería si fuese posible llegar á su conocimiento; pero los celos exigen todo cuidado y atención y merecen que ella emplee toda su solícitud para encontrar un pronto remedio. Debe ella hacerlo con tanta mayor razón, cuanto que sus esfuerzos serán siempre bien recibidos, y que el amor de su marido aumentará á medida que sus sospechas se desvanecieren, porque, como ya lo hemos dicho, hay en los celos una gran mezcla de amor que vale bien la pena de separarlo de aquellos. De esto trataremos en nuestro próximo ensayo.

#### REGLAS PARA CURAR LOS CELOS.

(Ensayo de Addison, publicado en el Espectador, de Londres.)

Después de haber examinado la naturaleza de los celos, y señalado las personas más sujetas á ellos, debo dirigirme á mis bellas correspondientes, que desean vivir bien con un marido celoso, librándolo de sus injustas sospechas. La primera regla que les señalo, es no desaprobar jamás en otro el mismo defecto ó culpa de que su marido celoso se hallare poseído, y no admirar nada en que él mismo no sobresalga. Un celoso es de lo más vivo en sus aplicaciones; cree ver una espada de dos filos en una in-

vectiva, y toma el panegírico de otro como una sátira asestada contra él. No se embaraza en considerar la persona, sino en aplicar el carácter, y resiente alegría ó bochorno según le conviene á el mismo. El menor elogio dirigido á otro excita su celo, porque esto le manifiesta que no es el único apreciado; si oye elogiar aquello de que él carece, entra en furia, porque esto le prueba que en cierto respecto su mujer prefiere á otro. Horacio, en una de sus odas á Lidia, describe perfectamente los celos desde este punto de vista: « Cuando alaban en mi presencia el cándido cuello de Teleso y la belleza de sus brazos, ¡ ah Lidia ! se apodera de mí un furor que no puedo disimular. Mi alma pierde su asiento, cambio de color, y las lágrimas que se me escapan descubren el fuego que me consume. »

Al marido celoso no disgusta ciertamente que otro desagrade á su mujer, pero si ésta menciona ciertos defectos de que él mismo se considera poseído, no sólo descubrirá que otro le desagrada, sino también él mismo. En una palabra, es tan grande su deseo de gozar sólo todo el amor de su mujer, que se aflige de no tener algún embeleso que él considera propio para atraérselo; y si ve, por lo que critica su mujer en los otros, que él no es tan agradable á sus ojos como podría serlo, deduce naturalmente que lo amaría más si tuviera otras cualidades, y que por consecuencia, el amor de su mujer no va tan lejos como debería ir según sus ideas. Por lo tanto, si vuestro marido celoso fuere de un humor serio ó triste, no manifestéis mucha afición por las chanzas, la alegría y las diversiones. Si su figura no fuere de las más bellas del mundo, debéis admirar la prudencia, ó cualquiera otra buena cualidad que posea, ó que á lo menos tenga pretensión á ella.

La segunda regla que propongo es que seáis franca y abierta con él; que le comunicéis todas vuestras acciones, le descubráis todos vuestros designios, y no tengáis para él ningún secreto, aunque sea sobre bagatelas. Un marido celoso aborrece las ojeadas y los secretitos de los que se hablan al oído, y si no puede profundizar todo lo que pasa, concebirá ciertamente temores, y sus sospechas irán lejos. Todo marido se considera como el principal confidente de su mujer, y si encuentra que ésta hace misterio de alguna cosa, se imaginará que el mal es mayor de lo que parece. Os importa pues, hacer uso con vuestro marido, de una franqueza uniforme y constante, porque si alguna vez llega á descubrir que le habéis encubierto una sola acción, todas las otras le serán sospechosas: su imagi-

nación comenzará á trabajar sobre el particular, y sacará consecuencias remotas que aumentarán su inquietud.

Si estas dos reglas fallan, el mejor expediente será mostrarse abatida y apesadumbrada de la mala opinión que tiene de vos, y de los sufrimientos que él mismo se procura á vuestro respecto. Hay muchas mujeres cruels que se deleitan en los celos de los que las aman, que insultan á un pobre corazón amartelado, y se regocijan de ver que sus encantos producen tanta inquietud; pero esta clase de mujeres suelen llevar tan lejos esta crueldad, que su afectada indiferencia entibia el amor del marido, y nunca dejan de atraerse todo el desprecio que merece su insolencia; á la vez que un aire triste y abatido, efecto natural de una inocencia oprimida, puede calmar á un marido celoso, excitar su compasión, darle á conocer la injuria que hace á su esposa, y desterrar de su alma todos esos temores y sospechas que amargan la existencia de ambos. Una conducta semejante le obligará á lo menos á ocultar sus celos y á affigirse en secreto, porque convencido de su feble, no querrá hacerlo patente temeroso de que así se resfrío vuestro amor, y es disponga á amar á otro.

Hay otro expediente, que nunca falla, con tal que la mujer logre ser creída del marido, pero es expediente practicado sólo por mujeres de más astucia que virtud. Quiero decir, hacer el papel del marido celoso, y asestar su propia pasión contra el mismo, aprovechando alguna ocasión para manifestarle celos y siguiendo el ejemplo que él mismo ha dado. Este celo fingido no puede menos de serle grato, con tal que lo crea sincero, porque sabe por experiencia el mucho amor que entra en esta pasión, y gustará por otra parte el placer de la venganza al veros sufrir sus propios tormentos. Pero debemos confesar que es un ardid muy difícil, y al mismo tiempo tan falso, que nunca se debe poner en obra sino por mujeres que tengan bastante habilidad para cubrir el engaño, y bastante invención para hacerlo excusable.

Concluiré este ensayo con la historia de Herodes y de Mariana, según la refiere Josefó, la cual presenta un ejemplo de todo lo que puede decirse sobre este asunto.

Mariana tenía todos los encantos que la belleza, el nacimiento, el talento y la juventud pueden procurar á una mujer, y Herodes toda la pasión que estos encantos son capaces de inspirar en un temperamento ardiente y amoroso. En medio de este amor, condenó á muerte al hermano, y después al padre de Mariana. Esta bárbara acción fué puesta en conocimiento de Marco Antonio, el

cual intimó á Herodes la orden de que viniese inmediatamente á Egipto para responder del crimen de que se le acusaba. Herodes atribuyó esa orden al deseo que tenía Marco Antonio de poseer á Mariana, y por eso la puso, antes de partir, bajo la custodia de su tío José, con orden secreta de darle la muerte, en caso que él mismo fuese condenado á sufrirla. Encantado con la conversación de esta princesa, José empleó toda su elocuencia para persuadirla que Herodes la amaba tiernamente; pero como ella se manifestaba fría é incrédula, cometió la imprudencia de desahuciarlo, como una prueba irrecusable del amor de Herodes, la orden que había recibido puesto que no podía vivir ni morir sin ella. Este juicio cruel de una pasión furiosa, desterró por algún tiempo del corazón de Mariana los pocos restos de afecto que tenía por su Señor. Enajenamiento ocupada con la crueldad de esta orden, no discernía que dimaraba de un amor excesivo, y lo consideró más bien como un asesino que como un amante.

Apenas fué Herodes absuelto por Marco Antonio, cuando más enamorado que nunca, regresó á ver á Mariana, pero luego que supo la grande familiaridad que había habido en su ausencia entre ella y su tío José, concibió las sospechas más crueles, de modo que cuando volvió á verla entró en explicaciones, y con mucha dificultad pudo ella calmarlo, pero al fin lo consiguió, y él se mostró tan convencido de su inocencia, que de las quejas é improperios, pasó á las lágrimas y á los besos. Lloraron ambos con extremada ternura, pero cuando Herodes, en medio de los sollozos y de los suspiros, le hacía las más vivas protestas de amor y constancia á toda prueba, le ocurrió á ella preguntarle si la orden secreta que había dado á su tío era una prueba del amor suyo. Apenas oyó Herodes esta pregunta inesperada, cuando encendido en celos concluyó con que José no podía menos de haber llevado muy lejos su familiaridad con ella, puesto que de otro modo no le habría revelado nunca secreto de tal naturaleza. En una palabra, hizo dar muerte á su tío, y por un esfuerzo extraordinario sobre sí mismo, dejó la vida á Mariana.

Obligado algún tiempo después, á volver á Egipto, recomendó su esposa á Soemo, con la misma orden secreta que había dado á su tío, en caso que pereciese en su viaje. Á pesar de todas estas precauciones, Mariana supo ganar hasta tal punto al espíritu de Soemo, con sus regalos y sus modales encantadores, que le arrancó el secreto que Herodes le había confiado. Luego pues, que éste volvió de Egipto, quiso abrazar á Mariana con grandes transportes

de alegría y ternura, pero ella sólo correspondía con sollozos y lágrimas, acompañadas de todas las señales de la indiferencia y del odio que pudo manifestar. Irritado con recibimiento tan frío, no habría dejado de inmolarse á su resentimiento, si no hubiese temido ser él mismo la principal víctima. Poco después cambió este rapto de cólera en otro de ternura por Mariana. La hizo venir á su presencia, y trató de reducirla empleando todos los medios y caricias que pudo inspirarle en este momento el amor conyugal; pero ella sólo contestó con demuestos y acusaciones por la muerte de su padre y de su hermano. En medio de la calorosa disputa, Herodes hacía esfuerzos para contenerse, cuando un testigo sobornado por los enemigos de Mariana, entró repentinamente y la acusó de haber formado el designio de envenenar al rey. Pronto á escuchar entonces todo lo que se había dicho contra ella, Herodes mandó aplicar la tortura á uno de los principales sirvientes de su esposa, el cual obligado por la violencia de los tormentos confesó que la aversión de su ama por el rey venía de una cosa que Soemo la había dicho, pero respecto del envenenamiento, declaró que no sabía nada. Esta confesión fué fatal á Soemo, el cual se vió expuesto á las mismas sospechas que José y sufrió la misma suerte. La venganza de Herodes no se contentó con esta víctima, sino que acusó á Mariana de haber conspirado contra su vida, y por medio de la autoridad que tenía sobre los jueces, la hizo condenar y ejecutar públicamente. Poco después de esta muerte cayó Herodes en una profunda melancolía, y abandonó la administración de los negocios para retirarse á una soledad en donde se entregó á las terribles consideraciones de un amor extremo acompañado de lástima, desesperación, y arrepentimiento. En medio de sus desvarios y perturbaciones que agitaban su alma, llamaba con frecuencia á su querida Mariana, y probablemente no habría tardado en seguirle al sepulcro, si las calamidades públicas que lo amenazaban de cerca, no lo hubiesen desviado de tan triste objeto.

#### UN TAPICERO HOMBRE DE ESTADO.

(De Addison.)

Hace algunos años, vivía en mi vecindad una persona muy grave, un tapicero que parecía ocuparse mucho de sus negocios.



Era muy madrugador, y salía fuera de su casa dos ó tres horas antes que sus vecinos. Tenía la manía de fruncir las cejas, y cierta especie de impaciencia en todos sus movimientos, que claramente descubriría su constante atención á materias de importancia. Examinando su vida y conversación, descubrí que era el mayor novelero de nuestra manana; que se levantaba antes de amanecer para leer la *Estafeta*, y que daba dos ó tres vueltas en los arrabales de la ciudad, antes que se levantasen sus vecinos, para ver si habria llegado la mala de Holanda. Era casado, y tenía varios hijos; pero se mostraba más solícito de saber lo que pasaba en Polonia, que en su propia familia, y le causaba más inquietud el bienestar del rey Augusto, que el de sus parientes más cercanos. Cuando habia carencia de noticias, parecia muy llaco, y nunca estaba contento cuando soplaban vientos del Este. Esta especie de vida infatigable, ocasionó la ruina de su tienda, porque hacia el tiempo en que su rey favorito dejó la corona de Prusia, quebró y desapareció.

Hacia largo tiempo que este hombre y sus negocios se habian borrado de mi memoria, hasta hace algunos dias que paseándome en la alameda oí que me coseaba una persona que venia detrás; y ¿quién podía ser sino mi antiguo vecino el tapicero? Vi que se hallaba reducido á extremada pobreza, por ciertas miserables superfluidades en su vestido, porque aun que era día muy caloroso, llevaba una casaca de invierno muy espesa y raída, con una corbata de lana muy abultada, que no dejaba ver sombra de camisa, y un sombrero viejo y abollado. Cuando se acercó á mí, me iba yo á informar de sus actuales circunstancias; pero él no me dió lugar por haberme preguntado en voz baja si las últimas cartas habian traído noticias del Pretendiente, sobre que pudiera uno contar. Le contesté que ningunas que yo supiera, y preguntándole si se habia casado ya su hija mayor me contestó, no; pero repuso él, dígame Vd. lo que piensa sobre el rey de Suecia. Porque aunque su mujer y sus hijos están pereciendo de hambre, su mayor interés en la actualidad es por este gran monarca. Yo le dije que lo consideraba como uno de los mayores héroes del siglo. Pero dígame Vd. agregó él, ¿creo Vd. que hay algo de verdad en la historia de su herida? Y viéndome sorprendido con tal pregunta, me dijo que sólo me la hacia para conocer mi opinión. Yo le contesté que creía no habia razón para dudar. ¿Pero por qué en el talón, repuso él, más que en ninguna otra parte de su cuerpo? Porque, dije yo, la bala casualmente le pegó allí.

Apenas terminó este diálogo extraordinario, cuando comenzó una larga disertación sobre los negocios del Norte, y al cabo me dijo que se hallaba muy embarazado para conciliar el *Neutral* con el *Globo*, cuyos periódicos acababa de leer. La *Gazeta* contiene estas palabras: «Tenemos noticias fidedignas de que cierto príncipe se ocupa actualmente de examinar materias de grande importancia.» Esto es muy misterioso, pero la *Estafeta* nos deja en mayor obscuridad, porque nos dice que «hay intimaciones privadas de las medidas que ha tomado cierto Príncipe, las cuales serán conocidas con el tiempo.» Pues bien, el *Correo*, que acostumbra ser muy claro, se refiere á las mismas noticias en estos términos: «La última conducta de cierto Príncipe, procura gran materia de suposiciones.» Este cierto príncipe, dijo el tapicero, que con tanta precaución no se atreven á nombrar, estoy seguro que es ..... y entonces, aunque ninguno se hallaba cerca de nosotros, susurró algo en mi oído que no entendí, ni creí valia la pena de que me lo repitiesen.

En esta conversación llegamos al fin de la alameda, en donde habia tres ó cuatro sujetos muy originales sentados en un banco. Encontré que todos ellos eran amigos de la política, que acostumbraban tomar el sol todos los dias antes de comer. Conociendo que eran curiosidades en su especie, tomé asiento entre ellos.

El principal era un político defensor de paradojas. Nos dijo, con aparente inquietud, que por las últimas noticias que habia leído de San Petersburgo, le parecia que una tempestad se estaba formando en el Mar Negro, que con el tiempo podría perjudicar á las fuerzas navales de Inglaterra, agregando que por su parte no deseaba ver al Turco lanzado de la Europa, lo cual en su opinión, no podría menos de causar mucho daño á todas nuestras manufacturas de lana. Dijonos después, que consideraba las grandes revoluciones que habian acontecido últimamente en aquellas partes del mundo, como suscitadas por dos personas: el príncipe Menzikoff, y la duquesa Clementina. Apoyó sus aserciones con tantas ideas, y tal ostentación de profundidad y cordura, que nos rendimos á su opinión.

El discurso al fin recayó sobre un punto que nunca deja de afectar á un verdadero inglés; es decir, si en caso de guerra con Francia, nuestra marina no batiría á la de aquella nación. Esto fué decidido unánimemente en favor de Inglaterra.

Cuando hubimos dilucidado completamente este punto, mi amigo el tapicero comenzó á discurrir sobre las actuales nego-

ciones de paz, desposeyendo príncipes, estableciendo nuevos límites á los reinos, y ajustando el equilibrio de las potencias de Europa, con gran justicia é imparcialidad.

Al fin me despedí de la sociedad y di la vuelta, pero apenas había yo andado cuarenta pasos, cuando el tapicero volvió á recrearme, y se acercó á mí con otro secreto. Yo esperaba oír alguna otra noticia que él no había creído oportuno comunicar al banco, pero en vez de eso me pidió al oído que le prestase cuatro reales. Compadecido de un hombre de estado tan miserable, y queriendo disipar la confusión en que parecía encontrarse, le dije que si quería le daría un duro, con la condición de que él me daría veinticinco cuando el Gran Turco fuese lanzado de Constantinopla, lo cual aceptó él con gusto, pero no sin manifestar previamente la imposibilidad de semejante acontecimiento, según el estado actual de los negocios de Europa. Costóme no poco trabajo cortar la conversación.

Un servicio común á un sujeto impertinente, suele acarrear á uno muchas incomodidades imprevistas; y si uno no tiene particular cuidado, lo tomará él como proposición de estrecha amistad. Esto lo patenté yo esta mañana. Dos horas antes de amanecer, oí un gran toquido en mi puerta que fué repelido hasta que mi criada se levantó y fué á ver quién tocaba. Vino luego á decirme que era un hombre que parecía hallarse muy de prisa, y le había dicho tenía necesidad de hablar conmigo. Por la pintura que ella me hizo del hombre, y por su voz, que pude oír desde mi cama, me imaginé que era mi antiguo conocido el tapicero, por cuyo motivo ordené á la criada dijese al hombre, quienquiera que fuese, que me hallaba indispuerto, que no podía ver á nadie, y que si tenía algo que decirme, le suplicase lo pudiese por escrito. La criada después de obedecerme, me dijo que el hombre había dicho que esperaría en el café vecino hasta que me levantase, y le encargó mucho me dijese que los franceses habían sido rechazados en las márgenes del Rin, y que la ciudad de Strasburgo, se hallaba sitiada.

Aunque gusto mucho se me informe de los triunfos de mis valientes compatriotas, no tengo gran empeño en oír hablar de una victoria antes de amanecer. Esta visita impertinente me puso de muy mal humor. Apenas me había yo calmado y comenzaba á conciliar otra vez el sueño, cuando me estremeció otro toquido, y al abrir la criada la puerta, oí la misma voz que le preguntaba si su amo se había levantado, y le encargaba me dijese que había

venido con el intento de hablar conmigo de unas noticias que acababan de llegar, y de las que toda la ciudad se entretendría dentro de dos horas. Ordené á mi criada, sin oír ni escuchar su mensaje, dijese al hombre que cualquiera que fuesen sus noticias, quería más bien saberlas dentro de dos horas que en aquel momento; y que persistía yo en mi resolución de no hablar con nadie aquella mañana. La criada le dió en el acto mi contestación, y cerró la puerta. Imposible me fué volver á dormir después de dos alarmas inesperadas, por cuya razón me vestí de pésimo humor. Me puse á pasear en mi cuarto reflexionando con gran cólera y desprecio en estos políticos voluntarios, que sufren todas las calamidades, vigiliás é inquietudes de un primer ministro, sin provecho para sí ni para su país, y sin embargo, sorprende el número considerable que hay de esta clase de hombres. Nada es más común que encontrar á un sastre quebrándose la cabeza con los negocios de Europa, ó ver un conjunto de porteros en sesión sobre el ministerio. Nuestras calles pululan con políticos, y apenas hay tienda que no pertenezca á un hombre de estado. Meditaba yo de esta manera cuando oí que el tapicero entregaba una carta á mi criada y le rogaba con gran prisa, que la entregase á su amo, luego que se levantase. Su contenido es el siguiente:

«He andado en solicitud de Vd. para manifestarle que los sujetos con quienes conversamos el otro día en el banco de la alameda, habiendo sabido que me dió Vd. un duro para recibir veinticinco en caso que el Gran Turco sea lanzado de la Europa, me han rogado informe á Vd. que cada uno de ellos recibirá con gusto un duro para devolver ciento, bajo la misma condición. Como nuestras últimas noticias de San Petersburgo presentan probabilidades más favorables que las de hace una semana, no dudo que Vd. aceptará la apuesta.

«Pero mi principal negocio no es esto. Recuerde Vd. el secreto que le comuniqué el otro día en la alameda, y ya ve Vd. lo que ha ocurrido de entonces acá. Si hubiese yo visto á Vd. esta mañana, le habría comunicado otro secreto. Deseo que mañana se halle Vd. recuperado de su indisposición, porque me propongo venir á verle á la misma hora que hoy, visto que mis circunstancias particulares no me permiten apurarme en nuestra manzana de día.

«Me he visto tan ocupado con las excelentes noticias llegadas últimamente de Holanda, y la expectativa de pormenores ulteriores, como también con otras negociaciones de las que hablaré

á Vd. con más extensión mañana temprano, que no he pegado los ojos estas tres últimas noches.

Los compañeros del banco me encargan manifiesta á Vd. que se alegrarán mucho de verlo á menudo en el mismo lugar. Mientras los negocios permanezcan en el estado actual, nos reuniremos allí en las horas propias para tomar el sol. A Dios, hasta mañana temprano.

De Vd. muy humilde servidor, etc.

P. S. El rey de Suecia se halla todavía en Bender. »

El anuncio de esta segunda visita me hizo temblar. He ordenado sin embargo á mi criada, que á la aldabón de mi puerta y lo cubra con un paño, como si realmente me hallase enfermo, por cuyo medio pienso escapar de que se me inquiete antes de amanecer.

He escrito este papel para el provecho particular de aquellos dignos ciudadanos que viven más en los cafés, que en sus tiendas y talleres, y cuyos pensamientos se hallan de tal manera absorbidos con los negocios de la política, que olvidan á sus parroquianos.

#### LAS MOJIGATAS Y LAS COQUETAS.

(De Addison.)

No hay sociedad más grata que la de las mujeres que tienen buen sentido sin afección, y pueden conversar con los hombres sin deseo oculto de imponer grillos ni cadenas. Camila, á quien visité esta mañana, es una de ellas. Siendo hermosa, se siente uno propenso á invenciblemente en favor de cuanto dice, porque no se considera como tal cuando habla. Esta naturalidad comunica á su conversación cierta gracia que me la hizo muy agradable, hasta que nos vino á interrumpir Leonor, la cual tiene los encantos que pueden adornar á una mujer. Sus atractivos serian irresistibles si no fuera, porque los considera tales, y los emplea en conquistas y estratagemas. Al fijarle los ojos cuando estaba sentada, conocí que era persona de un carácter que, para mejor inteligencia de los lectores, paso á describir. Leonor es una coqueta acabada, y pertenece á aquella secta de mujeres que ocasionan mucho daño en la sociedad. Yo continué hablando con Camila del mismo asunto que nos ocupaba, sin dar señales de

haber observado nada de extraordinario en Leonor; razón por la cual me tomó ella por hombre mal educado, y viendo mi vestido con ojos desdenosos, hizo á Camila un encogimiento de hombros; pero si el desprecio con que me veía era grande, no lo eran menos sus deseos de que yo la admirase, é hizo veinte esfuerzos para atraerse mis ojos; yo quise mantenerla desossegada en su asiento, jugando frivolamente con su abanico, y haciendo varios movimientos y gesticulaciones, antes de que diese yo señal de hacer el menor caso de ella. Al fin la miré con ojos de sorpresa, como si la mala luz en donde se hallaba sentada, no me hubiese permitido distinguir sus perfecciones. Es indecible la repentina alegría que manifestó su semblante, al ver que aun de un viejo como yo, había logrado llamar la atención; pero no gozó largo tiempo de su triunfo sin rival, porque á poco entró Elena, mujer de un carácter enteramente contrario, es decir tan completa mojigata como Leonor consumada coqueta. Camila me dirigió una mirada como si me intimase que ambas eran curiosidades en su especie, y dignas de observación. Luego que todos volvimos á sentarnos, cambié miradas con cada una de ellas, como si comparase sus perfecciones. Camila observó esto, y entabló conmigo una conversación alusiva á ambas en su cara misma, lo cual es bastante fácil; porque por lo regular, una mujer paga tanta atención á los defectos de otras, que apenas observa cuando se habla de los suyos. He notado Sr. Redactor, me dijo Camila, que Vd., en algunos de sus escritos, ha bosquejado varios caracteres femeninos, en los que á mi parecer no se ha expresado con bastante claridad y distinción, particularmente en los que se refieren á una mojigata y á una coqueta. Al mencionar esto, Elena se animó con las esperanzas de ver el bosquejo de Leonor, y Leonor con las esperanzas de ver el de Elena. Madama, dije yo á Camila, cuando examinamos la naturaleza encontramos con frecuencia efectos contrarios procedentes de la misma causa. La mojigata y la coqueta, aunque aparecen muy diferentes en su conducta, son en realidad la misma especie de mujeres. El motivo de acción en ambas es la afectación de agradar á los hombres. Las dos son hermanas de la misma sangre y constitución; solamente una elige un vestido grave y la otra ligero. La mojigata aparece más virtuosa, la coqueta más viciosa, de lo que son en realidad. La conducta esquiva de la mojigata, tiende al mismo objeto que los requerimientos é insinuaciones de la coqueta; y hay tan poca razón para desesperar de la severidad de la una, como para concebir es

peranzas de la familiaridad de la otra. Lo que conduce á una apreciación clara de su carácter, es la observación de que cada una de ellas se ocupa de los hombres en todos sus pensamientos, palabras y acciones. Apenas habla uno de la tertulia ó reunión en que se encontró la última vez, cuando la una pregunta con aire rígido y la otra con aire despejado: «¿Sabe Vd. qué sujetos se hallaban allí? Por lo que hace á las mojígatas, debe confesarse que hay varias que, como los hipócritas, por una práctica larga en el desempeño de un papel falso, llegan á ser sinceras; ó á lo menos se engañan á sí mismas creyéndose tales.

En beneficio de la sociedad de las mujeres les propongo aquí una regla como ensayo de su virtud. Madama de Bourguignon, la fundadora de un beaterio conocido bajo el nombre de Pietistas, no menos famosa por la santidad de su vida que por la singularidad de sus opiniones, se jactaba á menudo, no sólo de poseer en sí misma el espíritu de continencia, sino también la facultad de comunicarlo á todos los que la veían. Los bufones de su tiempo llamaban á este poder, don de frigidéz, y se ríían de la circunstancia para motejar la fealdad de su cara, sin admirar mucho su virtud. En consecuencia, aconsejó á las mojígatas que desean conocer la pureza de su corazón, que pongan sobre el su mano y examinen si se recogerían con toda sinceridad, de obtener el don de inspirar pensamientos castos á todos los hombres que las vieran. Sienten alguna aversión á la facultad de inspirar tan grande virtud, sea cual fuere la opinión que puedan tener de sus perfecciones, las engaña su propio corazón, y se hallan aún en la categoría de mojígatas. Algunos quizá mirarán la jactancia de la fundadora del beaterio como el non plus ultra de la ostentación de una mojígata.

El tipo de una coqueta, llevada á su mayor altura, puede verse en la siguiente historia: Una coqueta francesa, viuda de pocos años, había sido seguida por un gascón pisaverde, el cual se había alabado entre sus amigos de haber alcanzado favores que nunca recibió. La coqueta, para vengarse de esto, lo envió llamar una tarde, y le dijo: en poder de Vd. está hacerme un gran servicio. El gascón, con muchas protestas de su buena disposición para obedecer sus órdenes, le suplicó le manifestase sus deseos. Vd. conoce, replicó la viuda, á mi amiga Belinda, y ha oído hablar muchas veces de los insoportables celos de su miserable marido. Pues bien, es absolutamente necesario para realizar cierto negocio, que su mujer y yo pasemos juntas una noche entera; y lo

que yo solicito de Vd. es, que se ponga los vestidos de dormir de Belinda y se acueste en la cama en que duerme con su marido, de modo que cuando éste se recoja no la eche menos. El gascón, aunque de natural vivo y emprendedor, se estremeció al oír semejante propuesta. Ciertamente, dijo la viuda, si Vd. no tiene valor para emprender lo que le pido, tendré que ocupar á otro que no se negará. Mataré al marido, dijo el gascón, si Vd. quiere, ¡pero acostarme con él! ¿Cómo es posible hacerlo sin ser descubierto? — Si Vd. no se descubre voluntariamente, dijo la viuda, no hay que temer, porque ya no se ocupa de ella para nada. Viene por la noche cuando mi amiga está dormida, y se va por la mañana antes que ella despierte; y de qué modo recompensará Vd. este servicio preguntó el gascón; y la viuda contestó sonriéndose: Quizá con lo que fuere más agradable á Vd. El gascón comprendió muy bien la idea, se puso los vestidos de dormir, y se metió entre las sábanas. Apenas pasó media hora cuando oyó el ruido del picaporte de la puerta de la recámara con los pasos de una persona que entraba, y no dudó fuese el dueño de la casa. No sé si la historia parecerá mejor diciendo en este lugar, ó al fin de ella, que la persona que entró con él en la cama fué la viuda coqueta. El gascón temblaba de miedo todas las veces que ella hacía el menor movimiento, ó se acercaba á él, y se alejaba de ella hasta quedar en el borde de la cama. No hablaré más de la inquietud en que pasó toda la noche, y que creció extremadamente cuando observó que el día había ya avanzado bastante, y que el marido no se levantaba, ni daba señal de salir á sus negocios. Todo lo que el gascón pudo hacer fué permanecer con su cara opuesta á la del que creía dueño de la casa, y fingirse dormido: pero cuál no sería su confusión cuando la viuda sacó el brazo y tiró el cordón de la campanilla que estaba al lado de la cama. En el acto vino su amiga y dos ó tres compañeros con quienes el gascón se había alabado de haber recibido favores de la viuda. Esta saltó de la cama cubierta con un sobretodo, y se unió á los asistentes riéndose del embustero intrigante.

## LA ESPADA DE ITURIEL.

(De Addison.)

Entrando anoche en mi casa más temprano que de costumbre, tomé un libro para entretenerme hasta la hora de ir á la cama. Elegí casualmente á Milton, cuyo admirable poema del Paraíso perdido, llena el alma de agradables ideas y buenos pensamientos, y era por lo tanto, el libro más á propósito para mi intento. Me divertía yo con el hermoso pasaje en que el poeta representa á Eva dormida al lado de Adán, con el diablo en su oreja, inspirándole malos pensamientos bajo la forma de un sapo. Ituriel, uno de los ángeles de guardia del lugar, haciendo su ronda nocturna, vió al gran enemigo del género humano en esta aborrecible animal, y lo tocó con su espada. Esta espada, siendo de un temple celestial, senta la virtud secreta de que todo cuanto tocaba aparecía sin disfraz en su natural figura.

No pude menos de pensar cuán afortunado sería el hombre que poseyese esta espada, y cuán útil podría ser sobre todo á un ministro de estado. Le serviría para descubrir sus amigos entre sus enemigos, y los hombres hábiles entre los pretendientes; le impediría ser engañado con protestas y apariencias, y podría usarla como una especie de toque de estado, que ningún artificio podría eludir.

Estos pensamientos hicieron en mi imaginación impresiones muy vivas, y cuando me dormí tuve el siguiente sueño. Me figuré que se me aparecía el ángel Ituriel, y con una sonrisa que aumentaba su celestial belleza, me regaló la espada que tenía en su mano y desapareció. Para ensayarla me dirigí á un lugar de pública concurrencia.

La primera persona que pasó cerca de mí, era una Señora que tenía cierta vergüenza en su modo de mirar, y una reserva extremada en todas sus acciones. Parecía que me veía con cierto desdén y temor, como si fuese yo criatura obscena. Cuando me miraba y me demostraba desprecio, la toqué ligeramente con la punta de mi espada, y quedé sorprendido al verla tenderse de tal manera que me hizo avergonzar en mi sueño. Al huir de esta desenmascarada gazmoña, vi á otra dama que, llena de animación, conversaba con otra y oí que le decía con vehemencia:

Nunca me había Vd. de él, porque he resuelto morir doncella. Me dió curiosidad de tocarla con mi espada, y luego que lo hice comenzó á sentir doleres de parto. Se desvió mi atención de ella, al ver á un hombre y una mujer que andaban de bracele cerca de mí. Los toqué ligeramente, y en el momento vi á la mujer con pantalones, y al hombre con un abanico en la mano. Sería fastidioso describir todas las metamorfosis y aventuras nocturnas con que me entretuve: vi hombres con fieros bigotes y ojos de matasiete, temblar al contacto de mi espada; otros, con semblantes humildes y paz en sus labios, con espadas en sus manos. Podría yo referir historias de hombres muy ricos cambiados en usureros, y magistrados en alguaciles; al tenido por irreligioso convertido en penitente, y al reformador en libertino. No debo sin embargo omitir á un grave ciudadano que pasó cerca de mí con un rosario y un libro de oraciones en la mano, pero al tocarlo con la espada dejó caer el libro y metió furtivamente la mano en un bolsillo.

En general observé que aquellos que aparecían buenos, eran los que más á menudo burlaban mis esperanzas, y por el contrario, los que aparecían muy malos resultaban peores con el experimento; como el sapo de Milton que uno podría haberlo creído el hecho más deforme de la creación, pero cuando Ituriel lo tocó apareció más horrible bajo la forma de diablo.

Entre todas las personas que toqué, sólo una se mantuvo firme al toque de mi espada, adhiriéndose, á pesar de mis repetidos toques, á su forma, y permaneciendo fija en su primera apariencia. Esta persona era un joven que se jactaba de enfermedades vergonzosas, desenfrenados vicios, insultos á los hombres piadosos, é injurias á la religión.

La turbación de mi alma fué extrema con este sueño. La contemplación de toda la especie humana tan corrompida, me llenó de melancolía, y mis desahucimientos aumentaron mi aflicción.

En medio de la tristeza en que me hallaba sumergido, me figuré que pasaban cerca de mí dos coches con librea de púrpura. En cada uno de ellos iba una persona de venerable aspecto. Al verlas, el pueblo que se reunía en gran multitud, se dividió en partidos como si cada uno se dispusiese á favorecer una de estas reverendas personas. Los enemigos de una de ellas me rogaron que la tocase con mi espada, asegurándome que la vería convertida en cismático. El otro partido me dijo que la mayor seguridad, que si tocaba yo al otro personaje lo vería revestido de inquisidor, y cubierto de flores. Hice la experiencia, y con gran contento

nio, vi en ellos dos obispos, uno católico y el otro protestante: ambos distribuían sus bendiciones al pueblo y rogaban por aquellos que los habían insultado. ¿Es posible, me pregunté á mí mismo, que los hombres buenos que son tan pocos, se encuentren divididos y acojan en su partido á los viciosos de preferencia á los virtuosos que existen en el opuesto? ¿Son los lazos de la caridad y de la tiranía menos fuertes que los del fanatismo? Me hallaba en estos soliloquios, cuando desperté repentinamente, creyendo tener asida mi espada, pero no la encontré. La meditación sobre sueño tan raro, me hizo pensar en el extraño cambio que sufriría el mundo, si todos los hombres apareciesen en sus formas y caracteres naturales, sin hipocresía ni disfraz. Temo que la tierra en que vivimos apareciese á otros seres intelectuales un planeta poblado de monstruos. Esta reflexión parece que debía inspirarnos una ambición laudable de recomendarnos á aquellos invisibles espías, y de ser lo que queremos aparecer. Hubo una circunstancia en mi sueño que al principio quise ocultar; pero después de reflexionar no podría yo considerarme como historiador sincero é imparcial, si no informo á mis lectores que al tomar en mis manos la espada de Ituriel, aunque soy viejo y decrepito, aparezco joven y hermoso. Sé que mis enemigos dirán que esto es alabarse uno mismo, por cuya razón no quiero hablar más sobre el particular.

#### EL ANILLO DE GYGES.

(De Addison.)

Debe saber el público que hace tiempo poseo el maravilloso anillo de Gyges, aunque hasta ahora no lo he empleado. La tradición de este anillo es muy romántica. Tanto Platón como Cicerón dicen que lo poseyeron, y usaron admirablemente en favor de la moralidad. Este Gyges era el pastor principal del rey Cándalo. Cuando transitaba por las llanuras de la Lidia, vió un grande hoyo en el cual entró por curiosidad. Después de haber bajado á cierta profundidad, encontró la estatua de un caballo de bronce con puertas en los costados. Las abrió y encontró un cadáver colosal, con un anillo en el dedo, que le quitó y se lo puso. Las virtudes de este anillo eran mucho mayores de lo que se imaginó al

principio; porque cuando se halló en una reunión de pastores, observó que se hacía invisible cuando volteaba la piedra del anillo por el lado de la palma de la mano, y visible cuando lo volvía exteriormente. Si Platón y Cicerón hubiesen sido tan versados en las ciencias ocultas como yo, habrían encontrado mucha literatura mística en esta tradición; pero es imposible á un iniciado darse á entender al que no lo está.

Por lo que á mí toca, he llegado con grande estudio y aplicación á descubrir el secreto de hacernos invisible, y por este medio puedo ir adonde me place; he penetrado en las hendeduras de la tierra, descubierto el caballo de bronce, y robado el anillo del gigante. La tradición dice además, que Gyges, por medio de este anillo, logró entrar en las habitaciones más privadas de la corte, y abusó de tal modo de las circunstancias que se le presentaron, que al fin llegó á ser rey de Lidia (a). En cuanto á mí, que siempre he trabajado más por mejorar mi manejo de los hombres, y hacer sobre los errores de los otros, observaciones que pueden redundar en beneficio del público, sea cual fuere el efecto que pudieren hacer sobre mí mismo.

Hace cosa de una semana, no pudiendo conciliar el sueño, dejé la cama, me posee mi anillo mágico, y con el pensamiento me transporté á un cuarto en donde vi una luz. Lo encontré habitado por una belleza célebre, aunque es una especie de mujer negligente y desaliñada. Los adornos de su cabeza, y uno de sus zapatos, estaban en una silla, sus enaguas en un rincón, y su ceñidor,

(a) El poeta Italiano Casti alude al misterioso anillo de Gyges en el siguiente soneto:

Mentré la greggia pascolava un di  
Gige pastore, un auroo anel trovò,  
Che nel ditto poschè lo collocò,  
Subitamente agli occhi altrui sparì.  
Con quell' anello i re disegni torò:  
Di tante fellonie che possia aprò;  
Il talamo real contanto, e  
E sovra il regno soglio empio salì.  
Se avessi lo quell' anel, non vorrei più  
Esser tanto fellon com' egli fu,  
Ne serviremo in tante iniquità,  
Prevalerme vorrei di tal virtù,  
Acciò quando di me cercando va,  
Il creditor non mi trovasse più.

que había sido celebrado en unos versos el día anterior, con sus medias en medio del cuarto. Fue tan simple y oficioso, que recogí todos sus vestidos y los puse sobre la silla que estaba al lado de su cama, cuando con gran sorpresa oí que decía: Qué es lo que haces; deja mis enaguas. Temblé al principio, pero pronto conocí que la mujer soñaba, siendo de aquellas personas que según la expresión de Shakespeare tienen el pensamiento tan vago que expresan en su sueño todo lo que pasa en su imaginación. Dejé la habitación de esta mujer perdida, y fui á la vecina en donde encontré á un presumido. Tenía una botellita de sales colgada sobre su cabeza, y en la mesilla al lado de su cama, un volumen de poesías amorosas. Mientras admiraba yo la asombrosa disposición de las varias piezas de su vestido, su sueño me pareció interrumpido por una pesadilla; cambió de postura, pronunciando una palabra que la decencia me impide repetir. No queriendo presenciar sus penas nocturnas, dejé el lugar.

Apenas había yo entrado en otro cuarto cuando oí unas palabras muy duras pronunciadas en tono igual á uniforme. Me asombró la volubilidad de tantos improperios, y me parecieron muy coherentes para que las profiriese una persona dormida; pero acercándome vi una cabeza que me pareció de mujer, con un hombre á su lado despierto y tranquilo como un cordero. No pude menos de admirar su paciencia ejemplar, y descubrí por toda su conducta, que sufría bajo la disciplina locuaz de su mujer.

Me entretuve en otros lugares con las reconvenções nocturnas que los maridos sufren de sus mujeres en la cama; observé que muchas de las gentes que encontré despiertas, lo estaban por envidia ó por amor. Algunas cantaban y otras maldecían en soliloquio; otras abrazaban sus almohadas y otras rechinaban los dientes. Descubrí igualmente que los avaricientos son muy insomnes. Encontré á uno de ellos enfermo; y á su mujer y al médico hablando en voz baja al lado de la cama. Oí que el doctor decía á la pobre mujer, que su marido viviría cuando más hasta las cinco de la mañana. Ella recibió esta declaración como una madre de familia, preparada para toda clase de acontecimientos. Al mismo instante entró una criada que le dijo: Señora, el sepulturero que mandó Vd. solicitar ha llegado. Apenas salieron estas palabras de su boca, cuando el enfermo dijo con voz débil: ¿Doctor, sabe Vd. si ha habido hoy alza ó baja en los fondos? Este cuadro melancólico no era propio para divertirme, y abandoné el cuarto. Cuando me retiraba yo á mi casa, vi una luz en

una guardilla, y entrando en ella oí una voz que decía *plan, afan, holganza; ocio, socio, negocio*; esto, y los muebles del cuarto, me hicieron creer que vivía allí un lunático; pero escuchando un poco más conoci que era un poeta.

Era ya cerca de la madrugada, cuando los espectros, brujas y encantadores tienen que retirarse á sus habitaciones, y sintiendo yo la influencia de ellos, me apresuraba á entrar en la mía, cuando á vi un hombre que forzaba la cerradura de una puerta. Inmediatamente le grité, y dando vuelta á mi anillo, aparecí en mi propia figura, y huyó lleno de temor.

Bando uno ó dos paseos en mi cuarto, me puse á pensar que, viejo como soy, no debía ir solo á la cama, y que en mi mano estaba casarme con una de las más hermosas mujeres regalándole mi anillo el día de la boda; porque ¿qué papel no haría en las tertulias la mujer que lo poseyese, con el perfecto conocimiento que le daría de todas las cosas escandalosas de la ciudad? Pero en vez de emplearlo como anillo de esponsales para mí, pienso prestarlo á un amigo mío muy juicioso, que se ocupa de escribir una Historia secreta de secretas Memorias.

#### EL MARIDO DE LA SOLTERA.

(De Addison.)

SEÑOR REDACTOR.

Habiendo Vd. acogido con tanta indulgencia las cartas de algunas personas de mi sexo, me atrevo á esperar que no se negará á publicar la presente en su estimado periódico.

Ha de saber Vd. que con una figura regular, una fortuna considerable, y amantes en abundancia, me inclino mucho á vivir y morir doncella. Protesto á Vd. que esto no nace de amor contrariado, sino de no haber conocido todavía un hombre que posea todas las prendas que considero necesarias en un marido.

Quizá se imaginará Vd. que apenas sé yo misma la especie de hombre que deseo, pero para convencerlo de lo contrario, paso á hacer la pintura de uno que, á pesar de mi inclinación actual, me casaría gustosa con él, y lo recompensaría con una fortuna de trescientos mil pesos. Una declaración como ésta, cuando hay tantos petimetres graciosos, tantos lindos mozos, y tantos viudos

circuspectos que buscan mujeres ricas, llamará sin duda la atención de algunos contempliers de ellos, lisonjeándose con la esperanza de que será fácilmente seducida, pero para acallar á la vez sus pretensiones, hago en seguida la descripción del único hombre con quien consentiré casarme, y al cual me permito llamarle: *El marido de la soltera.*

No obstante ser máxima fatal entre las mujeres: *Agradar los ojos aunque sufra el corazón*, soy tan abogada de contentar los ojos, que la figura de mi hombre debe ser graciosa y atractiva; sus facciones regulares, y aunque regulares agradables, lo cual apenas recuerdo haber visto, porque en lo general, he observado que en donde la naturaleza es más exacta es menos atractiva. Sus ojos han de ser vivos, contellantes y serenos; el color de su semblante limpio, saludable, alegre y sensible. Su estatura un poco alta; sus movimientos fáciles y graciosos; sin los pasillos petulantés de un polímetre, ni la marcha majestuosa de un pisaverde. Su porte debe ser serio pero natural; ni muy franco ni muy reservado. Sus miradas, su risa, su conversacion y todos sus modales, deben ser justos sin afectación, y desembarazados sin ligereza. Basta de su persona.

Paso ahora á las prendas de su alma, sin las cuales, su gracia, buena figura, y amabilidad de nada le valdrán. Su genio debe ser imaginativo, y su instruccion extensa. Los hombres como los libros, han de haber sido el objeto de su estudio. El saber, la libertad y la galanteria, deben mezclarse en su carácter de tal modo, que siempre sea un amigo que instruya, un compañero que alegre y un amante que entretenga. En su conversacion no debe haber nada estudiado, pero tampoco nada á trochecho. Sus conceptos deben manar naturalmente, pero sin que les falte la delicadeza de expresion necesaria que les da un giro agradable. Á los talentos de su alma agregará, si tal distincion me es permitida, las cualidades de su ánimo. Debe ser generoso sin prodigalidad, humano sin flaqueza, justo sin rigor y apasionado sin extravagancia. Con su mujer debe ser encarecido, con sus hijos cariñoso, con sus amigos ardiente y con el prójimo benévolo. La naturaleza y la razón deben unir sus poderes y la grandeza de alma agregar la virtud de la economia, haciéndole cuidadoso sin avaricia, y dándole una especie de desinterés sin negligencia. Su amor debe ir acompañado de respeto, y atraerse las voluntades por su continuada condescendencia. Debe cuidar de conservar su conquista por los mismos medios que la ganó, manifestar siempre

los mismos deseos y el mismo cariño aunque con mayor libertad.

Ha sido observado por personas experimentadas, que el alma contrae una especie de ceguedad cuando se halla enamorada, pero los sentimientos del hombre de que voy hablando, deben derivar de su razón; y la pasión, que en otros se considera como señal de locura, debe ser en el efecto verdadero de su juicio.

A estas cualidades debo agregar aquel encanto que es de considerar antes de toda otra cosa, la religion. Ha de ser devoto sin supersticion, y piadoso sin melancolia; alejarse de aquella enfermedad que convierte á los hombres en fanáticos sin caridad, infundiendo en sus corazones un triste desprecio del mundo y aversion á todos los placeres. No ha de ser tan amante de la sociedad que se mezcle en las asambleas de los bribones y de los necios, ni ser por otra parte de opinion que debe retirarse del mundo y de sus pompas para ver á Dios en el horror de la soledad; por el contrario, debe pensar que el Altísimo se encuentra entre los hombres, en donde su bondad es más activa, y su providencia más empleada. La religion debe iluminar, y la razón dirigir su conducta en medio del mundo, tanto por lo que hace á la salvacion, como á los deberes de la vida.

Con un hombre semejante, una mujer disfrutaria en el matrimonio placeres que sólo los necios podrian ridiculizar. Su marido seria siempre el mismo, y siempre agradable. Otras casadas se consideran satisfechas si de vez en cuando logran pasar con sus maridos una hora agradable, pero con el que yo deseo para mí, sería imposible pasar un minuto que no fuese grato. Todas las veces que nos viésemos ó hablásemos seria con placer y cumplida satisfaccion.

Ahora, Señor Redactor, todos esos lindos mozos que se ven bien, que escriben bonitos versos, y billetes amorosos muy bien redactados, colegiales, abogados, militares, comerciantes que desearan casarse con una mujer de veinticinco años, de regular figura, y con trescientos mil pesos de dote en toca tejás, que lean esta pintura, y si alguno de ellos asegura y prueba que se asemeja á ella, mi corazón y mi fortuna se halla enteramente á su disposicion. Pero crea Señor Redactor, que en vez de un hombre, he descrito un monstruo de la imaginacion; un ser que no existe ni existirá jamás. Por lo tanto, me resigno á mi condicion, y sin afligirme puedo pensa en morir doncella, pues no es probable se encuentre un hombre que llene los deseos de esta Señor Reductor, su muy humilde servidora, lectora, y correspondal.

ARABA FENIX.



Aunque no pongo la menor duda en que mi bella corresponsal merece completamente el marido que describe con tanto acierto, desearia yo por su propio bien, y por el de algún afortunado hombre, que hubiese agregado á su carta una posdata modificativa significando que condescendia en hacer alguna rebaja en sus pedidos. Cuando los hombres ricos construyen casas suelen prescindir de algunas comodidades en cambio de una bella fachada, ó de una bella fachada en cambio de algunas comodidades. De la misma manera debe conducirse una mujer en la elección de marido; si su corazón la inclina en favor de una buena cara, no debe mostrar repugnancia por un presumido; ó si prefiere un hombre instruido debe conformarse con un desaliñado, porque las probabilidades están contra ella de que el buen mozo será lo uno y el instruido lo otro.

Excepto yo mismo, no conozco un hombre tal cual lo describe mi amable corresponsal. No me atrevo á decir una palabra de mi persona ni de mis prendas porque ya tengo cerca de setenta años y porque desgraciadamente soy casado. Varias veces se me ha insinuado, y yo repito porque no me gusta engañar á nadie, que soy algo disimulado, y que mi urbanidad no es en todas ocasiones la que podria esperar una mujer tierna y amable.

Quiero igualmente ser cauto en recomendar á ninguno de los caballeros que diariamente se anuncian en los diarios como partidos ventajosos para las solteras; porque sea por extremada modestia ó porque en realidad no tengan más prendas que las que declaran en los avisos, la descripción que hacen de sí mismos sólo se limita á que son altos de cuerpo, bien formados y muy agradables; que gozan de salud perfecta, que han recibido educación liberal y que son sobrios y morales. Pero como estas descripciones de ninguna manera entran en particularidades, no estoy seguro de que los que las publican correspondan exactamente á la idea del marido de la soltera. Además, he recibido últimamente cartas de señoritas particulares que sea como interesadas personalmente ó como amigas de la interesada, han examinado á estos caballeros y me aseguran que los han encontrado muy diferentes de la idea que dan de sí mismos, aunque en sus avisos parecen modestos.

Pero antes de despedirme de mi sincera corresponsal, le prometo noticias en mi periódico del primer marido de la soltera que llegare á mi conocimiento; y si ella tiene á bien indicar dónde y cuándo debe esperarla el caballero en cuestión, sus órdenes serán

ejecutadas con la más exacta puntualidad, ó como muy convenientemente se expresa en un aviso que tengo á la vista: *si la señorita no gustare dejarse ver por la primera vez, puede enviar á alguna de sus amigas de confianza al lugar indicado.*

### ESPIRITU DE PARTIDO.

(De Addison.)

Entre los partidos, sobre todo en los países no constituidos sólidamente, hay una maxima que sólo ella bastaria para corromper á una nación entera, y es patrocinar y proteger á los sujetos más infames que se adhieren á ellos. No hay hombre que pueda servir para lograr algún intento, aunque su carácter privado sea muy escandaloso, que no llegue á ser inmediatamente un hombre de importancia de su partido.

Es cosa muy contraria al buen sentido, ver al hombre honrado y al bribón, al de buenas prendas y al necio, colocados bajo igual pie según es el caso en los partidos, los cuales siempre encontrarán esta u otra circunstancia en los hombres más perversos, para disimularles sus vicios y sus indignidades. El que no tiene bastante juicio para distinguir lo justo de lo que no lo es, puede armar mucha bulla, y mientras menos sea su juicio mostrarse más obstinado, especialmente cuando obra por instigación de los corifeos. Tales son los mejores instrumentos, y tales las cualidades necesarias, para llevar á cabo los proyectos inicuos de los corrompidos directores de un partido.

El fervor partidario cambia el nombre de las cosas; lo blanco es negro, la virtud es vicio; el mérito de pertenecer al partido, borra todas las manchas de los caracteres más sucios, y el que por su conducta merecia ser colgado según todas las leyes divinas y humanas, puede ser al mismo tiempo un ángel entre sus partidarios.

Mendaz, cuando desempeñaba un empleo del Gobierno, cometió cierto fraude que fué descubierto, y arruinó su reputación entre los hombres honrados; pero Mendaz siempre ha sido fiel al partido á que pertenece. Los directores del partido se reúnen para considerar cómo se conducirán con respecto á Mendaz en esta crítica circunstancia; todos los hombres de honor opinan

por abandonarlo con el fin de convencer al mundo que no quieren proteger al hombre que ha servido mal á su país; pero un veterano que había envejecido en todas las prácticas inicuas de partido, y que por su experiencia en ellas había adquirido autoridad, fué enteramente de otra opinión. Mendaz, dijo, ha sido uno de los promotores más activos de nuestra causa, y nada nos importa su moralidad, ni su honor. El que se muestra fiel á nuestros principios debe ser escuchado, sea cual fuere su culpabilidad. Mendaz pues, por medio de esta detestable práctica de los partidos, fué protegido y halagado bajo la infamia de un fraude de los más escandalosos, y como su partido llegó á triunfar, fué colocado en un empleo importante, en el cual hizo á su país más daño del que le habría ocasionado el hambre, la peste, ó la guerra, porque derramó la corrupción por todas partes. Muchas de las grandes fortunas que suelen hacerse, provienen de prácticas fraudulentas, y algunos de estos parladores imprudentes han llevado la astucia hasta cambiar de partido, adhiriéndose al más fuerte en momentos oportunos, y salvar así sus personas y mal adquiridas propiedades, de modo que con frecuencia he creído que un partido fuerte es para un trampista, lo que una fuerte isla del Levante para un pirata, un lugar seguro en donde depositar cuanto ha robado.

## BALANZAS SINGULARES.

(De Addison.)

Hace poco, me divertía yo en comparar aquel pasaje de Homero en que nos representa á Júpiter con la balanza en la mano pesando los destinos de Hector y de Aquiles, y también otro trozo de Virgilio en que el mismo dios se ocupa en pesar los destinos de Juno y de Eneas. Noté con este motivo, que el mismo modo de pensar y de explicarse reinaba en todos los países orientales, como puede verse en aquellos bellos pasajes de la santa escritura en que se dice que el gran rey de Babilonia fué pesado en la balanza la víspera de su muerte y que se encontró ligero; que Dios pesa las montañas y las colinas en una romana; que pesa los vientos, pondera las nubes y las tiene en equilibrio; que pesa los ingenios y actos de los hombres, como también sus calamidades

en una balanza. También he observado que Milton tiene á la vista estos ejemplos, ú otros parecidos, en la hermosa descripción en que nos representa al Arcángel y al espíritu maligno prontos á venir á las manos, cuando apareció la balanza en el cielo, y habiendo sido pesadas las consecuencias del combate, se vieron obligados á separarse.

Varias de estas ideas entretenedas se apoderaron de tal modo de mi espíritu antes de dormirme, que su mezcla con las otras excitó en mi imaginación un sueño muy singular. Me pareció que me hallaba yo en mi gabinete sentado en mi poltrona, en donde me había abandonado á esta agradable meditación, y que mi lámpara arda en mi mesa como de costumbre. Ocupado de este modo en meditar sobre diversos asuntos de moral, y á admirar la naturaleza de varios vicios y virtudes que sirven de materia á los artículos diarios que se publican en el periódico de que soy redactor, me pareció que veía yo unas balanzas de oro suspendidas por una cadena del mismo metal, encima de la mesa en que estaba yo apoyado, cuando repentinamente aparecieron encima de ella multitud de pesas. Después de haber examinado detenidamente estas pesas, encontré que señalaban un valor justo á todo lo que los hombres estiman. Para ensayarlas, puse la pesa de la sabiduría en uno de los platos de la balanza, y la de las riquezas en el otro; pero éstas parecieron de tanta ligereza, que el plato en que se hallaba la pesa que les correspondía, se elevó en el momento hasta tocar el fiel.

Antes de continuar mi relación, debo advertir que estas pesas no dejaban sentir su peso natural, hasta que no eran puestas en las balanzas de oro, y que me era imposible conocer cuáles eran pesadas ó ligeras, mientras las tenía yo en la mano. Así lo experimenté varias veces: por ejemplo, después de poner en un plato la pesa de la Eternidad, por más que puse en el otro las del Tiempo, la Prosperidad, la Aflicción, la Abundancia, la Pobreza, el Interés, con varias otras que parecían muy pesadas á mi mano, fueron incapaces de mover el plato opuesto, y jamás lo habrían conseguido aunque se les hubiese agregado las pesas del Sol, de las Estrellas, y de la Tierra.

Luego que vacié los platos, puse en uno de ellos las pesas de algunos títulos, honores y pompas, con varias otras de la misma naturaleza. Vi en seguida cerca de mí, una pesa pequeña muy brillante, que por casualidad coloqué en el plato opuesto, pero me sorprendí al ver que contrapesaba á todas las otras, quedando

la balanza en un equilibrio perfecto. Quise examinar el nombre grabado en esta pesa, y encontré que era la vanidad. Había diversas pesas de igual pesadumbre que se servían mutuamente de contrapeso. Experimenté algunas de ellas, por ejemplo la Avaricia, la Pobreza, las Riquezas y el Contento etc.

Distinguí también varias pesas de la misma forma que parecían corresponderse entre sí; pero que colocadas en los platos daban un resultado muy diferente, tales eran las de la Religión y de la Hipocresía, la Pedantería y la Ciencia, el Talento y la Vivacidad, la Piedad y la Superstición, la Gravedad y la Prudencia, etc.

Al ver una pesa en la que había grabadas varias letras por todas partes, tuve curiosidad de saber lo que era, y lei en un costado estas palabras: *Según el diletecto de los hombres*; y debajo, *Calamidades*. Por otro lado se leían estas palabras: *En el lenguaje de los dioses* y debajo: *Bondiciones*. Encontré también que el valor intrínseco de esta pesa iba más lejos de lo que había yo creído, pues pesaba más que la de la Salud, las Riquezas, la Fortuna etc, que en la mano parecían más pesadas que aquella.

Un proverbio escocés dice que una onza de talento natural vale una libra de talento adquirido, verdad que me pareció muy clara cuando vi la diferencia que existía entre la pesa de los Dones naturales y la del saber adquirido por el estudio. Las observaciones que hice sobre ambas pesas, me abrieron un campo nuevo de descubrimientos; porque aunque la pesa de los Dones naturales pasase mucho más que la del Saber, pesó cien veces más que de costumbre luego que fueron puestas las dos juntas en un mismo plato. La misma cosa observé respecto de la Fe y de la práctica de las Virtudes morales, porque aunque la pesa de estas últimas fuese superior á la otra, separadamente adquirió mil veces más pesadumbre uniéndola con la primera que pesándola sola. Este extraño fenómeno apareció en varios casos como entre el Talento y el Juicio, la Filosofía y la Religión, la Justicia y la Humanidad, el Celos y la Caridad, la solidez de Pensamiento y la perspicacia de Estilo, con otra multitud de cosas parecidas que sería largo referir.

Como en un sueño siempre se confunde lo grave y serio con lo jocoso y ridiculo, me pareció que hacía yo varias experiencias de un género jovial. Por ejemplo, encontré que un tomo en octavo pesaba más que otro francés en folio; y que un autor antiguo, griego ó latino, sobrepujaba á una biblioteca de los modernos.

Puse en seguida en un plato uno de mis ensayos que se hallaba sobre la mesa, y una pesa de medio real en el otro. Los lectores no me preguntarán el resultado de esta experiencia si recuerdan la primera que hice. Puse también en la balanza á los dos sexos, pero como es de mi interés tenerlos á ambos contentos, se me permitirá que no diga yo el resultado. Por otra parte, la ocasión era tan propicia que no pude dejar de poner en uno de los platos los principios de un puro y en el otro los de un conservador; pero en calidad de hombre que siempre ha observado una neutralidad estricta, se me concederá que guarde secreto sobre el particular, y sólo diré que después de examinar una de las pesas, encontré en letras capitales esta palabra: *Tekel* (a).

Hice diversas experiencias de la misma naturaleza, pero no me queda espacio para insertarlas en este ensayo. Cuando desperté me cupo el sentimiento de ver desvanecidas mis balanzas de oro; pero me decidí á aprender de ellas esta lección: no despreciar ni estimar nada por su apariencia exterior, sino valuar las cosas según su verdadero mérito intrínseco.

#### CARACTERES DESCRITOS COMO INSTRUMENTOS DE MÚSICA.

(De Addison.)

He oído hablar de un magnífico cuadro en que todos los pintores de la edad en que se hizo, se hallan representados en círculo asociados en un concierto de música. Cada uno toca el instrumento más adecuado á su carácter, y expresa el estilo y manera de pintar que le es particular. El famoso pintor de cúpulas de aquellos tiempos, para mostrar la grandeza y osadía de sus figuras, tiene una trompa en la mano que parece sonaría con gran vigor. Por el contrario, un artista eminente que pintaba sus figuras con el mayor cuidado, y les daba todas las pinceladas propias para agradar á los ojos más delicados, se halla representado tocando una tiorba. La misma especie de capricho reyna en toda la pieza.

Esta idea me ha hecho imaginar varias veces que los diferentes talentos en el arte de la conversación podían delinearse de la misma manera según las diferentes especies de música, y que las

(a) Véase á Daniel, v. 27.

tertulias y reuniones sociales podrían ser divididas en caracteres adecuados, según la semejanza que guarden con los diversos instrumentos de música usados por los maestros más famosos. Para proceder con orden comencemos por el tambor.

Los Tambores en la conversación son los matasietes que con careajilas, con afectada alegría y con ruidosas gesticulaciones, dominan las asambleas públicas; sojuzgan á los hombres de juicio; aturden á sus compañeros y como un moscardón llenan el lugar en que se encuentran de un zumbido insubstancial, en que rara vez hay ingenio, agudeza, ni buena crianza. El Tambor sin embargo, por su tempestuosa vivacidad, es muy propio para imponer á los ignorantes; y en conversación con las mujeres que no han alcanzado el más fino gusto, pasa á mentido por hombre alegre y de buen humor, y por compañero muy agradable. Inútil es observar que la vaciedad del tambor contribuye mucho á su ruido.

El Arpa es un carácter enteramente opuesto al del Tambor, suena muy agradablemente por sí sola ó en concierto muy reducido. Sus notas son de lo más suaves y bajas, y se pierden ó confunden entre los otros instrumentos, á menos que el oyente no preste una atención particular. Rara vez se oye un Arpa en sociedad que pase de cinco personas, á la vez que un Tambor hará sentir su superioridad en una asamblea de quinientas. Los hombres que se asemejan al Arpa son de talento claro, de reflexión poco común, de grande afabilidad, y estimados principalmente por las personas de buen gusto, que son las únicas competentes para juzgar de tan delicada y suave melodía.

La trompeta es un instrumento que no tiene en sí medida musical ni sonidos variados, pero es no obstante, muy agradable mientras permanece en su altura. Aunque no tiene más de cuatro ó cinco notas, son muy agradables y capaces de modulaciones alternadas muy exquisitas. Los hombres que tocan bajo esta denominación son de la mejor educación, de muy fina crianza, han adquirido cierta brillantez en su conversación y cierto aire despejado, en la buena sociedad que han frecuentado; pero al mismo tiempo sus pretas son superficiales, su juicio débil, y su entendimiento de cortos alcances. Una comedia, una tertulia, un baile, un día de visita ó un círculo en la alameda, son las pocas notas de que son dueños y que tocan en todas las conversaciones. La trompeta sin embargo, es un instrumento necesario cerca de una corte y muy á propósito para vivificar un concierto, aunque por sí sólo no sea muy armónico.

Los violines son los de genio vivo emprendido é importuno, que se distinguen por el flaror de su imaginación, la agudeza de sus réplicas, los rasgos de su sátira, y sostiene la mayor parte en cada concierto. Sin embargo, no puedo menos de observar que cuando un hombre no se halla dispuesto á oír música, no hay en la armonía sonido más desagradable que el del violín.

Hay otro instrumento de música algo común, quiero decir el violón que rezanga en medio de un concierto; con su vigoroso y áspero sonido da fuerza á la armonía y modera la suavidad de los diversos instrumentos que suenan al mismo tiempo. El violín es un instrumento que es del todo diferente de la Trompeta, y puede ser comparado con los hombres de juicio toseco y modales rudos, que no gustan que se les hable y á veces prorrumpen con alguna grosería festiva, algún rasgo imprevisto de ingenio ó algunas bufonadas impertinentes, con no poca diversión de sus amigos y compañeros.

Por lo que hace á los de gusto campesino que con la mayor elocuencia y ardir hablan de caballos, perros de caza, corridas de toros, saltos de zanjas y cuellos rotos, dudo si les dará un lugar en el mundo sociable. Sin embargo, si se conforman con ser elevados á la dignidad de Bocinas, desearia yo que en lo futuro fuesen conocidos bajo este nombre.

No debo omitir á toda la generacion de Gaitas, que entran en á uno desde por la mañana hasta por la noche con la repetición de unas mismas notas, y el perpetuo zumbido del roncón que acompaña á dicho instrumento. Estos son los fastidiosos é inspidos contadores de historietas, que embarazan la conversación y se presentan como hombres de importancia por ser sabedores de historias secretas; y refieren contratos, ajustes y negocios que sean ó no verdaderos, no contribuyen en lo más mínimo á la instrucción ni al bienestar de las gentes.

Son tan pocas las personas hábiles y versadas en toda especie de conversación, y que pueden discurrir sobre todas materias, que no es fácil formar de ellas una especie distinta. No obstante, para que mi plan no parezca defectuoso á los de talentos dotados tan raras, las colocaré en la categoría de Pianos, cuya medida, como sabe todo el mundo es por sí misma un concierto.

Respecto de los melancólicos, que ven la alegría como criminal, y sólo hablan de cosas tristes, y mortificantes á la naturaleza humana, los compararé á las campanas que tocan á muerto.

Tampoco me ocuparé de toda la gente infima que llena las

calles, bodegones, cafés y vinoterías, porque no puedo llamar conversación á su discurso sino una tentativa para imitarla. Por esta razón colocaré á toda esta gente entre las matracas, castañetas y otros instrumentos estrepitosos de madera.

El lector indudablemente observará que sólo me he ocupado de instrumentos varoniles, habiendo reservado mi concierto femenino para otra ocasión; pero si deseara saber en dónde podrá encontrar todos estos diversos caracteres, podré indicarle una reunión de Tambores y otra de Gaitas. Las Arpas suelen reunirse en las márgenes de algún riachuelo cristalino, en el retiro de algún bosque sombrío, y en los prados floridos, que por igual motivo son muy frecuentados por las Borinias. Los Violones abundan en los cafés y los billares, tomando ponche y fumando cigarros; los Violines frecuentan los paseos y las nevertas, y los Trompetas nunca dejan de asistir á los teatros.

Para retirar alguna utilidad del discurso anterior, recomendaré á los lectores que observen bien sus palabras y acciones, y al separarse de alguna sociedad examinen seriamente si se han conducido como un Tambor ó una Trompeta; un Violón ó un Violón, y en consecuencia procuran enmendarse adoptando otra música. En cuanto á mi confeso que fui un Tambor durante algunos años, hasta que habiéndome pulido en la buena compañía adopté en mi conversación toda la suavidad que me fué posible.

Concluiré este ensayo con una carta que recibí anoche de un amigo mío, que conoce muy bien mis nociones sobre este particular y me invita á pasar la prima noche en su casa con un selecto número de amigos, en los siguientes términos:

QUERIDO AMIGO,

Me propongo tener esta noche un concierto en mi casa habiendo tenido la rara fortuna de conseguir un Piano que estoy seguro te procurará momentos muy agradables. Habrá también dos Arpas y una Trompeta; te suplico te temples tú mismo, y no dudes del afecto que te profesa tu amigo. — *N. Zumbo.*

NECESIDAD Y PELIGRO DE ESCUDRIÑAR EL PORVENIR.

(Versión del inglés de Johnson.)

Se ha dicho con frecuencia que el alma del hombre nunca se satisface con los objetos inmediatos, sino que siempre abandona el momento presente, se pierde en proyectos de felicidad futura, y olvida el conveniente empleo de los momentos actuales para prepararse á gozar de otros que quizá jamás le serán concedidos; y como esta conducta abre ancho camino á la burla de los hombres alegres y á la declamación de los serios, ha sido ridiculizada con toda la agudeza del ingenio, y exagerada con todas las amplificaciones de la retórica. Todos los casos en que su ridiculez aparece más palpable, se han reunido cuidadosamente; ha sido marcada con todos los epítetos de desprecio, y no hay tropo ni figura que no se haya empleado para combatirla.

Ejercemos con gusto la censura, porque es cosa que siempre implica superioridad; los hombres se deleitan imaginándose que sus pesquisas han ido más lejos que las de los otros, que sus averiguaciones han sido mayores, y que han descubierto faltas y locuras que se escapan á las observaciones del vulgo. Por otra parte, la ocupación de solazarse con lugares comunes es tan seductora para el que escribe, que no le es fácil abandonarla: una serie de sentimientos generalmente recibidos le procura brillar sin trabajo, y vencer sin batalla. Causa tanto placer reirse de la locura del hombre que sólo vive en idea, que se niega alivios inmediatos por placeres distantes y que en vez de disfrutar de las comodidades de la vida, deja que ésta se oscure en preparaciones para gozarlas; se presentan tantas oportunidades para triunfar alegremente ejemplificando la incertidumbre de la condición humana, despertando á los mortales de su sueño, e informándolos de la silenciosa celeridad del tiempo, que podemos creer que los autores gustan más de transmitir que de examinar tan ventajoso principio, y que quieren más bien recorrer este sendero llano y florido, que considerar atentamente si conduce á la verdad.

La propiedad de escudriñar el porvenir parece ser la condición inevitable de un ser cuyas mociones son graduales, y cuya

calles, bodegones, cafés y vinoterías, porque no puedo llamar conversación á su discurso sino una tentativa para imitarla. Por esta razón colocaré á toda esta gente entre las matracas, castañetas y otros instrumentos estrépitosos de madera.

El lector indudablemente observará que sólo me he ocupado de instrumentos varoniles, habiendo reservado mi concierto femenino para otra ocasión; pero si deseara saber en dónde podrá encontrar todos estos diversos caracteres, podré indicarle una reunión de Tambores y otra de Gaitas. Las Arpas suelen reunirse en las márgenes de algún riachuelo cristalino, en el retiro de algún bosque sombrío, y en los prados floridos, que por igual motivo son muy frecuentados por las Borinias. Los Violones abundan en los cafés y los billares, tomando ponche y fumando cigarros; los Violines frecuentan los paseos y las nevertas, y los Trompetas nunca dejan de asistir á los teatros.

Para retirar alguna utilidad del discurso anterior, recomendaré á los lectores que observen bien sus palabras y acciones, y al separarse de alguna sociedad examinen seriamente si se han conducido como un Tambor ó una Trompeta; un Violón ó un Violón, y en consecuencia procuren enmendarse adoptando otra música. En cuanto á mi confeso que fui un Tambor durante algunos años, hasta que habiéndome pulido en la buena compañía adopté en mi conversación toda la suavidad que me fué posible.

Concluiré este ensayo con una carta que recibí anoche de un amigo mío, que conoce muy bien mis nociones sobre este particular y me invita á pasar la prima noche en su casa con un selecto número de amigos, en los siguientes términos:

QUERIDO AMIGO,

Me propongo tener esta noche un concierto en mi casa habiendo tenido la rara fortuna de conseguir un Piano que estoy seguro te procurará momentos muy agradables. Habrá también dos Arpas y una Trompeta; te suplico te temples tú mismo, y no dudes del afecto que te profesa tu amigo. — *N. Zumbo.*

### NECESIDAD Y PELIGRO DE ESCUDRIÑAR EL PORVENIR.

(Versión del inglés de Johnson.)

Se ha dicho con frecuencia que el alma del hombre nunca se satisface con los objetos inmediatos, sino que siempre abandona el momento presente, se pierde en proyectos de felicidad futura, y olvida el conveniente empleo de los momentos actuales para prepararse á gozar de otros que quizá jamás le serán concedidos; y como esta conducta abre ancho camino á la burla de los hombres alegres y á la declamación de los serios, ha sido ridiculizada con toda la agudeza del ingenio, y exagerada con todas las amplificaciones de la retórica. Todos los casos en que su ridiculez aparece más palpable, se han reunido cuidadosamente; ha sido marcada con todos los epítetos de desprecio, y no hay tropo ni figura que no se haya empleado para combatirla.

Ejercemos con gusto la censura, porque es cosa que siempre implica superioridad; los hombres se deleitan imaginándose que sus pesquisas han ido más lejos que las de los otros, que sus averiguaciones han sido mayores, y que han descubierto faltas y locuras que se escapan á las observaciones del vulgo. Por otra parte, la ocupación de solazarse con lugares comunes es tan seductora para el que escribe, que no le es fácil abandonarla: una serie de sentimientos generalmente recibidos le procura brillar sin trabajo, y vencer sin batalla. Causa tanto placer reirse de la locura del hombre que sólo vive en idea, que se niega alivio inmediato por placeres distantes y que en vez de disfrutar de las comodidades de la vida, deja que ésta se oscure en preparaciones para gozarlas; se presentan tantas oportunidades para triunfar alegremente ejemplificando la incertidumbre de la condición humana, despertando á los mortales de su sueño, e informándolos de la silenciosa celeridad del tiempo, que podemos creer que los autores gustan más de transmitir que de examinar tan ventajoso principio, y que quieren más bien recorrer este sendero llano y florido, que considerar atentamente si conduce á la verdad.

La propiedad de escudriñar el porvenir parece ser la condición inevitable de un ser cuyas mociones son graduales, y cuya

vida es progresiva (a): como sus facultades son limitadas, necesita emplear medios para el logro de sus fines, y meditar primero lo que alcanza después; avanzando sin cesar en años, cambia continuamente el horizonte de sus miras, y siempre descubre nuevos estímulos de acción, nuevos motivos de temor y nuevos alientos de deseo.

Una vez alcanzado el fin que ahora llama todos nuestros esfuerzos, hallaremos que sólo es uno de los medios para lograr otro fin más remoto. Los vuelos naturales del alma humana no son de placer á placer, sino de esperanza á esperanza.

El que se encamina á cierto punto, tiene que dirigir con frecuencia la vista al lugar á donde quiere llegar: el que emprende un trabajo laborioso alivia su cansancio contemplando la esperada recompensa. En la agricultura, que es uno de los ejercicios más simples y necesarios, ningún labrador remueve la tierra sino porque espera la cosecha; cosecha que la escarcha puede frustrar, que la inundación puede llevarse, ó que la muerte ó cualquiera otra calamidad le puede impedir recogerla.

Con todo, como pocas máximas se reciben generalmente ó se retienen largo tiempo, sin que sean en algo conformes con la verdad y la naturaleza, debe confesarse que el consejo de no ocuparnos demasiado de los bienes remotos, no deja de ser conveniente y útil, aunque quizá haya sido dado con mucha ligereza ó demostrado con muy poca distinción, porque, sin hablar de aquel vehemente deseo que nos compele á satisfacerlo á todo trance, ó de aquella ansiosa inquietud que es con justicia imputable de desconfianza contra el cielo, asuntos muy solemnes para mi actual intento, frecuentemente acontece que, abrigando temprano los transportes de algún fin, olvidamos las medidas necesarias para lograrlo, y permitimos que la imaginación goce en sueño

(a) En asunto tan grave, Horacio se expresa de esta manera:

Prudenti futuri temporis exitum  
 Calliginosa nocte premit Deus:  
 Nidetur, si mortalis ultra  
 Fis tropialia.  
 Cubre con denso velo  
 Prohibido un dios el porvenir sombrío  
 Al humbral cubado,  
 Y de su desear hálase impío:  
 Moderado y prudente  
 Caída pues de gozar de lo presente.

Tr.

de algún bien posible, hasta que se desliza el tiempo de obtenerlo.

Se emprenderían, sin embargo, pocas cosas arduas ó arriesgadas, si careciésemos de la facultad de exagerarnos las ventajas que de ellas esperamos. Cuando el caballero de la Mancha refiere gravemente á su compañero las aventuras que han de distinguirlo hasta el punto de ser requerido para sostener los imperios; las instancias que han de hacérselo para que acepte la mano de la heredera de la corona que ha preservado; los honores y riquezas que ha de poder derramar, y el valor de aquella isla que reserva para su fiel escudero, pocos lectores, en medio de su risa ó su lástima, negarán que no han acogido visiones de igual especie, aunque quizá no hayan esperado acontecimientos tan extraños, ó por lo menos tan inadecuados. Cuando comparemos al héroe, reflexionamos en el malogró de nuestras propias miras; y cuando reímos, sentimos interiormente que no somos menos ridículos, salvo que él dice lo que nosotros solamente pensamos.

El entendimiento de un hombre naturalmente sanguíneo, puede en verdad viciarse con la exhibente indulgencia de la esperanza necesaria para la producción de todo lo que es grande ó excelente, como algunas plantas se destruyen por estar expuestas al sol que vivifica y hermosa al mundo vegetal.

Quizá nadie debe tomar más precauciones contra esta dicha anticipada que los que aspiran á la fama de escritores. Apenas un hombre de viva imaginación ha concebido alguna idea, cuando la manda imprimir y observa si ha gustado. Si halla algunas pequeñas lisonjas, hunde su imaginación en las edades futuras y pronostica los honores que se le pagarán cuando ni la envidia ni las facciones existan, y cuando aquellos que con tanta parcialidad le obscurecen ahora, hayan dejado el lugar á otros escritores medianos de tan corta duración como ellos mismos.

El que ha llegado al punto extremo de apelar al tribunal del porvenir, no se cura fácilmente de su inflatación; pero deben hacerse los mayores esfuerzos para prevenir una enfermedad que si cobra incremento, no hallará quizá remedio alguno en los jardines de la filosofía, bien que ésta se glabe de sus específicos para el alma, ó sus catárticos contra el vicio, y de sus lenitivos contra la pasión.

Mientras apenas aparecen en mí los síntomas de la enfermedad de los escritores, trataré pues, de garantirme del contagio; no sin alguna débil esperanza de que mis preservativos sean también benéficos á aquellos que se exponen á los mismos peligros.

Es aviso muy prudente de Epicteto, que el hombre se acostumbre á pensar muchas veces en lo más terrible y horroroso, á fin de que sus reflexiones le preserven de deseos muy vivos por bienes aparentes, y de mucho abalminiento en los males efectivos.

El halcón, el odio, la oposición, son para un autor cosas suaves comparadas al desprecio que más teme; y todo el que se atreve á escribir tiene razón de temer tan calamitosa, tan obscura suerte.

Para el que aparece por primera vez en la república literaria, no puede ser dañoso desconfiar de sus propias fuerzas hasta el punto de creer posible que sus producciones merezcan desprecio; que la naturaleza puede no haberle favorecido con extensas cualidades para aumentar ó embellecer la ciencia, ni dotándolo con suficiente ó indisputable superioridad para regir la conducta de sus semejantes; que aunque se conceda que el mundo se halla aún en la ignorancia, no le cupo á él la suerte de disipar la nube, ni brillar como una de las autorchas de la vida. El catálogo de cualquiera librería le procurará suficiente razón para entrar en esta desconfianza, porque lo encontrará lleno de nombres de escritores que, aunque olvidados ahora, fueron en su tiempo no menos emprendedores y confiados que el mismo, igualmente contentos de sus propias producciones, igualmente acariciados de sus patronos y adulados de sus amigos.

Pero puede muy bien suceder que un autor sea capaz de producir cosas excelentes, sin que el mundo haga caso de su mérito, por confundirse en la general miscelánea de negocios y cosas de la vida. El que intenta alcanzar la fama con sus escritos, solicita la atención de una multitud engolfada en los placeres ó en los negocios, sin tiempo para diversiones intelectuales: apela á jueces preocupados con pasiones, ó seducidos por errores, que los inhabilitan para aprobar ninguna obra nueva. Algunos son muy indolentes para leerla antes que su reputación no se haya establecido, y otros muy envidiosos para promover aquella fama, cuyo aumento les da pena. Lo que es nuevo halla oposición, porque no se considera suficientemente que los hombres necesitan más á menudo recuerdos que instrucción. Los literatos no manifiestan de luego á luego su parecer por temor de aventurar su crédito; los ignorantes siempre se imaginan que dan pruebas de delicadeza cuando rehusan el placer con que se les brinda; y el que en medio de tantos obstáculos logra alcanzar la reputación, debe atribuirlo á otras causas además de su industria, de su erudición ó de su genio.

## LOS JARDINES DE LA ESPERANZA.

SUEÑO ALEGÓRICO.

(Versión del inglés de Johnson.)

La esperanza es uno de los sentimientos con que más nos complacemos. Los efectos de otras pasiones son momentáneos, y sólo obran en ciertas circunstancias; pero la esperanza nace en el corazón del hombre desde el momento en que éste puede comparar su estado actual con otro que le parece preferible; le acompaña en todo tiempo y lugar; inflama sus deseos con la perspectiva de ventajas actualmente fuera de su alcance, y le promete, ó el fin de los males que sufre, ó los gozes de que dolorosamente se ve privado.

La esperanza es por sí misma un bien necesario á todas las condiciones. Sin ella los tormentos de la pobreza, los dolores de la enfermedad, las incomodidades de la prisión, serían insoportables. Por otra parte, creo que la situación más afortunada no podría pasarse de su socorro. Todos los beneficios que la naturaleza ó la fortuna pueden acumular en un individuo, no dejarían de hacerle todavía desgraciado, si no los aumentase y excitase la perspectiva de alguna nueva adquisición, ó de algún goce no experimentado, que se considera propio para satisfacer plenamente los deseos y llenar toda la capacidad del corazón.

Gierro es que la esperanza engaña completamente muy á menudo, y que en todo caso rara vez cumple todo lo que ofrece; pero sus solas promesas son más preciosas que la realidad, porque desde el momento que nos engaña, no deja de asegurarnos positivamente que algún día seremos resucitados ampliamente del contratiempo que experimentamos.

Meditaba yo sobre esta extraña inclinación que tienen todos los hombres á engañarse, y consideraba las ventajas y los inconvenientes que nacen en lo futuro, de esta ciega confianza, cuando me quedé dormido, y me creí conducido á un Jardín, cuyos límites no podía yo descubrir. Los rayos moderados del sol iluminaban los objetos: el aire estaba embalsamado con los perfumes de las flores que entapizaban el verde césped, á la vez que en los bosques vecinos las aves en bandadas, entonaban su melodía. Luego que calmaron algo los primeros transportes que excitaron en mi alma



las deliciosas escenas de aquella región, comencé á examinarlas atentamente, y no tardé en notar que lo que me rodeaba era poco en comparación de lo que veía más lejos, y que á cierta distancia las flores eran aún más bellas, las fuentes más cristalinas, los árboles más majestuosos, á cuya sombra las aves, en mayor número, celebraban sus amores entonando conciertos deliciosísimos. Los arbustos que me rodeaban se veían revestidos de un follaje cuya belleza sólo cedía á la de sus flores odoríferas; pero no pude resistir á la tentación de abandonarlos por otros más distantes que parecían doblarse al peso de sus maduros y abundantes frutos que me invitaban á que los cortase. Me adelanté precipitadamente, pero, ¡rosa extraña! á medida que me acercaba, la verdura se ponía seca, los frutos caían antes que mi mano hubiese podido alcanzarlos, las aves huían de los ramos, y siempre tenía yo ante los ojos objetos bellísimos de que no podía apoderarme, y que, á pesar de toda mi diligencia, parecían alejarse al paso que yo me acercaba (a).

Aunque confundido con esta alternativa de sentimiento y alegría, tomé sin embargo, la resolución de ir adelante, imaginándome que al fin podría yo alcanzar aquellas deliciosas sábanas. Distinguí á cierta distancia una multitud innumerable de ambos sexos, que parecían regocijarse con algún afortunado acontecimiento. La confianza se veía retratada en todos los semblantes, y el anhelo brillaba en todos los ojos. Por otra parte, cada uno parecía gozar de una dicha particular y secreta, porque muy pocos comunicaban sus intenciones á los demás, ó tomaban interés en los proyectos ajenos. El mayor número, según pude juzgar por la rapidez de sus movimientos, parecían muy ocupados, y esto no me daba lugar á esperar que me informasen de la causa de su agitación. Los contemplé pues silenciosamente sin atreverme á importunarlos con mis preguntas. Al fin descubrí un viejo, que apenas

(a) Al verter este pájaro nos viene á la memoria este otro de Calderón de la Barca en una de sus comedias:

..... es la esperanza  
Luz, que de noche se ofrece,  
Y desde lejos parece  
Que á cada paso se alcanza;  
Cuando engañado de vella  
Aquel que la va buscando,  
Piensa que se va ausentando  
Ó que se va bayendo de ella.

Tr.

se sostenía, y que se distinguía entre la multitud por la vivacidad de sus movimientos. Creyendo que tal vez tendría más tiempo que los otros me arriesgué á dirigirle la palabra; pero me volví la espalda lleno de mal humor, y echándome en cara que lo había perturbado en el momento mismo que esperaba ver á Mercurio privado de sus alas, y por consecuencia, la esclavitud, que sólo había sido introducida en la tierra por la necesidad de cavar minas para sacar un oro vil, abolida para siempre.

Me separé muy pronto de este viejo y me dirigí á otra persona, cuyo exterior, fácil y gracioso, me prometía una acogida más favorable; pero me dijo, haciéndome una profunda reverencia, que tendría mucho gusto en serme útil y que muy pronto hallaría ocasión de contentarme, porque se le iba á conceder un empleo que había solicitado durante veinte años. Necesario me fué acudir á otro, que no quiso escucharme, porque no podía perder un solo instante para ir á recoger la sucesión de un tío que estaba para dar el último suspiro. Otro se hallaba absorto con un descubrimiento que debía labrar su fortuna. Otro en fin, estaba para encontrar la longitud y la cuadratura del círculo.

Rechazado por todos de esta manera, resolví no hacer más preguntas y contentarme con mis observaciones; pero viendo un joven que parecía ocioso y alegre, hice una nueva tentativa, y supe en fin que me encontraba en el jardín de la Esperanza, hija del Deseo, y que todos aquellos que yo veía, llenos de agitación, excitados por las promesas de aquella diosa, hacían todos sus esfuerzos para apoderarse de los dones que tenía ella en la mano.

Levanté los ojos y vi en efecto una divinidad con todo el fresco y brillo de la juventud, sentada sobre un trono magnífico. En derredor se veían esparcidos todos los dones de la fortuna; todas las ventajas estimadas por los hombres, se hallaban sobre su cabeza expuestas á vista de todo el mundo. Su aspecto era seductor y cada uno de los que la contemplaban se imaginaba que su sonrisa, que era la misma para todos, era para él solo, y triunfaba de su superioridad sobre los otros, los cuales habían concebido la misma confianza, nacida del mismo error.

Subí entonces á una eminencia desde donde podía yo descubrir todo el jardín y examinar, con más sosiego, la marcha de la multitud. Distinguí desde aquella altura que el jardín de la Esperanza tenía dos entradas opuestas, una guardada por la Razón, y la otra por la Imaginación. La Razón parecía severa y escrupulosa, y nunca abría la puerta confiada á su cuidado, sino después

de haber tomado informes positivos, y aun á pesar de eso vacilaba muchas veces; pero la Imaginación era una portera de lo más condescendiente, que abría á todos los que llamaban, de modo que esta entrada estaba siempre llena de personas que tenían las preguntas de la Razón, ó que habían sido rehusadas por ella.

Los que entraban por la puerta de la Razón, no podían llegar al trono de la Esperanza sino después de haber atravesado un terreno escabroso, resbaladizo, y sembrado de precipicios, llamado el « Estrecho de la dificultad », que todos los admitidos por la inflexible portera trataban de subir con la mayor pena. Antes de empeñarse en este terrible estrecho, la confianza brillaba en sus ojos y animaba sus esfuerzos, y la esperanza que les inspiraba un primer triunfo, redoblaba su valor; pero á pesar de todos sus esfuerzos y de todo su valor, no tardaban en encontrar en su camino obstáculos tan formidables, que les hacían concebir vivas inquietudes. Estos hechos imprevistos se oponían á su marcha; frecuentes resbalones les hacían retrogradar, y la vista de los precipicios les inspiraba tal temor, que no se atrevían ir adelante. En una palabra, los peligros crecían en tanto grado, y las caídas de que eran testigos se repetían con tanta frecuencia, que casi todos preferían volver sobre sus pasos, ó se quedaban en la mitad del camino, consumidos de fatiga. El corto número de los que tenían bastante fuerza y valor para persistir, eran conducidos por la mano de la Perseverancia, hasta la cumbre en que se hallaba el trono de la Esperanza; pero era de notar que la mayor parte de los que olvidaban los dones prometidos por la Diosa, sentían el trabajo que aquéllos les habían costado, y no gozaban de una dicha completa; á la vez que los que habían sido más moderados en su constancia, se retiraban tranquilos con sus dones, y eran luego conducidos por la Sabiduría á los bosques del Contento.

Volví después los ojos hacia la puerta que la Imaginación abría á todos los que llegaban, pero no pude descubrir por este lado ningún camino que pudiese conducir al trono de la Esperanza. Aunque la Diosa, desde la altura en que se hallaba, fuese vista de todo el mundo, con los dones en la mano en actitud de ofrecerlos, la montaña no presentaba sin embargo, ningún paso necesario; pero como por en medio de los matorrales de que se hallaban cubiertos sus flancos, y que ocultaban multitud de precipicios, se notaban sinuosidades que fácilmente se tomaban por senderos, ninguno quería creer que fuese imposible llegar á la cumbre; al contrario, todos se imaginaban haber descubierto un paso desco-

nocido á los otros. Desesperando al fin de poder llegar de esta manera, algunos ensayaban diversos expedientes. Se veían varios que se dejaban atar unas alas por algunos de sus amigos que en vano se esforzaban para ponerlas en movimiento: inútiles artificios que no podían producir resultados ningunos. Incapaces de sostenerse en el aire, caían á tierra al instante. No pudiendo acercarse al trono de la Diosa, se contentaban con fijar los ojos en ella, y reñan á su vez de los vanos esfuerzos de los que caían de rostro en el estrecho de la Dificultad.

Una parte de los que habían entrado en el jardín de la Esperanza por la puerta de la Imaginación, en vez de trepar la montaña, cuya cumbre deseaban alcanzar, dirigían sus pasos hacia el valle de la Ociosidad, morada tranquila en donde nada los perturbaba, y desde donde podían contemplar á la Diosa, esperando verla bajar un día de la montaña para regalarles sus preciosos dones. Estos haraganes excitaban la risa general; pero sin hacer caso del desprecio de que eran cubiertos, ni ser movidos por los consejos y reprensiones que se les prodigaban, persistían en su intento de esperar inertes los favores ardientemente codiciados por ellos.

Me dio gana de vagar entre estos ociosos, y los encontré pronto á responder á mis preguntas, y deseosos de comunicarme su alegría; pero al volver los ojos vi dos fantasmas espantosos que entraban en este valle, y reconocí que una era la Vejez, y la otra la Pobreza. Á vista de ellas desapareció la Alegría; resonó un grito general de terror que me estremeció, y terminó mi sueño.

#### EL REPOSO Y EL TRABAJO.

ALLEGORIA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Bien sabido es que, en las primeras edades del mundo, cuando reinaba la inmaculada inocencia y la natural simplicidad, el género humano gozaba, en el seno de la abundancia, una dicha inalterable, bajo la protección del Reposo, divinidad benigna, que no exigía de sus adoradores altares ni sacrificios, y á la que rendían culto permaneciendo recostados en tálamos de flores y tapices de

verdura, bajo la sombra de bosquecillos de mirto y de jazmín, ó bailando en las márgenes de los ríos que rebosaban leche y miel.

Bajo este pacífico gobierno, las primeras generaciones respiraban los perfumes de una eterna primavera; comían los frutos que, sin cultivo, caían maduros en sus manos, y dormían bajo enramadas arqueadas por la naturaleza, pobladas de ruiseñores, y en derredor otros animales saltando de contento. Pero gradualmente comenzaron los hombres á perder su primitiva fuerza, y cada uno, aunque hubiese abundantes frutos para todos, quiso apropiarse una parte superflua, y de aquí nació la violencia y el fraude, el robo y la rapiña. Poco después el orgullo y la envidia aparecieron en el mundo, é inventaron un nuevo modo de estimar las riquezas. Los hombres, que hasta entonces se habían considerado ricos, porque nada les faltaba, ambicionaron más frutos, no porque los necesitasen, sino porque otros poseían más que ellos, y comenzaron á considerarse pobres cuando vieron que las posesiones de su vecino eran más considerables que las suyas. De aquí resultó que un solo individuo fundaba su felicidad en ser más rico que otro, felicidad que era amargada por el temor de que alguno usase los mismos artificios de que él se había valido, para aventajar á los otros.

Bajo este régimen corrompido, el estado de la tierra se alteró: gran parte de ella, ó cesó de producir, ó sólo se cubrió de bellotas y plantas cimarronas. El verano y el otoño procuraban, es verdad, á los hombres un alimento grosero y despreciable; pero el invierno era enteramente estéril. El hambre, con mil enfermedades que producía la inclemencia del aire, causaron terribles estragos entre los hombres, y se temió la total destrucción de la especie antes que se curase de sus males.

Para contener las desolaciones del hambre, que llenaba el suelo de cadáveres, bajo el Trabajo sobre la tierra. El Trabajo era hijo de la Necesidad; su nodriza fué la Esperanza, y su preceptor el Arte; heredó la fuerza de su madre, el vigor de su nodriza, y la destreza de su preceptor. El viento había arrugado su semblante, y los ardores del sol conegrecido su tez; tenía en una mano las herramientas con que cultivaba la tierra, y en la otra los instrumentos de arquitectura de que se servía para construir torres y casas. Cuando se presentó, gritó en voz alta y ruda: ¡ Mortales! en mi veis el poder á que vais á someteros; poder que solamente puede procuraros los goces y satisfacer vuestras necesidades. Hace largo tiempo que vivís consumidos bajo el dominio del

Reposo, divinidad impotente y engañosa, que no puede ayudaros ni protegeros; sino que os abandona á los primeros ataques del Hambre ó de la Enfermedad, y deja invadir sus dominios al primer enemigo, ó que sean destruidos por cualesquiera accidente.

Despertad, pues, á los llamados del Trabajo. Os enseñaré á fertilizar la esterilidad de la tierra, y á garantiros de la intemperie de las estaciones. Forzaré al invierno á que produzca abundantes provisiones para el invierno; obligaré á las aguas á que os den sus peces; el aire sus aves, y los bosques sus animales; os enseñaré á cavar las entrañas de la tierra, y á retirar de las cavernas de los montes los metales que agregarán fuerza á vuestras manos, seguridad á vuestros cuerpos, y con los cuales fabricaréis armas que os liberrarán de los ataques de las bestias feroces, y os servirán para derrocar los robles, dividir las rocas, y hacer á toda la naturaleza tributaria de vuestras necesidades y placeres.

Animados con este pomposo llamamiento, los habitantes del globo consideraron al Trabajo como su único amigo, y se apresuraron á ejecutar sus órdenes. El Trabajo los condujo entonces á los campos y montañas, y les enseñó á cavar las minas, aplanar las montañas, desecar los pantanos, y cambiar el curso de los ríos. En corto tiempo todo mudó de aspecto: la tierra se cubrió de ciudades y aldeas rodeadas de sementeras y de árboles frutales. Por todas partes no se veía más que montones de semillas, canastos de frutos, mesas copiosas y almacenes repletos.

Así los hombres, dóciles á las inspiraciones del Trabajo, agregaban continuamente adquisiciones á sus conquistas precedentes, y poco á poco vieron desaparecer el Hambre de sus dominios; hasta que por último, en medio de sus goces y tributos se vieron detenidos en sus progresos con la cercanía de la Laxitud, divinidad que inspiraba desaliento, y cuyos ojos sumidos manifestaban el abatimiento de su corazón. Se acercó temerosa y exhalando suspiros. Todos los que la escuchaban perdían la energía; sus músculos se relajaban, sus manos temblaban y dejaban caer al suelo los instrumentos de su industria.

Movidos por esta terrible fantasma, los hombres comenzaron á encontrar pesado el yugo que les había impuesto el Trabajo, y á recordar los afortunados días que habían pasado bajo el reinado del reposo, al cual se propusieron consagrar en lo de adelante toda su existencia. El Reposo no había dejado el mundo; pronto lo encontraron, y para expiar el delito de haberlo abandonado,

lo llamaron á que gozase de las adquisiciones que el Trabajo les habia procurado.

En consecuencia, el Reposo se apresuró á dejar las cavernas y los valles en que habia pasado su existencia, y entró en los palacios, se colocó en alcobas voluptuosas; pasó el invierno recostado en colchonas de pluma, y el verano bajo grutas rodeadas de fuentes y cascadas; pero siempre le faltaba alguna cosa para completar su felicidad, y nunca pudo procurar á los arrepentidos desertores la serenidad de que habian gozado antes de sentar plaza bajo las banderas del Trabajo. Ni pudo el Reposo dominar enteramente, porque se vio obligado á dividir su autoridad con el Lujo, á pesar de considerarlo como amigo falso, cuya influencia destrua la suya al paso que parecia promoverla. Los dos socios ateminados reinaron sin embargo por algún tiempo, sin visible apariencia de discordia, hasta que por último el Lujo hizo traición á su empleo, favoreciendo la invasión de la Enfermedad, que comenzó á hacer estragos. Después de una débil resistencia huyó el Reposo abandonando el lugar á los usurpadores, los cuales emplearon toda clase de artificios para sostenerse en el poder y fortificar su interés mutuo.

El Reposo tenía otros enemigos, y si en algunas partes logró escaparse de los ataques de la Enfermedad, en otros vió invadida su residencia por un usurpador más lento y artificioso; porque muchas veces, cuando todo parecía tranquilo, cuando nada turbaba su interior, ni veía en el exterior peligro ninguno que temer; cuando los arbustos y las flores perfumaban su lecho, la Sacerdidad, con su mirada languida, entraba y se tendía sobre el lecho, colgando y adornado para descansar del Reposo. Entonces todo se entristecía; los bosques perdían su verdura, las aves suspendían su gorjeo, los céfiro suspiraban melancólicamente, las flores se nomian mustias y no despedían ningún perfume. Por todas partes no se veía más que locos que vagaban sin saber á dónde iban ni lo que buscaban; no se oía más de quejas causadas por ninguna pena, y murmullos que no provenían de ninguna desgracia.

Desde este momento el Reposo perdió toda su autoridad, y fue visto por sus súbditos con el mayor desprecio. Varios volvieron bajo las banderas del Lujo, que les prometió valerse de sus artificios para desterrar la Sacerdidad; y otros más prudentes, ó más animosos, recurrieron de nuevo al Trabajo, por el cual fueron realmente protegidos contra la Sacerdidad; pero pronto cayeron bajo el poder de la Lاسitud, y ésta los condujo por fuerza á los bosques del Reposo.

En esta continua lucha con diversos y poderosos enemigos, el Reposo y el Trabajo conocieron que su reinado nunca podría ser de larga duración, y que no podían contar con la fidelidad de sus súbditos, prontos siempre á desertar en la primera ocasión. El Trabajo veía que se ofrecían al Reposo las riquezas que el habia producido, y el Reposo notaba que sus adoradores le dejaban en las circunstancias más críticas, para ir á implorar el socorro del Trabajo. Ambos tuvieron, pues, una conferencia, y convinieron en dividirse el mundo gobernándolo alternativamente. El dominio del día tocó al uno, y el de la noche al otro, y prometieron garantizarse mutuamente de las incursiones de sus enemigos comunes, de modo, que cuando fuesen declaradas las hostilidades, el Trabajo interceptaría á la Sacerdidad y el Reposo cuidaría de cortar el paso á la Lاسitud. Este afortunado convenio puso fin á las disputas; y como el odio suele á veces convertirse en amor, el Reposo, cambiado de sexo, se casó con el Trabajo, y tuvieron una hija llamada Salud, divinidad benéfica que consolidó la unión de sus padres, y contribuyó á mantener las vicisitudes de su reinado, prodigando sus dones á los que sabían dividir su existencia en justas proporciones entre el Reposo y el Trabajo.

## EL VIAJE DE LA VIDA.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

La vida, dice Séneca, es un viaje en que el hombre cambia continuamente de escenas. De la infancia pasa á la adolescencia, atraviesa la edad madura, y llega por último á la mejor y más agradable parte de la vejez. La lectura de este pasaje me sumergió en una serie de reflexiones sobre la condición del hombre, el continuo flujo de sus deseos, la inestabilidad de sus gustos, y el atolondramiento con que se deja arrastrar por la corriente del tiempo. Me dormí en medio de estas meditaciones, y pronto me atreñó el tumulto de la maniobra, el ruido de la alegría, los gritos del sobresalto, el silbido de los vientos y el choque de las aguas.

El asombro suspendió mi curiosidad; pero pronto recobré mis

sentidos y, encontrándome embarcado, pregunté con inquietud á dónde íbamos, y cuál era la causa de aquel alboroto. Se me contestó que bogábamos á toda vela en el *oceanó de la vida*; que ya habíamos pasado los estrechos de la infancia, en medio de los cuales habían perecido multitud de viajeros, unos por la debilidad de sus buques, y muchos más por la locura, osadía ó negligencia de los encargados de dirigir la nave; y que actualmente bogábamos en plena mar, abandonados á las olas y los vientos, sin más medios de seguridad que el cuidado del piloto, que nosotros mismos habíamos elegido entre el gran número que nos habían ofrecido su asistencia.

Lleno de espanto dirigí la vista en derredor, y noté detrás de mí un grupo de islas, cubiertas de flores, que llenaban de admiración á todos los viajeros; pero era muy difícil acercarse á ellas, porque á pesar de la tranquilidad aparente del canal, una poderosa corriente arrastraba lejos todas las embarcaciones que procuraban acercarse. Más allá de estas islas todo era obscuridad, y ningún pasajero podía descubrir la costa en que se había embarcado primeramente.

Por delante vi una extensión de aguas agitadas violentamente, cubiertas de una neblina tan espesa, que los ojos más perspicaces apenas podían distinguir á cierta distancia. El golfo estaba sembrado de multitud de escollos en que eran precipitados muchos viajeros en el momento en que, llenos de seguridad, desplegaban todas las velas, y se burlaban de la timidez de los que quedaban atrás. Estos escollos eran tan numerosos y profunda la obscuridad, que las precauciones posibles no garantizaban siempre del naufragio; y para colmo de peligros, había pilotos que por falsas ideas del golfo, arrastraban á los que se fiaban en su experiencia, en medio de los remolinos, ó empujaban contra las rocas á los que encontraban en su camino.

La corriente era rápida é insuperable para todos; mas aunque era imposible luchar contra ella, ni volver atrás, no era tan violenta, que quitase toda esperanza de pasarla al valor y la destreza; pues aunque no era dado á ninguno retirarse del peligro, podía no obstante, evitarlo por medio de una dirección oblicua.

Pocos eran sin embargo, los viajeros que navegaban con prudencia, y era tanta en lo general, su infatuación, que se consideraban seguros, aunque viesan á multitud de sus compañeros perecer en los escollos. Apenas habían aquellos desaparecido bajo las olas, cuando sus faltas y sus desgracias eran olvidadas,

y los viajeros continuaban bogando con alegría y confianza. Cada cual se felicitaba de la solidez de su buque, y se creía capaz de atravesar los escollos, ó de pasar por encima del remolino en que sus compañeros habían perecido. La vista de los destrozos que atestiguaban la multitud de los naufragios, no decidía á los viajeros á cambiar de rumbo: si por un momento se desviaban un poco, se entregaban pronto sin temor á merced de la suerte.

Este descuido no nacia de indiferencia, ni de cansancio de su condición presente, porque ninguno de los que habían corrido sobre los peligros, dejaba de pedir en alta voz á sus asociados un socorro que no podían darle, y muchos de los desgraciados pasaban sus últimos momentos predicando á sus amigos que evitasen los peligros que ellos habían encontrado en la travesía. Algunas veces era vista su benevolencia con agradecimiento, pero sus amonestaciones eran olvidadas.

Los buques mejor contruidos no podían resistir la agitación de la corriente de la vida, y diariamente disminuía su solidez, de modo que cada pasajero estaba cierto de que cualquiera que fuese su destreza y fortuna, debía tarde ó temprano irse á fondo sin remedio.

Podía haberse esperado que esta necesidad de perecer, hubiese entristecido á los alegres, é intimidado á los atrevidos, ó por lo menos atormentado á los medrosos y privados de gozar; pero no: mientras más se acercaban al término fatal, más seguros se creían. Todos trataban de hacerse ilusión, y cuando no podían soportar los terrores que á pesar de sus esfuerzos, molestaban su imaginación, desviaban la vista, solicitaban algunas distracciones, y halagaban á la Esperanza, que era su constante compañera en el viaje de la vida. Mas todo lo que la Esperanza se atrevía á prometer, aun á sus más predilectos favoritos, era, no que escaparían, sino que se irían á fondo lo más tarde posible, con cuya promesa cada uno quedaba satisfecho, aunque riendo de los que le prestaban creencia. Cierto es que la Esperanza se burlaba de la credulidad de estos insensatos viajeros, porque á medida que sus buques se debilitaban, redoblaban su seguridad de salvación; y ninguno se hallaba más ocupado en hacer provisiones para un largo viaje, que los que á vista de todo el mundo, tocaban al término de su destrucción.

En medio de la corriente de la vida se hallaba el golfo de la Intemperancia, horroroso remolino sembrado de rocas puntiagudas ocultas en el agua, y cuyas cimas se hallaban cubiertas de

hierba, en que la Indolencia habia extendido lechos de reposo, y la voluptuosidad entonaba canciones seductoras. Todos los que navegaban por el océano de la vida, tenían necesariamente que pasar á vista de estas rocas. La Razón, es verdad, ofrecia siempre conducir á los navegantes por su medio de una estrecha salida por la cual podían escapar; pero á pesar de sus amonestaciones, rara vez lograba persuadirlos que se abandonasen á su dirección, sin estipular que ella se acercaría tanto como posible, á las rocas de la Voluptuosidad; para que, cuando menos, tuviesen el placer de gozar algo de aquella deliciosa región, después de lo cual estaban determinados á proseguir su curso sin volverse á descarrilar.

Venida de este modo, por las impertinencias de los viajeros encomendados á su cuidado, la Razón cometía con frecuencia la debilidad de conducirlos á las orillas del remolino del golfo de la Intemperancia, en donde el movimiento circular era ciertamente débil, pero interrumpía el curso del buque, é insensiblemente lo atraía hacia el centro. Entonces se arrepentía ella de su temeridad, y con todas sus fuerzas procuraba retirarse; pero la corriente era por lo regular muy poderosa para superarla, y los pasajeros, después de dar algunas vueltas, como ruedas de molino, eran por último sumergidos sin remedio. Los pocos que la Razón lograba salvar, se resentían cruelmente de los choques que habían sufrido contra las rocas, y viéndose imposibilitados de proseguir su curso con la misma facilidad de antes, bogaban lentamente; la más ligera brisa los ponía en peligro, hasta que después de largos sufrimientos y multitud de expedientes, se iban gradualmente á fondo, arrepentidos de su locura, y predicando á sus compañeros que evitasen acercarse al golfo de la Intemperancia.

Habia algunos artistas, que se decían bastante hábiles para reparar las averías de los buques que habían topado contra las rocas. Muchos tenían sumia confianza en la experiencia de estos doctores, y algunos, que sólo habían recibido un solo golpe, eran ciertamente preservados por ellos; pero noté que duraban muy poco los buques que habían recibido muchas reparaciones, y que los mismos artistas, á pesar de su ciencia, no duraban más tiempo que los infelices á quienes prestaban sus auxilios.

La única ventaja que, en el viaje de la vida, tenía el prudente sobre el atolondrado, era que se iba á fondo más tarde y con mayor velocidad. El prudente bogaba tranquilo y vela sucesivamente desaparecer á los que habían pasado en compañía suya los

estrechos de la infancia, y al último era derrocado por una brisa suave, sin el afán de la resistencia, ni las agonias de la incertidumbre; á la vez que los que habían dado contra las rocas de la Voluptuosidad, se consumían por grados, luchaban largamente con la marea montante y se fatigaban con los trabajos que ni la misma Esperanza prometía disminuir.

Cuando me ocupaba yo en considerar la suerte que corrían los viajeros que me rodeaban, me vi repentinamente alarmado con la voz de un poder desconocido que gritó á mi oído: « No veas ociosamente á los otros, cuando tú mismo estás cerca de irte á fondo? De dónde viene tu irreflexiva tranquilidad, cuando tú y ellos corren el mismo peligro? » Dirigi la vista en derredor, y viendo cercano el golfo de la Intemperancia, me estremecí y desperté.

#### REFLEXIONES SOBRE LAS NOVELAS.

NECESIDAD DE QUE EL CARÁCTER DE LOS PERSONAJES SEA MORALMENTE BUENO.

(Versión del inglés de Johnson.)

Las historias fabulosas con que parece deleitarse más particularmente la generación actual, son aquellas que representan la vida en su verdadero estado, diversificada sólo por los accidentes que ocurren todos los días en el mundo, y sujeta al influjo de las pasiones y de las cualidades que realmente se encuentran conversando con los hombres.

Esta especie de escritura puede sin impropiedad llamarse la comedia de la ficción, y casi debe ser conducida por las mismas reglas que la poesía cómica. Es de su incumbencia producir acontecimientos naturales por medios fáciles, y despertar la curiosidad sin valerse de portentos; por lo tanto, debe excluir las máquinas y los expedientes de la fabula heroica; y ni puede emplear gigantes que arrebatan á una novia en la ceremonia de su boda, ni que la liberten de su cautiverio; no le es dado descarrilar á los personajes en desiertos, ni alojarlos en castillos imaginarios.

Recuerdo que Escaliger, hablando de Pontano, dice, que todos sus escritos están llenos de las mismas imágenes, y que si se su-

primen sus azucenas y sus rosas, sus sátiras y sus dríadas, no quedará nada que pueda llamarse poesía. Del mismo modo todas las novelas de los siglos anteriores al décimoctavo, se desvanecerán si se les priva de un ermitaño y un bosque, de una batalla y un naufragio.

No es fácil concebir cómo esta disparatada vena de imaginación, pudo agradar tanto tiempo en siglos no desprovistos de gusto ni de ciencia; pero no debe maravillarnos que los noveladores multiplicasen sus cuentos mientras pudieron procurarse quienes los leyesen; porque cuando la práctica ha dado á un hombre alguna facilidad para escribir, no necesita más que encerrarse en su retrato, dar vuelo á su imaginación, y encender su alma con incredulidades; de este modo se componía un libro sin temer la crítica, sin el trabajo de estudiar, sin conocimiento de la naturaleza ni las costumbres de la sociedad.

La ficción de los escritos del día es muy diversa, porque además de los conocimientos, hijos de la lectura, se requiere aquella experiencia que nunca se alcanza aplicándose en la soledad, sino mezclándose en la conversación general, y observando cuidadosamente á los hombres. Sus escritos tienen, como dice Horacio, *plus oneris, quanto parvis minus*; son tanto más difíciles, cuanto que sus jueces son menos indulgentes. Los noveladores se ven obligados á hacer retratos, cuyo original es conocido de todo el mundo, y no pueden desviarse de la semejanza sin que se note inmediatamente. Otra clase de obras sólo tienen que temer la censura de los sabios; pero las novelas corren riesgo con todo lector vulgar, como la chinela mal pintada que criticó un zapatero, al ver casualmente el cuadro de la Venus de Apolo.

Pero el temor de no ser tenido por buen retratista de las costumbres, no es lo que más debe inquietar á un autor de esta especie. Tales libros se escriben principalmente para los jóvenes, los ignorantes y los ociosos, quienes derivan de su lectura reglas para conducirse en el mundo; sirven de diversión á las almas vacías de ideas, y por lo mismo muy susceptibles de impresiones; sin principios fijos, y por lo tanto fáciles de seguir la corriente de la imaginación; no aleccionadas por la experiencia y consecuentemente abiertas á cualquiera falsa sugestión, ó narrativa parcial.

El buen sentido y la virtud arrancaron de un antiguo escritor, no muy afamado por sus pensamientos castos, la máxima de que los jóvenes deben ser altamente reverenciados, y que nadie debe permitir que oigan ni vean nada de indecente. La misma pre-

caución se requiere, aunque las consecuencias sean menos graves, en todo lo que se les presenta, á fin de libertarlos de preocupaciones perversas, de juicios falsos, y de una desproporcionada combinación de imágenes.

En las novelas antiguas, los crímenes y las virtudes excedían las proporciones de la vida; las transacciones y los sentimientos se alejaban tanto de lo que realmente pasa entre los hombres, que el lector corría muy poco peligro de hacer aplicaciones para sí; se divertía con héroes y con alevosos, con libertadores y con pretendientes, como seres de distinta especie, cuyas acciones eran dirigidas por su propia fantasía, y cuyos defectos ó prendas no tenían nada de común con él mismo.

Pero cuando un héroe de novela es igualado con el resto del mundo, y obra en aquellas escenas del drama universal que pueden caber en suerte á cualquiera hombre, los jóvenes espectadores fijan la vista en él con la mayor atención, y observando su manejo y el resultado de sus acciones, se prometen tomarlo por modelo cuando se hallaren en iguales circunstancias.

Por tal razón estas historias familiares pueden ser quizá más útiles que las graves sentencias de moral, y transmitir el conocimiento del vicio y de la virtud con más eficacia que los axiomas y las definiciones. Pero si el poder del ejemplo es tan grande que se apodera de la memoria por una especie de violencia, y produce efectos casi sin intervención de la voluntad, debe tenerse cuidado, ya que la elección es limitada, de no presentar sino los mejores ejemplos, y hacer de modo que lo que verdaderamente tiene que obrar con fuerza, no sea perjudicial ni dudoso en sus efectos.

La principal ventaja de estas ficciones sobre los actos efectivos es, que los autores no tienen libertad de inventar, pero sí de elegir objetos, y entresacar de la masa del género humano aquellos individuos que deben cautivar mayormente la atención, como un diamante que, aunque no puede ser hecho, puede ser pulido por el arte, y engastado de modo que despida aquel brillo que antes se hallaba sepultado entre piedras comunes.

La imitación de la naturaleza es considerada justamente como una de las mayores perfecciones del arte; pero es necesario distinguir aquellas partes de la naturaleza, más propias de ser imitadas. Mayor cuidado se requiere aún para representar la vida humana, la cual es muy á menudo descolorida por la pasión ó desfigurada por la maldad. Si el mundo es descrito indistinta-

mente, si los vicios han de aparecer desnudos, no veo yo de qué utilidad podrá ser la lectura de sus escenas, ó por qué sería menos seguro dirigir inmediatamente la vista sobre la especie humana, como sobre un espejo que repite sin distinción cuanto se le pone delante.

No es suficiente alegar que los caracteres se hallan pintados tales cuales son en realidad, porque hay muchos que nunca deben copiarse; ni justificación válida decir de una historia, que el curso de los acontecimientos es conforme con la observación y la experiencia, porque se hallará que aquella observación que se llama conocimiento del mundo, produce por lo común más hombres disimulados que buenos. Seguramente que el objeto de estos escritos no es sólo dar á conocer los hombres, sino también prepararlos, para que ellos mismos sean vistos con menos peligro; enseñar los medios de evitar los lazos que la *Traición* tiende á la *Inocencia*, sin infundir el deseo de conseguir triunfos que sólo pueden ser graos á las almas perversas; poner á un hombre en estado de garantirse del fraude sin tentación de practicarle; iniciar á la juventud por medio de combates simulados en el arte de defenderse, y aumentar la prudencia, sin allerrar la virtud (a).

Muchos autores con tal de seguir la naturaleza, mezclan tanto las buenas con las malas qualidades en sus principales personajes, que unas y otras son igualmente visibles; y como seguimos con placer el hilo de sus aventuras, y somos llevados gradualmente á interesarnos en su favor, perdemos el horror á sus vicios, porque no se oponen á nuestro deleite, ó quizá los miramos con indulgencia, por ir acompañados de tanto mérito.

Ha habido ciertamente hombre de esclarecida maldad, cuyas buenas qualidades arrojan brillo sobre sus crímenes, y que no pueden ser enteramente detestados porque siempre se recuerdan

(a) El año de 1750 en que publico el autor estas reflexiones, leian sus compatriotas con el mayor entusiasmo, y se vertía é imprimía en diversas capitales del continente europeo, la famosa novela de Richardson titulada *Clarissa Harlowe*, nombre de la victima del disoluto *Lovelace*. No habrá hombre juicioso que no deplora que las prendas personales y adquiridas de aquel desalmado personaje, comuniquen á sus maldades y á sus infames vicios cierto atractivo muy peligroso para los jóvenes vanos que, faltos de experiencia, propenden siempre á imitar lo que lisonjan el orgullo de sus ligeros corazones. Examinando bien lo que expone el autor, se creeria que su intento fue criticar dicha novela, en que probablemente veia algunos de los riesgos é inconvenientes de que va hablando.

sus buenas prendas; pero tales han sido en todo tiempo los grandes corruptores del mundo, y su modelo no debe ser más preservado que el arte de asesinar sin dolor.

Algunos han avanzado, sin debida atención á las consecuencias de tal principio, que ciertas virtudes tienen sus faltas correspondientes, y que por consecuencia, exponer las unas sin las otras, es desviarse de la probabilidad. De este modo ha dicho Swift que *los hombres agradecidos son en igual grado susceptibles de resentimiento*. Este principio, con otros de la misma especie, supone que el hombre obra por un impulso brutal, y que tiene que obedecer á cierto grado de inclinación, sin elegir el objeto. Aun cuando se concediese que la gratitud y el resentimiento nacen de la misma esencia de las pasiones, no se sigue de aquí que el hombre, cuando consulta la razón, deba satisfacer igualmente ambos sentimientos; empero, á menos que no se admita esta última consecuencia, aquella máxima sagaz, viene á reducirse á un eco vacío, sin relación con la práctica de la vida.

Tampoco es evidente que los primeros impulsos que originan aquellos sentimientos, sean siempre en la misma proporción, porque el orgullo que produce el vivo resentimiento, sofocará la gratitud por ser penoso admitir aquella inferioridad que supone una obligación; y es natural que el que no cree recibir un favor, no quiera reconocerlo ó recompensarlo.

Importa mucho al género humano que los asertos de tal tendencia sean expuestos y confutados; porque mientras los hombres creyeren que el bien y el mal brotan de la misma fuente, perdonarían el uno en favor del otro; y al juzgar, si no del prójimo á lo menos de sí mismos, estimarían sus virtudes en proporción á sus vicios. Todos lo que confundieren los colores de lo justo y de lo injusto, contribuirán á tan fatales errores, y en vez de marcar sus límites, los mezclarán con tal arte, que ninguna alma vulgar será capaz de distinguirlos.

En ficciones que no reclaman la veracidad de la historia, no descubro qué es lo que se opone á dar la más perfecta idea de la virtud; no de una virtud angelical ni fuera de verisimilitud, porque nunca imitaremos lo que parece imposible, sino la más elevada y la más pura que puede alcanzar la humanidad, virtud que ejerciéndose en los ensayos á que la exponen las diversas vicisitudes de las cosas, pueda, superando algunas calamidades y sufriendo otras, enseñarnos lo que debemos esperar, y de lo que somos capaces; que el vicio, porque el vicio es fuerza mostrarlo,



pueda siempre disgustar, procurando que ni las gracias de la alegría, ni la dignidad del valor, se unan á él, hasta el punto de reconciliar el alma en su favor: que siempre que aparezca excite el odio por su perverso manejo, y el desprecio por la baja de sus estratagemas; porque mientras se hallare protegido por las prendas ó el valor, rara vez será cordialmente detestado. El despoja romano se contentó con ser odiado, con tal de ser temido; y hay mil lectores de novelas, que consentirán en pasar por perversos, con tal de ser considerados como capaces. Por lo tanto, debe inculcarse constantemente que la virtud es la más alta prueba de talento, y la única sólida base de la grandeza; y que el vicio es la consecuencia natural de almas necias: su principio es el error, y su fin la ignominia.

#### ALEGORÍA SOBRE LA CRÍTICA.

(Versión del inglés de Johnson.)

La ocupación de un autor es, ó enseñar lo que se ignora, ó recomendar verdades conocidas; ó bien arrojar más luz en el alma, y abrir nuevas escenas á la perspectiva, ó variar los trajes y situación de los objetos, comunicándoles nueva gracia y mayor atractivo; esparcir flores por el sendero que debe atravesar el entendimiento, de modo que éste quede convidado á recorrerlo de nuevo, y examinar por segunda vez las cosas que sólo vió de paso y descuidadamente.

Muy difícil es cualquiera de estos trabajos, porque para que no sean infructuosos, no sólo se requiere que los hombres se persuadan de sus errores, sino que se reconcilien con su guía; se necesita no sólo que confiesen su ignorancia, sino, lo que es aún menos grato, que con vengan en que aquel de quien deben aprender sabe más que ellos.

El empleo de escritor moralista es tan molesto y aventurado, que no sería fácil creer que la perversidad humana llegase hasta el punto de entretenerse en agregar peso á la piedra de Sísifo, y que se opusiese á los progresos de una reputación que sólo se adquiere á costa de tiempo y trabajo, con tan gran riesgo de que se frustre la empresa y tan poco provecho si se logra.

Hay sin embargo, cierta raza de hombres, que toman por deber

ó por diversión, impedir que se acceja todo producto de la Literatura ó del Genio; que están como centinelas en las avenidas de la Fama, y que tienen por meritório dar á la Ignorancia y á la Envidia los primeros avisos de una presa.

Un autor nuevo debe tratar de recomendarse cerca de unos hombres que se distinguen ellos mismos, aplicándose la denominación de críticos. No es difícil que los más malignos de estos perseguidores se aplaquen un tanto, y se decidan á templar su furia por corto tiempo. Habiendo considerado con tal fin muchos expedientes, he hallado en las memorias de los tiempos antiguos, que Argos fué adormecido con la música, y Cerbero apaciguado con una sopa; por lo tanto, me inclino á creer, que los críticos modernos, (que si carecen de ojos, tienen la vigilancia de Argos, y pueden ladrar tan recio como Cerbero, aunque quizá no pueden morder con igual fuerza), podrían ser contenidos con medios de la misma especie. Yo sé de algunos que se han sosegado con clarete y una cena, y otros adormecido con los suaves acentos de la música.

La Crítica, de la que ellos derivan la pretensión de decidir de la suerte de los escritores, fué hija primogénita del Trabajo y de la Verdad: luego que vió la luz, quedó encomendada á la Justicia, y ésta la educó en el palacio de la Sabiduría. Los dioses, habiendo reconocido pronto sus raras cualidades, la nombraron gobernadora de la Imagen, y le encargaron que llevase el compás en los conciertos que las Musas entonaban ante el trono de Júpiter.

Cuando las Musas consintieron en visitar este bajo mundo, vinieron acompañadas de la Crítica; y antes que ésta dejase el empuje, la Justicia le entregó un cetro para que lo llevase elevado en su mano derecha: un extremo de este cetro se hallaba circuido de umbrosia, y adornado con un aureo follaje de laurel y de amarantho; el otro extremo había sido empapado en las aguas del Olvido, y estaba rodeado de adormideras y de hojas de ciprés. En su mano izquierda llevaba una antorchita inextinguible, hecha por el Trabajo, iluminada por la Verdad, y gratificada con el don singular de mostrar luego las cosas bajo su verdadera forma, no obstante los disfraces con que aparecen á los ojos del vulgo. Todo lo que el arte puede complicar ó la locura confundir, aparecía al primer resplandor de la Verdad, distintamente, y en su primitiva simplicidad. Su luz penetraba los laberintos del Sofisma, y descubría los absurdos que le servían de refugio; traspasaba los trajes

que la Retórica acostumbra vender á la Falsedad, y revelaba la desigualdad de las partes cubiertas ideadamente con velos artificiales.

Provista de esta manera para desempeñar sus funciones, la Critica bajó á examinar las obras de los que se declaraban votarios de las Musas. Todo lo que era traído á su presencia lo veía á la luz de la antorchita de la Verdad; y cuando su examen la convencía de que habían sido observadas con exactitud las reglas del gusto, tocaba la obra con el extremo del cetro rodeado de amaranto, y la consignaba á la Inmortalidad.

Pero acontecia con mayor frecuencia que en las obras que requerian su examen, se había empleado algún fraude ó se habían hecho diligentes esfuerzos para disfrazarlo con falsos colores; que entre las palabras y los sentimientos, se encontraba una secreta desigualdad, ó entre las ideas y los objetos originales alguna desemejanza; que las incongruencias se encadenaban entre sí, ó que algunas partes sólo servian para realzar la apariencia del todo, sin contribuir á su belleza, su solidez, ó su utilidad.

Todas las veces que se hacian tales descubrimientos, y eran hechos siempre que se cometian dichas faltas, la Critica rehusaba el toque que conferia la sancion de la Inmortalidad; y cuando estos errores eran frecuentes y groseros, trastrocaba el cetro y dejaba caer algunas gotas de las adormideras y ciprés, fatal rocío que al punto comenzaba á talar la obra, hasta destruirla completamente.

Habia algunas composiciones traídas al ensayo, que al arrojar sobre ellas la luz más fuerte, se confundian de tal modo sus bellezas ó imperfecciones, que la Critica permanecía con el cetro en equilibrio, dudando si destilaria gotas de letargo ó de ambrosia sobre ellas. Al último subieron estas obras á tal número, que cansada la Critica de esperar tan dudosas pretensiones, y temiendo usar impropriamente el cetro de la Justicia, remitió la causa para que la considerase el Tiempo.

Los fallos del Tiempo, aunque muy dilatorios, eran, salvo unos cuantos caprichos, conformes á la Justicia; y muchos autores que dentro de cortos plazos se creían seguros, han caído bajo la fatal guadaña, cuando navegaban viento en popa llevando en triunfo sus volúmenes á la posteridad. Se notó que algunos escritos se destruían poco á poco, y otros perecían inmediatamente.

La Critica, habiendo fijado suficientemente la vista en el Tiempo, se sintió al fin tan satisfecha de la conducta de éste, que se retiró

de la tierra con su patrona Astrea, y dejó que la Preocupación y el Falso Gusto, con sus asociados el Fraude y la Maldad asolasen ilimitadamente, contentándose en lo adelante con derramar desde lejos su influjo sobre algunas almas que lo merecen por su virtud y su saber.

Antes de partir, la Critica quebró su cetro, y la Lisonja alzó las astillas del extremo balsamado con ambrosia; las del otro extremo, infectas con las aguas del Leteo, fueron recogidas con igual presteza por la Malevolencia. Los secuaces de la Lisonja, á quienes ésta distribuyó su porción de cetro, no conocen ni apetezen la luz, sino que tocan indistintamente todo lo que el Poder ó el Interés les presentan. Los compañeros de la Malevolencia recibieron de las Furias una tea que tiene esta cualidad común con la luz infernal, que sólo alumbrá las faltas.

Con estos fragmentos de autoridad, los esclavos de la Lisonja y de la Malevolencia, marcharon al mando de sus amas para conferir la inmortalidad, ó condensar al olvido; pero el cetro ha perdido su virtud, y el Tiempo pronuncia tranquilamente su sentencia, sin hacer caso de lo que les place determinar.

## EL INGENIO Y LA CIENCIA.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

El Ingenio y la Ciencia fueron hijos de Apolo, pero de diferentes madres. El primero nació de Eufrosina, y heredó la vivacidad y alegría de su madre; la segunda nació de Sana, y como ésta, era seria y precavida. Siendo rivales las dos madres, educaron á sus hijos en perpetua oposicion, y trataron de infundirles su mutuo odio y su desprecio. Apolo, previendo las malas consecuencias de esta discordia, procuró calmar á sus dos hijos, dividiendo igualmente entre ellos su atencion, pero sin efecto: la animosidad maternal se hallaba profundamente arraigada en sus corazones, por haberla mamado con sus primeras ideas, y fué después confirmada por las nuevas oportunidades de ponerla en obra. Apenas se vieron ambos en edad de ser recibidos en las habitaciones de los dioses, cuando el Ingenio comenzó á divertirse

á Venus en su tocador, imitando la gravedad de la Ciencia, y la Ciencia á entretener á Minerva en su telar, descubriendo los disparates y la ignorancia del Ingenio.

De este modo crecieron, y su malicia recibió constante aumento por el patrocinio que cada uno recibía de aquellos á quienes sus madres se habían dirigido, para que les concediesen amparo y protección. Ambos deseaban ser admitidos en la mesa de Júpiter, no tanto por la esperanza de ganar honor, como por la de excluir á su rival de la consideración de los inmortales, y poner un coto perpetuo á los progresos de aquella influencia que cada uno creía que el otro había adquirido por medio de hajezas y falsas apariencias.

Vino por último el día en que ambos, con las solemnidades de costumbre, fueron recibidos en la clase de deidades superiores, y autorizados á tomar el néctar de la mano de Hebe; pero desde aquel momento la Concordia perdió su autoridad en la mesa de Júpiter. Los dos rivales animados con su nueva dignidad, é incitados con los alternativos aplausos de los poderes asociados, se acosaron mutuamente por medio de incessantes altercaciones, con vicisitudes de victoria tan iguales, que ninguno se sintió deprimido.

Se notó que al principio de cada debate, el Ingenio sacaba la ventaja, y que á sus primeros dichos toda la asamblea, según la expresión de Homero, brillaba con inextinguible júbilo; pero la Ciencia reservaba su fuerza hasta que había pasado el estallido de los aplausos, y que la languidez, que siempre sucede á la extremada alegría, comenzaba á prometer más calma y atención. Entonces aventuraba ella su defensa, y comparando unas con otras las objeciones de su antagonista, hacía por lo común que se refutase el mismo, y manifestando de cuán pequeña parte de la cuestión se había hecho el cargo, probaba que su opinión no podía tener peso. La audiencia comenzaba á titubear, y se retiraba al fin llena de veneración por la Ciencia; pero también llena de mayor bondad por el Ingenio.

La conducta de ambos, siempre que trataban de recomendarse á los honores y distinciones, era diametralmente opuesta. El Ingenio era osado y animoso; la Ciencia precavida y circunspecta. Para el Ingenio nada era más bochornoso que la torpeza; la Ciencia nada tenía más que la imputación de un error. El Ingenio respondía antes de haber escuchado, temeroso de que se pudiese en duda la vivacidad de su aprehensión; la Ciencia discurría

pausadamente en donde no había dificultad, temiendo que algún insidioso sofisma pasase sin ser descubierto. El Ingenio embrollaba los debates con su rapidez y confusión; la Ciencia cansaba á los oyentes con sus distinciones, y prolongaba la disputa sin provecho ninguno, probando lo que nunca había sido negado. El Ingenio, deseoso de brillar, aventuraba argumentos inconsiderados, y varias veces, por seguir el hilo de algún afortunado pensamiento, lograba sobresalir más allá de sus esperanzas; la Ciencia desechaba toda idea nueva por temor de verse envuelta en consecuencias imposibles de prever, y muchas veces por precaución se veía impedida de dar mayor fuerza á sus ventajas y subyugar á su adversario.

Ambos tenían preocupaciones que en cierto modo ponían trabas á los progresos para alcanzar la perfección, y que les dejaban descubiertos á los ataques. La Novedad era la favorita del Ingenio, y la Antigüedad la predilecta de la Ciencia. Todo lo que era nuevo era especioso para el Ingenio, y para la Ciencia todo lo que era antiguo era venerable. El Ingenio rara vez dejaba de divertirse á los que no podía convencer, y convencer no era siempre su ambición; la Ciencia sostenía siempre sus opiniones con tantas verdades colaterales, que cuando la causa era decidida en contra suya sus argumentos eran recordados con admiración.

Los dos campeones se despojaban á veces de sus propias armas, y se presentaban á los gárrulos combates revestidos de las de su adversario.

El Ingenio solía valerse de un silogismo, y la Ciencia, á pesar de su gravedad, empleaba alguna chanza; pero siempre tenía que arrepentirse del experimento, porque presentaba lados débiles que abrían camino á la refutación y al desprecio. El Ingenio, que abría camino á la refutación y al desprecio. El Ingenio, siempre ligero, era ridículo cuando quería aparecer serio; y la Ciencia, siempre circunspecta, inspiraba lástima cuando afectaba aires de vivacidad y de gracia.

Las continuadas disputas cobraron al último mucha importancia, y las diviuidades se dividieron en partidos. El Ingenio fué protegido por la alegre y amable Venus, la cual le procuró la compañía de las Chanzas y las Sonrisas, y le concedió permiso para que bullase á menudo con las Gracias. La Ciencia continuó siendo la favorita de Minerva, y rara vez salía de su palacio sin ser acompañada de las virtudes más severas, la Castidad, la Templanza, la Fortaleza y la Industria. El Ingenio, colhabitado con la Malicia, tuvo un hijo llamado Sátira, que seguía siempre á su

padre, llevando un carcaj lleno de dardos ponzoñosos, cuyas heridas por lo común eran mortales. Disparaba á menudo sus dardos contra la Ciencia, cuando ésta se ocupaba en profundas meditaciones, ó cuando daba lecciones á sus secuaces. Minerva envió por eso en su socorro á la Crítica, para que embotas los dardos de la Sátira, ó los rechazase contra su antagonista.

Cansado Júpiter con esta perpetua lucha, que amenazaba turbar la paz de las regiones celestiales, tomó el partido de desembarazarse de huéspedes tan incómodos, y los envió sobre la tierra, á donde llevaron sus querellas, y pronto hallaron sectarios entre los mortales. El Ingenio cautivaba con su alegría á los jóvenes, y la Ciencia se atraía con su autoridad la simpatía de los viejos. El poder de ambos rivales produjo efectos muy importantes; los partidarios del Ingenio levantaron teatros para recibirlo, y los de la Ciencia fundaron colegios y academias para darle acogida: cada partido trató de aventajar al otro en gastos y magnificencia; y como se quería hacer sentir á los hombres la necesidad de abstenerse desde temprano en uno de los bandos, se les advirtió que era inútil solicitar los favores de uno de los antagonistas, una vez que se habían puesto los pies en el templo de su rival.

Había, es verdad, una clase de mortales que miraba con desprecio las pretensiones de los antagonistas, y era la de los favoritos de Plutón, dios de la riqueza. Para los secuaces de Plutón, el Ingenio rara vez decía algo que les hiciese reír, ni la Ciencia, á pesar de su plocuencia, llamaba su atención. Para vengarse de este desprecio, los dos rivales excitaron contra ellos á sus secuaces, pero las fuerzas enviadas rara vez se manifestaban fieles; y á pesar de las órdenes que habían recibido, adulaban á los ricos públicamente á la vez que los despreciaban en el fondo de sus corazones; y cuando por medio de esta traición habían obtenido el favor de Plutón, afectaban mirar con aire de superioridad á los secuaces fieles del Ingenio y de la Ciencia.

Disgustados con estas deserciones, los dos rivales suplicaron á Júpiter, que los volviese á las moradas celestiales. Júpiter fulminó sus rayos con la diestra, y los desterrados llenos de alegría, obedecieron sus órdenes. El Ingenio desplegó vivamente sus alas y se encumbró sobre las nubes; pero como era corto de vista se extravió en la inmensidad del espacio. La Ciencia, que conocía bien el camino, se elevó igualmente, pero su pesadez no le permitió remontarse mucho; ambos después de prolongados esfuerzos, volvieron á caer sobre la tierra; y conociendo luego la

necesidad que tenían de reunirse, se dieron la mano, y remontaron otra vez al cielo. La Ciencia fue sostenida en su vuelo por el vigor del Ingenio, y el Ingenio guiado por la perspicacia de la Ciencia. Así llegaron pronto á la morada de Júpiter, y persuadidos al fin, de las ventajas de su unión, contrajeron una amistad tan verdadera, que vivieron en perpetua concordia. El Ingenio, con sus observaciones amistosas hizo comprender á la Ciencia, que es útil conversar á veces con las Gracias; y la Ciencia hizo que el Ingenio sentase plaza en servicio de todas las virtudes. Reconciliados de este modo se hicieron estimar de todas las divinidades, y alegraron con su presencia los banquetes celestiales. Después se casaron por orden de Júpiter, y tuvieron una numerosa progenie de artes y Ciencias.

## VERDAD, FALSEDAD Y FICCIÓN.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Un autor antiguo dice, que la única educación que los persas daban á sus hijos, consistía en enseñarles á montar á caballo, á disparar el arco, y á decir la verdad.

Nada seguramente, es más fácil que enseñar á un joven á manejar un caballo ó un arco; pero siendo infinitamente que aquel autor no nos haya dado á conocer los medios de que se valían los persas para obligar á sus hijos á decir únicamente la verdad, y para garantizarlos de todas las tentaciones que podían inclinarlos á la mentira.

En este siglo, muy corrompido por desgracia, es muy difícil á un hombre, seguir constantemente el camino de la verdad. La necesidad de ocultar sus debilidades, y la ventaja que le ofrece una superchería que le procura aprovecharse de la incredulidad, ó de la ignorancia de los otros, de contener al instante una multitud de inconvenientes más ó menos desagradables, ó de procurarse goces imposibles de conseguir de otra manera, se presentan con tanta frecuencia, que es muy difícil, al que se halla lanzado en el torbellino del mundo y de los negocios, el conservar bastante fuerza de carácter, para permanecer constantemente fiel á la causa de la verdad.

Observaré que antes de tratar de enseñar á los hombres á no hablar más que la verdad, es necesario comenzar por forzarlos á que la escuchen. De todas las especies de mentiras, la lisonja es la que se emplea con más frecuencia. El hombre tímido, adula á la persona que teme; el dependiente adula á su superior por interés; el amigo al amigo que ama tiernamente; otros, en fin, que no tienen los mismos motivos de miedo ó de interés, adulan únicamente porque quieren agradar; mas es claro que mientras existan hombres sensibles á las alabanzas no merecidas, habrá otros dispuestos por la esperanza, el temor, ó la amistad, á concedérselas.

La vanidad es quizá entre todos los vicios, el que tiene más ramificaciones. ¿Cuántos hombres incapaces de envilecerse con una mentira formal han contribuido sin embargo, á corromper el corazón de otro, acrecentando su vanidad, y prestado así el apoyo de su ejemplo, á un vicio que declaradamente aborrecen?

Rara vez es amable la verdad enteramente desnuda; por lo común se opone á nuestros deseos y juzga con severidad nuestras acciones; pero como lo que más atrae naturalmente nuestra atención es nuestro interés, no nos gusta escuchar lo que nos conviene ocultar á nosotros mismos, y olvidamos fácilmente lo que deseamos se borre de nuestra memoria.

Para suavizar la repugnancia natural que la verdad nos inspira, se han inventado multitud de métodos; semejantes á los niños que nunca tomarían una medicina, si no se hubiese tenido antes cuidado de disfrazarla, para hacerla menos desagradable á su paladar, sólo por medio de alegorías ingeniosas, y bajo extirioridades seductoras, nos gusta recibir preceptos útiles á nuestra instrucción y á nuestra dicha.

En la infancia del mundo la Verdad bajó del cielo, y al mismo tiempo salió la Falsedad de los infiernos para combatirla sobre la tierra. La Verdad era hija de Júpiter y de la Sabiduría; la Falsedad debía su origen á la Locura, fecundada por el Viento. Ambas caminaron con igual confianza y las mismas pretensiones al dominio universal. Su mutua antipatía y sus poderes respectivos, eran bien conocidos de los habitantes del Olimpo, de modo que los combates de estas dos rivales, llamaban la atención de todos los dioses.

Llena del sentimiento de su fuerza y de la justicia de sus pretensiones, la Verdad asumía un aspecto noble y majestuoso; despreciaba los socorros extranjeros y se presentaba sola en primera

línea. Cierto es que la Razón nunca la perdía de vista, y que siempre la seguía aunque nunca se mostrase á su lado. La Verdad siempre avanzaba con digna lentitud, pero jamás se detenía; y en donde una vez había estampado las huellas de sus pies, ninguna fuerza divina ni humana la hacía retroceder.

La Falsedad trataba siempre, y con frecuencia lo conseguía, de imitar el titante y los modales de la Verdad. Se veía escollada, animada y sostenida, por legiones innumerables de pasiones y deseos desarreglados; pero semejante á los reyes débiles para sostener el cetro, se veía reducida muy á menudo á obedecer la ley que le imponían sus aliados. Sus movimientos eran bruscos, irregulares y violentos, porque no tenía fuerza de carácter ni perseverancia. Muchas veces una invasión repentina en los dominios de la Verdad, extendía su imperio; pero como tenía el sentimiento íntimo de su propia debilidad, sabía que sólo le era posible conservar sus conquistas con el socorro de las pasiones, que en semejante caso la servían con celo y fidelidad.

A veces acontecía que las dos rivales se encontraban cara á cara; pero apenas reconocía la Falsedad á su enemiga, cuando se cubría de nubes y daba ordenes al Fraude para que colocase emboscadas en derredor suyo. En su brazo izquierdo sostenía el escudo que le había regalado la Impudencia, y el careax del Sofisma resonaba en sus espaldas; todas las pasiones se hallaban prontas á su mando. La Vanidad, encargada de la vanguardia, batía sus alas, y la Obstinación por detrás, la excitaba para que no reculase. A veces la Falsedad, sostenida por semejantes auxiliares, se atrevía á marchar en busca de la Verdad, ó á esperarla de pie firme; pero como temía las miradas de su enemiga, trataba más bien de escaramuzar á cierta distancia; cambiaba á cada instante de posición, y disparaba una lluvia de flechas en todas direcciones.

La Verdad tenía el venerable aspecto de su padre; pero no disponía de su rayo poderoso, y cuando en la fuerza del combate se acercaba á su enemiga, ésta dejaba escapar de sus manos los dardos forjados por el Sofisma, y cubriéndose con el escudo de la Impudencia, se ponía á seguro entre las filas de sus aliados.

La Verdad no era invulnerable, pero sus heridas se cerraban pronto; á la vez que el más ligero arañazo, recibído por la Falsedad, se encontraba, esparcía su malignidad en las partes vecinas, y con el tiempo se formaba una llaga que nunca llegaba á curarse completamente.

La experiencia descubrió á la Falsedad que la velocidad de su carrera, y la prontitud de sus evoluciones, eran las únicas ventajas que tenía sobre la Verdad; y por lo tanto ordenó á la Sospecha que explorase el campo, y evitase con el mayor cuidado todo encuentro con el enemigo; y como éste marchaba siempre en línea recta, era fácil á la Falsedad escaparse por los costados, precipitar su retirada, ó bien evitar el combate con un enemigo que jamás torcía.

De esta manera logró por fin la Falsedad establecer su dominio en todos los puntos en que la Verdad no se hallaba presente. En los lugares subyugados por ella, confiaba el mando de su autoridad á las pasiones, que satisfechas con su poder, resistían vivamente los ataques de la Verdad, y lograban contener sus progresos, cuando no podían impedirlos. Forzadas en fin á ceder ante las invencibles armas de la Verdad, se sometían con la mayor repugnancia, pero se insargentaban de nuevo, luego que la Verdad se ausentaba.

Al bajar de las regiones celestiales, la Verdad esperó que sería recibida en la tierra con generales aclamaciones, tratada con bondad, escuchada con obediencia y convidada á esparcir su influencia de punto en punto, pero encontró que tenía que forzar su paso por todas partes; que preocupaciones innumerables cegaban el juicio de los que ella deseaba la escuchasen, y que las pasiones reinaban tiranamente en todos los corazones. Nada, es verdad, podía contener su marcha; pero sólo podía avanzar lentamente; y no tardaba en perder las conquistas que hacía, porque los deseos desarreglados sacudían su yugo, y se alistaban bajo las banderas de su rival.

Tantos combates no podían agotar las fuerzas, siempre renacientes, de la Verdad; pero se irritó de las continuas dificultades que le oponía un enemigo, cuyo despreciable poder se hallaba únicamente fundado en la astucia, que era su recurso, y en la inconstancia de los hombres, incapaces de ser fijados. Llena de resentimiento pidió á Júpiter que le permitiese retirarse á la corte celestial, y abandonar á los humanos á los desórdenes y las desgracias que habían merecido, por haberse sujetado voluntariamente al dominio de la Falsedad.

Júpiter consideró con lástima, cuál sería la suerte de los hombres si su hija los abandonase, y no quiso consentir; pero para aliviar sus trabajos y disminuir su sentimiento, le ordenó que consultase con las Musas para saber por qué medios podría recibir

mejor acogida, y reinar sin verse expuesta á las fatigas de una lucha continua. Se descubrió entonces que la severidad de su aspecto, y el rigor de sus órdenes, eran las causas principales que estorbaban sus progresos; y que era difícil que los hombres se sometiesen voluntariamente á su autoridad, mientras ella pareciese temible, cuando por el contrario, la Falsedad no pedía á sus súbditos el sacrificio de ningún placer, y para agradarlos tomaba formas seductoras conformes á sus deseos.

Las Musas se pusieron entonces á tejer, en el huso de Minerva, un vestido elástico, al cual comunicaron la propiedad de poder cambiar de forma y de color, para que se asemejase al que atraía á la Falsedad tan infinito número de admiradores. Bajo este nuevo vestido la Verdad fué llamada Ficción. Con la ayuda de este disfraz la hija de Júpiter volvió á aparecer entre los hombres; y desde entonces es mejor acogida por ellos, porque la toman por la Falsedad, que es siempre su favorita; pero apenas penetra la Verdad en el campo enemigo, cuando despojada por la Razón de un vestido que no es suyo, recobra su verdadera forma, y deja ver su natural brillo y su dignidad.

#### MANEJO DE LA PROTECCIÓN SOBRE LA TIERRA.

ALEGORÍA.

(Versión del inglés de Johnson.)

Indignadas las Ciencias de la ingratitud con que pagaban los mortales sus atiles trabajos, se decidieron á presentar un memorial á Júpiter para que tuviese á bien repartir con más justicia los honores y las riquezas. El padre de los dioses se sintió tanto más dispuesto á escuchar sus quejas, cuanto que consideró las desgracias que afligirían á la especie humana si las Ciencias, disgustadas de tanta ingratitud, se decidían á abandonar la tierra y reducían á los hombres, con su ausencia, á la dura necesidad de no tener más habitaciones que las cavernas, ni más sustento que las bellotas, ó el producto incierto de la caza, con riesgo de perecer bajo las garras de animales más fuertes y feroces que ellos mismos.

Júpiter mandó reunir los dioses para deliberar sobre asunto tan importante, y fué decidido que la Protección sería enviada en

socorro de las Ciencias. La Protección era hija de Astrea, que la concibió de un mortal, y fué puesta en la escuela de la Verdad, bajo el cuidado de aquellas mismas Ciencias á que ahora debía prestar su auxilio. La Protección heredó de su madre aquel aire de dignidad que inspira reverencia al falso mérito, y de su institutriz aquella reserva que sólo permite que comunicasen con ella los que eran presentados por las Ciencias.

La Protección bajó á la tierra aplaudida por todas las potencias celestiales amantes de la Ciencias. La Esperanza la precedía bailando, y la Liberalidad se reunió á su séquito, pronta á derramar, á la menor señal, los dones que la Fortuna, su compaÑera asidua, había puesto á su disposición. Acompañada de esta manera, la diosa se encaminó al Parnaso, y su sola presencia disipó las nubes que después de largo tiempo obscurecían la cumbre del monte sagrado. Luego que llegó, los laureles marchitados por una larga sequedad, comenzaron á reverdecer; las flores, mustias con el prolongado frío, ostentaron todos sus colores, y esparcieron á lo lejos todos sus perfumes. Las Musas templaron sus instrumentos divinos, y entonaron sus armoniosas canciones: en una palabra, todo el concierto de la naturaleza celebró la llegada de la Diosa.

La protección quiso fijar su morada en la cumbre del Parnaso, en un palacio erigido por la mano de las Ciencias, y adornado por ellas con todo lo que agrada los ojos, aumenta la imaginación y fortifica el juicio, y desde su elevado trono se plugo en distribuir los dones de la fortuna con la imparcialidad que ordenaba la Justicia, y el discernimiento que inspiraba la Verdad. Las puertas del palacio estaban siempre abiertas, y la Esperanza, sentada siempre en el umbral, invitaba á entrar á todos los adeptos á las Ciencias. Pronto se vieron éstas cortejadas por una creciente multitud de verdaderos y falsos sabios, que solicitaban sus favores; y aunque el mayor número veía frustrado su intento, regresaban sin tener valor de quejarse, porque sabían que la Protección desechaba rara vez á los que tenían derechos incontestables á sus favores. La mayor parte de los pretendientes despedidos, se retiraban en silencio, determinados á adoptar un género de vida menos difícil, ó á tratar de adquirir, por medio del estudio y del trabajo, los conocimientos que les faltaban.

Pero vino tiempo en que aumentó tanto el número de los despedidos, que comenzaron á no avergonzarse de su desgracia; y en vez de ir á ocultar su hocorno en la soledad, se creyeron

bastante fuertes para silar las puertas del palacio, é impedir el paso á los que por su mérito verdadero, tenían más probabilidad de ser mejor acogidos. Por otra parte, se tuvo experiencia de que la Protección, que sólo era semidiosa, se había engañado algunas veces, y bien que fuese alenta á enmendar sus yerros luego que los veía apenas se notó que podía errar, cuando todos los concurrentes maltratados se apresuraron á apelar de sus sentencias, y á constituirse en jueces de sus propias composiciones, ó bien á someterlas á los que habiendo experimentado el mismo desden, no dejaban de sostener la causa común, dando y recibiendo aplausos negados por la Diosa.

La Esperanza era amiga constante de todos los despedidos, y la Impudencia, que nunca los abandonaba, los excitaba continuamente á aprovecharse de una segunda invitación para presentarse de nuevo ante el trono de la Protección; pero las más veces eran repulsados ignominiosamente. Como la Esperanza los sostenía y la Impudencia los excitaba, acudían á nuevos expedientes, y esperaban prevalecer al último, confiados en la multitud creciente y en la constante ayuda de la Esperanza y la Impudencia.

Después de morar largo tiempo sobre la tierra, la Protección, lejana del consejo de los dioses, comenzó á degenerar, á participar de la naturaleza humana, y á olvidar los preceptos de la Justicia y de la Verdad. En vez de conceder exclusivamente sus favores á las Ciencias, entró poco á poco en relaciones con el Orgullo, hijo de la Falsedad, y de esta unión nacieron dos hijos, el Capricho y la Lisonja. El Capricho fué amantado por la Fortuna, y la lisonja por la Liberalidad, sin que las Ciencias tomasen parte ninguna en su educación.

No tardó la Protección en adoptar los sentimientos ni en imitar las maneras de su esposo, bajo cuya dirección se conducía, sin pagar mucha atención á los consejos prudentes de la Verdad; y como sus hijos le eran diariamente más queridos, las Ciencias perdieron su influjo gradualmente, hasta que por último, fué imposible acercarse á su trono, excepto aquellos que eran conducidos por el Capricho ó la Lisonja.

Todos los que por largo tiempo habían esperado los favores de la diosa, y sido excluidos de su palacio, por falta de recomendación de las Ciencias, se llenaron de regocijo al ver la decadencia de aquel poder que los había despreciado, y cedieron fácilmente á las nuevas instigaciones de la Esperanza y la Impudencia. La

primera les enseñaba á sonreír á presencia del Capricho, y la segunda se hallaba siempre dispuesta á presentarlos á la Lisónja.

La Protección creyó entonces darse más importancia exigiendo formalidades, y una etiqueta desconocidas antes, y en vez de dar inmediata audiencia, quiso que la sala del trono fuese precedida de una antecámara, llamada entre los mortales *sala de espera* (*Hall of Expectation*).<sup>(a)</sup> Nada era más fácil que entrar en la antecámara cuando se había obtenido una recomendación de la Impudencia ó de la Lisónja, y por eso se hallaba siempre llena de solicitantes de todas las partes del mundo, en cuyos semblantes se descubría la ambición y el deseo de suplantar á sus rivales.

Todos entraban en la sala de espera llenos de ardor y confianza, y se imaginaban que serían admitidos al instante, porque la Lisónja misma les había prometido presentarlos á la diosa; pero por lo común permanecían allí largo tiempo quemándose la sangre, porque el Capricho, que guardaba la puerta interior, la abría ó cerraba á la ventura, sin sujetarse á ninguna regla, de modo que multitud de aspirantes se veían condenados á pasar su vida en la antecámara, entregados á una continua alternativa de triunfo anticipado y de desesperación; atormentados por la Sospecha, que nunca dejaba de revelarles mil intrigas urdidas contra ellos por rivales sin escrúpulo, y devorados por la Envidia que les inspiraba deseos de alcanzar la buena fortuna de los otros. Entonces la Infamia desplegabá sus alas, y revolando por la antecámara esparcía vapores pestilenciales que infectaban á todos los asistentes. La Reputación la seguía con vuelo más lento, y trataba de cubrir bajo su engañoso barniz, las manchas hechas por la Infamia; pero la duración de este barniz era efúmera, y pronto volvían las manchas á manifestarse más extensas. Las manchas de la Infamia sólo podían borrarse con agua muy clara, vertida por la mano del Tiempo, y sacada de una fuente que brotaba al pie del trono de la Verdad.

Las Ciencias, no queriendo perder su antigua prerrogativa de procurar recomendaciones, condujeron á varios á la *sala de*

(a) Cuando el autor de esta alegoría anunció al público su famoso Diccionario, solicitó el patronaje de Lord Chesterfield, por haber estado á entender que recibiría gustoso la dedicación de aquella obra. Johnson fué á verle, y aunque se anunció á su llegada, tuvo que esperar largo tiempo en la antecámara, y por último se marchó indignado sin haberlo visto. Se supone con fundamento, que este suceso dió lugar á la alegoría que traducimos.

*espera*; pero éstos pronto se cansaron de esperar, porque no sólo la Sospecha y la Envidia se dedicaban á atormentarlos; mas también la Impudencia, que los consideraba como intrusos, excitaba á la Infamia á mancharlos; y por eso se retiraban apesadumbradamente; pero no sin algunas manchas que apenas podían lavar y que eran una prueba de que habían puesto los pies en la *sala de espera*.

Los otros continuaban aguardando el afortunado momento en que pluguiese al Capricho permitirles que se acercasen, y trataban de contentarlo, no con poesías dignas de Homero; no con el relato de acciones heroicas, ni distinguiéndose con sentimientos sublimes, sino con melodías suaves y voluptuosas, mezcladas con el elogio del Orgullo y de la Protección, que las escuchaban con placer y desprecio.

Había algunos que eran admitidos por el Capricho cuando menos lo esperaban, y que eran colmados por la Protección con los dones de la Fortuna; pero desde este momento quedaban encañados al pie del trono, y reducidos á la necesidad de obedecer á las menores señales de la Protección. Orgullosos de su brillante pero vergonzosa esclavitud, rara vez se quejaban, á pesar de verse obligados á obedecer las ordenes más ridículas, y á devorar en silencio las afrentas más humillantes. Este servilismo obsequioso no los libertaba sin embargo, de los repentinos ataques del Capricho, que á veces se complacía en despojarlos de sus adornos, y despacharlos desnudos á la *sala de espera*.

Confundidos de nuevo en la multitud de ambiciosos oscuros, continuaban, excepto unos cuantos corregidos, solicitando los medios que podía procurarse la Lisónja, para atraer sobre sí las miradas favorables del Capricho; hasta que pasado mucho tiempo otras generaciones los empujaban e iban á finalizar sus días en las pobres habitaciones de la Enfermedad, la Vergüenza, la Miseria y la Desesperación, en donde su único consuelo era referir las falsas promesas que se les habían hecho, los placeres y las penas que habian experimentado, las esperanzas con que habian sido entretenidos, y la crueldad con que habian sido engañados.

Las Ciencias, indignadas de tantas afrentas, se retiraron del palacio de la Protección, y después de haber vagado largo tiempo sobre la tierra, perseguidas y disgustadas, sólo encontraron un asilo bajo el humilde techo de la Independencia, hija de la Fortaleza, en donde la Prudencia y la Parsimonia les enseñaron á vivir en el seno del reposo y de la dignidad.



## ESPERANZAS VANAS.

[Ensayo de Johnson, publicado en el Aventurero de Londres.]

Hace siglos observó Cicerón, que ningún hombre, sea cual fuere la debilidad á que lo hayan conducido los años, está tan persuadido de su decrepitud, que no se imagine poder conservar todavía su lugar en el mundo por otro año.

Cada día nos presenta pruebas de la verdad de esta observación: no hay época de la vida en que los hombres, en su mayor parte, esperen menos la campanada de la muerte, que cuando los ojos de todos la consideran inminente; ó se hallen más ocupados en formar proyectos para el año próximo, que cuando aparece claro á todos, excepto á ellos, que no llegarán á vivir otro año. Aunque cada entiero que pasa delante de sus ojos, descubre la falacia de semejantes esperanzas, pues que cada hombre que nace para morir se considera igualmente cierto de vivir por lo menos, hasta el año próximo, el que le sobrevive continúa lisonjeándose, y nunca le faltan razones para esperar que su vida se prolongará, y que la muerte voraz continuará pacificándose con alguna otra presa.

Pero este es únicamente uno de los innumerables artificios practicados en la universal conspiración de los hombres contra ellos mismos: en toda edad y condición se acoge algún engaño favorito; cada hombre se adormece con proyectos que sabe son improbables, y determina proseguirlos sin atreverse á examinarlos. Todo lo que el hombre desea con ardor, cree fácilmente que llegará á conseguirlo; aquel cuya intemperancia le ha acumulado enfermedades, mientras se extienda en la primavera, espera vigor y recobro del sol del verano, y mientras se consume en el verano, transfiere sus esperanzas á los fríos del invierno: aquel que codicia la elegancia y los placeres que la falta de recursos le impide imitar ó participar, se consuela con que el tiempo de la miseria terminará pronto, y que cada día le trae más cerca de una situación feliz, aunque ve que aquel día no sólo ha pasado sin haberle traído ninguna ventaja, sino tal vez, sin haber hecho esfuerzo alguno para conseguirla, formando planes inasequibles, y contemplando perspectivas á que no puede acercarse.

Tal es en general, el desvario en que consumimos nuestro

tiempo: cada hombre cree que se acerca el día en que todo sus deseos serán satisfechos, en que dejará atrás á todos sus competidores, que como él se regocijan á la misma hora, con las esperanzas de la victoria; siempre se va acercando para los abatidos el día en que serán ricos, para los oscuros en que serán eminentes, y para los feos en que serán hermosos.

Si alguno de los lectores ha visto con tan poca atención á las personas que le rodean, y que tome esta pintura por exagerada ó improbable, reflexione un poco sobre su propia vida, y considere cuáles fueron sus esperanzas hace diez años, y las adiciones que entonces esperaba serian hechas á su felicidad: estos años han pasado, ¿han cumplido la promesa que se les arrancó? ¿han adelantado su fortuna, aumentado sus conocimientos, ó reformado su conducta hasta el grado que llegó á esperar? Tomo que cada hombre que recuerde sus esperanzas de entonces, tenga que confesar que ha sido chasqueado, que los días han pasado uno tras otro, sin ningún provecho, y que se halla aún á la misma distancia del punto de felicidad.

¿Con qué consuelos pueden los que así han visto frustrados sus principales designios, eludir la memoria de su malogro? ¿Con qué ilusiones pueden amortiguar su descontento, después de la pérdida de tan larga porción de la vida? Pueden entregarse otra vez á los mismos engaños, pueden volver á formar planes de placeres vanos, y fijar otro periodo de felicidad, pueden decidirse otra vez á confiar en la promesa que conocean no sería cumplida, pueden recorrer un círculo con los ojos cerrados, y esforzarse en creer que marchan adelante.

De todo acontecimiento grande y complicado, parte depende de causas fuera de nuestro alcance, y parte de nuestro vigor y perseverancia. Con respecto á lo que en términos comunes se llama obra del acaso, los hombres encontrarán siempre razones para confiar ó desconfiar, según sus diversos temperamentos é inclinaciones; y el que se ha acostumbrado por largo tiempo á complacerse con posibilidades de felicidad fortuita, no será fácil ni voluntariamente, corregido de su error. Pero los efectos de la industria y de la habilidad de los hombres son más fáciles de calcular: todo lo que puede completarse en un año, es divisible en partes, de las cuales cada una puede realizarse en el término de un día; aquel, pues, que ha pasado el día sin atender á la tarea que se ha asignado, puede estar cierto de que el destier de la vida, no le ha traído más cerca de su objeto; porque sea cual

fuere el desahogo futuro que espera, el resultado será solamente en proporción de la diligencia con que ha empleado el tiempo. El que flota perezosamente en el río en solicitud de alguna cosa sostenida por la misma corriente, se verá sin duda impelido adelante; pero á menos que no aplique su mano al remo, y aumente con su trabajo la velocidad, siempre se encontrará á la misma distancia de lo que ya siguiendo.

En todos tiempos ha habido algunas contingencias de fortunas imprevistas y no merecidas, por las que, aquellos que se hallen determinados á creer todo lo que favorece sus inclinaciones, han sido estimulados á complacerse con ventajas futuras; mantienen su confianza por medio de consideraciones cuya única utilidad real es, alejar la desesperación; es tan absurdo sentarse á bostezar porque algunos se han enriquecido sin trabajo, como saltar un precipicio porque otros han caído y escapado con vida, ó embarcarse en tiempo borrascoso, porque han sido arrojados sobre una tabla en la costa á que iban destinados.

Todos nos sentimos dispuestos á confesar que la creencia debe ser proporcionada á la evidencia ó la probabilidad; que cada hombre compare, pues, el número de los que han sido de este modo favorecidos de la fortuna y de los que han visto frustradas sus esperanzas y fácilmente conocerá la justicia que le asiste para haberse colocado en el catálogo de los afortunados.

Pero en casos semejantes no se necesitan cálculos profundos, ni investigaciones laboriosas; hay un método mucho más simple para distinguir las esperanzas locas de las racionales, de encontrar la diferencia entre perspectivas que están á la vista, y las que sólo se hallan pintadas en el fondo de nuestra imaginación. Juan Lerdo se acostumbró á computar los beneficios de un proyecto favorito hasta no quedarle la menor duda de que lo conseguiría, próximo ya á poderlo en obra lo maduró con la más atenta meditación, todas las medidas fueron cuidadosamente tomadas, y sólo le faltaban dos mil pesos para llegar á ser dueño de una fortuna que habría envidiado el dueño de una compañía mercantil. Juan era generoso y agradecido, y estaba resuelto á recompensar esta pequeño empréstito con una amplia fortuna; deliberó por lo tanto, durante algun tiempo, á cuál de sus amigos acudiría por lo que necesitaba: no porque temiese una negativa, sino porque no podía determinar de pronto, quién de ellos haría mejor uso de la riqueza y era por consiguiente más digno de su favor. Por fin, hizo la elección y sabiendo que para obte-

ner el préstamo necesitaba poner de manifiesto las probabilidades de pagarlo, preparó una minuta explicando muy extensamente su proyecto; pero aquí terminó el sueño dorado; descubrió pronto la imposibilidad de hacer adoptar á los otros las nociones engañosas con que el mismo se había alucinado; de cualquiera manera que explicase sus pensamientos, el proyecto parecía absurdo, y la ejecución imposible; aun la credulidad y la preocupación tuvieron al fin que desvanecerse, y Juan Lerdo se abochornó de haber creído lo que la vergüenza no le permitía comunicar á otro.

Á estas pruebas deben los hombres traer sus ilusiones antes de que hayan echado raíces en su alma. Todo lo que es verdadero puede ser relatado; todo lo que es racional se presta á la explicación; pero cuando nos deleitamos considerando en secreto nuestra felicidad futura, y silenciosamente meditamos planes que sabemos bastará mencionar para exponernos al ridículo y desprecio, recordemos que nos engañamos á nosotros mismos con ilusiones voluntarias y consagramos á las falaces extravagancias de la imaginación, las horas en que podíamos obtener sólidas ventajas por medio de pensamientos cuerdos y racional aplicación.

Hay en verdad, tan poca certidumbre en los negocios humanos, que el escudriñador más circunspecto y severo puede alimentar algunas esperanzas, sin poder probar que se hallen muy favorecidas de la probabilidad, siendo así que después de sus mayores esfuerzos para asegurar los acontecimientos, tienen que dejar á menudo el resultado en manos de la suerte, y es tan escasa nuestra ración de felicidad en este mundo, que en muchas situaciones la vida sería insoportable, si no fuese dado á la esperanza consolar la hora presente con placeres tomados de lo futuro, y reanimar el desfallecimiento, soñando regiones distantes de felicidad, á las cuales sin embargo, la resolución y la perseverancia no llegarán jamás (a).

(a) Metastasio dice:

Non so se la speranza  
Va coll'inganno unita:  
So che mantiene in vita  
Qualche infelice almen....  
Lo sventurato adora  
La speme, che l'alletta,  
E mentre il bene aspetta,  
Il mal accomanda va.

Pero estos como muchos otros cordiales, aunque en corta dosis pueden vigorizar, embriagados en mayor cantidad; estos placeres, como los otros, son legítimos solamente en ciertas circunstancias y en ciertos grados; pueden ser útiles subordinándoles debidamente á intentos nobles; pero llegan á ser peligrosos y destructivos, luego que han ganado ascendente en el corazón; lisonjear y tranquilizar el alma con la esperanza aun cuando sea probable que ésta nos engañe, puede ser útil á veces, pero arruinar nuestras facultades y aletargarlas es cosa pobre y despreciable.

Los vicios y los errores reciben modificaciones diferentes según el estado de las almas de que dependen; nutrir esperanzas más allá de lo que garantiza la razón, es una falta de los entendimientos cortos como de los elevados; pero su fundamento y sus efectos son enteramente diferentes; el hombre de gran valor y grandes habilidades, es propenso á colocar mucha confianza en sí mismo, y á esperar de un vigoroso esfuerzo de su poder, más de lo que puede alcanzar la energía y la actividad; entre él y su deseo ve ciertamente obstáculos; pero cuenta pasarlos de un salto ó romperlos; su ardor engañado le impele adelante, y aunque quizá porra el golpe obtiene sin embargo alguna ventaja colateral, y realiza alguna cosa útil á la humanidad. El tímido holgazán se atreve también á esperar, pero sin fundamento y sin consecuencias; la bienaventuranza con que recrea sus horas, la aguarda siempre de los otros, aunque muchas veces ignora de quién; se cruza los brazos y se sienta en espera de alguna revolución que lo eleve, ó alguna lluvia de oro que le colme de riquezas; permanece todo el día en la inacción meditando en el día mañana, y al fin de la vida despierta de su sueño para descubrir únicamente que el tiempo de obrar ha pasado, y que la sola prueba de juicio que pueda dar entonces es su arrepentimiento.

#### VIDA AGITADA DE UNA SRTA. DISTINGUIDA.

(Ensayo de Johnson, publicado en el Vagamundo de Londres.)

SEÑOR VAGAMUNDO :

Figúrese Vd. que hace tres días que me veo obligada á no salir de mi recámara, á causa de un importuno resfriado, que durante

todo este tiempo me ha privado del placer de ir al teatro, á la Alameda, á las tertulias, y también de hacer y recibir multitud de visitas indispensables. Pero no es esto lo peor, sino que el médico ha dicho á mamá, que si continuo impacientándome y florando, se me coagulará el resfriado, y durante seis semanas me pondré tan fea, que espantará á las gentes. Pero ¿qué quiero Vd. que yo haga? no lo puedo remediar. Mientras escribo estos renglones, Carmencita Donairo baila con un joven muy distinguido. Mañana asistirán á un bautismo; comerán juntos ó irán después á la Alameda. Carmen oirá mil cumplimientos, recibirá bonitos regalos, tendrá el gusto de lucir su vestido; irá por la noche al teatro, aunque no sea sino por un momento, y después á una brillante tertulia en donde jugará y ganará, estoy segura de ello, y hacia medianoche regresará á su casa en un coche tirado por soberbios frisonos. ¿Quién podrá soportar esto, Señor Vagamundo?

Mi tía para distraerme, acaba de traerme varios números del periódico que Vd. redacta, diciéndonos que es Vd. un filósofo que me enseñará á moderar mis deseos y ver el mundo con indiferencia; pero esto es precisamente lo que yo no deseo, estando por una parte bien decidida á no moderar mis deseos, y por otra á no ver el mundo con indiferencia, á lo menos hasta que él no haya tomado la iniciativa respecto de mí. Como mi tía se hallaba en mi cuarto, ocupada en su costura, me fué necesario conservar en la mano, por más de un cuarto de hora, un número del Vagamundo; pero por fortuna, mi recámarera me había traído antes una carta de Pasco Zancadilla, y tuve cuidado de ocultarla entre el periódico, de modo que en vez de ocuparme de la moral de Vd. algo enfadada, lei todo lo que aquí me dice de los tormentos de la ausencia. El pobre muchacho está de lo más inconsolable. Su amor es extremado; su pasión, irresistible, y su constancia será eterna. Mi cándida tía se imaginaba que yo leía alguno de los ensayos de Vd. y viendo mi ternura, se ofreció á hacerme las explicaciones de que pudiese yo necesitar. ¡Pobre tía! con qué facilidad todos estos parientes viejos, que se consideran tan hábiles, pueden ser engañados! pero tienen su merecido, porque estoy segura de que mientras nos tienen bajo su dominio, nos tiranizan y llenan la imaginación con los falsos peligros que corremos las jóvenes en el mundo, ó inventan historias con el solo objeto de hacernos creer que no podemos pasarnos de su protección.

Tengo una madre y dos tías que, según he oído decir, fueron muy celebradas por su talento y hermosura, y que aún en el día son estimadas de las personas juiciosas que hacen más caso del talento que de la belleza: pero estoy segura, Señor Vagamundo, de que si yo no viviese con ellas, no entrarían en casa sino hombres de figura, vestido y maneras del tiempo de Maricastanas. Hace diez y siete años que me veo bajo el dominio de estas señoras, y siempre han tratado de engañarme y asustarme, ha blándome sin cesar de seducción, de lazos, y de perfidias que carecen de realidad. Lo que yo quisiera saber, Señor Vagamundo, es, si debo atribuir todos estos cuentos á su malicia ó á su ignorancia; porque puede muy bien ser que el mundo haya cambiado mucho desde el tiempo de su juventud, y que todo lo que antes existía, haya hoy desaparecido.

Para aficionarme á la lectura de libros serios, me dicen que sólo la instrucción puede hacer que una joven sea considerada, y enseñarle á distinguir el mérito sólido de las cualidades superficiales; que si llevo á adquirir el gusto de la lectura y de la ocupación jamás tendré el deseo ni la necesidad de recurrir á diversiones peligrosas, y sabré preservarme de multitud de tentaciones que sitian á las personas ociosas. Pero el gran argumento sobre el cual insisten diariamente, es lo que ellas llaman la peridia de los hombres. Confieso que sus perpetuas declamaciones sobre este capítulo, habían hecho en mí alma tal impresión, que ni aún si quiera me atrevía yo á mirarlos, y que todo mi cuerpo temblaba cuando por casualidad me encontraba yo sola con un hombre en el salón de mi madre. Natural era que así sucediese, puesto que todo el santo día se me decía que los hombres tienen siempre la mentira en la boca; que sólo hablan para engañar, que cada mirada suya es una tentativa de seducción; que una joven que voluntariamente vuelve á dejarse ver de un hombre que le ha estrechado la mano, se halla en el borde de un precipicio; y que si ella es tan loca que contesta una carta sin consultar con sus padres, es perdida sin remedio; que ha enajenado su corazón y la desgracia y la infamia no podrán menos de caer sobre ella.

Creo que desde el día que comencé á andar sin andaderas, nadie, excepto mi recamaraera y mi costurera, me ha hablado de las gracias de mi persona; cuando más, mi madre responde secamente á los que elogian la regularidad de mis acciones, que en efecto soy bastante bien formada, y trata en seguida de desviar mi atención, preguntándome lo que he hecho de mi aguja

ó de mi libro. Hace solamente tres años que se me permitió ver el mundo, bailar en las tertulias, asistir al teatro y jugar á los naipes en casa de la Sra. Barañada, y desde entonces comenzaron mis ojos á ver las cosas como son en sí. Ya se figurará Vd. Sr. Vagamundo, cuál sería mi indignación al descubrir los artificios con que se me había engañado y héchome concóbir falsos temores, á la vez que se me ocultaba con el mayor cuidado lo que más importa saber á una joven.

Estoy tan lejos de reconocer la necesidad y aun la utilidad de la instrucción, que tiemblo solamente de pensar en el peligro que corri hace pocos días de perder á Zancadilla, que oyéndome citar en el teatro una cuarteta moral, me dejó de repente y no quiso volver á verme sino con la condición de que no pronunciasse yo palabrotas que despedazaran la oreja. Figúrese Vd. cuál sería mi desconsuelo, visto que en un baile no hay mejor compañero que Zancadilla, y que cuando anda solamente parece que baila. También me ha acontecido hablar de principios morales á dos amigas mías; pero al instante comenzaron á abanicarse diciendo que yo era muy sabihonda para ellas; que ignoraban en qué libro había ido á pescar tales sandeces, y que en cuanto á ellas no leían más que el diario de modas y los carteles del teatro. Después comenzaron á hablar de mi peinado, manifestando un gusto muy exquisito en todo lo referente al tocado. También se me había dicho que los buenos libros tienen la ventaja de llenar agradablemente los momentos que no se consagran á las ocupaciones indispensables; pero Sr. Vagamundo, yo no estoy ociosa un solo instante; me acuesto tarde y no es posible levantarme temprano; apenas despierto cuando me pongo á ensayar en el piano los vales nuevos; tengo en seguida que vestirme para recibir á las personas de confianza que vienen por la mañana y me llevan á dar un paseo, á ver las curiosidades de la ciudad ó las modas en los almacenes. Después tengo que vestirme de nuevo para hacer visitas de etiqueta y para comer; apenas me levanto de la mesa, cuando me preparo para ir al teatro, y luego que éste concluye voy á alguna tertulia en donde se me espera para jugar. Y aun estas ocupaciones no son sino las ordinarias de mi vida; ¿pero cuántas veces no me veo obligada á quebrantárlas? Unas veces me vienen á buscar temprano para ir al campo, de donde regreso justamente á tiempo para ir al baile; otras veces me veo comprometida á otra diversión que me ocupa todo el día y tal vez parte de la noche. Si por casualidad puedo disponer de una hora, son tantos

los quehaceres que pesan sobre mí, tantas las órdenes que tengo que dar á mi costurera ó á mi modista, tantos cambios que hacer en mis vestidos, tantas esquelas y tarjetas que leer, tantos convites que aceptar ó rehusar, que pierdo la cabeza. Ya ve Vd., Sr. Vagamundo, que empleo bien todo mi tiempo, y que no me queda un sólo momento para abrir un libro. Creo que nunca me encontraré en el caso de cambiar de este género de vida, á lo menos mientras el mundo exista y haya paseos, teatros, bailes, conciertos, visitas que hacer y recibir y trajes que preparar.

Pero quisiera yo que me explicase Vd. cuál sería el objeto de mis pavores; al contarme todas las historias lamentables, de la crueldad, la perfidia y los artificios de los hombres, los cuales seguramente han cambiado mucho, si eran antes en efecto, como me los han pintado. Desde que yo entré en el mundo, no he visto ni uno solo que no fuese mi humilde servidor, pronto á vivir ó morir según yo lo ordenase. ¡Pobres hombres! son tan buenos, y distan tanto de perjudicarme, que entran en competencia para procurarme mayor placer. Si se trata de un paseo, de un baile, ó de una partida de campo, se ve encantado aquel á que doy la preferencia, y lleno de vanidad me hace mil protestas de su eterno reconocimiento, asegurándome que en su vida ha sido más dichoso. ¿Cómo podría yo concebir sospechas de unos corazones que sólo están contentos cuando tienen la suerte de verme y agradarme?

Todas esas acusaciones vagas de fraudes, engaños y artificios, me parecen de lo más infundadas. En el juego soy yo bastante aturdida; pero los hombres nunca se prevalen de mi aturdimiento para ganar; las reglas no son estrictas sino para ellos. Aun D. J. Maraña, que no se puede decir es joven, pues tiene una hija de mi edad, cuando juega conmigo finge jugar mal para procurarme el gusto de ganar. A mí belleza personal, que yo ignoraba, porque se guardaban muy bien de revelarme el secreto, debo estas distinciones tan lisonjeras. Mis tías tenían ciertamente algún objeto al ocultarme con tan gran sigilo, lo que tanto me convenia saber; porque en fin, ellas tienen ojos como todo el mundo, y diariamente oigo decir que es necesario ser ciego para no admirar una hermosa tan completa. De todo esto deduzco que lo que me han dicho mis tías de lo que pasa en el mundo, que ellas pretenden conocer muy bien, es falso y absurdo. Sé bien que la decencia exige que continúe yo tratándolas con aparente miramiento; pero confieso á Vd. Señor Vagamundo, que

después de haber descubierto sus imposturas, me es imposible amarlas y mucho menos obedecerlas. — *Loreto Leve.*

#### HÁBITO DE MENTIR.

(*Ensayo de Johnson, publicado en el Aventurero de Londres.*)

Preguntado una vez Aristóteles qué ventajas podía retirar un hombre con sus mentiras, contestó: No ser creído cuando diga verdad.

El carácter de un embustero es tan odioso y despreciable, que aun de los despojados de toda virtud, debía esperarse que por amor propio se abstuviesen de violar la verdad. Casi todos los otros vicios que deshonran á la humanidad, pueden encontrar algún apoyo en los elogios y la asociación; el corruptor de una virgen inocente se mira envidiado por los hombres, y á lo menos no detestado por las mujeres: el borracho se une con seres entregados como él, al regocijo estrepitoso, ó á la silenciosa insensibilidad que celebrarán sus victorias sobre los novicios de la intemperancia, se jactarán de ser compañeros de sus proezas, y hablarán con entusiasmo de los muchos que una emulación malograda ha precipitado en el sepulcro: aun el ladrón y el asesino se vanaglorian de su destreza é intrepidez, de sus estratagemas de rapina y de su fidelidad á la cuadrilla de bandoleros.

El embustero, y sólo el embustero, es universalmente despreciado, abandonado y desconocido; carece de consuelos domésticos que poder oponer á la censura de los hombres, no tiene sociedad en que retirarse en donde sus crímenes sean considerados como virtudes, sino que es abandonado á la boca de todo el mundo, sin amigos y sin apologistas. La falsedad tiene la condición peculiar de ser detestada por los buenos y por los malos. Los diábolos, dice Brown, no se engañan mutuamente, porque la verdad es necesaria en todas las asociaciones, y la del infierno no existiría sin ella.

Naturalmente debía esperarse que un crimen tan generalmente detestado, fuese generalmente evitado; á lo menos que ninguno se expusiese á una infamia completa sin algún aliciente adecuado; pero no es fácil encontrar aliciente para un crimen

descubierto con presteza y castigado con tanta severidad. Pero el caso es que á pesar del desprecio y la reprobación, se falta á menudo á la verdad, y la circunspección más vigilante y permanente, apenas liberta al que se mezcla en el mundo, de ser á cada hora engañado por hombres de quienes apenas podría imaginarse que intenten perjudicarle, ó retirar para sí alguna ventaja.

Los teólogos han distinguido minuciosamente las mentiras en diferentes clases; según sus varios grados de malicia; pero creo que en lo general han omitido la que es más común, y quizá no menos perjudicial; y pues que los moralistas no le han dado nombre, yo la llamaré mentira de vanidad.

Á la vanidad pueden justamente atribuirse muchas de las falsedades que cada hombre escucha con frecuencia, y quizá muchas de las que se propagan con sucesso. En cuanto á las mentiras comerciales y las mentiras maliciosas, su objeto es tan aparente que rara vez se reciben con descuido ni implícitamente; la sospecha siempre está vigilante sobre los artificios del interés, y sea cual fuere lo que la esperanza del lucro ó el deseo de hacer daño impelan á un hombre á asegurar, el otro está, por iguales razones, dispuesto á contradecirlo. Pero la vanidad se satisface con entidades tan pequeñas, que sus artificios no producen alarma, ni se descubren fácilmente.

En efecto, la vanidad pasa á menudo sin que se sospeche, porque el que se pudiese á vigilar sus movimientos, no tendría ningún descanso; apenas hay momento en que un hombre se separe de su vanidad; y aquel á quien la verdad no procura placer, se inclina generalmente á buscarlo en las falsedades.

Ha sido observado por Kœnelin, que cada hombre desea ser superior á los otros, aunque no sea más que en haber visto lo que ellos no han visto. Se creea que una ventaja tan accidental como ésta, que ni implica mérito ni confiere dignidad, no fuese tan apetecida; sin embargo, esta vanidad, aunque tan fútil, produce innumerables narraciones, todas igualmente falsas; pero más ó menos creíbles en proporción á la experiencia y a travésamiento del relator. ¡Cuántos, entre sus conocidos, no puede contar un hombre que frecuenta la sociedad, que han logrado escapar infinitas veces su vida, que nunca viajan por mar ó por tierra, sin más aventuras que las que acontecieron á los caballeros errantes de los tiempos antiguos, en bosques intransitables ó castillos encantados! ¡Cuántos no debe conocer, á quienes á

menudo ocurren prodigios y portentos y para quienes la naturaleza realiza diariamente maravillas invisibles á los ojos de los demás, con el único objeto de proporcionarles materia de conversación!

Hay otros que se entretienen disimulando la falsedad con mayor peligro de ser descubiertos y deshonrados, hombres marcados por alguna planeta venturoso para, que todos coloquen en ellos una confianza y amistad ilimitadas; que han sido consultados en infinitas dificultades, se les han confiado multitud de secretos, y han sido requeridos en transacciones intrincadas; la suprema felicidad de estos hombres consiste en aturdir á las gentes con informes ruidosos, en disipar las dudas y sojuzgar toda oposición con la certidumbre y autenticidad de sus noticias. Un ambustero de esta especie, con feliz memoria y viva imaginación, es á menudo el oráculo de algún club obscuro, y hasta que el tiempo descubre sus imposturas, dicta á sus oyentes con una autoridad irresistible, porque si se suscita alguna cuestión pública, se encontraba el presente cuando fue debatida; si se menciona alguna moda nueva, estuvo él en la corte el primer día que apareció; si alguna obra literaria llama la atención del público, él ha patrocinado al autor, y tenido en sus manos el borrador de su composición; si algún criminal de rango es sentenciado á muerte, le predijo su suerte y trató de reformarlo, y ¿quién de los que viven distantes de la escena de acción se atreverá á contradecir á un hombre que se declara testigo ocular ó auricular, y al que todos los negocios y las personas le son conocidas tan intimamente?

En lo general esta especie de falsedad logra pasar felizmente por algún tiempo, porque se practica al principio con timidez y desconfianza; pero la prosperidad del ambustero es de corta duración: la creencia de una historia es siempre un estímulo para inventar otra menos probable, y el mentiroso triunfa de la necia credulidad, hasta que el orgullo y la razón se revelan contra él, y los oyentes no quieren soportar por más tiempo que se muestre mejor informado, ó más discreto que ellos mismos.

Claro es que los inventores de todas estas fábulas, tienen el designio de exaltarse y engrandecerse ellos mismos: sus narraciones siempre implican alguna consecuencia en favor de su valor, su sagacidad, su familiaridad con los literatos, ó su acogida entre los grandes; siempre son llevados del placer de verse

superiores á los que los rodean, y de recibir el homenaje de la atención silenciosa, y de la envidiada admiración.

*À estas reflexiones del Doctor Johnson, el traductor agrega la siguiente carta que Addison, redactor del Espectador, supone le fué dirigida por un embustero.*

SEÑOR ESPECTADOR.

Sin preámbulo ni excusa alguna confesaré á Vd. ingenuamente, que soy y he sido desde mis primeros años uno de los mayores embusteros. He leído todo lo que los autores han escrito sobre la materia, pero por desgracia el único efecto que sus razones han producido en mí, es ministrarme nuevas ideas, y heécheme más capaz de comunicar un aire de verisimilitud á fábulas que sin esto se verían destituidas de toda apariencia de verdad. Á pesar de esta inclinación invencible á la mentira, me atrevo á decir que no hay hombre más de bien ni mejor amigo que yo; pero mi imaginación me arrastra, y siempre que en la conversación se suscita algún asunto nuevo, se presentan en el momento á mi alma tantas aventuras y cosas sorprendentes, que no puedo abstenerme de referirlas, aunque en el acto mismo, pienso, con cierta vergüenza, que podrá descubrirse que en todo lo que digo no hay una palabra de verdad. Tengo un deseo immoderado de haberme hallado presente en cualquier lugar en donde ha acontecido alguna cosa notable. Esta manía me ha puesto á veces en embarazos que habrían sido muchísimo mayores, si hubiese habido alguna malicia en mi carácter; pero soy de buena pasta, y nunca he calumniado á ninguno en su cara; siempre me he limitado á observar que talso había dicho alguna cosa deshonrosa de mengano aunque todo fuese falso. Una vez hice cuanto pude para curarme de un defecto tan vil, y resolví no pronunciar una sola palabra en una semana; pero durante este intervalo de represión, hice tantos gestos significativos, puse en práctica tantos medios mudos para indicar lo que habría querido decir, que mentí interiormente tanto como antes. Diré á Vd. una cosa que me causa mucha pena, visto el uso admirable que podría yo haber hecho de ella, y es, que nunca he viajado; no obstante, sería difícil hablar con más seguridad que yo de los

países extranjeros delante de quienes me conviene; maldigo las posadas de Alemania; alabo sin medida á las jóvenes de la vida airada de Venecia; y me muestro encantado de las maneras desembarazadas y civiles de los franceses; y aunque no me haya yo alejado diez leguas de Londres, he corrido tres veces el riesgo de verme asesinado en Roma por haber enamorado á la querida de un cardenal. Sería cuento de nunca acabar si me pusiese á referir todas mis mentiras; pero puedo asegurar á Vd. que tengo muchos compañeros que se me parecen, que no son más verídicos que yo, de modo que podemos componer una sociedad numerosa. Conozco también á un Señor que á pesar de ocupar un puesto elevado, es de los nuestros. No creo que exista alma más romanesca que la suya. Luego que se presenta la menor ocasión, inventa en el acto una cosa sucedida en tal año y en tal compañía con una infinidad de circunstancias propias para adorar su relación, dando á todo tal aire de verisimilitud, que los que no lo conocen lo tomarán por sincero. También podría yo citar á Vd. un oficial que ha realizado las hazañas mayores, sin haber visto jamás la cara al enemigo; y también á un pisaverde que agoniza á menudo temiendo no se llegue á descubrir lo que pasa entre él y una belleza conocida. Se consuela sin embargo, con la esperanza de que la recamarera de la dama será discreta, porque según dice, no evitará medio alguno para obligarla á que guarde silencio, aun cuando tenga que vender su camisa. Otro de mis compañeros que quiero señalar á Vd., es un comerciante que miente cuando gana, y cuando pierde, al menudeo y por mayor. La única verdad que se me ha escapado desde hace mucho tiempo es: la de asegurar á Vd. que soy su afectísimo servidor etc. — *Mendacio Yvanis.*

HISTORIA DE MISELA SEDUCIDA POR UN PRIMO SUYO.®

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR.

Me dirijo á Vd. con la mayor humildad, esperando me concederá alguna indulgencia, ó á lo menos alguna compasión, cuando sepa que soy una de aquellas criaturas desgraciadas, que aun las personas más caritativas se creen obligadas á despreciar y

abandonar á los horrores de la miseria, y que yo misma, en el seno de la inocencia, y cuidadosa de mi fama, vi antes con indignación.

Perteneczo á una buena familia, pero mi padre, cargado de hijos, no pudo darles la educación que deseaba. Un pariente nuestro muy rico, pasando un día por el pueblo en que residíamos, de regreso de una de sus haciendas, vino á ver á mi padre, y movido de sus embarazos, le propuso disminuirlos, tomando á su cargo uno de sus hijos. Nuestros padres nos amaban igualmente á todos, pero por una parte su escasa fortuna, y por otra, un poco de ambición, les determinaron á hacer este sacrificio, y mis hermanos y yo, fuimos convocados para que mi primo pudiese elegir. Yo tenía entonces diez años, y sin conocer para qué intento se me llamaba ante mi primo, hice inocentemente una reverencia que le cayó en gracia; canté después una de las canciones que sabía yo mejor; recité uno de los últimos cuentos que había yo leído, y mi inocencia agrado tanto á mi primo, que se decidió á adoptarme y educarme en compañía de sus propios hijos.

Mis padres no pudieron pensar sin pena en esta separación; naturalmente derramaron algunas lágrimas, pero pronto las enjugaron. Por un efecto de la preocupación que la pobreza inspira ordinariamente en favor de las riquezas, consideraron que iba yo á mejorar de suerte y que probablemente no sería yo algún día olvidada en el testamento de mi generoso primo. Mi madre, deseando que apareciese yo decente en medio de mi nueva familia, vendió algunas alhajas suyas para equiparme.

Cuando nos despedimos, me estreché en sus brazos con una ternura que me causa todavía mucha emoción. Me dió algunos consejos religiosos que aunque desgraciadamente no los he seguido, no los he olvidado, y dirigí al cielo votos por mi dicha, que espero se realizarán algún día.

Mis hermanos enviaron mis vestidos nuevos y no me parecieron muy aligidos de nuestra separación. Mi padre mismo me condujo hasta el coche y me llenó de caricias, y pocos días después me encontré transportada á una habitación magnífica, admitida á una mesa suntuosa, é introducida en el gran mundo y las diversiones de la ciudad.

Tenia yo trece años cuando supe que mi excelente madre acababa de morir, dirigiendo al cielo fervientes súplicas por su tierna y numerosa familia. Di pocas muestras de un sentimiento

que no habría sido participado por las personas que me rodeaban, y pronto cesé de pensar en la pérdida que había yo hecho. Mi padre, ocupado únicamente con sus otros hijos que crecían á su lado, tuvo la dicha inesperada de hacer una herencia, y cuando murió cuatro años después, los dejó en un estado más feliz de lo que había esperado. La intención de mi padre había sido hacerme partícipe con mis hermanos de la pequeña fortuna que el cielo le había enviado, y me había nombrado expresamente en su testamento; pero cediendo á las instancias de mi primo, que le escribía que yo no tenía necesidad de nada, y que él se encargaría de establecerme convenientemente, cambió sus disposiciones testamentarias, y dividió entre mis hermanos lo que á mí me pertenecía.

De este modo me vi condenada á una dependencia perpetua. Habiendo llegado á la edad en que las jóvenes tienen que presentarse con cierto brillo en la sociedad, y viéndose mi primo obligado á aumentar sus gastos para sostenerme, me degradó insensiblemente de mi igualdad, y fuése por economía ó por alejar de mí á los cortejanles, llegué á notar de quenno era yo en la casa más de una especie de criada, con la diferencia que no recibía yo salario.

Sufri toda clase de indignidades; pero reflexionando que mis quejas sólo servían para agravar mi situación, continué haciéndome servicial; procuré evitar toda rivalidad, y me apliqué más bien á agradar que á brillar. Mi crédito sin embargo, disminuía diariamente, y la criada favorita de mi prima comenzó á tener repñas conmigo.

Mi consternación era muy grande, y aunque tuviese yo bastante experiencia para conocer la necesidad de no manifestar señales de disgusto, me retiraba con frecuencia á mi cuarto para llorar libremente, considerar mi situación, y ver si me era posible valirme de algunos medios par sustraerme de esta perpetua mortificación. En fin, mis proyectos y mis penas fueron interrumpidos con un cambio repentino en el manejo de mi primo, que encontrándome un día sola me dijo que no debía sufrir los ultrajes que se me hacían, y que por su parte estaba decidido á que recobrase yo en su casa el lugar que me correspondía. Me aseguró que la preferencia que su mujer daba á sus hijos era natural en una madre, pero que él sabría muy bien impedir que esta preferencia fuese muy lejos. En seguida me dió algunas monedas de oro, ordenándome que comprase lo necesario para vestirme convenientemente, y me previno que cuando necesitase yo dinero, se lo



pidiese á él secretamente; pero que como importaba que en la casa se creyese que mis parientes, que habían mejorado de fortuna, se mostraban generosos conmigo, él tendría cuidado de conformarse con esto.

Por medio de esta estratagema, cuyo objeto ignoraba yo entonces, mi primo me inspiró una gratitud sincera, y naturalmente veía yo con gusto las ocasiones de encontrarme sola con el único protector que tuviese yo en la familia. Con frecuencia procuraba él la ocasión de vernos en casa de uno de sus amigos, y varias veces me condujo á pasar en su coche. Los favores que me hacía habrían quizá debido infundirme algunas sospechas, pero todos mis sentimientos se confundían con los de un vivo reconocimiento. Por otra parte, el deseo de conservar su protección desterraba de mi alma las inquietudes y las reservas. Por último este miserable se aprovechó de la familiaridad que como pariente tenía conmigo, y de la sumisión que yo le debía como protector, para consumar la ruina de una huérfana reducida á la indigencia por su promesa de establecerme, seducida por sus artificios acompañados de favores, y colocada por su despotismo bajo la casi imposibilidad de oponerle resistencia.

No sé cómo pueden los libertinos vanagloriarse de haber triunfado de la resolución más firme de una joven, ó de haber aprovechado para arruinarla, de un momento de sorpresa. Seguramente entre los que se jactan de este odioso atentado, ningunos deberían ser más modestos que los que deben el logro de sus criminales miras á circunstancias independientes de su mérito personal. No pueden gloriarse de haber empleado talentos extraordinarios, ni suma sagacidad ni elocuencia persuasiva, para ganar insensiblemente el afecto, ni una pasión ardiente que haga penetrar en el corazón todo el veneno sutil de la lisonja, ni una delicadeza de sentimientos, siempre muy peligrosa para la inocencia, ni enajenaciones impetuosas que espanten á una joven tímida; en suma, no poseen ninguna de las cualidades que subyugan el corazón. No tienen obstáculo alguno que vencer, ni rivales que combatir; triunfan pues de la virtud de un ser desgraciado que no puede defenderse, y se contentan con poseer el cuerpo, sin tomarse el trabajo de ganar el corazón de su víctima.

El conocimiento que ahora tengo de la infamia y de la maldad, me hace colocar á estos desgraciados en la categoría de héroes de la relajación; repíles que sus mismas miradas despreciarían si no se viesen obligadas á servir, y que la más miserable por-

diosera se avergonzará de hablarles si no esperase de ellos algún socorro. La mayor parte de las jóvenes perdidas que abundan en las ciudades, han sido corrompidas, no por medio de una seducción metódica y persuasiva, que se insinúa en el corazón sin dejarse comprender; han sido atraídas por falsas promesas, ó amedrentadas con amenazas y cuido á las importunaciones de hombres violentos, ó á los artificios de sus libertinos tutores.

Nuestro crimen produjo las consecuencias que eran de esperar, y mi seductor vió pronto que su reputación exigía que saliese yo de su casa. Yo temblaba á la sola idea de que mi culpa no podía menos de descubrirse. Mi primo me consoló asegurándome que ninguno conocería mi situación, y me echó en cara varias veces la pesadumbre que yo manifestaba, y que quizá sólo él podía ver en mi semblante; y después de mil promesas de su constancia y de su benévola protección, terminaba siempre con amenazarme con que me abandonaría si pronunciaba yo una palabra que pudiese comprometerlo y hacerlo partícipe de mi infancia.

En medio de estas agouas vi llegar el momento de una separación necesaria. Dije á todo el mundo que mi familia deseaba mi regreso, y me encontré envuelta en una serie de desgracias, fiero que el mejor antidoto que pueda oponerse á los desarreglos de los libertinos y á las imprudencias de la juventud, es una relación completa de las terribles consecuencias del vicio; y espero que la de mis desgracias reparará en parte el escándalo de mi conducta anterior.

Después que pasó la irresolución y la timidez inseparables del crimen que había yo cometido, fui conducida á una pequeña habitación extramuros de la ciudad, y presentada á la dueña de la casa como una joven en cinta que venía allí para dar á luz el fruto de sus entrañas. El cambio absoluto de mi manera de vivir, y la soledad á que necesariamente me veía condenada, me llenaron de amargura y desaliento. La conversación de las gentes en cuya casa había yo sido alojada, no era propia para interesar mi atención y distraerme de mis ideas. Los libros que había traído conmigo eran los más á propósito para inspirarme horror de mi misma, porque aunque degradada á mis propios ojos, mi corrupción no llegaba hasta el grado de disimularme la enormidad de mi crimen.

La pasión de mi primo no se resfriaba, y sus visitas eran tan frecuentes, que tenía yo se descubriese el objeto de ellas. Siempre que entraba en mi cuarto me encontraba bañada en lágrimas,

lo cual no era agradable para un voluptuoso que sólo buscaba la sensualidad. Después de mil observaciones sobre la falta de razón para adhirir tanto, y muchas protestas de amor eterno, descubrió al fin que me hacía más impresión la pérdida de mi inocencia que la de mi reputación, y como lo que él temía más que nada era el efecto de mis remordimientos, comenzó á emplear los sofismas de la irreligión. Sus argumentos eran los de todos los libertinos de profesión con quienes desgraciadamente tuve relaciones mientras viví en el desarreglo; argumentos vulgares, frívolos y capciosos, pero consiguieron cambiar el curso de mis ideas, introdujeron mil dudas en mi alma, y turbaron el reposo que comenzaba á procurarme la sinceridad de mi arrepentimiento, sin procurarme ninguna ventaja que pudiese compensar la pérdida de este consuelo. Escuché durante algún tiempo su parloteo impío; pero la razón natural y los principios que había yo recibido en mi infancia, me ayudaron á triunfar de estos absurdos, y la certidumbre que de su perversidad me dieron sus odiosos esfuerzos, como la medida de la repugnancia por su persona. He oído hablar de algunos desgraciados navegantes que viéndose amenazados de perecer por la tempestad han sido atraídos sobre costas inhospitalarias por los bárbaros habitantes, que sólo les hacían señales de salvación para robarlos y asesinarlos; y siempre me ha causado asombro que las naciones civilizadas no se reúnan para castigar crimen tan horroroso y exterminar estas guaridas de bandidos; pero me parece crimen más atroz el de un hombre que trata de privar á un ser sumergido por él en un abismo de miseria, de la única mano que pudiera ayudarlo á salir del fango, y que después de haberlo desviado del sendero de la virtud, le roba la luz del cielo para que no pueda seguirlo de nuevo. Yo había considerado hasta entonces á mi primo como seducido por su pasión, y la oportunidad de satisfacerla; pero desde aquel momento lo consideré como un malvado, que sólo trataba de prolongar su sensualidad, y determinado á corromperme completamente para que continuara yo con él una vida desarreglada.

Yo no podía sin embargo, abandonar, ni pagar los gastos que exigía mi situación, sino por medio de sus dádivas. Llegué por fin al término fijado por la naturaleza, y el autor de todas mis penas me felicitó de mi alumbramiento, esperado por ambos con tanta impaciencia. Yo le recordé la promesa que me había hecho de mirar por mi reputación y restablecerme en el mundo. Me contestó en términos generales que no descuidaría nada de lo que

pudiese contribuir á mi dicha; pero se negó completamente á sacarme de mi retiro. Yo sabía muy bien que la acogida que recibiese yo en el mundo dependería de la prontitud de dejarme ver, pero su resistencia á mis reiteradas suplicas me hizo conocer claramente que el interés de sus placeres le impedía darme gusto. Fatigado de mis continuos ruegos, me dijo por fin un día, con un semblante de compasión aparente, que no era posible que yo volviese á mi primer estado; que gentes mal intencionadas habían descubierto nuestro secreto, y que no me quedaba más recurso que el de buscar un retiro impenetrable á las miradas del público y la malicia de mis enemigos.

La rabia, el dolor y el resentimiento que en este instante hicieron tronar mi corazón, pueden concebirse pero no expresarse. La pérdida irrevocable de mi reputación, la idea del odio y del desprecio de que mi seductor me había dicho era yo objeto, todo esto desconcertó mi alma, y me puso otra vez bajo su dirección. Me hizo subir en coche y conducir por callejuelas extraviadas, á otro alojamiento secreto, más miserable que el que acababa yo de dejar. Le supliqué entonces encarecidamente, que me señalase una pasión modesta que me permitiese retirarme á una aldea para llorar mis extravíos y mis desgracias. Trató de eludir mi solicitud haciéndome mil protestas de amor y cariño; pero cuando vió que yo insistía, se quejó de mis porfías y de mi desconfianza. Un día que más particularmente había tratado de calmar, con sus acostumbradas protestas, mi extremada impaciencia, viendo que no podía reducirme se montó en cólera y pronunció barbulando unas palabras que no pude comprender. Esto me hizo pensar en que por fin había yo logrado mover su insensibilidad, y llena de esperanza de que en su primera visita me anunciaría que accedería á mi pedido, viví tranquilamente con el poco dinero que me quedaba. Me encontraba yo tan contenta de no tener que sufrir más altercados, que no comencé á extrañar el retardó de sus visitas sino cuando estaban para agotarse mis recursos pecuniarios. Disminuí mis gastos decidida á no implorar su socorro; pero la necesidad triunfó de mi orgullo, y le escribí poniendo yo misma la carta en el correo. Viendo que no me contestaba, volví á escribirle en términos más urgentes que no produjeron ningún efecto. Me valí entonces de un mandadero para que lo solicitase en su cosa, y me trajo la noticia de que se había ausentado de Londres con toda su familia, para ir á una de sus haciendas en Irlanda, sin anunciar la época de su regreso que se creía remoto.

Me sorprendió y me adigó este viaje inesperado; pero no pude creer que mi seductor me abandonase completamente. Con esta idea, vendí algunas piezas de ropa para vivir, esperando siempre que el correo del día siguiente me traería buenas noticias. Pasé siete meses de esta suerte, entre el temor y la esperanza, teniendo sin cesar ante mis ojos el espectro de la miseria que se acercaba diariamente. Enflaquecida con la pesadumbre que me devoraba, y atormentada con una incertidumbre peor que la realidad de la indigencia, no sabía yo qué hacer. Al fin la dueña de la casa, después de haberme insinuado varias veces que ya era tiempo que solicitase yo otro amante, se aprovechó un día de mi ausencia para abrir mis baules, y viendo que mucha parte de mi ropa había desaparecido, tomó la que quedaba para pagarse del alquiler que se le debía, y me echó de su casa.

En vano me quejé de su crueldad; mis lágrimas no hicieron mélla ninguna en su corazón. Salí pues de su casa sin saber á dónde ir; erré á la ventura sin tener ningún conocimiento de los medios de que se valen los indigentes para subsistir, sin fuerza para emprender trabajos penosos, temerosa de encontrar á cada paso algunas de las personas que me habían conocido antes de mis desgracias, y sin esperanza ninguna de recibir socorro de los que no me conocían. Entretanto llegó la noche y continé vagando hasta que me vi forzada, por las amenazas de los agentes de policía, á ocultarme bajo un tejadillo que por fortuna encontré.

La mañana siguiente alquilé un cuartito en lo más alto de una casa miserable, y supliqué á la mujer que me lo alquiló que me buscara un acomodo; pero esto no era fácil porque no tenía yo certificado de buena conducta, ni persona abonada que me lo diese. Con todo, un pañero consintió en tomarme á su servicio, pero cuando su mujer supo que sólo tenía yo un vestido, y este de seda, se le puso en la cabeza que lo había yo robado y me despidió en el acto. No me quedaba más recurso que el de mi aguja; la dueña de mi alojamiento me procuró algún trabajo, y viví sin quejarme durante seis semanas. Trabajé sin descanso, y gusté tanto mi exactitud, que se me confió un encaje fino para hacer una paoleta; pero una muchacha que solía entrar en mi cuarto me lo robó, y me vi obligada á huir para escaparme de la prisión.

Volví á encontrarme en la calle, subsistiendo con lo menos que me era posible, y por la noche me acostaba yo bajo algún cobertizo. Al cabo de algunos días me vi sin una blanca, perseguida

por el hambre y sin asilo. Por la noche se acercó á mí un hombre de edad madura que me invitó á entrar con él en una taberna; yo rehusé, pero me tomó de la mano y me condujo á una casa vecina; cuando vió mi rostro pálido y macilento y mis ojos con un cerco encarnado de tanto llorar, me abandonó con desprecio dándome á entender que me consideraba como ladrona.

Continé vagando lentamente porque me faltaban las fuerzas; otro hombre se acercó á mí viendo mi talante miserable, creyó que no sería yo cara ni difícil, y me hizo propuestas que no pude rehusar. Pasé con él cuatro meses en un estado vecino de la indigencia, al cabo de los cuales me vi otra vez abandonada al rigor de mi suerte, hasta que otro conocimiento de la misma especie me libertó de morir de hambre.

En este estado abyecto he pasado cuatro años enteros, siendo alternativamente la presa de todos los que la casualidad me presentaba delante, ó viviendo en las casas de prostitución para ejercer el más detestable de todos los oficios. Si los jóvenes libertinos que en el seno de la abundancia poseen todo lo necesario para ser afortunados, pudiesen ver lo que pasa en los receptáculos de la prostitución, se helarían de lástima y de horror.

Me encuentro actualmente en casa de un honrado zapatero á cuya mujer ayudo en los trabajos de su menaje, y me dan de comer bajo promesa de abandonar para siempre la vida que he llevado.

Soy de Vd. Señor Redactor, su muy humilde servidora. —  
Misela.

#### MISERIAS DE LA VIDA.

(Ensayo de Johnson, publicado en el *Aventurero de Londres*.)

Las infinitas miserias de la vida, han producido siempre quejas universales. El hombre más sabio del mundo terminó sus experimentos en busca de la felicidad haciendo esta confesión, que todo es vanidad; y los antiguos patriarcas lamentaron que sus días de peregrinaje fuesen cortos ó infortunados.

No hay principio sobre el cual sea más superfluo acumular autoridades, ni que nuestros sentidos descubran más fácilmente, que el que asegura que la miseria es el lote del hombre, y que nuestro estado actual es un estado de peligro y de infelicidad.

Cuando consideramos la vida remotamente, ¿qué otra cosa nos presenta sino un caos de miserias, una escena confusa y tumultuosa de penalidades y disputas? Si contemplamos las edades pasadas en el reverbero de la historia, ¿qué otra cosa acumulan en nuestra imaginación, sino crímenes y calamidades? Un año se distingue por un hambre, otro por un terremoto: reinos desolados, ya por la guerra, ya por la pestilencia; la paz del mundo interrumpida por los caprichos de un tirano, ó por el orgullo de un conquistador. La memoria se encuentra sobrecargada únicamente con vicisitudes deplorables, y vemos la felicidad, tal cual es, de una parte del género humano, derivarse por lo común, de triunfos sangüinarios que confieren poder á los vencedores, no tanto para mejorar la vida con algunos goces nuevos, como para hacer miserables á los otros, y satisfacer su propio orgullo por medio de una grandeza comparativa.

Pero al que examina la vida con atención más rigurosa, encuentra que la felicidad del mundo es menor de lo que parece. En algunos intervalos de prosperidad pública, ó para usar un término más propio, en ciertas intermisiones de calamidad, se repara en el pueblo una difusión general de dicha; todo es triunfo y alegría, satisfacción y abundancia; no hay temores, ni peligros públicos, ni se oyen quejas en las calles. Pero esta calma general mejora muy poco la condición de los individuos: la pena, la malicia y el descontento, continúan sus estragos; el silencio desabrimiento adelanta sin cesar, y el sepulcro recibe sin interrupción las víctimas de la aflicción.

El que entra en una concurrencia lucida, ve difundida la alegría en todos los semblantes, y encuentra á todos en su asiento libres y desembarazados, sin más ocupación que la de recibir ó comunicar placer; naturalmente se imagina que al fin ha llegado á la metrópoli de la felicidad, al lugar consagrado á la alegría del corazón, de donde todos los temores y ansiedades se hallan excluidos irrevocablemente. Tal en efecto encontramos, que es muy á menudo la opinión de los que, en posición más baja alzan los ojos para ver la pompa y alegría, que no pueden ellos alcanzar; pero, quén de los que frecuentan estas brillantes asambleas no confesará su propio desasosiego, ó no contará las vejaciones y miserias que amargan la vida de sus alegres compañeros!

El mundo en su mejor estado, no es más de una vasta asamblea de seres que procuran fingir la felicidad que no tienen, que em-

plean toda clase de recursos y artificios para embellecer la vida y ocultar su real condición á los ojos de los demás.

La especie de felicidad que más fácilmente se nota, es la que depende de los bienes de fortuna, y aun ésta es por lo común ficticia. En el mundo hay más pobreza de lo que generalmente se cree; no sólo porque muchos cuya hacienda es grande, tienen deseos aun mayores, y en general miden sus necesidades por los placeres que otros gozan, sino porque muchos se hallan acosados de necesidades verdaderas, que ellos desean ocultar, y se ven forzados á comprar las apariencias de la competencia y de la alegría, á costa de muchos alivios, y comodidades de la vida.

Muchos, sin embargo, son conocidamente ricos, y muchos más tienen lo suficiente para verse libres de todo peligro de real pobreza; pero ha sido notado hace largo tiempo, que el dinero no puede conferir quietud; los más elevados de los hombres no pueden prometerse que se verán exceptuados de la discordia ó de la sospecha que suelen turbar la felicidad de la paz doméstica, y tienen que hallarse más expuestos, en el mismo grado que se ven más elevados que los otros, á la traición de los dependientes, la calumnia de difamadores y la violencia de los antagonistas.

La adicción es inseparable de nuestro estado presente, y se adhiere á todos los habitantes de este mundo, en diversas proporciones ciertamente, pero con un repartimiento que parece muy poco regulado por nuestra conducta. Algunos moralistas arrogantes, se han vanagloriado de que la fortuna de cada hombre se halla en su mano, que la prudencia suplir el lugar de todas las otras divinidades, y que la felicidad es la consecuencia infalible de la virtud. Pero seguramente la aljaba de la omnipotencia contiene saetas contra las que el escudo de la virtud humana, por más que haya sido alabado de adamantino, se opone en vano; no siempre sufrimos por nuestros crímenes, ni somos siempre protegidos por nuestra inocencia.

Un hombre bueno de ninguna manera se ve libre del peligro de sufrir por los crímenes de otro; su bondad misma puede crearle enemigos maliciosos ó implacables; el hombre bueno nunca ha sido garantido por los cielos de la traición de sus amigos, de la desobediencia de sus hijos, ó la deshonestidad de su mujer; puede ver sus cuidados infructuosos por la profusión, sus lecciones ineficaces por la perversidad, y su bondad pagada con ingratitude; puede padecer bajo la infamia de acusaciones falsas, ó perecer inocente por una injusta sentencia.

Un hombre bueno se halla sujeto como los demás mortales, á todos los perjuicios que están en el orden de la naturaleza; su cosecha no se mira respetada por la tempestad, ni su ganado de la morriña; su casa arde como las otras en un incendio; sus buques no tienen ningún poder particular para resistir á las tormentas; su alma, por elevada que sea, habita un cuerpo expuesto á innumerables accidentes, de los cuales tiene que participar los peligros y las penas; lleva consigo las semillas de la enfermedad, y puede consumir poco á poco gran parte de su vida bajo los padecimientos de la gata ó de la piedra; quejarse á veces con insultrables angustias, y á veces consumirse en medio de la indiferencia y desfalecimiento (a).

De esta general y confusa distribución de miseria, los moralistas han derivado siempre uno de los más fuertes argumentos de la vida futura, porque visto que los males comunes de la vida presente atacan á los buenos y á los malos, se deduce de la justicia del Ser Supremo, que debe haber otro estado de existencia en que se hará una justa retribución, y cada hombre será infeliz ó dichoso, con arreglo á sus obras.

Las miserias de la vida pueden procurar quizá algunas pruebas de una existencia futura, tanto en vista de la misericordia como de la justicia de Dios. Apenas puede uno imaginarse que la Infinita

(a) Hablando de las miserias de la vida, Calderón de la Barca dice:

..... el hado inclemente  
Tan poco lugar permite  
A los sucesos alegres,  
Que apenas deja mirarlos  
Cuando de vista los pierde.  
Apenas darnos podemos  
De un suceso parabienes,  
Cuando pesares de otro  
Nos amenazan y advierten.

Hidras las desdichas son,  
Mil nacen donde una muere,  
Y en parecerse á sí mismas  
Son ya las desdichas Fénix.

Una es heredera de otra,  
Y tantas á una suceden,  
Que siempre de sus cenizas  
Está el sepulcro caliente.

Tr.

benevolencia haya criado un ser capaz de gozar mucho más de lo que goza en este mundo, y calificado por la naturaleza para prolongar sus penas por medio del recuerdo, y anticiparlas con terror, si no fuese destinado para alguna cosa más noble y mejor que un estado en que muchas de sus facultades sólo sirven para atormentarle; en que se ve asaltado de deseos que nunca puede satisfacer; en que siente muchos males que no está en su mano evitar, y teme otros que jamás sentirá: vendrá ciertamente un tiempo en que todas las felicidades que pueden gozarse serán disfrutadas, y ninguno será miserable sino por su propia falta.

Entretanto, el corazón del hombre se purifica, principalmente por medio de la aflicción, la cual le hace fijar sus pensamientos en un estado mejor que el presente. La prosperidad, mezclada é imperfecta como es, tiene el poder de embriagar la imaginación, de fijar el alma sobre la escena presente, de producir confianza y orgullo, y de hacer que el que disfruta de riquezas y honores, olvide la mano á que los debe. Hara vez somos, si no por medio de la aflicción, convencidos de nuestra imbecilidad, ó persuadidos de lo poco que pueden contribuir nuestras adquisiciones para procurarnos seguridad y quietud, y cuán justamente debemos atribuir á la dirección de un poder más alto todos los beneficios que en la indolencia de la fortuna consideramos como obra de nuestro talento ó de nuestro valor.

Nada procura más fuerza para resistir las tentaciones que continuamente nos rodean, que la costumbre de meditar sobre la cortedad de la vida, y la incertidumbre de los placeres que solicitamos; y esta consideración sólo puede inculcarlo la aflicción. « ¡ Oh muerte ! cuán amargo es tu recuerdo para el hombre que vive desahogadamente en sus posesiones ! » Si nuestro estado presente fuese una sucesión continuada de placeres, ó una corriente uniforme de calma y tranquilidad, nunca pensaríamos voluntariamente en un fin; la muerte nos sorprendería como á un ladrón en la noche; y nuestra obra obligatoria quedaría á medio acabar, hasta que llegase la noche en que ningún hombre puede trabajar.

Mientras que la aflicción nos prepara de este modo para la felicidad, debemos consolarnos en medio de sus angustias, recordando que no son ellas señales de la reprobación divina, y que todos los padecimientos de la persecución han sido sufridos por aquellos de quienes el mundo no era digno; y que el Redentor

mismo del género humano, fué un hombre que conoció los padecimientos y las injurias.

### HISTORIA DE LOS AMORES DE HIMENEO.

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR.

No podré decir si el desprecio que se manifiesta por la censura es siempre prueba de inocencia. La opinión pública merece tanto respeto, que justamente debemos desear que la que nosotros tenemos de nuestro propio mérito sea ratificada por el sufragio de los otros; y como el crimen y la infamia producen el mismo efecto en los espíritus incapaces de penetrar más allá de las apariencias exteriores, nos vemos obligados á refutar una acusación falsa para que no se crea que autorizamos el crimen que no hemos cometido. Un hombre obcecado en el crimen, puede del mismo modo que el hombre más inocente, despreciar una acusación. La moral de honor que según Horacio protege á una conciencia pura, puede á veces ser quebrantada por la impudencia ó por la autoridad. Es pues necesario que conservemos á la virtud toda su dignidad, adornándola de las gracias incompatibles con el crimen. Esto es lo que me decide á disecar con indignación la infamia que se me atribuye, y á exponer el caso en que me encuentro para que Vd. y sus lectores decidan con conocimiento de causa. No sé si podré contar con la reconocida imparcialidad de Vd. cuando sepa que la mitad del bello sexo me considera como enemigo suyo. Mi desconfianza á este respecto es muy legítima, no obstante la consideración que merece la edad de Vd., su carácter, sus virtudes y su talento. No será esta la primera vez que el poder de la belleza triunfe de las resoluciones más firmes, y de los raciocinios más sólidos. La belleza, Señor Redactor, ha vencido muchas veces la resolución de los hombres más firmes y de los raciocinios de los filósofos; ha despedido la sensibilidad de los corazones más fríos y suavizado las almas más duras.

Soy pues, uno de aquellos seres infelices designado sucesivamente como próximo á contraer matrimonio con diferentes jóve-

nos, y cada vez, en el momento de concluir el contrato, he hecho descubrimientos importantes que me han obligado á romperlo. He discutido con tanta frecuencia los preliminares del casamiento, que puedo decir las formalidades que se observan, el modo de establecer el dote, la vejez que se debe señalar á una mujer; cuáles son las ventajas que la ley señala al hijo primogénito etc., etc., pero á pesar de todos estos conocimientos, permanezco soltero, y temo verme excluido para siempre, por decreto del sexo femenino, de la felicidad conyugal. No hay madre que no diga á su hija que yo soy un hombre peligroso, cuyas visitas deben evitarse; un inconstante que sólo promete para no cumplir, y que hace propuestas á una joven para frustrarle otros partidos ventajosos que la habrían hecho feliz, dueña de casa, y madre de familia.

Espero, Señor Redactor, que me considerará Vd. libre de toda imputación cuando le asegure que no he cortejado á ninguna Señorita sin tener verdaderamente el deseo y la intención de casarme con ella; que si he continuado visitándola, después de haber cambiado de inclinación, ha sido durante el tiempo necesario para libertarla de la ignominia del desprecio, y para no herir su amor propio; que siempre he tratado de procurar á las mujeres una ocasión para que me despidiesen, y que nunca he abandonado un casamiento con la mira de obtener la mano de una Señorita más bella ni más rica, sino porque he descubierto alguna irregularidad en la conducta, ó algún defecto en el carácter de la que estaba próxima á ser mi esposa; en fin, que mi cambio de resolución ha sido efecto de la justa repugnancia que la novia me había inspirado, y no del nacimiento de una nueva pasión.

Fatigado desde temprano de la vida soltera y de la disipación que la acompaña, sobre todo cuando un joven posee, como yo, una fortuna considerable, comencé á suspirar por los encantos de la vida doméstica. Los jóvenes aman naturalmente la alegría y la vivacidad, y yo fui desde luego seducido por la amable, bulliciosa y viva Ferocía. Me prometía yo un manantial perpetuo de dicha con una persona que poseía un fondo inagotable de ingenio y de buen humor, y un raro valor en los accidentes más imprevistos. Admitaba yo la fertilidad de sus expedientes, su desprecio por las dificultades, la solidez de sus preguntas, y la vivacidad de sus respuestas. La consideraba yo como exenta, por una prerrogativa natural, de las debilidades y timidez de su sexo, y me felicítaba de tener una compañera superior á todos los

obstáculos y embarazos. Cierto es que me chocó un poco la tenacidad con que insistió sobre la suma que debía componer su viudedad; pero á pesar de esto, me habria yo casado con ella, si mi curiosidad no me hubiese conducido un día á ver lo que pasaba en la calle, en un grupo de gente, en medio del cual encontré á Ferociata que disputaba con un cochero seis sueldos del precio de su viaje. Se defendía ella tan bien, que no juzgué á propósito mezclarme de su querrela, y me retiré para evitarme la vergüenza de conocer el caso. Cuando volví á verla, cometi como por descuido una ligera desatención, y esto la irritó de tal modo, que me prohibió volver á poner los pies en su casa.

Fijé después los ojos en una joven elogiada de todo el mundo por su talento y su erudición. Con frecuencia habia yo observado la tristeza y el enfado entre esposos ignorantes, que nada saben, y por consecuencia nada tienen que decirse, y me regocijaba yo de mi buena estrella, eligiendo entre tantas jóvenes más ricas y bellas que habrían aceptado mi mano con reconocimiento, á la instruida Misotea, que públicamente se habia declarado enemiga de la ignorancia y de la frivolidad, y que dedicaba toda su atención á los gramáticos, geómetras, astrónomos y poetas. Semejante á la reina de las amazonas que no queria dignarse dar su mano sino al guerrero que la hubiese vencido en combate singular, Misotea habia declarado que solo daría la suya al que hubiese combatido victoriosamente sus argumentos. Cuando yo le manifestaba mis tiernos sentimientos, ella me pedia la definición de los términos de que me servia, y despreciaba todos los argumentos que no podia yo reducir á un silogismo regular. Fácilmente comprenderá Vd. Señor Redactor, que pronto me cansó este modo de cortejar; pero cuando le supliqué que abreviase mi tormento, y fijase el día que debía hacerme dichoso, Misotea entabla conmigo una larga conversacion, en la que se esforzó de probar que nosotros no somos dueños de nuestra eleccion. No me fué difícil descubrir el peligro que yo corria entregándome para siempre á una persona que podia mirar en todo tiempo, lo que sus pasiones ó sus apetitos le dictasen como un decreto del destino, y considerar el coronamiento de mi cabeza, como acontecimiento ligado necesariamente al sistema general, y como un eslabón de la cadena eterna de causas necesarias. Le declaré pues, que la fatalidad exigia nuestra separacion, y que sólo la necesidad podia obligarme contra mi voluntad á tan penoso sacrificio.

Solicité después á la tranquila, prudente, y económica Sofronia,

que consideraba el ingenio agudo como peligroso, y el saber como inútil. Sostenía que la mujer más apetecible para un hombre juicioso, es la que sabe conservar mejor el orden y el aseo en su casa, llevar una cuenta exacta del gasto, informarse del precio de los viveres, comprar barato, etc. Conversó largamente conmigo sobre los cuidados y vigilancia que requiero una familia; me nombró varias personas que se habian arruinado por haberse fiado de sus criados; me dijo que ella no contaba con más probidad que la de un cofre de hierro, y que no conocia mejor despendera que la propia ama de la casa. Diariamente le oía yo pronunciar oráculos de esta especie, y hablar de los nuevos reglamentos que se proponia establecer en su casa para asegurar mejor el servicio de sus criados y el buen empleo del tiempo. Todos sus racionios me persuadieron que casándome con ella no lograria yo quizá toda la dicha que deseaba, pero que á lo menos, me veria libre de la pobreza, y nos pusimos á arreglar, *paso á paso*, según su expresion, las condiciones de nuestro contrato; pero su recamarera vino á verme el día siguiente bañada en lágrimas, para suplicarme que la reconciliase con su ama, que acababa de despedirla por haber tenido la desgracia de romper seis dientes de un peine de carey. Esta pobre criada habia venido de una provincia lejana, y no habia tenido tiempo de hacer las economias necesarias para regresar, de modo que se iba á encontrar en la calle desprovista de todo recurso; y aunque pertenecia á una familia honrada, no le quedaba más partido que tomar, que el de morir de hambre sin asilo, ó la prostitucion para vivir. Yo le prometí hacer la paz; pero cuando hablé á Sofronia me dijo, con el aire de una mujer que se aplaude de su propio juicio, que ella se creeria indigna de mi confianza, en lo tocante á mis intereses personales, si no diese prueba de que conocia los suyos; que el peine le habia costado dos pesos; que nunca habia ella perdonado á ningún criado que por negligencia le habia ocasionado perjuicio; y que además, queria ella aprovechar de esta ocasion para despedir á esta criada porque su salud no era muy buena y tenia cayese mala en su casa. No necesito decir á Vd. Señor Redactor, el resultado de esta conversacion, y espero aprobará la retirada que hice esta vez sin ceremonia ninguna.

Tuve después algunas relaciones con otras dos Señoritas; pero nada pudo formalizarse entre nosotros, porque no tardé en descubrir que también llevaban relacion con mis rivales para saber quien de ellos ó yo les proponiamos partido más ventajoso. Me

creí autorizado á separarme de otra, porque habia tratado de sobornar al escribano que entienda en mis negocios, queriendo que insertase furtivamente en nuestro contrato, una cláusula que yo habia rehusado positivamente. Me separé igualmente de otra, porque no pude cautivar su ternura sino cuando supo que mis hermanos habian muerto jóvenes, y de otra en fin, porque me dijo para exagerar su fortuna, que su hermano moriría pronto del pecho.

En otra carta terminaré la historia de mis cortejos. Seria injuriar á la virtud de las mujeres si perdiese yo la esperanza de encontrar una, digna de mis sentimientos.

Soy etc. — *Himeneo.*

#### CONTINUACION DE LOS AMORES DE HIMENEO.

SEÑOR REDACTOR.

Cumplo la promesa que hice á Vd. de referirle la segunda parte de mis aventuras matrimoniales, y le ruego crea que si hasta ahora no he podido alcanzar la dicha que hace tanto tiempo solicito, no es por falta de perseverancia, sin que los contratiempos que he sufrido hayan disminuído mis esperanzas ni mi actividad.

Vd. debe haber observado en el mundo, una especie de gentes que se emplean en formar casamientos sin ningún motivo visible de interés ó de vanidad, de malicia ni de benevolencia, y sólo por pura ociosidad y deseo de crear incidentes de que poder hablar, se ocupan de buscar mujeres y maridos. Luego que ven alguna persona soltera de uno ú otro sexo, tienen siempre un partido que les conviene, y sólo necesitan conocer la edad y la fortuna de la persona para ofrecerles un compañero ó una compañera para siempre, con la misma prontitud y la misma indiferencia que un ropavejero, después de haber tomado con los ojos el tamaño de la estatura de alguno, le presenta al instante un frac ó una levita.

Se creea que el resentimiento y el desprecio deberían disgustar pronto de este empleo ocioso á semejantes gentes, y que cada uno debería alegir por sí mismo en un negocio en que se interesa tan esencialmente la dicha de su vida; pero como esta especie de proposiciones suelen ir acompañadas de protestas de amistad y de cariño, rara vez excitan el resentimiento; por lo

regular se escuchan con paciencia, y pronto se olvidan. Pero hay también almas débiles, que acogen fácilmente estas ofertas, porque esperan encontrar en la persona que se les propone, todas las cualidades que se les refieren de ella; y aun entre gentes de juicio y discernimiento hay algunas que se dejan arrastrar por vaga curiosidad, ó por esperanzas de encontrar un partido ventajoso, y la casualidad une á veces personas cuyos caracteres se acomodan.

Se sabia que yo era rico y pensaba en casarme. Esto bastó para poner en movimiento á estos medianeros matrimoniales, cuyas importunidades me desagradaban á veces y á veces me divertian. Se disputaban mi persona como los buitres un cadáver. Cada uno empleaba su elocuencia y sus astucias para hacerme caer en el garlito, aunque no se prometiese más ventaja que la de frustrar el proyecto de sus cofrades, no menos diestros y activos.

Un día recibí un convite de uno de estos medianeros para cenar en su casa, en la que debía encontrarse Camila. El plan estaba bien concertado, y no se tentó la menor duda de que fuese yo subyugado á primera vista. La joven que habia sido conducida allí, con la misma intención, pareció distinguirme, y empleó con tanto arte el poder de sus ojos y de su talento, que á pesar de las lecciones de la experiencia, que me habia enseñado cuán peligroso es llevarse de las apariencias, y de comprometerse á primera vista, no pude menos de mostrar la admiración que resentía, y la impresión favorable que sus perfecciones habian hecho en mi corazón. Fácilmente me dejé persuadir para verla con frecuencia, pero no tardé en persuadirme que Camila no podia convenirme. Camila declinaba sin cesar contra la locura, la ligereza, la ignorancia, y la impertinencia de su sexo, por el cual afectaba el más soberano desprecio, y no concebía que un hombre, con un poco de talento, consintiese en pasar su vida con seres incapaces de pensar. En una numerosa concurrencia sólo se entretenía con los hombres, y veía partir á las mujeres con placer visible. Si se proponía una partida de campo, insistía ella porque las mujeres fuesen excluidas, agregando que en donde ellas existen no se trata más que de sororias, pequenezes, y ceremonias vanas. Creía ella darse importancia manifestando desprecio por todos los usos de la sociedad, é inspirar alta idea de su saber, pretendiendo ignorar completamente todo lo relativo al tocado de una mujer. Confundía las telas; el tafetán con el damasco, y daba á los listones nombres impropios. Nada le disgustaba más



que las visitas de cumplimiento, que ella calificaba de mojíngangas, de que no se retiraba ninguna instrucción; se glorificaba de no haber hecho imprimir jamás su nombre en tarjetas; admiraba los nobles sentimientos de Platon, que diariamente agradecía á los dioses haberlo hecho hombre; le gustaba sobre todo, la opinión de SWIFT, que las mujeres no son más que una especie de monjes de una naturaleza un poco más elevada que éstos, y decía que cuando ella reflexionaba en la frivolidad de las personas de su sexo, se hallaba tentada de dudar con los turcos de la existencia de alma en las mujeres.

Nunca se mostraba Camila más contenta, ni más orgullosa, que cuando excitaba el odio y el resentimiento de las personas de su sexo que la conocían; ni nunca se manifestaba más inflada de su superioridad que cuando hablaba de la cólera, las pequeñeces y los artificios de las mujeres. Es una fortuna, decía, que la naturaleza les haya hecho estúpidas é impotentes, como especie de antídoto contra su malicia y su crueldad.

Camila creta sin duda, ganar de un lado lo que perdía de otro, y que no habría hombre que no rindiere su corazón á una mujer que tenía sentimientos tan nobles y generosos; pero los hombres, los hombres ingratos, en vez de apresurarse á cumplimentarla, evitaban que ella les hiciese cumplimientos. Las mujeres la perseguían como desertora, y los hombres la recibían cuando más, como fugitiva. En cuanto á mí, confieso que me divertí algún tiempo con sus necesidades, pero cuando dejaron de parecerme nuevas, comencé á detestarla, porque no se puede soportar largo tiempo lo que se separa del orden ordinario de la naturaleza. No pude resolverme á amar á una mujer que tenía la aspereza de un hombre sin su fuerza, y toda la ignorancia de una mujer sin las gracias y la modestia. Creí que no debía yo confiar mi honor y mi reposo á semejante mamíacho, cuya audacia buscaba el peligro y provocaba el ataque.

Nitela fue después de Camila el objeto de mis adoraciones. Era una joven de modales suaves, y de un semblante muy apacible, que no abría la buen año para aprobar cuanto se decía, y siempre dispuesta á seguir los consejos de las personas que por casualidad se encontraban en su compañía. Creí encontrar en Nitela una amiga de un carácter fácil y complaciente, con la que podría pasar mi vida sin embarazos ni alteraciones. Resolví pues, dirigirla mis votos; pero me restringí un poco cuando observé la minuciosa regularidad de su casa, y la nimiedad de sus acciones, y

que mis visitas no eran admitidas sino cuando habían sido anunciadas. Hay en el aseó cierta afectación que yo siempre he visto como señal característica de suciedad, y cierto esmero exagerado que sólo usan las personas que temen ser cogidas en *fraganti*, y hacen esfuerzos para desviar las sospechas.

Nitela empleaba más afectación que elegancia en sus adornos, y tenía un aire forzado y de mortificación que indicaba que ni el gusto ni la imaginación presidían á su tocado, y de esto deduje que, adorándose únicamente cuando el caso lo requiría, no se hallaba acostumbrada á sus adornos. Entre las mujeres que pretenden ser extremadamente aseadas, un observador distingue fácilmente si este aseó es accidental ó perpetuo. Tomé algunos informes y supe que Nitela alternativamente la más aseada y la más sucia de las mujeres, permanecía en sus habitaciones con etninelas sin calzar, despeinada y con un vestido sucio, y que sólo se acicalaba cuando sabía que alguno debía visitarla.

Mi mala estrella me condujo después á los pies de Caribdis, mujer que nunca perdía la ocasión de atrapar la presa que se presentaba á su alcance. Yo me consideré el más afortunado de los hombres cuando me concedió el permiso de acompañarla al teatro, y á los lugares públicos, y me sentí envidiado de una preferencia que hería el amor propio de una multitud de rivales. Pronto me manifestó ella su intención de ir á visitar una provincia lejana que no había visto antes. Yo solicité el favor de acompañarla, y después de alguna resistencia obtuve su consentimiento. Sospeché con el tiempo que su sólo intento en este viaje era hacerme gastar dinero. Todo cuanto veía le gustaba, y yo me creía obligado á contentar sus deseos.

Á nuestro regreso, después de un viaje que nos había hecho más familiares, sólo me hablaba de nuevas diversiones. Unas veces era una tertulia distinguida, otras un almuerzo en el campo, otras una ópera nueva con decoraciones magníficas. No ignoraba ella nada de lo que pasaba en la ciudad; quería ver todo lo que excitaba su curiosidad, y como no le gustaba el gentío y no podía ir sola, me veía yo obligado á ir á buscarla á la hora señalada, y á pagar un palco entero. Si le daba yo el brazo en la calle, se le antojaban multitud de bagatelas que tenía yo que comprarle; pero paso á paso crecieron sus pretensiones hasta llegar á las cajitas de oro y á los diamantes. Encontrando los favores de Caribdis muy caros, la dejé y supe después que yo era el cuadragésimo séptimo de sus adoradores, cuya fortuna y paciencia había ella agotado.

Después de Caribdis fui á ofrecer mi corazón á Imperia, pero no lo guardó mucho tiempo. Había ella heredado una grande fortuna, y habiendo pasado el tiempo en leer novelas, entró en el mundo con todo el orgullo de una Cleopatra. No esperaba nada menos que adoraciones, altares, y sacrificios. Su opinión debía ser la de todo el mundo, y sus órdenes obedecidas al instante. Bien se que el tiempo puede curar esta especie de orgullo cuando la mujer tiene talento, pero sus operaciones son tan lentas, que preferí dejarla á sus meditaciones, que la restituirán el juicio si ella lo quiere, ó la confirmarán en sus locuras.

De este modo, Señor Redactor, me veo muy á mi pesar soltero. Mis amigos me dicen que soy muy difícil, que concibo esperanzas que no pueden ser realizadas, que inútilmente me prometo encontrar en el mundo una persona tan perfecta como me la he figurado; pero yo estoy persuadido que no es locura esperar encontrar una belleza terrestre, libre de los defectos de que llevo hablado. Continuaré solicitándola, porque lejos de despreciar el matrimonio, lo considero al contrario, como el estado más dichoso á que se puede aspirar; y si encontrare yo una mujer que merezca realmente mi afecto, no dejaré de ponerlo en conocimiento de Vd.

Soy etc. — *Himeneo.*

RELACION DE LOS AMANTES DE TRANQUILA  
EN OPOSICION Á LA DE HIMENEO.

(Del Doctor Johnson.)

SEÑOR REDACTOR,

Como á pesar de todas las pullas, que la malicia, el orgullo, y todos los ratiocinios que la prudencia puede sugerir; los hombres y las mujeres se hallan destinados á vivir unidos, nunca he considerado yo como amigos del género humano á los escritores que se esfuerzan en excitar el odio de un sexo contra el otro. Persuadir á los que entran en el mundo y solicitan un compañero, ó una compañera, que ambos sexos son igualmente viciosos ó ridículos, y que el más confiado de los esposos ha de ser víctima de su credulidad, no es aclarar el juicio sino estimular la temeridad.

No se puede negar que el mundo está lleno de vicios, pero el

imperio de ellos no es predominante. Seguramente es una quimera solicitar una virtud pura y sin mezcla; pero podemos en lo general, evitar un gran mal sometiéndolos á otro pequeño, por cuya razón los que se hallan encargados de iniciar á los jóvenes y á los ignorantes en el conocimiento del mundo, deben persuadirlos de que de ellos depende ser virtuosos y afortunados, y animarlos con la esperanza de conseguirlo.

Causará á Vd. sorpresa, Señor Redactor, estas reflexiones, cuando sepa que vienen de una de aquellas mujeres que durante muchos años ha pasado por los disgustos que acompañan á una virginidad añeja; de una mujer soltera que ha sufrido la frialdad, el desprecio, la insolencia y el insulto; que con frecuencia tiene la mortificación de que se le dirijan preguntas sobre las modas antiguas, sobre juegos de sociedad ya olvidados, sobre los hombres y las bellezas que hacían ruido hace cincuenta años; que ha sido convidada maliciosamente á las segundas nupcias de personas que ella acarició en la cuna; que ha sido ridiculizada sucesivamente por dos generaciones de coquetas, con cuchicheos bastante altos para que ella los oyese; que ha sido considerada por los jóvenes ligeros como muy respetable para ser tratada con familiaridad, y como muy circunspecta para tener parte en sus diversiones. Las injurias provocan naturalmente la cólera, y cuando son reiteradas, agrían el carácter. Sin embargo, yo he adquirido hasta tal punto el arte de dominarme, que todas estas provocaciones no me han hecho perder la paciencia. Jamás me he ocupado en buscar sentencias contra el matrimonio; no he tratado de disminuir el número de amigos, que el tiempo me ha dejado, contrariando los placeres que no podía yo gozar, ni procurado vengar los insultos que recibí con declamaciones vanas contra la osadía y la ligereza de las mujeres jóvenes, y el mal gusto y perfidia de los hombres.

No es difícil en verdad, soportar un estado al cual la necesidad no nos ha condenado, sino que lo hemos elegido nosotros mismos, y por eso me ha mortificado muy poco la denominación de *solterona* que se me ha aplicado con frecuencia, y que por lo regular desagrade tanto á las mujeres maduras que no se han casado. Si yo pasé mi juventud en el calabozo, no fué por falta de fortuna, ni tampoco de atractivos; tuve adoradores y libertinos que me prodigaban elogios y atenciones. He bailado muchas veces alegremente en medio de los murmullos de la envidia de mis rivales, y de los aplausos de los hombres; he sido conducida á

las diversiones por los personajes más elevados, los literatos más famosos, y los pelimetres más distinguidos, y he visto solicitadas mis miradas por multitud de cortejantes asiduos. Así pues, si ignoro la dicha que se disfruta en el matrimonio, es porque no he querido disfrutarla, y puedo sin sentimiento como sin malicia, nombrar muchos de mis pretendientes que se disputaron mi corazón y mi mano.

Apenas contaba yo diez y siete años cuando fui solicitada por el despegado Vendústulo, joven que siendo hijo único de una rica familia, había sido educado en el lujo y la molición. Era mozo muy bien parecido, de modales encantadores, y pronto ganó mi corazón en una edad en que los ojos se sobreponen á la razón. No era divertido ni afuente en su conversación, pero era muy rumboso y despreciado, y me procuraba mil diversiones y placeres, teatros, conciertos y partidas de campo. Vendústulo tenía particular cuidado de garantirme de la menor apariencia de peligro ó de molestia. Jamás dejaba de recomendar la prudencia á su cochero, y de prometer una recompensa al berquero si nos conducía sin accidente en nuestro paseo en el agua. Siempre me conducía á mi casa á la entrada de la noche por temor á los ladrones. Yo consideré algún tiempo esta solicitud como efecto de su ternura; pero la cobardía no se pueda disimular, y yo vi claramente que Vendústulo era tan miedoso y delicado como una mujer. Sus temores eran continuos, y el menor accidente le arrancaba voces de terror. No se atrevía á entrar solo en una habitación en donde había un ratón, ni á atravesar un campo en donde pacían los bueyes. El viento más ligero era para él una tempestad; apenas oía algunos gritos en la calle, cuando se figuraba que un incendio devoraba la ciudad. Yo lo vi una vez ponerse pálido porque mi arzilla había roto su cadena, y otra me vi obligada á rociarle el rostro con agua porque vió entrar en mi cuarto á un gallo negro. Una vez, movida de compasión, tuve que espantar con mi abanico una abeja que me inquietaba, y otra vez que echar un perro que ladraba á sus pies, y al cual me habría abandonado si me hubiese atacado. Una mujer se considera naturalmente bajo la protección de un amante, ó de un marido, y espero que Vd. Señor Redactor, aprobará que negase yo mi mano á un hombre que habría llenado continuamente mi imaginación de terrores vanos, y buscado en mis brazos el refugio que yo tenía derecho de encontrar en los suyos.

Mi segundo amante fué Fungoso, hijo de un rico agiotista.

cuyas visitas me vi obligada á admitir por las reiteradas instancias de mis parientes. Este joven, educado en un escritorio, tenía un lenguaje inteligible solamente en un mostrador ó una casa de banco. No aspiraba á más reputación que la de predecir las fluctuaciones de la bolsa, y si quería hacerse gracioso me refería largamente las aventuras de alguno de sus amigos que en un negocio se había dejado engañar tontamente por su padre. Era además la perla de los jóvenes en cuanto á economía, y con frecuencia me decía que si tuviese la dicha de casarse conmigo, mis intereses se hallarían en buenas manos. Yo no me sentía dispuesta á unirme con él, pero no me atrevía á despedirlo formalmente por temor de disgustar á mis padres, y quizá me habría yo visto condenada á soportar toda mi vida sus modales groseros, y su lenguaje de usurero, si una cláusula fraudulenta que introdujo en el contrato, no hubiese abierto los ojos de todos, y no me hubiese libertado de las persecuciones de un miserable, cuyos sentimientos eran tan viles y de orgullo tan intolerable.

Respiré durante seis meses, al cabo de los cuales llegué á ser el ídolo del brillante Flóscolo, que era entonces el árbitro de la moda. Todos los petimetres le consultaban el corte de sus vestidos, la forma de sus sombreros, y el nudo de sus corbatas. Flóscolo hizo desde luego alguna impresión en mi alma, por haberme hecho un cumplimiento que pocas mujeres escuchan sin sumo agrado; elogió el buen gusto de mi tocado, de la destreza con que sabía yo elegir y casar los colores, y sacar partido de todos mis atractivos; pero Flóscolo se hallaba muy ocupado de su propia persona y de sus adornos para acordarse de los deberes de un amante, y para agradar por largo tiempo á una mujer acostumbrada á todos los refinamientos de la adulación. En pago de sus cumplimientos, esperaba los míos sobre igual materia, y una vez dejó de verme tres días porque no había yo manifestádome admirada del corte de su frac que acababa de estrenar. Desde este momento lo consideré como un rival más bien que como un admirador, y conocí que si me casaba yo con él, corríamos peligro de disputarnos continuamente la palma de la elegancia.

Tuve en seguida el honor de atraer en un festín las miradas de Dentato, uno de aquellos seres humanos que cifran su dicha en los buenos platos. Dentato me servía los trozos más delicados, me hablaba de las medidas que había tomado para procurarse el mejor cocinero francés; sólo me hablaba de sopas, salsas, recipientes, y postres, y me elogiaba lo substancioso de algunos gui-

sados nuevos que él había inventado. Pero es tal la incertidumbre de la felicidad humana, que habiendo yo manifestado libremente mi opinión sobre un pastel, hecho bajo su propia dirección, perdí su afecto, y yo aproveché de su frialdad para despedirlo.

Alargaría yo demasiado mi carta si me pusiese á citar todos mis amantes ó pretendidos amantes, que pusieron á mis pies el tributo de sus adoraciones. Entre ellos hubo dos que despedí porque no conocían la música, y tres por ser un poco adictos á la bebida. Lo mismo sucedió con otros dos por no ser yo la sala á quien cortejaban. Además, dispense á seis de sus homenajes porque trataron de corromper á mi recamarera. Despedí á dos en su segunda visita, por haber hecho alusiones obscenas; á cinco porque ridiculizaron la religión y á sus ministros. Hacía el fin de mi reinado, creí que debía yo desachar los votos de dos viudos que me ofrecían desheredar en mi favor á los hijos de su primer matrimonio; de otros cuatro por haber intentado engañarme sobre sus bienes de fortuna, de tres que habían olvidado mencionar sus deudas, y en fin, de uno que tuvo la crueldad de aumentar el arrendamiento de una granja á un pobre cultivador anciano y enfermo.

Envío á Vd. Señor Redactor, esta relación, para que las Señoras puedan oponerla á la de Blineno. Mi intención no es despreciar al sexo que ha producido poetas, filósofos, héroes y mártires, pero no quiero que nuestras bellezas nacientes puedan desanimarse con la sátira parcial de algunos particulares, ni que se imaginen que los que las motejan, no tienen igualmente sus locuras y sus vicios. Aunque no haya yo tenido la dicha de encontrar un marido como lo deseaba, estoy lejos de creer en la imposibilidad de una unión afortunada. Es conveniente sin duda, manifestar los vicios y los defectos para que se conozca toda su deformidad; pero al pintarlos con colores odiosos, es injusto aplicarlos indistintamente á todo un sexo, porque existen hombres y mujeres sin delincuencia.

Soy de Vd. Señor Redactor, etc. — *Tranquila.*

## RELIGIÓN Y SUPERSTICIÓN.

ALEGORÍA.

*(Versión del inglés de Madama Carter.)*

Causóme tanta impresión un sueño extraordinario que tuve últimamente, que todas sus circunstancias quedaron impresas en mi memoria.

Figuróme que me encontraba en medio de una sociedad muy agradable, y escuchaba atentamente una conversación muy animada, cuando de pronto noté que venía hacia mí una de las figuras más horribles que la imaginación pueda formar. Se hallaba vestida de negro; tenía la tez sumamente arrugada, los ojos sumidos y un color pálido y livido como el aspecto de la muerte. Sus miradas descubrían un terror implacable; sus manos estaban armadas de escorpiones y disciplinas. Luego que se acercó, con un estor horrible, y una voz que heló mi sangre, me ordenó que la siguiese. Obedecí, y me condujo por unos senderos muy ásperos, rodeados de zarzas y espinas, á un valle solitario y profundo. Por donde quiera que pasaba esta fantasmal verdura se secaba; su aliento pestilente infectaba el aire con vapores malignos, obscurecía el disco del sol, y una espesa noche se extendía por todo el horizonte. Funestos alaridos resonaban en aquel desierto; las aves nocturnas alzaban sus siniestros cantos, y toda la naturaleza parecía llena de terror y de desolación. En medio de esta tremenda escena mi excecable guía me habló en estos términos:

Retírate conmigo, ó temerario ó irreflexivo mortal! abandona para siempre los placeres de un mundo corrompido, y convéncete de que la dicha no ha sido hecha para el hombre, nacido únicamente para gemir y llorar. Tal es la condición de todo lo que respira bajo las estrellas; y el que trata de escaparse de ella, desobedece la voluntad de los cielos. Huye pues, de los fatales encantos de la juventud y de la sociedad, y conságrate en estos bosques solitarios á la penitencia y al dolor. Los mortales deben buscar los sufrimientos y huir el placer, que es una ofensa directa contra la Divinidad, á la cual sólo debe rendirse culto por medio de la continua mortificación de los sentidos, y el perpetuo ejercicio de las lágrimas y de los suspiros.

Esta melancólica pintura de la vida abatió mi espíritu, y cegó todas las fuentes de mi alegría. Me postre al pie de un árbol seco: un viento glacial soplabá sobre mi cabeza, y el terror se apoderó de mi alma. Determiné permanecer en tierra, hasta que la mano de la muerte, invocada por mis labios con impaciencia, pusiese fin á las miserias de una vida tan deplorable. En tan triste situación distinguí un río, que parecía profundo, y cuyas aguas lodosas, corriendo lentamente, producían un murmullo lúgubre. Mi primera idea fué sumergirme en él, y me hallaba justamente en las orillas cuando me sentí detenido. Volví los ojos y quedé sorprendido al ver un objeto de lo más amable y seductor. Una divinidad bellísima y tutelár acababa de libertarme de la muerte; todos los encantos de la juventud, todo el esplendor de la gloria, brillaban en su angusto semblante y en sus ojos, cuyo resplandor se veía templado con una expresión de dulzura y de bondad que parecía prometer la dicha. A vista de la celestial figura desapareció el horrible espectro que me había aterrificado antes; los vapores que oscurecían el sol se dissiparon; los bosques recobrieron su verdor, y los alrededores parecían tan floridos y alegres como el paraíso terrenal. Este cambio repentino me llenó de enajenación, y mis pensamientos comenzaban á alegrarse, cuando, con unas miradas de indecible benevolencia, mi hermosa libertatriz me comunicó de esta manera sus divinas instrucciones:

MI nombre es religión. El Amor y la Verdad fueron mis padres, y tengo parentesco con la Benevolencia, la Esperanza y la Alegria. El monstruo de cuyas garras acabo de libertarte se llama Superstición. Es hijo del Descontento, y sus secuaces son el Temor y la Desesperación. A pesar de la diferencia que existe entre nosotros, la Superstición tiene á veces la audacia de apropiarse mi nombre y mi carácter; engaña de esta manera á los que creen refugiarse en mi seno, y los atrae al abismo en que justamente ibas á precipitarte.

Dirige los ojos en derredor, considera la hermosura de este globo destinado por el cielo para morada del hombre, y dime si es posible que un mundo tan perfecto haya sido hecho por la Providencia para que lo habite el dolor y la miseria. ¿Con qué fin ha prologado Dios sobre la tierra tan innumerables objetos de placer, sino para que el hombre goce de ellos y se manifieste reconocido al Autor de la naturaleza? Gozar de sus beneficios es un verdadero acto de virtud y de obediencia, y desecharlos como

instrumentos de placeres, es, ó una deplorable ignorancia ó una perversidad absurda. Dios por un efecto de su bondad infinita ha criado al hombre. Es propio de todos los seres inteligentes, desde el primer orden de ángeles que rodean el trono del Eterno, hasta el más pequeño de los mortales, el aspirar á elevarse continuamente de un grado de dicha á otro mayor. Todos los hombres han recibido las facultades necesarias para gozar de los placeres que Dios ha derramado sobre la tierra.

¿Qué! exclamé yo, ¿es este el lenguaje de la Religión? ¿Recomienda ella á los que se consagran á servirle que recoran senderos floridos y gocen de las comodidades de la vida? ¿Dónde están los trabajos, los combates de la virtud, las mortificaciones de la penitencia y de la abnegación de los Santos y de los Mártires?

Los verdaderos goces de un ser racional, contestó ella dulcemente, no consisten en entregarse sin medida á la voluptuosidad, al tumulto de las pasiones, al desfallecimiento de la molición, ni á las diversiones frívolas. Los placeres reprobados por la moral corrompen el alma, y los que sólo son útiles la degradan. En ambos casos pierde ella el derecho á la dicha para que fué creada, y multitud de tormentos vienen á asaltarla. El hombre para ser dichoso debe ejercitar continua y regularmente sus más nobles facultades, adorar las perfecciones del Ser Supremo á que debe su existencia, ser benévolo y afectuoso con sus semejantes, y cultivar sin descanso el germen de las virtudes plantado en su corazón. La mortificación sólo es un deber cuando es necesario para evitar el crimen, ó cuando de su práctica resulta un bien; y el placer sólo es culpable cuando fortalece las inclinaciones viciosas, ó cuando disminuye la influencia de la virtud.

Deja pues de recurrir á unas austeridades que no se te exigen, y ven bajo mis auspicios á aprender á gozar con moderación y reconocimiento, los placeres que el cielo te permite. Renuncia una soledad que no puede menos de apocar tus ideas, y ven á cumplir en la sociedad los deberes impuestos á un ser formado para depender de sus semejantes. La Religión no limita su influencia al círculo de un claustro, ni habita siempre el desierto. Estos principios son los de la Superstición, y por medio de ellos trata de romper los nubes de la benevolencia y del afecto social, que sujetan la dicha de los individuos á la prosperidad de todos. Recuerda que el más bello homenaje que puedes ofrecer á tu Creador, consiste en probarle, con señales aparentes de contento, que tu alma reconoce sus beneficios.

Aquí se dotuvo mi augusta protectora, y me preparaba yo á darle las gracias más expresivas, cuando el sonido de la campana de una iglesia vecina, y los rayos del sol que penetraron en mi habitación, me despertaron y terminó mi sueño.

### EL OCEANO DE TINTA.

SUEÑO ALLEGÓRICO DE UN PERIODISTA.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS (Versión del inglés de Colman.)

Los escritores modernos de cortos escritos periódicos, reclaman justamente un lugar entre los refinadores y propagadores del gusto por las bellas letras. Ningún comentador ha podido descubrir las huellas de esta clase de producciones pequeñas entre los antiguos á menos que no se quiera suponer que la historia de Tucídides, por ejemplo, ó los ensayos de moral de Séneca, fueron publicados semanalmente, ó que Virgilio y Horacio escribieron sus poesías para algún almacén literario.

Nosotros, y varios periodistas en pequeño, ocupados todo el día en negocios particulares, nos vemos obligados á escribir por la noche. No es, pues, extraño que al ir á la cama, la imaginación sepa representarnos en sueño objetos análogos á nuestros trabajos literarios. Los lectores me permitirán que les refiera una de mis últimas visiones.

Figúrense que me hallaba á orillas de un mar inmenso, cubierto de innumerables embarcaciones, y aunque algunas desaparecían de pronto, otras bogaban constantemente, y proseguían el mismo camino. La vista de los que sueñan adquiere tanto alcance y perspicacia, que puede distinguir los objetos más distantes por pequeños que sean. No debe, pues, causar asombro, que mis ojos percibiesen todas las cosas distintamente, aunque las aguas que tenían delante fuesen de lo más negras.

Mientras contemplaba yo esta escena maravillosa, uno de aquellos encantadores genios benevolos, que nunca dejan de aparecer á los soñadores para aliviarles todas las dificultades, saltó de la arena de la playa sobre mi brazo. Su tez era obscurísima, y no sin analogía con la de los espíritus que trabajan en las imprentas; su barba negra brillaba como un cepillo de hotas; en la

cabeza llevaba un turbante de papel de marca, y en el pecho una especie de delantal de tafete, en que se leían escritos con letras de oro, los nombres de los autores más afamados. En la mano izquierda tenía un rollo de papel impreso, y por las correcciones que había en su margen, me imaginé que era una prueba para imprimir. En su mano derecha tenía una pluma mojada en tinta.

Me dirigí inmediatamente la palabra diciéndome: Soy el genio destinado á servirte de norte en estas olas turbulentas. El mar que ves, es un Océano de tinta. Aquellas torres que miras allá muy lejos, cuyos cimientos descansan sobre las rocas, y cuyos remates parece se pierden en las nubes, están situadas en la isla de la Fama. No distante de ellas divisarás, por el brillo de sus arenas de oro, la costa de la Ganancia, que conduce á un país rico y fértil. Todas las embarcaciones que ves allí distantes bogando viento en popa y en altar mar, se dirigen á uno de ambos puntos; pero debo observarte que cuando se hicieron á la vela, fueron arrastrados irresistiblemente por las corrientes de la Crítica, en donde sufrieron huracanes y tempestades deshechas. Mira con qué violencia es sacudido cada buque, y cómo sube y baja en esos peligrosísimos estrechos; unos se van á pique sin remedio; otros después de una débil resistencia son hechos pedazos; muchos bogan todavía con averías de consideración; á la vez que unos cuantos, por la solidez de su madera y buena calidad de su velamen, son capaces de resistir la tempestad.

Salte atrás desparavido, á vista de un espectáculo grabado tan fuertemente en mi imaginación, que á cada instante me figuro que el torrente de la Crítica va á tragarme en un momento.

Dirige una mirada, continuó mi instructor, sobre aquel extenso lago dividido en dos partes, que conducen á los dos edificios magníficos que divisarás á lo lejos, levantados por la Musa Cómica y Trágica. Bien puedes observar los esfuerzos de varias embarcaciones para forzar el pasaje sin mapas ni brújula. Algunas han sido volcadas por su mucho velamen; y otras se han ido á pique por su mucho lastre. Un buque Arcaico (a) mandado por un irlandés, apenas vivió nueve días sacudido por los vientos

(a) Alusión á una tragedia nueva de un irlandés, que sólo se representó nueve veces en Londres, en los días en que se publicó el escrito que traducimos.

contrarios. Otro buque, « *Gi Amanti Gelosi*, » (a) corta ligeramente la espuma ante el viento, y deja atrás las fragatas empujadas Dido y Artagérges (b). Observa el triunfante escuadrón (c), á cuya bandera rinden homenaje todas las otras. Varios de los navios que lo componen son de alto bordo, y fueron armados hace muchos años. Aunque la forma de algunos es irregular y poco conforme con las reglas del arte, continúan todavía siendo el orgullo y gloria de los mares ingleses.

El genio me pidió entonces que dirigiese los ojos á un lugar en donde el agua espumaba con agitación incesante. Esa, me dijo, es la fuerte corriente de la Política, fatal por lo común á los que se aventuran en ella. No pude menos de fijar la atención en un miserable, colgado de las orejas á una terrible máquina en la costa opuesta. El genio me hizo saber que aquel era el desgraciado Defoe; levantado allí para impedir que los marineros se estrelen contra la misma roca.

A este tormentoso espectáculo sucedió otro de naturaleza más apacible. En una pequeña ensenada bogando por en medio de prados floridos y de alamedas ombríferas, vi varios yates dorados y chalupas adornadas de flores, que movían á compás sus remos plateados, y resbalaban ligeramente por los apacibles y tranquilos riachuelos de la Bina. Los pastores y las pastoras retozaban en las fibras, triscaban en los prados, y la brisa de sus amorosos suspiros inflaba moderadamente las velas de las embarcaciones, en cuyos mástilos jugaban multitud de Cupidos, subiéndolo y bajando por los cordeles de seda.

Distrajó mi atención de esta pacífica escena una obstinada contienda entre varios buques que se distinguían de los otros por la Santa Cruz que llevaban por bandera. Esas embarcaciones, me dijo el genio, se emplearon en la guerra santa de religiosas controversias, y me señaló algunos corsarios al servicio de los infieles, unas veces ayudando á un partido, y otras alistados en el opuesto, según las probabilidades de aumentar la confusión general.

Observé en diferentes partes del océano varias gateras remadas por esclavos. Esas, me dijo el genio, son embarcaciones armadas por propietarios muy opresivos, y han sido fletadas para las cos-

(a) Un admirador entremés italiano.

(b) Operas.

(c) Las piezas de Shakspeare.

tas de la Ganancia. Los remeros que miras encaadenados, se ven obligados á trabajar sin descanso, y aunque el viaje llegue á ser muy lucrativo, tienen muy poca ó ninguna parte en los beneficios.

Superfluo fuera enumerar todos los particulares que llamaron mi atención. Diré sin embargo, que vi una numerosa flota de anotadores, cuyos pesados buques, contruidos á la holandesa, navegaban lentamente, encallaban con frecuencia, ó se abordaban unos contra otros. Observé igualmente que el océano estaba infestado de piratas, que pillaban las embarcaciones en su camino. Muchos de ellos hacían fuerza de vela para llegar á la costa de la Ganancia; enarbolaban banderas falsas, forzaban su pasaje, ó pretendían habersido fletados por algunos comerciantes muy opulentos.

Mis ojos se fijaron á lo último, yo no sé cómo, en una ancha corriente (a) que dividía en dos mitades una ciudad muy populosa. Esta vista me causó tal sensación, que no pude menos de pedir á mi gata que me diese algunas explicaciones sobre el particular. El descubrimiento, me dijo, de ese pasaje, fué hecho por dos famosos navegantes llamados Addison y Steele, embarcados primeramente en un excelente buque llamado el Charlador, y después en el Espectador (b). Estos fueron después seguidos por otras pequeñas embarcaciones, balandras, esquifes, canoas, y botes, cuyo mayor número perecieron en la tentativa. Allí debes tú también dirigir tu curso, me dijo el genio, y tomando repentinamente una forma gigantesca, me tomó en sus brazos, y me arrojó de cabeza en el Océano de tinta. Mientras luchaba yo con las olas, me figuré que oía una voz que me llamaba por mi nombre, la cual me despertó, y reconocí las facciones del genio, en las de mi editor que acababa de entrar, para pedirme el manuscrito que debía imprimirse en el Peritó (c).

#### RIDIGUEZ DE ALGUNAS HERMOSURAS AÑEJAS. ®

(Versión del inglés de Bowtell.)

Nos manifestamos en lo general, tan satisfechos de cualquiera prenda ó perfección pequeña, de cuerpo ó alma, con la que nos

(a) El Tamesis.

(b) Nombres de dos periódicos en que escribían aquellos autores.

(c) Nombre del periódico en que se publicó este escrito.

hemos distinguido en el mundo, que hacemos cuanto es posible por persuadirnos que el tiempo no tiene poder de privarnos de ella. Siempre observamos la misma conducta que nos atrajo al principio el aplauso de las gentes. Esta es la razón que obliga á un autor á continuar escribiendo, aunque chocho, sin considerar que su memoria ha disminuido, y perdido aquella vivacidad y espíritu que entonces engrandeció su fantasía y alentó su imaginación. La misma locura es causa de que un hombre no conforme su conducta con su edad, y que Clodio, célebre danzarin á los 25 años, baile cojeando una contradanza, aunque sus años pasen de sesenta. En una palabra, esto es lo que llena la sociedad de pisaverdes maduros y de coquetas seniles.

Canidia, señora de esta última clase, pasó ayer en coche delante de mí. Canidia fué una belleza arrogante hace cuarenta años, y era cortejada por multitud de adoradores, cuyos homenajes le agradaban, por la oportunidad de manifestarse tirana, y contrajo aquel modo de mirar tremendo, y aquel ceño orgulloso que demuestra todavía con toda la insolencia de una belleza sin encantos. Si atrae ahora los ojos de algunos circunstantes, es por su extremada ridiculez; aun las personas de su propio sexo rien de su afectación, y los hombres, que siempre se complacen en ver humillada y despreciada á una hermosura imperiosa, la consideran con aquel gusto que siente una nación libre, al ver la desgracia de un tirano.

Un amigo mío, grande admirador de las galanterías de hace cuarenta años, me ha comunicado una carta escrita por un ingenioso de aquellos tiempos á su querida, que parece era parecida á Canidia. La carta me agradó tanto, que mandé sacar una copia y la presento ahora al público.

« SÉPTIMA »

« Pues que los sentimientos que os he comunicado despierto no han hecho ninguna mella en vuestro corazón, quiero ver si mis sueños producen mejor efecto. Con tal fin, os envío la relación de uno muy extravagante que tuve anoche pocas horas después de haberos dejado.

« Me figuré que, sin saber cómo, había yo sido conducido al lugar más delicioso que hubiese yo visto: era un dilatado valle dividido por un río de purísima agua cristalina. La tierra por ambos lados se elevaba cómodamente, y se veía cubierta de infinita variedad de flores que, reflejándose en el agua, duplicaban

las bellezas del lugar, ó para expresarme mejor, formaban un espectáculo imaginario más hermoso que el verdadero. Ambas márgenes del río estaban plantadas de una hilera de altos árboles, y sus ramos cargados de multitud de aves. Cada árbol parecía lleno de armonía.

« No había yo adelantado mucho en este agradable valle, cuando noté que lo terminaba un magnífico templo de arquitectura antigua y regular. En su remate se veía una estatua del dios Saturno, de la misma forma y vestido con que los poetas suelen representar al Tiempo.

« Cuando me acercaba yo para satisfacer la curiosidad, me vi detenido por un objeto infinitamente más hermoso que todos los que había yo distinguido en el lugar. Me figuro, señora, que fácilmente adivinaréis que este objeto no podía ser otro que vos misma, y en realidad así era; estabais acostada sobre las flores en un lado del río, de modo que vuestras manos, tendidas negligentemente, casi tocaban el agua. Tentéis los ojos cerrados; pero si vuestro sueño me privó de la satisfacción de verlos, me procuró ocasión para contemplar detenidamente otros diversos encantos que desaparecieron luego que despertasteis. No pude menos de admirar la tranquilidad de vuestro sueño, especialmente cuando consideré que vuestra figura lo quitaba á tantos otros.

« Mientras me hallaba absorto en estas reflexiones se abrieron con gran ruido las puertas del templo, y levantando mis ojos, vi que entraban en el valle dos figuras de forma humana. Cuando se acercaron vi que una era la Juventud y la otra el Amor. La primera se hallaba rodeada de una especie de luz purpurina, que esparcía un aire de gloria por todo el lugar. La segunda tenía en la mano una tea encendida. Observé que las flores cercanas á su tránsito, aparecían más vivas, los árboles brotaban feos, las aves se reunían en pares y entonaban conciertos de música. Cuando llegaron las dos figuras al lugar en que estabais, se sentaron á vuestro lado, y entonces me pareció ver en vuestro rostro una frescura nueva, y difundirse nuevos encantos en toda vuestra persona. Me parecísteis más que mortal; pero con gran sorpresa mía continuasteis profundamente dormida, á pesar de que las dos deidades hicieron algunos blandos esfuerzos para despertaros.

« A poco rato la Juventud, desplegando un par de alas que no había yo visto antes, se separó volando; pero el Amor permaneció, y cuando acerqué á vuestro rostro la tea que tenía en la



mano, me parecisteis más hermosa que nunca. El brillo de la luz ante vuestros ojos os despertó al fin, y vi con sorpresa que en vez de agradecer el favor de la deidad, la mirasteis con ceño, y arrojándole la tea de la mano, la arrojasteis al río. La deidad partió después de haberos contemplado con ojos de lástima y descontento; inmediatamente se esparció por todo el lugar una especie de oscuridad y tristeza, y al mismo tiempo vi que entraba en el valle una horrible fantasma, con los ojos sumidos en la cabeza, su rostro pálido y marchito, y su cutis lleno de arrugas. Luego que comenzó á pasearse por ambos lados del río, las flores se pusieron muertas, los árboles dejaron caer sus frutos, las aves se desprendieron de los ramos y cayeron muertas á sus pies. Por estas señales conocí, que la fantasma era la Vejez. Vuestros ojos la vieron con el mayor asombro, tratsteis de huir lejos de su presencia, pero ella os echó encima los brazos. Fácilmente concebiréis el cambio que experimentasteis con este abrazo.

«Espantada mi imaginación con un sueño tan horroroso, no me halló en estado de referiros los cambios que sufrí yo mismo con la vista de la Vejez. Su aspecto me causó tal sobresalto que desperté, y me puse á considerar en lo extraordinario de un sueño que me parece no tiene ningún significado.

«Soy, señora, vuestro muy apasionado y obediente servidor.»

#### FUNESTOS RESULTADOS DE LAS DOBLECES, ENGAÑOS, APOLOGÍAS Y DISIMULACIONES.

*(Versión del inglés de Hamilton.)*

Carlota y María fueron educadas juntamente en una distinguida casa de enseñanza cerca de Londres. Ambas eran casi de la misma edad, y sus prendas personales las mismas; y aunque sus familias fuesen de igual clase, como Carlota era hija única, sus bienes de fortuna eran mucho más considerables.

Concluida su educación volvieron á la ciudad, y Carlota recibió ofertas de matrimonio del capitán Freeman, que, además del sueldo de su empleo, contaba con un pequeño patrimonio; pero como los padres de la joven esperaban casarla mejor, suplicaron al capitán que suspendiese sus visitas, y á su hija qué no pensase

más en él. Después de algunos esfuerzos vanos, consintieron los amantes en cortar relaciones; pero como su disgusto era muy aparente, los padres de Carlota determinaron enviarla al campo, á casa de una tía suya, la señora Meadows, qui vivía retirada con su hija en una hacienda particular distante unas veinte leguas de la capital. Después de haber vivido en aquella triste soledad desde principios de Abril hasta fines de Agosto, vió llegar sorprendida, á su padre, acompañado de un joven, Sir James Forrest, que había heredado el título de barón y un territorio de consideración en el mismo condado. Sir James era de muy buena índole, y de inteligencia despejada, y Carlota comenzó insensiblemente á gustar el placer de la sociedad; su vanidad, cuando no su amor encontraba un nuevo objeto. El deseo de verse libre de una situación dependiente y oscura, había debilitado toda otra consideración, y no debe causar maravilla que este deseo aspirase á realizarse cuando casi ningún otro era formado. Consintió, pues, pocas semanas después, en casarse con consentimiento de sus padres. Los dos esposos continuaron en el campo hasta principios de Octubre, y regresaron luego á Londres. Lograron persuadir á su tía la señora Meadows, que los acompañase, con el fin de que María, hija suya, con quien la novia había llevado estrecha amistad, disfrutase de las diversiones de la ciudad durante el invierno.

Cuando el capitán Freeman supo que Carlota se había casado, hizo ofertas de matrimonio á María, á la cual había conocido durante las visitas que había hecho á su amiga, y poco tiempo después se casó con ella.

La amistad de las dos recién casadas, en vez de restriarse, aumentó después de su matrimonio; siempre estaban juntas, tanto en sus respectivas casas como en las diversiones públicas, y ambas se visitaban sin las formalidades acostumbradas en el gran mundo; pero ni Sir James, ni la esposa del capitán, pudieron reñir sin inquietud, en la familiaridad y confianza que debía resultar de las frecuentes conversaciones entre los dos antiguos amantes separados por la fuerza; y aunque las dos personas inquietas investigaban aquellas conversaciones, Sir James concibió insensiblemente celos de su mujer, y madama Freeman de su marido.

Aconteció, pues, en el siguiente mes de Mayo, que Sir James se ausentó á casa de tres leguas de la ciudad para asistir á la elección en aquel distrito, de un miembro del parlamento, y debía volver al siguiente día. Al anochecer su mujer tomó un coche, y vino á visitar á madama Freeman, en donde encontró algunas per-

souas conocidas que se retiraron temprano. El capitán montaba la guardia aquella noche, y las dos amigas después de cenar, tomaron unos asipés para entretenerse, y continuaron jugando sin pensar en la hora que era, hasta las tres de la mañana. Entonces quiso madama Forrest volver á su casa, pero su amiga, quizá para ocultar mejor el deseo contrario, le rogó que permaneciera hasta que el capitán volviese de la guardia, á lo cual consintió aquella, aunque con cierta repugnancia. El capitán vino á casa de las cinco de la mañana, y madama Forrest envió por un coche, que á esa hora no pudo encontrarse; sólo se halló un birlocho, y el capitán insistió en conducir á madama á su casa; pero ella resistió con alguna emoción. Probablemente miraba ella al capitán con menos indiferencia de la que habría deseado, y por el mismo motivo sintió con más fuerza los inconvenientes de la oferta que se le hacía; pero sus razones para desecharla, aunque plausibles, no podían ser declaradas, y como el capitán insistió de nuevo, no pudo resistir más, y cedió al fin.

Esta importuna solicitud del capitán, llenó de confusión á madama Forrest, y desagradó á su esposa, la cual no podía oponerse sin faltar á la urbanidad, y cuidadosa de no dar á conocer su inquietud, aparentó una indiferencia que hasta cierto punto satisfizo su venganza. Rogó á su marido que no la despertase á su regreso, porque tenía ánimo de ir inmediatamente á la cama, hallándose, como ella dijo con indiferencia, medio dormida.

El capitán y madama Forrest montaron en el coche á las cinco y media. El tiempo era hermoso, y el alborado que acababa de pasar habia disipado en ambos la gana de dormir. Madama Forrest dijo sencillamente que más bien quería pasear en uno de los parques, por donde tenía que atravesar el coche, que entrar en su casa para dormir. El capitán manifestó con empeño el mismo sentimiento, y propuso que el coche se detuviese en una de las puertas del parque. Las mismas razones que tenía ella para evitar que la viesen sola en el coche con el capitán, le asistían para no pasearse con él en el parque. Para evitar esta nueva dificultad propuso que el coche se dirigiese á casa de su padre, con el fin de tomar allí á su prima Meadows; cuya costumbre de levantarse temprano le era conocida. Esta idea fué puesta inmediatamente en ejecución; pero madama Forrest encontró á su prima fuertemente acatarrada, y cuando ésta supo el objeto de la visita matinal de madama, le aconsejó que renunciase el paseo en el parque, y esperase á que la familia fuese en pie para volver á su casa después del desayuno.

— No, replicó madama Forrest, estoy resuelta á dar un paseo: pero como ante todo debo desembarazarme del capitán, que me espera en el coche, voy á mandarle decir con un criado que estáis acatarrada, y que he consentido en desayunarme con la familia.

El capitán despidió el coche; pero como estaba un poco picado con la conducta de su mujer, y se sentía lleno de aquella animación que por lo regular inspira la mañana, aun á los que no han dormido en la noche, se decidió á gozar del bello tiempo, paseándose en el parque cercano. Madama Forrest, no dudando que el capitán habia regresado directamente á su casa, se felicitó de verse desembarazada de él, y quiso al mismo tiempo satisfacer el deseo de pasear. Se puso, pues, en camino, y al entrar en una de las encrucijadas del parque, vió que el capitán venia por el extremo opuesto á encontrarla. Luego que lo vió, el recuerdo del recado que le habia enviado, el motivo que lo produjo, el descubrimiento de su falsedad, la manifestación de sus designios, y la idea de encontrarse precisamente en las mismas circunstancias que con tanta razón habia procurado evitar, todo esto contribuyó á cubrirla de una confusión imposible de ocultar. El orgullo y la urbanidad fueron aún más fuertes que la verdad y la prudencia. Trató ella de alejar del capitán la idea de que quería evitar su compañía, y haciendo un esfuerzo semejante al de un héroe que rie sufriendo los dolores del martirio, aparentó un aire de contento diciéndole que se alegraba de verlo de nuevo, y como excusa por el recado y por su conducta, tartamudeó algunas palabras sobre la ligereza del corazón de las mujeres, y terminó diciendo que el suyo sola cambiar tan á menudo, que jamás se vería poseído de las ideas fijas de los locos.

Con este proceder ya no le era posible evitar en su paseo la compañía del capitán, y permaneció con él en el parque hasta las nueve, en que se despidió del capitán, y entró en un coche con dirección á su casa.

Sucedió, pues, que Mr. James, contra su primer intento, habia vuelto de su viaje durante la noche, y supo por los criados que su mujer habia ido á casa del capitán. Sintió un descontento interior de que ella hubiese hecho esta visita durante su ausencia, suceso que, bien que insignificante en sí mismo, habia llegado, por las ilusiones de los celos, á adquirir cierta importancia. Con todo, después de haber reflexionado, el mismo reprochó su descontento, visto que la presencia de la mujer del capitán ponía á

cubierto su honor. Mientras luchaba en un mar de dudas, sus sospechas se multiplicaban y cobraban incremento á medida que corría la noche. Á la una determinó ir á la cama; pero pasó la noche en agonías de terror y resentimiento, dudando si la ausencia de su mujer era efecto de la casualidad ó de premeditado designio, parando al oído al menor ruido, y descariándose en multitud de extravagantes suposiciones. Se levantó luego que apareció la luz, y después de varias horas de irresolución é incertidumbre, sobre si esperaría el desenlace, ó iría á adquirir informes, prevaleció la impaciente curiosidad, y se dirigió á las ocho á casa del capitán, dejando dicho en la suya que iba á un café en las cercanías.

Madama Freeman, cuya afectada indiferencia había contribuido á demorar el regreso del capitán, halla, durante la ausencia de este, sufrido un desasosiego extremado. No tenía ciertamente intención de ir á la cama, ni deseo de dormir; se paseó de un rincón á otro de su recámara rldigida con los celos y la incertidumbre; hasta que supo que Sir James había llegado y deseaba verla. Luego que habló Sir James con ella, conoció que había llorado, y entonces su temor se alarmó más que sus celos, imaginando que algún fatal accidente había acontecido á su mujer; pero pronto supo que ella y el capitán habían partido juntos á las cinco de la mañana, y que aquel no había regresado todavía. Madama Freeman conoció por la pregunta de Sir James, que la mujer de éste no había entrado en su casa, lo cual aumentó sus sospechas. Sus celos, que ella trataba de ocultar, para impedir un desahío, sirvieron para dar mayor fuerza á los de Sir James. Este sin embargo, determinó esperar con la dignidad y sosiego posible, el regreso del capitán. Quizá nunca se han visto cara á cara dos personas más embarazadas. Mientras se preparaba el desayuno, el doctor *Tattle* vino á hacer una visita matinal á madama Freeman, y fué con indecible consuelo de los dos celosos, admitido inmediatamente. El doctor *Tattle* era uno de aquellos charladores sempiternos que son generalmente considerados como muy divertidos en la sociedad. El doctor vió que madama Freeman tenía un aire melancólico, é hizo infructuosamente varios esfuerzos para animarla, declarando por último con aire de ironía importancia, que él podía comunicarle ciertas noticias graves que le harían entrar en desasosiego. — El capitán, dijo entonces el doctor, acaba de dar la mano para bajar de un coche á una buena moza, y la introdujo precipitadamente en una casa de baños. Pronto conoció el doctor que

esta noticia había sido recibida con emociones contrarias á las que él había procurado producir, y agrego que no por eso debía ella concebir sospechas, porque á pesar del modo con que él había referido el incidente, la dama de que se trataba era de intachable reputación, como el mismo lo descubrió en el momento por su talante y sus maneras. Estos particulares confirmaron la sospecha que el doctor quería desvanecer, y pareciéndole que su presencia no ocasionaba la satisfacción de otras veces, se despidió, pero encontró en la puerta al capitán, el cual le obligó amistosamente á entrar de nuevo. Su presencia aunque insignificante, coaró en cierto modo la libertad de los concurrentes; y Sir James, con toda la bondad y alegría que le era dable aparentar preguntó al capitán qué había hecho de su mujer. El capitán contestó con alguna irresolución, que la había conducido temprano á casa de su padre, y que habiendo esperádola para llevarla á su casa, le mandó ella decir con un criado que su prima estaba un poco indispueta, y que por esa razón había resuelto desayunarse en su compañía. El capitán, que ignoraba la anécdota referida por el doctor, juzgó por las apariencias que era prudente mentir de un modo indirecto y ocultar la verdad tanto á Sir James, como á su propia mujer. Supuso, naturalmente, que Sir James iría sin retardo á tomar informes á la casa del padre de su mujer, en donde sabría que esta no tomó allí su desayuno; pero como de esto no se seguía que hubiesen estado juntos, dejó que ella diese las explicaciones que creyese convenientes sobre su ausencia, dando por hecho que lo que él había ocultado, lo ocultaría ella por las mismas razones; ó si nó lo ocultaba, como él no había afirmado nada contrario á la verdad, podía alegar que lo había hecho por chanza. Tan pronto como Sir James obtuvo estos informes, se despidió con alegría y la satisfacción aparente, y pocos momentos después hizo lo mismo el doctor.

Luego que el capitán y su mujer se vieron solos, le preguntó ella, con gran sobresalto, sobre la dama con la cual había sido visto en un coche; y cuando el capitán supo que este incidente había sido referido delante de Sir James, entró en la mayor alarma, temiendo que madama Forrest aumentase las sospechas de su marido, ocultando lo que por una serie de preguntas, él tendría probablemente que descubrir. El capitán mismo condenó su propia condancia, y le pareció que el medio más eficaz de tranquilizar á su mujer, y de obtener su ayuda, era decirle todo lo ocurrido; lo hizo así, y le comunicó el temor de las consecuencias, rogándole que

fuese inmediatamente á casa de la señora Meadows para que ésta confirmase lo que él acababa de decir, y de la que ella podría tener noticias posteriores de Sir James, y encontrar medio de informar á madama Forrest del peligro que la amenazaba, y de prevenirle que no ocultase nada.

La mujer del capitán se convenció de la sinceridad de éste, no sólo por la urgencia con que quería se enviase el aviso á madama Forrest, sino por la conformidad de la historia y lo conocido que él se hallaba. Sus celos se transformaron en lástima por su amiga y en temores del riesgo de su marido. Púsose sin retardo en camino, y supo en casa de madama Meadows que Sir James había preguntado á los criados por su mujer, y que éstos le dijeron que había estado allí temprano con el capitán; pero que había salido á poco que había partido aquél. Refirió ella á madama Meadows todo lo acaecido, y creyendo posible que Sir James no hubiese vuelto directamente á su casa, escribió la siguiente carta á la mujer de aquél:

MI QUERIDA MADAMA FORREST:

«Estoy de lo más desasosegada con el peligro que corréis. Sir James tiene sospechas que sólo la verdad puede desvanecer y de las cuales mi indiscreción es causa. Si yo no hubiese ocultado el despo que tenía de que mi marido volviese pronto á mi casa, los esfuerzos que madama Meadows me dice hicisteis para desembarazaros de aquél, habrían producido el deseado efecto. Sir James tomó el desayuno en mi casa y se dirigió después á la de vuestro padre, desde donde os dirijo la presente: sabe que permanecisteis aquí muy corto tiempo, y tiene motivos para creer que subisteis en coche con mi marido. Espero, querida amiga, que este aviso llegará á tiempo á vuestras manos, para que no ocultéis ninguna cosa. Habría sido mejor que vuestro marido no supiese nada, porque así no habría concebido ningunas sospechas; pero ahora debe saberlo todo, á de otro modo no podréis ser justificada. Perdonadme la libertad con que escribo y creedme vuestra afectísima.

*Maria Freeman.*

«P. D. El portador tiene encargo de decir que va de parte de vuestra modista.»

Esta carta fué puesta en manos de un esportillero, con orden de decir que era de la modista, porque si hubiese dicho que era de Madama Freeman, y esta por accidente en manos de Sir

James, su curiosidad podría impulsarlo á leerla, y sus celos á hacer preguntas á su mujer sin comunicarle el contenido de ella.

Convencido Sir James de que su mujer y el capitán habían pasado la mañana en un baño, se encaminó directamente á su casa. Su mujer había llegado algunos minutos antes, y todavía no se había recobrado del temor y la confusión que experimentó luego que supo que Sir James había regresado á la ciudad la noche anterior, y al mismo tiempo previó las consecuencias de su propia indiscreción. Los criados le dijeron que su marido había ido al café. Se pasaron algunos momentos, y oyendo que tocaban la puerta, entró su cuerpo en un temblor general. Sir James vió el sobresalto de su mujer, no con compasión sino con rabia, por estar persuadido que lo ocasionaba la conciencia de su crimen. Se puso pálido y sus labios temblaban, pero contuvo de tal modo su cólera, que pudo preguntarle sin invectiva, dónde y cómo había pasado la noche. Ella contestó: en casa del capitán Freeman, que el capitán estaba de guardia, que pasó la noche conversando con su mujer hasta que aquel volvió, y que insistiendo en acompañarla á su casa, ella no quiso ir en coche con él más que á casa de su padre, en donde la dejó temprano. No tuvo ella fuerza para continuar su relación y la suspendió con algunas apariencias de irresolución y de temor. Sir James le preguntó entonces si venía directamente de casa de su padre. Esta pregunta y el modo con que fué hecha, produjeron en ella una confusión completa: consideró que el haberse detenido en su narración era indicio de crimen; pero lo pasado no podía remediarse, y de una ambigüedad tuvo que pasar á una mentira, de la cual podría haber escapado si su marido no hubiera usado del artificio de hacerle creer que sólo había ido al café. Después de estas tumultuosas reflexiones, que pasaron en un momento, se aventuró á afirmar que había estado con la Señora Meadows hasta las ocho, y que entonces volvió á su casa; pero pronunció esta falsedad con tales señales de delito y bochorno, que su marido creyó en su crimen tanto como en su propia existencia. Como la historia referida por ella concordaba con la del capitán, y uno había ocultado la verdad, y otro la había negado, sacó él por consecuencia que ambos estaban de acuerdo, y determinando tomar primeramente explicaciones del capitán, se separó bruscamente de su mujer y salió al instante de su casa.

Encontró en la puerta al esportillero despachado por madama

Freeman, y le preguntó arrogantemente qué quería. El hombre presentó la carta diciendo que venía de parte de la modista. Sir James se la arrancó de la mano y tartamudeando algunas expresiones de desprecio y resentimiento, se la metió en el bolsillo.

Aconteció que Sir James no encontró al capitán en su casa y le dejó un billete rogándole que fuese á verle á una fonda vecina, agregando que había caído su espada.

Entró tanto la mujer de Sir James, temiendo que se descubriese su mentira, había escrito otro billete al capitán, en que le rogaba como hombre de honor, que por razones particulares, no confesase á su marido ni á ninguna otra persona, que había estado con ella después de haberla dejado en casa de su padre. Escribió también otro billete á su prima Meadows, suplicándole que si Sir James le preguntaba sobre el particular, le dijese que ambas habían estado juntas hasta las ocho.

Este billete para la Sra. Meadows llegó á sus manos, después que el esportillero hubo dado cuenta de lo acontecido con el falso billete de la modista; y madama Freeman acababa de salir apresuradamente para relatar el suceso al capitán creyendo de la mayor importancia que lo supiese antes de verse con Sir James; pero el capitán había entrado en su casa antes que ella, y habiendo recibido, tanto al billete de Sir James, como el de la mujer de éste, se dirigió inmediatamente á la fonda y preguntando por Sir James, pasó á verle en una de las piezas interiores. Sir James recibió sus saluciones sin réplica, é inmediatamente dió vuelta á la llave de la puerta. Sus celos se complicaron con aquella indignación y desprecio que siempre produce el sentimiento de una injuria recibida de persona inferior; pero con todo, preguntó al capitán en alto tono si no había estado él aquella mañana en compañía de su mujer después de haber salido ella de casa de su padre. El capitán encolerizado con los modales de Sir James, y creyéndose comprometido por el honor, á guardar el secreto de una señora, contestó que después de lo que él había dicho aquella mañana, ningún hombre tenía derecho para suponer que había visto á la señora después; que insinuar lo contrario era acriminarlo oblicamente de falsedad; que él no se hallaba obligado á responder tales preguntas, á menos que no fuesen hechas de un modo conveniente, y que como caballero estaba preparado á vengar su honor. Sir James tomó esta réplica como una falsedad y un insulto, y no siendo dueño de contener su rabia, maldijo al capitán, tratándolo de bribón y de embustero.

y al mismo tiempo le dió en la cara un violento golpe con el puño, desenvainó su espada y se colocó delante de él en postura de defensa. Cualquiera que hubiese sido la intención del capitán de calmar á su amigo y reconciliarlo con su mujer antes de entrar en la fonda, la indignidad que acababa de sufrir le montó igualmente en cólera; sacó al instante su espada y después de algunas estocadas por ambas partes, recibió una herida en el pecho y dando algunos pasos atrás, apoyado en su espada, cayó á tierra.

El ruido había reunido alguna gente en la puerta del cuarto, la cual fué forzada precisamente en los momentos en que el capitán recibió la herida. Sir James fué puesto en seguridad y se mandó solicitar un cirujano. Entretanto el capitán mismo conocía su estado moribundo, y cualesquiera que hubiesen sido sus ideas sobre lo justo ó injusto, y sobre honor y vergüenza, tuvo entonces por criminal toda disimulación, y creyó que su asesino tenía derecho á aquella verdad que él creía meritorio negarle cuando era su amigo. Solicitó, pues, ardientemente hablarle algunas palabras en secreto, y se le concedió sin retardo. Las personas que habían entrado en el cuarto, salieron fuera, contentándose con guardar la puerta. El capitán hizo entonces señas á Sir James para que se acercase y le dijo que aunque su mujer había sido inducida por sorpresa, ó por temor á usar de disimulación ó de mentiras, era inocente del crimen que él la suponía tan interesada en ocultar; y le refirió en seguida brevemente todos los acontecimientos según habían pasado. Al fin, estrechando sus manos á las suyas, le hizo instancias para que se escapase por la ventana y pudiese ser el protector de la mujer y del hijo del moribundo, en caso que el nacimiento de aquél no se desgraciase con la noticia de la muerte del padre. La fuerza de estas razones obligaron á Sir James á ceder, y se escapó según el capitán le había indicado. En su camino á Dover leyó la carta que había tomado de manos del esportillero, y por el próximo correo la envió á su mujer, inclusa con la siguiente:

MI QUERIDA CARLOTA.

Soy el más miserable de los hombres, pero no quiero acusaros de mi desgracia. Pluguiese al cielo que mi culpa fuese menor que la vuestra. Ambos somos víctimas de la disimulación. La disimulación indujo al querido capitán Freeman á pasar en compañía vuestra aquellas horas que pudo haber pasado con su disimulada

y desgraciada mujer. Confiando en el buen éxito de la disimulación, os aventurasteis á ir al parque, en donde encontrarsteis á quien deseabais evitar. La fraudulenta disimulación del capitán aumentó mis sospechas, y las confirmó vuestra falsedad. Pero vuestra falsedad fué efecto de la mia; la vuestra no trajo dano, pero sí la mia; porque yo dejé dicho en casa que sólo iba al café para que no sospechaseis que sabia yo bastante para ser engañado. Por una mentira que yo no sospeché, puesta en boca de un esportillero, no lei la carta que pudo haberme desengañado; y por su reiterada disimulación el capitán ha hecho de su amigo un fugitivo y de su propia mujer una viuda. Las mentiras, los subterfugios y las dobleces, terminan al fin en miseria y confusión. ¡ Oh querida Carlota! si volvemos á vernos juntos, resolvámonos á ser sinceros; ¡ A Dios! Mi alma está despedazada y no me es posible continuar.

Pocas semanas después del recibo de esta carta, la desgraciada esposa de Sir James supo que su marido había naufragado y perecido en las costas de Francia.

#### ORIGEN DE LA ASTUCIA.

ALEGORIA.

(Versión del inglés de *Harknessport*.)

Poco después de haber expirado aquella edad de oro en que una abundancia espontánea y perpetua impedía todas las tentaciones de fraude y violencia, Apolo, dios de la sabiduría, de la elocuencia y de la música, se enamoró de una de las ninfas que hermosaban el séquito de Diana. Esta ninfa, cuyo nombre no ha sido preservado con su historia, fué al principio inflexible; pero el galanteo, rehusado por su castidad, era frecuentemente escuchado por su vanidad, de modo que, aunque la sabiduría, la elocuencia y la música fuesen meretricias, la perseverancia sin embargo, prevaleció. El orgullo de la virtud se suavizó imperceptiblemente, y la conciencia del crimen, perdida tantas veces con la anticipación del deleite, no volvía siempre. El último obstáculo que habia quedado para aquel deleite era el temor de la vergüenza; y el temor de la vergüenza disminuía á medida que crecía el deseo.

Apercibido Apolo de esto, redobló sus instancias, y la ninfa consintió por último en darle una cita secreta, en una gruta muy separada del tránsito de los viajeros, en la cual debía ella encontrarse á medianoche.

Cuando la naturaleza se cansó de prodigar sus frutos á la ociosidad, y sólo los concedía al trabajo, muchos vicios bajo figura humana, vinieron á habitar la tierra. El exterior de algunos de ellos era agradable y sus malas cualidades no fueron descubiertas inmediatamente. Entre estos vicios se hallaba la Envidia, que á la verdad nunca fué amable; pero era joven, y en su exterior no habia ninguna señal de la malignidad de su alma.

Como Apolo se hallaba enamorado de la ninfa, la Envidia se hallaba enamorada de Apolo. Siempre andaba expiando en donde encontrarlo, con toda la impaciencia del deseo; y aunque conocia lo desesperado de su amor, el desalbrimiento de que Apolo carecía á otra, le infundió rabiosos celos. Constantemente trataba de adquirir informes que aumentaban su tormento, y se ponía á contemplar la felicidad que no tenía esperanzas de gozar.

Aconteció que la cita de los dos amantes fué escuchada por Eeo, y Eeo la repitió á la Envidia, con cuya noticia sintió más vivamente la extensión de su desgracia. Obstruir la felicidad de una rival fué su primera idea, y la segunda, asegurar aquella felicidad para sí misma. Varios proyectos concibió, examinó, y desechó, á fin de llevar á cabo ambos intentos. La agitación de su alma aumentaba al paso que se acercaba la hora de la cita, y cuando todos sus proyectos habian terminado en desesperación, le ocurrió un expediente que le pareció simple y fácil; se asombró de no haberlo concebido antes, y resolvió ponerlo inmediatamente en obra.

Cerca de medianoche la ninfa se encaminó á la gruta, ora pálida de remordimiento, ora sonrojada de vergüenza, vacilaba; su seno palpitaba con anticipado placer, temblaba, pero siempre iba adelante. La Envidia la vió desde lejos, y acercándose espació sobre ella una nube espesa, que los mismos rayos del sol no habrían podido disipar.

La ninfa buscó un derredor la gruta; pero se encontró envuelta en una obscuridad impenetrable, que no le permitía descubrir la atmósfera, ni el suelo que pisaba. Suspendió su marcha atónita y espantada; sus deseos se helaron en sus venas, estremecida con la temeridad de su propio intento.

En esta horrorosa situación no le quedaba más esperanza de

auxilio, que de aquella divinidad, cuyas leyes había estado muy cerca de violar, y por eso dirigió á Diana esta súplica: «Casta reina, de conducta irrepachable que, aunque mi alma ha renunciado á tu influencia, me has preservado con este anuncio, de las deshonrosas manchas corporales; guíame en medio de los rroyeros de esta noche criminal; permíeme de nuevo ejercitar la caza á tu lado, y mezclarme entre aquellas afortunadas vírgenes, que la Alegría, hija de la inocencia, reúne en tu domicilio!» Acabada esta súplica, hizo un esfuerzo para salir de aquella obscuridad, y en el momento la vió dispada. Distinguió el suave resplandor de su reina que temblaba sobre el follaje de los árboles, y esparcía una luz argentina en el sendero que ya había recorrido. Retrocedió entonces impulsada por la Alegría que le había causado el verse salva, y sus pasos dejaron de ser reprimidos con la timidez del crimen. Atravesó el solitario valle en un momento; su deseo de regresar había sido tan ardiente que apenas creía ella misma haber llegado á su morada.

Entretanto la Envidia había entrado en la gruta y esperaba á Apolo; cuando lo oyó acercarse sintió agitado su pecho de un tumulto de pasiones, entre las que predominaba el dolor, y lo recibió en silencio y confusión. Cuando terminó el rapto momentáneo que había ella obtenido de esta manera, notó que lo había comprado á costa de gran peligro, y aterrorizada se puso á reflexionar sobre su situación, deseando, pero ya tarde, que la muerte, cuyos placeres había frustrado, los hubiera obtenido, porque una pequeña parte de la pena que ella sentía los habría compensado ampliamente. Su pena, sin embargo, no provenía del sentimiento de haber perdido la inocencia, sino del castigo que le prometía la perpetración de su crimen.

Apolo, ignorando que había acogido en sus brazos á un ser tan despreciable y maligno, le manifestó los sentimientos más tiernos, y le hizo instancias para que replicase. La Envidia permaneció silenciosa; pero conociendo que no podía en estas circunstancias continuar sin ser descubierta, reunió de pronto todas sus fuerzas y se desasió de él, con esperanza de escapar desconocida en la obscuridad de la noche; pero precisamente cuando llegó á la entrada de la gruta, Apolo le echó encima los brazos. La Envidia desesperada y afligida, dió algunos gritos, y el mismo día retrocedió asombrado. Con todo, no quiso dejar ir á la fugitiva; y Diana, celosa de castigar la incontinencia, dirigió sus rayos sobre el lugar. Apolo descubrió las facciones de la Envidia, y se apartó

de ella con aborrecimiento. Después de algunos instantes de reflexión, el dios le dirigió una mirada severa y le dijo: «Oh ser detestable! no puedo destruirte porque eres inmortal como la felicidad de los cielos; ni lo quiero tampoco, porque la inmortalidad es tu maldición; pero abrácese otra vez mis brazos, y estréchese mi seno contra el tuyo, si el poder que tienes de profanar los placeres del amor, no cesa desde este momento para siempre: en lo de adelante, tu rostro será desfigurado con las señales de la miseria y de la edad, tu cabeza se verá cubierta de sierpes en vez de cabello; tu pecho se prolongará hasta tu cintura, y en tu piel aparecerán las manchas de la bilis.

Mientras Apolo hablaba de esta manera, la frescura de la juventud desapareció de las mejillas de la Envidia; sus ojos se sumieron, sus trenzas que flotaban en desatados rizos sobre sus espaldas se contrajeron repentinamente, y enroscándose y formando sortijas; un nido de serpientes silbó sobre su cabeza; su carne se puso floja; su cutis apareció arrugado y amarillo, y toda su figura expresó á la vez su malignidad y su miseria.

Cambiada de esta manera huyó de la presencia de Apolo, llevando consigo no solo la memoria de su crimen, sino la de aquel placer que su castigo no le daba lugar de repetir. Una hija, que ella consideró á la vez como su gloria y su vergüenza, fué el fruto de su fraude; hija conocida después entre los hombros bajo el nombre de Astucia.

Todas las cualidades compatibles del padre y de la madre se vieron unidas en la Astucia; como hija de la Envidia, mira con malignidad todo lo que es bueno y amable; y el fin que siempre se propone es satisfacer algún vicio. Heredó mucha parte de la bondad de su padre, de modo que para conseguir sus intentos se vale regularmente de los medios más eficaces; y por eso todos los que llevan algún fin torcido se dirigen á la Astucia; pero aun cuando lleguen á conseguir el inmediato objeto de sus deseos, quedan descontentos y desasosegados, como el hombre de Estado, después de haber contenido su ambición, sigue suspirando en vano por alcanzar la felicidad.

## SACRIFICIOS LITERARIOS EN EL TEMPLO DE LA FAMA.

(Suena de Colman, publicado en el Aventurero de Londres.)

SEÑOR AVENTURERO.

Nada humilla más el ridículo triunfo de la vanidad humana, que la lectura de aquellos pasajes de los más grandes escritores, en que parecen privados del noble espíritu que les anima en otras partes, y en que, en vez de invención y grandeza sólo encontramos insipidez y frialdad. La pena que he sentido al ver deprimido de este modo un genio elevado, me ha hecho desear á menudo, que aquellas manchas indignas se borrasen de sus obras y las dejásem perfectas é inmaculadas.

Hace pocas noches me meti en la cama lleno de estas ideas, y tomando un libro como acostumbro, lei algunas páginas de Virgilio. Accidentalmente lo abrí en la parte del libro sexto en que Anquises refiere á su hijo los varios modos de purificación que el alma sufre en el otro mundo, para limpiarse de la infección que ha contraído en su unión con el cuerpo, y libertar la pura y etérea esencia, de toda la viciosa mezcla de la mortalidad. Se asemeja esto tanto á mi meditación nocturna, que insensiblemente se incorporó con ella, y luego que me dormí tuve el siguiente sueño.

Repentinamente me vi en medio de un templo construido con toda la magnífica simplicidad que distingue á las obras de los antiguos. En el fondo, hacia el Este, había un altar elevado, y en sus extremos dos sacerdotes que parecían preparados para el sacrificio. Sobre el altar ardía un fuego, del cual se elevaba la llama más brillante que hubiesen visto mis ojos. La luz que despedía, aunque fuerte y clara, no era trémula ni deslumbradora, sino fija y uniforme, y difundía un resplandor purpúreo por todo el edificio, no desemejante á la primera aparición de la mañana.

Mientras miraba yo esto lleno de asombro, me llamó la atención el sonido de una trompeta que conmovió todo el templo; pero había en su sonido una suavidad que templaba la natural aspereza de aquel instrumento. Después de sonar tres veces, el ser que la tocó, vestido según la descripción que los antiguos hacen de la Fama, publicó un decreto del tenor siguiente: «De orden de Apolo y de las Musas, todos los que han aspirado

á la fama con sus escritos, deben sacrificar en el altar de este templo, las partes de sus obras que se han conservado con gran descrédito suyo. Aristóteles y Longino han sido nombrados principales sacerdotes para cuidar de que no se hagan oblationes impropias ni se oculten las convenientes; y para realizar esto con más facilidad, se les permite elegir entre los asistentes á los que ellos consideraren más dignos de desempeñar la comisión.»

Luego que terminó este decreto, fija la vista con indecible placer en los dos sacerdotes; pero pronto me vi privado del gusto de contemplarlos por una multitud que corría á ofrecer su sacrificio. Descubrí que era un grupo de franceses críticos; pero sus ofrendas fueron desechadas con la mayor indignación por los dos sacerdotes, y todas sus obras arrojadas en el altar y reducidas á cenizas en un instante. Los dos sacerdotes dirigieron entonces la vista alrededor, y eligieron, con otros pocos, á Horacio y Quintiliano entre los romanos, y Addison entre los ingleses.

El primero que se adelantó con su ofrenda fué Homero, fácilmente reconocido por su elevado porte. Se acercó al altar con gran majestad, y entregó á Longino las partes de su Odisea que han sido censuradas como fábulas improbables y narraciones ridículas de los tiempos antiguos. Longino se preparaba á sacrificarlas, pero observando que Aristóteles no parecía desoso de ayudarle en la operación, las devolvió al venerable barjo con suma deferencia, diciéndole que eran en verdad, fábulas de los tiempos antiguos, pero de los tiempos en que vivió Homero.

Virgilio apareció después, y se acercó al altar con la dignidad y modestia propias de su carácter. Con asombro de todos los asistentes arrojó toda su Eneida á las llamas; pero en el acto la rescataron dos romanos, llamados Jura y Vario, los cuales corrieron precipitadamente al altar, libraron el poema de su destrucción y condujeron al autor en medio de ellos, repitiendo la gloriosa jactancia de unos cuarenta regiones contenida al principio de la Georgia 3.<sup>a</sup>

*Tentanda via est qua me quoque possint  
Tollere humo, victor que virum volitare per ora.  
Primus ego in patriam meam, etc.*

Después de Virgilio, muchos de los autores griegos y romanos se adelantaron al altar y entregaron con gran modestia, las partes



más defectuosas de sus obras. Era de notar la circunstancia de que el sacrificio aumentaba siempre, á medida que el autor se habia atrevido á desviarse de una juiciosa imitación de Homero. Los últimos autores romanos, que parece lo habían casi perdido de vista, hicieron sacrificios tan cuantiosos, que algunas obras sayas, que eran antes muy voluminosas, se redujeron á un solo y pequeño volumen.

Me dio sumo gusto ver á la filosofía libre de principios erróneos; á la historia limpia de calidades y á la poesía de alisonancias, no quedando en ellas más de genio, juicio y verdad.

Observe con particular atención, los diferentes holocaustos de los escritores ingleses más eminentes. Chaucer abandonó sus obscenidades y entregó sus obras á Dryden para que las desembarazase de la broza de que estaban llenas. Dryden hizo esto con grande habilidad y, como Addison dice de Virgilio á propósito de *Georgicas*, removió su muladar con aire complaciente, de modo que no solo reparó las injurias del tiempo, sino que agregó nuevas gracias á la obra. Dryden se adelantó después al altar, y entregó un gran paquete de comedias y algunos de sus poemas. Este paquete tenía el siguiente título: A la pobreza.

Shakspeare llevó al altar una larga sarta de retreñecanos con este título: Al gusto de la edad, un paquetito de alisonancias, y su regular manejo de incorrecciones. No obstante el aire de sinceridad con que hizo este sacrificio, algunos prestes del altar le acusaron de ocultar ciertas piezas, cuyos títulos citaron. El poeta replicó que como dichas piezas eran indignas de ser preservadas, las vería con gusto reducidas á cenizas; pero que no había tenido en ellas la menor parte. Los sacerdotes principales se interpusieron en esta disputa, y despidieron al poeta con muchos cumplimientos. Longino hizo la observación de que las citadas piezas no podían ser de Shakspeare, porque las faltas de este autor como las de Homero, cuyo genio siempre que se abatia, podía ser comparado al resplugo del Octiano, que deja una tuéla en la costa para señalar la altura á que una vez llegó á elevarse. Aristóteles fué de este parecer, y agregó que aunque Shakspeare ignoraba completamente el orden exacto del teatro, que es tan noble en los escritores griegos, con todo, la sola fuerza de su genio le había llevado en muchos puntos, infinitamente más lejos que á ellos.

Milton entregó algunos errores de su *Paraiso Perdido*, y el sacrificio fue hecho con la mayor decencia por Addison. Otway y Rowe arrojaron al fuego sus comedias, y Beaumont y Fletcher,

los dos últimos actos de muchas de sus piezas. Éstos fueron seguidos de otros escritores dramáticos, cuyos sacrificios fueron tan grandes, que las llamas se elevaron considerablemente. Entre estos últimos me sorprendió ver á un autor que con la mayor oratorianidad y animación, se acercó bamboleando bajo el peso de un paquete enorme. No pude menos de reír cuando reconocí que era Vanbrugh, que entregó á las llamas su *Experiencia arquitectónica*.

Pope se acercó á Addison, y con gran modestia le entregó aquellos renglones escritos expresamente contra él, tan notables por su belleza y crueldad, y que terminan repitiendo estos versos:

*Cursi, te the versu, hom well sue'er it flow,  
That tends to make one worthy man my foe (a).*

El sincero crítico se los devolvió diciéndole, que sus asociados en el altar, particularmente Horacio, jamás permitirían que se destruyese un solo renglón de satirizante tan consumado; los muchos cumplimientos que me hacéis en otras partes de vuestros escritos, compensan ampliamente esta ligera injuria. Pope inclinó la cabeza algo confundido, y prometió sustituir á lo menos algún nombre fingido, que fue todo lo que se le concedió. En seguida sacrificó un paquetito de antileis y algunos pasajes de su versión de Homero y se retiró.

Mientras se verificaban estos holocaustos, me encanto el caudor, la decencia y el juicio, con que todos los sacerdotes desempeñaron sus diferentes funciones. Se condujeron con una dignidad que trajo á mi memoria los tiempos en que las dignidades de rey y sacerdote se concentraban en una sola persona. Siempre que ocurría alguna duda á los asistentes, consultaban con Aristóteles, el cual arreglaba la materia en un instante.

Pero las agradables impresiones que produjo esta escena, fueron interrumpidas por un ruido tumultuoso en la entrada del templo: volví la cara y vi que se acercaba una multitud literaria, capitaneada por Tindal, Morgan, Chubb y Bolingbroke. Éstos en

(a) La mejor rima detesto  
Y el verso dulce maldigo,  
Que convierta en mi enemigo  
A un hombre digno y honesto.

cuyo semblante se distinguía la cólera que con el deseo no puede ocultarse, se abrieron camino hasta el altar, y en medio de las aclamaciones de regocijo de sus secuaces, arrojaron al fuego un grueso volumen; pero la alegría se cambió pronto en silencioso asombro, al ver que el volumen permanecía intacto en medio del fuego, y como las llamas flameaban inocentemente en derredor suyo, pude leer estas palabras en letras de oro: *La Biblia*. En el mismo instante mis oídos se extasiaron con el sonido de una música divina y de un himno cantado por seres invisibles, del cual pude retener estos versos:

Las palabras del Señor son palabras puras, llanas como la plata ensayada en el crisol, y purificada siete veces en el fuego.

Son más apetecibles que el oro, y aún que el oro más fino; más dulces que la miel y el panal.

La melodía de voces ó instrumentos de este exquisito concierto, produjo en mi alma un placer tan vivo que me hizo despertar.

Soy de Vd. Señor Aventurero, su muy humilde servidor.

#### QUEJAS CONTRA LOS MIRONES.

ENSAYO DE STEELE.

(Versículo del Charlador de Londres.)

Anoche comenzaba yo á tomar en consideración una carta que me dirigieron dos padres indulgentes, sobre su hija única, que desean enviar á un pupillage, ó conservar en su casa, según mi determinación, cuando me distrajeron de este asunto otras cartas de unas señoras, en que se quejan de cierta especie de enemigos declarados del bello sexo que ellas llaman *mirones*. Parece que hay caballeros que miran con profunda atención á un objeto en el teatro, y dirigen siempre la vista en derredor suyo en las iglesias. Dichas señoras me aseguran que por su parte hacen cuanto es posible para desviar sus ojos de estos trampistas; pero no saben por qué virtud, tanto sus placeres como sus devociones, se ven interrumpidas por ellos, de modo que no pueden atender á unos ni á otras, sin robar miradas con las personas que tienen los ojos fijos en ellas. Mis correspondientes dicen que por este medio se consideran poco á poco menos ofendidas, y se ven con el

tiempo amarteladas de sus enemigos. Lo que se solicita de mí en esta ocasión es, que como tengo simpatía por el bello sexo y procuro conservar su reputación, le dé algún consejo sobre este peligroso asalto, contra el cual la defensa es débil, porque permanece embosado en los ojos mismos, y por fuerza le hace caer bajo el dominio de sus enemigos á sabiendas, viéndolo y queriéndolo.

Esta manifestación del estado actual de cosas entre ambos sexos, me alarmó mucho; y sólo tuve que recordar lo que vi en una asamblea hace poco tiempo, para convencerme de la verdad y justicia con que se quejan mis correspondientes. Si no se reprime esta perniciosa práctica, todos los obsequios, finezas y cumplimientos elegantes, que nacen de la pasión del amor, decaerán necesariamente. ¿Quién se tomará el trabajo de emplear la retórica, ó de estudiar el buen parecer, cuando lo es más fácil introducirse con un saludo repentino ó una ojeada encubierta, al encontrar los ojos de una hermosa, y mirarla de nuevo al soslayo luego que pase otra vez la vista accidentalmente? La última vez que fui al teatro, recuerdo muy bien haber notado que los ojos de toda la audiencia se cruzaban en ángulos particulares de uno sobre otro, sin la menor atención á la escena, aunque el Rey Latino se hallaba presente cuando hice esta observación. Era cosa muy divertida penetrar las intenciones de toda la compañía: porque las niñas de los ojos se hallan formadas de tal manera, que los ojos del observador son anteojos, con los cuales puede leer lo que pasa en los corazones. El espectador más común puede notar cualquiera agitación violenta en el alma, cualquier éxtasis agradable, ó cualquier pesadumbre interior, en la persona sobre la cual fija la vista. Un observador puede ver una indiferencia estudiada, un amor oculto, ó un resentimiento sofocado en las mismas miradas hechas expresamente para disimular estas disposiciones del alma. Los naturalistas nos dicen que la culebra de cascabel suele colicarse bajo el árbol en que se jugarálear á una ardilla, y luego que logra cambiar una mirada con el animalillo retozón, hace sobre él tal impresión, que aunque puede saltar de rama en rama y se esfuerce en desviar sus ojos por algún tiempo, sin embargo, por pequeños intervalos en que dirige la vista hacia otra parte, se acerca poco á poco hasta que viene á dar en la boca de la culebra, aunque conociendo que ésta sólo intentaba su ruina. No prestaba yo mucha fe á este trozo de historia natural, hasta la noche de que voy hablando, en

cuyo semblante se distinguía la cólera que con el deseo no puede ocultarse, se abrieron camino hasta el altar, y en medio de las aclamaciones de regocijo de sus secuaces, arrojaron al fuego un grueso volumen; pero la alegría se cambió pronto en silencioso asombro, al ver que el volumen permanecía intacto en medio del fuego, y como las llamas flameaban inocentemente en derredor suyo, pude leer estas palabras en letras de oro: *La Biblia*. En el mismo instante mis oídos se extasiaron con el sonido de una música divina y de un himno cantado por seres invisibles, del cual pude retener estos versos:

Las palabras del Señor son palabras puras, llanas como la plata ensayada en el crisol, y purificada siete veces en el fuego.

Son más apetecibles que el oro, y aún que el oro más fino; más dulces que la miel y el panal.

La melodía de voces ó instrumentos de este exquisito concierto, produjo en mi alma un placer tan vivo que me hizo despertar.

Soy de Vd. Señor Aventurero, su muy humilde servidor.

#### QUEJAS CONTRA LOS MIRONES.

ENSAYO DE STEELE.

(Versículo del Charlador de Londres.)

Anoche comenzaba yo á tomar en consideración una carta que me dirigieron dos padres indulgentes, sobre su hija única, que desean enviar á un pupillage, ó conservar en su casa, según mi determinación, cuando me distrajeron de este asunto otras cartas de unas señoras, en que se quejan de cierta especie de enemigos declarados del bello sexo que ellas llaman *mirones*. Parece que hay caballeros que miran con profunda atención á un objeto en el teatro, y dirigen siempre la vista en derredor suyo en las iglesias. Dichas señoras me aseguran que por su parte hacen cuanto es posible para desviar sus ojos de estos trampistas; pero no saben por qué virtud, tanto sus placeres como sus devociones, se ven interrumpidas por ellos, de modo que no pueden atender á unos ni á otras, sin robar miradas con las personas que tienen los ojos fijos en ellas. Mis correspondientes dicen que por este medio se consideran poco á poco menos ofendidas, y se ven con el

tiempo amarteladas de sus enemigos. Lo que se solicita de mí en esta ocasión es, que como tengo simpatía por el bello sexo y procuro conservar su reputación, le dé algún consejo sobre este peligroso asalto, contra el cual la defensa es débil, porque permanece embosado en los ojos mismos, y por fuerza le hace caer bajo el dominio de sus enemigos á sabiendas, viéndolo y queriéndolo.

Esta manifestación del estado actual de cosas entre ambos sexos, me alarmó mucho; y sólo tuve que recordar lo que vi en una asamblea hace poco tiempo, para convencerme de la verdad y justicia con que se quejan mis correspondientes. Si no se reprime esta perniciosa práctica, todos los obsequios, finezas y cumplimientos elegantes, que nacen de la pasión del amor, decaerán necesariamente. ¿Quién se tomará el trabajo de emplear la retórica, ó de estudiar el buen parecer, cuando lo es más fácil introducirse con un saludo repentino ó una ojeada encubierta, al encontrar los ojos de una hermosa, y mirarla de nuevo al soslayo luego que pase otra vez la vista accidentalmente? La última vez que fui al teatro, recuerdo muy bien haber notado que los ojos de toda la audiencia se cruzaban en ángulos particulares de uno sobre otro, sin la menor atención á la escena, aunque el Rey Latino se hallaba presente cuando hice esta observación. Era cosa muy divertida penetrar las intenciones de toda la compañía: porque las niñas de los ojos se hallan formadas de tal manera, que los ojos del observador son anteojos, con los cuales puede leer lo que pasa en los corazones. El espectador más común puede notar cualquiera agitación violenta en el alma, cualquier éxtasis agradable, ó cualquier pesadumbre interior, en la persona sobre la cual fija la vista. Un observador puede ver una indiferencia estudiada, un amor oculto, ó un resentimiento sofocado en las mismas miradas hechas expresamente para disimular estas disposiciones del alma. Los naturalistas nos dicen que la culebra de cascabel suele colicarse bajo el árbol en que se jugarálear á una ardilla, y luego que logra cambiar una mirada con el animalillo retozón, hace sobre él tal impresión, que aunque puede saltar de rama en rama y se esfuerce en desviar sus ojos por algún tiempo, sin embargo, por pequeños intervalos en que dirige la vista hacia otra parte, se acerca poco á poco hasta que viene á dar en la boca de la culebra, aunque conociendo que ésta sólo intentaba su ruina. No prestaba yo mucha fe á este trozo de historia natural, hasta la noche de que voy hablando, en

que vi realizarse el mismo hecho entre un mirón y una coqueta. Botarate, el más diestro entre los primeros, había dejado de visitar por algún tiempo á Manuela, no menos eminente entre las segundas. Ambos evitaban de intento, todos los lugares en que podían encontrarse, pero la casualidad los trajo al teatro, hallándose sentados en línea recta, uno enfrente de otro, ella en un palco y él en el patio cerca de la escena. Luego que apareció Manuela en el palco, y recibió la descarga de miradas del patio con el aire de indiferencia que conviene en estas circunstancias, comenzó á dirigir los ojos alpeador, y viendo al vagabundo Botarate que hacia algún tiempo se había ausentado de su tertulia, le enderezó unas miradas que en el lenguaje de los mirones se llaman *desdénosas*; pero en el acto fijó los ojos en otra parte, y á poco volvió á dirigirle miradas *indiferentes*. Esto produjo en Botarate no poco resentimiento, pero obró en consecuencia; cuidó de estar pronto para cuando Manuela volviese á mirarlo, y llegado el caso, encontró ella los ojos de Botarate llenos de *indolencia*, con sus labios recogidos en la postura de uno que silba. Con semejante acción, apareció en el acto la cólera en todos los músculos del semblante de Manuela; y después de varias emociones que brillaron en sus ojos, pasó la vista en derredor del teatro, y dirigió miradas complacientes á todos los hombres que ya había visto antes. Cuando ella creyó que había reducido á todos á su obediencia, comenzó la comedia, y finalizó su diálogo mudo. Terminado el primer acto, adoptó ella un semblante placentero, como si le diese gusto ver á toda la concurrencia, y al fin fijó la vista á Botarate, que se hallaba entonces colocado en uno de los pasadizos del patio con su sombrero gacho que casi le cubría los ojos, y veía á una mozueta en el palco bajo contiguo, como si hablase de ella al sujeto que tenía al lado. Pero luego que Manuela le fijó la vista, le dió el repentinamente toda la cara, y con el mayor respeto le hizo un saludo muy obsequioso á presencia de todo el mundo. Esto procuró á Manuela un placer visible, y correspondió el saludo con sonrisa que anunciaba una reconciliación completa. Entre los siguientes actos se hablaron mutuamente con señas y miradas tan significativas, que hicieron reír á todos los asistentes, y convinieron en que Botarate hablaría con ella al salir del teatro.

El lenguaje peculiar de un ojo, que difiere tanto de otro como una voz difiere de otra voz, y la fascinación ó encanto que reside en los nervios de la visión de las personas interesadas en estos

diálogos mudos, es, lo confieso, asunto muy dificultoso para el que no se halla iniciado en estas especulaciones; pero en obsequio de la seguridad y quietud del bello sexo, pienso llamar al mejor oculista de esta capital, íntimo amigo mío, y cooperador honorario de este periódico, para que me ayude, y por medio de sus luces y observaciones sobre este órgano, instruiré á las bellas de cuándo deben desconfiar del ojo y cuándo darle entero crédito. Por el contrario, ocultaré la verdadera significación de las miradas de ellas, y les toleraré todo el arte que puedan adquirir en el manejo de sus miradas; todo lo cual es muy poca cosa contra unos seres que se gozan en la falsedad, y comienzan á perjurar con sus ojos cuando ya no puede prestarse fe á sus lenguas.

#### TRANSMIGRACIONES REFERIDAS POR UNA PULGA.

CRUELIDAD CON LOS ANIMALES.

(Satira de Hankeiworth, publicada en el Aventurero de Londres.)

Esta desgracia peculiar á los que viven del trabajo intelectual, no poder meditar siempre con provecho, ni utilizar igualmente su tiempo. Hay momentos en que la facultad de inventar se encuentra suspendida, y el alma postrada en un estado de debilidad de que no puede salir por sí misma, del mismo modo que el que duerme, no puede despertar por un esfuerzo de su voluntad. Hace pocas noches me hallaba yo sentado en mi estudio, en este estado de perplejidad, y después de haber rumiado y hecho vanas tentativas para concebir una idea propia para el artículo que debía publicarse hoy en el Aventurero, determiné ir á la cama, esperando que la mañana siguiente restauraría el vigor de mi alma.

Apenas me dormí, cuando me vi libre de tan penosa situación, concibiendo ideas que si hubiese estado despierto, habrían aumentado mi embarraso, y en vez de imprimir en mi alma una serie de pensamientos regulares, me habrían llenado de asombro y horror; porque en los sueños, ya sean producidos por un poder de la imaginación para combinar imágenes que la razón separa, ó que el alma reciba fácilmente impresiones de algún agente invisible, la memoria parece descansar enteramente adormecida,

y el entendimiento sólo se emplea de los objetos que tiene entonces presentes, sin comparar lo actual con lo pasado. Cuando dormimos solemos conversar con un conocido muerto ó ausente, sin recordar que la tumba ó el océano se halla entre nosotros. Flotamos como una pluma en el viento, ó nos encontramos en este instante en Inglaterra, y el siguiente en la India. Nos familiarizamos con prodigios, nos acomodamos á todos los acontecimientos por ridículos que sean, y no sólo razonamos, sino obramos por principios de lo más absurdos y extravagantes.

En este estado, pues, en que ningún prodigio podía incapacitarme para recibir lecciones instructivas, soñé que estaba yo sentado en mi estudio, pensativo y desanimado, y que repentinamente oy un chillido que pronunció estas palabras: «Toma la pluma; voy á dictarte un Aventurero.» Me volví para ver de dónde venía esta voz, pero no pude descubrir nada. Creyendo pues, que mi ángel de guarda, ó alguna musa favorita estaba presente, me preparé en el acto á escribir, y la voz me dictó la siguiente narrativa:

Yo era el hijo mayor de un hacendero rico, y cuando llegué á cumplir diez y ocho años, caí con mi caballo en la caza, me dislocó el cuello, y por falta de curación inmediata, di el último suspiro antes de ser conducido á mi casa; pero la siguiente mañana me encontré, con inexplicable sentimiento y asombro, bajo la forma de un perro mestizo, en la caballería de una posada, perteneciente á un hombre que había sido despensero de mi padre, y se había casado con la cocinera. Grandes eran en verdad, las caricias que se me hacían, pero mi amo, con el fin de aumentar, como él dijo, mi belleza y mi fuerza, me desembarazó pronto de mis orejas y de mi rabo. Además del dolor de esta operación, experimenté después las desventajas de semejante mutilación en mil circunstancias; esto sin embargo, fue una pequeña parte de las miserias que en tal estado me vi condenado á sufrir.

Mi amo tenía un hijo de siete años que le era muy querido, y como toleraba todos sus caprichos, satisfacía el muchacho su sentimiento contra cualquiera cosa animada ó inanimada que le había ofendido, dándole golpes; y cuando hacía alguna travesura sería, porque las faltas pequeñas le eran disimuladas, el padre, la madre, ó la criada, me castigaban en lugar suyo. Este trato de personas que yo estaba acostumbrado á ver con desprecio, no era para soportarse más tiempo, y una mañana temprano

tomé las de Villadiego. Caminé sin darme cuenta hasta las dos de la tarde, aunque llovía á mares; cerca de las cuatro atravesé un pueblo, y viéndome un montón de acepilladuras al abrigo de la lluvia, pertenecientes á unos carpinteros que reparaban un techo, me escondí en ellas sin que me viesen, según yo creía, y me acosté; pero un carpintero que acepillaba una tabla, observando que era yo un perro extraño y mestizo, resolvió divertirse y divertir á sus compañeros á costa mía. Habiendo hecho para este intento, un agujero de dos pulgadas de diámetro, en un pedazo de tabla, me echó garra repentinamente, y poniendo el resto de mi rabo en esta diabólica máquina, lo fijó por medio de una cuña, con un mazo pesado, que apretándome el hueso me hizo ver estrellas. Al instante que fui puesto en libertad, los miserables espectadores de esta chanza pesada, fieron á careajada tendida de los movimientos zopconcos con que manifestaba yo mi dolor; y de mis esfuerzos ridículos para deshacerme de lo que no podía menos de llevar conmigo en mi huida. Ellos me esparitaron con palmadas y gritos hasta que me perdieron de vista; pero como el temor, la pena y la confusión me impulsaban á correr con todas mis fuerzas, salté con tal impetu entre dos estacas de una palizada, que no estaban bastante separadas para que pasase la máquina diabólica, que la dejó allí con el resto de mi rabo. Encontréme entonces en el patio de un rancho, y temiendo me revolcase un mastín que divisé de lejos, continué huyendo, pero unos aldeanos que trabajaban en un pajar, viendo que corría yo sin ser perseguido, que mis ojos estaban inflamados, y mi boca cubierta de espuma, se imaginaron que tenía yo rabia y dándome en la cabeza con un mayal, me aplastaron los sesos.

Luego que dejó este mutilado y perseguido esqueleto, me encontré bajo las alas de una calandria que acababa de empollar, con otros tres compañeros salidos del cascarón. Me recojíe entonces con la esperanza de poder elevarme fuera del alcance de la humana barbarie; pero mi madre, antes que estuviese yo en estado de volar, fué sorprendida en su nido por un muchacho de escuela, que la agarró con tal fuerza, que no sólo le fué imposible escaparse, sino que murió á poco de los estrujones. El muchacho tomó después el nido con todo lo que contenía, y lo colocó en una canasta, en donde perdí á mis desgraciados compañeros por el cambio de alimento y el maltrato. Sólo yo sobreviví, y luego que pude tomar alimento por mi mismo, me tomé

la madre de mi tirano, cuando fué á pagar á su Señor la renta de una tierra, y me presentó á él como regalo para su hija que tenía diez y ocho años, y era extremadamente hermosa. Los horrores de mi cautividad comenzaron entonces á disminuir; ya no temía yo la tosca mano de un muchacho turbulento, cuyo amor era apenas menos peligroso que su resentimiento, y que enamorado de algún nuevo juguete podía descuidarme y dejarme morir de hambre, ó que podía torcerme el cuello porque desease emplear en otra cosa los centayos que debían procurarme alimento. La prisión de mi jaula se me hizo habitual, y fui colocado cerca de una ventana muy agradable; las manos más finas del mundo me daban de comer, y me imaginaba yo no poder sufrir ninguna calamidad, bajo la protección de la sonrisa y de las gracias.

Tal era mi situación cuando una Señorita vino á visitar á mi ama, y le dieron ganas de acariciarme; cantó, y alargándome un dedo saltó sobre el; ella me tocó, aplicó mi cabeza á su cuello, y yo, para mostrarle mi agradecimiento, comencé á cantar; luego que cesó mi canción, dijo ella á mi ama que un pajarito tan hábil como yo, podría adquirir en el canto una perfección completa con sólo sacarme los ojos, y tenerme encerrado en una jaula mucho más reducida. Mi ama, después de habérselo asegurado de nuevo que mi canto mejoraría mucho, consintió en tan horrorosa propuesta, y el día siguiente hizo ella misma la operación, con la punta de una aguja de tejer calcetas, hecha ascua. Mi situación fué entonces más fácil de concebir que de expresar; pero no sufrí largo tiempo la prisión obscura y perpetua que se me destinaba, porque un gato vino una noche sin ser visto, metió la mano entre los alambres de la jaula, y sacándome de ella me devoró.

No me disgustó verme otra vez en libertad y capaz de divertirme en el aire, en la forma de un escarabajo; pero apenas había yo comenzado esta nueva existencia, cuando un Señor en cuyo jardín comía yo una de las hojas de un cerezo, me rogó, y volviendo á su hijo de seis años le dijo: toma este pajarito. El muchacho me recibió con risa que me hizo temblar, y según se le había enseñado, me empaló en un alfiler al cual ató una hebra de hilo, y fui condenado á divertir al mocos, revolviendo alrededor con las agonías de la muerte; y cuando me vi casi expirando sin poder hacer más uso de mis alas, se le aconsejó que me aplastase con el pie, lo cual hizo él sin misericordia.

De escarabajo me convertí en gusano de tierra, y me encontré

en el muladar de una granja. En este cambio me animaba yo pensando que si no podía rotar, no era probable que pudiese yo agrandar ni ofender á los hombres, pues ambas cosas me eran fatales; esperaba pasar mi vida en paz, escapando incógnito de la más cruel de todas las criaturas; pero no gocé largo tiempo del consuelo de estas reflexiones, porque una mañana oí un ruido inusitado, y sentí que la tierra se removía; subí sobre una pequeña eminencia para descubrir la causa, y en el acto fui levantado por un hombre andrajoso, que había hincado un tenedor de hierro en el muladar para descubrir otros seros de mi especie. Fui colocado en una vasija rota con otros asociados en mi desgracia, y puesto después á la disposición de uno de aquellos benignos muchachos que se deleitan en pescar, el cual nos llevó la mañana siguiente á la orilla de un río, en donde le vi tomar á uno de mis compañeros, y silbando una canción, atravesó su cuerpo con un gancho de lengüenta, que le entró por la cabeza y le salió por la cola. El miserable animal se encorvó en el anzuelo sangriento, con dolores que no pueden concebirse por un hombre, ni ser sentidos por quien no sea vital en todo su cuerpo. En esta condición fué suspendido en el agua como cobo para péz, hasta que fué tragado juntamente con el gancho por una anguila. Mientras atestiguaba yo este terrible espectáculo hacia yo reflexión sobre la gran desigualdad entre el placer de atrapar la presa y el dolor padecido por el cobo; pero estas reflexiones fueron interrumpidas porque llegó el momento de que sufriese yo igual martirio.

Te faltaría papel si le relatase yo todo lo que padece de la barbarie de los hombres, bajo la forma de un gallo, de una langosta y de un marrano; bástete saber que padece la misma especie de muerte de los que son enrodados; fui asado vivo á fuego lento, y azotado con sogas delgadas para satisfacer el fiencioso apetito del lujo, ó contribuir al regocijo de la canalla.

Hasta aquí sólo había sido yo amanuense de un dictador invisible, cuando, continuando aún mi sueño, sentí algo que me hacía cosquillas en la muñeca de la mano, y volviendo los ojos para ver lo que era, descubrí una pulga que logré coger y la quemé en la candela. Al instante desapareció la pulga, y una joven muy bella se presentó á mis ojos. Miserable atolondrado, me dijo, has cambiado otra vez el estado de mi existencia, y expuéstome á calamidades mayores todavía de las que he sufrido. Como pulga era yo tu monitor, y como pulga podía haber esca-

palo de tu crueldad, si no hubiese querido instruirte. No es posible que pueda yo vivir ahora oculta, y por lo mismo imposible que pueda vivir segura. Los ojos del deso van á fijarse sobre mí; la perseverancia y las maquinaciones me tenderán lazos para hacerme caer en el vicio y en la infamia; pero cuando el hombre es todavía mi enemigo, aunque cuando me asalte con más violencia, y me persiga con mayor obstinación, mí poder para resistir será menor. En mi propio seno hay un rebelde que trabajará para hacerme caer, cuya influencia es perpetua, y la influencia perpetua no se vence fácilmente. Publica sin embargo, lo que te he comunicado; si alguno puede abandonar un descuido criminal de la felicidad de seres inferiores, y evitarles tormentos, considerando el efecto de sus acciones irreflexivas, no habré sufrido en vano. Pero como ahora no sólo me hallo expuesta á malos casuales, puesto que además de los de mi propia ligereza, me sitúa los de la astucia, para subsanar el daño que me has hecho, preven en el *Aventurero* á las personas de mi sexo, de todas las vilezas que practican los hombres para causar su ruina, y trata de desviar á éstos de semejantes atentados, pintándoles la enormidad de su crimen y lo vergonzoso que es fingir un amor tierno y ardiente, con el único fin de sumergir en la miseria más grande á la bella que ha creído en el amor fingido, y á la inocente desprovista de sospecha.

Al escuchar esta arenga, mi corazón palpitó violentamente y los esfuerzos que hice para contestar me despertaron.

#### ALEGORÍA DEL DÍA.

*(Ensayo de Hamletworth, publicado en el Aventurero de Londres.)*

#### SEÑOR AVENTURERO.

Cabe en suerte á los que no viven en la obscuridad, á los que no atraviesan este valle de lágrimas sin ser distinguidos, ni se ocultan en los bosques de la soledad, el tener muchos conocidos y pocos amigos.

Un conocido es un ser que nos saluda con la sonrisa en los labios; que nos dice en el mismo instante que se alegra de los bienes y deplora los males más insignificantes que nos acontecen; que apenas desea volvernos á ver; que nos abandona en las des-

gracias y las enfermedades, y cuando morimos no se vuelve á acordar de nosotros. Un amigo es aquel con quien nuestro interés se halla ligado, que nos consuela en la tristeza de nuestras enfermedades y en la obscuridad de una prisión; á quien cuando fuéramos, aun nuestros restos serán sagrados; que los acompaña con lágrimas hasta el sepulcro, y conserva nuestra imagen en su corazón. Nuestras calamidades pueden apesadumbrar á un amigo, y nuestras necesidades empobrecerlo; pero sólo el desprecio puede ofenderlo y la ingratitud enajenarlo. No debe, pues, causar asombro que se ofenda ó se enajene á un amigo? Y puede haber ejemplo más fuerte de la locura y el capricho de los hombres, que el negar á aquellos de quienes es evidente que depende su dicha, aquella urbanidad que prodiga á otros, sin más esperanza de recompensa que la instantánea y trivial vanidad, de oír sus cumplimientos y sus protestas de obediencia?

Nadie tiene más que yo que quejarse de este capricho. Nunca se ha negado que mi persona carezca de importancia; se me concede el gran poder de agradar y de instruir; he contribuido siempre á la felicidad de los que me tratan bien, y debo confesar que jamás se ha abusado de mí, sin que haya yo dejado señales de mi resentimiento.

Soy en lo general considerado como amigo, y son rarísimos los que piensan en separarse para siempre de mí, sin el mayor sentimiento ó inquietud. En cualquiera parte á donde voy, conozco que he sido deseado; que se han fundado esperanzas en mí llegada, y que el placer que se espera que yo difunda, ha sido gozado anticipadamente. Los jóvenes y los que ven el mundo como escena de negocios ó de placeres, suelen apetecerme con tal impaciencia, que aunque cada momento acerque las arrugas y la decrepitud con irresistible rapidez, desearían fuese anonadado el tiempo de mi ausencia, y aun más precipitada la venida de las arrugas y de la decrepitud. No puede en verdad darse mayor prueba que ésta, de mi influencia sobre su felicidad ó del amor que me tienen; y sin embargo, el regocijo con que me reciben disminuye pronto; parece que se cansan de mi compañía: que desearían de nuevo acortar la vida, apresurando la hora de mi ausencia, y que ven con sentimiento que mi visita se prolongue.

Confieso que no es dado procurar iguales ventajas á los viejos, y sin embargo, hay algunos notables por sus virtudes, que me tratan con las pruebas más constantes de amistad. Nunca se muestran impacientes de verme cuando estoy ausente, ni me reciben

con alborozo cuando aparezo, pero mientras estoy en su compañía me tratan con agrado y buen humor; y á medida que disminuye la primera animación con que me reciben, el tenor de toda su conducta es más igual; me permiten que los deje por la tarde sin importunarme para que prolongue mi visita, y me ven partir con indiferencia.

Quizá se imaginará Vd., Señor *Aventurero*, que yo me distingo por alguna singularidad de la cual es consecuencia el trato extraordinario que recibo. Como son pocos los que pueden juzgar con imparcialidad de su propio carácter, ninguno que afirma que el suyo es bueno, es creído piamente porque el lo dice; y para que juzgue Vd. por sí mismo, le referiré el modo con que soy recibido por personas de diferente rango, capacidad y empleo. Expondré los hechos sin falso colorido, y no suprimiré, suavizaré ni exageraré circunstancia alguna que pueda servir á aclarar el verdadero estado de los hechos, y estoy seguro de que la sagacidad de Vd. me hará justicia.

En verano me levanto muy temprano, y la primera persona que veo es un campesino trabajando, que generalmente me ve con alegría, aunque rara vez participa de mi generosidad. Mientras estoy con él, apenas suspende sus trabajos; y sin embargo, habla de mí con agrado, y jamás me trata con desdén ni indecencia; excepto quizá, algún día de fiesta que ha bebido copiosamente, cosa que yo puedo disimular fácilmente, aunque por lo regular recibe una indirecta de su falta la mañana siguiente, para que se conduzca mejor en lo futuro.

Pero aunque tenga yo razón para estar más satisfecho de la conducta de los que veo primeramente, con todo, en mis paseos matinales por la ciudad, estoy casi seguro de ser insultado. Luego que me distingo á distancia el miserable que ha pasado la noche en la taberna, comienza á murmurar maldiciones contra mí, aunque sabe que recaerán sobre su propia cabeza, y continúa impaciente hasta que puede cerrar su puerta y ocultarse en la cama.

Tengo una hermana, y aunque de tez muy oscura, no deja de tener encantos. Se dice que ella parece mejor á la luz artificial en los lugares públicos, en donde el brillo de sus joyas, de sus vestidos y la multitud de otros objetos, impiden que su persona sea examinada minuciosamente. Algunos jueces competentes se han imaginado, quizá por capricho, que hay en ella un no sé qué muy agradable á la luz de la luna; una especie de tranquilidad apacible, un destellamiento dulce, que suaviza sus facciones y

agrega gracia á sus modales. Se dice igualmente, que se halla mejor dispuesta á una agradable compañía en un paseo, bajo la trémula sombra de una alameda, á lo largo de una ribera florida, ó la arenosa playa del mar.

Los principios de mi hermana difieren de los míos en muchos particulares; pero ha habido siempre tal armonía entre nosotros, que rara vez se muestra ella risueña á los que me han visto pasar con desprecio ó negligencia. Mucho menos usa ella de su influencia, que es muy grande, para procurar alguna ventaja á los que me arrojan de su presencia con maldiciones; y sin embargo, ningunos se aplican más á cortejarla y á permanecer más tiempo en su compañía, que mis enemigos más implacables.

En general, ella es mejor recibida de los pobres que de los ricos; y en efecto, rara vez visita al indigente y necesitado, sin traerle algo para su alivio; con todo, los que se muestran más solícitos para comprometerla en partidas de placer, son siempre sospechados de algún mal designio. Quizá podría Vd. pensar que hay algo de enigmático en todo esto; y yo, temeroso de que no pueda Vd. todavía conocer á fondo mi carácter y declararse en mi favor, daré á Vd. una ligera idea de los incidentes que me han ocurrido durante las últimas once horas.

Son en este momento los cinco de la tarde, me levanté á las cuatro de la mañana, poco después me paseaba yo frente del reloj de la catedral; fui visto por un hombre bien vestido que me pareció había dormido bajo uno de los portales, y á quien el sereno acababa de decir justamente que yo me acertaba. Después de tartamudear este hombre varias palabras y bambolearse algunos pasos, me miró con ceño bajo su sombrero, y me insultó directamente. Dijo al sereno lo mejor que pudo, que había estado en compañía de mi hermana, hasta que se emborrachó, de tal manera, que no le fué posible encontrar el camino de su casa, y agregó que odiaba mi presencia como la del diablo. Manifestó en seguida, deseo de que un coche viniese á tomarlo, y librarlo de mis ojos.

Hacia las ocho visité á una señorita que no pudo verme porque justamente acababa de regresar de una tertulia. En seguida fui á casa de un estudiante que me recibió lleno de júbilo, pero me dijo que iba á ver á un caballero, á cuya hija había el enamorado largo tiempo, y que el padre al fin, por empeño de sus amigos, había consentido en el casamiento, aunque otros varios habían ofrecido mayores ventajas. No quise hacerle mala obra deteniéndolo, y cerca de las doce encontré á un joven disipado y gastador, á



quien había yo ofrecido muchas oportunidades de labrar su dicha, que el no quiso aprovechar y apenas lo dejaba yo, sin haberlo convencido, cuando comenzaba á disipar su vida en solicitud de placeres que nunca podía encontrar. Me miró con una cara en que se traslucía su sospecha, su temor y su perplejidad, y parecía desear que hubiese yo retardado mi visita, ó sido despachado por su criado; porque se había imaginado como después he sabido, que un aguacil se hallaba detrás de mí. Después de comer encontré otra vez á mi amigo el estudiante; pero el que hacía poco me había recibido muy plentero, me vió entonces de soslayo, con cara de herrero, y si hubiese estado en su poder me habría destruido, por la sola razón de que el padre de la joven había cambiado de parecer.

Quizá dirán á Vd. algunos que soy inconstante y caprichoso; que jamás soy la misma persona durante cuarenta y ocho horas consecutivas, y que ningún hombre sabe si le traeré el bien ó el mal en mi próxima visita; pero la identidad de persona puede negarse con igual verdad al *Acastorio* y á cualquier ser sobre la tierra, porque todos los cuerpos animales se hallan en perpetuo estado de decadencia y renovación. Calumnia tan ridícula no merece respuesta seria. Creo que ahora se encuentra Vd. ya en estado de refutar cualquiera otra sofistería de mis enemigos, y de convencer á los hombres de que si yo no los dejo más juiciosos y afortunados de lo que los encontré, la culpa es suya y que todo el que ha logrado mejorar gradualmente su alma y su conducta, ha conseguido una fuente de felicidad divina, un pozo de agua viva, que como el aceite de la viuda, aumentará á medida que se derramare, y aunque fué suplida por tiempo determinado, la eternidad no la agotará.

El periódico de Vd. me parece medio eficaz para que los hombres me traten mejor, y espero que Vd. mismo se mostrará solícito de obtener la amistad de su muy humilde servidor. — Hoy.

#### PELIGRO DE CIERTA CURIOSIDAD FEMENINA.

(Ensayo de Moore, publicado en el Mundo de Lovres.)

Estrando el otro día en un café, vi cuatro ó cinco caballeros alrededor de una mesa, que letan algo en la *Crónica de los Tri-*

buñales, y reían de buena gana. La gravedad de mis años no me permitió informarme en el acto de lo que les hacía reír; pero me propuse esperar, y luego que se marcharon tomé el periódico y encontré que el motivo de su alegría era el juicio de un mozo de diez y siete años, que, cerca de un cementerio, había robado á una muchacha sirvienta, una bolsa con algunas piezas de moneda. La declaración de la sirvienta era como sigue:

« Yo, señor, fui con otra criada al teatro para ver la comedia de la *Muger Intrigante*, que sin duda nos hizo al fin mal provecho por lo que hace á los malos pensamientos, pues por eso creo que mi compañera se escabulló al salir dejándome plantada, y no volvió á su casa en toda la noche. Yo tuve que atravesar sola el cementerio de San Pablo, y allí me atajó el prisionero queriendo que le diese un beso; Ah! Inante, me dije yo á mí misma, ya te vi en el teatro; pero si quieres un beso te lo daré y márchate á tu negocio, porque de mí no conseguirás más, te lo aseguro. Esto me lo dije á mí misma señor, mientras él me besaba; pero señor, se fué volviendo muy atrevido, de suerte que yo permanecí inmóvil contra la pared sin chistar para nada, porque quería ver hasta dónde iría su atrevimiento. Pero de repente, cuando no pensaba yo en tal cosa; zas! reventó el cordón con que tenía yo atada mi bolsa á la cintura y corrió con ella. Entonces creí que ya era tiempo de gritar; ¡atajan, atajan al ladrón! hasta que el sereno le echó garras, y nos condujo á los dos ante el comisario; y con perdón de Vd., señor, jamás me vi tan furiosa, porque ¿quién habría pensado tal cosa de un muchacho de tan buena cara? »

La extremada sinceridad de esta declaración me agradó mucho, y no pude menos de pensar que el caso podía procurar una buena lección á mis bellas lectoras, que se permiten contentar su curiosidad en ocasiones en que sería más que prudencia suprimirla, y que contienen sus lenguas cuando debían desatirlas para gritar. Las que se permitieren la misma curiosidad que esta pobre muchacha no saldrán quizá tan bien libradas (a) y el

(a) Los auelo' suceder lo que al pez de que habla Metastasio:

Nada el pez y abre la boca  
Del anzuelo en rededor;  
Parece que el cebo tocan,  
Mas se va y deja en la roca  
Engañado al pescador.

ladrón no será traído ante la justicia por el robo que ha cometido. En verdad, los serenos á quienes incumbe atrapar tales ladrones, se hallan por lo regular dormidos; á menos que de cuando en cuando no vigile un padre ó un marido; pero el robo nunca es restituído. Hablando en oro puro, el gran destructor del honor femenino es la curiosidad. Esta fué la fragilidad de nuestra primera madre y ha sido transmitida en doble porción á casi cada una de sus hijas. Hay dos especies de curiosidad contra la que yo desearía se precaviesen mis bellas compatriotas: una es la curiosidad mencionada; es decir, la de ensayar hasta qué punto puede conducir la impudencia á un hombre, y la otra la de conocer ellas mismas su propia fuerza, y ver hasta dónde pueden ser estimuladas y retirarse sin mella. También les aconsejaré que guarden sus bolsas como sus personas, contra la traición de los hombres, porque muchas veces es difícil que conozcan si los designios de aquellos son contra su bolsillo ó contra su honor.

En el buzón de esta redacción se han encontrado las siguientes cartas:

SEÑOR REDACTOR DEL *Mundo*:

Con frecuencia ha censurado Vd. en su periódico los vestidos muy escotados de las mujeres; pero sería de desear que de vez en cuando dirigiese consejos caritativos á ciertos hombres que, con intención ó sin ella, se visten de tal manera, que ponen á las personas de mi sexo en terribles embarazos.

Ha de estar Vd., señor redactor, en que soy una de tres solteras de juicio maduro, que, sin ser parientes, hemos resuelto vivir y morir unidas. Nuestros bienes de fortuna, que separadamente serían escasos, nos permiten, reunidos, vivir cómodamente y tener dos criadas y un lacayo. Patricio lleva seis años de estar á nuestro servicio, y haciéndole justicia debo decir que es sobrio, asento y diligente. En efecto, habiéndose esmerado en estudiar nuestros genios y en obedecer silenciosamente nuestros caprichos, porque no pretendemos carecer de ellos, ha llegado á hacerse tan indispensable, que sin él nada andaría bien. No le damos librea, pero

Vuelve alegre, juega, gira,  
Y se prende sin querer  
En el gancho que retira  
El pescador, que lo mira  
Desangrarse con placer.

Tr.

además de su salario, le hemos señalado una bonita suma anual para sus vestidos; y hablando con verdad, hasta la semana pasada siempre se había vestido con suma propiedad y decencia, cuando de repente, con gran confusión y apuro nuestro, tuvo el descaro de presentarse á servirnos la mesa con calzones de mahón anteaño abominables, tan sumamente ajustados al cuerpo, que un observador menos curioso habría creído que Patricio no tenía calzones de ninguna especie. Podría haber creído que la confusión y bochorno que visiblemente aparecieron en nuestros semblantes, le habrían dado á conocer lo impropio de sus vestidos; pero el tunante parece que ha renunciado toda exterioridad decente, porque cuando nos ha servido el té en el salón, delante de algunas visitas, nos hemos visto forzadas á sufrirlo con su detestable mahón, durante lo cual nuestra modestia ha luchado con la naturaleza, para deshechar las ideas involuntarias que nos vienen con semejante espectáculo.

Los dos primeros días, aunque no pudimos pensar en otra cosa, la vergüenza nos hizo guardar silencio; aun entre nosotras mismas; pero ya no fué posible guardarlo más tiempo; no obstante, ninguna de nosotras sabía qué medida se debía tomar. Patricio, como llevo dicho, es buen criado, y despedirlo por sólo esta falta, cuando podría probablemente remediarse con sólo hablar una palabra, habría sido llevar la materia hasta el extremo. Pero ¿quién de nosotras debía poner el cascabel al gato? Esta era la grande dificultad; decirle, Patricio, vístete de otra manera; ó Patricio, ese vestido no nos gusta, era ponernos en la necesidad de señalarle sus calzones para darnos á entender. Tampoco nos parecía conveniente valernos de Isabel ni de Mariana para que lo hiciesen, porque sin duda, esto las habría metido en explicaciones muy espúreas; que tal vez habrían producido funestas consecuencias.

Después de deliberar algunos días sobre lance tan apretado, y no sabiendo en dónde fijar la vista cuando Patricio está presente, ni atreviéndonos á cerrar los ojos por temor de descubrir la causa, me ocurrió escribir á Vd. informándole de nuestro apuro. Como estamos abonadas al *Mundo* y Patricio siempre lo lee, creemos que este medio sería excelente para libertarnos del continuo sonrojo en que vivimos. Si Vd., señor redactor, se paseare por la mañana en las alamedas, no podrá menos de observar la extensión que ha tomado la moda de los pantalones de mahón, sobre todo en esta estación. Yo preferiría que Vd. censurase esta moda

en general, sin particularizar los calzones de Patricio; con todo, lo dejo enteramente á la elección de Vd. y sea cual fuere la determinación que tomare, será del agrado de su muy atenta servidora. — *Marta Pudibunda.*

El caso de esta señora y sus compañeras es tan poligado, que temiendo que mis indirecta no haste para que Patricio comprenda lo que se quiera, he creído que lo mejor sería publicar la carta la cual la he recibido, y si á pesar de esto Patricio volviere á presentarse delante de sus amas vestido de mahón, autorizo á Mariana e Isabel para que quemen sus calzones en cualquiera parte que los encontraren.

Hablando seriamente, he observado á menudo la indecencia de los pantalones de mahón ó otra tela ligera muy cañidos al cuerpo, y por lo tanto, declaro que desde hoy 26 de Junio, quedan prescritos. Si alguno apareciera con ellos será considerado como infractor de las leyes de la decencia y el buen gusto.

SEÑOR REDACTOR DEL *Mundo.*

Soy una soltera muy verídica, de cerca de setenta años; pero tengo una porción de sobrios impertinentes, que porque he conservado mi buen humor, pretenden que no he podido conservar mi entereza corporal. Ruego á Vd., señor redactor, tenga la bondad de decir á estos impudables parientes míos, que no es imposible que una mujer posea dos virtudes á la vez, y que puede ser alegre y pura, como puede ser alegre y juiciosa; pero como siempre me están haciendo rabiar á este propósito, me viene á veces la idea de renunciar dicha entereza para conservar mi buen humor; porque temo que fidiando con ellos todos los días por lo que dicen que he perdido, llegue á perder en realidad lo que ellos no niegan que poseo. Ruego á Vd. me aconseje en este arduo negocio, y crámelo su muy atenta servidora. — *Prudencia Guardafirme.*

En contestación á la señora Guardafirme, sólo diré que si yo estuviese condenado á que alguno me hiciese rabiar por haber conservado mi honestidad, preferiría serlo por el más impudente de los hombres, y no por parientes irrespetuosos y mal educados.

### CARTA DE RICHARDSON.

(Dirigida al Redactor del Espejo de Edimburgo.)

SEÑOR REDACTOR.

« Hará unos treinta años que paseándome en Egipto por las márgenes del Mar Rojo, entré casualmente en conversaci6n con un Dervis, que me condujo á su ermita. Nuestra amistad fué desde entonces creciendo hasta el grado de hacernos muy gratas nuestras conversaciones filosóficas sobre las cosas de este y del otro mundo. Cuando me vi obligado á dejar el país, sentimos mutuamente nuestra separaci6n, y mi amigo como recuerdo de nuestra amistad, me regaló un espejo. Francamente confieso que vista la pobreza del Dervis y el modo simple de hacerme la oferta, tuve por casi nulo el valor intrínseco del presente. Sin embargo, examinándolo y deseando manifestar que lo apreciaba, este espejo, le dije, puede serme muy útil; como es de mediano tamaño podré llevarlo en el bolsillo, y cuando me encuentrare en sociedad me servirá para componerme la corbata ó endepear la peluca, porque en aquel tiempo para atraerse el respeto de los musulmanes, llevaba yo, como otros extranjeros, una peluca de tres colas.

Este espejo, me dijo el Dervis mirándome seriamente, vale más de lo que suponéis, de lo cual quedaréis convencido al saber su naturaleza y efectos. Hay espejos convexos que representan los objetos en miniatura, de modo que las imágenes son bellísimas. Una tertulia representada por un espejo convexo aparecerá sin mancha ni defecto, como si fuese compuesta de amables Sifios. Pues bien, amigo mío, mi espejo no es convexo; ni tampoco cóncavo, porque los espejos cóncavos producen un efecto enteramente contrario, y aumentando los objetos que representan, harían á las furias del paraíso tan espantosas como las furias. En una palabra, mi espejo es plano, simple y bueno, fabricado para representar los objetos tales como son, pero con propiades y cambios que no producen los espejos comunes.

Siempre que tuviereis, prosiguió el Dervis, dadas sobre la regularidad de vuestra conducta, ó temor de que el móvil de vuestras acciones no sea exactamente el que intentáis ó deseáis, os aconsejo que consultéis inmediatamente el espejo, en el cual os miraréis sin disfraz. Á la verdad, señor redactor, he hecho tantos ensayos de

este espejo, según las instrucciones del Dervis, y he quedado tan poco satisfecho de mí mismo, que realmente me tiene fastidiado. Lo he consultado en el momento de dar limosnas, creído de encontrar en mi rostro las señales de una compasión benigna, y me he visto inflamado y envanecido de ostentación. Otras veces indignado, según me parecía, de los vicios de los hombres y de su ceguera respecto del verdadero mérito, he consultado mi espejo, y visto en mi semblante el sonrejo de la cólera y el hechorno de mi frustrada ambición. Últimamente uno de mis amigos me lea uno de sus trabajos literarios, y me pareció algo satisfecho de su propio mérito. Este amigo esperaba y merecía ciertamente aplauso; pero yo me dije á mí mismo, no quiero contribuir á la vanidad de nadie, ni exponer á mi amigo al desprecio del público aumentando su presunción, y guardé un silencio inflexible y obstinado. Consulte mi espejo, y me avergüenzo de decir que el móvil de mi conducta no era tan puro.

Pero en vez de exponer mis propias enfermedades, quiero, de acuerdo con algunos de los principios más poderosos de nuestra naturaleza, y en cierto modo exponerme menos á la censura de mis propios defectos, explicar las propiedades de mi espejo, por las imágenes que me ha presentado de los otros hombres.

El Dervis me había dicho: siempre que dudareis de algún hombre, aprovechad el momento, y cuando menos lo esperare, considerad su rostro en el espejo. Mucha diversión os procuraría, señor redactor, si os gusta aquella especie de crítica moral llamada escudado, al ver los descubrimientos que yo he hecho. He visto varios médicos, con la cabeza inclinada sobre una espalda, los ojos fijos en el rincón de una habitación, ó clavados en su reloj, aparentando contar las pulsaciones del enfermo, cuando en realidad contaban en su propia alma el número de pesos que ganarían en sus visitas de aquella día, ó estudiaban las palabras de galanteo que se proponían dirigir á alguna belleza.

Con frecuencia he llevado mi espejo á la iglesia, y sentado en un cómodo rincón, lo he dirigido hacia el púlpito y atrapado el rostro del vehemente predicador en el momento de varios gestos y ademanes, los cuales expresaban, no humildad sino orgullo; no deseo de comunicar su instrucción, sino de procurarse aplausos; no de explicar el evangelio, sino de dar á conocer la excelencia del predicador.

Ese espejo, me dijo el musulmán, no sólo os mostrará á vuestros conocidos tales como son, sino como desean ser, y para esto hasta

tenerlo del modo que me explicó. Del empleo de mi espejo, según la manera indicada por el Dervis, he sacado infinita diversión. ¡Cuántas personas, horrorosamente feas, han aparecido divinamente hermosas; cuántos individuos torpes se han vuelto asombrosamente diestros; cuántas mejillas arrugadas han tomado repentinamente una frescura juvenil! Con todo, debo confesar, por sorprendente que ello pueda parecer, que en lo general he encontrado á los hombres muy satisfechos de sus talentos, y por lo que hace á la moral y los deberes religiosos, he encontrado muy pocos que desearan cambio en su presente condición. Por el contrario, he encontrado muchas personas no poco solícitas de adquirir el uso fácil de algunas impiedades é inmoralidades de moda. He visto hombres y mujeres de superior educación, bien vistos en el mundo, hacer los mayores esfuerzos para olvidar el catecismo, y meditar en su alma alguna chocarrería de moda contra la religión; sin embargo, como el Amén de Macbeth, la he visto obstruida en sus gargantas.

Pero, continuó el Dervis, si tenéis el espejo en una postura conveniente, no sólo os manifestará á los hombres como son, ó como desean ser, sino con los talentos y habilidades de que ellos se figuran poseídos. Esta propiedad del espejo del musulmán me ha procurado más entretenimiento que ninguna otra. He visto transformar repentinamente toda una sociedad; he visto al hombre pesado y común, convertido en airado caballero, al profundo filósofo en hombre de mundo, y á la mujer del artesano con porte de condesa.

Ahora bien, señor redactor, como habéis comprendido la importante ocupación de instruir al público, y reconozco que sois más á propósito que yo para poseer este precioso espejo, os lo envío con esta carta, en la que hallaréis adjunta una lista de varias personas y casas en que podréis enajenarlo con utilidad. Todo lo que os pido en recompensa es, que uséis este extraordinario don, de manera propia y conveniente, porque del mismo modo que otros excelentes donos, se halla expuesto al abuso. Por lo tanto, empleadlo con circunspección, no deis ocasión para que alguno diga que hacéis uso de un vidrio falso, que la reflexión no es justa, que la representación es parcial, ó en fin, que reproduce imágenes incompletas, desfiguradas y tuerzas. Confiado de que este espejo será en vuestras manos un instrumento de la mayor utilidad, tengo la honra, señor redactor, de suscribirme, vuestro humilde y atento servidor. — Vitreus.

## NO HAY HONOR SIN VIRTUD.

ALEGORÍA.

*(Sueño de Hooksworth, publicado en el Aventurero de Londres.)*

La palabra *honor* es quizá la menos entendida en todos los idiomas, habiendo pocas de las comprendidas erróneamente, que causen tantos daños como esta.

El honor es á la vez un motivo y un fin: como principio de acción difiere de la virtud en un solo grado, y por lo mismo la incluye necesariamente, como la generosidad incluye la justicia. Considerando el honor como recompensa, sólo debe recaer sobre aquellas acciones que no pueden disminuir de ningún otro principio. Decir de alguno que es hombre de honor, es á la vez atribuir el principio y conferir la recompensa; pero en la común aceptación de la palabra, el honor, como un principio, no incluye la virtud, y por consiguiente como recompensa se aplica á menudo al vicio. Tal es, en efecto, la ceguera y el yosallaje de la razón humana, que los hombres se sienten desanimados de la virtud, por el temor de la vergüenza, é iniciados al vicio por la esperanza del honor.

El honor, en efecto, se reclama siempre en términos plausibles; pero los hechos en que se funda la pretensión, son por lo regular perversos y abominables. Lotario se arroga el carácter de hombre de honor por haber defendido á una mujer de los insultos de su marido; y Vitelio se lo arroga igualmente por haber cumplido, á costa de su libertad, un compromiso á que las leyes no lo habrían obligado; pero el campeón de la mujer la sedujo primero al adulterio, y para preservarla del resentimiento de su marido, lo mató en desafío: y el marido de su promesa pagó una suma á un jugador rico que se la ganó á los naipes bajo su palabra, y con la cual pudo haber satisfecho lo que debía á unos artesanos honrados. Tales son los hombres de honor en la opinión común, y el que en ciertas circunstancias se abstiene de asesinato, perfidia ó ingratitude, sería desechado, como si su trato infamase á los demás.

Estas reflexiones hacia yo la otra noche antes de poder conciliar el sueño, cuando al fin me quedé dormido y comencé á vagar en las regiones de la imaginación. Soñé que hallándome sentado, pensativo y solo al pie de una montaña, un hombre muy venerable se acercaba á mí con paso apresurado, y haciéndome seña de que le

siguiese, comenzó á subir la montaña muy de prisa. Mi alma presintió en el momento que este era el genio de la instrucción y por lo mismo me levanté en el acto y obedecí la silenciosa intimación de su voluntad; pero no siendo yo capaz de subir con igual rapidez, me tomó de la mano diciéndome: no te dilates, porque llegaríamos después de la hora de la iluminación. Subimos pues, juntos, y cuando llegamos á la cima de la montaña, me dijo: examina la perspectiva, y dime lo que ves. Á la derecha, le contesté, veo un valle dilatado, y á la izquierda una llanura sin término: al fin del valle se halla una montaña que sube hasta las nubes, y en la cima un resplandor que no puedo ver aún con ligeza. En el valle, me dijo, se agolpan y avanzan los discípulos de la virtud; y los secuaces del vicio vagan en la llanura. El sendero de los primeros está sembrado de asperezas: sus pies son á veces heridos con las espinas, y á veces lastimados contra las piedras; pero la atmósfera que reina sobre ellos está siempre serena, y se sienten refrescados con brisas saludables, y fortalecidos con los rayos de la alegría. La llanura en que vagan los segundos está cubierta de flores que deleitan los sentidos con su fragancia y hermosa; el terreno es blando y nivelado, y son tantos y tan variados los senderos, que el verdor del césped nunca se marchita; pero la atmósfera superior está perpetuamente obscura; nunca se ve el sol, ni se sienten las brisas; el agua se estanca, y los vapores pestilenciales difunden la pereza, el cansancio y la ansiedad. Al pie de la montaña están los retretes de la paz, y en la cima el templo del honor.

Pero no todos los discípulos de la virtud suben la montaña: el sendero va en verdad, más allá de los retretes, y en el último terreno se encuentra la subida del precipicio; ascender á él, es el trabajo voluntario del fuerte y atrevido; detenerse, es el reposo irreprochable del tímido y cansado. No á todos los que han vencido las dificultades del camino, se han abierto las puertas del templo; ni se han cerrado siempre á los que no lo han transitado. El declive de la montaña por el lado opuesto es gradual y fácil; y por decreto del Hado, la entrada del templo del Honor, ha sido siempre reservada á la Opinión. La Opinión debía ciertamente haber obrado bajo la influencia de la verdad; pero pronto fue pervertida por la Preocupación y la Costumbre: admitió á muchos de la llanura que subían la montaña sin trabajo, y desechó á varios que se habían afanado subiendo el precipicio situado en el sendero de la Virtud. Los últimos sin embargo, no se desgajaron para ser recibidos; sino que murmuraron en silencio, ó satisfechos con un orgullo

noble y la conciencia de su propia dignidad, volvieron la espalda á la Opinión con desdén y menosprecio, y se rieron del Mundo que habian dejado atrás, y que habia atestiguado sus trabajos privados de recompensa.

Pero la multitud dentro del templo se manifestaba descontenta y tumultuosa; los discípulos de la Virtud, celosos de una preeminencia que habian obtenido por medio de los mayores esfuerzos del poder humano, intentaron expulsar á los que habian vagado negligentemente por el declive y sido admitidos por la Opinión para contaminar el templo y dishonrar la asamblea. Todos aquellos á quienes se disputaba el derecho de entrar, estaban prontos á decidir la controversia con la espada; y como nada temian más que la tacha de cobardía, trataron con la mayor insolencia á los que declinaban esta decisión, y que sin embargo no querian consentir en que fuesen admitidos.

Este tumulto y confusión fueron vistos con enojo por el dios del templo, el cual voló al trono de Júpiter, y echándose á sus pies le dijo: ¡Oh gran regulador del mundo, si yo he levantado un templo, en cumplimiento de tus sabias intenciones y de tu amor, para atraer á los mortales sobre el precipicio de la Virtud y animarlos á difundir la felicidad á costa de su vida, no permitas que sea profanado por el Vicio presuntuoso, ni poseído por los que se atreven á pervertir violando tus leyes, y derramando calamidades! Júpiter tocó graciosamente al dios con su cetro, y replicó que no podía revocar el nombramiento hecho por el Hado; que la entrada á su templo tenía siempre que depender de la Opinión; pero que él autorizaría á la Razón para que examinase la conducta de ésta, y que si era posible la pudiese otra vez bajo la influencia de la Verdad.

La Razón, obedeciendo las órdenes de Júpiter, bajó á la montaña del Honor, y luego que se presentó en el templo se suspendió la contienda, permaneciendo todos en silenciosa expectativa; pero apenas anunció su comisión cuando volvió el tumulto con la misma insolencia. Todos contaban en que la Razón declararía que el fallo de la Opinión era en su favor, y los que hablaban más alto esperaban ser escuchados primeramente. La Razón conoció que solo tenia derecho de entrar en el templo, los que habian subido por el sendero de la Virtud; de modo que para determinar quiénes debian ser recibidos y quiénes expulsados, no se requería más que averiguar el sendero por donde habian subido; pero la misma Razón encontró este descubrimiento, aunque fácil en teoría, muy difícil en la práctica.

Los más viciosos afirmaban que si no habian recorrido toda la

extensión del valle, habian venido al pie de la montaña; y que el sendero que habian seguido no podia menos de ser el de la Virtud. Esto fué vivamente contradicho por otros; y para evitar el trabajo entadoso de deducir lo cierto de una multitud de circunstancias, se llamó á la Opinión para que decidiese la contienda. Pero pronto apareció que la Opinión apenas sabia distinguir un sendero de otro, y que no determinaba recibir ni rehusar sobre principios ciertos y con conocimiento de causa. La Razón, sin embargo, continuó examinándola, y para juzgar de la verisimilitud de su evidencia por el dictamen que diese de algún nombre famoso, le preguntó por cuál lado de la montaña habia subido el Macedonio que anegó el mundo en sangre; ella contestó sin titubear que por el lado de la Virtud, y que estaba segura que no se equivocaba, porque lo vió en el sendero á gran distancia, y notó que subía con una precipitación de lo más impetuosa. La Razón, persuadida de la falsedad de este informe, mandó separar á la Opinión, y procedió á examinar con más minuciosidad á los mismos interesados.

Parecieron á la Razón muy absurdos y extravagantes las declaraciones de muchos pretendientes; algunos, como prueba de haber recorrido el sendero de la Virtud, describieron varias vistas y paisajes del lado opuesto de la montaña; y otros aseguraron que el camino era igual y nivelado, y que lo habian transitado sin tropezar, cuando apenas estaban despiertos, y otros cuando se hallaban ebrios con el vino de Champaña.

La Razón imprimió en la frente de todos éstos una señal de reprobación; y como no podia expulsarlos sin el consentimiento de la Opinión, los entregó al Tiempo, sabedora de que la Opinión habia siempre visto á éste con sumo respeto, y que en lo general habia sido amigo de la Virtud.

Se ordenó al tiempo que usase de su influencia para que fuesen expulsados, y que persuadiese á la Opinión á arreglar sus determinaciones por el juicio de la Verdad. La Justicia también decretó que si la Opinión persistia en desempeñar su empleo con negligencia y capricho, bajo la influencia de la Preocupación y ayudada de los absurdos de la Costumbre, la entregaria al Ridículo, ente cruel y feroz, que se complacé en las congojas que causa y que sólo podia castigar á la Opinión, la cual tiembla de miedo al sonido de su látigo, y siempre que le ha sido aplicado por orden de la Justicia, se ha manifestado obediente á la Verdad.

El Tiempo, continuó diciendo mi instructor, trabaja todavía en desempeño de las órdenes de la Razón; pero aunque ha logrado

expulsar á muchos de los que habian sido admitidos, no ha podido conseguir que entrasen sino unos cuantos de los que habian sido desechados. La Opinión continúa todavía negligente y perversa; porque como ha sentido con frecuencia el azote del Ridículo cuando no lo ha merecido, el temor no ha servido más que para confundirle, de modo que las intenciones de la Razón quedan frustradas involuntariamente.

¿Cómo podrá el Honor, pregunté yo, distinguir á los que desea recompensar? Serán distinguidos, replicó el sabio visionario, en las regiones de la Inmortalidad, á las cuales serán al fin conducidos por el Tiempo, que no permitirá que sean por último mal recompensados.

Mientras oía yo esta réplica con los ojos clavados en el templo, repentinamente desapareció: las nubes negras que vagaban suspendidas sobre la fiamura del Vicio, estallaron despidiendo rayos: la montaña en que yo me hallaba se hundió bajo mis pies, y el estremecimiento de tan súbito terror me despertó.

### SEDUCTORES.

ESCRITO DE STIGLE.

(Publicado en el Espectador de Londres.)

Todo lo que toca á la vida humana es de mi resorte, y por eso me lisonjeo que los lectores no llevarán á mal les comunique las siguientes cartas, y que tendrán la bondad de creer que el crimen citado en ellas, solo me es conocido por mis correspondales.

SEÑOR ESPECTADOR.

Me asombra que entre todos los vicios enormes de que ha hablado Vd., no haya dicho nada del comercio ilegítimo con las mujeres, y sobre todo, de los lazos que se les tienden; quiero decir, que es un asunto digno de la pluma de los redactores del Espectador el manifestar la baja y la infamia de engañar ó de seducir á las jóvenes. Ha de estar Vd. en que yo soy del número de estas desgraciadas, y eso por las rotapadas insinuaciones de un insigne bribón, que se manejó de la misma manera con varias otras antes de causar mi ruina. Luego que este miserable me abandonó, tuve

bastante resolución y virtud para no correr el gallo, como suele decirse, y para tratar de ganar mi vida por medio del trabajo, en un rincón obscuro, lejos de mis antiguos conocidos.

Es ocupación ordinaria de un hato de vagamundos el escribir cartitas amorosas, enviar recados y señalar citas á las muchachas aturdidas que no conocen el mundo, y después de haberlas seducido, abandonarlas sin misericordia á la vergüenza, la miseria, la infamia y la desesperación. Si Vd. leyese las sandeces que se escriben con este motivo y los suspiros que exhalan al leerlas estas inocentes criaturas, se reiría de buena gana, al paso que se compadecería de ellas. Hace algún tiempo que una muchacha aprendiz en mi humilde establecimiento de modas, es solicitada por un caballero que trota las calles muy almidonado, y atrae los ojos de todas nuestras costureras. Desde que llegó esta intriga á mi conocimiento, quité las plumas, la tinta y el papel á mi aprendiz; pero el otro día que el caballero me mandó hacer unas corbatas, salí de mi tienda ordenando á la citada aprendiz que las colocase en una caja de cartón, para que las entregase al criado que viniese á buscarlas. Cuando regresé á mi tienda, envié fuera á la muchacha para desempeñar una comisión, y entretanto examiné la caja, en cuyo fondo encontré estas palabras escritas de su puño. *¿Por qué quiere Vd. arruinar á una criatura inocente que no puede menos de tenerle amor?* y encima de la cubierta estas otras: *Es imposible resistir á tantos atractivos; y luego en uno de los extremos: Esta noche ó las nueve, encuentrase Vd. en un coche bajo los álamos de la plaza nueva.* Esto bastó para alarmarme. No obstante, envié la caja con las corbatas al seductor y me propuse estorbar el hecho convenido. Dos horas antes de la señalada para la cita, hice varias preguntas á la bribonzuela y encontré en un baul varios billetes impertinentes, y entre ellos un escrito en que su amante le había hecho creer que le daría una pensión anual de 250 pesos. Desde luego distinguí en el baul varias piezas de ropa que me pertenecían, y también unos cortes del mejor raso negro de mi tienda, y que la ladronzuela destinaba para corbatas de su seductor. Me dió tanta más gusto encontrar este robo, cuanto yo podía yo jurar en conciencia que él había consacrado á la muchacha para que dejase mi servicio y había tomado parte en el robo. Fundándome en esto, obtuve una orden para que pudiese ser preso, y cuando se hallaba todo dispuesto y se acercaba la hora tierna de la cita, instruí de lo que en tal caso tenía yo que hacer, por la tonta y cruel experiencia que había yo adquirido en cabeza propia, encerré bajo llave

á la aprendiz, y como mi estatura es tan parecida á la suya que facilmente podria tomárseme por ella en la obscuridad, cubierta en mi rebozo entregué el baúl al criado del enamorado, que vino á buscarlo con las señas convenidas. Yo lo seguí hasta el coche, y apenas vi que entregaba el baúl á su amo cuando me puse á gritar con todas mis fuerzas: ¡ladrones! ¡ladrones! y los guardas serenos apostados en las cercanías acudieron y prendieron al galán. Yo me estuve un poco distante, y cuando vi reunida mucha gente me acerqué para declarar que los efectos que se hallaban en el coche me pertenecian, y tuve el gusto de ver conducir al bello caballero al próximo cuerpo de guardia, con los efectos robados que debían servir el día siguiente de cuerpo de delicto. Este es un hecho de notoriedad pública; pero contenta yo con haber salvado á mi aprendiz, y obligado á su amante á pagarme un año de la pensión que habia prometido á su querida, desisté de mis pretensiones. Confieso que con esto he recibido aquel algún castigo; pero bastará, Señor Redactor, para una infamia de consecuencias mucho más perniciosas de las que podrian resultar del robo por el cual habria yo podido obtener que la justicia condenase al culpable; No debería Vd. en ventaja propia, y de todos los que tienen algún principio de honor y de virtud, poner las cosas bajo mejor pie, y hacer de modo que semejante malvado no pueda burlarse impunemente del crimen de que era bien culpable, y que temiese de ser acusado del que produjo su arresto?

En una palabra, Señor Redactor, en poder de Vd. está, y si no me engano, en el de todos los honrados escritores públicos, el hacer que el acto de robar el honor á una pobre criatura, sea tan infame como el de robarle sus vestidos. Espero, pues, que sobre esto hará Vd. sus reflexiones; pero yo no puedo menos de decirle, que si hace treinta años se hubiese realizado esta idea tan justa, no habria yo vivido pobre y avergonzado.

Soy de Vd. Señor Redactor, su muy humilde servidora. — *Magdalena, modista.*

SEÑOR ESPECTADOR.

Se digna á Vd. un hombre que procura divertirse en la ciudad; pero por la estupidez de un miserable juez de paz y la insolencia de un comisario de manzana, bajo el juramento de una malvada vieja, me veo preso por robo, cuando no tenia yo más mira que una galantería. Este magistrado nocturno habló varias veces de Vd. al conducirme preso, diciendo que mi aventura procuraria

asunto muy á propósito para un artículo del *Espectador*. Pero Señor Redactor, me lisonjeo de que tiene Vd. mucho talento para tomar el partido de estos ministriles y demás gente de corchete. Se halla tan cambiado el mundo de pocos años á esta fecha, que no se presentó un solo hombre para romper la cabeza á uno de los serenos en favor mio, y que impidiese que fuese yo conducido preso como ladrón ratero. Si esto continúa así, no habrá ya alegría ni placeres. Hubo un tiempo en que todos los relajados de la vecindad habrían venido á socorrerme, á pesar de los esfuerzos de los maridos celosos. Si la galantería es escandalosa, la mitad de las lindas novelas escritas por los mejores talentos del siglo, deberían ser quemadas por las manos del verdugo; ¡Hé! Señor Espectador, no sea Vd. ridiculo; después de haber tratado de varios asuntos con tanto acierto, no vaya Vd. á echarlo á perder escribiendo de modo que ningún hombre civilizado quiera leer sus escritos. Sea Vd. fiel al amor y queme á Séneca. Sin duda que Vd. no espera ver mi firma en esta carta, visto el lugar en que la escribí, pero le aseguro que soy, aunque desconocido suyo, su afectísimo, etc.

COQUETAS TAIMADAS.

ESSAY DE STEELE.

(Tomado del Espectador de Londres.)

..... Miveri quibus  
Intentata vites!  
Hon. LAM. L. ODA V.  
Miveri, quod y trise.  
Á quod sin experientia  
De la hermsura Pitts,  
El hijo falax prendá!  
BROOKS.

Los informes que me envia uno de mis correspondientes son tan importantes y útiles para que el público evite las personas de quienes habla, que paso á insertar su carta, sin supresion ninguna:

SEÑOR ESPECTADOR.

No tengo yo conocimiento de que haya Vd. hablado de ciertas mujeres taimadas, y creo emplearía bien su tiempo, examinando y



describiendo á estas peligrosas criaturas. La coqueta se acerca en verdad á la taimada, pero la primera sólo se ocupa de admirarse ella misma, y de difundir falsas esperanzas á sus adoradores; á la vez que la última, no contenta con ser muy amable, tiene el placer maligno de atormentar á los otros, de modo que cuando el amante se hsonjea de ser enteramente correspondido, la taimada le mostrará de pronto una fria indiferencia, y volviendo la cabeza de otro lado con aire desdellioso, se asombrará de que él extrañe ser recibido friamente. El desgraciado, en vista de esto, se retira á su casa triste y abatido; toma la pluma y le escribe en los términos más sumisos que no sabe de dónde puede venir su desgracia; que siempre ha procurado complacerla; que ella era el consuelo y único placer de su vida, y que se encuentra de lo más apesadumbrado por haber perdido tan grande dicha. Deja de verla por algún tiempo; busca su freno en secreto, suspira y se consume. En fin, se resuelve á tentar la fortuna, teniendo una explicación con ella sobre su extraña conducta. Va, pues, á verla, temeroso del rectifimiento que le hará; pero apenas lo divisa ella, cuando corre á sus brazos, asombrándose de su larga ausencia; lo culpa de indiferente, y lo trata con una familiaridad tan grande, como el resirio que antes le había manifestado. Esta buena acogida dura hasta que la bella se da cuenta de que su amante se felicita de su suerte, y entonces vuelve ella de repente con otro arranque de frialdad; porque, como llevo dicho, todo el placer de la taimada consiste en atormentar á los otros. El caprichoso habla de estas mujeres, continúa hasta que ya no tienen encantos que lo hagan soportable. Corina, que subyugaba antes los corazones de todos los que la trataban con sus miradas afectadas y sus arrumacos inocentes, que parecían nacidos de la inclinación que tenía por el hombre que ella trataba de hacer caer en sus redes, encuentro hoy que todas sus astucias son inútiles, y se ve reducida á tramar intrigas, escribir cartas ambiguas, y cultivar así el corazón de los jóvenes, hasta que éstos notan la especie de pájaro que es ella. De este modo, la que disfrazaba antes su inclinación para atormentar á sus adoradores, se ve obligada á mostrarse hoy para lograr su objeto y ocultar su persona.

Con gran sentimiento confieso á V. Sr. Espectador, que yo he sido chisquendo por estas criaturas desde mi más tierna juventud. Mi gusto me inclinaba á las intrigas amorosas, y á entrar en relaciones con mujeres vivarachas y traviesas, de manera, que pasé la vida en un remolino de torpes engaños; pero con el fin de que los jóvenes aprovechen de mis desgracias, referiré á Vd. en pocas

palabras la historia de algunos de mis amores. No sé si habrá Vd. oído hablar de una mozueta conocida en la ciudad más por el nombre de *La Huesitos*, que por su verdadero apellido. Con rubor diré á Vd. que yo mantuve á esta criatura, pues era la moda que todo joven de proporciones mantuviese una querida.

La Huesitos, bajo las apariencias de la inconstancia, irregularidad y atolondramiento de sus palabras y acciones, era la taimada más completa de su tiempo. Su indolencia tenía para mí cierto atractivo, como si fuese castidad con los otros, y la moderación de sus apetitos carnales me parecía tener el mérito de que podía vencerlos. Sea lo que fuere, ella se mostraba aturdida, y cuando yo le hablaba de mi amor, me quitaba el sombrero de la mano, lo colocaba en su cabeza, se miraba al espejo, tomaba mi bastón, jugaba con él y hacia mil niñerías de esta naturaleza, hasta que pasaba el tiempo que dedicaba yo á visitarla. Yo me retiraba encantado de tener á mi disposición una muchacha alegre, que aunque muy indiscreta para agradarme, me parecía fria é indiferente para pegármela con otro. Su compañía me sirvió largo tiempo para pasar las horas enfadosas de mi ociosidad, y aunque yo no estuviese seguro de su fidelidad ni de su perfidia, reia yo muchas veces de mi mismo del necio placer de mantenerla á mi costa, hasta que por fin la cogí in fraganti con mi propio criado, y se vió después en cinta, por obra, sin duda, del mismo lunante.

Esta aventura me llenó de indignación contra todas las mujeres libertinas, sean cuales fueran las apariencias bajo las cuales oculten su perfidia, y desde entonces decidí no tener más relaciones que con las que observan las máximas del decoro y del honor. Con tal objeto llevé una vida más arreglada, me ocupé en hacer visitas, frecuentar las tertulias, dar el brazo á las señoras al salir del teatro, y desempeñar todos aquellos deberes importantes á que siempre se hallan dispuestos los admiradores del bello sexo. Heredero de una fortuna considerable, los padres y las madres comenzaron á considerarme como un partido muy ventajoso para sus hijos, de modo que no me costó ningún trabajo introducirme en las mejores casas; pero por el desgraciado influjo de mi estrella me apegué tres veces consecutivas á mujeres taimadas.

La primera, llamada Aspasia, era una de aquellas que afectan un aire melancólico é indolente, y tratan de atravesar admiradores, simulando ver con indiferencia á todos los que la rodean. Se paseaba medio recostada en los cojines de pluma de su coche abierto,

con aire tan grave, que apenas se concebiría que todos sus pensamientos sólo se ocupasen de sus vestidos, y de los encantos de su postura reclinada. Si la comparación no fuese baja, diría yo que Aspasia, bajo la figura en que quería aparecer, era una araña en medio de su tela que espera atrapar todas las moscas que se le acercan. Era tan sutil el lazo que tendía, que se veía uno preso antes de comprender ninguna parte de su obra. Largo tiempo me fatigué en perseguirla; pero llegué á descubrir que todo su desseo se reducía á ser admirada, y que no le daba ningún cuidado la inconstancia de sus amantes, con tal que pudiese lisonjearse de que la habían enamorado.

Melisa fué la segunda á quien dirigí mis votos, y su feble consistía en robar á las otras sus adoradoras, sin manifestarse sensible del amor que éstas le manifestaban. En pocas palabras, Melisa no era la querida de nadie; pero si la rival de todas las mujeres.

Luego que noté esto, dirigí mis ojos sobre Cloe, que es en el día todo mi placer y todo mi tormento. Le he escrito cartas amorosas, bailado con ella, batídamela por su causa, y hace dos años que toda la ciudad considera nuestro casamiento como decidido. Yo mismo creía haber llegado al colmo de mis deseos, cuando hace muy pocos días me condujo á su gabinete, y me dijo con el aire más serio del mundo, que era mujer de honor, y que jamás engañaría á un hombre que como yo le había manifestado tanta amistad, que se creía obligada á decirme de buena fe que su corazón era de lo más inconstante, y que así me suplicaba abandonase yo el designio de casarme con ella, aunque siempre estaba dispuesta á complacerme, si yo insistía en ello; pero que no podía menos de prevenirme que había comenzado á amar á otro. No sé, pues, qué partido tomar en este caso: tenga Vd. la bondad, Sr. Espectador, de darme un buen consejo, seguro del reconocimiento de su servidor, etc.

#### AMANTES VILES — CASADOS INDECENTES.

##### ELECCIÓN DE MARIDO.

(Tres cartas publicadas en el Espectador de Londres.)

SEÑOR ESPECTADOR.

Me lisonjeo de que no sólo compadecerá Vd. el triste y penoso estado en que me veo, como muchas otras de mi sexo, sino lo

que es más, que tratará de remediarlo. Espero igualmente, que no se dará Vd. por ofendida creyendo que trato de justificar una imprudencia criminal, ó disponer su ánimo para que me disculpe, cosas enteramente ajenas de mi pensamiento; tanto más, cuanto que no ignoro que Vd. en algunos de sus discursos, ha censurado vivamente á las personas culpables de semejante intención.

Apenas había yo cumplido diez y siete años, y me hallaba, aunque me esté mal el decirlo, en la flor de mi belleza, cuando un hombre pálido, maldito y cobarde, me enamoró, y bajo promesa de casamiento, me hizo la más desgraciada de las mujeres. Después de seducirme y obligarme á dejar á mis padres, honrados y respetables, me abandonó al cabo de tres meses. Mis padres, sin embargo, no quisieron verme ni oír hablar de mí; y puede asegurar á Vd., Sr. Espectador, que literalmente habría yo muerto de hambre, sin el socorro de una criada que había servido en mi casa. Plugo pronto á la Divina Providencia, librarme de situación tan triste y miserable: un hombre de bien me vió, me amó y se casó conmigo; pero antes me reconcilié con mis padres, y ahora podría yo ser tan dichosa como fui antes infortunada si no fuese porque hay en el mundo entes viles que me son insoportables. No dudo, Sr. Espectador, que el honor y compasión de que se halla Vd. dotado, no le estimulará á advertirles en el periódico que redacta con tanto acierto, que su manejo respecto de mí es muy indigno. Hace cinco años que soy casada, y no recuerdo haber salido á la calle sin la aprobación de mi marido. Reducida á ceder á las importunaciones de algunos de mis parientes, salgo fuera de mi casa con más frecuencia de lo que yo quisiera, y entonces es cuando sufro agonías mortales. Ese hombre, ó por mejor decir, ese monstruo, frecuenta todos los lugares á donde yo voy. Es tan vil, que porque no quiero admitir sus citas ni sus visitas, hace todo lo que puede para deshonrarme. Me dejó destituida de recursos y de amigos, y nunca se dignó informarse de mí; hasta que por desgracia me vió en el teatro adornada de diamantes en uno de los mejores palcos. Entonces fué cuando se renovó su pasión, y que el hipócrita pretendió arrepentirse de sus indignidades, y también entonces volvió á poner en obra los viles artificios que le habían servido para perderme. Aborrezco y detesto su pasión indigna; y como él no puede menos de notarlo, hace cuanto puede para denigrarme. Nunca deja de presentarse á mis ojos en las reuniones públicas, mostrándose de lo más solícito para dar vuelo á su ma-

licia. En una palabra, ha referido nuestra desgraciada aventura á todos sus amigos, que son numerosos, y éstos no han guardado el secreto, de modo que muchos se consideran con derecho para familiarizarse conmigo. Si me saludan, y que por urbanidad tengo yo que corresponderles, se toman entonces ciertas libertades que no me son menos desagradables que á las personas que me acompañan. Si vuelvo los ojos de otro lado, ó que les parezca yo enojada, se irritan y se dicen al oído: *aquella es; fulano es quien le anda mas de cerca*; hasta que en fin, los ojos de toda la concurrencia se fijan sobre mí. Inventan además, mil mentiras en perjuicio mio, bajo la falsa idea recibida en el mundo, que *la mujer que ha concedido á su hombre los últimos favores puede concederlos á ciento*. Ruego, pues, á Vd. señor redactor, prevenga á los culpables, que semejante proceder es de lo mas vil. No dudo que el autor de mi desastre conocerá que Vd. se dirige á él, y aun puede ser que los consejos de Vd. le estimulen á oponerse á la insolencia de los otros. ¿Que cruel y triste es la suerte de muchas mujeres, al ver que los hombres se factan de lo que ocasiona nuestro bochorno y nuestra desgracia! Vd. tiene el talento de hacer detestar acciones tan odiosas como ésta. Procure Vd., pues, en obsequio mio, y de tantas otras que han caído en el mismo infortunio, aunque no se atrevan á confesarlo; procure Vd., repito, demostrar que factarse de los favores recibidos de una mujer ó denigrar la reputación de nuestros sexo, no es menos indigno, que recibir un mentís ó un bofetón, sin dar señales de resentimiento. Del número de los que leen y admiran los discursos de Vd., es su muy atenta servidora.

— *Lesbia*.

SEÑOR ESPECTADOR.

Suplico á Vd. tenga la bondad de censurar una indecencia muy grande, harto común y que no creo haya sido hasta ahora señalada en su periódico. Me refiero á ciertas libertades que muchos casados de mala educación se permiten en la sociedad, y de la ternura fuera de propósito que los maridos y mujeres suelen atestiguar. Hablan y obran como si la modestia sólo fuese para las doncellas y los adultos; y note Vd. que hacen esto en presencia de unas y otros. Hace pocos días me hallaba yo en una casa en que había señoritas solteras, y en la que dicha libertad fue llevada tan lejos, que yo, tímido de carácter, perdí toda mi serenidad. Una Doña Petra que se hallaba en cinta, no habló más que de lo difícil que le era calcular justo, y de saber la semana precisa de su alum-

bramiento; nos dijo que conocía mujeres que podían señalar el día y hora. En seguida se puso á echar morisquetas á una joven inexperienced, que se había equivocado de un mes. Cuando llegó su marido le ocurrió hacerle preguntas bastante desenvueltas, que aquél no quiso responder. *Vaya, vaya*, dijo ella entonces *yo le obligaré á responderme las esta noche*. Pero temiendo caer en la misma falta que voy censurando, me detendré, reiterando á Vd. mi suplica. señor redactor, de que busque un medio para evitar estas indecencias, porque el matrimonio es cosa sagrada, y no se debe hablar de sus misterios sino con discreción y respeto.

Soy de Vd., etc. — *Pubibundo*.

En el buzón destinado á recibir las cartas dirigidas á nuestro periódico, se ha encontrado la siguiente de una señorita que desea contestación á varias preguntas. Laconicamente se la damos, poniendo nuestra respuesta al pie de cada una de ellas.

SEÑOR ESPECTADOR.

El 8 de Noviembre próximo pasado, cumplí 16 años, y por consiguiente debo ya pensar en establecerme en el mundo; pero quisiera yo tuviese Vd. la bondad de aconsejarme lo que debo hacer con Pancho Pulido, que hace algún tiempo me enamora. Es joven muy bien parecido, de ojos negros y los dientes más blancos que en mi vida he visto. Aunque todavía es menor de edad, se viste como un hombre distinguido, y nadie le iguala en la gracia con que se presenta en una tertulia. Sé que ha rehusado varios partidos ventajosos, y si no logra obtener mi mano está resuelto á no casarse con ninguna otra. Pero con motivo de haberme enviado el otro día unos versos, porque es uno de los mejores poetas, papá le prohibió la entrada en casa, dando por razón que mi hermana mayor debe celosarse antes que yo. Dicha hermana tiene el desearo de insinuar que Pancho me engañaba, y que me hará perder la chaveta. En todo caso yo estoy resuelta á casarme con él, ántes que no fuese más que para hacerla rabiar. Pero como con todo esto no quisiera yo dar un paso en falso, suplico á Vd. de á las siguientes preguntas las respuestas convenientes, y que las inserte en su periódico. No dudo que me serán favorables y que podré seguir las al pie de la letra.

Quando Pancho Pulido me mira durante una hora, y me llama Ángel mio, ¿no es verdad que es una prueba segura de que está enamorado de mí?

Respuesta: *No.*

¿No es verdad que debo esperar que será tierno y generoso conmigo, puesto que me ha prometido darme la mitad de mi dote para comprar alhajas, y también que tendremos coche propio?

*No.*

¿No es cierto que me encuentro yo, más que mis padres, que sólo lo han oído hablar en la mesa, en estado de juzgar de su mérito, visto que ya para un año que le conozco?

*No.*

¿No soy ya de una edad conveniente para elegir marido?

*No.*

¿No habría yo cometido con él una grande grosería, si hubiese rehusado un rizo de sus cabellos?

*No.*

¿No sería yo la más inhumana de todas las criaturas, si no tuviese lástima de un hombre que sin cesar suspira por mí?

*No.*

¿No me aconseja Vd. que huya yo con este pobre joven.

*No.*

¿No cree Vd. que si lo abandono, podrá, llevado de la desesperación, echarse en el río y ahogarse.

*No.*

¿Qué le diré la primera vez que volviere á preguntarme si quiero casarme con él?

*No.*

#### AMOR INTERESADO DE LOS HOMBRES.

ENSAYO DE STRELLÉ.

(Publicado en el Espectador de Londres.)

Las siguientes cartas me parecen tan francas y juiciosas, que no puedo menos de insertarlas en mi periódico.

SEÑOR ESPECTADOR.

Aunque Vd., en todos sus escritos se muestra el abogado y amigo de nuestro sexo, no recuerdo haya Vd. hablado expresamente del móvil interesado de los hombres en la elección de sus mujeres. Si tuviere Vd. la bondad de meditar un poco sobre este particular,

pronto hallaría que la condición de muchas personas de mi sexo, es muy desgraciada, visto que por las leyes de la costumbre y de la modestia, nos es prohibido requerir de amor al objeto de nuestros deseos, y que no podemos esperar vernos solicitadas de los que amamos, si nuestros bienes de fortuna no son proporcionados á los suyos. Con todas estas desventajas, me veo reducida á dirigirme á Vd., Sr. Espectador, esperando tendrá la bondad de publicar cuanto antes, la carta adjunta, en que declaro mi pasión á un hombre que hace algún tiempo, ha dado ciertos pasos equívocos para obtenerme. No dudo en lo más mínimo que me ama con ardor; pero la desigualdad de fortunas le desvia del pensamiento de casarse conmigo, por temor del que dirán. Persuadida por otro lado, de que le sobra discernimiento, creo que se ha imaginado, por haberlo mirado yo el otro día un algo enajenada, que podría obtenerme á precio más barato, según suelen decir los hombres. Confieso á Vd. que estoy de lo más apesadumbrada, y pues Vd. conoce perfectamente, hasta dónde va la delicadeza del amor y de la honradez, me perdonará si me apresuro, sin más ceremonia, á comunicarle la carta que le destino. Le nombro *Oróndates* para que si el resultado no corresponde á mis esperanzas, todo esto tenga aire de novela; pero si logro la dicha de ver realizados mis deseos, prometo á Vd. un par de guantes el día de mis bodas, que le serán enviados de mi parte, bajo el nombre de *Urania*.

*Carta á Oróndates.*

SEÑOR MIO.

Después de haber sufrido los más crueles incertidumbres, y rumiado multitud de pensamientos tumultuosos, en busca del medio más adecuado para abrir á Vd. mi corazón, y pedirle explicaciones de sus sentimientos respecto de mí, he tomado, por fin, el partido de servirme de este conducto, que presenta la ventaja de descubrirme á Vd., ó de dejarme cubierta bajo una máscara en caso que Vd. lo decida así. Sea lo que fuere, si mi carta no produce el buen efecto que espero, toda la negociación quedará sepultada en eterno olvido, y no se hablará más; pero ¡ay! ¿qué paso voy á dar, aventurándome á confesar á Vd. que le amo? Con todo, después de haberlo dicho, sepase Vd. que á pesar de la pasión más fuerte, que haya inflamado un corazón tierno y amoroso, tendré la fuerza de desterrar á Vd. para siempre de mis ojos si llego á

convencerme que sólo piensa en atentar á mi honor. Mas, ¿ por qué, estimado señor, sacrificaría Vd. la dicha esencial de la vida, á la opinión del mundo, que no tiene más fundamento que el error y la preocupación? Todos los hombres pueden darse cuenta de que las puras riquezas no son capaces de hacerlos dichosos; y con todo eso, renuncian á todas las ventajas que no se encuentran sostenidas por los bienes de fortuna. Pues que el mundo es tan depravado, que la religión es la única guía que se nos ha dejado á nosotras, pobres mugercillas, y que Vds., los hombres, obran por lo común según los dictados del interés y de los placeres, no discurriré con Vd. sino sobre lo que pueda serle más ventajoso en calidad de hombre de mundo. Si pudiese Vd. obtenerme por su mujer, ó por su querida, prestando demostrarle que lo primero sería inuitamente más ventajoso, y que de ello le resultaría la mayor satisfacción.

Supongamos que la noche señalada para nuestra cita ha pasado ya, y que nos encontramos en algún rincón obscuro de la ciudad, elegido por Vd. para gozar todas las dulzuras que su loca imaginación le promete, en posesión de la que se había aún en la flor de la juventud, y ha conservado hasta ahora su honor, pronto se vería Vd. hablado de mi persona, á pesar de las gracias que pueda yo poseer, y de toda la jovialidad propia de mi carácter. Cuando la imaginación de Vd. hubiese quedado satisfecha sentiría el vacío y la inutilidad de todo lo que ella había prometido, y entonces, ¿ qué habría sido de aquella inocencia que tantos encantos tenía para Vd.? Desde el momento que se viese Vd. solo, encontraría que el placer del disoluto no es más que el de un destructor, que envenena todos los frutos que lleva á la boca, y que por todas partes en que el bruto ha pastado, no queda nada digno del hombre. La razón recobrará su lugar, luego que la imaginación se ha saciado, y yo tendría el bochorno y pesadumbre de ser causa de las inquietudes mortales de Vd., de recibir sus visitas á escondidas, y de pasar el resto de mis días en el crimen y la soledad; compañeros muy impropios para vivir unidos. No insistiré sobre la vergonzosa obscuridad en que por fuerza tendríamos que vivir, sin frecuentar los paseos, y sin ver á las gentes honradas, las cuales evitan todo contacto con las que llevan una vida irregular; pero dejaré que reflexione Vd. un poco sobre esto, querido señor, imaginándome qué quizá tiene alguna experiencia de esta vida, que yo sólo conozco idealmente.

Por otra parte, si fuese Vd. tan bueno y generoso para elevarme

á ser su esposa, puede esperar de mí, toda la sumisión y toda la ternura que la gratitud es capaz de inspirar á una mujer virtuosa. Todo el placer que puede gozarse con una persona agradable, toda la complacencia que debe esperarse de un buen natural, todos los consuelos que sabe prodigar una amistad sincera, todas estas cosas puede Vd. contar que las recibirá como debidas á su generosidad. En caso que pudiese Vd. lograr el mal designio que hoy tiene formado contra mí, experimentaríá Vd. en seguida un pesar y un verdadero hastío, á la vez que los raptos de un amor virtuoso, son la vigésima parte de la dicha que lo acompaña. Los arrobamientos carnales de una pasión inocente, se asemejan á los relámpagos comparados con la luz del sol, se puede decir que interrumpen más bien que aumentan la alegría.

¿ Como tendré valor para decir á Vd. directamente que se case conmigo? No ignoro que entre esta dicha y yo, existe la hija orgullosa de un hombre que puede darle un dote proporcionado á la fortuna de Vd.; pero si pone Vd. en la balanza la conducta de una mujer que le iguala en bienes de fortuna, y que espera además una viudedad considerable, con la de otra que se creará honrada y sería á V. deudora del favor de ser admitida en su lecho, ¿ cuál de las dos querría Vd. elegir? Quizá deseara Vd. á veces divertirse fuera de su casa con sus amigos, en cuyo caso aquella creería que Vd. la ve con indiferencia, y buscaría ocasión para hacer gastos que correspondiesen al papel que representa Vd. en el mundo. Necesario sería que ella pensase en la suma de dinero que trajo á Vd. con su casamiento, y yo en aquella con que se sirriese Vd. enriquecerme. El trato de Vd. con ella tendría el aire de un contrato, y conmigo el de una íntima amistad. La alegría reinaría en mi cuarto cuando Vd. entrase, y cuando saliese, mis votos más tiernos le acompañarían por todas partes. Pregúntese Vd. á sí mismo si no le gustaría disfrutar toda su vida el placer de haber favorecido á una persona agradecida, que jamás olvidaría tan señalado favor: tal sería la situación de Vd. conmigo. En el otro matrimonio habría siempre una oposición continua de favores, y jamás gustaría Vd. el placer que resulta de conferir ó recibir beneficios.

En resumidas cuentas, quizá preferiré V. oír según las reglas de la prudencia humana. No sé qué partido tomar cuando un pensamiento tan triste se apodera de mi espíritu; pero si es Vd. dueño de hacerme una mujer agradecida, persuádase de que no me abandonaré ni seré jamás su indigna mancha.

## LOS FAVORITOS DE LAS MUJERES.

ESCRITO DE STEELE.

(Tomado del Espectador de Londres.)

Nada puede procurarse materia más entretenida para un artículo de mi periódico, que la historia de los favoritos que suelen hallarse á la moda entre las mujeres; sobre todo, si cada una de éstas dijese de buena fe lo que la ha animado á dar la preferencia á tal ó cual, y si cada hombre confesase por qué clase de acciones ó de vestidos ha logrado ser correspondido de ellas. En cuanto á mí, me es tan fácil conocer que un hombre se haya vestido para agradar á las mujeres, como de verlo equipado para ir á la caza. El favorito de las mujeres tiene modales y trazas enteramente diferentes del resto de nuestra especie; afecta, por decirlo así, un cuidado descuido en su exterior. Si los cazadores imitan el canto de los pájaros que quieren atraer á sus redes, se puede notar también que los favoritos de las mujeres tienen siempre alguna semejanza con la bella que quieren atrapar; saben todo lo que pasa en las familias; tienen siempre prontos multitud de pequeños servicios y atenciones; no ignoran lo que puede curar una jaqueca ó un resfriado, y casi nunca van sin tener en el bolsillo algún frasquito de esencias para los casos de repentino desmayo ó indisposición.

La curiosidad, que es mi pasión dominante, y me atrevo á decirlo, la única pasión de mi vida, me ha inclinado siempre á observar el curso de ciertas intrigas amorosas, y las maneras y cualidades de los que han sido más afortunados en ellas; pero á pesar de todas mis observaciones, no he conocido un solo hombre de buen sentido que haya sido favorito de las damas. Un aire singular, alguna extravagancia, una imaginación grotesca, en una palabra, lo que habría podido hacerlos menos estimados de los hombres, es lo que los ha recomendado á las bellas. Sentiría yo mucho apesadumbrar á caballeros tan afortunados como aquellos de que voy hablando; pero que los lectores repasen en su memoria la conducta de los pisaverdes viejos, y encontrarán que el hombre de venturosos amores se ha distinguido por pendencias impertinentes en favor del bello sexo, por la singularidad de sus vestidos y por una insipida asistencia cerca de las bellas. Por otra parte, para agradar

á una dama galante, es menester que el galán tenga la reputación de ser bien acogido de algunas otras; porque han de saber los lectores, que hay un celo y una envidia tan grande entre estas criaturas, que sólo piensan en sujetar á los esclavos de sus rivales. Mi amigo Colmeau, colaborador de la redacción de este periódico y pelmetre antiguo, dice que en esto consistía toda su maneja, y que para hacerse amar de una bella, sólo tenía que inspirarle alguna sospecha de que su enemigo ó su rival en hermosura no lo miraba de mal ojo. El despecho es natural en las bellas, y no pocas veces las vemos proteger á un hombre desagradable, por temor de que otra no se lo lleve. La causa de que el descarado Donoso sea bien recibido de todas las damas, consiste únicamente en su destreza para impedir una explicación entre ellas; se le tolera porque es la moda, y porque el abinco de estorbarse las unas á las otras, las lleva insensiblemente á seguir el mismo tren; y lo que da más importancia á Donoso, es que el bribón como ellas se complacen en llamarlo, es el hombre más inconstante que pueda darse, que es muy vivo y alegre, que siempre tiene pronto algún dicho agudo, y que sobre todo, su lengua viperina se desata luego que se le provoca.

El favorito de las damas no debe ser un necio ni un hombre de buen sentido; se requiere únicamente que sepa charlar y alimentar la conversación, y no de razonar con juicio. Entre los favoritos de las damas ninguno desempeñan un papel más chusco que los voluntarios que las sirven gratis; que no esperan de ellas recompensa ni adelanto; hasta que ellas los saluden al salir de la iglesia, toman su brazo en algún paseo, sean admitidos en las tertulias de la bella y tenga la libertad de pasar en su casa una parte de aquel tiempo que tanto les pesa. Pero hablemos sobre todo de aquellos pisaverdes que atentan el honor de todas las mujeres, y se consideran como los ingenios más brillantes del siglo, á quienes nada puede resistir. Estos caballeros conocen todas las intrigas de la ciudad, y tienen una educación que excluye las buenas costumbres, es decir, que observan cierto decoro en público, y son disolutos en lo particular.

Las mujeres que gustan enredarse en intrigas amorosas, tienen tan elevada opinión de su belleza, que no quieren que un solo hombre se les escape, ni aun siquiera uno de estos galanes de profesión. Poco acostumbradas á tratar con hombres de buen sentido, sólo gustan de las lisonjas con que se les embauca. Por mala que sea la reputación de alguno de sus amantes por su perfidia,

ellas lo estiman más; y colmado de favores de varias bellas, es considerado como un héroe victorioso que desprecia todos sus triunfos para constituirse víctima de la que lo encanta por el momento.

Si vierais á un hombre que se da importancia en una concurrencia, que habla alto sin motivo, que no tiene consideración por las personas entre las cuales se encuentra, y que afecta maneras familiares y descuidadas, podéis decidir, sin temor de equivocaros, que ha arruinado á varias mujeres. Un aspecto arrogante, el pecho levantado, los pasos acompasados y unas miradas diestramente dirigidas á todos lados, son señales distintivas del favorito de las damas. Casi no se ven estas cualidades reunidas en un mismo sujeto; pero; ay! una sola basta para encadenar á varias bellas. Si alguno de los caballeros de que se trata reuniere á estos talentos un saber proporcionado, se debería advertir al público, á fin de que pasicomas á nuestras mujeres y á nuestras hijas en lugar seguro. A veces acontece que este hombre encantador ha leído trozos selectos de algunos poemas libres y algunas comedias, y aprendido de memoria el arte de amar de Ovidio. ¡Oh! si pudiese ser tan fiel como amable! pero esto es pedir demasiado. A pesar de su perfidia las mujeres se sienten dispuestas á mostrarle afecto. *Se le concederá con gusto alguna pequeño favor por el placer de oírlo conversar, ya sea que charrese sobre los amorillos de un abanico, del cual cuénta los varillitas, ó ya que invente historias que nunca le faltan. Sin duda que merece algún perdón la fragilidad de una mujer que sucumbe á semejantes ataques.* Esto es el solloquio de varias damas que podría yo nombrar, cuando están en conversación con estos conquistadores, que no forman ningún escrúpulo de quitarles el honor y la reputación en sus corrillos particulares.

Cierto es que en la mayor parte de los amores que se forman, son preferidas las cualidades nulas á las virtudes más sólidas. Tiene tan poco temor una mujer de atravesar el desprecio de los hombres por su ignorancia y su novedad, quanto que está segura de ser siempre el objeto de la pasión de alguno, con tal que ella conserve su frescura y su buen semblante. Se diría que ambos sexos no se divierten en leer tantas novelas inspidas, y á frecuentar sociedades tan frívolas sino para aumentar sus propios defectos, y llegar á ser un amable impostor, ó una bella perfida.

## AMORES Á LA MODA.

ENSAYO DE STEELE.

*(Publicado en el Charlotador de Londres.)*

Quidquid agunt homines —  
nostri est farrago libelli.

*(JESUAL.)*

Quando los hombres hacen de indiscreto.  
De mis ensayos mixtos es objeto.

Quando me falta materia para mi periódico, acostumbro salir de mi habitación en busca de caza, y luego que encuentro algo que pueda convenirme, aprovecho la primera oportunidad para asentar en mi cartera los puntos principales. Suelo también examinar las cartas de mis correspondientes, y si encuentro en ellas materia de especulación, la asiento igualmente en el libro de mi colección de materiales. Con este fin llevo siempre en mi bolsa unos plieguitos de papel, llenos de ideas que parecerían inteligibles á los que las leyesen. No hay en ellas más de obscuridad y confusión, dispartates é inconsistencias. En una palabra, son mis ensayos en embrión, que, como el mundo en su caos, carecen de luz, orden, y distinción.

Ayer salí de mi casa con el mencionado objeto, y entré en uno de los cafés más concurridos de esta populosa ciudad de Londres. La suerte me favoreció encontrando allí un círculo de jóvenes elegantes, en medio del cual, Pancho Gallardo discurría sobre la pasión del amor, con aire muy satisfecho, y extremada jovialidad. Pues bien, decía él, por lo que yo conozco de la materia, nada es mejor para conseguir á una mujer, que las miradas diestras; pero no todo mueble es capaz de poseer este arte; se encontrarán veinte que la enamoran con gracia; cincuenta que se batan por ella, con denuevo, y mil que sepan vestirse bien para agradaarla; pero entre todos estos no habrá uno que sepa fijarle la vista hábilmente. Se requiere un tino muy exquisito para sujetar exactamente el lenguaje de sus ojos al de los ojos que la miran, sin dejar que éstos hablen á los suyos muy de prisa; como en el teatro, en los entre-actos, cuando Gambela mira sin parpadear desde su luneta á su querida, y los amables ojos de ésta buscan en qué ocuparse para evitar el resplandor de los de su querido. Ella encuentra á éste embelesado con sus encantos y atisbando otro centelleo de sus ojos para poder arreglar el movimiento de los suyos.

Todos los jóvenes que componían el círculo se rieron en este discurso; pero Pancho Gallardo continuó diciendo: Ni se diga que esta atención es molesta, cuando un hombre encuentra estímulo, y ve que los ojos de su querida corresponden á los suyos; porque después de haber posado tres ó cuatro horas de esta manera, y encontrado que ella le ha dirigido algunas miradas significativas, vuelve este feliz mortal á su casa con la cabeza llena de mil imágenes agradables. Pancho Gallardo continuó disertando sobre el poder de los ojos, sin designio determinado, pero con un corazón en que rebosaba el placer de sus triunfos. Como sabía yo que este joven había sido desgraciado en sus últimas empresas amorosas, me entró curiosidad de saber qué nueva aventura había cambiado su tristeza en tanta alegría, y uno de sus conocidos me puso al corriente de sus negocios. Parece que saliendo últimamente del teatro, su querida, que sabe bien lo que pena por ella, quiso, como suelen hacer las bellezas vanidosas, reanimar sus esperanzas, y se quejó á él del mucho gentío por donde teñía que atravesar. Gallardo tuvo bastante resolución y presencia de espíritu para ofrecerle el brazo, diciéndole que la conduciría hasta montar en coche. En el tránsito tartamudeó algunas palabras, y tropezó á cada paso. Su querida, contentísima de verlo cortado y lleno de embarazo, le hizo varias preguntas, propias para aumentar su confusión, y dejó caer expresamente su abanico para que él lo levantase con su acostumbrada torpeza. Este es todo el motivo en que se funda la reciente alegría de Pancho Gallardo.

La misma curiosidad que tuve respecto de éste, me entró de conocer más á fondo los negocios de su querida, asombrándome que pudiese ella divertirse con las insinuaciones amorosas de un joven de tal mérito y fortuna. Envié, pues, á mi agente secreto á la pesca de informes, y habiendo logrado hablar con el portero de la casa, en que vive la querida de Gallardo, me trajo la siguiente carta que ella dirige al campo á una de sus amigas, en la cual le abre sin reserva su corazón:

Querida chata. — Los fuertes calores se han llevado al campo á todos mis conocidos: la ciudad está casi vacía, y lo mismo sería mi carta si no te hablase yo de mí en vez de otros. No te puedes figurar lo fastidioso que es, después de pasar un día entero en público, no verte á mi lado para comunicarte francamente todos mis pensamientos. Una relación de la carnicería que han hecho mis ojos la semana pasada, me haría aparecer muy tirana para que se me permitiese vivir entre cristianos. Me limitaré, pues, á

mis conquistas principales, que son los corazones de Paço Gambeta y Pepe Donoso, sin contar á Pancho Gallardo, que sabes arrastraba mis cadenas antes de que te fueses al campo. Ingenuamente te diré mi debilidad: comienzo á amar á Gambeta, porque tiene siempre muy buen humor, mucha paciencia para servirme, y creo que tarde ó temprano será suya. El padre de Donoso y el mío han estado en contrato sin consultarme, y Pancho Gallardo no ha cesado de fijarme la vista, sin atreverse á acercarse á mí ni hablar á mis criadas. Creo que espera cogerme, como he oído decir que la calebra de cascabel coge á la ardilla, á fuerza de mirarme, hasta que por la fascinación de sus ojos caiga yo en su boca. Donoso me ofrece un buen dote porque cree que lo merezco; pero Gallardo piensa que no hay suma que me valga. Por consiguiente, el primero no estimaría como favor la concesión de mi mano; y el alto concepto que de mí tiene el segundo, desaparecería cuando me conociese mejor: la familiaridad cambiaría igualmente en desprecio el entusiasmo del uno, y la indiferencia del otro. Por eso estoy decidida á apegarme á mi antigua máxima, de elegir una especie de hombre que no tenga de mí una opinión más alta que la que esté en mi mano darle. Toda la ambición de mi querido Gambeta es ser tenido por hombre á la moda y elegante. Su afición á la moda ha llegado á tal grado, que me ha elegido á mí porque soy del gusto de toda la ciudad. Prefiero más á un hombre que me ama porque también lo hacen los otros, que á otro que sólo me quiere por su propio juicio. El que es juez de sí mismo en amor, cambiará con frecuencia de opinión; pero el que sigue el parecer de otros, será constante mientras su mujer pudiere coquetear y hacer requerimiento de amores. Las visitas que yo hago, las diversiones que doy y los obsequios que recibo, son argumentos fuertes que podrá emplear con un hombre de un juicio tan secundario como el de Gambeta, á la vez que estas mismas cosas estorbarían mi felicidad con cualquiera otro. En todo caso, como Gambeta pueda esperar, permaneceré soltera uno ó dos años más, para gozar del sublime placer de ser seguida y admirada, que ningún otro puede igualar, sino el de ser amada por ti.

«Tuya de corazón. — Lola.»



## IDOLATRÍA QUE EXIGEN Y ENCUENTRAN LAS COQUETAS.

*(De Steele.)*

Es muy extraño considerar que una criatura como el ser humano, que conoce sus muchas debilidades é imperfecciones, se halle movida por el deseo de la fama; que el vicio y la ignorancia, la imperfección y la miseria, pretendan y soliciten hacerse en cuanto pueden, objetos de admiración.

Pero á pesar de que la perfección substancial del hombre es muy corta, su perfección comparativa puede ser muy considerable. Si dirige los ojos sobre sí bajo una luz abstracta, no encuentra mucho de que alabarse; pero si se considera con respecto á otros puede encontrar ocasión de vanagloriarse, si no de sus propias virtudes, á lo menos de carecer de los defectos de otro. Esto comunica diferente dirección á las reflexiones de los juiciosos y de los necios. Los primeros se esfuerzan en brillar en sí mismos, y los segundos en eclipsar á los otros. Los primeros se humillan con la persuasión de sus propias flaquezas; los segundos se engríen con el descubrimiento de los que observan en los otros. Los primeros consideran aquello que les falta, y los necios aquello en que abundan. El hombre juicioso es feliz cuando obtiene su propia aprobación, y el hombre necio cuando se recomienda al aplauso de los que lo rodean.

Pero por absurdo y disparatado que sea el deseo de alabanza, en una criatura como el hombre, no debe ser enteramente desalentado, porque á menudo produce efectos muy buenos, no sólo porque le retrae de hacer lo que es bajo y despreciable, sino porque le impele á acciones grandes y gloriosas. El principio puede ser defectuoso ó culpable, pero las consecuencias que produce son tan buenas, que por el bien de la humanidad no debe ser extinguido.

Gicéon observa que los hombres dotados de mayores talentos, son los más animados de la ambición; y si consideramos á los dos sexos, creo que encontraremos este principio más fuerte en las mujeres que en los hombres.

La pasión de alabanza, tan viciosa en el bello sexo, produce excelentes efectos en mujeres de buen sentido, que desean ser admiradas en lo que sólo merece admiración, y creo poder observar, sin hacerles un cumplimiento, que muchas no sólo siguen uniformemente el sendero de la virtud, sino que tienen una consideración infinitamente más grande por su honor que la que encontramos en la generalidad de nuestro sexo. ; Cuántos ejemplos no tenemos

de castidad, felicidad y devoción! ; cuantas mujeres no se distinguen por la educación de sus hijos, el cuidado de sus familias y el amor de sus maridos, que son las grandes cualidades y perfecciones de la mujer! Conducir la guerra, ejercer el comercio, administrar la justicia, son las cualidades que procuran fama á un hombre y lo hacen popular. Pero así como esta pasión de alabanza, cuando es guiada por la razón, aumenta la belleza de las mujeres, en todo lo que es laudable, así nada es más nocivo cuando conduce la vanidad y la locura. Lo que llevo dicho se refiere únicamente á aquellas mujeres que por ciertas razones que el lector comprenderá en seguida, distinguí con el nombre de ídolos. Un ídolo se ocupa constantemente en adornar su persona. Se percibe en todas las posturas de su cuerpo, en el aire de su semblante, y en los movimientos de su cabeza, que su ahiene y empleo es ganar adoradores. Los ídolos aparecen en todos los lugares y asambleas públicas, con la mira de atraer hombres á su culto. El teatro se ve á menudo lleno de ídolos, y algunos de ellos establecen su culto aun en la iglesia. Sus adoradores deben usar el lenguaje propio de la deidad. Los ídolos son dueños de vida y muerte; las delicias del cielo y las penas del infierno están á su disposición, el paraíso en sus brazos, y la eternidad en cada momento que se pasa lejos de ellos. Raptos, éxtasis y transportes, son las recompensas que confieren; suspiros y lágrimas, ruegos y dolores penetrantes, las ofrendas que se les pagan. Su sonrisa hace á los hombres afortunados, y su ceño les causa desesperación. Agregaré únicamente á este respecto, que el arte de amar de Ovidio es una especie de ritual pagano que contiene todas las formas de culto que se pagan á un ídolo.

Me sería tan difícil contar las diferentes especies de ídolos como á Milton numerar los que fueron adorados en Canaán y las tierras adyacentes. Muchos de ellos son adorados como Moloch con fuego y flamas. Otros, como Baal, gustan ver á sus votarios heridos, golpeados y derramando sangre. Algunos, como el ídolo de que hablan los libros apócrifos, necesitan ser festejados y que se les preparen colaciones todas las noches. Cierto es que algunos ídolos han sido tratados por sus insensatos adoradores, como los ídolos ebrios, que son azotados y castigados cuando rehusan cumplir con los ruegos que se les hacen.

Debo observar que los ídólatras que adoran á los ídolos de que hablo, difieren mucho de todas las otras especies de ídólatras, porque así como otros riñen porque adoran diferentes ídolos, estos ídólatras se disputan porque adoran al mismo. De consiguiente, la

intención del ídolo es enteramente contraria al deseo de los ídolatras; así como cada uno de éstos desea confinar el ídolo para sí, todo el prurito del ídolo es multiplicar sus adoradores. Este capricho de un ídolo es bonitamente descrito en una novela que representa á uno de ellos sentada en la mesa con tres de sus votarios, que todos lo cortejan y le hagan adoraciones. El ídolo sonríe á uno, bebe á la salud de otro y toca con el pie bajo de la mesa, el pie del tercero. Ahora ¿cuál de estos tres, dice el autor, pensáis que es el preferido? y contesta, á la verdad ninguno de ellos.

Este pasaje de dicho poeta, me recuerda á la bella Clorinda uno de los mayores ídolos entre los modernos. Es adorado cada semana á la luz artificial, en medio de una concurrencia llamada generalmente tertulia. Algunos de los jóvenes más alegres se esfuerzan en colocarse ante los ojos de Clorinda, mientras ésta se halla sentada en forma con multitud de bujías que arden en rededor suyo. Para animar el celo de sus idolatras da, antes de abandonar su asiento una señal de favor á cada uno de ellos. Dirige una pregunta á uno, cuenta una historia á otro, guía á un tercero, deja caer su abanico como por accidente para procurar al cuarto el placer de levantarlo. En fin, cada uno se encuentra satisfecho de su buena fortuna, y animado para renovar sus devociones á la misma hora canónica, el mismo día de la semana próxima.

Un ídolo puede dejar de ser adorado por muchas causas accidentales. El matrimonio particularmente, es una especie de contra-apoteosis ó defecación invertida. Cuando un hombre se familiariza con su diosa pronto degenera ella en una mujer.

La vejez menoscaba igualmente la influencia de un ídolo. La verdades que no hay ser más desgraciado que un ídolo sobrecargado de años, sobre todo cuando se ha acostumbrado á ciertos aires y manejo que sólo son graciosos cuando sus adoradores la cercan.

Considerado pues, que en estos y otros muchos casos la mujer generalmente sobrevive al ídolo debo volver á la moral de mi ensayo de hoy é invitar á mis bellas lectoras á dirigir reamente su pasión de ser admiradas. Para conseguirlo deben esforzarse en hacerse objetos de admiración racional y perpetua. No deben esperar esto de la belleza, el vestido, ni la moda, sino de aquellos ornatos interiores que ni el tiempo, ni las enfermedades pueden defigurar, y que siempre aparecerán más amables á los que han tenido mayor ocasión de apreciarlos.

## ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

Cartas de Lord Chesterfield á su hijo Felipe Stanhope.....	1 á 231
Cartas del mismo á la viuda de su hijo.....	232
Carta del mismo á sus nietos Carlos y Felipe Stanhope.....	237
Cartas del mismo á su ahijado y heredero sobre el arte de agradar.....	239
Carta del mismo á su ahijado y heredero para que la recibiese después de su muerte.....	265

*Trozos selectos de Lord Chesterfield y de otros Autores ingleses, recomendados por aquel á su hijo, como modelos de invención claridad y elegancia.*

CHESTERFIELD.... Vestidos de las mujeres.....	273
Preferencias de los hombres de honos.....	277
Afectaciones de los hombres.....	281
Afectaciones de las mujeres.....	285
Costumbres de pintarse las mujeres.....	290
Viaje común de una familia inglesa á Paris.....	294
Del poco beneficio que saca la juventud de sus viajes.....	300
Borrachos de calidad.....	304
Espíritu de partido.....	312
ADDISON..... Disecación de la cabeza de un petimetre y del corazón de una coqueta.....	315
Distribución de recompensas por la Diosa de la Justicia.....	320
Conveniente empleo del tiempo.....	326
Mérito comparativo de ambos sexos.....	330
Impropiedad del orgullo.....	333
Los tres caminos de la vida.....	335
Esfuerzos de los hombres para libertarse de sus aflicciones.....	343
Visión del convite de la inmortalidad.....	347
Descubrimientos del microscopio.....	352
Dificultad de alcanzar la virtud y la poesía.....	355
Elocuencia femenil. Diferentes clases de oradoras.....	360
Quejas de los hombres — Júpiter y los Destinos.....	366
Astucias de Juno para recohar el amor de Júpiter.....	369
Maridos celosos.....	371
Reglas para curar los celos.....	375
Un tipicero hombre de Estado.....	379

intención del ídolo es enteramente contraria al deseo de los ídolatras; así como cada uno de éstos desea confinar el ídolo para sí, todo el prurito del ídolo es multiplicar sus adoradores. Este capricho de un ídolo es bonitamente descrito en una novela que representa á uno de ellos sentada en la mesa con tres de sus votarios, que todos lo cortejan y le hagan adoraciones. El ídolo sonríe á uno, bebe á la salud de otro y toca con el pie bajo de la mesa, el pie del tercero. Ahora ¿cuál de estos tres, dice el autor, pensáis que es el preferido? y contesta, á la verdad ninguno de ellos.

Este pasaje de dicho poeta, me recuerda á la bella Clorinda uno de los mayores ídolos entre los modernos. Es adorado cada semana á la luz artificial, en medio de una concurrencia llamada generalmente tertulia. Algunos de los jóvenes más alegres se esfuerzan en colocarse ante los ojos de Clorinda, mientras ésta se halla sentada en forma con multitud de bujías que arden en rededor suyo. Para animar el celo de sus idolatras da, antes de abandonar su asiento una señal de favor á cada uno de ellos. Dirige una pregunta á uno, cuenta una historia á otro, guía á un tercero, deja caer su abanico como por accidente para procurar al cuarto el placer de levantarlo. En fin, cada uno se encuentra satisfecho de su buena fortuna, y animado para renovar sus devociones á la misma hora canónica, el mismo día de la semana próxima.

Un ídolo puede dejar de ser adorado por muchas causas accidentales. El matrimonio particularmente, es una especie de contra-apoteosis ó dedicación invertida. Cuando un hombre se familiariza con su diosa pronto degenera ella en una mujer.

La vejez menoscaba igualmente la influencia de un ídolo. La verdades que no hay ser más desgraciado que un ídolo sobrecargado de años, sobre todo cuando se ha acostumbrado á ciertos aires y manejo que sólo son graciosos cuando sus adoradores la cercan.

Considerado pues, que en estos y otros muchos casos la mujer generalmente sobrevive al ídolo debo volver á la moral de mi ensayo de hoy é invitar á mis bellas lectoras á dirigir reclamationes su pasión de ser admiradas. Para conseguirlo deben esforzarse en hacerse objetos de admiración racional y perpetua. No deben esperar esto de la belleza, el vestido, ni la moda, sino de aquellos ornatos interiores que ni el tiempo, ni las enfermedades pueden desfigurar, y que siempre aparecerán más amables á los que han tenido mayor ocasión de apreciarlos.

## ÍNDICE

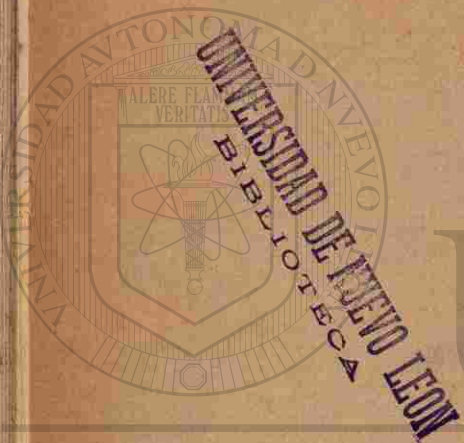
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

Cartas de Lord Chesterfield á su hijo Felipe Stanhope.....	1 á 231
Cartas del mismo á la viuda de su hijo.....	232
Carta del mismo á sus nietos Carlos y Felipe Stanhope.....	237
Cartas del mismo á su ahijado y heredero sobre el arte de agradar.....	239
Carta del mismo á su ahijado y heredero para que la recibiese después de su muerte.....	265

*Trozos selectos de Lord Chesterfield y de otros Autores ingleses, recomendados por aquel á su hijo, como modelos de invención claridad y elegancia.*

CHESTERFIELD.....	
Vestidos de las mujeres.....	273
Preferencias de los hombres de honos.....	277
Afectaciones de los hombres.....	281
Afectaciones de las mujeres.....	285
Costumbres de pintarse las mujeres.....	290
Viaje común de una familia inglesa á Paris.....	294
Del poco beneficio que saca la juventud de sus viajes.....	300
Borrachos de calidad.....	304
Espíritu de partido.....	312
ANDERSON.....	
Dissección de la cabeza de un petimetre y del corazón de una coqueta.....	315
Distribución de recompensas por la Diosa de la Justicia.....	320
Conveniente empleo del tiempo.....	326
Mérito comparativo de ambos sexos.....	330
Impropiedad del orgullo.....	333
Los tres caminos de la vida.....	335
Esfuerzos de los hombres para libertarse de sus aflicciones.....	343
Visión del convite de la inmortalidad.....	347
Descubrimientos del microscopio.....	352
Dificultad de alcanzar la virtud y la poesía.....	355
Elocuencia femenil. Diferentes clases de oradoras.....	360
Quejas de los hombres — Júpiter y los Destinos.....	366
Astucias de Juno para recohar el amor de Júpiter.....	369
Maridos celosos.....	371
Reglas para curar los celos.....	375
Un tipicero hombre de Estado.....	379

ANDERSON.....	Las moquetas y las coquetas.....	384
	La espada de Daríel.....	388
	El anillo de Gyges.....	390
	El marido de la soltera.....	393
	Espíritus de partido.....	397
	Balanzas singulares.....	398
	Caracteres descritos como instrumentos de música.....	401
JOHNSON.....	Necesidad y peligro de escudriñar el porvenir.....	405
	Los furiosos de la Esperanza.....	409
	El Reposo y el Trabajo. Alegoría.....	413
	El viaje de la vida. Alegoría.....	417
	Reflexiones sobre las novelas.....	421
	Alegoría sobre la Crítica.....	426
	El Ingenio y la Ciencia. Alegoría.....	439
	Verdad, Falsedad y Ficción.....	433
	Máncijo de la Protección sobre la tierra.....	437
	Esperanzas vanas.....	442
	Vida agitada de una Señorita distinguida.....	446
	Habito de mentir.....	451
	Historia de Miscela.....	453
	Misericordias de la vida.....	463
	Historia de los amores de Himeneo.....	468
	Continuación de los amores de Himeneo.....	472
	Relación de los amantes de Tranquila en oposición a la de Himeneo.....	476
STEELE.....	Quejos contra los mirones.....	508
	Seductores.....	532
	Coquetas laimadas.....	535
	Amantes viles — Casados indecentes — Elección de marido.....	538
	Amer interesado de los hombres.....	542
	Los favoritos de las mujeres.....	546
	Amores a la moda.....	549
	Idolatría que exigen las coquetas.....	552
HAWKESWORD.....	Funestos resultados de las dobleces, engaños, apolojías y disimulaciones.....	400
	Origen de la astucia.....	500
	Transmigraciones referidas por una pulga.....	511
	Alegoría del Día.....	516
	No hay honor sin virtud.....	528
COLMAN.....	Sacrificios literarios en el templo de la fama.....	504
	El Océano de tieta.....	484
MOORE.....	Peluros de cierta curiosidad femenina.....	520
BERGELY.....	Hibricuez de algunas hermosuras añejas.....	487
MADAMA CARTER.....	Religión y superstición.....	451
RICHARDSON.....	Carta dirigida al « Espejo » de Edimburgo.....	535

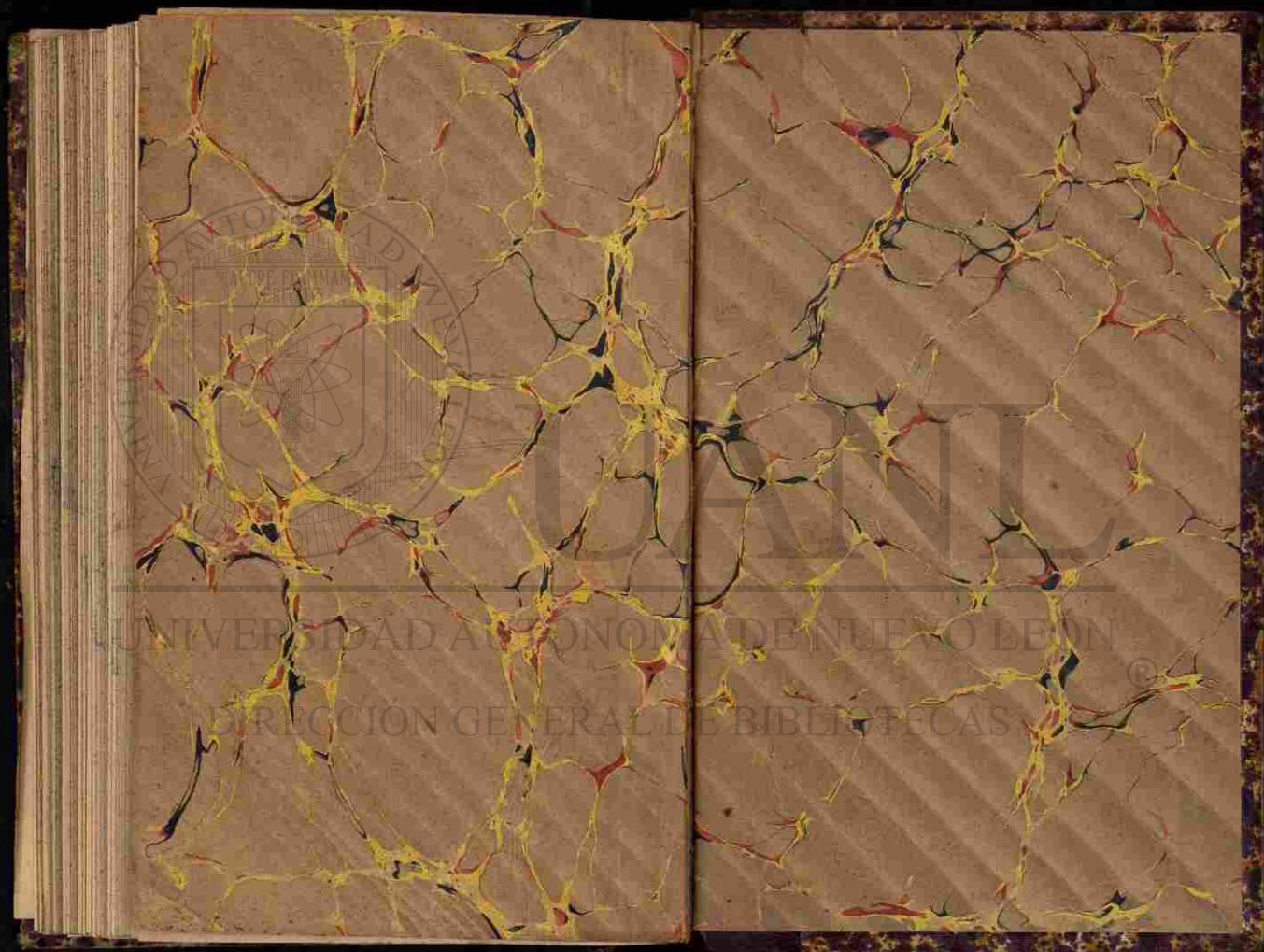


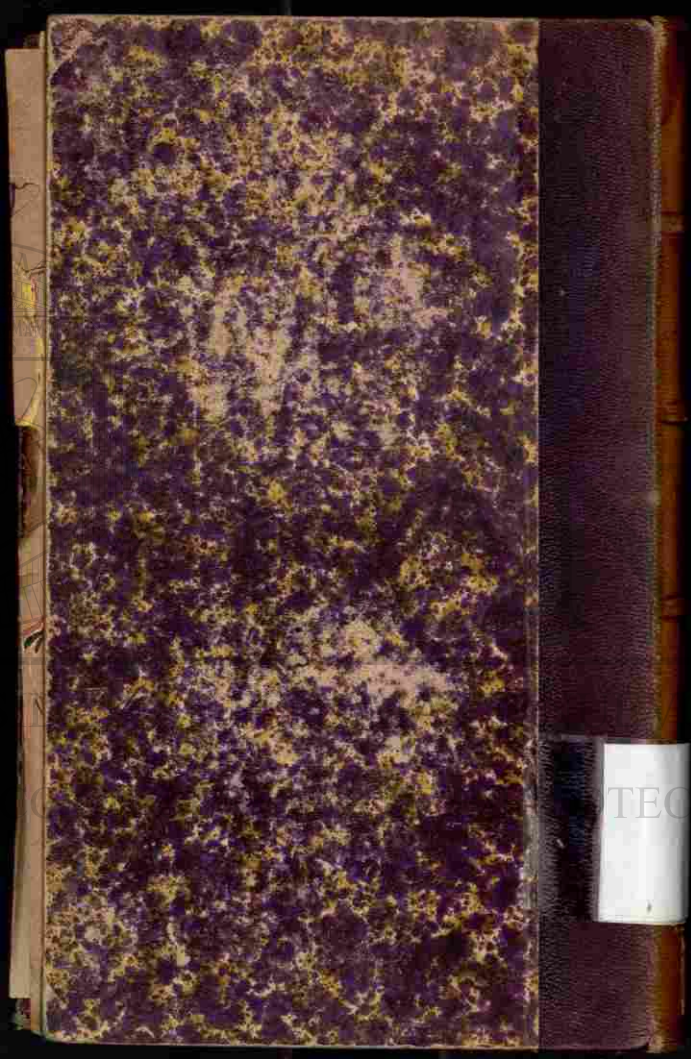
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TEC